



Lion Feuchtwanger

La guerra de los judíos

Lectulandia

La guerra de los judíos, tal vez la novela más célebre de Feuchtwanger y, dadas las circunstancias, la más directamente alusiva a los tiempos presentes, está basada en la vida del historiador judeo-romano Flavio Josefo, autor también él de una *Guerra de los judíos*. Nacido en Jerusalén, sacerdote descendiente de reyes, Joseph hijo de Matías recibió una educación de rabino y frecuentó todas las sectas del judaísmo de entonces. Pero en lugar de hacerse doctor se hace embajador a Roma para interceder ante el emperador por la vida de unos correligionarios apresados. Y aquí empieza esta novela apasionante.

Poco a poco su fidelidad a sus orígenes parece irse mellando pero, cuando estalla la guerra, recibe un cargo de comandante judío en Galilea. Derrotado, es hecho prisionero por los romanos, pasa a sus filas, adopta el nombre de Tito Flavio Josefo, asiste a la caída de Jerusalén y presencia y describe la destrucción del Templo de Salomón. A él debemos el único relato completo de la guerra de 66-73 hasta la caída de Masada, conocida sólo gracias a Flavio Josefo. La obra de este judío considerado traidor por los suyos pero que, en el fondo de su alma, siguió siendo judío hasta el final (una especie de marrano *avant la lettre*), nos ha llegado gracias a los cristianos, que la consideraron como «el quinto evangelio».

Feuchtwanger intuyó, en la fabulosa historia individual y colectiva de esa época, una gran oportunidad para un escritor comprometido, contemporáneo de Hitler. Ésa y no otra era la preocupación central de su quehacer literario. Y, fascinado por las figuras que podríamos decir pertenecen más a la mitología que a la historia de Occidente —Nerón, el Senado, las legiones, la Judea de Jesús, las sectas «terroristas» judías, Jerusalén y Masada—, Feuchtwanger construye una novela caleidoscópica en la que insufla, junto con los elementos más apasionantes de toda buena trama novelística —la guerra, el amor, la divinidad, la intriga—, la descripción verosímil de una época histórica que, así, cobra vida en la desatada imaginación del lector; y, con ello, no lo olvida, no: un mensaje dirigido específicamente al público de este siglo, atormentado por fenómenos sociales, políticos y militares singularmente afines a los de veinte siglos atrás.

Lectulandia

Lion Feuchtwanger

La guerra de los judíos

Trilogía de Flavio Josefo - 1

ePub r1.1

IbnKaldun, armaurumque 19.10.15

Título original: *Der jüdische Krieg*

Lion Feuchtwanger, 1932

Traducción: Aarón Spivak y Martha Casal de Rey

Ilustración de cubierta: *Explosión en una iglesia* (detalle), de Monsu Desiderio (s. XVII)

Diseño de cubierta: Mario Muchnik

La trilogía de Flavio Josefo está compuesta de las siguientes novelas:

La guerra de los judíos

Los hijos

El día llegará

Editor digital: IbnKhalidun

Digitalización mecánica: armauirumque

Corrección de erratas: chemaeg

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LIBRO PRIMERO

ROMA

Seis puentes atravesaban el río Tíber. Mientras el viajero permaneciese en la margen derecha se hallaría en terreno seguro; allí las calles estaban llenas de hombres cuyas barbas revelaban a las claras su condición judaica; además se veían a cada paso inscripciones hebreas o arameas, y conociendo un poco el griego era fácil hacerse entender. Pero en cuanto atravesaba el río y se aventuraba a poner el pie en la margen izquierda del Tíber, el viajero se encontraba realmente en la inmensa y temible ciudad de Roma, y se sentía extraño, desesperanzadamente solo.

En el puente Emilio, Josef despidió a su guía, el pequeño Cornel. Ansiaba seguir solo, aunque no fuese más que para poner a prueba su propio ánimo y su sentido de la orientación. Cornel habría acompañado de buena gana al extranjero un trecho más, pero tuvo que obedecer. Josef lo siguió con la mirada mientras rehacía, vacilante, el camino a través del puente; después, con una sonrisa amable, el judío Josef extendió bruscamente el brazo con la mano abierta, a la romana, para despedirse del muchacho judío y éste, sonriendo a su vez, respondió del mismo modo, pese a la prohibición paterna; luego giró a la izquierda, detrás del enorme palacio situado en la esquina de la calle, y desapareció. Josef quedó solo: un poco más y pondría a prueba su latín.

Todo lo que sabía era que el edificio que se erguía frente a él era el Mercado de ganado y que, más lejos, a la derecha, se hallaba el Gran Hipódromo. En algún lugar del Palatino, donde bullía la muchedumbre, el emperador hacía construir su residencia. A la izquierda, por la Puerta Toscana, se iba al Foro. El Palatino y el Foro eran el corazón del orbe.

Mucho había leído sobre Roma pero le servía de poco en aquel momento. El incendio ocurrido hacía tres meses había alterado el aspecto de la ciudad por completo, pues los cuatro barrios del centro estaban destruidos, además de trescientos edificios públicos, seiscientos palacios, varias mansiones particulares y más de mil casas de alquiler. Era sorprendente comprobar cuánto se había reconstruido en tan poco tiempo. Aunque Josef no apreciaba a los romanos —muy al contrario, les tenía aversión— reconocía que eran excelentes organizadores y poseían la técnica. «Técnica», pensó. Y repitió la palabra extranjera varias veces en la lengua extranjera. Él no era tonto, sabría apropiarse de parte de la técnica romana.

Avanzó resueltamente. Aspiró con interés la atmósfera de esas mansiones y de esos hombres extraños, cuyo poder tanto podría elevarlo como hundirlo. En su casa de Jerusalén, durante esas últimas semanas del mes de Tischri, el calor era sofocante, pero en Roma se llamaba septiembre y, al menos ese día, se respiraba un aire fresco y agradable. La brisa jugueteó con sus cabellos demasiado largos para la moda romana. Verdaderamente, debería llevar sombrero pues a un judío de su rango, al contrario que los romanos, le correspondía salir a la calle con la cabeza cubierta. Pero, ¡qué importaba!: En Roma la mayor parte de los judíos iban sin cubrirse como los gentiles, en cuanto se alejaban de los puentes del Tíber. Los sentimientos judíos de Josef no iban a perder fervor por no llevar sombrero.

Se detuvo frente al Circo Máximo. Todo era allí ruinas pues en ese lugar se había originado el incendio. Sin embargo las piedras de los cimientos estaban intactas. Era una obra gigantesca; recorrerla en toda su extensión llevaba diez minutos. El estadio de Jerusalén y el de Cesarea, que por cierto no eran pequeños, comparados con el de Roma parecían de juguete.

En el interior del Circo los albañiles ordenaban las piedras y las maderas. Se trabajaba. Muchos niños y algunos ociosos curioseaban por todos los rincones. Josef no iba vestido a la usanza de la capital pero su juventud, esbeltez, buen porte y la mirada de sus ojos —a los que nada pasaba inadvertido— producían un efecto de señorío, elegancia y riqueza.

Lo apretujaban, le ofrecían amuletos, recuerdos de viaje que reproducían el obelisco, erguido, exótico e imponente, en medio de la arena. Un guía profesional quiso mostrarle todos los detalles del palco imperial, el proyecto del nuevo edificio... pero Josef lo apartó con fingida indiferencia y subió las gradas de piedra solo, como si fuese un espectador habitual de las carreras.

A su espalda estaban, evidentemente, los bancos de la alta aristocracia del senado. Ahora nada le impedía sentarse en uno de esos codiciados asientos. Se estaba bien allí al sol. Olvidó su actitud reservada y, con la cabeza apoyada en una mano, miró distraídamente hacia el obelisco.

No podría haber elegido momento más favorable para sus propósitos que esos meses que siguieron al gran incendio; todos parecían bien dispuestos, animados, contagiados de la energía con que el emperador se había entregado a la reconstrucción de la urbe. Reinaban por todas partes la actividad y el movimiento. El aire era puro, fresco, muy diferente de la pesada y sofocante atmósfera de Jerusalén, que lo hacía sentirse perezoso y torpe.

Allí, en el Circo Máximo, en un banco del senado, al agradable sol de esa tarde ociosa, en medio del ruido de Roma en reconstrucción, Josef examinó ansiosamente sus posibilidades, las sopesó una a una. Tenía veintiséis años y todas las condiciones necesarias para una espléndida carrera: origen noble, cultura sólida, aptitudes políticas, ambición sin límites. No, no estaba dispuesto a vegetar en Jerusalén. Se sentía agradecido a su padre por haber creído en él y lograr que fuera enviado a Roma.

La misión que lo había traído era bastante discutible. Desde el punto de vista jurídico, el Gran Consejo de Jerusalén no tenía causa ni autoridad para despachar a Roma a un enviado extraordinario que gestionase la liberación de los presos judíos. Josef había tenido que buscar argumentos entre los recovecos más recónditos de la jurisprudencia a fin de persuadir a los miembros del Consejo, después de prolongadas vacilaciones.

Los tres vocales del Gran Consejo, que el gobernador Antonio Félix sometiera dos años antes al tribunal imperial de Roma, acusados de rebeldía, habían sido condenados injustamente a trabajos forzados. Aunque los tres se encontraban en

Cesarea cuando los judíos arrancaron y destrozaron el escudo de la residencia del gobernador durante los disturbios producidos con motivo de los comicios, no era cierto que hubieran participado personalmente en el acto sedicioso. El arresto de esos tres ancianos de tan alta jerarquía había sido una medida arbitraria tomada contra inocentes, un escandaloso abuso de poder, una ofensa inferida a todo el pueblo judío. Josef presintió que ésa era la tan deseada ocasión de destacarse. Traía nuevas pruebas de la inocencia de los tres prisioneros, y esperaba obtener de la Corte imperial la rehabilitación o, por lo menos, el indulto.

Los judíos romanos —lo suponía— no se esforzarían mucho por ayudarlo. El ebanista Cayo Barzaarone, presidente de la comunidad de Agripa, en cuya casa se hospedaba y para quien su padre le diera una cálida carta de presentación, le había explicado la situación real en términos hábiles, indulgentes y cautos. Los cien mil judíos de Roma no tenían de qué quejarse. Vivían en paz con el resto de sus conciudadanos, y veían con desagrado que el partido nacionalista de los «Vengadores de Israel» ganara día a día mayor influencia. Se negaban a comprometer su cómoda posición interviniendo en los perpetuos conflictos entre los habitantes de Jerusalén y la administración imperial; por tanto, Josef tendría que dar solo los pasos necesarios para cumplir su cometido.

Delante de él se alineaban en orden los materiales del Circo: piedras, maderas, ladrillos, columnas de mármol de diversos colores. El edificio volvía a alzarse sobre sus cimientos con asombrosa velocidad. Pasada media hora o una hora, cuando abandonase el lugar, la construcción avanzaría quizá nada más que la milésima parte de la dimensión total, pero ese crecimiento se correspondería exactamente con el cálculo previsto para ese espacio de tiempo. También Josef lograría algo en el mismo lapso. Su ansia de actuar se haría aún más intensa e irresistible. Cada golpe de martillo y cada chirrido de sierra repercutía en su alma mientras, como un ocioso más, tomaba el sol con expresión serena. Mucho debería luchar para liberar de la cárcel a aquellos tres inocentes, pero estaba dispuesto a hacerlo.

Ya no se sentía tan pequeño e insignificante como a su llegada, ni le inspiraban el mismo respeto que al principio los rostros enigmáticos de la gente del lugar. Comprobó mientras paseaba que los romanos eran más bajos que él.

A su paso las mujeres de Roma volvían la cabeza para admirarlo con tanto interés como las de Jerusalén o Cesarea. Días antes, Irene, la hija de Cayo, presidente de la comunidad agripense, se había presentado sin motivo a importunar a su padre sólo porque él estaba en su aposento. Josef era un hombre apuesto, de inteligencia rápida y ágil. A la edad de veintiún años había obtenido el codiciado título de doctor de la Escuela Superior del Templo y dominaba por completo la compleja disciplina de la exégesis jurídica y teológica de las Escrituras. Además había permanecido dos años en el desierto junto al esenio Banus, con el fin de iniciarse en la contemplación pura, penetrar en su ser más profundo y lograr la ansiada intuición. Para ascender necesitaba encontrar el primer peldaño: la ocasión propicia. Se presentaría, tenía que

presentarse.

El joven escritor y político Josef ben Matatías apretó los labios: «Esperad, señores míos del Gran Consejo, arrogantes señores de la Sala Cuadrangular del Templo. Me habéis humillado, me habéis rebajado. Si mi padre no hubiera agregado algo por su propia cuenta a la dieta que me concedisteis de los fondos del Templo, yo no habría podido venir aquí. Pero ahora, heme en Roma como vuestro delegado, y estad seguros de que sabré sacar provecho. Ya os lo demostraré, señores y doctores».

De pronto los que se encontraban en el circo se levantaron de sus asientos e intrigados comenzaron a mirar hacia el Palatino. De allí bajaba un brillante cortejo: heraldos, pajes, soldados de escolta, literas. Josef también se puso de pie para ver de qué se trataba. El guía volvió a colocarse a su lado, pero esta vez Josef no lo rechazó. No era el emperador, ni tampoco el comandante de la guardia quien se acercaba sino algún senador u otro alto personaje, que se hacía conducir al nuevo edificio por el arquitecto Celer.

Los curiosos se aproximaron, contenidos por la policía y por los criados del arquitecto y de su acompañante. Sin embargo, el guía logró deslizarse con Josef hasta la primera fila e inmediatamente, por la librea de los criados, representantes y lacayos, supo que se trataba del senador Marullo que venía a ver las obras del Circo. Josef había oído mencionar a ese personaje, pues igual que en las demás provincias, en Jerusalén se contaban de él historias extraordinarias.

Se decía que era uno de los más consumados libertinos de la corte, y el asesor del emperador en todos los refinamientos de la voluptuosidad. Además se le atribuía la creación de algunas farsas populares y espectáculos licenciosos, por ejemplo los que interpretaba en el teatro el gran cómico Demetrio Libán. Josef contempló con avidez al famoso aristócrata que, sentado en su litera, escuchaba negligentemente las explicaciones del arquitecto y a ratos acercaba a los ojos la esmeralda que le servía de monóculo.

Josef observó a otro personaje a quien se trataba también con el máximo respeto. ¿Sería realmente un patricio? Había descendido de una litera. Mal vestido, bastante obeso, su cara regordeta había sido rasurada sin cuidado. Bajo la frente abombada, los ojos parecían soñolientos. Dio vueltas arrastrando los pies entre los materiales de construcción, indiferente a las explicaciones del arquitecto; levantó del suelo un fragmento de mármol, lo hizo girar entre los dedos gordezuelos, lo acercó a los ojos, lo olfateó y lo arrojó lejos. Luego le quitó la herramienta a un albañil y se detuvo, sopesándola. Finalmente se sentó sobre un bloque de piedra para ajustarse suspirando las correas de sus sandalias, después de rechazar la ayuda de uno de los lacayos allí presentes. El guía lo conocía: era Claudio Regino. «¿El editor?», preguntó Josef. Quizá vendiese también libros, pero el guía lo ignoraba. Lo conocía solamente como joyero imperial y hombre muy influyente, gran financiero aunque vistiese pobremente y concediese tan poca importancia al número de acompañantes y la pompa de su cortejo, cosa extraordinaria, teniendo en cuenta que había nacido

esclavo, hijo de un siciliano y de una judía, y que esos señores advenedizos por lo general eran muy aficionados a la ostentación. Claudio Regino había hecho una carrera fabulosa, pese a que sólo tenía cuarenta y dos años. Bajo el gobierno emprendedor del emperador se estaban realizando negocios muy sustanciosos y él se había vinculado a casi todos. Gran parte de las flotas egipcia y libia destinadas al transporte de cereales le pertenecía. Sus silos de Pirgi y Ostia eran dignos de admiración.

El senador Marullo y el joyero del emperador, Claudio Regino, conversaban en voz alta despreocupadamente, de modo que en la primera fila de curiosos, entre los que se encontraba Josef, se podía escuchar todo lo que decían. Josef suponía que estas personalidades cuyos nombres se evocaban con respeto en los círculos literarios del mundo entero, pues Claudio Regino pasaba por ser el primer editor de Roma, intercambiarían interesantes opiniones estéticas sobre la construcción del nuevo circo. Escuchó lo que hablaban con gran atención. No podía comprender su fluido latín, pero captó, sin embargo, que no hablaban de arte ni de filosofía: conversaban sobre precios, valores y negocios. Con toda claridad oyó la voz sonora y gangosa del senador quien, en tono zumbón y amable preguntaba desde su litera, dando voces que se oían desde lejos: «¿También ganáis dinero con el Circo Máximo, Claudio Regino?». El interpelado, sentado al sol sobre el bloque de piedra, con las manos apoyadas en sus piernas robustas, repuso sin inmutarse: «Desgraciadamente no, senador Marullo. Yo tenía entendido que nuestro arquitecto se había asociado a vos en el negocio de provisión de materiales para el Circo». Josef pudo oír todavía buena parte de la conversación, pero su conocimiento insuficiente de la lengua le impidió comprenderla. El guía, aunque no muy informado, acudió en su ayuda. Claudio Regino al parecer había adquirido por una bagatela, al igual que el senador Marullo, extensos terrenos en los barrios poco poblados de la periferia.

Después del gran incendio, el emperador había decidido instalar los edificios públicos dentro de la ciudad, con lo que obligaba a las casas de alquiler a trasladarse a los suburbios, donde los terrenos habían adquirido un valor que aún no se podía apreciar exactamente.

—¿No está prohibido que los senadores hagan negocios? —preguntó Josef al guía. Éste contempló al extranjero con asombro. Los que se encontraban a su lado se echaron a reír, otros le hicieron coro. La pregunta del provinciano pasó de boca en boca y un estruendo de carcajadas resonó de pronto en el gran Circo.

El senador preguntó el motivo de la risa. Se hizo un pequeño vacío alrededor de Josef, quien se encontró de repente solo ante los dos importantes personajes.

—¿Qué os disgusta, joven? —preguntó el hombre obeso en tono agresivo y burlón. Estaba sentado en la misma postura, con las manos apoyadas en las piernas, como si fuera la estatua de un rey egipcio. Brillaba el sol claro y tibio y soplaba una brisa ligera. La multitud escuchaba divertida la conversación de los dos grandes personajes con el viajero recién llegado de una provincia.

Josef se mantenía respetuoso, pero sin nerviosismo.

—Sólo hace tres días que estoy en Roma —dijo en griego, con dificultad—. ¿Qué tiene de risible que yo no esté al corriente de las costumbres de esta ciudad?

—¿De dónde sois? —preguntó el senador desde su litera.

—¿De Egipto? —inquirió Claudio Regino.

—Soy de Jerusalén —repuso Josef, y declaró su nombre completo: Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría.

—Sois demasiado para Jerusalén —observó el senador, sin traslucirse si hablaba en serio o hacía una broma.

El arquitecto Celer demostró impaciencia; quería explicar a los grandes señores sus proyectos, magníficos, originales e ingeniosos, y le desagradaba que le interrumpiese un tonto provinciano. Pero el financiero Claudio Regino era curioso por naturaleza y, repantigado cómodamente en el bloque de piedra, tibio por el sol, siguió interrogando al judío. Josef contestó encantado. Quería decir cosas nuevas e interesantes, demostrar su valía y la de su pueblo. «¿Suele ocurrir también en Roma —preguntó— que una casa sea atacada por la lepra?». «No —le contestaron— eso no ocurre nunca». «En Judea, en cambio —informó Josef— a veces sucede. Pequeñas hendiduras rojizas o verdosas aparecen en un muro. El mal alcanza en ocasiones una gravedad tal que hay que echar la casa abajo. Los sacerdotes pueden salvar el edificio, interviniendo a tiempo, pero la ceremonia no es nada simple. Hacen arrancar las piedras enfermas y se procuran dos pájaros, madera de cedro, lana roja e hisopo. Asperjan siete veces la casa con la sangre de una de las aves y liberan a la otra en las afueras de la ciudad». Los presentes escucharon el relato con interés y respeto, pues poseían el sentido de lo maravilloso y les atraía lo sobrenatural.

El joyero Claudio Regino contempló con ojos soñolientos y expresión grave al delgado muchacho lleno de pasión.

—¿Habéis venido a Roma por razones de negocios, doctor Josef —preguntó—, o queréis apreciar directamente cómo se reconstruye nuestra ciudad?

—He sido encargado de una misión especial —repuso Josef—. Debo obtener la libertad de tres inocentes. Para nosotros ése es un asunto de la mayor importancia.

—Mucho me temo —dijo el senador reprimiendo un bostezo— que por estar de momento tan ocupados con la reconstrucción de Roma, no tengamos tiempo para enterarnos de ese detalle.

—Para la balaustrada del podio imperial —continuó explicando el arquitecto con evidente fastidio— emplearé esta piedra serpentina de manchas verdes y negras. Me han mandado de Esparta una muestra de gran belleza.

—De paso por Alejandría he visto las nuevas construcciones —prosiguió Josef, que no quería ser excluido de la conversación—. Las calles allí son anchas, luminosas y rectas.

—Cualquier picapedrero puede construir en Alejandría —repuso el arquitecto con desprecio—. Hay espacio y terrenos llanos.

—Calmaos, maestro —dijo Claudio Regino con voz grave y sonora—. Hasta un ciego puede ver que Roma no es Alejandría.

—Dejadme instruir a este joven —intervino el senador con una sonrisa. Estaba excitado. Tenía deseos de exhibirse como solían hacerlo el emperador Nerón y muchos de los grandes nobles de la corte. Descorrió un poco las cortinillas de su litera a fin de que todos pudiesen admirar su rostro fino y cuidado y la banda purpúrea de su toga senatorial. Contempló al provinciano a través de su esmeralda. «Sí, joven— agregó con un tono de voz nasal e irónico. —Nos encontramos en el comienzo de los trabajos. Con todo, podéis figuraros sin gran esfuerzo de imaginación cómo será nuestra ciudad antes de fin de año». Se irguió un poco más, avanzó un pie calzado con la alta bota roja reservada a la más alta nobleza y parodió ligeramente el tono de un charlatán de feria: «Lo afirmo sin exageración: quien no conoce la *Domus Aurea*, no puede decir que ha vivido verdaderamente. En cualquier lugar de la ciudad donde os encontréis estaréis siempre en el centro, pues la urbe no tiene límites y va engullendo sin cesar a las localidades vecinas. Podréis escuchar cien lenguas, estudiar las características de todos los pueblos: aquí viven más griegos que en Atenas y más africanos que en Cartago. Asimismo encontraréis en Roma todos los productos del mundo, sin necesidad de hacer largos viajes. Poseemos cargamentos de mercancías de la India y Arabia en cantidad tal que se diría que esos países han sido despojados de sus bienes y que si sus habitantes tienen necesidad de sus propios productos deben comprárnoslos a nosotros. ¿Qué os apetece? ¿Lana de Hispania, perfumes árabes, drogas medicinales del Sudán? Os daremos un premio si descubris alguna cosa de la que carezcamos. ¿O es que deseáis conocer las últimas novedades? En el Foro y el Campo de Marte se está perfectamente informado de que en el Alto Egipto baja el valor del trigo, de que en el Rin un general ha pronunciado un discurso estúpido y de que nuestro legado en la corte del rey de los partos ha producido desagradable impresión por sus ruidosos estornudos. Ningún sabio puede trabajar en sus investigaciones sin nuestras bibliotecas. Poseemos tantas estatuas como habitantes. Pagamos los precios más altos tanto por la virtud como por el vicio. Todo lo que vuestra fantasía es capaz de inventar lo encontraréis entre nosotros, pero en realidad vos encontraréis aún mucho más».

El senador había asomado el cuerpo fuera de la litera. Estaba rodeado por un amplio círculo de personas que lo escuchaban atentamente. Mantuvo hasta el final el tono irónico de sus palabras imitando a un abogado o a un charlatán de feria, pero la vehemencia con que las expresó hizo comprender a todos que ese gran panegírico de la urbe era algo más que una parodia.

Escucharon arrebatados el elogio de la ciudad, de su ciudad, con sus virtudes benditas y sus vicios benditos, la ciudad de los más ricos y de los más pobres, la ciudad más dinámica del mundo. Cuando el senador concluyó lo aplaudieron como en el teatro se aclama a un actor favorito. Pero Marullo no quiso escuchar una palabra más y ni siquiera tuvo una mirada para Josef. Desapareció dentro de su litera e indicó

al arquitecto que continuara explicándole el proyecto del nuevo edificio. Tampoco volvió a dirigir la palabra a Josef pero, cuando el joven se vio arrastrado por la multitud que se disolvía, le guiñó irónicamente un ojo como si quisiera infundirle ánimo, por lo que su cara regordeta adquirió una sorprendente expresión astuta.

Pensativo, sin detenerse a mirar nada de lo que lo rodeaba, Josef se abrió paso en el tumulto de la ciudad. No había comprendido del todo el latín elocuente del senador, pero lo poco que entendió lo llenó de entusiasmo y exaltó su fantasía. Subió al Capitolio y sus ojos se colmaron con la vista del Templo, de las calles, de los monumentos y de los palacios. En la *Domus Aurea* que allí se levantaba reinaba el emperador romano de la tierra; en el Capitolio, el senado y el pueblo romanos dictaban los decretos que transformaban la fisonomía del mundo y en sus archivos reposaba la ley del orbe grabada en bronce según los deseos de Roma. Roma significaba «Fuerza». Repitió la palabra: Roma, Roma, y la tradujo después al hebreo, *guevurá*, y advirtió que perdía un poco de fiereza, y luego al arameo: *cojba*, y la palabra se hacía completamente inocua. Josef, hijo de Matatías, sacerdote de primera categoría, de Jerusalén, ya no temía a Roma.

Contempló la ciudad, cada vez más animada. Promediaba la tarde y el tráfico se hacía más intenso; resonaban las voces, había un continuo vaivén. Inmerso en ella pensó que lejos de allí, aún más viva que esta Roma viva, estaban su ciudad natal y la Sala Cuadrangular del Templo, en la que funcionaba el Gran Consejo, y que más reales que la baraúnda del Foro le sonaban las poderosas notas de la enorme trompeta que a la salida y puesta del sol anunciaba desde Jerusalén hasta la distante Jericó el momento de la ofrenda cotidiana en el altar de Yahvé. Josef sonrió. Era imprescindible haber nacido en Roma para ser senador. Ese señor Marullo miraba orgullosamente a sus conciudadanos desde la altura de su litera; calzaba las altas botas rojas con borde negro que sólo podían usar los cuatrocientos senadores. Sin embargo, Josef prefería haber nacido en Jerusalén aunque ni siquiera poseía la sortija de la nobleza de segundo rango. Que se rieran de él los romanos: con mayor fundamento él se reía de ellos. Lo que los hombres de Occidente eran capaces de dar —la técnica, la lógica— se podía aprender; en cambio ellos nunca alcanzarían la visión poderosa de Oriente, su santidad. Nación y Dios, hombre y Dios eran allí una misma cosa. Pero Dios era invisible y era vano pretender aprehenderlo: se lo tenía o no se lo tenía. Josef lo poseía, poseía lo inaprensible. Lo demás: la técnica y la lógica de Occidente las aprendería, no le cabía la menor duda.

Descendió del Capitolio. Sus grandes ojos vivaces brillaban en su rostro delgado, de color oliváceo. En Roma se comentaba que entre los orientales había muchos devotos de su Dios. A Josef lo seguían con la mirada, unos con aire burlón, otros con envidia, pero la mayoría, sobre todo las mujeres, lo observaban con simpatía mientras caminaba, desbordante de ambiciones y de ensueños.

Cayo Barzaarone, presidente de la comunidad agripense, en cuya casa se alojaba Josef, era dueño de la más floreciente fábrica de muebles artísticos de Roma. Sus locales de venta estaban al otro lado del Tíber, en la ciudad propiamente dicha: una tienda pequeñoburguesa en la Suburra y dos importantes negocios de lujo bajo las arcadas del Campo de Marte. En los días laborables hasta su mansión privada, situada en el barrio judío cerca de la Puerta de las Tres Calles, desbordaba de muebles para la venta, pero ese día, víspera de sábado, no se veía ni rastro de ellos. Toda la casa, y en especial el amplio comedor, parecía transformada. Habitualmente la puerta que daba al patio permanecía abierta, pero en esa ocasión una enorme cortina la cubría y Josef reconoció con cálida emoción en ese detalle los usos de su patria, las costumbres de Jerusalén. Sabía que mientras no se alzara la cortina, todos los concurrentes serían recibidos como huéspedes en el comedor. En cambio, una vez descorrida para permitir el paso del aire, comenzaría la cena y quien se presentase después llegaría tarde. La habitación estaba alumbrada no al modo romano sino a la usanza de Judea: del cielo raso pendían lámparas de plata adornadas con guirnaldas de violetas. En el armario, las fuentes, copas, saleros y frascos de aceite, de vinagre y de especias ostentaban el emblema de Israel: el racimo de uvas. Pero más que el lujo lo que conmovió a Josef fue descubrir, al lado de la numerosa vajilla, unos envoltorios hechos con paja donde se conservaban los alimentos calientes, preparados para el día siguiente que era sábado. Sus aromas impregnaban la sala.

No obstante la cordialidad del ambiente, Josef no estaba satisfecho. Había esperado en silencio que en su calidad de sacerdote de primera categoría y titular del meritorio título de doctor de Jerusalén, se le reservase un sitio en los divanes, pero al no suceder así juzgó que la prosperidad de su negocio había envanecido al autosuficiente romano, quien no pensó siquiera en concederle un puesto de honor en la cena. Según se le dio a entender, debía sentarse a la gran mesa común con las mujeres y los huéspedes de menor importancia.

Pero ¿cuál era el motivo de que todos permaneciesen de pie y no se descorriese de una vez la cortina? Hacía rato que Cayo había impuesto la mano sobre la frente de sus hijos y los había bendecido, según la costumbre, diciendo a los varones: «Que Dios os haga como Efraím y Manases» y a las niñas: «Que os haga Dios como Raquel y Lea». Todos estaban impacientes y tenían hambre: ¿qué esperaban?

Una voz familiar se escuchó a través de la gruesa tela de la cortina. Apareció un hombre corpulento, a quien Josef ya conocía: se trataba de Claudio Regino, quien saludó bromeando y a la manera romana al dueño de la casa y a Aarón, su anciano padre. Dedicó algunas frases amables a los invitados menos importantes, pero al reconocer a Josef —lo que enorgulleció mucho al joven— lo miró con sus ojos pesados y soñolientos, y le dijo con una voz potente y aguda que todos oyeron: «Buenos días, la paz sea con vos, Josef ben Matatías, sacerdote de primera

categoría». La cortina fue entonces descorrida de inmediato. Claudio Regino se tendió sin ceremonias en el puesto de honor, el diván del medio; Cayo ocupó el de la izquierda y el anciano Aarón el de la derecha. Sosteniendo una copa llena de vino judío, el vino de Eschkol, Cayo consagró con una oración la víspera del sábado; bendijo el vino y el pan, lo partió y distribuyó entre los comensales, que dijeron «amén». Efectuada la ceremonia comenzó la cena.

Josef se había instalado entre la gruesa dueña de casa e Irene, su hermosa hija de dieciséis años, que no cesaba de contemplarlo con sus dulces ojos. Había muchos comensales en la mesa común: el adolescente Cornel, hijo de Cayo, y un niño, el menor de los hermanos; dos humildes e insignificantes estudiantes de teología, que pensaban hartarse de comida esa noche, y un joven de rostro expresivo y tez cetrina casi amarillenta. Resultó ser también oriundo de Judea o, por lo menos, de la ciudad casi griega de Tiberíades, y se llamaba Justo, sí, Justo de Tiberíades. Su situación parecía idéntica a la de Josef. Como él había estudiado teología, jurisprudencia y literatura. Se ocupaba en especial de política, y vivía en Roma como representante del rey titular Agripa, y aunque su grado de nobleza era inferior al de Josef, conocía mejor que éste, gracias al ambiente donde se había criado, el griego y el latín. Además se encontraba en Roma desde hacía tres años. Los dos jóvenes se observaron curiosos, corteses y con mutuo recelo.

En los divanes la conversación se desenvolvía despreocupadamente, en voz alta. Las dos magníficas sinagogas que se habían construido en el centro de Roma estaban destruidas por el incendio, mientras que las tres grandes casas de oración de la margen derecha del Tíber se mantenían intactas. Era, naturalmente, muy lamentable que las dos casas de Dios se hubiesen quemado, pero, con todo, los jefes de la comunidad de la orilla derecha no ocultaban cierta satisfacción. Cada una de las cinco congregaciones judías de Roma tenía un presidente. Existía entre ellas una gran rivalidad, especialmente entre la sinagoga de Velia, más alejada del río, marcadamente aristocrática, y la populosa y no tan selecta de Agripa, que dirigía Cayo. El padre de éste, el viejo Aarón, gritaba enfurecido contra los imbéciles arrogantes de la otra orilla. ¿Acaso no indicaba la Ley, y también las antiguas costumbres, que las sinagogas debían construirse en el punto más alto de la ciudad, como el Templo de Jerusalén, que domina el entorno desde una gran altura? Pero, naturalmente, a Julián Alf, presidente de la comunidad de Velia, se le había ocurrido que su sinagoga debía estar en los barrios próximos al Palatino, aunque para ello fuese forzoso emplazarla en un lugar llano. Era un castigo de Dios que se hubiesen quemado sus moradas, castigo por el grave pecado que cometían los judíos de la otra orilla al comprar sal a los romanos cuando todo el mundo sabía que a la sal romana se la untaba con grasa de cerdo para darle mejor apariencia. El viejo maldecía a diestro y siniestro. En un momento, Josef logró comprender que, en su balbuceo un tanto incoherente, el anciano despotricaba contra quienes, por seguir la moda o por interés, cambiaban sus sagrados nombres hebreos por nombres latinos o griegos. Su hijo

Cayo, cuyo nombre había sido Jaím, sonreía con indulgencia y buen humor, aunque hubiese preferido que los niños no escucharan al abuelo.

Mientras tanto Claudio Regino se reía, palmoteaba al anciano en la espalda, y afirmaba que siempre se había llamado Regino porque había nacido esclavo y ése era el nombre que le había dado su amo. En realidad tendría que haberse llamado Melek, como lo nombraba su madre a menudo, y no le parecía mal que el anciano hiciese otro tanto.

Justo de Tiberíades no daba respiro a Josef, quien se sentía continuamente observado por su compañero de mesa y tenía la impresión de que éste se burlaba para sus adentros de su conversación, de su acento, de sus modales para comer, propios de Jerusalén, y de su costumbre de llevarse a la boca, sujetándolo entre el pulgar y el dedo medio, el palillo de sándalo perfumado. Súbitamente, Justo le hizo una pregunta en un tono odiosamente superior de hombre de mundo: «¿Sin duda estáis aquí en misión política, doctor Josef ben Matatías?». Josef no pudo contenerse más. Deseó que ese joven romano irónico supiera que había sido enviado para resolver un asunto de verdadera importancia, y expuso el caso de los tres prisioneros. Se enardeció, su tono fue demasiado patético para esa reunión de romanos escépticos, que guardaron silencio a ambos lados de la sala, en los divanes y en la mesa común, y escucharon atentamente la apasionada arenga del joven Josef. Vio entusiasmo en los ojos de Irene y despecho en los de su colega Justo. Así mismo percibió que Claudio Regino aprobaba sus palabras con una sonrisa. Se excitó, su palabra fue aún más enérgica, la confianza en su misión más enardecida; perdió el aliento, cuando, repentinamente, el anciano dijo con tono desagradable: «No se habla de negocios en día sábado». Josef se calló, humillado y confuso. Pero estaba satisfecho, sentía que su exposición había surtido efecto.

La cena concluyó. Cayo recitó una prolongada oración y cuando los hombres quedaron solos (los demás se retiraron), invitó a Josef y a Justo a instalarse en los divanes.

Trajeron la cratera ceremonial, y una vez que el severo anciano se retiró, se quitaron el solideo que prescribe la costumbre y se acomodaron a sus anchas.

Los cuatro hombres se sentaron en cuclillas delante de los recipientes del vino, las confituras y las frutas, satisfechos, alegres y con deseos de conversar. La habitación estaba iluminada por una agradable luz dorada, la cortina había sido descorrida y del patio en sombras les llegaba un vientecillo fresco. Los dos mayores parloteaban, preguntando a Josef cosas de Judea. Cayo se lamentaba de no haber estado allí sino una vez, en su juventud, hacía mucho tiempo. Con millares de peregrinos había llevado al Templo su cordero para la fiesta pascual. Había visto después muchas cosas magníficas: cortejos triunfales, espectáculos suntuosos en la arena del Circo Máximo, pero el Templo blanco y dorado de Jerusalén, con su nave repleta de centenares de miles de fieles, seguía siendo lo más grandioso que había visto en su vida. Todos en Roma se sentían unidos al país de los antepasados. ¿No tenían acaso

en Jerusalén su propia sinagoga para los peregrinos? ¿No enviaban al Templo ofrendas y regalos? ¿No ahorran dinero para que sus cuerpos fuesen trasladados a Judea y recibiesen sepultura en la Tierra Santa? Pero los señores de Jerusalén hacían todo lo posible para que los hijos dispersos se distanciaran más y más de su tierra. ¿Por qué maldita razón no se entendían con la administración romana? Era posible vivir en paz con los funcionarios romanos; se trataba de personas tolerantes y habían dado muchas pruebas de ello, «pero no, a vosotros, en Judea, se os ha dado vuelta la cabeza, lleváis en la sangre la afición a la polémica y un buen día se os volcará la olla y tendréis que contentaros con las algarrobas». Cayo tradujo la frase mentalmente al arameo, con una sonrisa que no desmentía la gravedad de sus pensamientos.

El joyero Claudio observó haciendo un mohín de disgusto que Josef, conforme a las severas normas de Jerusalén, no vaciaba su copa de un golpe sino que la dejaba descansar dos veces. Claudio Regino conocía muy bien la situación de Judea; había estado allí hacía dos años y opinaba que no eran los administradores romanos ni los gobernantes jerosolimitanos los responsables de que el país no se apaciguara sino un pequeño grupo de agitadores, los «Vengadores de Israel». Éstos no contemplaban otro modo de hacer carrera política que la agitación, e incitaban a una revuelta armada sin perspectivas de éxito. Los judíos no habían sido jamás tan bien tratados como bajo el gobierno del bendito emperador Nerón. Su influencia estaba extendiéndose a todos los ambientes e iría a más siempre que los judíos se mantuvieran discretos y no se empeñaran en destacarse excesivamente. «¿Qué es lo más importante? ¿Tener poder o exhibirlo?», concluyó, aclarándose la garganta con el vino ligeramente caliente.

Josef consideró oportuno decir algunas palabras en favor de los «Vengadores de Israel». «Los señores de Roma —adujo— no deben olvidar que en Judea no rige sólo la fría razón, es forzoso que los sentimientos influyan en los asuntos públicos cuando a cada paso se tropieza con los signos de la soberanía romana. (Cayo Barzaarone recordó conmovido la Pascua en el Templo). Cuando se ha sido testigo de la brutalidad y del cinismo con que actúa la policía romana en el Templo, impuesta obligatoriamente para mantener el orden, hasta el hombre más sereno difícilmente puede contener su indignación. No es fácil celebrar la liberación del yugo de Egipto cuando a cada palabra que sale de los labios se siente en la espalda el puño de Roma. Cuesta mucho menos conservar la serenidad aquí, en la propia Roma; a mí tampoco me resultaría penoso, pero es insoportablemente duro en el país elegido por Dios, en el que Dios tiene su morada, en la Tierra de Israel».

—Dios no está ya en la Tierra de Israel, Dios está ahora en Italia —sentenció una voz cortante.

Todos alzaron los ojos hacia el joven de tez amarillenta que había pronunciado esas palabras. Sostenía la copa en la mano sin mirar a nadie. Había pronunciado la frase hablando consigo mismo, sin ninguna animosidad o afán de polémica.

Enunció su pensamiento y volvió a encerrarse en el silencio. Los demás también callaron. No había nada que replicar. Josef sintió con disgusto que esa afirmación

expresaba una verdad muy honda. «Dios está ahora en Italia»: tradujo la frase al arameo. Se sintió profundamente herido.

—Vos tenéis probablemente razón, joven —dijo luego de una pausa el financiero Claudio—. Pero debéis saber —continuó, dirigiéndose a Josef— que yo no soy judío; soy hijo de un esclavo siciliano y de una judía. Mi amo se cuidó de no hacerme circuncidar, por lo cual, hablando con franqueza, le estoy reconocido. Soy hombre de negocios y evito cuando puedo lo que me resulta inconveniente, aunque me aprovecho, por otra parte, de las ventajas que la misma cosa inconveniente ofrece. Vuestro Dios Yahvé me parece más aceptable que sus rivales y simpatizo con los judíos.

El financiero poderoso se había tumbado confortablemente con la copa en la mano y la mirada soñolienta de sus ojos inteligentes fija en la oscuridad que invadía el patio. Llevaba en el anular una magnífica perla opaca de la que Josef no podía apartar los ojos.

—Sí, doctor Josef —le explicó Cayo Barzaarone— es la perla más hermosa de los cuatro mares.

—La uso solamente en día sábado —dijo Claudio Regino.

Josef pensó que si no aprovechaba esa velada, si no sacaba partido del bienestar y el sentimentalismo que sobrevienen después de una buena cena comprometiendo a ese hombre influyente, no sería sino un tonto incapaz de llevar a buen término su misión.

—Puesto que vos sois uno de nuestros simpatizantes, señor Claudio Regino —dijo, dirigiéndose humilde pero convincente al financiero— ¿no querríais ocuparos de los tres inocentes de Cesarea?

El joyero depositó con ademán enérgico su copa sobre la mesa.

—Cesarea —repitió, y sus ojos normalmente soñolientos se animaron, su voz cobró un tono amenazador— es una excelente ciudad, con un puerto magnífico, exportación considerable, notable mercado de pescados, extraordinarias posibilidades. Es vuestra la culpa si os la quitan de las manos; es sólo vuestra, de vuestras absurdas aspiraciones. Me pongo furioso cuando oigo hablar de los «Vengadores de Israel».

Josef, impresionado por la súbita vehemencia de ese personaje aparentemente sereno, contestó, extremando la humildad de su tono, que la liberación de los tres presos era un deber moral, una cuestión de humanidad y no de política.

—No queremos valernos de argumentos políticos o jurídicos. Sabemos que sólo conseguiremos nuestro propósito por medio de relaciones personales en la corte —agregó, mirando a Claudio con expresión suplicante.

—¿Vuestros tres inocentes, lo son realmente? —preguntó Claudio, relampagueante aún la mirada.

Josef replicó en tono apasionado que los tres, en el momento de estallar los tumultos, se encontraban en el otro extremo del perímetro urbano.

—No es eso lo que yo pregunto —lo interrumpió Claudio—. Quiero saber a qué partido pertenecen. ¿Se ha escuchado su palabra alguna vez en la Sala Azul?

La Sala Azul era el lugar de encuentro de los «Vengadores de Israel».

—Así es —debió reconocer Josef.

—Ya lo veis —dijo Claudio Regino. El caso había dejado de interesarle.

Justo de Tiberíades observó el bello rostro, encendido y ansioso, de Josef. Acababa de sufrir una evidente derrota y Justo no se la envidiaba; en la opinión que le merecía su colega se debatían la hostilidad y la simpatía. Ambos aspiraban a ser grandes literatos y políticos influyentes; disponían de los mismos medios y recorrían el mismo camino para alcanzar el mismo fin. La arrogante Roma ya estaba madura para recibir la antigua cultura de Oriente, así como ciento cincuenta años antes había recibido la cultura de los griegos. Intervenir activamente en ese proceso, propiciando el interés de Roma por el fascinante Oriente, constituía una tarea apasionante, una misión magnífica. Por haber olfateado esa posibilidad, Justo había llegado tres años antes a Roma, como lo hacía ahora Josef. Pero para Justo la lucha era más fácil y a la vez más difícil: poseía una voluntad más firme, aptitudes más definidas, pero interponía demasiadas exigencias en lo concerniente a los medios, se mostraba más escrupuloso, más intransigente que Josef. Había estudiado profundamente la actividad política y literaria de la capital y estaba convencido de que las componendas y las vulgaridades le repugnaban. Josef era evidentemente menos delicado, no retrocedía ante los procedimientos burdos. Su meta era triunfar a toda costa, aunque tuviera que fingir, adular o pactar. Sus intenciones eran tan manifiestas que a Justo le divertía comprobar su carencia de escrúpulos. En cambio, el judaísmo de éste era más intelectual que el de Josef. Entre los dos habría continuamente conflictos: sería una lucha dura y no siempre leal. De todas formas, Justo estaba decidido a jugar limpio. Concedería a su contrincante todas las ventajas que pudiera ofrecerle.

—Os aconsejo, Josef ben Matatías, que os dirijáis al cómico Demetrio Libán.

Nuevamente todas las miradas se volvieron hacia el joven de tez oscura. ¿Cómo no se les había ocurrido la idea a ellos? Demetrio Libán, el cómico más popular de Roma, el favorito mimado de la corte, un judío que exhibía en toda ocasión su judaísmo. Sí, ése era el hombre que necesitaba Josef. La emperatriz lo estimaba y lo invitaba todas las semanas a sus fiestas. Los dos hombres mayores exclamaron al unísono: «Es a Demetrio Libán a quien Josef debe acudir».

Se despidieron poco después. Josef subió a su habitación y se durmió enseguida, satisfecho. Justo de Tiberíades, en cambio, regresó solo a su casa, avanzando penosamente en la noche oscura. Sonreía para sí: el presidente de la comunidad, Cayo Barzaarone, nunca había creído necesario hacerlo acompañar por un esclavo que lo guiara con una antorcha.

En cuanto amaneció Josef se dirigió, acompañado por un esclavo de Cayo, a la puerta de Tibur donde lo esperaba una carroza de la Sociedad de Comercio Rural. Era un vehículo de dos ruedas, pequeño, estrecho, incómodo. Llovía. El auriga, que estaba de pésimo humor, opinó que el viaje no duraría menos de tres horas. Josef temblaba de frío. El esclavo que Cayo había puesto a su disposición para que le sirviese de intérprete se mostró poco locuaz y se durmió enseguida. Josef se envolvió cuidadosamente en su manto. En Judea debía de hacer todavía calor. Sin embargo, pensó que era mejor estar en Roma. Esta vez todo marchaba bien. Sintió una gran confianza.

Los judíos de Roma asociaban constantemente a los tres ancianos con la política de los «Vengadores de Israel» y el pleito de Cesarea. Josef comprendía que era importante prever hasta dónde las autoridades intentarían tergiversar los hechos con el propósito de despojar a los judíos de su autonomía, pero juzgaba cínico que se mezclara con ese asunto la suerte de los prisioneros. Él estaba interesado por todo lo relacionado con los principios morales, puesto que uno de los primeros deberes que exige la doctrina judía es el de socorrer al cautivo.

Creía sinceramente que ninguno de ellos había estado en Cesarea en la época de los comicios. Desde el punto de vista del entonces gobernador, Antonio Félix, podían existir algunas razones para arrestarlos, pero a Josef no le interesaba indagar los motivos que habían llevado a ese funcionario, felizmente ya apartado de su cargo, a aplicar aquella sanción. Para él, los tres prisioneros eran inocentes y debía ayudar a liberarlos.

El coche daba continuos barquinazos. La ruta era detestable, pero gracias a Dios ya estaban llegando al horno de ladrillos. Sobre el suelo gris amarillento sólo se veían estacas y empalizadas. A la entrada le salieron al encuentro los aburridos soldados de guardia quienes, animados por la imprevista distracción, los contemplaron con desconfianza y curiosidad. El esclavo les explicó de qué se trataba y les enseñó el permiso, mientras Josef esperaba un poco apartado y muy a disgusto.

Se los condujo finalmente a presencia del administrador, por un camino triste y oprimente. Se oían los cantos sordos, monótonos, que en ese establecimiento estaban obligados a entonar los obreros. Los guardianes, provistos de varas y látigos, miraron a los visitantes con asombro y el administrador mostró su desagrado y sorpresa: en general, cuando debían llegar visitas se le advertía con antelación. Temía que se tratara de un control, que lo molestaran. No comprendía o no quería comprender el latín de Josef y su griego era torpe. Para entenderse tuvieron que recurrir continuamente a la ayuda del esclavo. Mientras conversaban llegó un funcionario subalterno que habló en voz baja con el administrador, cuya actitud cambió de inmediato. Con aparente franqueza les explicó que se había mostrado en un principio preocupado porque temía que a pesar de la mala salud de los tres prisioneros hubieran

sido obligados a trabajar, pero acababa de enterarse de que, por consideración humanitaria, les habían permitido quedarse en la celda. Dijo alegrarse de que todo estuviese en orden, se animó, empezó a comprender mejor el latín de Josef y a expresarse más correctamente en griego. Se volvió dicharachero.

Tenían a la vista los expedientes de los tres. Al principio habían sido enviados a las minas de Cerdeña, pero aquel trabajo era demasiado duro para ellos. Por lo común, se aprovechaba a los condenados a trabajos forzados para la construcción de carreteras y la limpieza de cloacas, se los obligaba a hacer mover la rueda de los molinos o a manejar la bomba de los baños públicos. El trabajo en los hornos de ladrillos era el menos fatigoso, pero los jefes de los talleres rechazaban a los prisioneros judíos porque éstos ponían dificultades en las comidas y se negaban a trabajar los sábados. «En cambio, en mi establecimiento los tres condenados han recibido un trato especialmente humano», dijo el administrador, quien se excusó de alegar en favor de sí mismo. Pero el humanitarismo tiene desdichadamente sus límites. La reconstrucción de la ciudad imponía a los hornos de ladrillos del Estado un rendimiento extraordinario. Era necesario que cada uno diese de sí el máximo. La cantidad exigida de ladrillos debía ser entregada a toda costa y «podéis figuraros, señor, que los constructores romanos no son modestos en sus exigencias; quince horas de trabajo es actualmente el mínimo oficial». De sus ochocientos o mil trabajadores morían, como término medio, cuatro por semana; por tanto se alegraba de que los tres estuviesen todavía vivos.

El administrador hizo acompañar a Josef por uno de sus subordinados. Al dirigirse al horno se encontraron de nuevo con guardianes armados de varas y látigos. Nuevamente los persiguió el canto sordo y monótono de los hombres que hundían los pies en la arcilla caliente, encorvados, arrodillados, jadeando bajo el peso de su carga. Josef recordó los versículos que hablan del Faraón que oprimía a Israel en Egipto: «Y los egipcios hicieron servir con dureza a los hijos de Israel. Y amargaron su vida con servidumbre dura, en barro y ladrillo. Entonces pusieron sobre ellos a comisarios de tributos que los molestasen con sus cargas: y edificaron para el Faraón las ciudades de los bastimentos: Fitón y Ramsés». ¿Qué sentido tenía celebrar la Pascua con júbilo y alegría, si los hijos de Israel continuaban horneando ladrillos con los que sus enemigos construían sus ciudades? La arcilla se adhería pesadamente a las sandalias de Josef, se le introducía entre los dedos de los pies, y la cantilena sorda y monótona seguía sin cesar resonando en sus oídos.

Finalmente llegaron al edificio donde se encontraban los prisioneros. El soldado salió en busca del jefe de la guardia. Mientras tanto, Josef leyó en el vestíbulo la máxima de Sócrates —ya por entonces famoso—, grabada en la puerta: «¿Son esclavos? Pero también nuestros vecinos. ¿Son esclavos? Pero también amigos inferiores». Encontró asimismo un manual de preceptos escrito por Columela, recomendado para las grandes empresas. Josef leyó: «Hay que pasar lista cada día a los condenados a trabajos forzados. Y verificar también cada día si las cadenas son

sólidas y las celdas están bien cerradas. Las celdas deben tener capacidad para quince prisioneros».

Lo condujeron a presencia de los tres condenados. El calabozo era subterráneo. Las ventanas estrechas habían sido construidas a mucha altura, para evitar que pudiesen ser alcanzadas con la mano. Los quince camastros estaban muy juntos para ganar espacio, pero aún así, y siendo sólo cinco las personas que se encontraban allí en ese momento —Josef, el guardián y los tres prisioneros—, el lugar resultaba reducido.

Los tres infelices estaban sentados en cuclillas, muy cerca uno del otro. Sobre su piel cenicienta colgaban unos harapos que apenas les cubrían el cuerpo; tenían los tobillos aprisionados por una argolla donde se sujetaba una cadena y en la frente, con hierro al rojo, se les había marcado la letra E. Tenían rapada la cabeza y los mechones enmarañados de sus barbas crecidas, de color blanco amarillento, producían un efecto grotesco. Josef conocía sus nombres: Natán, Gadia y Yehuda. A estos dos últimos apenas los había visto antes, no era extraño que no los reconociese. En cambio Natán ben Baruj, doctor mayor y miembro del Consejo Supremo, había sido el maestro con quien compartiera muchas horas diarias durante cuatro largos años. A pesar de todo tampoco lo reconoció. Era imposible distinguir a Natán, que había sido un hombre obeso, de mediana estatura, entre esos tres seres esqueléticos, de los que sólo uno destacaba por ser un poco más voluminoso que los otros. Probablemente uno de los pequeños era el maestro. Josef saludó a los tres y su voz, cuyo vigor apenas pudo amortiguar, sonó extrañamente potente en el miserable calabozo: «La paz sea con vosotros, grandes doctores». Ellos levantaron los ojos y Josef pudo reconocer a su antiguo maestro sólo por las cejas abundantes. Recordó el miedo que le producían esos ojos severos, escondidos bajo esas mismas cejas pobladas, pues ese hombre lo había humillado muchas veces cuando él tenía nueve o diez años y le resultaba difícil seguir sus complicadas explicaciones. Lo había vejado. Se había mofado de él y lo había herido en su amor propio. Cuántas veces deseó las peores calamidades a ese hombre sombrío y malhumorado y, sin embargo, cuando vio la mirada apagada de sus ojos resecos, sintió como si una losa le oprimiera el pecho, cortándole la respiración.

Tuvo que repetirles muchas veces y con mucha paciencia lo que era preciso que supieran, para que esos cerebros entorpecidos por el agotamiento llegaran a comprenderlo, entre balbuceos y toses. Se sentían miserables sobre todo porque, aunque no habían podido obligarlos a infringir las leyes de Yahvé, sus carceleros les impedían obedecer sus mandamientos. Consideraban que habían perdido esta vida y la otra. ¡Que los flagelasen hasta caer desplomados, que los clavasen a la cruz, puesto que era así como esos monstruos ejecutaban a los condenados a muerte! El Señor, de todos modos, los sometería a tales pruebas y cuanto más pronto llegara el fin más bienvenido sería. ¡Loado sea el nombre del Señor!

El aire era sofocante en la reducida celda, tenebrosa, húmeda y fría. La lluvia entraba por las ventanas estrechas. Se sentía un hedor persistente y de lejos llegaba

hasta allí la monocorde cantilena de los condenados. Josef sintió vergüenza de sus vestidos nuevos, de su cuerpo sano, de su juventud y de su vigor, de su libertad para alejarse cuando quisiera lejos de ese antro de horror y suciedad. Los tres desventurados no podían imaginar nada de lo que estaba ocurriendo más allá del reducido entorno de su horrible vida cotidiana. Habría sido absurdo hablarles de la misión, de los pasos que se querían dar en su favor, de la política, de las coyunturas favorables que se presentaban en la corte. Para ellos, lo más penoso en ese momento era la prohibición que sufrían de celebrar la ceremonia de la purificación, la imposibilidad de observar las leyes y los mandamientos estrictos de las abluciones rituales. Habían tenido cuidadores y guardianes de todas clases: algunos más severos les quitaban las filacterias para evitar que pudiesen ahorcarse con ellas; otros, más benévolos, se las dejaban, pero todos eran incircuncisos, impíos y malditos, y poco les importaba, por lo demás, cómo se alimentaban los prisioneros. Quienes como ellos no probaban carne de animales que no hubieran sido sacrificados de acuerdo con la Ley, tenían que resignarse a comer únicamente desechos de frutas y legumbres. Habían discutido exhaustivamente la posibilidad de aceptar las porciones de carne y canjearlas por el pan y las frutas de los otros prisioneros pero, aunque el doctor Gadia demostró con sólidos argumentos que eso era lícito, finalmente él también aceptó la opinión de sus compañeros, que consideraron que sólo se debía recurrir a ese extremo para salvar a una persona en peligro de muerte. ¿Cómo podían saber si el Señor — bendito sea su Nombre— había fijado el día de su muerte —el de ellos tres— para ese mes o para el próximo? De modo que después de discutirlo, acordaron no hacer el trueque. Cuando no estaban demasiado cansados y atontados por el trabajo intercambiaban argumentos teológicos sobre lo que está permitido y lo que no lo está, y de esa forma les parecía encontrarse en la Sala Cuadrangular del Templo.

Josef tuvo la impresión de que esas discusiones debían de ser violentas y que degenerarían a veces en absurdas querellas, pero comprendió que eran lo único que los mantenía ligados a la vida. No era posible mantener una conversación razonable con ellos. Cuando aludió a la buena disposición de la emperatriz respecto a los judíos, le replicaron que era dudoso que estuviese permitido rezar en ese lugar de suciedad y de infamia. Tampoco estaban al corriente del calendario y con toda probabilidad violaban el sábado, colocándose las filacterias, y los días de la semana pecarían por no usarlas.

Josef renunció a aclararles su situación. Los escuchaba y cuando alguno de ellos citaba un pasaje de las Escrituras, respondía con un texto opuesto, con lo que se animaban y comenzaban a discutir, lanzando argumentos con voz debilitada. Él también intervenía en la disputa. En suma, ése fue un gran día para ellos, pero no pudieron sostener mucho tiempo la discusión y volvieron a sumirse en su embotamiento.

Josef los contempló, sentados en cuclillas en la penumbra del calabozo. Esos hombres en tan lastimoso estado físico, hundidos en la más baja abyección, habían

sido grandes personajes de Israel y sus nombres habían brillado entre los legisladores de la Sala Cuadrangular. Era necesario ayudarlos. La cuestión no estaba, en esas circunstancias, en si los judíos llegarían o no a dominar en Cesarea —ése era un asunto superfluo y hasta risible— sino en liberar a los inocentes. Su imagen lo inundaba de compasión y de furia. Pensando en que ellos se mantenían fieles a la Ley en medio de tanta desgracia, y que en ella se apoyaban y por ella conservaban la vida, Josef sentía que su fe se acrecentaba. Recordó el tiempo en que vivió en el desierto, sufriendo santas privaciones entre los esenios junto a su maestro Banus: en algunos momentos supremos la luz se había hecho en él, no por medios intelectuales sino a través de la contemplación.

¡Liberar a los prisioneros! Apretó los labios con la firme resolución de sofocar cualquier pensamiento ajeno a la causa de esos infortunados que pudiera distraerlo. Más fuertes que el lamentable sonsonete de los prisioneros se escuchaban las magníficas palabras hebreas que enunciaban los mandamientos. No estaba allí por su voluntad, era Yahvé quien lo había enviado. Regresó, indiferente a la lluvia helada, aunque estaba aterido, y al molesto barro adherido a sus sandalias. ¡Liberar a los prisioneros!

En Judea, a un hombre que profesara las ideas políticas de Josef no se le permitía concurrir a las carreras ni al teatro. Sólo en una ocasión, en Cesarea, Josef había asistido a una representación, a escondidas y lleno de remordimientos. ¡Pero qué insignificante le parecía aquello comparándolo con lo que se le ofrecía ahora a sus ojos en el Teatro Marcelo! Estaba deslumbrado por las danzas, la gran pantomima dramática, los interludios cómicos, los bailes, el lujo y los constantes cambios de decorado del inmenso escenario donde hacía varias horas el espectáculo era continuo. En cambio Justo, que estaba sentado a su lado, demostró con un ademán el poco aprecio que le merecían. Sólo estimaba el género burlesco, al que también el público era muy aficionado y con razón, y si había soportado las exhibiciones anteriores se debía a que quería asegurarse un sitio para cuando comenzara el espectáculo satírico del actor Demetrio Libán. A pesar de algunos aspectos desagradables de su personalidad, Libán era un consagrado artista de la mímica. Nacido esclavo en el palacio imperial y manumitido por el emperador Claudio, había adquirido una inmensa fortuna y el título de «Primer artista dramático de la época». El emperador Nerón, a quien impartiera lecciones de declamación y de mímica, lo estimaba. Era un personaje complejo. Su condición de judío le daba prestigio y a la vez le ocasionaba molestias. Ni los ruegos ni las órdenes del emperador habían logrado que accediera a aparecer en escena el día sábado o durante las grandes festividades judías. No cesaba de discutir con los doctores de la Universidad Hebrea sobre este punto: ¿Dios le reprocharía realmente haber trabajado en el teatro? Sufría crisis nerviosas cuando debía aparecer en escena disfrazado de mujer, infringiendo la prohibición expresa de

las Escrituras: «No vestirás las ropas del otro sexo».

Los once mil espectadores del Teatro Marcelo, ya hastiados de los excesivos espectáculos iniciales, reclamaron a gritos que empezara la farsa. Ocurría que las autoridades del teatro retrasaban el comienzo pues se esperaba al emperador o a la emperatriz, para quienes se había preparado el podio imperial. Pero el público, que aguardaba desde hacía cinco horas, estaba acostumbrado a hacer valer sus derechos en el teatro aun contra la voluntad de la corte, y por tanto amenazaba y aullaba: «¡Empezad!».

Se descorrió la cortina y Demetrio Libán comenzó a representar su comedia titulada *El incendio*, atribuida al senador Marullo. El personaje que interpretaba Libán era Isidoro, un esclavo de la ciudad egipcia de Tolomeo, superior a su amo y a todos cuantos lo rodeaban. No llevaba ropa lujosa ni altos coturnos: era simplemente el esclavo Isidoro, de la provincia de Egipto, un mozo soñoliento, melancólico y astuto, que salía con extraordinaria habilidad de las situaciones más difíciles. Había sacado a su desdichado y aturdido amo de innumerables apuros, le procuraba dinero y prestigio, y se acostaba con la mujer de su señor. Un día en que éste le dio una bofetada, triste pero decididamente le dijo que se veía obligado a abandonarlo y que no volvería mientras no hiciera exponer carteles en todos los lugares públicos pidiéndole excusas. El amo le puso grilletes y advirtió a la policía, pero naturalmente el esclavo se evadió, burlándose en cien ocasiones de la guardia, para gran regocijo de los espectadores. En el momento culminante, cuando parecía inevitable que le dieran caza, hubo que interrumpir la representación porque llegó la emperatriz. Los espectadores se pusieron de pie y once mil voces saludaron a la elegante mujer de cabellos rubios, que agradeció la demostración con el brazo extendido y la palma de la mano vuelta hacia el público. Su llegada produjo doble efecto, pues la acompañaba la sacerdotisa mayor de las vestales. Era la primera vez que una sacerdotisa de la nobleza asistía a las farsas populares del Teatro Marcelo.

Hubo que recomenzar la pieza, con gran satisfacción de Josef para quien esa muestra de osado realismo era completamente novedosa. Comprendió mejor la trama esta segunda vez; y no apartó los ojos del comediante Libán, del rictus triste y desenfadado de su boca, de sus manos y de todo su cuerpo, flexible y expresivo. A continuación se cantó la conocida tonadilla del *Incendio*, que Josef en el poco tiempo que vivía en Roma había oído cantar cien veces y otras tantas aullar, silbar y gruñir. De pie frente a la rampa, rodeado de once payasos y con el sonido de flautas y trompas como fondo, Libán entonó la canción «¿Quién es el amo aquí? ¿Quién paga la mantequilla? ¿Quién paga a las criadas? ¿Y quién, quién paga los perfumes sirios?». El público se levantó entusiasmado de sus asientos y comenzó a acompañar al coro. En su estrado, la emperatriz de tez ambarina movía los labios, y la solemne sacerdotisa reía de muy buena gana. Finalmente el esclavo cayó en una emboscada, pues era imposible escapar siempre de la policía. Isidoro negó ser el esclavo que buscaban, pero ¿cómo podía probarlo? Bailando. Sí, bailando. Y aunque la cadena le

entorpecía los pies, no podía hacer otra cosa que bailar y al mismo tiempo ocultar la cadena. Eran penosas, ridículas y a la vez conmovedoras las piruetas de ese hombre danzando para salvar su vida y su libertad. Josef estaba fascinado por el espectáculo y todo el público lo seguía con atención expectante. Cada movimiento de Libán era acompañado por un mismo movimiento de cabeza de los espectadores, así como la cadena seguía al pie que la arrastraba.

Josef sostenía principios aristocráticos y no sentía ningún escrúpulo en hacerse servir por los criados en los menesteres más humillantes. La mayoría de los espectadores compartía la misma actitud. Miles de ejecuciones de esclavos ordenadas por sus amos demostraban inequívocamente que éstos no estaban dispuestos a tolerar ningún intento de eliminar las diferencias sociales. Sin embargo, admirando en el teatro la danza del hombre que luchaba por ser libre a pesar de sus cadenas, todos estaban de su parte y en contra del amo. El público y la emperatriz expresaron su entusiasmo al pícaro insolente que una y otra vez burlaba a los policías, canturreando a media voz e irónicamente: «¿Quién es el amo aquí? ¿Quién paga la mantequilla?».

La pieza se hizo aún más atrevida a medida que avanzó la representación. El amo de Isidoro hizo publicar sus excusas y recuperó a su esclavo. Pero volvió a cometer muchas tonterías y a enfadarse con sus inquilinos, quienes dejaron de pagarle el alquiler. Por ciertas razones no podía desalojarlos, por lo que sus hermosas propiedades dejaron de producirle renta. Nadie que no fuera el astuto Isidoro habría podido sacarlo del apuro, y, en efecto, fue él quien intervino usando los métodos que según la opinión popular habían empleado el emperador y otros grandes personajes en parecidas circunstancias: prendió fuego al barrio donde se encontraban las casas improductivas. Tal como lo representaba Demetrio Libán, el texto era atrevido y magnífico: cada frase era una clara alusión a los especuladores inmobiliarios, a los grandes tiburones que tenían en sus manos la reconstrucción de la ciudad. No respetó a nadie: ni a los arquitectos Celer y Severo ni al famoso escritor y hombre público Séneca —quien hacía elogios abstractos de la pobreza, a pesar de vivir en la opulencia—, ni al financiero Claudio Regino, que lucía una enorme perla pero carecía, para su constante fastidio, del dinero necesario para comprarse un par de cordones para sus sandalias, ni al mismo emperador. Cada palabra era un acierto y el teatro estallaba de alegría. Cuando, en el final, Libán invitó al público a saquear la casa incendiada, se oyó una ovación como Josef no había escuchado jamás. Un ingenioso mecanismo había hecho girar hacia los espectadores el lujoso interior de la residencia incendiada. Millares de personas se precipitaron hacia la escena, se arrojaron sobre el mobiliario, la vajilla y los manjares. Gritaban, se apretujaban y se pisoteaban. Y dentro del teatro y en la plaza que se extendía a la entrada, entre las gigantescas y elegantes columnas, en el inmenso Campo de Marte, sólo se oía cantar: «¿Quién es el amo aquí? ¿Quién paga la mantequilla?».

Cuando Josef fue a cenar a casa de Demetrio Libán, invitado por sugerencia de Justo, se sintió profundamente turbado. En otras ocasiones, ante el Pontífice, el rey Agripina o el gobernador romano no había demostrado ni timidez ni temor, pero para su sorpresa, el actor le inspiraba enorme respeto y su comedia le había producido una impresión extraordinaria. Estaba asombrado de que el judío Demetrio Libán con su sola presencia pudiera imponerse a millares de personas, desde los más encumbrados a los más humildes, tanto a romanos como a extranjeros, y forzarlos a pensar y sentir como él gracias a la magia de su arte.

El comediante se encontraba repantigado en un diván y vestía una amplia bata verde. Extendió perezosamente la mano completamente adornada de sortijas. Josef se sorprendió: ¡cuán pequeña era la estatura de ese hombre que había llenado el escenario del gigantesco Teatro Marcelo!

La cena fue íntima. Estaban presentes el joven Antón Marullo, hijo del senador, otro patricio muy joven, un hombre judío, que era miembro del consejo directivo de la sinagoga Velia, y el muy amanerado doctor Licino, a quien Josef cobró antipatía de inmediato.

Por primera vez se encontraba en una casa romana de gran nivel. Se sintió maravillosamente a gusto entre los innumerables objetos novedosos que veía en ella, pero lo confundía el cúmulo de utensilios, salsas y condimentos. Inmediatamente tomó la precaución de seguir los movimientos del antipático doctor Licino, que estaba tendido en un diván frente a él, y a la media hora rechazaba con la misma inclinación de cabeza elegante y altiva lo que no le apetecía, y pedía con un movimiento del dedo meñique lo que le agradaba.

El actor comía poco. Se quejaba del régimen que le imponía su maldita profesión, inclusive en la relación con mujeres, e hizo un par de observaciones obscenas sobre el modo como algunos empresarios de espectáculos impedían, por medio de ingeniosos dispositivos aplicados al cuerpo, que sus actores-esclavos fornicasen, aunque en ocasiones se dejaban persuadir por el dinero de ciertas encumbradas damas, que compraban el permiso de liberar por una noche del mecanismo a los desdichados comediantes.

Después comenzó a burlarse, sin más trámite, de las ridículas tradiciones de algunos de sus colegas, representantes de otras escuelas, de sus máscaras y zancos. Se puso de pie y caricaturizó al actor Estratocles. Echó a andar a grandes pasos por la habitación haciendo henchir la bata verde y, aunque estaba calzado con sandalias sin tacones, causaba la impresión de haberse colocado unos altos coturnos sobre los cuales se pavoneaba su cuerpo estirado y rígido.

Josef se armó de valor y elogió tímidamente el modo velado y, sin embargo, explícito con que Demetrio Libán había aludido al financiero Regino. El actor lo miró.

—¿De modo que el pasaje le ha gustado? —preguntó—. Me satisface oírsele, aunque no me quedó como quería.

Radiante de alegría, pero siempre discreto, Josef explicó hasta qué punto le había encantado la representación. Había visto en su vida a millones de esclavos, pero por primera vez había intuido y comprendido cuánto se ocultaba en el alma de esos hombres. El actor le tendió la mano: era para él un testimonio precioso —declaró— que alguien recién venido de Judea se hubiese sentido transportado por su actuación. Josef tuvo que describirle minuciosamente el efecto que le había producido cada detalle de la comedia. Libán lo escuchaba pensativo, sin dejar de masticar lentamente una ensalada recomendada para su salud.

—Vos venís de Judea, doctor Josef —dijo, para cambiar de tema—. ¡Oh, mis queridos judíos! —exclamó en tono de resignación y reproche—. Me ocasionan las mayores amarguras del mundo. En las sinagogas se maldice mi nombre sólo porque empleo los dones que me ha concedido el Señor, y con mi nombre asustan a los niños como si yo fuese el coco. A veces pierdo el control por culpa del fastidio que me produce su estrechez de espíritu. Pero cuando tienen que presentar una petición al palacio imperial corren en mi busca y me aturden los oídos. Demetrio Libán es entonces un hombre bueno y útil.

—¡Dios mío! —exclamó el joven Antonio Marullo—. Los judíos son muy intrigantes, es bien sabido.

—¡No os permito! —gritó el actor colérico—. No permito que se insulte a los judíos en mi casa: ¡yo soy judío!

Antonio Marullo se sonrojó y trató en vano de sonreír mientras balbuceaba algunas excusas, pero Demetrio Libán no le hizo caso.

—¡Judea! —prorrumpió—. ¡La Tierra de Israel! ¡Jerusalén! No he estado nunca allí, no he visto jamás el Templo, pero algún día iré y llevaré mi cordero al altar.

En su rostro descolorido y un poco abotargado, sus tristes ojos color azul grisáceo expresaban ansiedad y desolación.

—Yo puedo hacer más de lo que vos habéis visto —dijo, volviéndose bruscamente a Josef con aire grave y misterioso—. Tengo una idea. Si la realizo, mereceré en verdad mi apodo y seré «el Primer comediante de la época». Sé exactamente cómo he de hacerlo, no es sino cuestión de un poco de coraje. Rogad, mi querido doctor Josef ben Matatías, para que sea capaz de la audacia necesaria.

Antonio Marullo, con un gesto gracioso y espontáneo rodeó con su brazo el cuello del actor.

—Decidnos vuestra idea, mi querido Demetrio —le rogó—. Es la tercera vez que nos habláis de ella. —Pero Libán siguió imperturbable.

—También la emperatriz —dijo— me hostiga para que realice mi proyecto. —Creo que ella me recompensaría ampliamente si lo hiciera— y esbozó una sonrisa de extraña insolencia —pero no pienso en ello— concluyó.

—Habladme de Judea —rogó, volviéndose de nuevo a Josef. Éste le describió la

Pascua, la fiesta de Pentecostés y la ceremonia de la Reconciliación en la que el Gran Pontífice invoca (una sola vez en el año) a Yahvé por su verdadero nombre, y el pueblo entero se prosterna al escuchar la palabra poderosa y terrible ante el Dios invisible y cincuenta mil frentes golpean el suelo del Templo. El actor escuchaba con los ojos cerrados.

—Sí —dijo—, algún día yo también escucharé ese nombre. Postergo mi viaje a Jerusalén de año en año, porque un actor no dispone mucho tiempo de las fuerzas necesarias para su arte y debe contar con el envejecimiento. Pero algún día me embarcaré y, cuando sea viejo, compraré una casa y una pequeña propiedad rural en las cercanías de Jerusalén.

Mientras Demetrio hablaba, Josef reflexionó rápida e intensamente: el momento era oportuno.

—¿Puedo contaros algo sobre Judea, Demetrio? —preguntó. Y habló de los tres inocentes. Evocó el horno de ladrillos, la celda subterránea, húmeda y fría, y los tres esqueléticos seres entre los cuales no había reconocido a su antiguo maestro Natán. El comediante lo escuchaba con la cabeza apoyada en los puños, y los ojos cerrados. Josef habló con fuego y pasión. Cuando terminó, todos guardaron silencio. El primero en romperlo fue el doctor Licino, de la sinagoga Velia, quien comentó:

—Muy interesante.

Pero Demetrio le replicó vivamente: estaba cautivado por el relato y dispuesto a creer en su veracidad. El otro se defendió: ¿Qué prueba existía de que esos tres prisioneros eran realmente inocentes? Ciertamente, el doctor Josef ben Matatías hablaba con apasionada convicción, pero ¿por qué habría de valer más su testimonio que el que ofreciera el gobernador Antonio Félix? Un tribunal imperial romano había creído en las palabras del gobernador. Josef dirigió al comediante una mirada serena, llena de confianza, y repuso con llaneza:

—Id a ver a esos tres desdichados: están en el horno de ladrillos de Tibur. Yo he conversado con ellos; si vos los encontráis culpables, no diré una palabra más en su favor.

El actor mientras tanto recorría de un extremo al otro la habitación. Desaparecieron las sombras de sus ojos y la languidez de sus gestos.

—He aquí una excelente propuesta —exclamó a viva voz—. Estoy contento de que hayáis venido a visitarme, doctor Josef. Iremos a Tibur. Quiero ver a esos tres acusados. Os ayudaré, mi querido doctor ben Matatías. —De pie parecía más alto que Josef aunque en realidad no lo era—. ¿Sabéis —agregó con acento sombrío— que esta visita concuerda con mi idea?

Estaba animado hasta la excitación; se ocupó él mismo de la crátera y dijo una palabra amable a cada comensal. Bebieron mucho. Pasadas unas horas uno de ellos propuso jugar. Iniciaron el juego con cuatro dados de marfil. A Demetrio Libán se le ocurrió de pronto que en algún sitio tenía guardados unos dados hebreos de forma muy original que le habían regalado en su infancia. Estaban provistos de un eje cuya

parte superior servía de manija, de modo que se los podía hacer girar como trompos. Josef conocía esa clase de dados. Eran bastos, primitivos pero giraban de un modo gracioso, divertido. Aunque el juego le pareció agradable, las apuestas resultaban demasiado altas para Josef. Respiró aliviado cuando consiguió ganar las tres primeras partidas.

Eran cuatro dados. Cada uno llevaba grabadas las letras *guimel*, *he*, *nun*, *schin*. Este último era adverso. *Nun* el benéfico. Los judíos muy religiosos prohibían severamente este juego; decían que la letra *schin* era una antigua representación del dios Saturno y la letra *nun* una imagen de la diosa Noga-Istar, que los romanos llamaban Venus. Después de agitar los dados, se los volvía a colocar en el centro y cada jugador podía elegir para su juego una de las cuatro peonzas. En el curso de la partida, Josef obtuvo muy a menudo el *nun* portador de la suerte. Su ojo avizor advirtió rápidamente que uno de los dados, aplastado en un ángulo de modo apenas perceptible, daba siempre el *nun*. Sintió un estremecimiento. Si sus compañeros de juego se daban cuenta de que el dado aplastado en uno de sus vértices era el que le había hecho ganar sus sucesivos *nun*, el favor del gran hombre obtenido esa velada podría quedar comprometido. Prudentemente moderó sus ganancias. El dinero que le quedaba le bastaba para vivir en Roma sin preocupaciones.

—¿Consideraríais una indiscreción de mi parte, señor Demetrio, si os pidiese esos dados de recuerdo? —preguntó, cuando la partida hubo finalizado.

El actor se echó a reír y grabó en uno de ellos, con la uña, las iniciales de su nombre.

—¿Cuándo iremos a ver a los tres prisioneros? —preguntó a Josef.

—Dentro de cinco días —propuso éste tímidamente.

—Pasado mañana —repuso el actor.

En el horno de ladrillos recibieron a Demetrio Libán magníficamente. El destacamento de soldados que estaba de guardia rindió al primer artista dramático de la época los honores reservados a los personajes de alta jerarquía. Los vigilantes y guardianes se agolparon en las puertas y lo saludaron con el brazo derecho extendido y la mano abierta. De todas partes venían los saludos: «¡Salud, Demetrio Libán!».

El cielo estaba luminoso; hasta los prisioneros inclinados sobre la arcilla parecían menos desesperados y, mezclada con el canto monocorde, sonaba la conocida cancioncilla «¿Quién es el amo aquí? ¿Quién paga la mantequilla?». Josef avanzaba respetuosamente al lado del actor; más que por el entusiasmo de miles de espectadores en el teatro, estaba sorprendido por la popularidad de Demetrio Libán en ese antro de miseria.

Pero a la reducida celda subterránea, donde el ambiente era húmedo y helado, no llegaba el aire festivo que ese día parecía respirarse en el horno de ladrillos. Ventanas altas y estrechas, olor nauseabundo, sonidos monótonos. Los tres acusados estaban

sentados en cuclillas, inmóviles, con los grilletes oprimiéndoles los tobillos, la marca del hierro al rojo en la frente, y la incuria de las barbas que, grotescamente, parecían alargar sus cráneos rasurados.

El actor, conmovido, sintió cómo se le iba agarrotando la garganta.

Sus ojos no se apartaban de los extenuados ancianos, que pronunciaban débilmente algunas palabras, esforzando lastimosamente el cuello hacia delante. Sus oídos recogieron ávidamente los torpes balbuceos entrecortados. Quería moverse a uno y otro lado del reducto pero éste era tan estrecho y bajo que le resultó imposible. Por eso permaneció de pie sin moverse del sitio, visiblemente impresionado. Los imaginó con la indumentaria blanca, avanzando solemnes en la Sala Cuadrangular del Templo, proclamando la Ley de Israel. Los ojos se le llenaron de lágrimas y él las dejó correr por sus gruesas mejillas. Permaneció así un buen rato, extrañamente contenido, sin hacer un movimiento. Después, muy lentamente, apretando las mandíbulas, con las manos cubiertas de sortijas desgarró sus vestiduras, lo cual entre los judíos es un signo de intenso dolor. Luego se sentó al lado de los tres infelices, cerca de sus harapos infectos, soportando pacientemente su desagradable aliento en la cara y el roce de sus barbas sobre la piel.

Les habló en un arameo inseguro, que le venía de lejos, de la infancia, y del que había perdido el hábito de hablarlo. Pero las suyas eran palabras que ellos comprendían, más apropiadas a su humor y a su situación que las de Josef: palabras de simpatía para su vida lamentable. Los ancianos lloraron y le bendijeron cuando se retiró.

Durante gran parte del viaje Demetrio guardó silencio. Después expresó resueltamente su pensamiento ¿Qué significaba el horrible sufrimiento, el martirio que transcurre en un día, el de Hércules entre las llamas o el del decapitado Agamenón, en relación con la miseria continua que estaba royendo lentamente el corazón y la carne de esos tres infelices? ¿Qué camino interminable y doloroso llevaba a esos tres grandes doctores de Sión, portadores de la antorcha de la ciencia, a su situación actual de pobres desechos humanos!

Llegados a la ciudad, a la puerta Tibur, dijo a Josef, al despedirse:

—¿Sabéis qué ha sido lo más horrible? No tanto lo que decían como su extraña manera de balancear el cuerpo con movimientos rítmicos. Eso sólo lo pueden hacer las personas que están siempre sentadas en el suelo, en la oscuridad, con las piernas cruzadas; las palabras mienten a menudo, pero los movimientos son tremendamente sinceros. Es necesario que reflexione al respecto: hay allí una fuente de efectos poderosa.

Esa noche, en lugar de dormir, Josef escribió, sentado en su habitación, un informe sobre los tres inocentes. Se agotó el aceite de su lámpara y se consumió la mecha. Los renovó y continuó escribiendo. No se extendió mucho sobre el pleito de Cesarea, pero, en cambio, escribió largo y tendido sobre los padecimientos de los tres ancianos y la necesidad de hacer justicia. «La justicia» argumentó, «ha sido en todos

los tiempos para los judíos la primera de las virtudes. Ellos soportan la miseria y la opresión, pero no la iniquidad; hasta llegarían a honrar a un tirano, con tal de que les hiciera justicia». «El derecho», dice uno de sus profetas, «corría como agua torrencial y la justicia como río inagotable». «La edad de oro vendrá», dijo otro, «cuando el derecho reine también en el desierto». Josef se sentía encendido por la emoción. La sabiduría de los ancianos ardía en su propio fuego. Y escribía. La mecha de la lámpara empezó a echar humo, pero él continuó escribiendo sin detenerse. Desde las puertas de la ciudad le llegaba el ruido de los pesados carretones que sólo circulaban por la noche, pero no los oyó. Estaba inmerso en su tarea de escribir y corregir su alegato.

Al cabo de tres días, un mensajero de Demetrio Libán le trajo una carta en la que el actor lo invitaba escuetamente a presentar dos días después, a las diez de la mañana, sus respetos a la emperatriz.

¡La emperatriz! Josef sintió que le faltaba la respiración. En todas las calles se veía su efigie, a la que se rendían honores divinos.

¿Qué le diría? ¿Cómo encontraría palabras capaces de conmover a esa extraña mujer, cuya vida y pensamientos dominaban desde tan alto a los demás seres humanos? A la vez que se hacía estas preguntas pensaba que él sería capaz de encontrar las palabras adecuadas. Era una mujer, y él sentía por todas las mujeres un leve desdén, por lo que suponía que le sería fácil conquistarla.

Releyó su manuscrito en voz alta con gestos elocuentes, como lo hubiese leído en Jerusalén. Estaba escrito en arameo: lo tradujo luego con dificultades al griego, aunque temió que resultara tosco y lleno de errores. ¿No sería impropio presentarse a la emperatriz con un manuscrito mal preparado, incorrecto? O, por el contrario, ¿acaso los errores no producirían un favorable efecto de ingenuidad?

Se propuso no comentar con nadie la próxima entrevista. Para calmar su impaciencia, echó a andar febrilmente por las calles de la ciudad, volviéndose en sentido contrario cuando veía de lejos a algún conocido. Corrió a la peluquería y se compró un perfume nuevo. Su ánimo pasaba de la mayor exaltación a la depresión más honda.

Las esculturas que representaban a la emperatriz la mostraban con la frente pequeña, despejada y agradable, los ojos rasgados y la boca bastante grande. Sus propios enemigos reconocían que era hermosa, y muchos comentaban que causaba honda impresión en quien la veía por primera vez. ¿Cómo se comportaría en su presencia, él, que era un insignificante provinciano?

Sintió la apremiante necesidad de hablar con alguien en quien pudiera confiar plenamente. Regresó a su casa y anunció de inmediato a su hermosa amiga Irene que deseaba comunicarle una noticia. La joven merecía su absoluto respeto por lo que no tuvo ningún reparo en hacerla partícipe de su secreto. Ante ella descargó su alma y la

abrumó explicándole cómo se figuraba la entrevista y qué cosas pensaba decir a la emperatriz. Josef actuó para Irene como un actor ensaya, con gestos y movimientos, una pieza en el escenario.

A la mañana siguiente lo condujeron al palacio imperial en la lujosa litera de Demetrio Libán, precedida de heraldos que despejaban el camino y una imponente escolta. Los transeúntes se detenían al ver la litera y aclamaban al cómico. Josef vio en las calles los bustos de la emperatriz, blancos o policromos, con los cabellos color de ámbar, rasgos delicados y labios teñidos de rojo. Popea, pensó. Popea quiere decir «muñeca» o «bebé». Recordó la palabra hebrea *Yanucá*. A él también lo habían llamado así en un tiempo. No le sería difícil entenderse con la emperatriz.

De acuerdo con las descripciones que le habían hecho, Josef esperaba encontrarla como a todas las princesas de Oriente, repantigada sobre una montaña de suntuosos cojines, rodeada de un cortejo de esclavos portando abanicos y perfumes. Su atuendo sería, indudablemente, refinado y lujoso.

Sin embargo, en lugar de lo que había imaginado, Popea los recibió sentada en un cómodo sillón, vestida con una túnica larga hecha al parecer con una tela producida en Judea, una gasa de extremada ligereza y finura.

Estaba apenas maquillada y su peinado era muy simple: los cabellos, separados al medio, le caían recogidos en un grueso moño sobre la nuca, en nada parecido a los altos edificios adornados de joyas que se veían de ordinario en las cabezas de las damas de las clases altas. Encantadora como una jovencita, la emperatriz acogió a los visitantes con una sonrisa de sus labios color de rosa, y les tendió su blanca mano infantil. Sí, tenían razón al llamarla Popea, *Yanucá*. Era verdaderamente turbadora, y Josef no sabía qué decir.

—Por favor, señores —dijo ella haciendo una indicación, y como el actor se sentó, Josef hizo lo propio. Hubo un breve silencio. Los cabellos de la emperatriz, verdaderamente, eran del color del ámbar tal como el emperador los había descrito en un poema, pero sus cejas y pestañas eran oscuras. Josef pensó rápidamente: «Parece muy distinta de sus retratos. Es una niña, pero una niña que puede ordenar la muerte de una persona sin pestañear siquiera. ¿Qué decir a una criatura así? Además, debe ser endiabladamente inteligente».

La emperatriz lo miraba atentamente sin ningún embarazo. Él devolvía a duras penas la mirada; su frente estaba algo cubierta de sudor, y su expresión era humilde y sumisa. Popea hizo un ligero mohín, imperceptible casi y súbitamente adoptó una expresión que ya no era infantil, sino sagaz y burlona.

—¿Acabáis de llegar de Judea? —preguntó a Josef en griego, con voz frágil, pero muy nítida—. Decidme, por favor ¿qué se piensa en Jerusalén sobre Armenia?

Ésta era una pregunta verdaderamente extraña, porque si bien la solución del pleito de Armenia constituía la llave de la política romana en Oriente, Josef siempre había considerado que Judea, su Judea, era demasiado importante y que a los extranjeros no les correspondía opinar sobre sus problemas, especialmente sobre sus

relaciones con un país tan bárbaro como Armenia. En suma, en Jerusalén nadie, o por lo menos él, pensaba jamás en Armenia. Por tanto no sabía qué contestar.

—Los judíos se sienten bien allí —repuso con torpeza, después de un largo silencio.

—¿De veras? —comentó la emperatriz, y se echó a reír francamente, como si la respuesta la hubiese divertido. Hizo otras preguntas en el mismo tenor, bromeando a costa del joven de grandes ojos vivaces que no sospechaba, al parecer, el enredo en que se hallaba comprometida su patria.

—Gracias —dijo ella al final, cuando Josef con gran esfuerzo terminó una frase complicada a propósito de la situación estratégica sobre la frontera de los partos—. Ahora estoy informada —y dirigió una sonrisa cómplice a Demetrio Libán: ¿qué cómico producto del Oriente le había traído?

—Creo —dijo al actor, que quedó sorprendido y encantado— que es por pura bondad de alma que intervenís en favor de los tres prisioneros. —Se volvió a Josef con indulgencia cortés y agregó—: Habladme, os ruego, de vuestros patrocinados.

Se instaló cómodamente, apoyando los codos en el sillón. A través de la sutil trama de la tela del austero vestido se adivinaba el contorno de sus miembros.

Josef tomó su memorándum dispuesto a leerlo en griego, pero ella le interrumpió:

—¿Cómo se os ocurre? Habladme en arameo.

—¿Me comprenderéis? —preguntó él, aturdido.

—¿Quién os ha dicho —replicó Popea— que yo deseo comprenderos?

Josef alzó los hombros, con un gesto más arrogante que ofendido, y comenzó a leer en arameo, la lengua en la que había compuesto inicialmente su escrito, pronunciando sin preocupación alguna en hebreo las citas de la Biblia. Aún así no podía concentrar su pensamiento, sentía que hablaba sin entusiasmo. Miraba con atención a la emperatriz, en un primer momento con humildad, después con cierto atrevimiento, luego con interés y por último casi con insolencia. No sabía si ella lo escuchaba ni tampoco si lo comprendía. Cuando acabó de pronunciar la última palabra, Popea preguntó:

—¿Conocéis a Cleo, la esposa de mi gobernador en Judea?

Josef no oyó otra cosa que el «mi». ¡Cómo sonaba!: «¡Mi gobernador en Judea!». Se había figurado que palabras así debían aparecer talladas en piedra, como estatuas, y he aquí que una niña decía con una sonrisa: «Mi gobernador en Judea». Era natural: Gesio Floro gobernaba Judea en su nombre. Sin embargo, Josef no estaba dispuesto a dejarse avasallar.

—No conozco a la esposa del gobernador —repuso insolentemente—. ¿Puedo esperar una respuesta a mi memorándum?

—He tomado conocimiento de él —replicó la emperatriz— pero no puedo adivinar el significado de sus palabras.

El cómico creyó oportuno intervenir.

—El doctor Josef no ha podido dedicar mucho tiempo a la vida mundana —dijo,

acudiendo en ayuda de su protegido—. Se ocupa de literatura.

—¡Oh! —dijo Popea, muy seria—, ¡la literatura hebrea! Conozco poco, y lo que he leído es hermoso, pero muy complicado.

Josef se puso tenso y concentró su fuerza mental. Tenía que conseguirlo. Tenía que conmover a la dama, sentada frente a él, fría y burlona. Le dijo que su única ambición era ayudar a los romanos a descubrir la formidable literatura judía.

—Hacéis que se os traigan perlas, perfumes, oro y animales raros de Oriente —dijo—, pero desdeñáis los tesoros más preciosos, sus libros.

Popea le preguntó en qué forma pensaba iniciar a los romanos en la literatura judía.

—Reveladme algo de ella —dijo, posando en él sus ojos verdes. Josef cerró los ojos, como había visto hacer a los recitadores de su país, e inició un relato, basándose en la primera historia que se le ocurrió. Habló de Salomón, rey de Israel, de su sabiduría, su poder, sus palacios, su Templo, sus mujeres, su idolatría.

Refirió la visita de la reina de Saba, la habilidad con que había resuelto una querrela entre dos mujeres por causa de un niño cuya maternidad se disputaban, y mencionó dos libros muy profundos, uno sobre la sabiduría, llamado *Eclesiastés*, y otro sobre el amor, *El Cantar de los Cantares*, escritos por Salomón. Josef intentó recitar algunas estrofas del *Cantar* en una mezcla de griego y de arameo, pero no era fácil. Había abierto los ojos e intentaba traducir y transmitir la pasión de los poemas, acompañándose de gestos, suspiros y movimientos de su cuerpo. La emperatriz se inclinó ligeramente hacia delante, apoyándose en los brazos del sillón. Escuchaba entreabriendo la boca.

—Son poesías hermosas —dijo, cuando Josef se detuvo jadeante de emoción, y volviéndose hacia el cómico, agregó—: Vuestro amigo es un joven encantador.

Demetrio Libán, que se había sentido un poco relegado, aprovechó la ocasión para estar nuevamente en primer plano.

—El tesoro de la literatura judía es inagotable —observó—. Yo también recurro a ella a menudo, para enriquecer mi arte.

—La última vez, Demetrio —dijo la emperatriz con reconocimiento—, en el papel del esclavo Isidoro habéis estado magníficamente vulgar. ¡Me he reído tanto!

Popea sabía muy bien que a él no le gustaba que ella hiciera comentarios de ese tipo. Este joven de Jerusalén, bastante osado y algo tonto, no le traía suerte. La entrevista era un fracaso; había hecho mal en solicitarla.

—Además —continuó la emperatriz—, vos me debéis todavía una respuesta, Demetrio. Habláis siempre de una idea revolucionaria que os da vueltas en la cabeza. ¿Querriais revelármela, al fin? A decir verdad, no creo en ella.

El cómico se mantenía sentado, irritado y serio.

—No tengo ya ninguna razón —dijo, finalmente, en tono agresivo— para conservar oculta mi idea. Se relaciona con nuestro permanente tema de conversación. —Guardó por un instante un silencio muy significativo y después, agregó, como si no

le diera importancia:

—Me gustaría llevar a escena al judío Apella.

Josef se estremeció. El judío Apella era el prototipo del judío tal como lo representaba el espíritu malicioso y hostil del pueblo romano, un personaje sumamente antipático, supersticioso, sucio, maloliente y bufonesco. Cincuenta años antes el gran poeta Horacio lo había introducido en la literatura. ¿Y ahora Demetrio Libán quería...? Josef sintió miedo.

Pero mucho más se sobresaltó la emperatriz. Repentinamente su pálido rostro se puso como la grana. Su personalidad tornadiza y versátil producía temor y admiración.

Mientras tanto, el actor gozaba el efecto de sus palabras.

—Se ha puesto en escena —explicó— a griegos, romanos, egipcios y bárbaros, pero nunca a un judío.

—Sí —dijo la emperatriz con voz queda y forzada—, la idea es excelente y temeraria.

Los tres quedaron silenciosos y pensativos.

—Una idea demasiado peligrosa —declaró, por último, Demetrio, sombrío y ya arrepentido—. Creo que no podré realizarla. Esas palabras no hubieran debido salir de mi boca. Sería hermoso interpretar al judío Apella, no al necio de quien habla el pueblo, sino al auténtico, con toda su comicidad y su tristeza, con sus ayunos y su Dios invisible. Yo soy, probablemente, el único en el mundo que podría hacerlo. Sería admirable, pero demasiado arriesgado. Vos, Majestad, nos comprendéis a los judíos, pero ¿cuántos en Roma se pueden comparar con vos? Se reirían, no harían más que reírse y todos mis esfuerzos tendrían por único fruto la burla malévola, que traería desgracias a todo mi pueblo —hizo una pausa y agregó—: Además, sería peligroso para mí, debido a mi fe en el Dios invisible.

Josef estaba perplejo. Le había tocado intervenir en asuntos graves e importantes y había sentido en sí mismo la seducción del teatro; podía imaginar al actor Demetrio Libán en escena, insuflando al judío Apella una vida terrible, bailando, saltando, rezando, expresándose a través del múltiple lenguaje de su cuerpo elocuente. Se sabía cuán arbitrarios y despóticos eran los caprichos del público romano en el teatro pero nadie habría podido prever las consecuencias de un espectáculo de ese género, incluso en la frontera con los partos.

La emperatriz se puso de pie. Con movimientos majestuosos entrelazó los dedos bajo el nudo de sus cabellos, de modo que las mangas de su vestido se deslizaron hasta los hombros, y comenzó a caminar de un lado al otro de la sala, arrastrando la cola de su falda. Al ver que se incorporaba, los dos hombres se levantaron de un salto.

—Callaos, callaos —dijo la emperatriz al cómico. Se había convertido en una llama—. No os mostréis cobarde después de haber tenido una vez una idea realmente buena. —Se detuvo junto a Libán y le puso afectuosamente la mano en el hombro—.

El teatro romano es absurdo —se lamentó—, pesado y vulgar. Está en decadencia porque sigue fielmente una tradición estéril. Representad al judío Apella para mí, mi querido Demetrio, os lo ruego. Persuadidlo, joven —agregó, dirigiéndose a Josef—. Creedme, todos vosotros tendréis mucho que aprender si él encarna a ese personaje.

Josef callaba, presa de la incertidumbre más penosa. En su rostro se sucedían el rubor y la palidez. ¿Debía alentar a Demetrio? Sabía que el cómico deseaba con toda su alma exhibir libremente su judaísmo a los ojos de la inmensa Roma. Sólo bastaría una palabra suya para que la piedra echase a rodar pendiente abajo. Pero ¿dónde se detendría? Imposible preverlo.

—¡Qué tediosos sois vosotros! —exclamó la emperatriz, malhumorada. Había vuelto a sentarse, pero los dos hombres seguían de pie. El actor, siempre tan pendiente de su aspecto, parecía en esta ocasión torpe y poco ingenioso—. Hablad, pues —insistió la emperatriz, dirigiéndose esta vez a Josef.

—Dios está ahora en Italia —repuso éste.

El actor lo miró, sorprendido por el acierto de Josef al pronunciar esa frase ambigua que resolvía todas sus agobiantes dudas. La insólita afirmación fascinó a la emperatriz.

—He aquí una frase notable —exclamó batiendo las palmas—. Sois un hombre inteligente —comentó. Y grabó en su memoria el nombre de Josef.

Josef se sentía a la vez confundido y entusiasmado. No comprendía la trascendencia de las palabras que acababa de pronunciar. ¿Era suya la sentencia? ¿La había dicho ya en otra ocasión? En todo caso, había sido la palabra justa, pronunciada en la ocasión adecuada. Poco importaba la paternidad de la frase si su valor dependía del momento en que se dijera. «Dios está en Italia», era una afirmación que acababa de iniciar la historia de su propia eficacia.

Pero ¿la tenía, en efecto? Demetrio se mantenía dubitativo o, por lo menos, aparentaba estarlo.

—Decid que sí de una vez, Demetrio —insistió la emperatriz—. Si lográis que acepte —agregó volviéndose a Josef—, devolveré la libertad a vuestros inocentes.

Una luz se encendió en los ojos expresivos de Josef. Hizo una profunda reverencia, tomó delicadamente la mano de la emperatriz y la besó largamente.

—¿Cuándo interpretaréis al judío? —preguntó ella al actor.

—Yo no he prometido nada —se apresuró a contestar Demetrio, con bastante inquietud.

—Entregadle una promesa escrita en favor de nuestros protegidos —imploró Josef.

La emperatriz se sonrió maliciosamente al oír «entregadle» y «nuestros protegidos» pero llamó a su secretario. «Cuando el cómico Demetrio Libán —dictó— interprete el papel del judío Apella, me esforzaré para que se restituya la libertad a los tres judíos condenados que se encuentran en el horno de ladrillos de Tibur». Se hizo traer luego las tablillas, les agregó su firma —una P— y las entregó a Josef,

mirándolo fijamente con sus ojos verdes y burlones. Él le devolvió la mirada respetuosamente, pero tan prolongada e insistente que la expresión burlona se borró poco a poco de los ojos de Popea y desapareció su luminosidad.

Después de la audiencia, Josef se sintió volar sobre las nubes. Los demás mortales veneraban los bustos de la emperatriz, mujer eminente y divina que había hecho matar, sin dejar de sonreír, a su poderosa rival la emperatriz madre, y sonriendo siempre había obligado a prosternarse ante ella al senado y al pueblo de Roma. Él, en cambio, había hablado con la señora del mundo como si fuera cualquier mujer con la que se habla todos los días. *Yildi, Yanucá*. Sólo le había bastado mirarla largamente a los ojos para que le prometiese de inmediato poner en libertad a los tres prisioneros, favor que el Gran Consejo de Jerusalén no había podido obtener a pesar de su sabiduría y de su diplomacia.

Paseaba por las calles del barrio judío, situado en la margen derecha del Tíber, tan ligero como si le hubiesen crecido alas. La gente lo veía pasar y lo seguía respetuosamente con la mirada. «El doctor Josef ben Matatías, de Jerusalén», susurraban a su paso, «sacerdote de primera categoría y favorito de la emperatriz». La pequeña Irene le tendía su admiración a los pies como si fuera una alfombra. Había pasado el tiempo en que Josef debía sentarse a la mesa en compañía de sus inferiores las vísperas del sábado.

Cayo Barzaarone se enorgullecía de que Josef ocupara el puesto de honor en los divanes. Aún más: el astuto negociante abandonó su actitud prudentemente reservada y llegó a confiarle ciertas dificultades que ocultaba cuidadosamente a los demás miembros de la familia.

Su importante fábrica de muebles aún era próspera, pero se cernía sobre ella un peligro que aunque ya insinuando en otras épocas, ahora parecía cada vez más grave. Se estaba extendiendo entre los romanos la costumbre de emplear bajorrelieves de diversas formas y figuras de animales para ornamentar las patas de las mesas, ante lo cual no podía eludir lo establecido en las Escrituras: «No harás para ti imagen», o sea que a los judíos les estaba prohibido utilizar figuras de seres vivos. Cayo había evitado hasta entonces los adornos que contuvieran figuras de animales, pero sus competidores se aprovechaban desvergonzadamente de su situación desventajosa, extendían el rumor de que su fábrica estaba pasada de moda y él comprobaba con preocupación que estaba perdiendo a sus clientes. Su obstinada negativa a trabajar con figuras de animales le había costado desde el gran incendio una cantidad cuantiosa de dinero. Buscó toda clase de argumentos. Trató de convencer a sus correligionarios de que él no se servía de los muebles de su tienda para su uso personal, sino que los vendía a otras personas. Pidió consejo a innumerables teólogos. Eminentes doctores de Jerusalén, de Alejandría y de Babilonia afirmaban que la utilización de esa clase de ornamentos consistiría en su caso en un pecado venial y

podría concedérsele una autorización. Pero aún así no cesaron las dudas de Cayo Barzaarone, que hasta entonces no había comentado con nadie esas consultas. Era consciente de que si ofendía los escrúpulos de los más ortodoxos su situación quedaría gravemente comprometida en la comunidad de Agripa y temía que su desobediencia a la Ley causara la muerte de su padre, el anciano Aarón. ¡Que el cielo no lo permitiera! Este hombre, aparentemente tan seguro de sí, estaba atormentado por las dudas y las preocupaciones.

Josef no era muy estricto en la observancia de los preceptos, pero el «No harás para ti imagen» constituía más que una ley, era una de las verdades fundamentales del judaísmo. Según la doctrina, la palabra y la imagen se excluyen mutuamente. Josef, que sentía una profunda vocación por las letras, creía en la palabra invisible, a la que consideraba una verdadera maravilla pues siendo inmaterial gravita sobre las formas materiales de la existencia. Creía que sólo le sería dado poseer la sagrada, la invisible palabra de Dios a aquel que no la contaminara con representaciones sensitivas y renunciara con total convencimiento a la vana fruslería de las esculturas. Escuchó las explicaciones de Cayo Barzaarone con expresión impenetrable, evitando comprometerse con una respuesta concreta. Eso fue justamente lo que agradó a Cayo. Josef tuvo la impresión de que lo habría aceptado de buen grado como yerno.

Poco a poco empezó a extenderse la noticia de que la liberación de los tres presos estaba supeditada a una condición. Cuando los judíos supieron de qué se trataba, su alegría se desvaneció. ¿Sería posible? ¿El actor Demetrio Libán debería interpretar el papel del judío Apella, posiblemente en el Teatro Pompeyo, en presencia de cuarenta mil espectadores? El judío Apella: con sólo escuchar su nombre los judíos se echaban a temblar. Con él Roma expresaba sus antipatías contra los inmigrantes de la orilla derecha del Tíber. El apelativo injurioso había desempeñado un papel miserable en los *pogroms* que ocurrieron bajo el mandato de los emperadores Tiberio y Claudio. Significaba matanzas y pillajes. El odio ahora adormecido ¿acaso no podría despertar en un instante? ¿No era tan estúpido como criminal provocar a la fiera dormida? Se conocían muchísimos casos de excesos a los cuales el público de teatro en Roma se había dejado arrastrar. En cuanto a Demetrio Libán se juzgaba como una arrogancia temeraria que representara al judío Apella.

Los más estrictos doctores judíos atacaron nuevamente al cómico y esta vez con mayor violencia. ¿No constituía un pecado subir al escenario y vestirse con la piel y las ropas de otra persona? ¿No ha dado Dios, bendito sea su Nombre, a cada uno su cuerpo y sus rasgos? ¿No era rebeldía contra Él querer alterarlos? Pues bien, esto era aún peor: se trataba de la representación de un judío, de un descendiente de Abraham, de un miembro del pueblo elegido, para diversión de incircuncisos. Era un pecado mortal, un pecado de soberbia que seguramente traería aparejadas las peores desgracias para todos. En consecuencia, reclamaron el anatema y el destierro para Demetrio Libán.

Los doctores liberales, en cambio, defendieron calurosamente al artista. Opinaban

que no se habían tenido en cuenta las intenciones; que si Demetrio estaba dispuesto a representar a Apella era por el único motivo de salvar a los tres inocentes condenados. ¿Acaso se ignoraba que ése era el único medio de librarlos de la cárcel? ¿Socorrer a los cautivos, no era uno de los principales preceptos de las Escrituras? ¿Era lícito decirle al cómico: «No lo hagas, déjalos morir como murieron miles de sus antepasados en los hornos de ladrillos de Egipto»?

El tema se debatió apasionadamente. En los seminarios, los estudiantes de teología más aventajados se dedicaron a cotejar las citas bíblicas contradictorias respecto al tema. El problema fue sometido a estudio en la totalidad de las escuelas superiores hebreas; se lo discutió en Jerusalén, en Alejandría, en los círculos de los famosos doctores de Babilonia, hasta en el Extremo Oriente. Era un caso apropiado para que teólogos y juristas ejercitasen la sutileza de su pensamiento.

El actor asistía personalmente a las discusiones y exponía a quien quisiera escucharlo el conflicto que vivía entre su fe religiosa y su conciencia artística. En realidad, hacía tiempo que había decidido interpretar a toda costa al judío Apella. Sabía perfectamente cómo hacerlo y sus autores, sobre todo el refinado senador Marullo, ya habían esbozado cómo se desenvolvería la acción, dinámica y de gran efecto. Además, el sorprendente balanceo, maquinal y resignado, de los tres condenados en el calabozo, le había inspirado muchas ideas grotescas y terribles. Demetrio quería representar una mezcla atrevida de tragedia y comedia. En algunas ocasiones había interpretado en las tabernas populares del barrio comercial, o en el de los almacenes y cuarteles, algunas pocas escenas, prudentemente, para comprobar qué efecto causaría la obra. Pero pronto lo embargaba la tristeza, al pensar que nunca se sentiría con fuerzas para afrontar ese papel, pues su conciencia siempre se lo reprocharía. Sintió satisfacción cuando supo que casi toda Roma no hablaba de otra cosa que del tema del judío Apella y de si sería o no encarnado por Demetrio Libán. En todas partes donde aparecía su litera provocaba entusiasmo; el pueblo aplaudía y gritaba: «¡Salud, Demetrio, interpretad al judío Apella!».

También expuso a la emperatriz sus dudas sobre el inquietante proyecto, al que ya se había lanzado, y sus escrúpulos de conciencia. Ella lo contemplaba sonriendo irónicamente. El administrador del horno de ladrillos de Tibur, mientras tanto, había recibido la orden de velar por que los tres judíos condenados no muriesen repentinamente.

Popea, por su parte, aguardaba la decisión del ministerio de Ruegos y Reclamaciones. La liberación de los tres ancianos no constituía en sí un asunto de importancia pero la situación política de Roma en Oriente era difícil y Popea era bastante buena romana como para olvidar sin remordimientos el indulto, si éste pudiera traer aparejado el mínimo inconveniente para el imperio. Si algo así sucediera, ella faltaría con una sonrisa a su promesa.

Mientras tanto, alentaba con gran entusiasmo al cómico para que realizara el proyectado papel. Le constaba, según dijo, que la alta aristocracia adversaria

maquinaba en el senado contra la amnistía. Era indispensable, por tanto, que se decidiera cuanto antes. «Sería injusto prolongar innecesariamente los sufrimientos de los tres infelices». Entonces, utilizando este argumento y dando por concluida la conversación, le preguntaba:

—¿Cuándo interpretaréis para nosotros al judío Apella, Demetrio?

El ministro Filipo Talas, jefe de la División de Oriente de la Cancillería Imperial, hizo llamar por segunda vez al masajista, para que le friccionesse los pies y las manos. Era a comienzos del otoño, el sol acababa de ponerse y aunque no hacía frío el ministro no lograba entrar en calor. Este hombre menudo, cuya nariz era como el pico de un buitre, se había extendido sobre el lecho, cubierto de cojines y mantas. Un brasero le calentaba los pies y otro las manos y, frente a él, diligentemente, el esclavo masajista se ocupaba de friccionar su vieja piel arrugada y reseca, surcada de venas azules. El ministro maldecía y amenazaba, y el masajista se esforzaba por no rozar las cicatrices que cubrían la espalda del anciano, trazas —lo sabía muy bien— de los latigazos que Talas había recibido en tiempos de su esclavitud en Esmirna. Los médicos habían probado cuantos procedimientos conocían para quitarlas. Pero ni la cirugía ni todos los ungüentos del famoso especialista Escribón Largo habían logrado que las antiguas marcas desaparecieran.

Era un mal día para él, uno de sus días pésimos, y sus sirvientes ya habían advertido su mal humor. Su secretario conocía la causa de su irritación: se trataba de una carta del ministro de Ruegos y Reclamaciones que había presentado a su amo, en la que se le hacía una consulta de rutina. Los funcionarios del ministerio, y sobre todo el obeso Junio Thrax, habrían prescindido de buena gana de consultar al ministro Talas, a quien deseaban ver lejos, pero bajo el gobierno del emperador reinante la sección oriental se había convertido en el eje de la política del imperio. Por otra parte, sabían cómo se enfurecía Filipo Talas cuando no se requería su opinión sobre algún asunto relacionado con su jurisdicción. Por todo esto, no se habían atrevido a expedirse definitivamente sobre un pedido de informes del gabinete de la emperatriz, sin la participación de Talas.

No se trataba de algo importante sino de unos viejos judíos condenados hacía algunos años a trabajos forzados, a causa de los desórdenes de Cesarea. Evidentemente, era un nuevo capricho de la emperatriz —¿cuántos había tenido ya?— querer indultarlos. Su Majestad adolecía de una debilidad inquietante por la canalla judía. «Maldita cortesana», pensó el ministro, y dio involuntariamente un codazo a su masajista. Probablemente ella descendía de alguna prostituta judía, a pesar de su nombre de antiguo abolengo. Los altivos aristócratas romanos hacía siglos que estaban contaminados por todos los vicios y degenerados hasta los huesos. Pero, en definitiva, no era posible oponer muchos reparos a un capricho de la emperatriz. Únicamente anotó una objeción trivial: la situación de Oriente exigía una

actitud extremadamente enérgica, aun en las cosas en apariencia más insignificantes, etcétera.

El hombrecillo de nariz como pico de buitre estaba furioso. Mandó a paseo al masajista: ese idiota era incapaz de aliviar sus dolores. Se tendió de lado, levantó las rodillas puntiagudas hasta el pecho y meditó profundamente, aunque, ni siquiera así mejoró su pésimo humor.

Siempre esos judíos. En todas partes se atravesaban en su camino.

La política oriental se desenvolvía dinámica y satisfactoriamente después de la campaña triunfal del general Corbulón en la frontera con los partos. El emperador ambicionaba convertirse en un nuevo Alejandro y extender hasta el Indo la zona de influencia de Roma. Las grandiosas y misteriosas expediciones al Lejano Oriente, que poblaban los sueños de Roma desde hacía un siglo y que durante la generación anterior no habían sido sino fantasías pueriles, comenzaron a formar parte de los proyectos más serios. Las autoridades militares elaboraron algunos planes y el Ministerio de Finanzas, después de someterlos a un examen profundo, había declarado que era posible disponer de los fondos necesarios para llevarlos a cabo.

El proyecto, aunque sorprendió por su audacia no chocó realmente sino con un obstáculo: la provincia de Judea. Judea estaba situada en el punto medio del territorio que era necesario recorrer, por lo que no podría iniciarse la gran empresa hasta que la ocupación de la inestable provincia estuviera consolidada. Sus colegas del gabinete imperial sonreían cuando Talas hablaba del tema. Les parecía que su odio a los judíos se había convertido en obsesión. Sin embargo él conocía a los judíos desde los tiempos lejanos de su juventud, en Asia. Sabía que con ellos no sería posible concertar la paz. Pensaba que era un pueblo fanático, supersticioso, insensato, orgulloso, que no se sometería a menos que se le castigara definitivamente y se arrasara su arrogante capital. Los gobernadores romanos se dejaban engañar por sus promesas de sumisión aunque enseguida los hechos demostraran su falsedad. Esa necia pequeña provincia jamás se había integrado verdadera y sinceramente al imperio, como otros pueblos, más grandes y más poderosos. Su Dios no toleraba la competencia de otros dioses. Judea estaba en pie de guerra desde la muerte del último rey residente en Jerusalén. El desorden continuaría, la guerra se prolongaría y la expedición alejandrina sería imposible mientras Jerusalén no fuese abatida.

El ministro Talas estaba convencido de que sus juicios eran correctos pero admitía que por sí mismos no justificaban su violenta aversión a los judíos ni que a su sola mención comenzara a sentir ardor en el estómago. Recordó el tiempo pasado, cuando estuvo en poder de un griego culto, vendido como complemento del pago de un costoso candelabro. Cómo se distinguió entre todos, gracias a su gran tenacidad, su memoria y su elocuencia, hasta el punto de que su amo le permitió instruirse. Cómo tuvo que competir con otros jóvenes que querían entrar al servicio del emperador. Y cómo el judío Teodoro Zaqueo, durante el examen al que le sometió Cayo, jefe del personal, se burló de su arameo de tal forma que por poco no lo

eliminaron de la prueba. Y todo por un insignificante error, incluso bastante discutible. Pero el judío no discutió, sólo lo corrigió. «Nabión», había dicho Talas, y el judío enmendó sonriente y burlón: «Nabla o tal vez Nebel, pero nunca Nabión». ¿Qué le habría hecho su amo si después de tantos esfuerzos y gastos no hubiera logrado la admisión en las oficinas de la Cancillería de Roma? Probablemente azotarlo hasta la muerte. Cuando el ministro recordaba la sonrisa del judío sentía escalofríos de angustia y de cólera. Pero no era sólo un resentimiento personal sino un fino instinto político lo que lo enemistaba con los judíos. El mundo era romano, el mundo había sido pacificado por el sistema centralista greco-romano; sólo los judíos se rebelaban, sólo ellos rehusaban reconocer los beneficios de la organización poderosa que unía a los pueblos. La gran ruta comercial hacia la India, destinaba a llevar la civilización griega al Lejano Oriente, no podía ser construida mientras ese pueblo orgulloso y testarudo no hubiese sido definitivamente humillado. Por desdicha, en la corte no comprendían el peligro que representaba Judea. Soplaban en el palacio imperial un viento peligrosamente favorable a los judíos. El obeso colega Junio Thrax los patrocinaba; se los encontraba también en la administración de las finanzas y en los tres últimos años veintidós judíos habían sido inscritos en las listas de la nobleza. Se introducían en el teatro y en la literatura. ¿No era evidente que sus libros inútiles y plagados de supersticiones estaban corrompiendo el imperio? Claudio Regino echaba toneladas de esa mercancía en el mercado. El anciano ministro alzó un poco más las piernas en cuanto recordó el nombre de Regino: su astucia le inspiraba respeto a pesar de la antipatía que sentía por él. Además, Regino poseía en su cofre una perla, una pieza magnífica sin un solo defecto, de un color rosa pálido, que él hubiese comprado encantado. Hasta creía que si pudiera llevarla en el dedo su piel se vería menos reseca. Era muy posible que la perla tuviese un efecto favorable sobre las cicatrices de su espalda. Pero el judío era rico, por desgracia el dinero no le atraía, y jamás cedería la joya.

El pensamiento del ministro Talas iba de un tema a otro, según este orden: los desórdenes de Cesarea, Regino y su sortija. ¿Sería necesario movilizar al Senado? Para ello bastaría evocar la guerra con los partos. Además, el nombre correcto era Nabión.

De pronto se tendió de espaldas, se estiró y sus ojos resecaos y enrojecidos contemplaron el cielo raso. Habían cesado sus cólicos y ya no sentía escalofríos. Tenía una idea, una idea maravillosa. No, no se ocuparía de bagatelas. ¿De qué le serviría que esos tres perros reventasen en el horno de ladrillos de Tibur? Que los desertores judíos se llevaran a sus protegidos, que los pusieran en salmuera o se los comieran con sus panes sabáticos. Él tenía un plan mejor. Haría pagar a los judíos por la liberación de los tres presos una suma tan exorbitante que ningún funcionario del Ministerio de Finanzas podría calcularla: el edicto de Cesarea. Endulzaría el expolio de Cesarea con la liberación de los tres ancianos. Al día siguiente volvería a presentar al emperador el edicto. Hacía seis meses que estaba a la firma: ésa era la ocasión de

obtenerla. No se podía conceder todo a los judíos, no era posible que se les entregara a sus tres criminales y la ciudad de Cesarea por añadidura. Una cosa u otra. Ya que la emperatriz lo deseaba, se pondría en libertad a sus preciosos mártires; pero los judíos deberían renunciar definitivamente a sus pretensiones sobre la ciudad.

Llamó a su secretario y le pidió su informe sobre Cesarea. Hasta donde lo recordaba era breve y preciso como le gustaba al emperador, quien no quería fatigarse mucho tiempo con la política pues le interesaban además otras cosas. Por otra parte, el emperador lo comprendía todo muy bien ya que poseía una inteligencia rápida y penetrante. Si lograba hacerle leer el memorial obtendría su firma al pie del edicto. El caso de los tres condenados no podía resolverse sin que se adoptara por fin una decisión definitiva sobre la cuestión de Cesarea. Sí, esta vez el emperador debería tomar una resolución; el cielo había inspirado a Popea para que reclamase el indulto de los tres condenados.

El secretario le trajo el expediente. Con una rápida mirada comprobó que había expuesto el caso de modo claro y convincente.

Además de los esclavos, la población de Cesarea estaba compuesta por cuarenta por ciento de judíos y sesenta por ciento de griegos y romanos, lo cual no impedía que los judíos constituyesen la mayoría en el Concejo Municipal. Eran ricos y la ley concedía el sufragio de acuerdo con la posición económica de los electores, así como sucedía en las provincias de Siria y de Judea. Era justo que los que aportaban la mayor parte de los ingresos tuvieran derecho al voto decisivo en la inversión de los mismos. Pero, en cambio, en Cesarea, el voto calificado acarrea para la mayor parte de la población consecuencias particularmente desagradables, pues los judíos se aprovechaban de su poder en el Concejo de un modo inusitado y arbitrario. En lugar de aplicar los recursos públicos para las necesidades de la población, enviaban sumas desproporcionadas a Jerusalén, con destino al Templo y a diversas obras piadosas. Por tanto no tenía nada de sorprendente que con ocasión de los comicios se provocaran fatalmente tumultos sangrientos. Los griegos y los romanos de Cesarea recordaban con amargura que ellos habían sido los primeros habitantes de la ciudad cuando fue fundada bajo el reinado de Herodes, y que incluso habían construido el puerto y estimulado la actividad de la población con su dinero. Además, el gobernador romano residía allí y la violencia perpetrada por los judíos contra griegos y romanos producía un efecto doblemente intolerable en la capital de la provincia. Se habían tenido demasiadas consideraciones con la susceptibilidad de los judíos cuando se les concedió la autonomía en Jerusalén. No era admisible que se siguieran otorgando favores a ese pueblo perpetuamente insatisfecho. La historia de Cesarea, el origen y la religión de la mayoría de sus habitantes, su dinamismo, no tenían nada de judíos. En la ciudad de Cesarea, de la que dependía el reposo y la seguridad de toda la provincia, se juzgaría muy mal que se despojase del merecido derecho de sufragio al sector más leal de la población, al más fiel al imperio.

En su hábil y bien fundamentada exposición, el ministro Talas no pasó por alto

los argumentos de los judíos. Puntualizó que la población greco-romana tendría derecho a disponer de la totalidad del importe de los impuestos pagados por los judíos, llegado el caso de que se produjera alguna modificación en el estatuto electoral. La medida equivalía en la práctica a despojar a los capitalistas judíos. Pero subrayó con habilidad la poca entidad de ese contratiempo si se lo comparaba con la enorme injusticia de hacer depender de la voluntad de un pequeño sector de judíos ricos a la capital oficial de una provincia tan valiosa para la política del imperio en el Cercano Oriente.

Releyó y revisó con cuidado el manuscrito. Sus argumentos eran convincentes. Talas había tomado una resolución y sonreía satisfecho. Estaba decidido a ceder en el punto secundario, el de los tres prisioneros, a fin de quitar a los judíos el succulento manjar: la hermosa ciudad y puerto de Cesarea.

Llamó a sus criados, los cubrió de improperios y les ordenó que se llevaran los braseros, almohadas y mantas. ¿En qué pensaban esos imbéciles? ¿Acaso querían hacerlo morir de calor? Corría de un lado a otro sobre sus piernas flacas. Las manos huesudas se movían inquietas. Pidió insistentemente una audiencia al emperador para la mañana siguiente. Veía claramente el camino que debería emprender para lograr sus propósitos.

No tenía prisa, saborearía la venganza con calma. Habían transcurrido algunas decenas de años desde el episodio del burlón intérprete judío Teodoro Zaqueo. «Nabión», sí y de una vez para siempre: «Nabión». Podía esperar. Una vez firmado el edicto que despojaría a los judíos de Cesarea del poder usurpado, no sería necesario darlo a conocer inmediatamente. Lo dejaría dormir durante meses, tal vez un año, hasta que se concretara el comienzo de la gran expedición alejandrina; entonces sí, al día siguiente propondría al emperador la solución al problema de Cesarea. Estaba seguro de obtener lo que deseaba. Sonreía. Antes de la cena dictó la respuesta al pedido de informes de Ruegos y Reclamaciones, relacionado con la propuesta de indulto emitida por el gabinete de la emperatriz, en favor de los tres prisioneros del horno de ladrillos de Tibur. Mucho iba a sorprenderse el obeso Junio Thrax cuando supiese que el ministro Talas no tenía absolutamente nada que oponer a la liberación de los condenados.

Durante la cena, los invitados del ministro notaron con asombro que el humor del anciano, generalmente gruñón e irascible, parecía extraordinariamente agradable.

Demetrio Libán había comenzado a simpatizar con Josef. El actor ya no era joven, su vida y su arte le exigían muchas energías y pensó que podría renovarlas asociándose al impetuoso joven de Jerusalén. Además, Josef le había dado la ocasión de desvelar su magnífico y temerario propósito de representar al judío Apella. Invitaba a Josef a su casa cada vez más frecuentemente. El jerosolimitano había perdido sus aires provincianos y, gracias a su viva inteligencia, había adquirido la discreción y la

flexibilidad de un hombre de mundo de la capital. Aprendió la técnica y hasta la jerga literaria de los innumerables escritores que conoció por intermedio del cómico. Intervino en muchas tertulias entre personajes importantes, en las que se hablaba sobre política y negocios y de intrigas amorosas con mujeres atractivas, con jóvenes esclavas o con damas de la aristocracia.

Josef vivía rodeado de atenciones y su vida era agradable. Sin embargo, cuando se encontraba solo, sentía a menudo violentos remordimientos. Aunque había previsto que los tres mártires no recuperarían la libertad de la noche a la mañana, ya habían pasado semanas y hasta meses y esperar en Roma como antes lo había hecho en Judea lo apesadumbraba tanto que debía hacer grandes esfuerzos para conservar la serenidad.

Un día, Claudio Regino le pidió el memorial que tan profunda impresión produjera a la emperatriz. Josef se lo envió y esperó ansiosamente alguna noticia del gran editor, pero éste guardó silencio durante cuatro largas semanas. ¿Lo habría dado a leer a Justo? Josef se sentía incómodo cuando pensaba en su colega, a quien juzgaba frío y mordaz.

Finalmente Regino lo invitó a comer. Hubo un tercer invitado, Justo de Tiberíades, y Josef estuvo tenso, temiendo una discusión. No tuvo que esperar mucho. Inmediatamente después de los postres, el dueño de casa declaró que había leído el memorial de Josef, en el cual se revelaba un notable talento de escritor, aunque en el fondo los argumentos eran débiles. Agregó que Justo, por su parte, también había expresado, en nombre del rey Agripa, la opinión que le merecía el caso de los tres presos. Sería importante que él mismo diese a conocer su punto de vista a Josef. A Josef le temblaron las rodillas. La opinión de Roma entera le pareció desdeñable comparada con la de su colega, Justo de Tiberíades. Justo no se hizo de rogar. No se podía considerar —dijo— el caso de los tres ancianos sino en relación con el litigio de Cesarea, y éste, a su vez, no podría ser tratado sin relacionarlo con el conjunto de la política romana en Oriente. Desde la designación del general Corbulón como comandante en jefe del ejército oriental, Roma había hecho frecuentes concesiones formales, que nunca se llevaron a la práctica.

A pesar del respeto que le inspiraba el talento literario de Josef, no creía que su escrito produjese un efecto decisivo sobre la cancillería imperial, la que se basaría, más bien, en los informes y exposiciones del ministro de Finanzas y el Gran Estado Mayor. En el informe que Justo había presentado en nombre de su rey Agripa a la Sección Oriental de la Cancillería, se trataba el aspecto jurídico del caso de Cesarea, apoyándose en el ejemplo de Alejandría, donde Roma puso fin a las maniobras de los enemigos de los judíos. Sin embargo, temía que el ministro Talas, antisemita por añadidura y sobornado probablemente por los griegos de Cesarea, favoreciese, a pesar de todos los argumentos jurídicos, las pretensiones de la población no judía, amparándose, por desgracia, en el punto de vista de la política general de Roma en Oriente.

Justo se había erguido en el diván y discurría con una lógica enérgica y persuasiva. Josef lo escuchaba, reclinado en el suyo con las manos bajo la nuca. Súbitamente se incorporó, e inclinándose por encima de la mesa, se acercó a Justo y le dijo en tono hostil:

—No es verdad que tenga carácter político el asunto de los mártires de Tibur. Es una cuestión de justicia, de solidaridad humana. Yo he venido aquí sólo para que se haga justicia a mis patrocinados. Desde que estoy en Roma clamo a todos justicia. Es mi voluntad de justicia lo que ha persuadido a la emperatriz.

Regino movía la cabezota de un lado al otro contemplando ora el rostro delgado y pálido de Josef, ora el rostro igualmente delgado, de tez amarillenta, de Justo.

—¿Sabéis, señores —dijo con una nota sentimental en su voz sonora y grave—, que vosotros os parecéis?

A ambos sorprendió la observación. Se miraron y pensaron que lo que el joyero decía era cierto. Se odiaban.

—Yo puedo deciros en confianza, señores míos —prosiguió Regino—, que vosotros discutís sobre un asunto que está ya resuelto. —Sí— agregó, mirándolos fijamente, —la suerte de Cesarea está echada. Podrá pasar algún tiempo antes de la publicación del edicto, pero ha sido ya firmado y despachado al gobernador general de Siria. Vos tenéis razón, doctor Justo, el caso de Cesarea ha sido resuelto contrariamente a los intereses de los judíos.

Los dos jóvenes miraron perplejos el rostro soñoliento de Claudio. Fue tan grande su sorpresa que olvidaron la discusión anterior.

—Es el golpe más duro que han asestado a Judea desde hace cien años —dijo Josef.

—Temo que ese edicto haga correr mucha sangre —observó Justo.

—Haced lo posible, doctor Josef —agregó Regino—, para que los judíos se mantengan juiciosos.

—Es fácil decirlo en Roma —repuso Josef, amargamente. Se sentía agobiado, vacío, sin fuerzas. Ese hombre grueso y antipático le había causado tanta aflicción al darle la noticia que sólo se le ocurría pensar en cuán grotescos resultaban ahora él y la empresa encomendada. Naturalmente, su rival había acertado, y todos sus planes se habían convertido en humo.

—Por otra parte —dijo Claudio Regino— quiero publicar vuestro memorial ahora, doctor Justo, antes de que el edicto se haga público. Es necesario que vos lo escuchéis —agregó, volviéndose a Josef, insistente—: Es una pequeña obra maestra.

Pidió a Justo que leyera en voz alta un capítulo. Aunque deprimido, Josef prestó atención y se sintió cautivado. Evidentemente su lamentable estilo patético nunca habría podido competir con el de ese texto hermoso y preciso.

Decidió renunciar y regresar a Jerusalén. Aceptaría un modesto cargo al servicio del Templo. Durmió mal esa noche, y a la mañana siguiente sentía todavía un peso sobre el corazón. Comió poco y sin apetito, y no acudió a la cita que había concertado

con la joven Lucila. Deseó no haber viajado nunca a Roma, no haber salido de Jerusalén, ni saber nada de las horribles y amenazadoras maquinaciones que se tramaban en la capital contra su patria. Conocía muy bien la ciudad de Cesarea, su puerto, el gran barrio de los almacenes, las sinagogas, las tiendas y los prostíbulos. Hasta los edificios construidos por los romanos, aunque estuviese prohibido su acceso, la residencia del gobernador y las estatuas colosales de la diosa Roma y del primer emperador, contribuían a la mayor gloria de Judea, mientras la ciudad estuviese administrada por judíos. Pero si caía en manos de griegos y romanos todo se invertiría y los judíos de toda Judea, y también los de Jerusalén, no serían admitidos en su propio país. Estos pensamientos lo llenaban de tristeza y de cólera. Sentía como si le faltara el suelo bajo los pies. Estuvo a punto de caer enfermo.

Sin embargo, cuando Demetrio Libán le anunció solemnemente que había decidido interpretar el papel del judío Apella con el propósito de que los tres mártires de Tibur pudiesen recuperar la libertad, Josef volvió a resplandecer con la despreocupada alegría de su primer éxito. Los judíos de Roma recibieron la noticia con más indulgencia de la que hiciera prever la oposición que algunos manifestaron al principio. Era invierno y la representación no podía hacerse ante un público numeroso sino en el pequeño teatro privado de los jardines imperiales. Sólo protestó el viejo Aarón, quien maldijo la decisión impía del cómico y las costumbres infames de la nueva generación.

El judío Apella fue la primera comedia popular cantada que se representó en el teatro privado del emperador. La sala tenía sólo capacidad para un millar de personas, y entre los miembros de la alta sociedad romana hubo muchos que envidiaron a los favorecidos con una invitación para el estreno. Todos los ministros estaban presentes, entre ellos el desmedrado Talas, el obeso y amable Junio Thrax, ministro de Ruegos y Reclamaciones, y el comandante de la guardia, Tigellino. Se encontraba también la vivaz y alegre sacerdotisa mayor de las vestales y, por supuesto, no se olvidó a Claudio Regino. Los judíos eran poco numerosos: estaba el elegante Julián Alf, presidente del clan Velia y su hijo, y con mucho esfuerzo Josef había conseguido que Cayo Barzaarone y la joven Irene también recibiesen una invitación.

Se descorrió la cortina. En el escenario apareció el judío Apella, hombre de mediana edad, cuya larga barba puntiaguda comenzaba a encanecer. Vivía en una ciudad de la provincia de Judea. Su casa era muy pequeña: él, su mujer y sus numerosos hijos ocupaban una sola habitación. Los grandes señores de Jerusalén le quitaban la mitad de su modesta ganancia, y los romanos de Cesarea la mitad de lo que le quedaba. Cuando su mujer murió, Apella se expatrió. Se llevó el pequeño rollo con la profesión de fe, que había estado clavado en el marco de su puerta; sus filacterias, su hornillo para la comida sabática y sus candelabros. Partieron con él sus numerosos hijos y su Dios invisible. Se dirigió a Oriente y llegó al país de los partos.

Allí construyó una pequeña casa, aseguró al marco de la puerta el pequeño rollo con la profesión de fe, se enrolló las filacterias a la cabeza y al brazo, y se instaló con el rostro mirando hacia el oeste, hacia Jerusalén donde está el Templo, para decir sus oraciones. Se alimentaba escasamente, ganaba el pan con esfuerzo pero le bastaba y hasta enviaba pequeñas ofrendas al Templo de Jerusalén. Pero he aquí que llegan los once payasos, los partos, quienes comienzan a burlarse de él. Arrancan de la puerta el pequeño rollo, cogen sus filacterias, escudriñan en su interior y encuentran allí pergaminos cubiertos de escrituras que les causan risa y se burlan de los cómicos dioses del judío. Quieren obligarlo a venerar a sus propias divinidades, el claro Ormuz y el sombrío Arimán, y como el hombre se niega le tiran un buen rato de la barba y de los cabellos, hasta que el infeliz cae de rodillas, lo que también les resulta muy gracioso. Él no reconoce a sus dioses visibles y los otros no admiten a su Dios invisible. Los payasos le quitan el poco dinero que ha podido economizar, para adornar los altares de sus divinidades, y matan a tres de sus siete hijos. Apella los entierra, da vueltas en círculo alrededor de las tres pequeñas tumbas, se sienta y entona un viejo cántico: «Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos; también lloramos acordándonos de Sión», y tanto sus movimientos como su extraño balanceo tienen algo de grotesco y de lúgubre. Después se lava las manos y vuelve a emigrar. Esta vez hacia el sur, a Egipto. Abandona la pequeña casa que se había construido, y no se lleva otra cosa que las filacterias, el hornillo, el candelabro y los hijos que le quedan. Se construye otra pequeña casa, vuelve a casarse, pasan los años, sigue trabajando para ganarse el sustento, vuelve a casarse y otros cuatro hijos remplazan a sus tres hijos degollados. Para rezar vuelve ahora la cabeza hacia el norte, donde están Jerusalén y el Templo, y no olvida enviar cada año su ofrenda al país de Israel. Pero en el sur sus enemigos tampoco lo dejan en paz. Los once payasos reaparecen —esta vez son egipcios— exigiéndole que venere a sus dioses: Isis, Osiris, el Toro, el Carnero y el Gavilán. Se presenta entonces el gobernador romano, quien les ordena retirarse. Los once payasos quedan muy graciosos cuando se retiran decepcionados. Pero el judío Apella es todavía más cómico cuando manifiesta su alegría triunfal. Vuelve a mecerse con el vaivén prodigioso de su cuerpo enflaquecido, pero esta vez danza ante Dios, ante el cofre que contiene los Libros Sagrados. Alza las piernas grotescamente hasta su barba descolorida; su túnica harapienta se hincha y ondea, y con la mano huesuda y mugrienta golpea un tambor. En el balanceo, todos sus huesos crujen alabando al Dios invisible, y continúa danzando ante el cofre de los Libros como lo hiciera una vez el rey David ante el Arca de la Alianza. En la sala los grandes personajes romanos ríen estruendosamente y entre las carcajadas se distinguen nítidamente los estridentes estallidos de risa del ministro Talas. Pero casi todos los espectadores se sienten un poco desconcertados y entre los judíos algunos miran con recelo y temor al hombre que salta, danza y se balancea en el escenario. Piensan en la actitud litúrgica de los levitas, instalados en las gradas del Templo, con sus trompetas de plata en la mano, y en el Sumo Sacerdote, digno y solemne,

engalanado con las sagradas vestiduras y las joyas rituales, avanzando al encuentro de Dios. ¿Acaso es un sacrilegio lo que representa este hombre en el escenario?

Finalmente, al gobernador romano le resulta imposible seguir protegiendo al judío. En efecto, los egipcios son muchos, los once payasos se han multiplicado por once e infiltran calumnias en los oídos del emperador. Ejecutan danzas burlescas, pinchan, pellizcan, lanzan pequeñas flechas mortales, hasta que abaten a otros tres hijos de Apella, y también a su mujer. El judío emigra otra vez con su rollo, sus filacterias, su hornillo, su candelabro, sus hijos y su Dios invisible. Esta vez va a Roma. Las alusiones se hacen cada vez más directas. Los payasos no se atreven a atacar a Apella en un primer momento y permanecen en el fondo del escenario. Luego trepan, saltan como monos al techo de la casa, penetran en ella, rebuscan en el rollo y en el hornillo. Parodian los rezos que Apella realiza mirando hacia el este, donde se levantan Jerusalén y su Templo. Los once payasos principales llevan ahora máscaras en las que se reconocen fácilmente los rasgos del ministro Talas, del gran jurista del Senado Casio Longino, del filósofo Séneca y de otros influyentes enemigos de los judíos. Pero no pueden hacer nada contra Apella, a quien protegen el emperador y la emperatriz. Pacientemente esperan una oportunidad y pronto la ansiada ocasión se presenta. Apella se casa con una romana liberta. Los payasos descubren que la mujer es vulnerable y hablan en secreto con ella, envenenando su corazón. Cantan algunas cancioncillas extremadamente malintencionadas contra el circunciso, aludiendo al ajo y su hedor, a su aliento cuando ayuna y a su hornillo. Las cosas llegan a tal extremo que su mujer también se burla del judío, en presencia de sus hijos, por lo que él la echa de la casa y se queda solo con sus vástagos y su Dios invisible, bajo la protección del emperador romano. Balanceándose frenéticamente, vuelve a entonar resignadamente el antiguo canto: «Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos: también lloramos acordándonos de Sión», y, desde lejos, los once payasos lo remedan en voz baja.

Finalizada la obra, los espectadores vacilaban entre mostrarse divertidos o aparentar tristeza. Todos miraron hacia el estrado imperial. La emperatriz, con su claro timbre infantil, perfectamente audible en toda la sala, dijo que ninguna otra obra moderna le había interesado tanto. Felicitó al senador Marullo, quien negó con falsa modestia ser el autor del texto. El emperador, por su parte, se mantuvo reservado: su profesor de literatura, Séneca, le había predicado tanto las bellezas de la tradición, que no sabía qué opinar de la nueva técnica expuesta en la pieza. Era un hombre joven, rubio, de expresión inteligente y un poco engreído. Examinaba con cierto aire ausente a los espectadores, que no se atrevían a retirarse antes de que él les hiciera alguna indicación al respecto. Los judíos presentes en la sala se sentían incómodos. Claudio Regino tuvo que inclinarse resoplando para volver a atar los cordones de sus sandalias, y cuando alguien le preguntó qué opinaba de la obra balbuceó algunas frases incomprensibles. Josef se debatía entre la indignación y la admiración. Se sentía afectado por el realismo agresivo y chirriante con que había sido representado

el judío. No podía soportar que se mezclara irreverentemente la ridiculez y la desgracia de la vida de Apella. La mayor parte de los espectadores pensaban como él; estaban cavilosos y descontentos. Los judíos sentían gran preocupación y no podían ocultarla. Sólo el ministro Talas se mostraba verdaderamente feliz.

El emperador mandó llamar a su palco a Josef y al ministro de Justicia y les dijo, con expresión pensativa, que estaba ansioso por saber cómo recibirían los judíos la noticia de cierta decisión oficial. La emperatriz informó a Josef, al retirarse, que los tres presos serían puestos en libertad a la mañana siguiente.

En efecto, al amanecer los tres mártires fueron liberados. En la villa de Tibur, en la casa de campo de Julián Alf, presidente de la comunidad de Velia, recibieron un baño bajo la vigilancia de un médico, alimentos y vestidos. Luego se los introdujo en la carroza de Julián Alf. En el camino, desde Tibur hasta Roma, se habían formado grupos de judíos que al paso de la carroza precedida por heraldos y escoltada por un numeroso séquito, pronunciaron la bendición prescrita para los que han escapado de un peligro y vitorearon a los tres mártires.

—Benditos los que vienen. La paz sea con vosotros, señores y doctores.

Junto a la puerta de Tibur se había reunido una enorme muchedumbre. En el espacio permitido por la policía y los soldados, los presidentes de las cinco congregaciones judías esperaban a los ancianos, en compañía del secretario de Estado Polibio, del ministro de Ruegos y Reclamaciones, de un maestro de ceremonias de la emperatriz y en un sitio muy destacado, el escritor Josef ben Matatías, delegado del Gran Consejo de Jerusalén, y el actor Demetrio Libán. Éste, naturalmente, fue quien más atrajo la atención, aunque sin menguar el interés con que romanos y judíos observaban al elegante joven de esbelta figura, cuyo rostro delgado, su nariz llamativa y sus ardientes y vivaces ojos, se señalaban diciendo: «Ahí está el doctor Josef ben Matatías: gracias a él se ha logrado la liberación de los presos». Josef vivió un día triunfal. Su aspecto serio y digno aunque juvenil y apasionado, y su porte elegante no desmerecían ni siquiera al lado de Demetrio Libán.

Finalmente llegaron los tres héroes. Se les ayudó a bajar de la carroza que los había transportado. Estaban extremadamente débiles y sus cuerpos se mecían con un extraño movimiento maquinal. Miraban a la multitud apiñada y sus blancos ropajes festivos, sin percibirlos con claridad. No comprendían nada de los discursos del homenaje. Los asistentes los señalaban impresionados por sus cabezas rapadas, la letra marcada a fuego en la frente, las heridas producidas por los grilletes en los tobillos. Muchos lloraron.

En un momento determinado el actor Demetrio Libán se hincó de rodillas, hundió la cabeza en el polvo del suelo y besó llorando los pies de esos hombres que habían sufrido por Yahvé y por la Tierra de Israel. Aunque el público asociaba su presencia a las parodias que él acostumbraba representar, en esa ocasión a nadie le pareció divertida la demostración de respeto que el cómico brindó a los tres mártires.

El sábado siguiente se celebró un solemne servicio religioso en la sinagoga de

Agripa. El mayor de los tres ancianos leyó el primer versículo del pasaje de las Escrituras correspondiente a ese día. Las palabras brotaron de manera penosa de su garganta. El vasto santuario estaba repleto de hombres hasta en los más ocultos rincones, y otros grupos formaban masas compactas y silenciosas a lo largo de la ruta. Acabada la lectura, Josef fue invitado a mostrar el rollo de la Torá. Su expresión circunspecta y su figura apuesta destacaban sobre la tarima. Alzó el rollo en el aire con ambas manos, se volvió a fin de que todos pudiesen verlo, y sus ojos chispeantes recorrieron la innumerable concurrencia. Las miradas de los judíos de Roma se dirigieron unánimes hacia el rostro resplandeciente del joven sacerdote, que les presentaba el texto de las Sagradas Escrituras.

En el transcurso de ese invierno los tres mártires fueron honrados en varias ocasiones. Recuperaron poco a poco la salud, sus cuerpos descarnados ganaron vigor, algunos pocos cabellos les cubrieron el cráneo rapado e incluso, gracias a la receta de Escribón Largo, se les borraron las cicatrices de los grilletes. Los llevaban de una comunidad a la otra, de la casa de un judío influyente a la de otro igualmente importante. Ellos aceptaban esos honores sin envanecerse, como un homenaje debido.

Poco a poco, a medida que sus fuerzas se restablecían, empezaron a hablar. Entonces se pudo comprobar que los tres eran unos ancianos pendencieros, celosos y gruñones. A su modo de ver, nadie demostraba bastante devoción ni satisfacía debidamente los mandamientos. Disputaban entre ellos y con todo el mundo, iban de un lado al otro entre los judíos de Roma, como si se encontrasen en Jerusalén y como si sus correligionarios fueran sus subordinados. Daban órdenes y decretaban prohibiciones. Julián Alf intentó hacerles comprender, con amable firmeza, que su sinagoga de Velia no se hallaba sometida a su autoridad eclesiástica. Ellos lo maldijeron, quisieron excomulgarlo y declarar contra él el repudio general. En suma, todos se sintieron aliviados cuando se reanudó la navegación y los tres hombres pudieron embarcar en Pozzuoli con destino a Judea.

Josef había cumplido su misión. Sin embargo se quedó en Roma un tiempo más. Ahora comprendía el motivo que lo había llevado a la ciudad: deseaba conquistarla. Cada vez se hacía más acuciante su deseo de emprender el camino que había elegido. Quería escribir. La lucha liberadora de los Macabeos contra los griegos era un tema importante que lo atraía desde sus primeras lecturas de los antiguos libros que narraban la historia de su patria. Estaba convencido de que el impulso que lo había llevado a Roma se vinculaba con su idea de que la ciudad ya estaba madura para recibir la sabiduría y el misterio de Oriente y que su cometido era presentar al mundo ese fragmento heroico y patético del pasado de su pueblo, y ello que la Tierra de Israel estaba predestinada a ser la sede de Dios.

No comentó con nadie su propósito. Aparentemente, su vida era la de un hombre joven de clase alta. Pero todo lo que veía, oía y sentía lo relacionaba con su obra.

¿Por qué se juzgaba imposible comprender a la vez a Oriente y a Occidente? ¿Por qué no arriesgarse a presentar la historia de los Macabeos, sus creencias y sus hazañas con el estilo escueto y sencillo que preconizaban las últimas teorías de los jóvenes literatos? Se entregaba a los libros antiguos, a los mártires del pasado, que fueron al sacrificio en aras de los mandamientos de Yahvé, y a la vez vivía el ambiente del Foro, entre la gente que pululaba en la columnata de Livia o en el Campo de Marte, en los baños públicos y en el teatro, empapándose del intenso fragor y «la técnica» de esa ciudad de Roma, tan amada y odiada por sus habitantes. Josef ya había sucumbido completamente a su seducción cuando se le presentó una ocasión de permanecer en ella para siempre.

Cayo Barzaarone creyó llegado el momento de casar a su hija Irene. Influida por su esposa, había aceptado como futuro yerno al joven doctor Licino, de la sinagoga de Velia, pero en el fondo de su corazón prefería para su hija otro marido. Había observado que los ojos de la niña miraban con el entusiasmo amoroso del primer día el rostro apasionado y sensible de Josef, quien no habría tenido que decir más que una sola palabra —pues se postergaba sin cesar el matrimonio de Irene con Licino— para instalarse definitivamente en Roma como yerno del rico fabricante. La idea parecía muy atractiva pues significaba una vida fácil y cómoda, además de respetabilidad y fortuna. Pero también implicaba inactividad y ausencia de perspectivas. ¿No era un objetivo demasiado mezquino para él?

Se encerró con sus libros y se puso a preparar escrupulosamente la historia de los Macabeos, dispuesto a ceñirse a la disciplina del estudio desde los elementos básicos de las gramáticas griega y latina. Concentró su talento en los detalles más difíciles. Trabajó ahincadamente durante toda la primavera, hasta que se sintió finalmente maduro para comenzar su obra. Se produjo entonces un acontecimiento que lo conmovió profundamente.

A comienzos del verano murió de forma inesperada la emperatriz Popea. Ella había hablado a menudo de la muerte y había manifestado el deseo de morir joven, antes de marchitarse. Ahora estaba cumplido. También se satisfizo su voluntad póstuma de que su cuerpo fuese embalsamado, no incinerado, lo que demostró su afición por las costumbres orientales.

El emperador encontró el motivo propicio para celebrar una magnífica ceremonia fúnebre en su amor y su duelo. El impresionante cortejo atravesó la ciudad; iban músicos, coros y plañideras y el interminable desfile de antepasados que recibían a la emperatriz en su morada. Para encarnarlos se habían extraído sus mascarillas de cera de los cofres sagrados, que llevaban puestas unos actores ataviados, además, con la vestimenta ceremonial de los cónsules, pretores y ministros muertos, cada uno precedido por un lictor portando el segur y los fascas. Detrás venía un segundo cortejo compuesto por bailarines e histriones que parodiaban a los personajes representados por los actores, incluso a la misma emperatriz. Demetrio Libán no había podido negar a su protectora ese último y siniestro testimonio de

agradecimiento. Cuando su representación —patética y graciosa— pasó delante del grupo de judíos, éstos aullaron de dolor por su bienhechora a la vez que de admiración por el espectáculo. Seguían los sirvientes de la emperatriz y la larga procesión de esclavos, libertas y oficiales de su escolta. Detrás, cuatro senadores cargaban el cadáver de la emperatriz. Se la había sentado en un sillón, en la actitud que le había sido más habitual; de su cuerpo, embalsamado con el arte supremo de unos médicos judíos, se desprendían vapores perfumados y su vestido, sencillo como ella los prefería, había sido confeccionado con una tela audazmente transparente. La seguía el emperador, a pie, con la cabeza velada, ataviado con una toga negra muy simple, sin ninguna de las insignias de su poder. Cerraba el cortejo el senado y el pueblo romanos.

El cortejo se detuvo en el Foro, delante de la tribuna de las arengas. Los antepasados descendieron de sus carrozas y se sentaron en sillas de marfil, y el emperador pronunció la oración fúnebre. Josef veía a Popea sentada en el sillón y le parecía idéntica a como la había visto en el palacio, con sus cabellos color de ámbar y el aire un poco irónico. Cuando el emperador concluyó su poema, Roma saludó por última vez a su emperatriz. Millares de espectadores, los antepasados entre ellos, permanecieron de pie durante un minuto, con el brazo extendido y la mano abierta, ante la inmóvil Popea, sentada en su sillón.

Josef, que había evitado el encuentro con su colega Justo durante toda la ceremonia, lo buscó al final y cuando dio con él, ambos se dirigieron al Campo de Marte y pasearon bajo sus columnatas. Justo pensaba que, después de la muerte de Popea, el ministro Talas y sus compinches no tardarían en hacer público el edicto. Josef se encogió de hombros. Siguieron caminando en silencio entre la concurrencia elegante que discurría bajo la columnata. De repente, Justo se detuvo ante la hermosa tienda de Cayo Barzaarone.

—Si despojan a los judíos de Cesarea de sus derechos, no habrá quien se oponga. Se dirá que los judíos no tienen razón en este asunto y que hasta ahora, aun cuando presentaron reclamaciones poco justificadas Roma los ha escuchado y acudido en su ayuda. ¿No han indultado, acaso, a los tres ancianos? Se dirá que Roma es generosa, y que trata a Judea benévolamente, con más consideración que a las otras provincias.

Josef palideció. ¿Tendría razón Justo? Su éxito, la liberación de los tres condenados, ¿serían inconvenientes para la suerte de los judíos en general? Pues Roma podría, gracias a la clemencia demostrada en un caso secundario, encubrir con mala fe su intransigencia en el asunto esencial. Miraba los muebles de la tienda de Cayo Barzaarone sin prestarles ninguna atención.

No hizo ningún comentario, sin embargo, y se despidió de su compañero. Lo que acababa de insinuarle Justo lo había sobresaltado: no podía ser verdad.

Reconocía haber actuado a veces impulsado por la vanidad, como cualquier

mortal, pero en el caso de los tres ancianos su participación había sido sinceramente desinteresada y en absoluto motivada por el deseo de agravar la suerte de su pueblo o beneficiarse con un mezquino éxito.

Con renovado empeño, casi obsesivamente, volvió a su trabajo. Ayunó, se mortificó, juró no tocar a ninguna mujer antes de haber terminado su obra. No se permitió ningún descanso. Con los ojos cerrados, pasaba revista a los elementos con los que pensaba estructurar su libro; abría los ojos para clarificar o corregir detalles. Quería narrar para el mundo entero la historia de la portentosa guerra de liberación de su pueblo. Sufrió con el sufrimiento de los mártires y saboreó sus triunfos. Evocando a Yehuda Macabeo le parecía consagrar nuevamente el Templo junto a él. Se dejó dominar por una fe embriagadora y poderosa. Religión, liberación, victoria, todos los sentimientos elevados que le inspiraban los libros antiguos los infundió en su obra. Se sintió como un guerrero elegido de Yahvé.

Olvidó Cesarea.

Cuando su vida recuperó el ritmo normal, volvió al mundo, cortejó a las mujeres, se sintió importante. En una ocasión leyó su libro sobre los Macabeos a un grupo selecto de jóvenes literatos que le demostraron su admiración. Lo envió al editor Claudio Regino, quien se comprometió a publicarlo inmediatamente.

Al mismo tiempo, y también editada por Regino, apareció una obra de Justo: *Sobre la idea del judaísmo*. Josef se sintió ofendido. Ni Regino ni el autor le habían comentado nada al respecto. Declaró que el libro de su rival era flojo y falto de vigor pero, en realidad, el suyo le parecía exageradamente patético y enfático, comparado con la exposición sólida, original y convincente del pensamiento de Justo. Cotejó con el suyo el retrato de éste, que adornaba su opúsculo, y releyó dos o tres veces el trabajo de su rival. Su propia obra le pareció entonces infantil e insustancial.

Sin embargo, no sólo la joven Irene, convertida ya en mujer del doctor Licino, y los lectores simpatizantes de la margen derecha del Tíber, sino también los escritores y *snobs* habituales de los baños elegantes de la margen izquierda encontraron excelente el libro de los Macabeos. Su nombre cobró fama; su relato de la guerra judía se juzgó una interesante y provechosa reconstrucción de la epopeya heroica. Los escritores jóvenes se agruparon en torno a su personalidad y comenzaron a imitarlo. Se convirtió así en creador de una escuela literaria. Las grandes familias lo invitaban a sus casas, para que les leyese fragmentos de su obra, y en la orilla derecha del Tíber se obligó a los niños a estudiarla. En cambio, el libro de Justo de Tiberíades no pareció haber causado ninguna impresión. El contable de la editorial de Claudio Regino informó a Josef que había vendido ciento noventa ejemplares del libro de Justo y cuatro mil doscientos del suyo; además eran cada día más los ejemplares de su obra que se encargaban desde todas las provincias, y en especial de Oriente. En cuanto a Justo, al parecer se había ausentado de Roma. Ocupado con su éxito, durante esos meses Josef no lo encontró en ninguna parte.

Pasó el invierno, y el comienzo de la primavera trajo una demostración efectiva del poderío romano: el triunfo —largamente preparado— de Roma sobre Oriente, soberbio prelude de la nueva expedición alejandrina. En la frontera oriental, el reino de los partos, gobernado por el rey Vologaese, única gran potencia del mundo conocido fuera de Roma, acababa de renunciar al dominio sobre Armenia, fatigado por una guerra prolongada. El mismo emperador en persona había clausurado solemnemente el templo de Jano para indicar que la paz reinaba en el mundo. Después, con imponente escenografía, celebró esta primera victoria sobre el territorio de Oriente que anhelaba reconquistar. Tiridato, rey de Armenia, se vio obligado a recibir de su mano la corona y la investidura como una graciosa concesión. Su viaje duró largos meses. Se hizo acompañar por una numerosa escolta de caballeros y llevó suntuosos presentes, oro y mirra, para rendir homenaje al emperador romano. Éste fue el motivo de que se difundiera entonces por todo Oriente la leyenda de los tres reyes que se pusieron en camino para adorar la estrella que brillaba en el cielo de poniente. Mientras tanto, el ministro romano de Finanzas estaba abrumado por la responsabilidad de tener que hacer frente a los gastos ocasionados por el despliegue fastuoso que, naturalmente, se hacía a costa del tesoro imperial.

Cuando el cortejo del rey Tiridato entró, por fin, en Italia, se invitó por medio de una proclama al senado y al pueblo romanos a asistir al homenaje que Oriente rendiría al emperador. A lo largo del camino donde las tropas de la guardia imperial habían sido dispuestas en formación de parada, se agruparon los curiosos. El rey cabalgó flanqueado por las filas de soldados, ataviado con el traje típico de su país, la tiara ciñéndole la frente y el corto sable persa en la cintura (el arma, sólidamente clavada a la vaina, se había vuelto inofensiva). Así entró en el Foro. Subió al estrado donde se encontraba el emperador en el trono y se prosternó con la frente en tierra. Nerón le quitó la tiara y le puso en su lugar la diadema. Las tropas inmediatamente hicieron sonar las lanzas, golpeando con ellas los escudos y exclamaron a coro lo que habían ejercitado durante largos días:

—¡Ave, César, soberano, emperador, dios!

En una tribuna de la Vía Sacra asistían al espectáculo los huéspedes de honor venidos de las provincias, entre ellos Josef. Con profunda emoción vio a Tiridato humillarse y manifestar su sometimiento. La lucha entre Oriente y Occidente se remontaba a la más remota antigüedad: los persas lograron contener el empuje de Occidente pero, más tarde, Alejandro impuso el repliegue a Oriente por espacio de varios siglos. No obstante, no hacía más de cien años que Oriente había dado muestras de recuperación, al abatir con sus armas a un poderoso ejército romano. Suciedera lo que sucediese, Josef que, por otra parte, estaba convencido de su superioridad intelectual, alentaba la esperanza que inflamaba por entonces el corazón de los judíos: en Oriente aparecería el Mesías, que haría de Jerusalén el centro del mundo, según lo habían anunciado los profetas. Pero ese día Josef fue testigo de la humillación de un oriental, del sometimiento a Roma de Tiridato, hermano del más

poderoso rey de Oriente. El reino de los partos estaba demasiado lejos, las expediciones militares habían chocado con dificultades insuperables: aún era posible encontrar en los caminos a algún descendiente de los vencedores del general Craso y de su ejército. Y, sin embargo, los partos acababan de firmar el lamentable acuerdo, y un príncipe parto había tolerado que clavaran su sable a la vaina, con tal de conservar —al menos— una relativa autonomía y retener una corona que, después de todo era prestada. Si el parto poderoso se contentaba con ello, ¿no sería una locura creer que la pequeña Judea podría medirse algún día con el poderío romano? Judea estaba más próxima y, por otra parte, hacía más de un siglo que Roma había establecido allí su propia administración militar. Pensándolo bien, lo que los «Vengadores de Israel» alegaban en la Sala Azul era un auténtico delirio, Judea acabaría por someterse como otras naciones de Oriente. Dios estaba en Italia, el mundo era romano.

De pronto, Justo apareció a su lado.

—El rey Tiridato —dijo— hace mala figura al lado de vuestros Macabeos, doctor Josef.

Josef contempló al recién llegado: su expresión era escéptica y algo amargada. Parecía mayor que Josef, aunque no lo era en realidad. ¿Estaría burlándose de él? Y si no se burlaba, ¿qué querían decir sus palabras?

—Soy de la opinión —repuso Josef— que una espada claveteada a la vaina es menos simpática que una hoja de acero desnuda.

—Pero en muchos casos —replicó Justo— es más juiciosa, y tal vez más heroica. Os digo seriamente —prosiguió— que es una lástima que un hombre de vuestras dotes se haya convertido en un ser tan pernicioso.

—¿Pernicioso yo? —exclamó Josef con indignación. Le enfurecía comprobar que alguien podía mencionar sin tapujos los reproches que le atormentaban secretamente en sus vigilias nocturnas—. Mi libro sobre los Macabeos ha demostrado a Roma que siempre seremos judíos, nunca romanos. ¿Es ello pernicioso?

—¿Acaso el emperador retirará por esa razón su firma del edicto sobre Cesarea? —preguntó Justo suavemente.

—El edicto no es aún oficial —repuso Josef irritado—. «Hay personas —dijo citando una frase célebre— que dicen conocer lo que Júpiter murmura a oídos de Juno».

—Me temo —opinó Justo— que cuando Roma haya terminado con los partos, no tardaréis mucho en ver aparecer el edicto.

Sentados en la tribuna, veían desfilar a la caballería en uniforme de parada, en actitud serena. La multitud aplaudía y los oficiales miraban orgullosamente hacia delante.

—Os convendría dejar de ilusionaros —prosiguió Justo, casi desdeñosamente—. ¡Oh, ya! Habéis escrito el relato clásico de la guerra de nuestra independencia. Sois, por tanto el Tito Livio judío. Pero advertid que cuando nuestros griegos de hoy leen la historia de las hazañas de Leónidas, disfrutan de un placer inofensivo y puramente

intelectual. En cambio, cuando nuestros «Vengadores de Israel» leen vuestra historia de los Macabeos, sus ojos se encienden y tientan las armas. ¿Creéis que esto es deseable?

En aquel momento pasó delante de ellos el bárbaro de la espada claveteada. Todos los espectadores de la tribuna se pusieron de pie y el pueblo lanzó gritos frenéticos.

—Hemos sido definitivamente despojados de Cesarea —continuó Justo—, y en cierta medida vos habéis hecho más fácil la tarea a los romanos. ¿Vais a continuar dándoles pretextos, a fin de hacer también de Jerusalén una ciudad romana?

—¿Qué puede hacer hoy un escritor judío? —preguntó Josef—. Yo no deseo que Roma absorba a Judea.

—Un escritor judío debe reconocer ante todo que ya no es ni con el oro ni con el hierro como se podrá transformar el mundo.

—También el oro y el hierro se convierten en espíritu cuando se los emplea para fines espirituales.

—Bella frase para vuestros libros, Tito Livio —observó Justo irónicamente—, cuando os falten temas para vuestras narraciones.

—¿Qué debe hacer Judea, si no quiere desaparecer? Los Macabeos vencieron porque estaban dispuestos a morir por su fe y por sus ideas.

—Yo no creo que tenga ningún sentido morir por una idea y desde luego morir por una convicción es una hazaña para guerreros. La misión del escritor es lograr que sus creencias sean compartidas. No creo que el Dios invisible de Jerusalén sea hoy tan fácil de satisfacer como vuestros Macabeos, ni me parece que se logre demasiado muriendo por Él. Pide mucho más. Es tremendamente difícil construir la morada invisible de ese Dios invisible. En todo caso, no es tan simple como vos parecéis figuraros, doctor Josef. Probablemente vuestro libro haga penetrar un poco del espíritu romano en Judea, pero con toda seguridad no logrará incorporar nada de la mentalidad judía en Roma.

Esa conversación preocupó a Josef más de lo que hubiera querido. En vano intentó tranquilizarse, atribuyendo a la envidia las palabras de su rival, cuyos libros no habían obtenido un éxito comparable al de los suyos. Los reproches de Justo quedaron grabados en su memoria. Releyó el libro de los Macabeos, invocó a los más sagrados sentimientos, recordó las noches solitarias cuando escribía su obra. ¡Inútil! Debía olvidarse de Justo.

Resolvió tomar el caso de Cesarea como elemento de prueba. Desde hacía un año se amenazaba con ese absurdo edicto como si fuera un espantajo, sin una base real; para rebatirle, Justo hacía hincapié en la historia de Cesarea que, según él, confirmaba sus juicios. Por tanto, si el futuro de la ciudad evolucionaba en perjuicio de los judíos él estaba dispuesto a inclinarse y reconocer su error. Ésa sería la demostración de que estaba equivocado, que su libro de los Macabeos no se había inspirado en el verdadero espíritu judío, que Justo era el gran hombre y que él no era

otra cosa que un pobre advenedizo lleno de vanidad. Vivió largos días de espera torturante. Finalmente, no pudiendo soportar más tanta angustia, decidió recurrir a sus dados-peonza: si el punto era bueno, significaría que la decisión favorecería a los judíos. Los hizo rodar: el punto fue malo. Una segunda vez: el mismo resultado. Una tercera: tuvo suerte pero, de repente, se detuvo alarmado al comprobar que, inadvertidamente, había utilizado el dado aplastado en uno de los vértices.

Como en otras ocasiones, ese día deseó regresar a Judea. La había alejado demasiado de su mente durante los dieciocho meses de su estancia en Roma. Casi no la recordaba. Debía regresar para renovar sus fuerzas.

Preparó su partida apresuradamente. La mitad de la población judía de Roma se reunió en la puerta de las Tres Calles, desde donde debía partir el carruaje que lo conduciría a Ostia. Tres personas lo acompañaron al puerto: Irene, la esposa del doctor Licino; el actor Demetrio Libán y el escritor Justo de Tiberíades.

Durante el trayecto, Demetrio evocó el día en que él también tomaría el camino de Sión, para siempre. Dijo que no esperaría mucho tiempo: trabajaría unos siete u ocho años más y luego, por fin, vería Jerusalén. Soñaba con el Templo que dominaba —deslumbrante— la ciudad, con sus tenazas inmensas y sus salas blancas y doradas. Soñaba con el tejido más maravilloso del mundo, el velo tornasolado que cubría el Sancta Sanctorum. Conocía los menores detalles del recinto, mejor probablemente que muchos de los que lo habían visto directamente. ¡Tantas veces había pedido que se lo describieran!

Así llegaron al puerto de Ostia. El cuadrante solar marcaba la hora octava. Josef calculó con minuciosidad infantil los días que había permanecido en Roma: hacía exactamente un año, siete meses, doce días y cuatro horas que había partido de Judea. Durante ese tiempo, en más de una ocasión sintió necesidad física de estar en Jerusalén. Habría querido soplar las velas del navío para acelerar su marcha.

Los tres amigos permanecieron en el muelle: Irene, silenciosa y calma; Justo, irónico y triste; Demetrio, en cambio, inclinándose hacia delante hizo un amplio gesto y extendió el brazo con la mano abierta. Más que un adiós a Josef era un saludo al país lejano y venerado.

Los hombres desaparecieron. Ostia, Roma, Italia se desvanecieron. Josef estaba en alta mar. Iba rumbo a Judea.

En el mismo barco viajaba el correo secreto, que llevaba al gobernador de Judea la orden de anunciar al pueblo judío el decreto imperial, concerniente al estatuto electoral.

LIBRO SEGUNDO

GALILEA

El día 13 de mayo, a las nueve de la mañana, el gobernador Gesio Floro convocó al prefecto de Cesarea y le comunicó el contenido del decreto imperial por el que se despojaba a los judíos de toda autoridad sobre la capital de la provincia. A las diez, el edicto fue proclamado por el heraldo del gobierno, desde la elevada tribuna de las arengas, en el Gran Foro. En los talleres de los hermanos Jacinto se fundía ya en bronce el texto del decreto, a fin de conservarlo para siempre inalterable en los archivos del Estado.

La población grecorromana manifestó su alegría en forma extraordinaria. Se decoraron con guirnaldas las estatuas colosales erigidas a la entrada del puerto, las columnas coronadas con las efigies de la diosa Roma y del fundador de la monarquía, y los bustos del emperador reinante, que aparecían en todos los cruces de las calles. Músicos y coristas recorrieron la ciudad, ejecutando himnos festivos. En el puerto se distribuyó vino gratuitamente, y a los esclavos se les concedió un día de asueto.

Pero en los barrios judíos las casas, siempre tan ruidosas, parecían ahora tristes y vacías y las tiendas permanecían cerradas. El temor al *pogrom* pesaba, aplastante, en las calles colmadas de sol.

El día siguiente fue sábado. Cuando los judíos se dispusieron a entrar en la gran sinagoga vieron delante de la puerta a un centurión griego con su tropa, a punto de ofrecer un sacrificio de aves. A menudo los leprosos celebraban sacrificios de esa especie, y por este motivo la injuria que con más saña se divulgaba contra los judíos de Asia Menor era la de afirmar que descendían de leprosos egipcios. Los servidores de la sinagoga propusieron a los griegos que buscaran otro lugar para su ceremonia, pero ellos replicaron que había pasado el tiempo en que los judíos de Cesarea tenían el derecho de abrir la boca. Los judíos recurrieron entonces a los guardias, pero éstos adujeron que no podían actuar sin autorización superior. Algunos judíos exaltados, incapaces de tolerar más tiempo en silencio la ceremonia impía, trataron de arrebatar a los griegos el recipiente de los sacrificios. Relucieron cuchillos y puñales y ya había muertos y heridos cuando intervinieron las tropas romanas, que detuvieron a algunos judíos, acusándolos de alterar el orden público y requisaron los vasos sagrados de los griegos. Por aquellos días los judíos ricos huyeron de Cesarea, llevándose su dinero, después de ocultar en sitio seguro los rollos de las Sagradas Escrituras.

Los incidentes de Cesarea, más el edicto y sus consecuencias, trajeron aparejado un recrudecimiento vigoroso de la guerra de guerrillas que hacía cien años Judea mantenía contra el protectorado de Roma. Hasta entonces, al menos en Jerusalén, los dos partidos de orden, los aristocráticos «Leales a pesar de todo» y los burgueses «Verdaderos creyentes», habían logrado evitar los actos de violencia contra los romanos, pero una vez promulgado el edicto de Cesarea, un tercer partido cobró supremacía, el de los «Vengadores de Israel».

Muchos adictos a los «Verdaderos creyentes» se pasaron a sus filas, entre ellos el doctor Eleazar ben Simeón, jefe de la administración del Templo. Por todas partes se veía la palabra «Macabi», es decir las iniciales de la frase hebraica: «¿Quién es como

vos, oh, Señor?», utilizada como palabra de orden del levantamiento. En Galilea reapareció el agitador Nahúm, hijo de Yehuda, el jefe patriota ejecutado por los romanos, de quien se decía que había muerto como su padre. Había permanecido oculto durante diez años en un lugar desconocido y ahora irrumpía en las ciudades y aldeas del norte de la provincia, donde las multitudes se precipitaban a su encuentro. «¿Qué esperáis todavía?», preguntaba con exaltada y fanática convicción a sus partidarios, que escuchaban silenciosos: «La sola presencia de los incircuncisos mancha vuestro país; sus legiones humillan desvergonzadamente el suelo del Templo y sus instrumentos perturban con sus sonos abominables la música sagrada. Vosotros sois el pueblo elegido para servir a Yahvé: no podéis adorar a César, que se alimenta de cerdos. Pensad en los grandes devotos del Señor, en Pinhas, en Elías, en Yehuda Macabeo. ¿O acaso vuestros explotadores no os han explotado todavía bastante? ¿Debéis dejar, además, que los extranjeros roben los beneficios que os ha reservado Yahvé y organicen en vuestra tierra combates de gladiadores y cacerías de fieras? No os dejéis intimidar por la cobardía de los “Verdaderos creyentes”; no os prosternéis ante la codicia de los “Leales a pesar de todo”, que acarician la mano del opresor porque ella protege sus bolsas de oro. El tiempo ha llegado, está próximo el reino de los cielos donde el pobre valdrá tanto como el tripón. Ha nacido el Mesías y sólo espera para mostrarse que vosotros os levantéis. ¡Exterminad a los cobardes del Gran Consejo de Jerusalén! ¡Exterminad a los romanos!».

Las bandas armadas de los «Vengadores de Israel», supuestamente extinguidas, resurgieron en todo el país. En Jerusalén se produjeron manifestaciones violentas. Si los romanos se aventuraban a circular sin escolta militar por las rutas provinciales, eran atacados y retenidos en condición de rehenes y si la administración imperial de las finanzas se quejaba de tener dificultades para cobrar puntualmente los impuestos, jóvenes partidarios de los «Vengadores de Israel» recorrían las calles con sendas alcancías, pidiendo caridad a los transeúntes: «Dad una limosna por amor de Dios al pobre y desdichado gobernador».

Gesio Floro resolvió proceder con energía y exigió la entrega de los agitadores. Las autoridades locales declararon que era imposible descubrirlos. El gobernador hizo allanar casa por casa, el Mercado Alto y las calles adyacentes, donde se presumía que podía encontrarse el cuartel general de los «Vengadores». Rápidamente las pesquisas se convirtieron en saqueo. Los judíos se defendieron, usaron sus armas atacando desde las azoteas y hubo muertos también entre los romanos. El gobernador resolvió declarar el estado de sitio y, amparándose en esa situación, los soldados enfurecidos arrastraron a inocentes y culpables indiscriminadamente, a la corte marcial. Bastaba la sospecha de pertenecer a los «Vengadores de Israel» para que se efectuara una detención. Abundaron las condenas a muerte. Según la ley no se podía ejecutar a ciudadanos romanos con otro procedimiento que con la espada; sin embargo, Gesio Floro ordenó la muerte ignominiosa en la cruz de todos los judíos condenados, incluidos los que poseían el título de caballero y la sortija de oro,

insignia de la nobleza romana de segundo orden.

En el juicio al que se sometió a dos prestigiosos miembros del Gran Consejo compareció, acompañada por una multitud silenciosa y conmovida, la princesa Berenice, hermana del rey titular Agripa. Poco tiempo antes, al sentirse gravemente enferma, había hecho un solemne voto de modestia, por lo cual, en esa ocasión, se presentó ante los oficiales de la corte marcial con los cabellos recortados y sin joyas. Era una hermosa mujer, muy estimada en Jerusalén, y bien considerada también en la corte de Roma. Su andar cadencioso era célebre en el mundo entero. Desde la frontera germánica hasta Sudán, desde Britania hasta la India, no se podía hacer de una mujer elogio más apreciado que decirle: «Camináis como la princesa Berenice». Esta gran dama se presentó, pues, humildemente descalza como las suplicantes, cubierta por un traje negro ceñido por un simple cordón, con la cabeza baja y la melena recortada. Hizo una reverencia al presidente del Tribunal y pidió se le concediera la gracia de respetar la vida de los dos sacerdotes. Los oficiales se mostraron en un principio corteses y dijeron algunas frases elegantes, pero como ella insistía en su ruego se volvieron fríos y cortantes, y finalmente casi groseros. Berenice debió entonces retirarse, humillada profundamente.

Durante cinco días, del 21 al 25 de mayo, fueron ejecutados en Jerusalén más de tres mil personas, entre ellos un millar de mujeres y niños.

La ciudad entera bramaba de furor contenido. Hasta entonces se habían incorporado a las filas de los «Vengadores» sólo campesinos y obreros, pero pronto se sumaron muchos burgueses. En todas partes se murmuraba o se declaraba abiertamente que en dos días más o quizá al día siguiente, el país entero se rebelaría contra el poder romano. El gobierno, el Colegio de los Sumos Sacerdotes y el Gran Consejo veían con inquietud el giro que tomaban las cosas. La clase alta deseaba unánimemente un entendimiento con Roma y temía una guerra. Los «Leales a pesar de todo», mayoritariamente aristócratas y personas adineradas que detentaban los principales cargos, presentían que una guerra contra Roma acarrearía infaliblemente una revolución, con lo que perderían su poder, pues hasta entonces ellos siempre habían rechazado con suma arrogancia las discretas peticiones de mejora de los campesinos, pequeños burgueses y obreros. Los «Verdaderos creyentes», en cambio, el partido de los doctores del Templo, de los eruditos y los demócratas, a los cuales adhería la mayoría del pueblo, opinaban que sólo Dios podía restablecer la antigua independencia del Estado, y se oponían a las acciones violentas mientras los romanos siguiesen respetando la doctrina: los 613 mandamientos de Moisés.

Los dirigentes de ambos partidos suplicaron insistentemente al rey Agripa, quien se encontraba entonces en Egipto, que intermediase entre el gobierno nacional y el de Roma. Los romanos no habían concedido al rey una verdadera autoridad —excepto en Transjordania y en algunas ciudades de Galilea, y en Judea, claramente, su poder estaba limitado a la vigilancia superior del Templo— pero, de todas formas, Agripa poseía el título de rey, se consideraba el personaje más importante entre los judíos, y

era muy apreciado. Rápidamente regresó Agripa a Jerusalén, a ruego de sus compatriotas, para hablar a su pueblo.

Diez mil personas acudieron a escucharlo en la gran plaza, ante el palacio de los Macabeos, sin moverse del espacio escaso que apenas los contenía. Detrás de ellos estaba el antiguo muro de la ciudad y la estrecha garganta a la que se accedía por un puente, más allá del cual se alzaba la nave occidental del Templo, blanco y dorado. La multitud saludó a su rey, abatida, ansiosa, un poco recelosa. Después, entre dos filas de oficiales que inclinaban la cabeza en señal de reverencia, salió del palacio la princesa Berenice, vestida de negro, aunque esta vez llevaba un traje de rico brocado. Orlado por la corta melena, su noble rostro delgado parecía mucho más altivo. Todos callaron cuando ella apareció, como guardan silencio los devotos que el día de luna nueva esperan la salida del astro que hasta ese momento ha estado velado por las nubes, y se regocijan al verlo resurgir. La princesa descendió lentamente la escalinata y se reunió con su hermano. Envolviendo su figura, el brocado del vestido se henchía a su paso, ampulosamente. Cuando alzó las manos hacia el pueblo, con las palmas vueltas hacia arriba, la multitud respondió a su saludo con impetuosa veneración: «¡Sed bien venida, princesa Berenice, en nombre del Altísimo!».

El rey inició su discurso. Con frases persuasivas explicó hasta qué punto una sublevación contra los romanos ofrecía pocas probabilidades de éxito. Con elegante abandono se encogió de hombros, expresando con ese gesto cuán absurda juzgaba la empresa. ¿Acaso los otros pueblos de la tierra no habían adoptado una actitud realista? Los griegos, que en un tiempo se enfrentaron a toda Asia, y los macedonios, para quienes Alejandro el Grande echara los cimientos de un imperio mundial, ¿no habían sido obligados a obedecer por una guarnición de apenas dos mil soldados romanos? Galia contaba trescientas cinco tribus diferentes, poseía excelentes defensas naturales y su suelo producía las principales materias primas y, sin embargo, habían bastado mil doscientos hombres, contingente aproximado al número de habitantes de las ciudades del país, para contener un tímido intento de sublevación. Dos legiones imponían el orden romano en el inmenso y rico Egipto de antiquísima civilización. Para someter a los germanos, cuyo carácter era evidentemente más indómito que el de las bestias feroces, bastaban cuatro legiones, y se podía asegurar que en el territorio comprendido entre el Rin y el Danubio un viajero se sentía tan seguro como en la misma Italia.

—¿Es que sois incapaces —preguntó el rey, meneando con tristeza la cabeza— de comparar vuestra propia debilidad con el poder de Roma? Decidme, ¿dónde están vuestra flota, vuestras máquinas de guerra, vuestros recursos financieros? El mundo es romano: ¿dónde encontraréis aliados y ayuda? ¿Tal vez en los desiertos inhabitados?

El rey Agripa sermoneaba a sus súbditos judíos como si fuesen niños incapaces de razonar por sí mismos. Ni siquiera los impuestos exigidos por Roma —si se los analizaba serenamente— resultaban excesivos.

—Pensad en que sólo la ciudad de Alejandría paga en un mes una contribución superior a la de toda Judea en un año. A cambio de los impuestos, ¿Roma no os da toda suerte de privilegios? ¿No ha construido magníficas rutas y acueductos modernos? ¿No ha instalado una administración rápida y muy eficaz? —dijo con un gesto premioso a la asamblea—. La nave está todavía en puerto. Sed prudentes, no os lancéis a través de terribles tempestades hacia un naufragio seguro.

El discurso del rey fue convincente para muchos que declararon a gritos no ser enemigos de Roma, sino únicamente del gobernador Gesio Floro. Entonces se produjo la enérgica intervención de los «Vengadores de Israel». El joven y elegante doctor Eleazar propuso con palabras altisonantes que el rey fuese el primero en firmar un ultimátum a Roma, exigiendo la deposición del gobernador. Agripa retrocedió, trató de ganar tiempo, de protegerse. Eleazar reclamaba una respuesta categórica y el rey rehusó. Cada vez fueron más las voces que gritaban: «¡La firma! ¡El ultimátum! ¡Abajo Gesio Floro!». Los ánimos se caldearon súbitamente. Se oyeron comentarios sobre un pacto que el gobernador y el rey habrían concertado con el propósito de despojar al pueblo. Algunos jóvenes decididos se abalanzaron sobre el rey, que tuvo la fortuna de retirarse sano y salvo a su palacio, protegido por su guardia. Al día siguiente, con gran amargura, abandonó la ciudad para regresar a sus provincias de la Transjordania, que le ofrecían mayor seguridad.

Ante el fracaso de los señores feudales y del gobierno los extremistas trataron por todos los medios de forzar la situación. Desde los días iniciales del imperio —hacía ya un siglo— el emperador y el senado romanos enviaban todas las semanas una víctima para el sacrificio de Yahvé y su Templo. El doctor Eleazar, como jefe del Consejo de Administración del Templo, ordenó a los sacerdotes rechazar todos los sacrificios que se hicieran en nombre del imperio. En vano el Sumo Sacerdote y su colegio suplicaron que no se provocara a la potencia protectora: Eleazar rechazó con desprecio la ofrenda imperial.

Ésa fue la voz de orden para que los pequeños burgueses, campesinos y obreros judíos se rebelasen abiertamente contra los romanos y contra sus propios señores. La guarnición romana era bastante exigua y los «Vengadores de Israel» pronto se adueñaron de todos los puntos estratégicos importantes de la ciudad. Incendieron la tesorería, destruyeron entre exclamaciones de júbilo las listas de impuestos y los títulos de hipotecas, saquearon las villas de muchos aristócratas especialmente odiados, y sitiaron a las tropas romanas que quedaron encerradas en el palacio de los Macabeos. Los romanos defendieron valientemente su reducto, sólidamente fortificado, pero su posición era desesperada y, cuando los judíos les prometieron la libertad si abandonaban la resistencia, aceptaron la propuesta confiadamente. Los representantes de las dos partes sellaron el pacto con un juramento y un apretón de manos, pero, una vez los sitiados hubieron depuesto las armas, los «Vengadores de Israel» se precipitaron sobre los hombres indefensos y los mataron. Los infelices no pudieron oponer resistencia ni pidieron que se les perdonase la vida; sólo se los oyó

clamar al unísono: «¡El juramento! ¡El tratado!». Cada vez fueron menos y más débiles las voces, hasta que una sola gritó por última vez: «¡El juramento! ¡El tratado!». Finalmente se apagó. Esto ocurrió el 7 de septiembre, o 20 de Elul, según el calendario judío. Era un día sábado.

Apenas disipada la embriaguez de la matanza, una angustia profunda se apoderó de la ciudad. Como si confirmaran la causa del malestar, pronto llegaron noticias de que en muchas ciudades de población mixta los griegos habían atacado a los judíos. Sólo en Cesarea habían sido asesinados aquel tétrico sábado veinte mil judíos: a los restantes, el gobernador los concentró en los muelles y los sometió a la esclavitud. Los judíos, en contrapartida, devastaron los barrios griegos en las ciudades donde eran mayoría. Griegos y judíos convivían desde hacía siglos en Samaria y la frontera de Galilea. Se odiaban y despreciaban mutuamente.

Los judíos eran celosos defensores de su Dios invisible, y estaban persuadidos de que el Mesías vendría sólo por ellos; esa idea fomentaba a tal punto su orgullo que caminaban con la cabeza muy erguida, convencidos de ser el pueblo elegido. Los griegos, en cambio, se burlaban de las ideas, las supersticiones y las costumbres judías, que juzgaban obsesivas, groseras, ridículas y bárbaras respectivamente, y los dos pueblos se hacían mutuamente todo el mal posible. Desde siempre se habían producido querellas sangrientas entre ellos, pero el pillaje, el asesinato y los incendios se extendieron entonces más allá de las fronteras de Judea, dejando a su paso montañas de cadáveres insepultos.

Cuando la situación se agravó a este extremo, el superior de Gesio Floro, el gobernador general de Siria, Cestio Galo, resolvió intervenir personalmente. Él era un anciano escéptico, persuadido de que suele lamentarse más a menudo lo que se ha dejado de hacer que lo que se ha hecho. En vista de la pésima evolución de los acontecimientos, consideró que no se podía seguir demostrando debilidad; consideró imprescindible castigar severamente a Jerusalén.

En consecuencia, Cestio Galo movilizó la totalidad de la decimosegunda legión además de ocho cohortes de infantería siria, y reclamó de los estados vasallos el envío de importantes contingentes. Agripa, el rey titular de los judíos, al sentirse obligado a demostrar su fidelidad a Roma, ofreció apenas dos mil caballeros y tres cohortes de arqueros y él mismo se hizo cargo del mando de sus fuerzas. Cestio Galo estableció hasta en el menor detalle el plan de la expedición represiva, y no olvidó preparar las hogueras que anunciarían su victoria a fin de que el mismo día en que hiciese su entrada en Jerusalén, como juez y vengador, Roma recibiese la noticia.

Atacó vigorosamente por el norte el país de los amotinados; se apoderó, de acuerdo con sus planes, de la hermosa colonia de Zabulón, la arrasó y la incendió; siguiendo su plan, tomó la ciudad costera de Jope, la saqueó e incendió; hizo sufrir la misma suerte a otras ciudades; jalonó su ruta de hombres degollados y, por último, fiel a su programa, llegó el 27 de septiembre a las puertas de Jerusalén.

Pero allí tuvo que detenerse. Según sus cálculos, debía apoderarse el 5 de octubre

del fuerte Antonia, y del Templo el día 20 pero, sorprendentemente, todavía el día 14 el fuerte mantenía la resistencia. «Los Vengadores de Israel» no habían vacilado en dar armas a los numerosos peregrinos llegados para la fiesta de los Tabernáculos, por lo cual la ciudad desbordaba de guerreros voluntarios. El 27 de octubre el asedio que Cestio Galo impusiera a Jerusalén cumplió un mes, y los telegrafistas esperaron en vano junto a las hogueras preparadas, preocupados por que los dispositivos no funcionasen bien, y ellos fueran castigados si ocurría algún percance. Cestio ordenó el envío de nuevos refuerzos. A costa de sufrir importantes bajas, hizo poner todas las máquinas de guerra en posición de ataque contra los muros. Finalmente, dispuso que el 2 de noviembre se procediera al asalto definitivo, con recursos de tal entidad que no podían fracasar, de acuerdo con todas las previsiones humanas.

Los judíos se comportaron valerosamente, pero ¿qué podía hacer la valentía de un hombre enfrentada a la organización superior de Roma? ¿Qué significaba, por ejemplo, la conmovedora hazaña de tres ancianos, que el primer día de noviembre, víspera del asalto, franquearon solos los muros, con el propósito de incendiar las máquinas romanas? Los tres ancianos judíos aparecieron repentinamente en la plenitud del mediodía, ante las primeras filas romanas, ostentando la insignia de «Los Vengadores de Israel»: el brazalete de los macabeos con las iniciales de las palabras hebraicas: «¿Quién es como vos, oh, Señor?». Al principio los romanos supusieron que serían unos parlamentarios, portadores de un mensaje de los sitiados, pero quedaron sorprendidos al ver que en vez de parlamentar los ancianos comenzaron a disparar con sus manos temblorosas flechas de fuego sobre las máquinas de guerra. Se trataba de una evidente locura pero ¿qué podrían hacer los romanos contra esos dementes? Entre asombrados y divertidos, y hasta con una pizca de compasión, los abatieron. Ese mismo día supieron que se trataba de los tres miembros del Gran Consejo, Gadia, Yehuda y Natán, condenados a trabajos forzados por los tribunales del emperador, que habían sido puestos en libertad gracias a su extraordinaria indulgencia. Los romanos habían hecho valer esa amnistía como un ejemplo palpable de su buena voluntad, pretendiendo probar con ello que no era su propio rigor sino la obstinación de los judíos la causa principal de los desórdenes. Entre los «Leales a pesar de todo», y así como entre los «Verdaderos creyentes», se había dado gran importancia la amnistía considerándola prueba de la generosidad romana. Sin embargo, desde su regreso, los tres mártires no volvieron a transitar por la ciudad. Se quiso evitar que se convirtieran en la encarnación de la magnanimidad de Roma: su corazón pertenecía a «Los Vengadores de Israel». Llevados por sus fanáticas convicciones, habían decidido realizar esa hazaña, testimonio de devoción y heroísmo.

Los jefes de las compañías de macabeos sabían muy bien que no se podía exigir demasiado de los sentimientos frente a las máquinas sitiadoras de los romanos. Con la firme resolución de no entregar la ciudad, pero íntimamente sin esperanzas de conservarla, asistieron a los preparativos del supremo asalto, que debía realizarse al

día siguiente.

El asalto no se produjo. Por la noche, Cestio dio orden de levantar el sitio y batirse en retirada. Tenía el semblante descompuesto y la expresión amarga. ¿Qué había pasado? Nadie lo sabía. El legado Paulino, el brazo derecho del gobernador Galo, fue asaltado a preguntas pero se limitó a encogerse de hombros, mientras los generales sacudían la cabeza. Cestio no dio ninguna explicación respecto a la sorprendente orden que había impartido y la disciplina no permitía interrogarlo. El ejército, pues, inició la retirada.

Desconcertados en un primer momento, después con alivio, y por último con alegría, los judíos contemplaron la partida de los sitiadores. Aún incrédulos, pues temían que se tratara de una maniobra táctica, recuperaron de inmediato el aliento y emprendieron la persecución del enemigo. El repliegue fue penoso para los romanos. Los rebeldes los presionaron severamente y fueron atacados sin clemencia por una guerrilla de francotiradores de Galilea comandada por un tal Simeón bar Giora, en la zona septentrional del país donde, forzosamente, debían pasar.

Después de organizar una rápida marcha envolvente, Simeón bar Giora ocupó con el grueso de su tropa la garganta del Bet Jorón. Ese nombre sonaba agradablemente a los oídos de los voluntarios judíos: era allí donde el Señor había detenido el sol para asegurar la victoria a Josué; era allí donde Yehuda Macabeo había vencido gloriosamente a los griegos. La maniobra de Simeón bar Giora se coronó también esta vez con el éxito: los romanos sufrieron una derrota como no la habían padecido en Asia desde la guerra contra los partos. Los judíos perdieron apenas mil hombres; los romanos, en cambio, 5.800 soldados de infantería y 380 caballeros, entre ellos el gobernador Gesio Floro. Todas las máquinas y el material de guerra, el águila de oro de la legión y el rico tesoro del ejército pasaron a manos de los judíos.

Esto ocurrió en el decimosegundo año del reinado de Nerón, el 3 de noviembre.

Los levitas se habían instalado solemnemente, con sus instrumentos en la mano, en las escalinatas del Santo Lugar. Tras ellos, en el interior del Templo, se encontraban los sacerdotes de las veinticuatro clases. Después de la extraordinaria victoria sobre Cestio Galo, Anán, Sumo Sacerdote y jefe del partido de «Los leales a pesar de todo», consideró apropiado ofrecer un servicio de acción de gracias. Se celebraría por tanto el Gran Aleluya. Los acontecimientos de los últimos días habían atraído a la ciudad a numerosos forasteros —llegados desde todas las rutas—, que contemplaban admirados la magnífica ceremonia. En las inmensas salas blancas y doradas se oía un rumor comparable al del mar: «Éste es el día del Señor. Lancemos gritos de júbilo, y regocijémonos», e incesantemente, en las ciento veintitrés variaciones prescritas, exclamaron: «¡Alabado sea el Señor!».

Josef estaba en la primera fila, ataviado con la blanca vestimenta oficial en la que destacaba el cinturón azul, bordado con flores. Embargado de entusiasmo como

todos, mecía su cuerpo con el ritmo ritual. Nadie sentía más hondamente que él cuán extraordinaria era esa victoria conseguida por soldados voluntarios inexpertos sobre una legión romana, sobre el portentoso despliegue de técnica y de precisión compuesto por millares de hombres que avanzaban como si se tratara de uno solo. Bet Jorón, Josué, milagro. Ésta era la maravillosa confirmación de sus ideas respecto a que no era posible comprender los asuntos de Jerusalén bajo la óptica exclusiva de la razón. Jamás la razón por sí misma habría podido generar un hecho heroico, sólo la inspiración divina lo determinaba. Miles de fieles congregados frente a la escalinata contemplaban emocionados al joven sacerdote que entonaba con fervor los himnos de acción de gracias.

A pesar de su devota exaltación no podía dejar de pensar en las consecuencias prácticas que tendría para él el inesperado triunfo de los macabeos. En Jerusalén no se había podido disponer de tiempo para agasajarlo en reconocimiento por el exitoso asunto de los tres ancianos. El tumulto había estallado a la semana siguiente de su regreso, pero de todos modos su actuación en Roma le había aportado popularidad y el gobierno moderado no era indiferente al joven aristócrata, a pesar de que frecuentaba la Sala Azul de los «Vengadores»; le ofrecieron el cargo y el título de secretario particular al servicio del Templo. Era demasiado modesto para él. Sin embargo lo aceptó, pensando que, después de la gran victoria, sus probabilidades eran mayores: se imponía una nueva distribución de los cargos de dirección. La opinión pública presionaría al gobierno para que se ofreciera la participación en el poder a algunos de los macabeos. En pocos días más se convocaría una asamblea de los tres organismos legislativos y parecía imposible que no se tuviera en cuenta a Josef.

«¡Alabado sea el Señor!», cantaba, «¡Alabado sea el Señor!». Comprendía las razones de los gobernantes para querer evitar por todos los medios una guerra contra Roma. La víspera, producida ya la gran victoria, algunos personajes oportunistas se habían lanzado, apresuradamente, tras el gobernador general Cestio Galo, a fin de asegurarse, a pesar de su derrota, que ellos no habían tenido nada que ver con el pérfido ataque de los rebeldes contra el ejército imperial. El anciano Hanán, rico propietario del gran almacén instalado en el Monte de los Olivos, desapareció de la ciudad; el secretario de Estado, Zevulón, abandonó su casa, y los sacerdotes Zefanías y Herodes huyeron hacia la otra margen del Jordán, el territorio del rey Agripa. Igualmente, numerosos esenios se habían alejado al producirse la victoria sobre Cestio, y todos los sectarios que se autodenominaban cristianos habían abandonado el país. Josef sentía desprecio por la pobre fe de los unos y la miserable astucia de los otros:

La ceremonia ya había terminado cuando Josef se abrió paso en medio de la enorme multitud que llenaba el Templo. La mayoría de los presentes llevaba la divisa con la palabra «Macabeo», que era el emblema de los «Vengadores de Israel». Grupos compactos de curiosos se apretujaban alrededor de las máquinas de guerra conquistadas, palpaban los arietes para hundir los muros, las ligeras catapultas y las

pesadas balistas, que disparaban a gran distancia sus poderosos proyectiles. En los alrededores, bajo un agradable sol de noviembre, se vendían, en medio de un ambiente de excelente humor, diversos objetos del botín arrebatado a los romanos: vestimentas, armas, tiendas, caballos, mulos, utensilios de cocina, joyas, recuerdos de toda clase, fasces y hachas de lictores. Como objeto curioso que les provocaba risueños comentarios, exhibían las correas que todos los soldados romanos llevaban consigo para atar a los prisioneros. Los banqueros del Templo se afanaban cambiando las monedas extranjeras que habían arrebatado a los despojos de los soldados.

Josef vio en el camino a un grupo de soldados, burgueses y sacerdotes que discutían animadamente. El motivo era el águila de oro ornada con el retrato del emperador —insignia de la nueva legión—, que formaba parte del botín. Los oficiales del cuerpo de francotiradores opinaban que el águila debía ser izada sobre el muro exterior del Templo, junto a los trofeos de Yehuda Macabeo y de Herodes, en el lugar más visible, como propiedad de la ciudad y del país. Pero los «Verdaderos creyentes» se oponían: la Ley prohibía toda representación de seres vivos, cualquiera que fuese el pretexto aducido. Se propuso entonces una solución intermedia: se colocaría el águila en el tesoro del Templo, bajo la custodia del doctor Eleazar, jefe de la administración, quien, además, era miembro del partido de los Vengadores. Pero los oficiales no aceptaron. Los que portaban el águila permanecieron, vacilantes, donde estaban: ellos tampoco veían con agrado que el trofeo desapareciese en la cámara del tesoro. La temible enseña del ejército vista de cerca era grosera y tosca y el retrato del emperador, situado en la parte inferior dentro de un medallón, tan desagradable y carente de valor artístico que resultaba inofensiva. La reyerta subió de tono. Pero el Espíritu descendió sobre Josef oportunamente y gracias a él pudo dominar la situación elevando su voz juvenil y cálida, que concitó la atención de todos. Dijo que el águila no debía colocarse en el muro, ni depositarse en el tesoro del Templo sino que había que hacerla pedazos. Todos estuvieron de acuerdo, pero no fue fácil la ejecución. El águila era maciza, y llevó una hora larga lograr que todos pudiesen llevarse un trocito de oro. Josef, el héroe de los tres mártires de Cesarea, había conquistado nuevas simpatías. Aunque estaba fatigado no deseaba regresar a su casa y continuó dando vueltas en el recinto del Templo. De pronto, intrigado por el aspecto de un joven oficial que, aunque de pequeña estatura, destacaba entre los que lo rodeaban, se preguntó: «¿Quién es ese a cuyo paso la multitud se aparta con tanto respeto?».

La nariz recta y vigorosa sobresalía de la barba cuidadosamente recortada. Brillaban sus ojos de color castaño. Era Simeón bar Giora, el triunfador. Delante de él iba un animal de blancura inmaculada, víctima propiciatoria conducida al sacrificio. Josef miró a Simeón con disgusto y sorpresa pues advirtió que estaba armado. ¿Acaso se atrevería a presentarse así ante el altar —que jamás había sido tocado con el hierro, ni antes ni después de construido? ¡No podía ser! Josef se adelantó a su encuentro.

—Me llamo Josef ben Matatías —dijo.

El joven oficial sabía quién era y lo saludó cordialmente, con deferencia.

—¿Pensáis hacer un sacrificio?

Simeón hizo un signo afirmativo, y su sonrisa grave expresó satisfacción y confianza.

—¿Armado? —prosiguió Josef, y Simeón se sonrojó.

—Tenéis razón —repuso. Ordenó al conductor de la bestia que esperara pues iba a despojarse de sus armas. Volviéndose a Josef, le dijo con expresión amable y sincera y en voz alta que todos pudieron oír:

—Fuiste vos, doctor Josef, quien dio la señal. Cuando liberasteis a los tres inocentes de la prisión, comprendí que lo imposible podía realizarse. Dios está con nosotros, doctor Josef. —Y lo saludó, llevándose la mano a la frente. En sus ojos resplandecían la fe, el valor y la dicha.

Josef echó a andar por las calles en suave pendiente de la Ciudad Nueva; pasó por el bazar de los mercaderes de ropa, el mercado de los herreros, la calle de los Caldereros. Comprobó con placer hasta qué punto la nueva ciudad se estaba transformando en un barrio comercial e industrial, bullente de vida. Poseía allí terrenos que el vidriero Nahúm ben Nahúm le habría comprado de buena gana. Pensó vendérselos, pero en ese día de victoria cambió de idea. Puesto que el fabricante de vidrios esperaba su decisión, se encaminó hacia su taller para comunicarle que deseaba construirse una casa.

Encontró al vidriero Nahúm sentado sobre cojines con las piernas cruzadas, a la puerta de su taller. Sobre el dintel colgaba un gran racimo de uvas de cristal multicolor: el emblema de Israel. Se incorporó al ver a Josef y lo invitó a entrar y a sentarse. Éste se acomodó con cierta dificultad sobre los cojines, pues se había desacostumbrado a esa postura.

Nahúm ben Nahúm era un hombre corpulento, de unos cincuenta años. Tenía los característicos ojos, hermosos y vivaces, de los habitantes de Jerusalén, y su rostro lozano estaba orlado por una espesa y oscura barba cuadrada, matizada ya con algunos pelos blancos. Deseoso de conocer la respuesta de Josef —pero disimulando su ansiedad— inició la conversación sobre el tema político. Le parecía bien que alguna vez los jóvenes tomasen el timón del mando ya que los «Vengadores» habían obtenido la victoria; por tanto consideraba necesario que los dirigentes de la Sala Cuadrangular se les uniesen. Se expresaba con gracia, sin perder por ello la autoridad y dignidad que era su tono habitual. Josef lo escuchaba atentamente. Estaba interesado en conocer el juicio de Nahúm sobre la situación después del gran triunfo de Bet Jorón. Sus palabras le revelarían los sentimientos de la mayor parte de los burgueses de Jerusalén, quienes ocho días antes habían mostrado su hostilidad respecto a los «Vengadores» aunque, en ese momento, olvidándolo todo, afirmaran que tendría que haberse confiado antes el poder a los macabeos.

En ese momento salió de la casa el doctor Nittai, un anciano gruñón, pariente lejano de Josef por parte de madre, emparentado también con el vidriero, quien lo había asociado a sus negocios. El doctor Nittai no entendía nada de comercio, pero estaba bien visto que un sabio participase de los beneficios de un negocio. Que «le pusiesen el bocado en la boca», como se decía en la casa benévolamente, aunque con cierto desdén. Ése era el motivo de que, en casa del vidriero, el doctor y maestro Nittai permaneciese siempre taciturno y callado. Consideraba un exceso de generosidad de su parte permitir al fabricante anteponer su nombre a la firma «Doctor Nittai y Nahúm», y aceptar ser mantenido a su costa. Cuando no participaba en los debates de la Universidad del Templo, se sentaba a la puerta de la casa para tomar el sol, meciendo el cuerpo mientras repetía, monótonamente, los argumentos relacionados con alguna interpretación del texto sagrado, inscrito en el rollo que sostenía con una mano. En esa actitud nadie se atrevía a molestarlo, pues quien interrumpe el estudio de la Escritura para decir algo tan trivial como «ved este árbol», merece la muerte.

Pero ese día no estaba inmerso en los estudios, de modo que Nahúm se atrevió a preguntarle si no estaría de acuerdo con que se admitiera a los «Vengadores» en el gobierno. El interpelado frunció el entrecejo y repuso con mal humor: «No convirtáis la doctrina en una pala para cavar: la Escritura no ha sido creada para extraer de ella lecciones de política».

Había mucha actividad en la fábrica y en la tienda de Nahúm. Gracias al botín conquistado a los romanos circulaba gran abundancia de dinero en la ciudad, y muchos acudían alegremente a comprar sus afamados cristales. Nahúm saludaba a los clientes con aire solemne, les ofrecía bebidas refrescadas en la nieve y golosinas.

—¡Qué magnífica victoria!, ¿verdad? Los negocios, a Dios gracias, marchan admirablemente; si esta prosperidad se prolonga, podremos instalar un almacén tan grande como el de los hermanos Hanán, bajo los cedros del Monte de los Olivos. «Quien se nutre del trabajo de sus manos», citó bastante inexactamente por cierto, «es superior al devoto».

Había logrado su propósito: enfadar al doctor Nittai. Fácil le habría sido al sabio citar textos con significado opuesto, pero se contuvo, porque cuando se enardecía se notaba su acento babilonio, y Josef solía recordarle con sorna: «Habéis sido vosotros quienes destruisteis el Templo». Pero el doctor Nittai no soportaba la broma. No intervino en la conversación ni intentó estudiar. Se sentó al sol y dejó vagar sus pensamientos. Abiya, la octava clase sacerdotal a la que él pertenecía, había resultado frecuentemente elegida en el sorteo que se efectuaba para designar a los servidores del Templo, desde la época en que él abandonara Nehardea, su villa natal. Él mismo había tenido la fortuna de llevar al altar una porción del holocausto, pero nunca se había realizado su máximo sueño: hacer subir al altar el humo del incensario de oro. Cada vez que sonaba la *magrefá*, la trompeta de cien notas que anunciaba el momento en que se elevaba la ofrenda del humo, sentía envidia por el sacerdote a

quien correspondía ese privilegio. Se reconocía poseedor de todas las condiciones requeridas para merecerlo y sabía que no estaba afectado por ninguno de los ciento cuarenta y siete males que habrían impedido a un sacerdote ejercer el servicio divino; únicamente admitía no ser joven. ¿Permitiría Yahvé que fuese designado algún día para ofrendar el humo?

Josef, entretanto, había anunciado al vidriero su decisión de no vender sus terrenos. Nahúm recibió la noticia sin demostrar contrariedad.

—¡Ojalá sea vuestra decisión favorable a los dos, mi doctor y maestro! —dijo cortésmente.

En ese momento llegó a la casa Efraím, el hijo menor de Nahúm. Lucía el distintivo con las iniciales de los macabeos. Era un muchacho apuesto, de catorce años de edad, cuya vivacidad natural estaba especialmente acentuada en esa ocasión. Había visto a Simeón bar Giora, el héroe. Sus grandes ojos brillaban de entusiasmo, destacando en su rostro de tez delicada. Quizá había hecho mal en alejarse del taller para asistir al Gran Aleluya en el Templo, pero allí había obtenido su recompensa: había visto a Simeón bar Giora.

Josef estaba a punto de retirarse cuando llegó el hijo mayor de Nahúm, Alexas. Éste era robusto y vanidoso como su padre; lucía como él la barba cuadrada y abundante y el mismo cutis lozano, pero sus ojos no eran tan claros como los de Nahúm. Meneaba constantemente la cabeza y se acariciaba incesantemente la barba con mano ruda y agrietada por el contacto constante de la pasta caliente del vidrio. Menos sereno que su padre, su semblante denotaba preocupación y cierta tristeza. Se alegró al ver a Josef, quien ya no pudo retirarse, y le pidió ayuda para persuadir a su padre de abandonar Jerusalén, cuando aún estaba a tiempo.

—Vos conocéis Roma —dijo a Josef— y conocéis también esta ciudad. Decidme qué pensáis de la actuación de los macabeos: ¿no creéis que traerá desastres? Poseo excelentes relaciones, comerciantes amigos en Nehardea, en Antioquía y en Batna y me comprometo, por la vida de mis hijos, a instalar al cabo de tres años en cualquiera de esas ciudades extranjeras, una tienda que no tenga nada que envidiar a la que poseemos en Jerusalén. Convenced a mi padre de que debe huir de este lugar peligroso.

El pequeño Efraím se abalanzó sobre su hermano. Sus hermosos ojos negros relampaguearon de furia.

—No merecéis vivir en este siglo —dijo—. Todos me miran con recelo porque tengo un hermano como vos. ¡Id con los comedores de cerdos! ¡Yahvé os ha escupido de su boca!

Nahúm riñó al muchacho, suavemente. Tampoco él aprobaba las palabras de su hijo Alexas. No negaba que la violencia de los «Vengadores de Israel» muy a menudo le había causado inquietud y provocado su repudio, así como a todos los partidarios de los «Verdaderos creyentes», pero casi toda Jerusalén en ese momento apoyaba a los macabeos y era imprudente pronunciar palabras como las de Alexas.

—No hagáis caso a mi hijo mayor, doctor Josef —dijo—. Es un buen hijo, pero le encanta contradecir a los demás y su cabeza está llena de ideas retorcidas.

Josef sabía que, gracias precisamente a las ideas retorcidas de Alexas, la fábrica gozaba de gran prosperidad. Nahúm administraba su taller como lo hicieron su padre y su abuelo: fabricaba y vendía siempre los mismos modelos y se contentaba con el mercado limitado de Jerusalén. Iba a la Bolsa y a la oficina de pesas, y con la ayuda de notarios competentes firmaba contratos de venta formales y minuciosos, preocupándose exclusivamente de que fuesen depositados en los archivos. Hacer algo más le habría parecido maligno. Cuando se abrió en Jerusalén otra vidriería no habría podido resistir con principios tan rudimentarios la activa competencia de sus rivales de no haber intervenido Alexas. Aunque tradicionalmente se había trabajado en el taller con procedimientos manuales, éste modernizó la técnica, utilizando exclusivamente la larga caña de soplar el vidrio. Gracias a ella obtuvo hermosos vasos redondos, soplándolos como Dios insufla un alma en el ser humano. Además, Alexas importó grandes cantidades de cuarzo pulverizado, instaló en la Ciudad Alta una sucursal muy productiva donde se vendieron sólo vidrios decorativos, y envió sus productos a los grandes mercados de Gaza y de Cesarea, y a la feria anual de Batna en Mesopotamia. Al principio, cuando Alexas apenas contaba treinta años estas innovaciones le costaron prolongadas y amargas discusiones con su padre. Aunque había transcurrido bastante tiempo desde entonces, Nahúm mantenía con su hijo un trato exageradamente cauteloso. Respecto a los acontecimientos opinaba que, después de una derrota tan espectacular, los romanos no se atreverían a lanzarse nuevamente sobre Jerusalén. Y si lo hacían serían arrojados al mar. En cuanto a lo que se le proponía, declaró que Nahúm ben Nahúm, el gran negociante, jamás abandonaría la vidriería ni dejaría Jerusalén. Allí se había plasmado el vidrio a mano en los comienzos del taller, y oportunamente se había comenzado a trabajar con la caña de soplar, disfrutando en todo momento de la bendición de Yahvé. Hacía siglos que su familia fabricaba vidrio en Jerusalén y así lo haría también en los años futuros.

Parecían haberse calmado; estaban sentados, rodeados de cojines, pero sólo se trataba de una apariencia pues descargaban su agitación mesándose nerviosamente las negras barbas recortadas. El joven Efraím, mientras tanto, lanzaba miradas furibundas a Alexas, y resultaba evidente que sólo el respeto y el cariño que sentía por su padre lo inhibían de arrojarse sobre su hermano. Josef los miraba alternativamente: Alexas fingía estar sereno y sonreía, pero él captó perfectamente que se sentía herido y triste. Probablemente las palabras del hijo eran las más sensatas pero qué duda cabía que su lucidez producía un efecto lamentable, comparada con la firmeza de su padre y la fe del hermano menor.

Alexas volvió a la carga con sus argumentos:

—Si los romanos nos impidieran transportar nuestros cargamentos de arena por el río Belus, tendríamos que cerrar la vidriería. Naturalmente, doctor Josef, vos sois un político y debéis quedaros en Jerusalén. Pero unos simples comerciantes como

nosotros...

—Importantes negociantes —corrigió Nahúm suavemente, acariciándose la barba.

—... ¿No haríamos mejor en dejar Jerusalén lo más pronto posible?

Nahúm no quería oír hablar más de ello, así que cambió de tema bruscamente.

—Nuestra familia —explicó a Josef— es tenaz en todos los asuntos de la vida. Cuando el abuelo murió, ¡bendita sea la memoria del justo!, conservaba todavía veintiocho dientes, y cuando nos dejó mi padre, ¡bendita sea la memoria del justo!, conservaba treinta. Yo tengo más de cincuenta años y poseo aún mis treinta y dos dientes, y mis cabellos todavía están negros y fuertes.

Como Josef manifestara deseos de retirarse, Nahúm lo invitó a pasar al taller y elegir un obsequio, pues se festejaba la victoria de Bet Jorón y en una victoria eran obligados los agasajos. El horno del taller expandía un calor insoportable y una espesa humareda. Nahúm insistió en que Josef aceptara una pieza magnífica, una copa de gran tamaño, perfecta, cuya superficie exterior se había trabajado de modo que parecía envuelta en una red de cristal, y recitó las estrofas de la antigua canción: «No importa que mañana se quiebre, si hoy puedo tener, aunque sólo sea una vez, mi magnífica copa de cristal». Pero Josef, por cortesía, rechazó ese obsequio tan costoso y se contentó con otro más modesto.

El joven Efraím, que no podía contenerse, aprovechó el momento para reanudar en medio del calor y el estrépito del taller la violenta discusión política.

—¿Estuvisteis en el Gran Aleluya? —le preguntó a su hermano con ímpetu—. Por supuesto que no, Yahvé te ha herido de ceguera. Desde hoy no dejaré que me convenzas y me incorporaré a la guardia civil.

Alexas apretó los labios, y sólo contestó al muchacho con su silencio y una sonrisa forzada. De buena gana se habría ido de Jerusalén con su mujer y sus dos niños pero estaba atado con todo el corazón a su familia, a su amado padre insensato, y al encantador aunque demasiado exaltado pequeño Efraím. Él era la única persona razonable de la casa y debía quedarse para protegerlos de las peores calamidades.

Josef pudo, al fin, retirarse. Traspuso la puerta coronada con el gran pámpano y al alejarse de aquella atmósfera asfixiante y del humo respiró con placer el aire fresco. Alexas lo acompañó un trecho.

—Ya veis —le dijo— cómo la locura se impone. Hace apenas ocho días mi padre era un adversario declarado de los macabeos. Al menos vos conservad el juicio, doctor Josef. Tenéis buenas relaciones, poned algunas en juego, pero ante todo conservad la serenidad. Vos sois una de nuestras mayores esperanzas. Deseo vivamente que seáis designado mañana en la Sala Cuadrangular para integrar el gobierno.

Josef pensó para sí: «Al parecer desea que yo resulte tan antipático como él». Al despedirse, Alexas agregó, en tono melancólico:

—Prefería que se nos hubiese ahorrado esta victoria.

Media hora antes del comienzo de la sesión Josef llegó a la Sala Cuadrangular, donde ya estaban reunidos casi todos los miembros de los organismos legislativos: los del Colegio de Sacerdotes, con sus vestimentas ceremoniales de color azul; los del Gran Consejo, de azul y blanco; de blanco y rojo los del Tribunal Supremo. Entre éstos destacaban Bar Giora y algunos de sus oficiales, portando sus armas.

Apenas hubo entrado Josef, su amigo Amrám corrió a su encuentro. En un principio entusiasta partidario de los «Leales a pesar de todo», se había alistado desde hacía algún tiempo con los «Vengadores de Israel». Desde que Josef obtuviera el perdón de los tres mártires, el afecto que le profesaba se había hecho más intenso.

Quería comunicar a su amigo una novedad que —no dudaba— le produciría gran impresión: los galileos del cuerpo franco habían interceptado a un correo romano portador de una carta muy significativa, cuyo contenido Simeón bar Giora le había dado a leer, por tenerle en gran estima. En ese mensaje, el jefe del estado mayor de Cestio, Paulino, informaba confidencialmente a uno de sus amigos sobre la derrota de la decimosegunda legión. «No hubo —escribía— ningún motivo razonable para la desdichada orden de retirada». Su jefe simplemente había perdido la cabeza, y la causa de esa crisis nerviosa —extraño y lamentable capricho del destino—, había sido un detalle insignificante: la muerte heroica de los enajenados ex presidiarios de Tibur. El anciano general había creído toda su vida en la razón, pero el absurdo sacrificio de los tres ancianos lo había desquiciado por completo. Era inútil empeñar un ejército regular contra ese pueblo de locos y fanáticos: por eso renunciaba a combatir contra ellos.

Al leer la carta, Josef sintió que se abrasaba bajo la toga sacerdotal, pese al frío día de noviembre. Se trataba de un magnífico testimonio. Se había preguntado muchas veces durante los últimos tiempos si aquel supuesto éxito que tuviera en Roma lo era realmente. Puesto que los romanos y los «Leales a pesar de todo» invocaban constantemente el indulto como testimonio de la clemencia de la administración imperial, parecían aprobar el frío juicio de Justo de Tiberíades. Pero esta noticia le confirmaba que su labor había sido fructífera. «En efecto, doctor Justo, mi conducta parecía absurda, pero ¿acaso no la justificaban, ya en aquel momento, los hechos que iban a sobrevenir?».

El Sumo Sacerdote Anán abrió la sesión. Su tarea no era fácil; él era el jefe visible de los «Leales a pesar de todo»; conducía el sector más conservador de los aristócratas, quienes, protegidos por el ejército romano, se habían negado a entablar cualquier negociación con los pequeños burgueses, campesinos y proletarios. Su padre y tres de sus hermanos sucesivamente habían ostentado el título de Sumo Sacerdote, suprema dignidad del Templo y del Estado. Espíritu claro, valiente y recto, parecía el hombre apto para llegar a acuerdos con los romanos. Su trayectoria pacifista acababa de sufrir un violento revés. La guerra era inevitable. En realidad ya había comenzado. ¿Qué diría o haría ahora el Sumo Sacerdote Anán? Se lo veía muy

erguido, con la expresión serena habitual, con sus vestiduras de color jacinto. No fue preciso que alzara la voz porque el silencio se producía inmediatamente en cuanto se ponía en pie para hablar. Era un hombre verdaderamente valioso. Comenzó como si no hubiese pasado nada.

—Estoy sorprendido de ver aquí a Simeón bar Giora. Me parece que el campo de batalla es el lugar más apropiado para un soldado. El futuro de este Templo y de la Tierra de Israel depende todavía, por el momento, del Colegio de los Sacerdotes, del gran Consejo y del Tribunal Supremo. Invito, pues, a Simeón bar Giora y a sus oficiales a retirarse.

De todas partes surgieron protestas. El comandante del cuerpo de francotiradores miraba a su alrededor como si no hubiese comprendido de qué se trataba, pero Anán continuó, con la misma voz, calma pero firme:

—Mas ya que Simeón bar Giora está aquí, deseo que me conteste a qué autoridades entregó el dinero tomado a los romanos.

Esta pregunta sobre un tema tan concreto animó a la asamblea. El oficial, cuyo rostro se había puesto carmesí, repuso secamente:

—El dinero está en manos del administrador jefe del Templo.

Todas las cabezas se volvieron hacia el joven y elegante doctor Eleazar, quien miraba con aire indiferente hacia delante. Simeón bar Giora se retiró después de un breve saludo.

Apenas hubo traspuesto el umbral, el doctor Eleazar estalló. Dijo que ninguna persona del pueblo podría jamás comprender por qué el Sumo Sacerdote había expulsado tan rudamente al héroe de Bet Jorón. «Los Vengadores de Israel» no estaban dispuestos a seguir soportando por más tiempo la vacua sensatez de esos señores. Pusilánimes, calculadores, mezquinos, siempre habían afirmado que era imposible resistir a las tropas romanas. «Y bien, ¿dónde estaba en aquel momento la decimosegunda legión?». Dios, visiblemente, se había puesto del lado de los que no quieren esperar más; había hecho un milagro...

—Roma tiene veintiséis legiones —interrumpió uno de los aristócratas más jóvenes—. ¿Creéis que Dios hará otros veinticinco milagros?

—¡No repitáis vuestras palabras fuera de estos muros! —exclamó Eleazar, con voz amenazadora—. Al pueblo no le agradan bromas tan lamentables. La situación impone una reorganización de los poderes públicos. Todos vosotros, los que no pertenecéis a los «Vengadores de Israel», seréis barridos de vuestros cargos si a Simeón bar Giora no se le ofrece un sitio en el gobierno de la defensa nacional, que deberá establecerse.

—No pienso ofrecer a Simeón un sitio en el gobierno —contestó el sacerdote Anán—. ¿Alguno de nuestros doctores y maestros piensa hacerlo?

Sus ojos grises recorrieron lentamente la asamblea. Bajo su solideo azul y dorado su semblante altivo parecía impasible. Nadie dijo una palabra.

—¿Qué pensáis hacer con los fondos que os ha entregado Bar Giora? —preguntó

Anán al jefe de la administración.

—Ese dinero —fue la respuesta— está destinado exclusivamente a la defensa nacional.

—¿Y a ninguna otra necesidad del gobierno?

—No conozco otros deberes.

—Gracias al osado golpe de mano de vuestro amigo, se han creado tales circunstancias que se nos obliga a renunciar a algunas de nuestras obligaciones en favor de la administración del Templo. Pero comprenderéis que si limitáis tanto nuestros deberes no podremos compartir nuestras atribuciones con vosotros.

—El pueblo —repitió obstinadamente el joven Eleazar— quiere un gobierno de defensa nacional.

—Tendrá un gobierno de ese género, pero temo que deba renunciar a la colaboración del doctor Eleazar ben Simeón. Hubo en Israel, en los tiempos difíciles —continuó el Sumo Sacerdote— gobiernos en los que no participaban financieros ni soldados, sino únicamente políticos y sacerdotes. No han sido éstos los peores gobiernos de nuestro pueblo.

Volviéndose a la asamblea, agregó:

—La ley confía al doctor Eleazar ben Simeón el control de los fondos de la administración el Templo. La caja del gobierno está vacía y los recursos del doctor Eleazar se han incrementado gracias al botín de Bet Jorón en diez millones de sestercios, por lo menos. ¿Sois vosotros de la opinión, doctores y maestros, que sea designado para un cargo de gobierno?

Muchos se levantaron de sus asientos, protestaron vivamente y le exigieron que moderase sus expresiones.

—No tengo nada que retirar ni agregar —dijo el Sumo Sacerdote, sin elevar la voz—. El dinero desempeña un papel importante en estos tiempos difíciles, pero considero que sería un error asociar al impetuoso doctor Eleazar con el gobierno. Los pros y los contras están expuestos con claridad. Pasemos a la votación.

—La votación es inútil —declaró Eleazar, pálido de ira—. Rehúso a participar de este gobierno. —Y abandonó la sala sin saludar a la silenciosa asamblea.

—No poseemos ni dinero ni soldados —se lamentó melancólicamente el doctor Janai, tesorero del Gran Consejo.

—Tenemos —observó el Sumo Sacerdote— a Dios, el derecho y la razón de nuestra parte.

Fue fijado el plan de acción del gobierno para las semanas siguientes. El Colegio de Sacerdotes, el Gran Consejo y el Tribunal Supremo, después de examinar minuciosamente la situación, concluyeron que no se estaba en guerra contra Roma. La sublevación había sido obra de algunos exaltados, y no se debía responsabilizar a las autoridades por ella. Dado el estado de cosas, el gobierno central judío de Jerusalén estaba obligado a movilizar sus fuerzas, pero respetaría el territorio sometido directamente a la administración romana —Samaria y el distrito de la costa

—, y prohibía formalmente todo acto que pudiese ser interpretado como una provocación. El programa podía resumirse en pocas palabras: la paz armada.

Era difícil rebelarse contra la lógica impecable de esos ancianos. Quedaba demostrado que, no obstante la victoria de Bet Jorón, los «Leales a pesar de todo» y los «Verdaderos creyentes» continuaban en el poder. Josef había acudido a la asamblea colmado de esperanzas pues creía que el gobierno sería reorganizado, y que a él le tocaría estar, a buen seguro, entre los grandes personajes siempre favorecidos aunque constantemente ávidos, por lo cual le caería en la boca un buen bocado. Faltándole mejores argumentos, su pasión le bastaba para justificarse. Pero llegado el momento comprobó que se perdían sus esperanzas como un vino que se filtrara de un odre agujereado. Sentía la cabeza vacía. En el camino hacia el Templo había pensado que tendría ocasión de decir algo importante y que le confiarían por ello un cargo de dirección. Ahora, en cambio, estaba convencido de que también ese día perdería una gran oportunidad, por lo que permanecería igual que estaba, en el escalón más bajo: el del advenedizo laborioso.

Para organizar la paz armada se resolvió el envío de dos comisarios del pueblo a cada distrito del país, con plenos poderes de decisión. Josef escuchaba indolentemente sentado, en la última fila. ¿Qué podría interesarle? Nadie pensaba ofrecerle uno de esos cargos. Se distribuyeron los destinados a la ciudad y al territorio de Jerusalén así como a los de Idumea, Tamna y Gofna. Restaba el distrito fronterizo del norte, la rica comarca agrícola de Galilea. En ese territorio los «Vengadores de Israel» contaban con el mayor número de adictos; de allí había partido el movimiento liberador, allí se encontraban las organizaciones de defensa más activas.

Se propuso al anciano doctor Janai, hombre prudente y pragmático, el mejor financiero del Gran Consejo. La iniciativa despertó a Josef de su apatía. ¿Cómo era posible que ese país magnífico, colmado de riquezas, con una población de talante sereno y reflexivo, una provincia orgullosa, difícil, compleja, fuera entregada al viejo Janai? Era un notable teórico, no le cabía duda, un economista experto, pero de ningún modo el hombre indicado para Galilea. Josef se incorporó a medias, e inclinándose hacia delante iba a gritar «¡no!», pero sus vecinos lo miraron, y no dijo nada. Era inútil. Se contentó con suspirar profundamente, como alguien a quien se impide decir lo que más ansía. Los que estaban a su lado sonrieron al ver la actitud del joven impulsivo. Hubo, sin embargo, otro asambleísta a quien no pasó inadvertido el gesto espontáneo, la inmediata resignación y la expresión taciturna que Josef adoptó finalmente. Unas pocas filas más adelante estaba sentado rabán Yojanán ben Zakai, director del centro de enseñanza del Templo, quien había visto a Josef casualmente pues acostumbraba permanecer durante el transcurso de las asambleas con los arrugados párpados entrecerrados. Este anciano de pequeño porte y rostro marchito era el supremo juez de Judea.

Mientras los asambleístas esperaban una nueva proposición, después del voto unánime en favor del comisario Janai, el anciano se puso de pie, con los ojos

asombrosamente claros y vivos brillando en su pequeño rostro apergaminado, y dijo:

—Propongo para segundo comisario de Galilea al doctor Josef ben Matatías.

Todas las miradas se volvieron hacia Josef, quien reaccionó con una calma sorprendente. Diez veces alternativamente había experimentado ese día la esperanza y la resignación; había disfrutado imaginando el éxito y luego sufrido con el desengaño. Por ese motivo no se conmovió al escuchar su nombre. Permaneció indiferente, como si se hubiera tratado de otra persona. La propuesta sorprendió a la asamblea ¿Por qué el mesurado y reflexivo doctor Yojanán ben Zakai, famoso legislador, patrocinaba a ese joven? Josef no se había distinguido hasta entonces en ningún cargo importante y, además, desde que, gracias al éxito de su gestión en el caso de los tres mártires, se granjeara la confianza de la multitud, era evidente que rondaba la Sala Azul. ¿Consideraba el doctor Yojanán ben Zakai oportuno hacer acompañar al anciano Janai por un hombre joven que contaba con las simpatías de los «Vengadores de Israel»? La combinación parecía conveniente, la idea buena. El ardor de los macabeos se enfría por lo general en cuanto se les da un cargo o se les confiere un honor. El doctor Josef sería, sin duda, más moderado en Galilea que en Roma y en Jerusalén, y la clara inteligencia del veterano teórico de las finanzas muy bien podría soportar la pequeña dosis de vino joven del vehemente Josef.

Éste, mientras tanto, ya había sacudido su apatía: ¿alguien había pronunciado su nombre? ¿Quién? ¡Yojanán ben Zakai, el famoso doctor! Cuando niño había sentido muchas veces sobre su cabeza la mano ligera de ese hombre bondadoso que le bendecía. En Roma supo que al anciano se lo consideraba uno de los hombres más sabios del mundo. Había obtenido su reputación sin esfuerzo, tan sólo por la gravitación de su personalidad. Su carácter apacible, libre de ambiciones, causaba el asombro de Josef; lo inquietaba, lo irritaba y molestaba y, por eso, evitaba en lo posible el encuentro con el doctor. Mas he aquí que Yojanán ben Zakai lo proponía como comisario del pueblo. Se sintió transportado cuando la asamblea ratificó su nombramiento. Puesto que los asambleístas que lo habían designado para el cargo eran sabios y honestos, él también lo sería. No iría a Galilea como un «Vengador de Israel»; se presentaría despojado de ambiciones, con el espíritu humilde y sereno, esperando confiadamente que acudiese a él la justa inspiración.

Se despidió del Sumo Sacerdote al mismo tiempo que del viejo Janai. Anán, aún de pie, estuvo frío y correcto, como siempre. Sus instrucciones fueron claras: Galilea estaba más expuesta que cualquier otra provincia; se trataba de mantener allí el orden, costara lo que costase. En caso dudoso, era preferible no hacer nada antes que adoptar extremismos comprometedores.

—Esperad las directivas de Jerusalén, y tened permanentemente los ojos fijos en ella. Galilea posee guardias cívicas capaces y vuestra tarea es hacer que se mantengan a disposición del gobierno central —dijo, dirigiéndose a Josef. Y agregó, mirándolo sin ninguna benevolencia:

—Se os ha confiado un puesto cargado de responsabilidades. Espero que no nos

hayamos engañado.

Josef escuchó cortés, casi humildemente, las recomendaciones del sacerdote, que no penetraron sin embargo más allá de sus oídos. Bien entendido que mientras estuviese en Jerusalén debería obedecerle, mas en cuanto hubiese franqueado las fronteras de Galilea, no sería responsable sino ante su propia conciencia.

Esa noche dijo Anán a Yojanán ben Zakai:

—¡Ojalá no nos hayamos apresurado demasiado, enviando a ese Josef ben Matatías a Galilea! Sólo conoce su propia ambición.

—Es posible —replicó Yojanán— que haya personas en quienes se pueda confiar más que en él. Pero creo que durante toda su vida trabajará, en última instancia, por nosotros.

El nuevo comisario Josef ben Matatías recorrió su provincia en todas direcciones. Ese año la estación de las lluvias se había presentado muy favorable, Yahvé había demostrado su bondad, las cisternas estaban colmadas, la nieve había cubierto las montañas de la Alta Galilea y los torrentes bajaban con gozoso murmullo. En la llanura, los campesinos encorvados sobre el suelo sentían el buen olor de la tierra. Efectivamente, ésa era una comarca rica, fértil, variada, con sus valles, colinas, montañas, el lago de Genezaret y el Jordán, y las doscientas ciudades al borde del mar. Un verdadero paraíso de atmósfera clara y deliciosa. A Josef se le ensanchaba el pecho: se estaban cumpliendo sus aspiraciones. Había llegado muy alto. Era magnífico saberse el amo de esa provincia. Quien, como él, llegaba al país provisto de plenos poderes, adquiriría seguramente y para siempre un gran renombre, salvo que fuera un perfecto incapaz.

Sin embargo, al cabo de poco tiempo, comenzó a atormentarle un profundo malestar, que fue en continuo aumento. Estudiaba los expedientes, revisaba los archivos, hacía llamar a los jefes de distrito, negociaba con los alcaldes, los sacerdotes, los directores de las sinagogas y de las escuelas. Trataba de organizar, daba instrucciones que eran seguidas al pie de la letra y se le obedecía con cortesía, pero sentía claramente que todo se hacía sin convicción, que sus medidas quedaban sin efecto. Las cosas no se veían en Galilea a la misma luz que en Jerusalén. Incesantemente llegaban a la capital protestas airadas por los impuestos que oprimían al país, pero los funcionarios se encogían de hombros, replicaban mostrándoles los resultados de sus propios cálculos y se burlaban de las quejas de Galilea, que no eran otra cosa para ellos que lamentos repetidos. Y, protegidos por las armas romanas, aumentaban aún más los impuestos. Apretando los labios, Josef comparaba la realidad de Galilea con los datos que se exhibían en la capital. Comprueba amargamente que las protestas de esos agricultores, pescadores, artesanos, obreros de los puertos y de las fábricas, estaban justificadas por una triste realidad. El país era una bendición, sin duda, pero las uvas no maduraban para ellos. La riqueza de la

región iba a parar a manos de los romanos de Cesarea y el aceite se fabricaba para el consumo de los grandes personajes de Jerusalén.

Además, pesaba sobre Galilea el impuesto territorial (sobre la cosecha del trigo, el tercio; sobre el vino y el aceite, la mitad; sobre las frutas, el cuarto); el diezmo para el Templo, la contribución personal anual, asimismo para el Templo, y el impuesto de las peregrinaciones, sin contar las tasas sobre las ventas, las gabelas, los peajes en rutas y puentes. Por todas partes, impuestos. Las protestas iban dirigidas sobre todo contra su colega Janai, cuya jurisdicción abarcaba los asuntos financieros. Josef no podía reprochar sinceramente a los habitantes de Galilea que recelasen de los doctores de la Sala Cuadrangular. Éstos, basándose en una interpretación hábil y enrevesada de las Escrituras, les escamoteaban lo mejor de sus riquezas, por lo que tampoco le sorprendía que esa desconfianza se extendiese también a su persona, por ser su representante en el país. Había aprendido en Roma y en Jerusalén que a los descontentos se les puede manipular con pequeñas concesiones, con buenas palabras, con promesas solemnes y con honores de poca monta; sin embargo, creía que ningún procedimiento de esa naturaleza tendría éxito en Galilea. En Jerusalén se hablaba de los galileos con altivo desdén: eran considerados labriegos, provincianos incultos, sin refinamiento, pero Josef, desde las primeras semanas, renunció a esa falsa superioridad: ciertamente, la gente del lugar no obedecía al pie de la letra las órdenes que se le impartían y poco significaba para ellos la sabia interpretación de las Escrituras. A cambio, eran extraordinariamente estrictos y fervorosos. Rechazaban vivamente cualquier conformidad con el estado de cosas. El Estado y la vida, según ellos, debían cambiar radicalmente: sólo entonces podrían hacerse realidad las palabras de las Escrituras. Todos conocían de memoria el libro del profeta Isaías; los pastores hablaban de la paz eterna; y los obreros de los puertos, del Reino de Dios en la tierra. Poco tiempo atrás un tejedor había corregido a Josef la cita inexacta de un versículo de Ezequiel. Por su aspecto exterior se los juzgaba lentos, un poco torpes y pasivos, pero en realidad poseían gran energía y estaban dispuestos a todo. Josef supo inmediatamente que éstos eran los hombres que necesitaba. Su fe ruda y poco elaborada constituía una base más firme que la erudición y el refinado escepticismo reinante en Jerusalén, para un hombre de acción que quisiera realizar una gran empresa. Se esforzó empeñosamente en hacerse comprender por los galileos: no estaba allí para favorecer a Jerusalén sino para favorecerlos a ellos. El anciano doctor Janai lo dejaba hacer, no se interponía en su camino. Parecía no interesarle nada que no fuera la administración de las finanzas. Se había instalado con una enorme mesa llena de documentos en Séforis, la indolente y apacible capital de la provincia, y reorganizaba la contabilidad jovialmente, pero con su característica tenacidad e intransigencia. Todo lo demás lo dejaba en manos de su joven gobernador. Sin embargo, aun pudiendo hacer o deshacer a su arbitrio, Josef no aventuraba ningún paso. Renunció a su orgullo intelectual, a su arrogancia de aristócrata y de sacerdote. Conversaba con los pescadores, los canteros, los labriegos y artesanos a los que

consideraba sus iguales. Por su parte, ellos se mostraban amables y halagados, pero sus palabras y sus actitudes dejaban traslucir una íntima reserva.

En Galilea había otros jefes pero Josef prefería ignorarlos y evitar su trato, aunque conocía muy bien sus nombres. Eran los comandantes de las guardias civiles, no reconocidos por Jerusalén. Uno de ellos era el jefe de los campesinos, Juan de Giscala, y el otro se llamaba Sapita de Tiberíades. Veía brillo en los ojos cuando se pronunciaban sus nombres; le habría gustado conocerlos, oírles el relato de las primeras etapas de su vida. Sentía que le faltaba experiencia, condiciones, ideas. Poseía un cargo y un título, quizá también el poder, pero la fuerza estaba en otras manos. Hacía cinco semanas que se encontraba en Galilea y no había avanzado aún un solo paso.

Una de esas tardes de invierno, Josef paseaba por las calles de la pequeña ciudad de Cafarnaúm, activo centro de los Vengadores. Sobre el techo de una casa humilde, un poco abandonada, había sido colocada una bandera, en la que el posadero anunciaba el vino nuevo que acababa de recibir. Josef había visto a los galileos participar en asambleas, sesiones de comités, sinagogas y casas de enseñanza. ¿Por qué no verlos también bebiendo vino?

La habitación era baja, miserable, calentada precariamente por un simple brasero donde se quemaba estiércol. Cubiertos por el humo maloliente, Josef atisbó a más de una docena de hombres, que alzaron los ojos, sorprendidos al ver entrar a un personaje bien vestido, y lo examinaron con reserva pero sin hostilidad. El posadero se adelantó a su encuentro, le preguntó qué deseaba servirse y le explicó que venía muy oportunamente pues un mercader que acababa de pasar con su caravana se había hecho servir una comida opípara, y quedaba todavía un trozo de pollo guisado en leche. Estaba rigurosamente prohibido comer carne mezclada con leche, pero los labriegos de Galilea no consideraban carne la de las aves y no querían renunciar a su costumbre de guisarla en leche. Se hicieron algunas bromas amables cuando Josef rechazó ese plato delicado, y le preguntaron quién era y dónde se alojaba, pues su acento lo revelaba como habitante de Jerusalén. Josef respondió amistosamente pero con vaguedad. No sabía si lo habían reconocido.

El posadero se sentó a su lado con el propósito de entablar conversación. Se llamaba Teófilo, pero actualmente se hacía llamar «Giora, el extranjero», pues era un simpatizante del judaísmo y tenía intención de convertirse. La población de Galilea contaba con muchos incircuncisos, entre los cuales muchos se sentían atraídos por Yahvé, el Dios invisible. Conforme a las prescripciones, los doctores habían disuadido a Teófilo-Giora de convertirse, pues no siendo judío no ponía su alma en peligro al no observar los seiscientos trece mandamientos; pero una vez comprometido a seguirlos, su alma se vería en grave riesgo si no obedecía la Ley, que era difícil y rigurosa. Por eso permanecía aún incircunciso.

Los demás, curiosos por la presencia de un señor de Jerusalén, comenzaron con algunos reparos y cierta torpeza a hablar de lo que significaba su principal preocupación: la dura mano del gobierno. El carpintero Calafta acababa de vender su último viñedo. Contó que solía traer cabras de Transjordania y, como los romanos exigían unos impuestos de aduana excesivamente altos, había tratado de hacerlas pasar de contrabando, pero lo capturaron los guardias. Procédase como se proceda, los aduaneros son siempre una calamidad. ¡Ay del que muestra su mercancía y ay del que no la muestra! Siendo ésta la segunda vez que lo sorprendían lo obligaron a pagar una multa diez veces mayor que la tarifa, por lo que tuvo que vender su viña. El inspector de los mercados de Magdala, por su parte, había confiscado el tercer telar del tejedor Azarías, por retardo en el pago de las contribuciones. Todo el mundo parecía arruinado en ese país rico, todos vivían miserablemente. Había muchas aves de granja en Galilea y la leche de cabra era barata; sin embargo, se relamían de gusto cuando el posadero Giora hablaba de sus pollos guisados en leche, pues probaban ese manjar sólo en los días de fiesta. Se mataban trabajando pero no conseguían llenar el propio estómago sino sólo colmar las tripas de Cesarea y de Jerusalén. Los tiempos eran muy duros.

¿Habría llegado la hora? El agitador Yehuda así lo había anunciado en Galilea y había fundado el partido de los «Vengadores de Israel», pero los romanos lo crucificaron, pero su hijo Nahúm recorría el país y proclamaba la buena nueva. También había aparecido un profeta, Teudas, que después de hacer algunos milagros, había partido hacia Jerusalén, anunciando que separaría las aguas del Jordán. Mas los romanos lo ejecutaron como a su antecesor, con el consentimiento del Gran Consejo.

El aceitunero Taradjon opinaba que ese profeta había sido, en realidad, un charlatán. El carpintero Calafta meneó lentamente la cabeza.

—¿Charlatán? ¿Charlatán? Quizá no haya dividido realmente el Jordán en dos, pero eso no prueba que haya sido un farsante. En todo caso era un precursor. ¿Cuándo habrán de cumplirse los tiempos, si no es ahora que Gog y Magog reaparecen para lanzarse sobre Israel, como está escrito en Ezequiel y el Targúm Jonatán?

El tejedor Azarías hizo notar sutilmente:

—Ese Teudas no podía de seguro ser el Mesías, pues, por lo que he oído decir era egipcio, y no es posible que un egipcio sea el Salvador.

El vino era bueno y abundante. Los hombres olvidaron al señor de Jerusalén, y envueltos en la humareda fétida hablaron con calma, pasión y respeto del Mesías que vendría bien ese día o bien el siguiente pero, seguramente, ese año. «Es verdad que el Mesías podría ser egipcio» —sostenía obstinadamente Calafta, el carpintero. «¿No está escrito en efecto que vendrá un rastrillo que barrerá la podredumbre de Israel y del mundo entero? ¿Es que acaso ese rastrillo no es el Mesías? Siendo así, ¿enviaría Yahvé a un judío para que castigase a los judíos, o preferiría mandar a un incircunciso? ¿Por qué el Mesías no habría de ser incircunciso?».

Pero el tendero Tarfón farfulló en su confuso, torpe dialecto:

—¡Ah sí, seguro que será un judío...! El doctor Dosa ben Natán asegura que congregará a todos los dispersos y que en poco tiempo ¡ay!, será muerto y quedará sin sepultura en las calles de Jerusalén y su nombre será Mesías ben Josef ¿No es así? ¿Y cómo puede un no judío llamarse Mesías ben Josef?

En aquel momento intervino el posadero Teófilo-Giora en defensa del carpintero Calafta. Le contrariaba la idea de que un extranjero no pudiese ser el Mesías. Con expresión sombría y terca afirmó:

—Sólo un no judío será el Salvador. ¿No dicen las Escrituras que enrollará el cielo como un pergamino y que entonces tendrá lugar el castigo, y la gran matanza, y el fuego arrasará la ciudad criminal?

Muchos dijeron estar de acuerdo con lo que decía, otros se opusieron, pero todos estaban igualmente excitados. Con lentitud, en tono grave, trataban apasionadamente de convencerse los unos a los otros, discutiendo fervorosos las predicciones, oscuras y contradictorias. Esos galileos creían firmemente en el Salvador, sólo que cada uno se formaba de él una imagen diferente, y cada uno defendía la suya, la veía con los ojos del alma como si fuese real, y estaba persuadido de tener razón y de que el error estaba en el contrario. Todos buscaban con pasión apoyarse en citas de la Biblia.

Josef los escuchaba absorto. Aunque su vista y su olfato eran muy sensibles, no hacía caso del humo infecto y picante. Reflexionaba sobre aquellos hombres que estrujaban sus mentes rudas. Extraían sus argumentos de lo más hondo de su pensamiento y a duras penas podían darles forma verbal. Tiempo atrás, cuando vivía en el desierto con el eremita Banus, se había dejado envolver por los mensajes salvíficos de los profetas; los había respirado constantemente con el aire que henchía sus pulmones. Pero al llegar a Jerusalén esas promesas se diluyeron y de todos los versículos de las Escrituras, los que hablaban de un Salvador se habían convertido para él en los más inconsistentes, los más incomprensibles. Los doctores de la Sala Cuadrangular no toleraban que se aplicasen esas profecías al presente; muchos eran de la opinión de Hilel, el gran maestro de la ley, y sostenían que el Mesías ya había aparecido encarnado en el rey Ezequías; eliminaban por tanto de los dieciocho rezos el que se refería a la venida del Salvador. Cuando Josef interrogaba su espíritu, comprobaba que la esperanza en un Redentor no tenía lugar en sus pensamientos ni en sus acciones desde hacía mucho tiempo. Con todo, esa tarde en la posada tenebrosa y cargada de humo, la esperanza del Mesías volvió a cobrar substancia; se hizo dicha y tormento, la piedra angular de toda su existencia. Era todo oídos y emoción escuchando a esos hombres, y la visión de esos seres sencillos, de esos tejedores, tenderos, carpinteros y aceituneros, le parecieron más importantes que los sutiles comentarios de los doctores de Jerusalén. ¿El Salvador traería la rama de olivo o la espada? Comprendía que creciese la indignación de esa pobre gente contra los críticos de su inquebrantable fe y que, ingenuamente, profiriesen amenazas cada vez más violentas.

La discusión llegó a tal punto de apasionamiento que el carpintero Calafta intentó

abofetear al tendero Tarfón, pero uno de los más jóvenes exclamó de pronto, vivamente, aunque reprimiendo la fuerza de su voz:

—Basta ya, esperad, él ve.

Todas las miradas se volvieron hacia el brasero, junto al que descansaba un hombre contrahecho de tez macilenta, enjuto y, por lo que parecía, miope. Hasta entonces apenas había abierto la boca. Mas ahora parpadeaba con dificultad a causa del humo y entrecerraba los ojos, como si quisiera divisar algo en la lejanía. Y volvía a abrirlos y a parpadear otra vez.

Lo interpelaron:

—¿Veis algo, Akavia? Dinos qué veis.

El zapatero Akavia repuso con inconfundible y marcado acento dialectal, esforzándose continuamente por ver mejor y enronquecido por el humo y el vino:

—Sí, lo veo.

—¿Qué aspecto tiene?

—No es grande —dijo el vidente—, pero es robusto.

—¿Es judío?

—No lo creo. No tiene barba, pero ¿quién puede descubrir en un rostro si es el de un judío o no?

—¿Está armado?

—No veo la espada, aunque creo que lleva una coraza.

—¿Qué lengua habla? —preguntó Josef.

—Mueve los labios, pero no oigo. Creo que está riendo —agregó gravemente.

—¿Cómo puede reírse si es el Mesías? —preguntó el carpintero, decepcionado. Y el vidente repuso:

—Ríe, pero es terrible.

Después se restregó los ojos y afirmó que no veía nada más. Se había fatigado y, como estaba hambriento, rezongó sin parar, bebió mucho vino y pidió también un poco de pollo. El posadero informó a Josef acerca del zapatero Akavia. Aunque era muy pobre iba cada año en peregrinación a Jerusalén para llevar su cordero al Templo. No se le permitía entrar en los patios interiores porque estaba enfermo. Pero se sentía profundamente ligado al Templo, le consagraba cuanto se lo permitían sus medios, y conocía los espacios para él prohibidos mejor que muchos que habían penetrado en ellos. Tal vez fuese precisamente porque no le estaba permitido visitarlos que Yahvé le otorgaba otras visiones.

Los hombres se quedaron todavía bastante tiempo juntos pero no hablaron más del Redentor. Comentaron cuánto había aumentado el número de seguidores de los macabeos, cómo eran su organización y sus armas. El día del combate llegaría pronto. Akavia, que se había animado, se burló del posadero incircunciso, y le dijo que ese día estaría también él obligado a creer en la gran purificación. Después volvieron a dirigirse al hombre de Jerusalén y bromearon con él pesadamente pero sin malicia. Josef lo tomó a bien y participó en su juerga. Finalmente le pidieron que

fuese su huésped y comiese con ellos el pollo guisado en leche. El zapatero Akavia, el vidente, insistió más que los otros. Terca, obstinadamente, lloriqueaba:

—Comed, hombre, comed.

Josef se había preocupado bastante poco en Roma de seguir los preceptos. En Jerusalén, por el contrario, se había mostrado estrictamente ortodoxo. Mas estaba en Galilea: vaciló un momento, y se puso a comer.

El cuartel general de Josef había sido establecido en la ciudad de Magdala, villa amplia y acogedora a orillas del lago de Genezaret. Cuando paseaba en barco por el lago veía, hacia el sur, blanca y soberbia, la más hermosa ciudad del país, que no pertenecía a esa provincia sino al gobierno del rey Agripa: Tiberíades. Allí residía Justo, a quien el rey había nombrado gobernador. La ciudad no era fácil de administrar, más de la tercera parte de los habitantes eran griegos y romanos favorecidos por el rey, pero el doctor Justo indiscutiblemente sabía mantener el orden. Cuando Josef llegó a Galilea retribuyó su visita de cortesía pero no pronunció una sola palabra sobre política. Manifiestamente no se tomaba muy en serio la autoridad que le fuera concedida a Josef en Jerusalén, cosa que a éste afectaba mucho y le hacía desear ardientemente una oportunidad para demostrarle la efectividad de su poder.

Sobre la altura que dominaba Tiberíades se levantaba, enorme y majestuoso, el palacio de Agripa, donde residía Justo. En la ribera se veían hermosas villas y tiendas. Pero también había muchos pobres en Tiberíades, pescadores y barqueros, cargadores y obreros de la industria. Griegos y romanos componían la clase rica y los judíos la de los proletarios. El trabajo era duro, los impuestos elevados. En la ciudad los pobres sentían más cruelmente que en el campo sus carencias. Ése era el motivo de que hubiera tantos descontentos en Tiberíades. En las tabernas se escuchaban comentarios hostiles contra los romanos y contra el rey Agripa, respaldado por el imperio. Lideraba a los descontentos el célebre Sapita, secretario de la corporación de pescadores, quien en sus arengas citaba a menudo a Isaías: «¡Ay de los que juntan casa con casa y allegan heredad a heredad!». Justo se había esforzado por todos los medios en reprimir el movimiento, pero su poder concluía en los límites del territorio de la ciudad y no podía impedir que la guardia cívica de Sapita encontrase puntos de apoyo en el resto de Galilea, desde donde le llegaban refuerzos cada vez más numerosos.

Josef comprobaba sin disgusto el aumento de partidarios de Sapita y la extensión de sus facciones por todo el territorio, incluso hasta la región sometida a la autoridad del gobierno de Jerusalén. La gente de Sapita exigía a las comunas dependientes de Josef contribuciones para la causa nacional. Si éstas rehusaban, organizaba incursiones de castigo que adquirirían lamentables proporciones de rapiña y pillaje. La policía de Josef intervenía rara vez y sus tribunales trataban a los responsables con

indulgencia.

Se sintió feliz cuando un día recibió la visita de Sapita. Galilea comenzaba a tenerle confianza. Acudían a él. Comprendió que no tendría que esperar demasiado para obligar al arrogante Justo a abandonar su reserva, pero prudentemente ocultó su satisfacción y observó detenidamente al jefe rebelde. Éste era vigoroso aunque enjuto y lo caracterizaba la peculiaridad de tener un hombro más bajo que el otro. La barba rala terminaba en dos puntas y los ojos eran pequeños y ardientes. Josef conversó y negoció con él con palabras sobreentendidas. Era más fácil hablar con Sapita que con Justo. No se estipuló nada por escrito, pero cuando terminó la reunión ambos sabían que habían sellado un acuerdo más efectivo que un tratado explícito. Desde ese momento los hombres de Sapita que no se sintieran seguros en Tiberíades podían refugiarse confiadamente en la provincia de Josef, donde serían tratados consideradamente. Por la otra parte, Josef ya no tendría que empeñarse en arrancar al doctor Janai el dinero necesario para su fondo de guerra: lo que le negara ese ladrón, Sapita se lo suministraría.

Y así fue. Josef tenía ahora a Justo tan en sus manos que podía obligarlo a discutir el tema político. En un informe dirigido a Jerusalén, Justo rogó insistentemente a los miembros del gobierno que no siguieran saboteando sus esfuerzos por destruir las bandas armadas de Galilea. El anciano doctor Janai hizo algunas preguntas embarazosas a Josef pero éste fingió sorprenderse, y opinó que Justo sufría de alucinaciones. Cuando quedó solo sonrió satisfecho. La lucha lo animaba.

Fue convenida una explicación verbal entre Justo y él. En compañía del viejo Janai y montado en su hermoso caballo árabe «Flecha», cabalgó a través de las calles bien cuidadas de Tiberíades, seguido por las miradas perplejas de sus habitantes. Sabiéndose apuesto, adoptó un aire indiferente y un poco altanero. Ascendieron la colina con dirección al palacio de Agripa. Blanca y soberbia se alzaba a la entrada la estatua del emperador Tiberio, que había dado su nombre a la ciudad. Los nichos de la fachada también albergaban estatuas. Josef se indignó. Si bien no era demasiado fiel a las tradiciones, su pensamiento estaba impregnado del Dios invisible, y se estremecía en lo más hondo de su ser cuando en el país de Yahvé se veían imágenes prohibidas. Sólo Dios creador podía plasmar las formas y, aunque al hombre le había sido permitido darles un nombre, pretender esculpir las formas era pretensión criminal. Esas estatuas ultrajaban al Dios invisible. El ligero malestar, el sentimiento de estar cometiendo una falta, que le había incomodado al emprender el viaje, desapareció dando paso a una intensa emoción. Se sintió superior a su rival; Justo ejercía una política pusilánime, en cambio él venía como soldado de Yahvé.

Justo, nada inclinado a las solemnidades, se esmeró en quitar a la conversación cualquier carácter oficial. Almorzaron los tres, reclinados frente a frente. Justo habló al comienzo en griego; después, por cortesía, se expresó en arameo, aunque era evidente que esa lengua le era menos familiar. Poco a poco empezaron a hablar de política. El doctor Janai se mostró conformista y jovial como siempre. Josef defendió

su propia táctica con un entusiasmo tal vez excesivo.

—Para impedir, precisamente, que los partidarios de la guerra se embarquen en alguna aventura peligrosa, hay que hacerles concesiones.

—¿Queréis decir que se debe activar la paz? —preguntó Justo con desagradable ironía—. No puedo menos que asegurar al autor del *Libro de los Macabeos* que, en la práctica, la política de los macabeos, cualquiera que sea su objetivo, me parece hoy día equivocada.

—¿Pero es que los más radicales de los macabeos no viven aquí en Tiberíades? —preguntó suavemente el doctor Janai.

—Por desgracia —confesó con franqueza Justo— no tengo poder para poner a Sapita en prisión. Señores, vosotros podríais hacerlo pero, como ya os he escrito, es precisamente la indulgencia de vuestros tribunales la que me concede tantos «Vengadores de Israel».

—El asunto no es para nosotros tan simple —se excusó el doctor Janai—. Después de todo no se trata de vulgares bandidos.

—Esa gente —intervino Josef— se basa en la autoridad del texto de Isaías. Creen —agregó firmemente, en tono agresivo— que los tiempos han llegado y que el Mesías aparecerá en poco tiempo.

—Isaías ha dicho —repuso Justo sin elevar la voz pero evidentemente irritado—: «Permaneced serenos frente al poder, permaneced serenos y tened confianza». He aquí la enseñanza de Isaías.

La cita exasperó a Josef. ¿Quería enseñarle las Escrituras?

—El foco del desorden es Tiberíades —dijo secamente.

—El foco del desorden es Magdala, doctor Josef —replicó Justo, en tono cortés—. Cuando vuestros tribunales absuelven a mis ladrones, yo no puedo hacer nada contra ellos. Pero si vos continuáis enriqueciendo vuestro tesoro de guerra con el producto de esos robos, doctor Josef —continuó imperturbablemente cortés— no respondo de que mi rey no vaya algún día a recuperar sus contribuciones por la fuerza.

El doctor Janai se sobresaltó.

—Doctor Josef, ¿guardáis dinero de Sapita en vuestra caja?

Josef estaba furioso. Ese maldito Justo debía poseer un notable servicio de espionaje, pues los envíos de fondos habían sido ocultados de mil maneras distintas. Tuvo que contestar que le había llegado dinero de Tiberíades para las guardias cívicas de Galilea, pero que no creía que proviniese del botín de la banda de Sapita.

—Creedme —explicó Justo amistosamente—, es de allí de donde procede. Os ruego encarecidamente que no ayudéis a la chusma. Considero incompatible con los deberes de mi cargo seguir permitiendo que llevéis a Tiberíades a una situación subversiva.

Aunque su tono fue tan cortés como al principio, sólo por el hecho de volver a hablar en griego reveló su exasperación. En cuanto al anciano Janai, su indiferencia

se había hecho humo.

Bruscamente se puso de pie y, gesticulando, gritó a Josef:

—¿Tenéis dinero de Sapita? ¿Lo tenéis? —Sin esperar respuesta, declaró a Justo —: Si se comprueba que los fondos nos han llegado de Tiberíades, os serán restituidos, os lo prometo.

Apenas alejados de la ciudad, los dos comisarios se separaron.

—Os recuerdo —dijo Janai en tono glacial— que no estáis en Magdala como Vengador de Israel, sino como comisario de Jerusalén. ¡Os prohíbo extravagancias o aventuras pintorescas! —gritó.

Pálido de ira, Josef no sabía qué responder: ahora veía claramente que había sobreestimado su fuerza. Ese doctor Janai tenía olfato y distinguía lo que era sólido de lo que no lo era. Que se atreviera a sermonearle como a un pequeño escolar le demostraba que su situación no era muy firme. Habría debido seguir contemporizando sin dejarse arrastrar a una lucha contra Justo. Jerusalén lo destruiría en la primera ocasión, y Justo tendría en los labios la infame sonrisa que Josef conocía muy bien.

No, eso no ocurriría, Josef sabría impedirselo. ¿Qué sabía Justo de Galilea? En cambio, él había ganado experiencia. Ya no temía a los jefes galileos ni se sentía incómodo en su presencia. Sapita había venido a verlo espontáneamente; y en cuanto al otro, a Juan de Giscala, lo mandaría llamar. Y no sería Jerusalén, sino el triunvirato Juan, Sapita y Josef el que ejercería la verdadera autoridad en el país. Que los calificasen entonces de bandidos, de chusma, de lo que quisieran. No iba a renunciar de ningún modo a su acuerdo con Sapita. Por el contrario, agruparía a todas las organizaciones armadas, reconocidas o no, bajo la autoridad del gobierno de Jerusalén, no en calidad de comisario de Jerusalén, sino como jefe supremo de los Vengadores.

Juan de Giscala, comandante de la bien equipada milicia de Galilea, se sintió muy satisfecho cuando Josef lo hizo llamar. En los alrededores de su aldea natal, el pequeño poblado montañoso de Giscala —en realidad había sido inscripto al nacer con el nombre de Juan ben Leví—, poseía una pequeña y modesta propiedad, donde cultivaba sobre todo olivares e higueras. Bastante grueso, algo lento, bien parecido y hábil, era el hombre adecuado para conquistar el corazón de los galileos. Durante la expedición de Cestio había organizado la guerra de guerrillas en la Alta Galilea, que actuó eficaz y encarnizadamente contra los romanos. Se movía constantemente de un lado al otro del país y conocía todos sus rincones. Cuando Juan llegó a su encuentro, Josef no pudo comprender por qué no se le había ocurrido antes ponerse en contacto con él. Era pequeño de estatura pero fuerte, moreno, ancho de espaldas. Su barba corta terminaba en punta, la nariz era aplastada y los ojos grises y maliciosos. A pesar de su demostrada astucia su aspecto era cordial y franco.

Hizo inmediatamente una proposición inequívoca. El rey Agripa tenía almacenadas en todo el país grandes cantidades de trigo, destinado sin ninguna duda a los romanos. Juan quería requisar ese cereal para sus guardias cívicas, medida de emergencia para la que solicitaba el consentimiento de Josef. Por influencia de los potentados y de los aristócratas, Jerusalén —se lamentó—, desaprobaba cualquier trato que se estableciera con sus milicias. Tenía la impresión de que Josef era distinto de los cobardes doctores del Templo.

—Vos, doctor Josef —le dijo—, estáis en el fondo de vuestro corazón con los «Vengadores de Israel». Esto se huele a tres leguas de distancia. Yo os entregaría a mis hombres de buena gana —agregó con sinceridad, y le entregó una relación exacta de su organización, que comprendía a 18.000 soldados. Josef autorizó la requisa del trigo.

No temía las repercusiones que provocaría la medida. Pensaba que si aprovechaba sin vacilaciones sus atribuciones, si tomaba en sus manos la verdadera autoridad sobre Galilea, Jerusalén no se atrevería a destituirlo. Y si llegaba el caso, podría impedir que lo destituyeran. Animado y feliz se dispuso a esperar los acontecimientos.

También Juan de Giscala se hallaba satisfecho de su conversación con Josef. Era un hombre osado y no le faltaba ingenio para argüir pretextos. Toda Galilea sabía que era él quien requisaba las provisiones del rey Agripa, pero Juan lo negaba; sólo decía que el comisario de Jerusalén había dado cierta orden. Pasaba tranquilamente al territorio enemigo de Tiberíades, aduciendo que intentaba aliviar su reuma en las fuentes termales de la ciudad. Si Justo se hubiese atrevido a poner la mano sobre él, sus hombres, bien lo sabía, habrían invadido Tiberíades. A Justo todo esto le producía cierta gracia; por más peligrosos que le pareciesen los manejos de ese jefe de campesinos, su modo de hacer las cosas le agradaba.

Sin embargo, envió a Jerusalén y a Séforis una carta cargada de indignación. Fuera de sí, sofocado por la furia, el anciano Janai se presentó ante Josef: era necesario devolver inmediatamente el trigo. Josef recibió con mucha cortesía a su airado colega. Por desgracia le era imposible restituir el cereal: lo había revendido. Janai debió retirarse sin obtener nada, mientras Josef se encogía amablemente de hombros. Sólo obtuvo una mínima satisfacción: Josef había enviado a Jerusalén una buena parte del dinero obtenido con la venta.

En la ciudad de Tiberíades, uno de los temas de agitación preferido por los «Vengadores de Israel» era la crítica a la escasa devoción de la clase alta y su tendencia a asimilarse a romanos y griegos. Cuando Sapita volvió a encontrarse con Josef éste le manifestó la íntima indignación que había sentido al contemplar las estatuas que descaradamente se exhibían delante del palacio del rey. El labriego cetrino y enjuto levantó un hombro, dirigió los pequeños ojos al cielo, los volvió a

bajar y tiró nerviosamente de una de las puntas de su barba. Para provocarlo un poco más, Josef citó al profeta: «El becerro está en el país, Yahvé lo extravía. Es la mano del hombre quien lo ha hecho, ése no puede ser un dios». Aguardó a que Sapita acabase la cita famosa: «En consecuencia, el becerro debe ser reducido a polvo». Pero Sapita se limitó a sonreír, pasó por alto la sentencia y, suavemente, como si lo dijera para sí más que para que ser escuchado por Josef, continuó: «Siembran vientos y recogerán tempestades». Después agregó en tono de hombre pragmático:

—Hemos protestado siempre contra ese escándalo criminal. Estaríamos muy agradecidos al comisario de Jerusalén si quisiera intervenir ante las autoridades de Tiberíades para que le pongan fin.

Sapita no era tan franco como Juan de Giscala, pero sus discretas alusiones parecían confiables: «Quien siembra vientos recogerá tempestades». Sin consultar previamente al doctor Janai, Josef pidió a Justo una segunda entrevista.

Esta vez fue a Tiberíades sin gran cortejo, con un solo criado. Justo lo saludó a la romana, el brazo extendido y la mano abierta; después dejó caer el brazo con una sonrisa, como si pidiera disculpas, y pronunció la palabra hebrea de bienvenida: «Paz». Se sentaron uno frente al otro, sin que les incomodase la presencia de una tercera persona; cada uno perfectamente informado acerca de su interlocutor y los dos unidos por una cordial enemistad. Ambos habían ascendido bastante desde aquel lejano primer encuentro en Roma; ejercían poder sobre los hombres y sus destinos; habían madurado y sus rasgos se habían endurecido, pero seguían pareciéndose. Josef con su pálida tez morena, Justo con su piel morena y amarillenta.

—En nuestra última conversación —dijo Josef—, vos habéis citado al profeta Isaías.

—Sí —replicó Justo—, Isaías enseña que la pequeña Judea no debe correr el albur de una guerra contra su todopoderoso adversario.

—Eso enseñaba, pero al final de su vida tuvo que refugiarse en un cedro hueco y fue aserrado junto con el árbol.

—Más vale que perezca un hombre antes que sucumba todo el país. ¿Adónde queréis llegar, doctor Josef? Me esfuerzo por descubrir una relación razonable entre vuestros actos. Pero, o soy demasiado estúpido para comprenderos, o vos tenéis un solo fin: que Judea declare la guerra a Roma bajo la dirección del nuevo macabeo Josef ben Matatías.

Josef se contuvo. Le disgustaba, desde hacía largo tiempo, esta idea fija de Justo, quien lo consideraba un instigador de conflictos armados. No era exacto, no quería la guerra, sólo que no la rehuiría, llegado el caso. Por lo demás, consideraba falsa la táctica de Justo, aún encarada desde su punto de vista. Hablar sin cesar de la paz conducía tan fatalmente a la guerra como tener la guerra siempre a flor de labios. Por el contrario, opinaba que había que eliminar los pretextos que pudieran provocarla, ofreciendo oportunas concesiones.

—¿No es esto lo que hacemos en Tiberíades? —preguntó Justo.

—No —repuso Josef.

—Os escucho —dijo Justo cortésmente.

—En Tiberíades vosotros poseéis, por ejemplo, este palacio real con sus estatuas representando a hombres y a animales, lo que constituye para toda la provincia un permanente escándalo, una continua provocación a la guerra.

Justo rió francamente.

—¿Es para decirme estas cosas que habéis venido a verme?

Josef concentró en su voz todo su resentimiento contra las esculturas impúdicas, y repuso:

—Sí.

Justo le rogó entonces que lo siguiera, y le hizo recorrer el palacio, que estaba considerado el más hermoso de Galilea. Lo condujo a través de salas, patios, vestíbulos y jardines. Había, en efecto, esculturas en todas partes; habían brotado las estatuas como si fuesen plantas. El rey Agripa y sus dos predecesores, con mucha dedicación, con mucho dinero y buen gusto habían reunido y distribuido un buen número de bellas y famosas obras de arte, llegadas al palacio desde todos los rincones del mundo. Justo se detuvo frente a una pequeña escultura situada en medio de un patio revestido de mosaicos. Se trataba de una pieza egipcia muy antigua, algo deteriorada por el paso del tiempo, que representaba una rama de árbol, donde estaba posado un pájaro, que a pesar de la inmovilidad de la materia, producía el efecto de gozosa ligereza del vuelo, con las alas abiertas.

Justo permaneció un rato absorto, y después, como si despertase de un sueño, preguntó con voz conmovida: —¿Es necesario que yo suprima esto? —Y describiendo un círculo con la mano—: ¿Y esto? ¿Y esto? En tal caso el edificio no tendría razón de ser.

—Pues bien, arrasad el palacio —repuso Josef. Había tanto odio en su acento que Justo prefirió callar.

Al día siguiente, Josef hizo llamar a Sapita, quien le preguntó en primer lugar si había obtenido algo de las autoridades de Tiberíades.

—No —repuso Josef—, su corazón es de piedra y mi poder se detiene, por desgracia, en los muros de la ciudad.

Sapita se mesó enérgicamente una de las puntas de la barba y pronunció esta vez la frase que omitiera en la entrevista anterior: «Hay que aniquilar al becerro de Samaria».

—Si los habitantes de Tiberíades se desprenden de esos objetos escandalosos seré indulgente con ellos —dijo Josef.

—¿También les ofreceréis asilo?

—Tal vez un asilo —repuso Josef.

Cuando Sapita se retiró, Josef sintió remordimientos. Ese hombre, a pesar de sus hombros defectuosos, era fuerte y seguramente poco delicado con las esculturas. Si asaltaba con sus hombres el palacio no destruiría sólo las estatuas.

El palacio había sido construido con gran belleza —el cielo raso era de madera de cedro y oro— y contenía innumerables objetos de gran valor. Era propiedad incuestionable del rey Agripa y se hallaba indudablemente bajo la protección de Roma. Desde hacía algún tiempo reinaba la calma en el país, y en Jerusalén se esperaba llegar a un rápido acuerdo con los romanos. (El zapatero Akavia había visto en la taberna humeante de Cafarnaúm al Mesías, sin espada). Por la otra parte, había en Roma quienes esperaban que se produjera solamente un gesto del gobierno de Jerusalén que pudiese ser interpretado como una agresión. Lo que Josef acababa de pactar podía poner en movimiento una pesada piedra, que numerosas manos habían logrado contener hasta entonces con enorme esfuerzo.

Durante la noche siguiente, el palacio del rey Agripa fue saqueado. Las dependencias ocupaban una vasta superficie, eran muy sólidas y no se las podía arrasar fácilmente. En efecto, sólo se lo logró a medias. Ocurrió al pálido resplandor de la luna, y —milagrosamente— sin gran estruendo. Muchos hombres encarnizados golpearon las piedras, las arrojaron al suelo, las pisotearon, así como los canastillos de flores de los jardines. Destruyeron con furia especial los surtidores y cascadas de agua. Corrían de acá para allá, empeñados en apoderarse de los ricos tejidos, de las incrustaciones de oro del cielo raso, de las pinturas de altísimo valor.

Justo advirtió rápidamente que sus tropas eran demasiado débiles para poner fin al expolio, y prohibió toda resistencia. Pero los «Vengadores de Israel» ya habían abatido a un centenar de soldados y de griegos civiles que, al comenzar el ataque, trataron de evitar el pillaje. En cuanto a las construcciones, ardieron durante casi todo un día.

La destrucción del palacio de Tiberíades produjo gran estupor en toda Galilea. En Magdala las autoridades pidieron ansiosamente instrucciones a Josef acerca de la actitud a adoptar, pero el comisario guardó un silencio obstinado. Súbitamente se le ocurrió partir hacia Tiberíades a la mañana siguiente del incendio, para presentar a Justo sus condolencias y ofrecerle su ayuda, si le era necesaria.

Lo encontró taciturno, vagando sin cesar alrededor de las ruinas. No había pedido tropas a su rey ni adoptado medida alguna contra la banda de Sapita; siendo él tan enérgico, no había podido reaccionar ante el desastre. Estaba desesperado. Al ver a Josef, no le hizo ningún reproche ni pronunció una sola palabra mordaz. Muy pálido, le dijo con voz ronca de emoción y de dolor:

—Vos no tenéis idea de lo que habéis hecho. Lo peor no ha sido la suspensión en el Templo de los sacrificios encargados por Roma, ni el ataque contra Cestio, ni siquiera el edicto de Cesarea... Esto, esto, aquí, significa definitivamente la guerra — y agregó, con los ojos anegados de lágrimas de cólera y tristeza—: La ambición os ciega, Josef.

Sapita entregó a Josef una gran parte del botín conseguido en el palacio: oro, maderas preciosas, fragmentos de estatuas. Josef buscó inútilmente la rama y el pájaro de piedra oscura. No los encontró: probablemente había sido hecho de un

material considerado de poco valor, fácil de convertir en polvo.

Las noticias de Tiberíades alcanzaron a los gobernadores de Jerusalén como un golpe en pleno pecho. Gracias a la mediación del pacífico legado Paulino habían obtenido una semipromesa del gobierno imperial: «Que Judea se mantenga en calma —había declarado Roma— y Roma se contentará con la entrega de algunos cabecillas: Simeón bar Giora y el doctor Eleazar». La sola posibilidad de librarse de los cabecillas había causado regocijo en Jerusalén pero la hazaña de Tiberíades acababa de echarlo todo a perder.

Los Vengadores, que habían estado entre la espada y la pared, respiraron entonces a sus anchas.

La Sala Azul, lugar de sus reuniones, pasó a ser el centro de Judea y, gracias a los nuevos acontecimientos, el doctor Eleazar fue propuesto para integrar uno de los consejos del gobierno. El presuntuoso doctor disfrutó plenamente de la humillación de sus contrarios y se hizo de rogar antes de aceptar el cargo que le ofrecían. Respecto al gobernador rebelde de Galilea, que en forma tan manifiesta había actuado contrariamente a las instrucciones de sus superiores, ni siquiera la Sala Azul podía mantenerlo en el cargo, máxime cuando el doctor Janai acababa de presentar personalmente un informe al Gran Consejo, reclamando la destitución y el castigo de Josef ben Matatías a quien calificaba de criminal. Por tanto, a los «Vengadores» no les pareció oportuno asumir su defensa y se abstuvieron de intervenir. Sólo un miembro del consejo dijo algo en favor de Josef: el ecuaníme anciano doctor Yojanán ben Zakai.

—No condenéis a nadie —aconsejó— antes de que haya muerto.

Al padre de Josef, un anciano severo e irritable que se había sentido muy feliz por el nombramiento de su hijo, las noticias de lo ocurrido lo llevaron al borde de la desesperación. Le envió una carta suplicándole que regresara a Jerusalén de inmediato, a fin de defenderse antes de que se promulgase el decreto de destitución. Si, en cambio, permanecía en Galilea, todo estaría perdido para ellos. La inquietud le hacía temer la muerte, por lo que le manifestaba que no quería bajar a la tumba antes de volver a verlo.

Cuando la leyó, el joven comisario sonreía; amaba profundamente a su padre pero conocía su tendencia a verlo todo negro, y él, por el contrario, se sentía lleno de confianza. Una vez más se encaraban las cosas bajo distinta luz en Galilea y en Jerusalén. Ocurrida la destrucción de las estatuas de Tiberíades, Galilea se volcó en favor de Josef, pues a nadie se le ocultaba en el país que sin su consentimiento la operación no habría podido realizarse. Había echado abajo el muro que lo separaba del pueblo de Galilea; se lo consideraba un nuevo Yehuda Macabeo, como irónicamente lo había nombrado Justo, en una ocasión. La milicia armada aceptaría lo que él le sugiriera; por tanto no se trataba ya de su dependencia respecto de Jerusalén sino de la dependencia de Jerusalén respecto de él. Si lo deseaba, podría hacer pedazos el decreto de destitución.

Esa noche tuvo un sueño terrible. De todas las rutas llegaban legiones romanas, las veía aproximarse lentamente, implacables, en orden perfecto, en filas de a seis. Eran millares de hombres que parecían un solo ser. Tal representación de la guerra venía hacia él: era la técnica, una máquina enorme, pesada, ciega, implacable. Absurdo habría sido enfrentarse a esa máquina. Veía a los legionarios avanzar acompasadamente; los distinguía nítidamente pero —y esto era aún más espantoso— no oía nada. Gemía alucinado. Un solo pie gigantesco, metido en una monstruosa bota de soldado, subía, bajaba, subía otra vez y otra vez bajaba. Le era imposible huir: al cabo de cinco, de tres minutos lo aplastaría sin remedio. Josef se veía montado en su caballo «Flecha». Sapita y Juan de Giscala lo miraban sombríos, expectantes. Esperaban que él desenvainase la espada. Se aferró a la empuñadura, pero la hoja no salió, estaba clavada con fuerza a la vaina. Gimió. Justo de Tiberíades lanzaba una carcajada. Sapita tiraba enfurecido de una de las puntas de la barba y el carpintero Calafta blandía los puños enérgicamente. Josef se esforzaba inútilmente por desenvainar su espada. El tiempo era eterno. Volvía a tirar con fuerza pero no podía arrancarla. El zapatero Akavia lloriqueaba: «Comed, joven, debéis comer» y el pie metido en la bota gigantesca avanzaba imperturbable.

Cuando despertó, vio que la mañana de invierno era clara y luminosa. La angustia, el interminable avance de la bota, no era ya más que el recuerdo de una pesadilla que Josef interpretó como un buen signo.

No había sido Jerusalén, sino Dios mismo quien lo había puesto en ese lugar: Dios quería la guerra.

Frenéticamente se dispuso a preparar la guerra santa. ¿Cómo había podido comer en Roma a la mesa de los extranjeros, cómo había podido dormir en su mismo lecho? Igual que a los Vengadores, le repugnaba el olor de su piel. Apestaban el país. Admitía que eran buenos administradores y que sus carreteras y acueductos eran necesarios, pero pensaba que esa tierra santa de Judea se hacía infecta cuando no se vivía en ella como judío.

Lo embargó la misma emoción que se había adueñado de él cuando escribió su libro sobre los Macabeos. Aquellos días habían sido premonitorios. Sentía crecer sus fuerzas y desconocía la fatiga, aunque trabajaba sin descanso del día a la noche. Bajo su mando la administración fue estricta, se acumularon provisiones, las guardias cívicas se organizaron disciplinadamente, se reforzaron las fortificaciones. Recorrió las ciudades de Galilea, sus vastas y apacibles campiñas, montañas y valles, las márgenes de sus ríos, del mar y de los lagos, a través de viñedos, olivares e higueras. Aparecía en todas partes montado en su caballo «Flecha». Se sentía joven, enérgico, transcendente. Irradiaba confianza. Delante de él flameaba el estandarte con la divisa de los Macabeos: «¡Quién es como vos, oh, Señor!», y su presencia, su palabra y la bandera encendían la pasión de la juventud de Galilea.

Muchos galileos, al oírle hablar del aniquilamiento de Edom con palabras que brotaban de su boca como las piedras ardientes salen de un volcán, aseguraban que un

nuevo profeta había aparecido en Israel. «¡*Marín, Marín!*!». ¡Salud a nuestro señor, salud!, exclamaban con veneración al verlo llegar, y le besaban las manos y el borde del manto.

Fue a Merón, en la Alta Galilea. Era una pequeña ciudad, conocida sólo por sus olivares, su universidad y sus antiguos intérpretes de la Ley, el severo doctor Schamai y el amable Hilel. Los habitantes de Merón pasaban por ser creyentes particularmente fervorosos: los sepulcros de esos maestros, decían, les inspiraban un conocimiento profundo de Dios. Tal vez fuese por esa razón que Josef decidió ir allí. Habló en la antigua sinagoga y los doctores y estudiantes, más reflexivos que los naturales de otras ciudades, lo escucharon atentamente meciendo el cuerpo y suspirando por la emoción. De pronto, cuando Josef hizo una pausa después de un extenso y enérgico párrafo, un muchacho pálido gritó, en medio del silencio tenso e impresionante:

—¡Es él!

—¿Quién soy yo...? —preguntó Josef, irritado.

El joven, con mirada de perro devoto y aspecto enajenado, repitió:

—Sois vos, sí, sois vos.

Supo que los habitantes de la pequeña ciudad consideraban al muchacho un profeta de Yahvé y que dejaban abiertas las puertas de sus casas durante toda la noche, desde que él vaticinara que se les aparecería el Redentor.

Josef se estremeció e, indignado, increpó al joven duramente. En lo más íntimo alejaba como a una blasfemia la idea de que él pudiese ser el Mesías. Sin embargo, la fe en su misión divina lo penetraba con convicción creciente. Quienes lo tomaban por el Salvador eran unos locos pueriles pero, en verdad, él se sentía obligado a preparar su llegada.

La gente de Merón no quería resignarse a admitir que no habían visto al Mesías. Hicieron fundir en bronce las huellas de los cascos del caballo de Josef, y esos vestigios fueron para ellos más sagrados que las tumbas de los maestros de la Ley. Josef se encolerizó, se rió y se burló de semejante imbecilidad. No obstante, se sentía cada vez más intensamente unido a Aquel que debía venir, y deseaba ardientemente, voluptuosamente, verlo con sus propios ojos. Cuando se presentaron los delegados de Jerusalén anunciándole el decreto de destitución, Josef les declaró sonriendo que debía haber un error, y que mientras no recibiese una confirmación precisa de la capital estaba obligado a tenerlos bajo vigilancia para evitar desórdenes en el país. Los emisarios le preguntaron quién le había dado plenos poderes para declarar la guerra a Roma, a lo que replicó que había sido encomendado de esa misión por Dios. Al oírlo, le recordaron la Ley: «Quien se permite decir en mi nombre una palabra que no le he ordenado pronunciar, ése morirá». Sin dejar de sonreír, con amabilidad y excelente humor, Josef se encogió de hombros y afirmó que habría que esperar para saber quién hablaba en nombre del Señor y quién no. Estaba radiante, seguro de sí mismo y de su Dios.

Reunió las milicias con las tropas de Juan de Giscala y marchó sobre Tiberíades.

Justo le entregó la ciudad sin resistencia. De nuevo estaban frente a frente pero en esta ocasión el tercer personaje no era el anciano Janai, sino el enérgico, benévolo y astuto Juan de Giscala.

—Id tranquilamente a reuniros con vuestro rey Agripa —dijo Juan a Justo—. Sois un hombre inteligente, demasiado razonable para una guerra liberadora. Para emprenderla es imprescindible una fe sin fisuras y haber escuchado una voz interior.

Intervino amablemente Josef:

—Podéis llevaros la plata y los objetos de valor que pertenecen al rey. Os ruego que me dejéis tan sólo los documentos del gobierno. Podéis partir cuando lo deseéis, nadie os causará ninguna molestia.

—No tengo nada contra vos, Juan —repuso Justo—. Vos obedecéis, así lo creo, a una llamada interior, pero vuestra causa está perdida, sin hablar de otros motivos razonables, sólo porque este hombre es vuestro jefe.

No miró a Josef, pero su tono estaba lleno de desprecio.

—Nuestro doctor Josef —dijo con una sonrisa Juan de Giscala— no parece ser de vuestro agrado. Pero es un brillante organizador, un magnífico orador, un jefe nato.

—Vuestro doctor Josef es un miserable.

Josef no contestó. El vencido estaba amargado y cometía una injusticia; de nada habría servido discutir con él y rebatirlo.

Durante ese invierno galileo, Josef se sintió fuerte y feliz. En Jerusalén las autoridades no se decidían a emplear medidas drásticas contra él, y hasta pasaron por alto, sin darse por enteradas, que al cabo de algunas semanas volviera a titularse comisario del gobierno central. Josef protegió sin dificultad sus fronteras contra los romanos, los hizo retroceder dentro del territorio que ocupaban, se apropió de la margen occidental del lago de Genezaret, que pertenecía a los dominios del rey Agripa, y ocupó y fortificó las ciudades allí instaladas. Organizó la guerra. El aire sagrado del país le inspiraba ideas grandiosas y sorprendentes.

Roma también guardaba silencio: por su parte no se había producido ninguna reacción. El legado Paulino había roto toda relación con sus amigos de Jerusalén. Esta primera victoria había sido lograda muy fácilmente. Los romanos se limitaron a ocupar Samaria y las ciudades de la costa, donde estaban seguros de conservar el poder gracias al apoyo de la mayoría griega de la población. Las tropas del rey Agripa impedían cualquier escaramuza. Reinaba la calma en toda la comarca.

Quienes poseían bienes muebles, salvo los que íntimamente eran partidarios de los «Vengadores de Israel», trataron de ponerse a salvo bajo la protección de los romanos. La mujer de un tal Tolomeo, intendente del rey Agripa, fue sorprendida por los hombres de Josef en la vecindad de una aldea llamada Daharita, mientras trataba de pasar la frontera. Llevaba consigo numeroso equipaje compuesto por objetos de gran valor, algunos pertenecientes probablemente al mismo rey: buena captura, por cierto. Los que la llevaron a cabo se regocijaron imaginando la parte que les tocaría del botín. Pero quedaron cruelmente decepcionados, pues Josef lo hizo transportar al

territorio romano, con una carta cortés que debía ser entregada en las manos leales a Roma del legado Paulino.

No era la primera vez que obraba así. Sus hombres empezaron a murmurar contra él y, por último, se quejaron a Juan de Giscala. El resultado fue una agria entrevista entre Juan, Sapita y Josef. Éste les recordó cuántas veces, en el transcurso de las guerras pasadas, romanos y griegos habían demostrado poseer idéntica nobleza de espíritu. Pero Juan estaba furioso. Sus ojos grises, inyectados de sangre, lanzaban chispas malignas. Parecía una montaña que hubiese sido puesta en movimiento.

—¿Habéis perdido el juicio, jefe? —gritó—. ¿Creéis estar en los juegos olímpicos? ¿Creéis en historias sobre el espíritu caballeresco, cuando se trata de luchar contra los romanos? Nosotros hacemos la guerra, y no ejercicios deportivos. Aquí no se trata de conquistar una corona de encina. Hay en este país seis millones de hombres que se asfixian porque no pueden respirar más el aire apestado por los gentiles. ¿Lo comprendéis?

Josef no respondió al ataque de furia. Quedó estupefacto, lastimado por tamaña injusticia. Miró a Sapita, quien permanecía de pie, sombrío, callado, pero dando a entender que las palabras de Juan expresaban su propio parecer.

Por lo demás, los tres eran demasiado sensatos para comprometer por una desavenencia el éxito de la empresa. Durante el invierno se ocuparon de la defensa de Galilea con todas sus energías.

El país conservaba la calma, pero esta tranquilidad comenzaba a hacerse agobiante. Por su lado, el entusiasmo y la confianza de Josef parecían no haberse alterado, aunque en medio de esa paz gozosa recordaba las palabras de Justo. Cada vez con mayor frecuencia, y aunque el trabajo excesivo colmaba sus días, le parecía oír las en boca de sus subordinados y oficiales, en el tumulto de las asambleas populares, pronunciadas en voz baja pero nítidas y amargas: «Vuestro doctor Josef es un miserable». En lo más hondo de su corazón resonarían para siempre el desprecio y la contundencia de aquellas palabras dichas dificultosamente en arameo.

En el centro del mundo estaba situada la Tierra de Israel; en el centro del país, Jerusalén; en el centro de Jerusalén, el Templo. En el centro del Templo, el Santuario de los Santuarios, ombligo de la tierra. Hasta la época de David, Yahvé había sido guardado al amparo humilde de una tienda, en una cabaña precaria. El rey David resolvió construirle una casa. Destinó para ella la *Tenne Aravna*, la antigua y santa montaña de Sión. Pero no le fue concedido más que colocar los cimientos. Se le prohibió construir el edificio del Templo porque en sus innumerables batallas había derramado demasiada sangre. Su hijo Salomón tuvo la gloria de proseguir la obra santa. Edificó durante siete años seguidos. Ninguno de los obreros murió durante ese tiempo, ninguno cayó enfermo, ningún instrumento se estropeó. Como estaba prohibido emplear el hierro en la santa obra, Dios envió al rey un diamante

maravilloso, llamado *Schamir*, que cortaba la piedra. A menudo los diamantes se colocaban sobre las piedras sin intervención humana. Imponente y sagrado brillaba el altar de los holocaustos, junto a la fuente de las abluciones para los sacerdotes: el inmenso cuenco de bronce sostenido por doce torres. Junto al pórtico, se elevaban hacia el cielo dos árboles sorprendentes, también de bronce, llamados Yajin y Boaz. En el interior, los techos artesonados se habían construido con madera de cedro; los suelos estaban revestidos con madera de ciprés y la pared y las piedras de los muros habían sido igualmente recubiertas. A lo largo de las paredes se colocaron candelabros de oro y se instaló la mesa para los panes de proposición. En el Santuario de los Santuarios, ocultas de las miradas por una cortina, estaban las figuras de los querubines, las gigantescas esculturas talladas en madera de olivo silvestre, con cabeza de ave, cuyos ojos lanzaban miradas aterrorizadoras. Con sus enormes alas doradas protegían el arca de Yahvé, que había acompañado a los judíos en el desierto. Ese Templo permaneció en pie más de cuatrocientos treinta años, hasta que el rey Nabucodonosor lo destruyó y se apropió de los utensilios sagrados, llevándoselos a Babilonia.

Vueltos del cautiverio de Babilonia, los judíos construyeron un nuevo Templo, demasiado modesto si se lo comparaba con el anterior. Hasta que un gran rey, llamado Herodes, en el décimo octavo año de su reinado, comenzó a restaurar la Santa Casa. Con el trabajo de miles de obreros hizo ensanchar la colina sobre la cual se elevaba el edificio. La apuntaló con los macizos muros de una triple muralla y dedicó tantos cuidados y arte a esta obra que ese templo se consideró por entonces el edificio más hermoso de Asia y, a los ojos de muchos, el más hermoso del mundo. En Jerusalén se decía que el mundo era un ojo cuyo blanco era el mar, el iris la Tierra y Jerusalén la pupila, donde se reflejaba la imagen del Templo.

Ni el pincel del pintor ni el cincel del escultor habían sido los verdaderos creadores de tanta belleza. Ésta emanaba de la armonía de sus enormes proporciones y de los materiales seleccionados con gusto exquisito. Inmensos pórticos dobles lo rodeaban completamente, ofreciendo su abrigo y su sombra a los paseantes que recorrían el entorno del Templo. La sala más hermosa era la Cuadrangular, en la que tenía su asiento el gran Consejo. Había una sinagoga, varios locales para la venta de ofrendas, tiendas de perfumes sagrados y profanos, un amplio matadero y, un poco retiradas, las mesas de los cambistas.

Un muro de piedra separaba estos espacios del santuario. Inscripciones en griego y en latín se multiplicaban hasta donde alcanzaba la vista, amenazando de muerte a todo no judío que lo franquease. Los que estaban autorizados a penetrar en el interior eran cada vez menos numerosos a medida que se avanzaba en el Templo. El tránsito en los patios sagrados estaba prohibido a los enfermos, a los inválidos y a los que hubieran estado cerca de un cadáver. Para las mujeres se había edificado un único y vasto recinto, en el cual no podían penetrar durante el período de la menstruación. Los patios interiores se reservaban para los sacerdotes, y sólo a aquellos que no

padecían de ningún defecto físico.

Blanco y oro, el Templo dominaba la ciudad desde sus altas terrazas. Observado a distancia producía el efecto de una colina cubierta de nieve. Sus cúpulas se erizaban en puntas agudas, a fin de que los pájaros no pudiesen mancillarlas. Tanto los patios como los pórticos se habían cubierto con mosaicos artísticos. Por todas partes se veían terrazas, puertas, columnas, de mármol en su mayor parte, muchas de ellas revestidas de oro, de plata, o del más noble de los metales: el bronce de Corinto, esa antigua aleación formada durante el incendio de aquella ciudad por la mezcla de metales preciosos en fusión. Sobre el dintel de la puerta que conducía al santuario, Herodes había hecho colocar el emblema de Israel: la vid tallada en oro, tan gigantesca que el grosor de los racimos era igual al contorno de un hombre.

Obras de arte célebres en el mundo entero adornaban el interior del Templo: el candelabro de siete brazos, cada uno de los cuales representa uno de los siete planetas: el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno; la Mesa con los doce panes de ofrenda que simbolizaban los signos del zodiaco y el año; el Vaso con las trece diferentes clases de perfumes del mar, del desierto y de la Tierra habitada, testimonios de que todo viene de Dios y sólo a Él pertenece.

En el subterráneo más profundo y mejor protegido se encontraba el tesoro del Templo, donde se guardaban las riquezas del Estado, una parte considerable del oro y de las piedras preciosas de todo el mundo. También allí se conservaban los ornamentos del Sumo Sacerdote, el pectoral sagrado, las joyas del Santuario y la diadema de oro que llevaba inscrito el nombre de Yahvé. La diadema había motivado una larga querrela entre Roma y Jerusalén, antes de que el tesoro del Templo hubiese sido definitivamente autorizado a conservarla, y esa disputa había costado mucha sangre.

En el corazón del Templo, aislado de las otras dependencias por una cortina de púrpura, se encontraba el Sancta Sanctórum. Estaba vacío y oscuro. Sobre el suelo desnudo no había nada más que una piedra tosca, el bloque de roca *Schetiyá*. Era allí donde, según los judíos, residía Yahvé. Nadie podía penetrar en ese recinto. Sólo una vez al año, el día de la reconciliación entre Yahvé y su pueblo, el Sumo Sacerdote entraba en el Santuario de los Santuarios. Ese día, en todo el mundo, los judíos ayunaban, y los pórticos y patios del Templo se colmaban de hombres que aguardaban a que el Sumo Sacerdote invocase a Yahvé por su nombre. Pocos podían oírlo cuando salía de la boca del sacerdote, pero todos creían escuchar el nombre divino, y cien mil rodillas se doblaban sobre el suelo del Templo.

En todas partes se hacían comentarios sobre el misterioso culto celebrado detrás del velo del Santuario de los Santuarios. Los judíos afirmaban que Yahvé era invisible y que su imagen no estaba allí, pero la gente no podía creer que esa sala estuviese sencillamente vacía. Si se hacían sacrificios a un Dios parecía lógico que ese Dios estuviese visible, en imagen, en ese lugar. El Dios Yahvé se encontraba allí, pero —decían— «los judíos, egoístas, lo esconden para impedir que se lo quiten, para

evitar que otros puedan conquistarlo». Los enemigos de los judíos, sobre todo los griegos, escépticos e irónicos, decían que no podía ser otra cosa que una cabeza de asno lo que se veneraba en el Santuario de los Santuarios. Pero la burla no surtía efecto. Los romanos, lúcidos e inteligentes y aun los bárbaros, torpes e ignorantes, callaban pensativos cuando se hablaba del Dios de los judíos. A todos sugería misterio e inspiraba temor el Invisible, oculto en el Santuario de los Santuarios.

Para los judíos de todas las naciones ese Templo constituía su verdadera patria, la fuente inagotable de su fuerza. Estuviesen a orillas del Elba o del Indo, en las costas del Mar Británico o en el curso superior del Nilo, rezaban volviendo el rostro hacia Jerusalén, donde se alzaba el Templo. Aportaban con ánimo gozoso su tributo para el Templo; iban en peregrinación, o proyectaban seriamente llevar algún día su cordero a la fiesta pascual. Si habían obtenido éxito en alguna empresa, lo agradecían al Invisible del Templo; si eran infelices o estaban necesitados, de Él esperaban auxilio.

Sólo en el recinto del Templo la tierra era pura. Todos los que residían en el extranjero deseaban que fuesen enviados allí sus despojos, a fin de encontrarse en ese lugar por lo menos en la muerte. Por dispersos que estuviesen en el mundo ésa era su patria.

Cuando llegó a Roma la noticia de la destrucción del palacio de Tiberíades, el emperador se encontraba viajando por Grecia. Había dejado a cargo del gobierno al ministro de la casa imperial, Claudio Helo. Éste convocó de inmediato un consejo de su gabinete, en el que participaron los treinta y siete titulares de los cargos de la corte. La noticia de que nuevas sublevaciones habían estallado en Judea los conmovió hondamente. Diez años más tarde, ese mismo mensaje no habría trascendido más que una novedad insignificante llegada de una provincia sin importancia. Pero en aquel momento hirió al imperio en su punto más sensible pues comprometía un proyecto de la mayor importancia: la nueva expedición alejandrina.

Precisamente, esos treinta y siete dignatarios habían fundamentado el ambicioso proyecto sobre una base sólida, preparando puntos de apoyo en el sur de Arabia, asegurando los recursos financieros necesarios para la campaña de Etiopía y la aún más osada incursión en el mar Caspio. Las tropas ya habían sido movilizadas de acuerdo con los planes estratégicos de Corbulón y Alejandro Tiberio. La legión vigesimosegunda, así como todas las fuerzas que habían podido ser retiradas sin peligro de Germania, Britania y Dalmacia, se encaminaban hacia Oriente, y la decimoquinta hacia Egipto. Mas he aquí que ese plan magnífico se venía abajo por culpa de las interminables revueltas de los habitantes de Judea. De buena fe se habían dejado llevar por las opiniones de los funcionarios locales y habían confiado en que la provincia se pacificaría por sí misma. Pero en el presente estaba claro que habría que dedicar muchos hombres y un tiempo precioso para reprimir la sublevación.

La mayoría de los ministros no estaba integrada por romanos-romanos sino por

griegos exaltados que íntimamente aspiraban a que su patria y Oriente se consagraran como el centro más importante del imperio. Se enfurecían estos consejeros y generales del nuevo Alejandro sólo con pensar que la espléndida expedición alentada por ellos fuese a postergarse o abandonarse por una pequeñez.

Sin embargo, supieron aparentar un talante comedido. Muchos de ellos, si no casi todos, eran hijos o nietos de esclavos y precisamente por eso querían demostrar que también ellos eran capaces de asumir la calma digna de los antiguos senadores.

Claudio Helo expuso la desdichada novedad llegada de Judea y sus consecuencias para el gran proyecto oriental. Sus orígenes también habían sido humildísimos. Era apuesto, de aspecto impecable, imponente y grave. Su rostro era enérgico y sus rasgos armoniosos. Llevaba la sortija con el sello del soberano. Cualquiera otro en su lugar habría acompañado al emperador a Grecia: era peligroso abandonarlo tanto tiempo a influencias extrañas, pero Claudio había preferido quedarse en Roma. Sabía que cualquier decisión que adoptase disgustaría a su amo, y pensaba que probablemente moriría joven, aspirando polvo de oro o abriéndose las venas. Sin embargo, la vida no le parecía un precio demasiado alto si se trataba de disfrutar del placer de gobernar el mundo.

Habló serena, brevemente, sin tapujos. Se había tomado esa sublevación muy a la ligera; era preciso encararla ahora con seriedad.

—Todos nosotros hemos estado engañados —reconoció abiertamente—, con una sola excepción. Ruego a quien no lo estuvo que nos transmita su pensamiento.

Aunque ninguno de los presentes apreciaba a Filipo Talas, personaje frío cuya nariz era como el pico de un buitre, todos miraron con respeto al jefe de la Sección Oriental. Filipo había advertido desde el comienzo que no había que dejarse adormecer por las palabras de reconciliación, melosas y astutas, que Jerusalén prodigaba. Incluso había tenido que soportar que lo pusieran en ridículo a causa de su constante recelo y odio senil por los judíos; sin embargo, ahora quedaba demostrado que el ojo del odio había visto con más claridad que la confianza indulgente.

El ministro Talas no dejó traslucir su satisfacción. Aunque se lo veía pequeño, encorvado y con el aspecto insignificante de siempre, interiormente una dicha inmensa lo había engrandecido. Era como si las cicatrices que lo marcaban desde el tiempo de su esclavitud se hubieran hecho invisibles. Llegados a ese punto, tras el saqueo del palacio de Tiberíades —que los dioses consintieron—, después de esa reincidente e insolente ruptura de todos los compromisos, se enfrentaban a la necesaria y definitiva solución. Ya no sería suficiente la aplicación de un castigo moderado, como podría ser la ejecución de algún millar de sublevados y la imposición de una multa de varios millones de sestercios: sus colegas tendrían que estar de acuerdo con él.

—Jerusalén debe ser destruida —dijo el ministro.

No elevó ni le tembló la voz, a pesar de que era el gran momento de su vida, por el cual moriría satisfecho cuando debiera descender a la tumba. Ocultó su regocijo.

Una voz le repetía en los oídos: «Nablión», «Nablión», sí, pese al intérprete Zaqueo. Imaginaba a las tropas arrojándose sobre la insolente Jerusalén, apresando a sus habitantes por las barbas, degollándolos, incendiando edificios, hundiendo los muros y arrasando el Templo, erigido por la soberbia de los judíos. Sin embargo nada de esto se advirtió en sus palabras, dichas en tono gruñón. Dándolo por sobreentendido confirmó:

—Jerusalén debe ser destruida.

Se produjo un silencio, interrumpido por un suspiro. Claudio volvió hacia Regino su bello rostro moreno y preguntó si el director de las pesquerías de perlas imperiales quería hacer alguna observación. No, no tenía nada que objetar: esos galileos se habían conducido de modo muy estúpido; verdaderamente no quedaba otra cosa que hacer, habría que movilizar al ejército.

Claudio resumió el debate. Con el consentimiento de sus colegas, pediría al emperador que inaugurase lo más pronto posible la campaña contra Judea. Hasta ese momento había sido posible enviar despachos a Grecia por medio de los mensajeros que portaban una corona de laurel enarbolada en el bastón —signo de buena nueva—, pero en esta ocasión, para demostrar al emperador la gravedad que revestía la situación no quedaba otra solución que sustituir el laurel por una pluma —anuncio de desgracia—.

El Senado, a instancias de Claudio Helo, ordenó abrir el Templo de Jano como primera indicación de que el imperio estaba en pie de guerra. El senador Marullo presidió la ceremonia y expresó irónicamente su pesar a Claudio por encontrarse obligado a celebrarla en ocasión tan poco propicia. En toda la extensión del imperio se había disfrutado de un año de paz: quizá eso fue lo que motivó la sorpresa del pueblo cuando acudió a la apertura de las pesadas puertas del Templo de Jano, que giraron con estrépito sobrecogedor sobre sus goznes, para dejar a la vista de todos la estatua del dios de dos caras, el dios de la duda. De lo que con él comenzaba no se conocía el final. Cierta zozobra sacudió el ánimo de los asistentes: el inmenso y generoso Júpiter Capitolino iniciaba una guerra contra el misterioso Dios invisible de Oriente.

En los barrios pequeñoburgueses se apoyó la decisión adoptada por el emperador respecto a aplicar mano dura —al fin— contra los judíos. Los mercaderes gentiles empezaron a desplazar a los judíos de los centros donde su presencia databa de tiempo inmemorial. En esos casos, el patriotismo fue un excelente pretexto para canalizar el odio acumulado contra los competidores en el comercio. Volvieron a ser escuchadas en las tabernas viejas historias sobre judíos que se repetían como si hubieran sido confirmadas alguna vez. Se decía que éstos adoraban una cabeza de asno en su santuario y que en su fiesta pascual sacrificaban a niños griegos en honor de la bestia sagrada. En los muros de las sinagogas aparecieron amenazas e

inscripciones vejatorias. Se hostigó de muchas formas a los circuncisos. Se los expulsó de los baños de Flora y, en una ocasión, en una taberna de la Suburra, a algunos judíos que se resistieron a comer carne de cerdo se les abrió la boca a la fuerza para llenársela con la carne abominable y prohibida. Cerca de la Puerta de las Tres Calles asaltaron la tienda de un comerciante de bebidas *káscher*, rompieron las botellas y volcaron su contenido sobre los cabellos y las barbas del judío. La policía reprimió rápidamente estos desórdenes.

Los miembros del senado, de la diplomacia, de las altas finanzas estaban atareadísimos. Había que crear y proveer una cantidad enorme de nuevos puestos. Se olfateaba un cierto olor de botín en el ambiente. Los antiguos generales retirados se sintieron reanimados; se los vio recorrer todos los lugares donde podían recoger noticias. En el Foro resonaban las risas excitadas; en las columnatas de Livia, en el Campo de Marte, en los baños bullía la actividad. Cada personaje contaba con sus propios candidatos y sus correspondientes aspiraciones personales; incluso la sacerdotisa mayor de las vestales se hacía transportar diariamente al Palatino para exponer sus pretensiones a los ministros.

El precio del oro, de las telas preciosas y de los esclavos bajó en la bolsa de Delos y en la de Roma; se suponía que el botín de Judea los suministraría en grandes cantidades. En cambio subió el precio del trigo, pues las tropas exigían enormes contingentes de víveres. Las armerías trabajaban al máximo; la ocupación era febril en las canteras de Ravena, de Pozzuoli y de Ostia. En las casas de Claudio Regino, de Junio Thrax y del senador Marullo los correos se sucedían sin cesar: pensaban en la guerra contra Judea con una lógica amargura, pero, existiendo la posibilidad de realizar buenos negocios, ¿por qué ceder las ganancias a terceros?

Entre los judíos reinaba la más desolada confusión. Conocían todos los detalles de lo que había ocurrido en Jerusalén. Sabían cuál era el papel que estaba desempeñando Josef. ¿Era posible —pensaban— que ese hombre que había vivido entre ellos, que se vestía y hablaba como ellos, que conocía Roma, se hubiese puesto al frente de tan loca aventura? Entre todos, el más indignado contra los miembros del Consejo era Claudio Regino.

¿Cómo habían podido enviar a Galilea a ese insignificante improvisador? A gente de esa clase se la deja desahogarse en la literatura, pero no en la alta política, decía. Muchos judíos eminentes de Roma se apresuraron a manifestar al gobierno su desaprobación por la conducta del fanático criminal de Galilea. Las autoridades romanas tranquilizaban sus ánimos inquietos. Era evidente que los cinco millones de judíos que habitaban fuera de Judea, dispersos por todo el imperio, eran súbditos leales que pagaban pesados impuestos: el gobierno no pensaba importunarlos.

El cómico Demetrio Libán estaba muy afectado por los acontecimientos: por un lado lo entusiasmaban, por otro lo llenaban de pesadumbre. Invitó a su casa a algunos judíos fieles a la causa y, una vez cerradas cuidadosamente las puertas, les recitó fragmentos del *Libro de los Macabeos*. Desde el primer momento Demetrio había

descubierto en el corazón del doctor Josef una llama ardiente de fervor patriótico y, sin embargo, también se percataba mejor que nadie de la locura y la inutilidad de la lucha de Josef contra Roma. Además, el propio Demetrio había empezado a sufrir directamente las consecuencias de los desórdenes de Judea; en la calle, a menudo lo acompañaban los gritos de «¡El judío Apella!», exhortándolo a interpretarlo para las masas. Si se negaba sería tan injuriado como antes había sido aclamado.

La población judía de Roma se agitaba, desesperada. Leían con el corazón lleno de angustia los libros de los profetas: «Oigo los gritos de una parturienta, las quejas de una mujer atenazada por los dolores. Es la hija de Sión. Gime y se lamenta y se retuerce las manos: “Desdichada de mí, es necesario que yo desaparezca ante los degolladores”». Se encerraban en sus casas, ayunaban y rezaban en las sinagogas. Ningún romano perturbaba sus ceremonias.

Sólo la minoría de los judíos de Roma creyó ver en la sublevación de Judea la salvación, el cumplimiento de las antiguas profecías sobre el Redentor. Entre ellos estaba Irene, la mujer del doctor Licino. Escuchaba callada las expresiones airadas de su marido, repudiando a los criminales insensatos, pero íntimamente se regocijaba. Sabía que Josef no estaba entregado a una pasión indigna y seguía pensando que él era un gran hombre de Israel, de la raza de los profetas: un soldado de Yahvé.

El mensajero portador del bastón coronado con una pluma, signo de infortunio, alcanzó al emperador en la capital de Grecia, en la alegre Corinto, rumorosa aún de fiestas.

El joven soberano no se había sentido nunca tan feliz. Grecia, el país más civilizado del mundo, le había brindado una recepción calurosa, al parecer sinceramente entusiasmada por su talento, su amabilidad, su benevolencia y por la idea de que ese viaje no era sino el prelude de una empresa mucho más importante, la de agregar a su imperio la otra mitad del mundo, la más noble, la más sabia; la de completar la obra del hombre más grande que hubiese jamás existido y enriquecer las dos partes del universo habitado, dándoles la dicha de sentirse auspiciadas por su nombre imperial. Justamente en ese día se daba comienzo a una extraordinaria obra que sería la culminación de su viaje: con una pala de oro se había efectuado la primera excavación para la apertura del istmo de Corinto. Al día siguiente se celebraría con una fiesta el compromiso de la construcción del canal. El mismo emperador había compuesto un poema en el que el dios, majestuosamente, avanzaba y ordenaba al águila extender las alas para el gran vuelo.

Ese día, cuando acababa de regresar al palacio de Corinto, una vez terminada la ceremonia, llegó el mensajero portador de las noticias de Judea. El soberano leyó el informe y lo arrojó sobre la mesa. El pergamino cayó sobre el manuscrito de su poema, tapándolo a medias, de manera que sus ojos se posaron en este verso: «El que hace mover el océano / y conduce el sol a su antojo».

Se incorporó del asiento e hizo un gesto adelantando el labio inferior. Los dioses tenían celos de él y de su proyectada expedición alejandrina. «*El que hace mover el océano /y conduce el sol a su antojo*». Los versos finales del poema sólo tenían sentido como prólogo de la futura campaña. En ese momento ya no significaban nada.

Gesio Floro, el gobernador de Judea, había elegido el camino más cómodo, dejándose matar. En cuanto a Cestio Galo indudablemente había caído en desgracia: ese anciano debilucho había sido incapaz de contener a la desvergonzada Judea.

El emperador reflexionó: ¿a quién podría enviar a aquel país? Jerusalén era la fortaleza más sólida de todo Oriente y su población —lo sabía gracias a Popea— fanática y terca.

Esta guerra requería una mano enérgica para impedir que se prolongase excesivamente; no toleraría de ningún modo que por su causa la expedición alejandrina fuera postergada por más de un año. Era necesario enviar a Judea a un hombre firme, con ideas claras y sin propósitos ambiciosos ulteriores. Un hombre que emplease la fuerza que se le confiara contra Jerusalén y nunca contra su emperador.

¿Dónde encontrarlo? Le fueron sugeridos algunos pocos nombres. Cuando los examinó de cerca, quedaron aún menos. Por último no quedó más que uno: Muciano.

El emperador entrecerró los ojos con un gesto de desconfianza. Al senador Muciano también habría que tratarlo con sumas precauciones. Nerón lo recordaba muy bien: un hombrecito gastado por su vida licenciosa, de rostro arrugado y muy cuidadoso de su vestimenta.

Usaba bastón porque padecía una ligera cojera, pero generalmente sólo lo llevaba apoyado sobre un hombro, sosteniéndolo con una mano, lo que ponía bastante nervioso al emperador, además de sus continuas muecas. No obstante, reconocía que Muciano era bastante inteligente y lúcido y sabría acabar rápidamente con la provincia rebelde. Sólo temía que ese ambicioso sin límites, que habiendo estado en la ruina había sabido encumbrarse al primer rango en el umbral de la vejez, podría dejarse arrastrar fácilmente hacia intentonas peligrosas, en el pleno uso de la autoridad.

El emperador suspiró preocupado, se sentó ante el manuscrito y lo hojeó con malhumor: *El que conduce el sol*. Tenía que eliminar precisamente, los mejores versos. No podía confiar el desenlace a un actor; él mismo debía hacer el papel del dios. No, no le daría demasiado poder a ese Muciano, no pondría al alcance de nadie una oportunidad tan peligrosa. Avanzaba la noche y no lograba concentrar su atención en los pasajes que habían quedado desgajados a causa de los cortes en el fragmento final. Apartó el manuscrito. En ropa de dormir pasó discretamente a las habitaciones de su amiga Clavia. Estaba preocupado. Incluyó su rostro abotargado y sudoroso sobre el lecho, y suspiró. Pesaban en su ánimo los pros y los contras: los primeros hablaban en favor de Muciano.

—Pues bien, invitadlo —le dijo Clavia.

—Pero los segundos están en su contra.

—Entonces no lo enviéis; tal vez sea posible encontrar a otro.

No, no quería pensar más en ello. Ya le había dado muchas vueltas, ahora era cuestión de inspiración, de acierto, de su acierto. Sólo deseaba ocuparse de la fiesta. Al día siguiente, después de la representación, tomaría una decisión.

En Roma la esperaban ansiosamente.

El emperador resolvió el problema en un raptó de inspiración, durante los festejos. Estaba en el estrado, con la cabeza cubierta por una pesada máscara y calzado con altos coturnos para representar al dios. Aguardaba el aviso para aparecer en el escenario cuando se le ocurrió la solución. Nombraría a Muciano pero no lo dejaría solo. Pondría a otro personaje a su lado para vigilarlo, y ya sabía a quién. Sin ocupación fija, formaba parte de la cohorte imperial un anciano general que toda su vida había aspirado a ocupar los puestos más destacados. Si alguna vez los consiguió tuvo la mala condición de perderlos, razón por la que flotaba a su alrededor un cierto tufillo burlesco. Su nombre era Vespasiano. Se parecía más a un comerciante de provincias que a un jefe del ejército pero se había distinguido en la campaña de Britania y ganado la reputación de excelente militar. Sin embargo, por no haber podido disimular el fastidio que le producían los recitales épicos, ya había causado al soberano serios disgustos. Para colmo, tres días antes se había quedado completamente dormido. Sí, mientras el emperador declamaba, leyendo los bellos versos de Dánae en unos folios que el viento agitaba sin parar, Vespasiano dejó escapar un sonoro ronquido.

Nerón pensó imponerle un severo castigo, pero sentía cierta compasión por los infelices a quienes los dioses han rehusado el sentido de la belleza. La sanción no fue definitiva; por el momento sólo le prohibió la entrada al anfiteatro. Pasados unos días, el emperador lo había visto, desde lejos, abatido y diligente. Sí, éste era el hombre que le hacía falta, el hombre a quien no se le ocurrirían ideas demasiado audaces. Lo enviaría a Judea y, sobre todo, se desembarazaría por mucho tiempo de este personaje grotesco. Estaba convencido de que el robusto y tosco general era el hombre indicado para cortarle las alas enérgicamente al elegante Muciano. Dividiría el poder pleno entre los dos, nombrando a Muciano gobernador general de Siria y a Vespasiano general supremo de Judea. El primero carecería de poder militar y el segundo de toda autoridad política, y de esta forma ambos se recelarían mutuamente.

Nerón sonrió, no obstante estar sofocado por el calor que le producía la pesada máscara. Verdaderamente era una excelente decisión, fruto de una acertada inspiración. Subió al escenario y declamó el vibrante poema del dios. A pesar de los cortes, opinó que jamás había interpretado mejor un papel: merecía los aplausos que le prodigaron.

El general Tito Flavio Vespasiano regresó, terminada la fiesta, a la pequeña casa

suburbana que había arrendado al comerciante Laques, por el tiempo que durase su estancia en Corinto. Se quitó el manto y el uniforme de gala; maldijo a su criado por tratar con poco esmero esa indumentaria que él cuidaba como a la niña de sus ojos y se puso una túnica sencilla para estar en casa, bastante gastada, sobre prendas interiores de abrigo, ya que hacía bastante frío en ese día de primavera. Vespasiano contaba más de cincuenta años y el reuma había empezado a molestarlo.

Comenzó a andar a grandes pasos por la habitación, malhumorado; en su amplia frente aparecieron profundas arrugas. Todo su rostro grueso de campesino se ensombreció súbitamente. Aún cerrando la boca —bastante grande—, resonaba su fatigosa respiración.

La solemne representación no había resultado una fiesta para él. Fuera adonde fuese encontraba el mismo recibimiento glacial; sus saludos eran apenas correspondidos y en esta ocasión, al preguntar al chambelán Gortyn —ese canalla pretencioso— si podía presentar sus respetos al emperador, la respuesta había sido: «Quedaos quieto en vuestro rincón», pronunciada en un mal griego de provinciano pedante.

Cuando más lo pensaba más se convencía de que sería inútil esforzarse por que algo cambiara. No podía comprender cómo tres días antes él había sido el protagonista de una estúpida anécdota. Ese viaje desastroso a Grecia no le iba a producir sino perjuicios. De todos modos, opinaba que su distracción durante la declamación del emperador no era tan grave. Ciertamente, se había dormido —lo reconocía— pero no había roncado. Según él, se trataba de una infame calumnia de ese hijo de perra del chambelán. El incidente había sido causado, simplemente, por su ruidosa respiración.

El anciano general se dio palmadas en los muslos para entrar en calor. Seguramente nunca más sería recibido por el emperador; ya lo había percibido en el teatro, aunque no llevaba puestos los anteojos. Y hasta se consideraría afortunado si no se le acusaba de crimen de lesa majestad, por los supuestos ronquidos. Lo mejor que podía hacer era volver discretamente a su casa de Italia. En el fondo no le contrariaba terminar sus días en calma. No había sido suya la decisión de zarandear su estropeado esqueleto por ir detrás del emperador hasta Grecia, con el propósito de conseguir algún favor de su parte. Si fue sólo se debió a que su mujer Cenis no lo dejaba en paz ni le permitía gozar de la excelente vida del campo. Lo había incitado sin darle tregua a ascender, más y más, aunque íntimamente se divertía con sus fracasos.

Todo había comenzado en su lejana juventud, por culpa de la maldita superstición de su madre. Cuando Vespasiano nació, de una encina consagrada a Marte brotó en esos días un retoño extraordinariamente fuerte, por lo cual la enérgica matrona afirmó que en ese hecho se manifestaba un presagio seguro de felicidad. Su hijo —así lo había decidido la fortuna— llegaría más alto que los recaudadores de impuestos, los provincianos banqueros y los oficiales de poco rango que habían sido sus

ascendientes. Pero a Vespasiano le gustaban desde la infancia las labores del campo y de buena gana habría aprovechado su instinto natural de campesino, consagrando toda su vida a hacer producir la tierra y enriquecer a sus padres. La tenaz señora no cesó de inculcarle, por el contrario, la fe inquebrantable en un brillante futuro que llegaría algún día a alcanzar, y lo obligó a ejercer la carrera político-militar.

Recordando los sucesivos fracasos de su carrera, el viejo general resoplaba más fuerte y apretaba los labios un poco más. En tres ocasiones seguidas se había elevado sobre su condición pero había vuelto a caer. A duras penas consiguió en una ocasión que lo nombraran prefecto de Roma. Durante los dos primeros meses todo marchó de maravilla: la policía, los servicios de orden de los juegos del circo y las representaciones teatrales funcionaron bien y eficazmente. Había establecido un excelente control de las importaciones alimentarias y de los mercados; las calles de la ciudad lucían perfectamente limpias, aunque, precisamente una anécdota relacionada con este tema fue entonces la causante de su caída.

Un día en que el emperador Claudio recorría la capital en compañía de un embajador extranjero, tuvo la desdichada ocurrencia de atravesar una callejuela adyacente muy abandonada, con la consecuencia de que el lodo salpicó a los miembros del cortejo, cubriéndolos de suciedad. Sin vacilar —y como escarmiento— Claudio mandó cubrir de lodo y excremento de caballo el uniforme de gala del prefecto Vespasiano, que integraba el cortejo por orden superior.

El recuerdo de aquellos momentos hacía aparecer un rictus de disgusto en el rostro sagaz del campesino. Sin embargo, el episodio no había concluido demasiado mal. El asunto debió de causar una impresión lamentable y a la vez cómica, sobre todo porque el general no perdió la compostura y permaneció impassible, con los brazos rígidos cubiertos por el lodo. Seguramente, su actitud había divertido al emperador, porque las consecuencias del hecho no fueron del todo negativas. Quizá todo lo contrario. Vespasiano nunca había poseído privilegios con los que poder traficar y, aunque sus iniciativas en el Senado eran respecto al tema intencionadamente serviles y aparentemente ingenuas, el organismo —bastante corrupto—, indeciso entre la burla y el temor, muchas veces acababa aceptándolas.

Al recordar después de tantos años su conducta pasada, no encontraba ninguna inconsecuencia que reprochase. Se casó con Domitila, que había sido amante del caballero Capella, y gracias a sus vínculos e intrigas estrechó relaciones con Narciso, el favorito de Claudio. Narciso era un hombre hecho a su medida, con quien podía entenderse en buen latín. Exigía una comisión pero hacía ganar dinero a los más eficientes. Buenos tiempos habían sido aquéllos cuando Narciso lo envió como general a Britania para sofocar los desórdenes. Allí los enemigos no le había combatido por la espalda como los cortesanos en Roma, sino que eran auténticos bárbaros a los que se podía atacar y golpear duro. Había cosas tangibles: tierras, costas, bosques, islas dispuestas a ser conquistadas. En aquel entonces comprendió mejor que nunca la profecía de la encina sagrada. Le concedieron a su retorno un

triunfo oficial y ocupó durante dos meses el cargo más honorable del Estado.

El general se soplaban los dedos y se restregaba las manos para calentarse. Después, como siempre, al cabo de esos dos meses, cuando había logrado alcanzar la cumbre, volvió a desplomarse. Ése era sin duda su destino. Hubo un nuevo emperador, nuevos ministros y él cayó en desgracia. Entretanto su madre había muerto, y como ella ya no estaba allí para estimularlo con su fe inquebrantable, esperó concluir sus días en paz. Se estableció cómodamente en el campo, sin envidiar a su hermano Sabino, que habiendo llegado muy arriba, conservaba todavía su posición.

Fue entonces cuando Cenis entró en su vida. Aunque de origen muy humilde, era una inteligente hija de esclavos a quien la emperatriz madre había hecho educar, además de adoptarla como su secretaria. Ella comprendió el carácter de Vespasiano y qué cosas esperaba de la vida. Al igual que él, no daba un comino por las ceremonias de la corte y las jerarquías. Era aficionada a las bromas pesadas y a las picardías de la soldadesca como él, sabía hacer cuentas rápidas y bien hechas y a la par de él, se burlaba y enfadaba con su hermano, el envanecido Sabino. Pero así mismo —lo confesaba suspirando, aunque con satisfacción— se había apropiado, mucho más profundamente que él, de la sólida fe en el futuro de Vespasiano, alentada por su madre. Entre sollozos y juramentos lo obligó a cambiar su vida apacible de campesino por el ruidoso trajín de Roma, a consecuencia de lo cual consiguió el gobierno de la provincia de África. Allí vivió los peores años de su vida, aunque los había vivido muy duros. La opulenta provincia —tanto el pueblo como los grandes personajes ambiciosos— aspiraba a ser gobernada por un buen representante, no por un robusto labriego. Se sabotearon sus decisiones. En cuanto aparecía en la calle se producían tumultos. En la ciudad de Hadrumot le arrojaron zanahorias podridas. Vespasiano no habría dado a ese asunto más importancia que al excremento de caballo, pero, por desgracia, la manifestación tuvo consecuencias graves: fue depuesto. Golpe cruel, pues había invertido toda su fortuna en negocios poco limpios que sólo por su condición de gobernador podían rendirle grandes beneficios, pero como simple ciudadano no le darían absolutamente nada. A este extremo lo había llevado su talento financiero. De regreso a sus tierras, que aún no habían sido repartidas entre él y su hermano, no tuvo otra solución que soportar del arrogante Sabino una pesada hipoteca para hacer frente a sus deudas más urgentes. En el transcurso de aquel año, este hombre animoso no tuvo sino una sola satisfacción: fue cuando supo que la provincia de África le había erigido una columna conmemorativa dedicada «al honorable gobernador». Sonreía al reflexionar sobre el único resultado positivo de su actividad en África.

Después, todo había ido de mal en peor. Abrió una agencia de transportes y, alentado por la enérgica Cenis, se ocupó de procurar cargos y títulos nobiliarios. Pero se dejó atrapar en un asunto fraudulento de mucha envergadura y si se libró del castigo fue gracias a la intervención poco agradable de su hermano. Tenía ya

cincuenta y ocho años, y nadie se acordaba de que Vespasiano alguna vez había atravesado el Foro sobre un carro triunfal, vestido con la toga consular. Si se exhibía en público, se comentaba entre risotadas la historia de las zanahorias podridas. No lo llamaban más que con el mote de «transportista». Su hermano, a la sazón prefecto de policía de Roma, hacía una mueca cuando pronunciaban el nombre de Vespasiano, y decía con acritud:

—Callad, cuando se nombra a ese «transportista» huele a excremento de caballo.

Después de su fracaso en Grecia, parecía que toda aspiración hubiera terminado para él, aunque, pensándolo bien, eso no dejaba de tener sus ventajas: podría pasar a gusto los días que le quedaran por vivir. Decidió regresar al día siguiente. Ante todo arreglaría, por supuesto, sus cuentas con el comerciante Laques, que le había alquilado la casa como si le hiciese un favor. Vespasiano se regocijaba con la idea de tratar como buen romano a ese griego bribón, melindroso y lleno de ínfulas, que lo engañaba tanto a la vista como a sus espaldas. Hecho esto retomaría con placer el camino de Italia, pasaría seis meses en su propiedad de Cosa, otros seis en la de Nursia, criaría mulos, cuidaría sus olivares, bebería entre bromas su vino con sus vecinos, y por las tardes disfrutaría de Cenis o de alguna de las sirvientas. Y al final, en cinco o diez años más, cuando incinerasen su cuerpo, Cenis vertería lágrimas virtuosas, Sabino se alegraría de haberse desembarazado de ese hermano comprometedor, los otros asistentes hablarían muy bajo, riéndose, del excremento y de las zanahorias podridas, y quedaría demostrado que el vigoroso retoño de la encina sagrada había brotado en vano.

Tito Flavio Vespasiano, ex comandante de una legión romana en Britania, ex cónsul romano, ex gobernador de África, envejecido, caído en desgracia en la corte, con 1.100.000 sesteracios de deudas, a quien un chambelán un día mandó esconderse en un rincón, había concluido su balance y estaba contento. Iría a ver al armador y discutiría con ese griego impertinente el precio del viaje de retorno. Después daría a Cenis un empujoncito y le diría:

—Y bien, mi amiga, esto se acabó. De hoy en adelante no me haréis salir más de abajo de la estufa, aunque levantéis la pierna así de alto.

Sí, en el fondo estaba contento, y con un suspiro de satisfacción se envolvió en su manto.

Desde el vestíbulo de la casa, el comerciante Laques venía a su encuentro. Parecía atribulado, deshaciéndose en saludos, reverencias y cortesías.

Detrás de él, grave el porte, el rostro solemne y oficial, avanzaba un mensajero con el laurel de buen augurio en el bastón. Rindió honores, exhibiendo su emblema, y dijo:

—Mensaje de Su Majestad al cónsul Vespasiano.

Vespasiano, que desde hacía mucho tiempo no se había oído nombrar así, sostuvo asombrado el pergamino sellado y volvió a mirar el bastón del mensajero. Era, en efecto, el laurel y no la pluma; no podía estar relacionado con el desdichado sueñecito

del día del recital. Rompió el sello sin ceremonias, en presencia del correo y de Laques, quien ardía de curiosidad. Sus labios se entreabrieron, su gruesa cara campesina se contrajo en una mueca, y palmeando enérgicamente la espalda del mensajero, exclamó:

—Laques, viejo truhán, dadle a este muchacho tres dracmas de propina, es decir, no, dos bastarán.

Después subió al primer piso agitando el pergamino, y dándole una palmada en el trasero a su amiga Cenis, le gritó con voz tonante:

—Cenis, vieja liebre: lo hemos conseguido.

Entre Cenis y él existía un entendimiento sin palabras muy preciso, por el cual cada uno sabía qué pensaba o temía el otro. Sin embargo, esta vez se aturdieron mutuamente con un flujo inagotable de palabras, se sacudieron tomándose por los hombros, se rieron, juntando las caras y separándose enseguida; corrieron de un lado al otro de la habitación, los dos a la vez y luego cada cual por su lado. No les importaba que los oyesen. Sin preocuparse por nada exhibieron su alma desnuda.

¡Por Júpiter! Había valido la pena hacer el viaje. Aniquilar a esa Judea rebelde era cosa fácil, hecha como de medida para Vespasiano. Bien estaba que los estrategos de genio, Corbulón o Alejandro Tiberio, se ocupasen de una empresa utópica como la nueva expedición alejandrina. Vespasiano se tapaba los oídos con el manto cuando oía esas fanfarronadas, esos proyectos imperialistas. Pero algo concreto como la campaña de Judea hacía palpar el corazón de un viejo general como él. Los supremos generales podían quedarse esperando a que llegara su ocaso. ¡Esos benditos judíos! ¡Bravo por ellos! ¡Otra vez bravo! Aunque habría sido mejor para él si hubiesen desencadenado la tempestad algún tiempo antes.

Se sintió completamente satisfecho. Cenis encargó el comerciante Laques los platos más apetitosos para Vespasiano, sin reparar en el precio. Debía traerle también, pasado el mediodía, alguna joven bonita, no demasiado delgada, para divertir a Vespasiano. Pero Vespasiano hizo poco caso de esas atenciones y se consagró de inmediato al trabajo. Había dejado de ser el viejo campesino, en ese momento ya era el general, el jefe militar que prepara con todos sus sentidos activos la ejecución de sus planes. Las tropas de Siria eran tan holgazanas como cerdos, él les enseñaría lo que significaba la disciplina romana. El gobierno querría probablemente endilgarle la decimoquinta legión, que acababa de ser destacada a Egipto, o la vigesimosegunda, que ya se había puesto en camino para esa absurda expedición alejandrina. Pero él no se dejaría convencer tan fácilmente. Negociaría con el gabinete militar cada hombre, uno por uno. Si hacía falta daría un puñetazo en la mesa y expondría muy claramente a esos señores sus exigencias.

—Señores —les diría—, no se trata aquí de simples bárbaros como los germanos. Tendré que vérmelas con un pueblo mucho mejor organizado desde el punto de vista militar.

De inmediato se presentaría en palacio. Sonriente, volvió a cubrir su cuerpo

gastado con el uniforme de gran gala, del cual había creído tres horas antes no volver a tener ninguna necesidad.

En la residencia imperial fue recibido por el chambelán Gortyn, quien lo saludó reglamentariamente, el brazo extendido y la mano abierta. La conversación fue breve y concisa. Sí, el general podría ver a Su Majestad dentro de una hora más o menos. ¿Y el prefecto del pretorio? El prefecto estaba a su disposición. Jocosamente, cordialmente, mientras daba unos pasos por delante de Gortyn para la entrevista con el prefecto, Vespasiano le dijo:

—Y bien, amigo ¿quién se come ahora su propio excremento?

El invierno pasó demasiado rápidamente, un buen invierno para Josef. Trabajó febrilmente. Se burlaba de la técnica de los romanos, pero no se avergonzaba de imitarla. De Roma había obtenido la experiencia; las ideas eran de él. Alejó de su corazón las pequeñas preocupaciones. Una sola cosa le importaba: preparar la defensa.

Su confianza iba en aumento. ¿No habían sido Babilonia, Egipto, el reino de los Seleúcidas, imperios tan poderosos como Roma? Sin embargo, Judea se les había resistido. ¿Qué significa el más poderoso ejército ante el soplo de Dios? Él lo avienta sobre la faz de la tierra como paja y arroja sus máquinas de guerra al mar, como nueces vacías.

En las ciudades, bajo los pórticos de las sinagogas, en las grandes salas de reunión, en los hipódromos de Tiberíades y de Séforis, al aire libre, Josef congregaba a la multitud que prorrumpía en gritos: «¡Marín! ¡Marín! ¡Maestro! ¡Jefe!». Y él, esbelto, gallardo, erguido ante el inmenso panorama, alzaba la cabeza, los ojos brillantes, los brazos en alto, y hacía brotar de su corazón graves y poderosas invocaciones a la fe:

—Yahvé ha bendecido este país, mas hoy lo devoran la lepra y el gusano romanos. Hay que pisotear al gusano, destruirlo, aniquilarlo. ¿Qué es lo que da a los romanos la audacia para avanzar con tanta temeridad? Poseen un ejército, una ridícula «técnica»: se pueden medir, exactamente, sus legiones: ellas cuentan cada una diez mil hombres, diez cohortes, sesenta manípulos, y, además, sesenta y cinco catapultas. Israel cuenta con su Dios, Yahvé. Es inmaterial; no se puede medir pero bajo su soplo se rompen las máquinas de asedio y las legiones se funden en el aire. Roma posee un imperio, mas su poder ya se quebranta, pues ha alzado su mano impía, osando enfrentarse a Yahvé y a su pueblo elegido, de quien Yahvé recibe una enorme devoción. Ataca a su primogénito, a su heredero, a Israel. Los tiempos se cumplen. Roma ha sido, el Reino del Mesías será; ya está cerca. Llegará hoy, mañana, quizá ya esté presente. Es inconcebible que vosotros, que habéis sellado una alianza con Yahvé, seáis en este país que es vuestro, los oprimidos, y que los comedores de cerdo sean los amos. Dejadlos traer sus legiones por mar y a través de

los desiertos. Debéis creer y luchar. También poseéis compañías y máquinas; tenéis sobre todo a Yahvé y a sus cohortes de guerra.

Pasó el invierno; una primavera magnífica resplandecía en los viñedos, sobre las terrazas guarnecidas de olivares, sobre los cultivos de moras e higueras de Galilea. Las márgenes del lago de Genezaret, en las cercanías de Magdala, donde Josef había instalado desde el comienzo su cuartel general, estaban colmadas de flores y perfumes. Se respiraba un aire tibio y estimulante. Fue durante esos deslumbrantes días de primavera cuando llegaron los romanos.

Primero penetró un destacamento de su ejército. Se presentaron en las ciudades del norte y en las de la costa, y no retrocedieron ante las columnas de arqueros enviadas por Josef. Continuaron en avance arrollador tres legiones enteras con caballos y carros y fuertes contingentes de auxiliares. En primer término la infantería ligera, cohortes de cazadores y partidas de espías. Luego llegaron los primeros grupos de soldados pesadamente armados, los peones para nivelar las carreteras irregulares, eliminar los obstáculos difíciles de franquear y desbrozar las malezas. Les siguieron el tren del comandante y de su estado mayor, la guardia del comandante y el jefe en persona. Detrás avanzaban la caballería y la artillería; poderosas máquinas de asedio, arietes, balistas y catapultas bien provistas de proyectiles. Enseguida apareció la insignia: el águila, venerada como un dios. El grueso del ejército continuaba en filas de a seis. Cerró el despliegue el voluminoso equipaje de las tropas, sus columnas de víveres, el cuerpo de los juristas y funcionarios del tesoro. En una fila seguía una multitud de civiles: diplomáticos, banqueros, innumerables mercaderes y, sobre todo, joyeros privados de los diplomáticos, grandes negociantes del imperio, y mujeres.

Se produjo una expectante calma en el país cuando llegaron los invasores. Muchos de los voluntarios judíos se dieron a la fuga. Lenta, irresistiblemente, el ejército romano prosiguió su marcha. Conforme al plan de Vespasiano barrería toda Galilea: el interior, la costa y el mar.

Al rey Agripa habría correspondido la pacificación de Genezaret, pues esa región—incluso las ciudades de Tiberíades y de Magdala— le pertenecía. Pero ese rey refinado poseía una sensibilidad demasiado impresionable: le repugnaba realizar él mismo los actos de violencia necesarios para castigar a los rebeldes. Vespasiano cedió, pues, al ruego del soberano, amigo devoto de Roma, y confió la expedición represiva a su propio ejército. Tiberíades se sometió sin resistencia. La ciudad bien fortificada de Magdala trató de defenderse, pero no se pudo mantener mucho tiempo contra la artillería de los romanos: la traición dentro de sus propios muros hizo el resto. Cuando los romanos penetraron en la ciudad, muchos rebeldes se refugiaron en el lago, hacinándose en los barcos de pesca, por lo que los soldados debieron perseguirlos en el agua. Fue un combate naval grotesco en el que hubo, de parte de los romanos muchas risas y de parte de los judíos muchos muertos, pues las márgenes

más próximas del lago habían sido ocupadas totalmente por el enemigo. Los romanos hacían zozobrar las ligeras barcas y se divertían cazando con sus pesadas balsas a los náufragos. Observaban atentamente los esfuerzos que éstos hacían por salvarse, mientras apostaban a cuántos serían los que preferían ahogarse o dejarse matar. ¿Acabarían con los rebeldes de un flechazo o dejarían que se agarrasen a una balsa, para cortarles las manos? El lago, hermoso y célebre por el juego de sus colores cambiantes, ese día estaba totalmente enrojecido. En sus riberas, que hiciera famosas su buen aroma, se pudrieron durante varias semanas los cadáveres, razón por la que los peces, engordados durante los meses siguientes, tuvieron mucha aceptación entre los romanos. En cambio los judíos, entre ellos el rey Agripa, se abstuvieron durante años de comer pescado del lago de Genezaret. Tiempo después se cantaba una canción que comenzaba así: «Cerca de Magdala el lago está rojo de sangre, cerca de Magdala el lago está lleno de cadáveres». Un cálculo exacto estableció finalmente que en ese combate naval murieron 4.200 judíos, lo que le valió al capitán Sulpicio 4.200 sestercios, pues había apostado a que el número de muertos pasaría de 4.000. Si hubiesen sido menos, habría tenido que pagar la misma cantidad, más tantos sestercios por unidad que faltara para completarla.

Dos días después, Vespasiano convocó un consejo de guerra. Para la mayor parte de los habitantes de la ciudad no era difícil saber quiénes habían demostrado una actitud beligerante, pero ¿qué hacer con los prisioneros que, huyendo de tantos sitios de Galilea, habían irrumpido en la plaza fortificada?

Eran 38.000. Habría sido demasiado complicado determinar hasta qué punto cada uno de ellos era un rebelde, aunque todos resultaban demasiado sospechosos para liberarlos sin más. Por otra parte, mantenerlos mucho tiempo cautivos habría implicado enormes gastos. Se habían entregado sin resistencia a los romanos, bajo palabra de honor y por tanto dar la orden de ejecutarlos le parecía a Vespasiano excesivamente desleal.

Pero después de algunas breves discusiones, los miembros del consejo de guerra se pusieron de acuerdo en que contra los judíos todo estaba permitido, y si no se podían conciliar ambas cosas, el interés era preferible al honor. Después de dudar un poco, Vespasiano se declaró conforme. En un griego ambiguo y difícilmente comprensible concedió la vida a los prisioneros, pero les permitió alejarse sólo por el camino de Tiberíades.

Los cautivos le creyeron, pues sus palabras parecían coincidir con sus propios deseos, y partieron por el camino prescrito. Pero los romanos ocupaban el paso y no dejaron que nadie tomara otro rumbo. Cuando los 38.000 prisioneros llegaron a la ciudad fueron conducidos al gran hipódromo. Allí esperaron con ansiedad las palabras del jefe romano. Pronto apareció Vespasiano y ordenó poner aparte a los enfermos y a todos los que tenían más de cincuenta y cinco años de edad. Muchos se incorporaron a este grupo, pues pensaron que los otros serían obligados a volver a pie a sus lugares de origen y que ellos viajarían, en cambio, en carruaje. Pero se

engañaron. Finalizada la selección de los prisioneros, Vespasiano dio orden de exterminar al primer grupo: no servían para otra cosa. Hizo separar entre los restantes a los seis mil más vigorosos y, acompañados de una carta respetuosa, los envió a Grecia, para que el emperador los empleara en la construcción del canal de Corinto. Respecto a los demás, ordenó venderlos como esclavos en favor del ejército, descontando algunos miles que ofreció a Agripa.

Desde el comienzo de los disturbios hasta entonces habían sido vendidos 100.000 judíos. El precio de los esclavos bajó considerablemente en las provincias de Oriente, donde cayó de 2.000 a 1.300 sestercios por cabeza.

Por una atalaya de la pequeña pero sólida fortaleza de Jotapata, Josef veía avanzar la décima legión. Los ingenieros del ejército tomaban las medidas para efectuar el emplazamiento del campo. Josef conocía muy bien esos campamentos. Sabía que las legiones, gracias a la práctica de muchos siglos, los establecían rápidamente cada vez que hacían un alto en el camino, y que al cabo de dos horas todo estaría a punto. Consistía en mil doscientas tiendas para cada legión, separadas por calles, muros, puertas y torres: en resumen, una ciudad bien fortificada.

Nervioso y dispuesto a todo, Josef observaba a los romanos, cada vez más próximos, formando un gran círculo, ocupando las montañas circundantes, franqueando con precaución gargantas y valles para, finalmente, cerrar el cerco como una tenaza.

Fuera de Jotapata no les quedaba a los judíos más que dos fortalezas en toda Galilea: el monte Tabor y Giscala, donde Juan ejercía el comando. Si los romanos conquistaban esas tres plazas, tendrían despejado el camino a Jerusalén. Los jefes habían resuelto mantenerse allí el mayor tiempo posible, para retirarse en el último momento a la capital, donde se concentraba una numerosa milicia pero pocos dirigentes y organizadores.

Cuando Josef comprobó que también la décima legión había acampado junto a los muros de su fortaleza, experimentó una extraña euforia. Vespasiano no padecía del nerviosismo de Cestio Galo ni disponía de una, sino de tres legiones completas: la quinta, la décima y la decimoquinta. A Josef no le sería fácil apoderarse de una de sus tres águilas de oro. Pero, por su parte, el baluarte de Jotapata poseía buenos muros y torres sólidas. Estaba situada en un lugar alto y escarpado y contaba con abundante reserva de víveres. La guarnición, sobre todo los hombres de Sapita, se hallaba en excelentes condiciones. Vespasiano debería hacer esfuerzos extraordinarios para abatir esos muros y llevarse los rollos de la Ley de la casa de oración.

El general romano no inició el ataque. Su ejército acampaba tan inactivo como un leño, e igual de sólido. Probablemente esperaba que Josef, desesperado, saliese de su escondrijo o sucumbiese por agotamiento.

Josef recibió por vía clandestina una carta de Jerusalén. La capital —le anunciaba

su padre— no le enviaría refuerzos. Aunque el doctor Eleazar ben Simeón había pedido con insistencia que se despachasen esas fuerzas, en Jerusalén existían personas a las que no disgustaría la caída de Jotapata, con tal de que Josef se hundiese al mismo tiempo. Era preferible, pues, que entregase la fortaleza que, falta de recursos, no podría mantenerse más de dos semanas, en el mejor de los casos.

Josef reflexionó tozudamente. Estaban en el mes de mayo. Si Jotapata podía resistir hasta julio, estaría —tal vez— demasiado avanzada la estación para que los romanos pudieran atacar Jerusalén. ¿No lo comprendían los señores de la Sala Cuadrangular? Poco importaba: él salvaría la ciudad enceguecida, a pesar de ella misma. Respondió a su padre que defendería Jotapata no durante dos semanas, sino siete veces siete días. Sí, estas palabras «siete veces siete días» se le habían ocurrido espontáneamente. Con una seguridad igualmente visionaria los profetas habían hecho antiguamente sus predicciones. Mas la carta de Josef no llegó a su destino. Los romanos la interceptaron y en el estado mayor se rieron mucho del alarde del jactancioso comandante judío: Jotapata no podría durar tanto tiempo.

Pasó la primera semana y los romanos seguían sin atacar. La ciudad estaba bien provista de víveres pero empezó a escasear el agua de las cisternas, y Josef debió racionarla estrictamente. El verano era caluroso y los sitiados sufrían cada vez más la sed. En busca de agua, muchos se deslizaron fuera de la ciudad por caminos subterráneos, pues la cumbre montañosa estaba atravesada por un sistema intrincado de pasos secretos. Pero esas tentativas no eran más que locuras audaces: quien caía en manos de los romanos moría en la cruz.

El capitán Luciano había sido encargado de las ejecuciones. Hombre valiente pero muy sensible al calor, estaba a menudo malhumorado y ordenaba atar simplemente a los condenados a la cruz, lo que les acarreaba una muerte más lenta y por tanto más dolorosa. En cambio, en sus días de buen humor, autorizaba a los verdugos a clavar las manos de las víctimas, de modo que las heridas al desgarrarse aceleraban la muerte.

Lastimosas procesiones escalaban las montañas todos los atardeceres. Eran los condenados, que llevaban a la espalda los maderos a los que sus brazos extendidos habían sido firmemente atados. La brisa nocturna refrescaba los cuerpos suspendidos pero las noches eran cortas, y en cuanto salía el sol se abatían sobre ellos las moscas y otros insectos. Aves de presa y perros errantes se reunían alrededor, en espera de su bocado. Los crucificados pronunciaban la confesión del moribundo: «Oíd, Israel, Yahvé es nuestro Dios, Yahvé es único». La decían mientras sus fuerzas se lo permitían, la repetían de cruz en cruz. Al poco tiempo, la fórmula hebrea se convirtió en pretexto para toda clase de bromas en el campamento romano. Los médicos militares hacían estadísticas para calcular el tiempo que tardarían en morir un hombre atado a la cruz y otro clavado a ella. Elegían para sus observaciones a prisioneros de determinada fuerza o calculada debilidad y comprobaban hasta qué punto el intenso calor del verano apresuraba su fin. En todas las elevaciones de los alrededores se

alzaban cruces, y los suplicados se renovaban tarde tras tarde, pues los romanos no podían conceder a cada víctima una cruz para su uso exclusivo, por rico en bosques que fuese el país. Había que economizar la madera; se necesitaba para construir trincheras y galerías de aproximación a la obcecada ciudad. Abatían todos los árboles de los alrededores y trabajaban al abrigo de ingeniosos cobertizos techados con pieles de animales y cuero húmedo, que hacía ineficaces los proyectiles incendiarios de los sitiados. Los habitantes de Jotapata envidiaban a los romanos porque podían utilizar cuanta agua quisieran para ese fin. En sus salidas furtivas lograron muchas veces incendiar las construcciones enemigas. Pero lo destruido inmediatamente era restaurado y las galerías se aproximaban cada vez más.

Por las noches, desde lo alto de las torres, Josef observaba el progreso del enemigo. Cuando las galerías hubiesen alcanzado cierto punto situado al norte, Jotapata estaría perdida, aún cuando Jerusalén enviase refuerzos. Examinaba detenidamente el panorama en derredor: en todas las cumbres se alzaban cruces, también en las rutas de las montañas. La cabeza de los crucificados caía inclinada sobre el pecho y se les desencajaba la mandíbula. Trataba, maquinalmente, de contarlos. Tenía los labios secos e hinchados, el paladar endurecido, los ojos inyectados de sangre: pero se conformaba con la misma ración de agua que todos los demás.

El 20 de junio, 18 de Siván del calendario judío, las trincheras llegaron al punto final del norte. A la mañana siguiente Josef ordenó la celebración de un servicio divino, para que los fieles reunidos pronunciasen la confesión de sus faltas. Envueltos en las estolas, con los hilos azul y púrpura de la oración, los hombres —puestos de pie— se golpeaban frenéticamente el pecho y gritaban con fervor: «¡Oh, Adonai! He pecado y cometido faltas y crímenes delante de vuestro rostro». Josef, también de pie, situado al frente en su calidad de sacerdote de primera categoría, se confesaba con convicción, y mientras repetía la fórmula como todos los demás, se sentía manchado, vil, contrito. En el momento de entonar la tercera frase algo le hizo alzar la cabeza y adivinó, dirigida contra él con rencor e insistencia, la mirada de unos pequeños ojos furiosos que le horadaban desde una de las últimas filas. La boca no pronunciaba a coro con las demás «Yo he pecado», sino que decía neta y violentamente esta frase: «Vos habéis pecado, vos habéis pecado, vos habéis cometido faltas». Era Sapita. Cuando Josef pronunció con los otros sacerdotes la bendición al final del servicio, y con las manos en alto y los dedos separados, se situó ante los concurrentes que bajaban la cabeza —pues sobre los sacerdotes en el momento de la bendición se posa el espíritu divino—, vio otra vez los ojos que le miraban con insolencia y hostilidad. El rostro de Sapita expresaba un rotundo desprecio. Parecía decir: «Cerrad la boca, Josef ben Matatías. Preferimos morir sin vuestra bendición».

Josef quedó atónito. No se había sustraído a ningún peligro, sufría la sed y las privaciones como el último de los soldados, sus disposiciones se habían demostrado acertadas y eficaces. Dios estaba manifiestamente con él; había defendido la ciudad

más tiempo del que podía preverse. ¿Qué quería Sapita? Josef no le hizo ningún reproche. Ese hombre estaba ciego. Lo que decía era una calumnia.

El ataque que Josef emprendió a la mañana siguiente contra las trincheras del norte fue exitoso, gracias exclusivamente al fanatismo frenético de sus soldados. Más valía morir en el campo de batalla que en la cruz, y esta sombría aspiración a morir luchando permitió a los judíos acercarse a la posición más peligrosa, pese a la continua lluvia de flechas. Allí exterminaron a los hombres que la defendían, e incendiaron las empalizadas y las máquinas. Los romanos cedieron, no sólo en ese punto sino también al sur, donde apenas habían sido presionados. Muy pronto los soldados de Jotapata conocieron el motivo de la retirada. Vespasiano había sido herido. La alegría reinó entre ellos, y Josef hizo distribuir una doble ración de agua. Estaban en la quinta semana. Si llegaban a la séptima, el verano habría alcanzado su plenitud y Jerusalén se salvaría por ese año.

Para los romanos fue necesaria casi otra semana para volver a asegurar su posición en el norte. En el ínterin reacondicionaron las máquinas de guerra y los arietes en tres de los contrafuertes. Los arietes eran enormes postes, parecidos a mástiles de navíos suspendidos con cuerdas a otra horizontal, que reposaba a su vez sobre sólidos pilares. Un numeroso equipo tiraba el ariete hacia atrás y lo soltaba después, bruscamente. Ni el más grueso muro podía resistir, a la larga, los choques de esas poderosas máquinas.

Después de que los arietes actuaran durante algún tiempo, Vespasiano juzgó que la fortaleza estaba en condiciones de sufrir un asalto general. El cielo se ensombreció por una nube de flechas, las trompetas de las legiones hicieron oír sin descanso sonidos espantosos; las balistas lanzaron gruesas balas de piedra y las catapultas produjeron el sordo rugido del eco en las montañas. Sobre las trincheras empezaron a moverse tres torres de diecisiete metros de altura, acorazadas con planchas de hierro y ocupadas por lanzadores de venablos, arqueros, honderos y balistas ligeras. Los sitiados estaban indefensos contra esos monstruos de hierro. Bajo su protección, emergían de las galerías siniestras tortugas gigantes que, cubiertas con las corazas, avanzaban sin que ningún proyectil las pudiese alcanzar. Las torres acorazadas obraban de preciso acuerdo con las tortugas, y dirigían sus golpes sobre la parte de los muros donde éstas habían situado su objetivo, de modo que los defensores, se veían obligados a abandonarlos. Cuando los sitiadores alcanzaron cinco puntos de las murallas al mismo tiempo, lanzaron las pasarelas de asalto. Pero en el preciso instante en que éstos no podían comenzar el ataque sin riesgo de herir a sus propios camaradas, los sitiados vertieron sobre ellos aceite hirviente, que se deslizó bajo el metal de las armaduras, y echaron sobre las pasarelas una decocción de heno griego, que los hizo resbalar.

Llegó la noche sin que los judíos hubiesen podido detener el empuje romano. Los golpes de los arietes resonaron hasta la mañana, sordamente. Las torres acorazadas y las máquinas continuaron su tarea. Los hombres heridos rodaban muro abajo

grotescamente. Se oían por todas partes clamores y gemidos. Fue tan espantoso el tumulto durante la noche que los oficiales judíos ordenaron a sus hombres destacados sobre las murallas que se taparan los oídos con cera. En cuanto a Josef, escuchaba el tumulto infernal con salvaje excitación. Era el cuadragésimo sexto día del sitio; conservaría la ciudad siete veces siete días. Después vendría el quincuagésimo y se haría el silencio, quizá el de la muerte. Feliz en medio de los tremendos rugidos, saboreaba por adelantado la calma del quincuagésimo día, y evocaba las palabras de la liberación: «Es ante todo el ataque y el gran tumulto, pero Dios se presenta en seguida en el silencio».

Esa misma noche, uno de los defensores logró arrojar desde la altura de la muralla un enorme bloque de roca sobre uno de los arietes, con tal fuerza que la cabeza de hierro se partió. El judío saltó muralla abajo, se apoderó de la cabeza del ariete que había caído entre las filas enemigas y, bajo una lluvia de proyectiles, escaló el muro y se desplomó, con cinco heridas, cuando alcanzó la ciudad. El héroe era Sapita.

Josef se inclinó sobre el moribundo. Sapita no podía morir llevándose en el corazón su rencor calumnioso. Alrededor de ellos había diez hombres de pie, que decían al agonizante: «Oíd, Israel, uno y eterno es nuestro Dios Yahvé», a fin de que penetrase en el más allá con las palabras de la profesión de fe. Sapita se mesaba dificultosamente uno de los extremos de la barba y movía los labios; pero Josef percibió que no era la fórmula sagrada lo que pronunciaba. Se inclinó un poco más para acercársele. Los pequeños ojos de poseído de Sapita parpadeaban con expresión triste y hostil. Hacía visibles esfuerzos por hablar. Josef acercó la oreja a sus labios resecos. No pudo oírlo, pero le pareció que le dirigía una palabra de desprecio. Asombrábale a Josef y le entristecía a la vez que ese desventurado partiese en medio de tal ceguera. Bruscamente, le dijo en voz baja y afectuosa:

—Escuchad, Sapita: no dejaré que los romanos lleguen este verano a Jerusalén. Me mantendré otros tres días en la ciudad. Y no me abriré camino hacia la capital, como habíamos convenido. Permaneceré aquí hasta la cuarta mañana.

Los diez hombres gritaban, mientras tanto, a fin de que sus voces llegasen a oídos del moribundo: «Oíd, Israel». Josef dirigió a Sapita una mirada casi suplicante. Era necesario que comprendiese su error, que muriese reconciliado. Pero los ojos enrojecidos de Sapita estaban fijos y le colgaba la mandíbula: Josef había hecho una promesa a un muerto.

A partir de ese día no volvió a conciliar el sueño. Estaba en todas partes sobre las murallas. Le ardían las mejillas, le dolían los párpados, se le había hinchado el paladar, ensordecido los oídos por el ruido de las máquinas de guerra, y enronquecido la voz. Pero no pensaba en sí mismo. Resistió así tres días, hasta la medianoche del cuadragésimo noveno, en que cayó abatido por un sueño pesado y profundo.

Al alba gris del primer día de julio, el quincuagésimo del sitio, los romanos tomaron la plaza fuerte de Jotapata.

No habían transcurrido dos horas desde que Josef se durmiera cuando lo sobresaltaron los gritos de «Aquí están». Se incorporó tambaleante, asió lo que estaba al alcance de su mano: un trozo de carne, pan, su cinturón de sacerdote bordado de flores, el decreto que lo nombraba comisario, los dados que le ofreciera en Roma el cómico Demetrio Libán. Después se lanzó trastabillando a la calle, a la luz lívida del amanecer. Algunos hombres que lo rodeaban lo arrastraron a un paso subterráneo, en una cisterna abandonada, profunda como una amplia caverna. Eran doce los refugiados en el agujero, entre otros un hombre gravemente herido; tenían víveres, pero sólo un pequeño cubo de agua. Permanecieron allí todo el día, esperanzados, mas cuando cayó la noche comprendieron que no podrían escapar. El camino subterráneo se ramificaba, giraba y concluía siempre en la caverna. No salía fuera de la ciudad, donde los romanos montaban guardia permanente.

Al segundo día el herido murió; al tercero se agotó el agua, al cuarto esos hombres, debilitados por el largo asedio, enfermaron y enloquecieron por la sed.

Al quinto día, Josef ben Matatías, tendido en un rincón de la caverna y reclinada la cabeza sobre su cinturón azul de sacerdote, se cubrió el rostro con el manto y esperó que los romanos viniesen a degollarlo. Le abrasaba el vientre; trataba continuamente de tragar, aunque bien sabía que era penoso y casi imposible; su pulso era irregular, todos sus miembros estaban doloridos; si cerraba los ojos, los párpados irritados les hacían daño; veía bailar en la oscuridad puntos y círculos que se agigantaban, se encogían, brillaban y se entrelazaban. Habría sido dulce, seductor, apresurar la muerte. Pero quedaba aún una esperanza: tal vez antes pudiese beber. Quizá los romanos, cuando llegasen, le darían de beber antes de crucificarlo. Existía en Jerusalén una asociación de mujeres caritativas que, al paso de los desdichados condenados a la cruz, les daban de beber un brebaje compuesto de vino y mirra. Se descubrió y sus labios reseco esbozaron una sonrisa.

Veía al alcance de la mano la gran cisterna con el agua racionada en cantidades muy, muy reducidas. Ahora que los romanos estaban allí, no había necesidad de seguir economizando el agua. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Se veía camino de la cisterna, rodeado de muchísima gente. Avanzaba en medio de judíos y de romanos, que subían la cuesta tambaleantes. Era el jefe supremo, pero se apartaban de él. Avanzaba sin desviarse hacia la cisterna, ávido. ¡Beber! En la cisterna no había ya centinelas sino un hombre que no le dejaba saciar su sed. «Alejaos, por favor, Sapita. Os golpearé si no me dejáis beber. ¿He sido, acaso, cobarde? ¿Me he cuidado, acaso, de las espadas, de los hierros, de los incendios, de los hombres que caían muro abajo? No alcéis tan tontamente la cabeza del ariete con el brazo sano; sé muy bien que estáis muerto. Sois un mentiroso infame, Sapita, por más muerto que estéis y es necesario sacaros de allí».

El penoso y vano esfuerzo por tragar le arañaba la garganta dolorida y le hacía olvidar sus divagaciones. Volvió a cubrirse el rostro con el manto. Quería ahuyentar la visión. En el desierto, junto al esenio Banus, había provocado a menudo sus

visiones, pero en ese momento sólo deseaba conservar las ideas claras, ordenar su cerebro. No quería pensar más en la muerte por el hecho de haber pasado varios días sin probar agua, porque cuando no se bebe durante largo tiempo se pierde la cabeza, es cosa bien conocida. Pero él, no... Los otros, sí, morían finalmente de sed; mas él, no, era imposible. Tenía mucho por hacer todavía, había perdido demasiado tiempo. ¿Dónde estaban las mujeres que no había tenido, el vino que no había bebido, las bellezas de la tierra que no había visto, los libros que no había escrito? ¿Por qué no se había acostado con Popea, en aquel tiempo? Su vestido era de tul de Cos, transparente. Veía brillar el vello de su piel. Debía de ser de color ámbar. ¡Había dejado pasar a tantas mujeres! Muslos, pechos, rostros femeninos desfilaron por su mente.

No, no eran mujeres, eran frutas, montones de frutas apiladas como en el mercado: frutas sabrosas, higos, manzanas, racimos de uvas enormes. Ansiaba morderlas, masticarlas, tragarlas, pero cuando se creía a punto de alcanzarlas, aparecía el infame rostro moreno amarillento que él conocía bien. «No, perro maldito, yo no muero todavía, no quiero daros ese placer, sobre todo a vos, triste pedante, simio de la sabiduría, con vuestras estatuas, vuestra simetría y vuestros sistemas. ¿Queréis hablar de Judea? ¿Qué comprendéis de ella? ¿Habéis estado allí alguna vez? ¿Habéis hecho alguna vez algo digno? No tenéis sangre en las venas, vicioso. Cuando Judea destruyó vuestro maldito palacio, tuvo razón, diez veces razón, y yo estoy de acuerdo con ello.

»No deliro, señor. Tengo mucha sed, pero sé muy bien lo que digo. Es una ignominia burlarse en Roma de los Macabeos. Es mezquino y miserable. Sois un personaje deleznable, Justo de Tiberíades».

En su cabeza resonaba un tumulto de innúmeras voces: «¡Marín!, ¡Marín!», y, en medio de esos gritos, decía sin cesar una voz fina, insistente, devota: «¡Es él!».

No, no había dejado jamás que esa voz lo arrastrase, nunca se había dejado persuadir, había rechazado con energía esa blasfemia. Era el tentador, que aprovechaba ese momento de debilidad y le hacía escuchar de nuevo esa voz. Sí, a buen seguro, no era sino una descarada astucia del tentador, que quería apartar de él el rostro de Yahvé.

Se incorporó a duras penas sobre las rodillas; atormentado, golpeó el suelo con la frente y pronunció su confesión: «¡Oh, Adonai, no he pecado, no he cometido ninguna falta! Dejadme beber, yo he santificado vuestro nombre. Quiero agua. No permitáis que vuestro servidor muera de sed, pues os he servido fielmente y debéis darme agua».

De pronto resonó en la caverna una voz chillona, que Josef reconoció como la de un oficial romano. Los otros refugiados lo sacudieron. Era una voz auténtica, no cabía la menor duda. Hablaba griego y decía que el jefe galileo estaba en la caverna, y que si los que se escondían allí se entregaban, les perdonaría la vida.

—Dadme agua —dijo Josef.

—Tenéis una hora para pensarlo —replicó la voz—, antes de que fumiguemos la cueva.

Una sonrisa de felicidad cubrió el rostro de Josef. Había embaucado al difunto Sapita y al viviente y desvergonzado Justo, que no le había permitido acercarse a las frutas. Ahora bebería y viviría.

Algunos de los compañeros de Josef no quisieron entregarse. Recordaron lo sucedido en Magdala, y se convencieron de que si los romanos se apoderaban de ellos, perdonarían a lo sumo a Josef, para exhibirlo en el triunfo, pero crucificarían a los demás o los venderían como esclavos, por lo que decidieron luchar. Medio enloquecidos por la sed, obstruyeron el camino a Josef: lo matarían antes que permitirle entregarse a los romanos.

Josef no deseaba otra cosa que beber. Pudiera ser que los romanos le perdonaran la vida o no, eso vendría después. En todo caso, le darían de beber, y aquellos imbéciles no querían permitirselo. Eran locos, perros furiosos. Sería ridículo dejarse matar, después de sufrir tantas torturas, sin haber bebido. Reunió todas las fuerzas que le quedaban en su cerebro exhausto para dominarlos, para beber, para vivir.

Les habló largamente, sin resultado. Con la voz ronca logró apenas hacerles una última proposición: no hacía falta que cada uno de ellos se suicidase, bastaba con que matase por lo menos a un camarada: el pecado no sería tan grave. Aceptaron, y ésa fue su salvación. Resolvieron decidir al azar quién de cada dos compañeros mataría al otro. Lo hicieron con los dados que Josef se había hecho regalar por Demetrio Libán. Se pidieron perdón mutuamente y murieron con la profesión de fe en los labios. Cuando Josef quedó solo con el último, salió sin dificultad de la caverna, y fue en busca de los romanos. Su compañero permaneció un instante indeciso, y se deslizó tras él.

Fue el legado Paulino quien recibió a Josef. Lo saludó satisfecho, el brazo extendido y la mano abierta, como saluda un atleta a su adversario vencido. Josef no se lo agradeció. Cayendo en tierra, dijo:

—Agua.

Le dieron de beber, y él —no había realizado en su vida un acto de piedad tan fervorosa— antes que satisfacer su sed se esforzó por pronunciar la fórmula de bendición. «Loado sea nuestro Dios Yahvé, cuya palabra lo ha creado todo». Después de lo cual bebió. Hizo correr con voluptuosidad el líquido sobre sus labios, dentro de su boca, a través de su garganta. Pidió más agua, lamentó tener que detenerse para tomar aliento, y siguió bebiendo. Sonreía con una expresión torpe, sin dejar de beber. Los soldados lo rodeaban y lo observaban con aire benévolo.

Lo hicieron asearse rápidamente, le dieron de comer, y lo condujeron encadenado al cuartel general. Había que atravesar todo el campamento. A lo largo del camino se apretujaban los soldados para ver al jefe enemigo. Muchos lo miraban sin odio. Ahí estaba el hombre que les había dado tanto trabajo durante siete semanas. Un hombre de talento, sin duda. Algunos, ofuscados por la pérdida de sus camaradas, lo

amenazaron cubriéndolo de injurias. Otros lo hicieron objeto de bromas, al verlo tan joven y no obstante tan seco de carnes.

—Pequeño judío, al parecer cuando estés en la cruz los pájaros y las moscas no tendrán mucho que comer.

Josef, a pesar de su aspecto lamentable, sus cabellos revueltos y la sucia pelusa que cubría sus mejillas, caminaba digno en medio del tumulto; amenazas y bromas lo dejaban impasible, no faltó quien bajara los ojos ante su mirada melancólica y apasionada. Cuando un soldado le escupió en la cara no dijo una palabra al ofensor; pidió simplemente a un hombre de la escolta que le limpiase el escupitajo, pues tenía las manos atadas y no sería conveniente presentarse así ante el general.

Pero el trayecto era largo: tiendas, más tiendas y soldados curiosos. Después, el altar, y al frente las doradas, ampulosas, agresivas y brutales águilas de las tres legiones. Otra vez tiendas y más tiendas. El desdichado, falto de fuerzas, se mantenía a duras penas en pie. Con todo logró recorrer el camino de la ignominia sin demostrar ni un solo momento su debilidad.

Cuando por fin llegaron a la tienda del comandante, Josef no vio al principio, aparte del legado Paulino, más que a un joven, que lucía las insignias de general. No era alto, pero sí sólido y robusto. Tenía la cara redonda y franca y la barbilla tan corta y prominente que formaba un triángulo puntiagudo. Josef supo inmediatamente que era un hijo de Vespasiano, Tito. Éste se adelantó al encuentro del judío:

—Lamento —le dijo con franqueza amable— que hayáis tenido mala suerte. Os habéis batido como valientes. No habíamos apreciado a los judíos como es debido: sois excelentes soldados.

Al notar su cansancio, lo invitó a sentarse.

—Vuestros veranos son tremendamente calurosos —agregó—, pero en la tienda hace un fresco agradable.

Mientras tanto, se alzó la cortina que dividía el recinto y entró Vespasiano, vestido con ropas confortables y seguido por una hermosa dama, de aspecto resuelto. Josef se levantó y trató de saludar a la romana. Pero el gran jefe lo interrumpió con una mirada cordial.

—No os esforcéis. Tenéis el aspecto endiabladamente juvenil, mi pequeño judío. ¿Qué edad tenéis?

—Treinta años.

—¿Ves, Cenis —dijo Vespasiano con una sonrisa—, adónde se puede llegar a los treinta años?

La dama examinó a Josef sin benevolencia.

—Este judío no me gusta —exclamó brutalmente.

—Ella no os soporta —explicó Vespasiano—, porque le habéis hecho pasar mucho miedo cuando me arrojasteis una piedra sobre el pie.

Se aproximó a Josef cojeando un poco.

—Dejadme que os vea bien —dijo, y lo palpó como si fuese un esclavo—. Flaco,

muy flaco —comprobó, respirando a fondo—. Vuestros sufrimientos habrán sido de todos los colores, pero podíais haberlo hecho a menor costo. Por lo demás, jovencito, vuestro pasado, a lo que parece, ha sido muy movido. Me he hecho informar sobre la historia de vuestros tres supuestos inocentes que tanto alteraron los nervios de nuestro amigo Cestio Galo. De todos los colores, como he dicho.

Estaba contento. Pensaba que de no haber sucedido el caso de los tres ancianos y del valeroso muchacho, el gobernador Cestio no había sido depuesto y él no estaría ahora allí.

—¿Cuál es vuestra opinión? ¿Debemos avanzar este año sobre Jerusalén? Tengo deseos de asistir al Gran Sábado en el Templo, pero me habéis hecho detener demasiado tiempo en Jotapata: ya la estación está muy avanzada. Y si los hombres de Jerusalén tienen la cabeza tan dura como la vuestra, el asunto irá para largo.

Vespasiano había hablado en tono familiar, casi de broma. Pero Josef vio los ojos claros, atentos, en el gran rostro rudo y surcado de arrugas del campesino; oyó su respiración vigorosa y, de súbito, como un rayo, la intuición atravesó su espíritu. Ese romano no deseaba íntimamente marchar sobre Jerusalén. No deseaba una pronta victoria sobre Judea. No daba la impresión de ser de esos hombres que se desprenden rápidamente de la tarea que les ha sido encomendada. Quería *conservar* su ejército, sus tres magníficas legiones entrenadas para maniobrar conjuntamente. En cuanto concluyese la campaña se las quitarían y eso pondría fin a su mandato. Josef vio claro: Vespasiano no quería apoderarse de Jerusalén, al menos durante ese año.

Su convicción le dio nuevo aliento. Llevaba aún en su interior las visiones que lo iluminaron en la caverna. Lo sentía: era la oportunidad de salvar su vida. Haber comprendido que el romano no quería avanzar sobre la capital le dio una inmensa ventaja.

En voz baja, pero resuelta, declaró:

—Os lo digo yo, general Vespasiano. Vos no tomaréis Jerusalén en este año, ni probablemente el año próximo.

Y con la mirada fija, extrayendo las palabras lentamente, una a una, de lo hondo de sí mismo, continuó:

—Estáis reservado para más altos destinos.

Todos los presentes se sobrecogieron al oír semejante respuesta. Este oficial judío, que se había batido con tanto valor, se complacía en hacer afirmaciones bastante extrañas. Vespasiano miró a su prisionero con los ojos entrecerrados. En tono de chanza, dijo:

—Decidme, ¿acaso no han muerto todavía los profetas en Judea?

Pero en su cascada voz estridente se notaba muy poca intención burlona. Demostraba más bien satisfacción y deseo de estimular a Josef. Había muchas cosas maravillosas en ese país. En el lago de Genezaret existía un pez que profería gritos; todo lo que se cultivaba en los campos de Sodoma ennegrecía y caía hecho cenizas; en el Mar Muerto se mantenía a flote cualquier persona, supiese nadar o no. Todo era

allí extraordinario. ¿Por qué no podría existir en ese joven judío, por lo demás buen político y excelente soldado, una pizca de locura y de espíritu profético?

El cerebro de Josef trabajaba, mientras tanto, con premura febril. En presencia de ese romano, que disponía de su vida a su arbitrio, volvieron de pronto a su memoria frases que hacía tiempo se habían borrado de ella: la conversación de aquellos hombres rústicos escuchada en la taberna de Cafarnaúm. Extremó su perspicacia. Se trataba de su vida, y lo que aquella valerosa gente había presentido vagamente él lo percibía ahora de un golpe con toda claridad, como si estuviera bajo la luz de un relámpago.

—No hay muchos profetas en Judea —replicó—, y sus predicciones son oscuras. Nos han anunciado que de Judea saldría el Mesías. No los comprendimos, y fuimos a la guerra. Ahora que estoy ante vos, en esta tienda, comprendo el verdadero sentido de aquellas palabras —se inclinó profundamente y continuó, sereno y mesurado—. El Mesías viene de Judea, mas no es judío. Sois vos, cónsul Vespasiano.

La extravagante y atrevida mentira dejó estupefactos a todos. Habían oído hablar del Mesías, Oriente estaba impregnado de esa tradición. El Mesías era el semidiós con el cual soñaba esa parte del mundo, el semidiós que surgiría para vengar de Roma al Oriente sometido a su yugo; un ser tenebroso, misterioso, sobrenatural, que era el protagonista de algunas bromas, como todas las manifestaciones de la superstición oriental, pero que aparecía con un inquietante contenido de seducción y amenaza.

Cenis se levantó del asiento, con la boca abierta. ¡Su Vespasiano el Mesías! Pensó en el retorno de la encina sagrada. El judío no podía conocer ese detalle. Miró a Josef con desconfianza y perplejidad. Lo que decía era magnífico, reconfortante y del todo de acuerdo con sus esperanzas, pero recelaba del oriental.

El joven general Tito, fanático de la precisión, exigía para todo una explicación exacta y esto en él se había transformado en el hábito maquinal de tomar notas taquigráficas en las entrevistas; en esa ocasión también lo hizo pero, al oír esas palabras, alzó los ojos lleno de asombro. Sería un tremendo desengaño si se descubriera que ese soldado joven y valeroso no era más que un charlatán. Pero no tenía aire de impostor. ¿Sería, tal vez, a pesar de su actitud sencilla y natural, un poseído, como los había tantos en Oriente? Los largos sufrimientos provocados por el hambre y la sed ¿habrían perturbado su cerebro?

Vespasiano fijó sus ojos claros y maliciosos de campesino en los respetuosos de Josef, quien sostuvo largo tiempo la mirada. Estaba sudoroso, aunque no hacía mucho calor en la tienda; las cadenas le pesaban, la ropa le producía escozor. Pero soportó el examen. El momento era decisivo. Tal vez el romano le diese simplemente la espalda, indignado o fastidiado, y lo hiciese conducir al suplicio o a un navío con otros esclavos, rumbo a las minas de Egipto, aunque también era posible que creyera en sus palabras. Ansioso, mientras esperaba la respuesta, rogó: «Dios mío, haz que el romano me crea; si no por mí, hazlo por tu Templo, pues si me cree, si no ataca la

ciudad este año, entonces el año próximo quizá puedan ser salvados la ciudad y el Templo. Debéis hacer, Dios mío, que el romano me crea. Debéis hacerlo, debéis hacerlo».

Vespasiano se limitó a decir:

—¡Ah, ah, ah! Más despacio, jovencito.

Josef respiró profundamente. El jefe enemigo no le había vuelto la espalda, no había dado orden de que se lo llevaran. ¡Había ganado! En voz baja, llena de confianza, y en tono insistente, continuó:

—Creedme, os lo ruego. Sólo por haber sido designado para decíroslo no he huido a Jerusalén como proyectaba, y he permanecido hasta el final en Jotapata.

—¡Qué absurdo! —gruñó Vespasiano—. De ninguna manera habríais podido retiraros a Jerusalén.

—He recibido de allí cartas y enviado otras en respuesta —prosiguió Josef—. Podía, por tanto, haber ido en persona.

Tito, desde su mesa, dijo sonriendo:

—Nosotros interceptamos esas cartas, doctor Josef.

El legado Paulino intervino discretamente:

—En una de las cartas interceptadas decía: «Me mantendré siete veces siete días en la plaza fuerte de Jotapata». A nosotros nos causó gracia pero lo cierto es que los judíos defendieron la fortaleza durante siete semanas.

Todos quedaron pensativos. Vespasiano lanzó una carcajada sarcástica y se dirigió a su amiga:

—¿Y bien, Cenis? En resumen, este joven y sus tres mártires son la demostración de que hasta el momento presente el dios Marte no se ha equivocado demasiado con su encina.

Vespasiano era un hombre desprejuiciado. Después de todo, ¿por qué no creer en los presagios si no contrariaban sus planes? Se habían producido a menudo errores sobre el significado de las predicciones, pero también muchas historias garantizaban la veracidad desconcertante de ciertas profecías. Y en cuanto al Dios inmaterial de los judíos, que residía en las tinieblas de su Sancta Sanctorum, en Jerusalén, si ese Dios judío le hacía comunicar cosas que concordaban perfectamente con sus proyectos personales, ¿por qué no escucharlo?

Hasta ese momento ni él mismo había pensado si deseaba o no ir a Jerusalén. El gobierno lo presionaba para que concluyera la campaña antes del otoño. Pero sería verdaderamente una lástima, no sólo para él sino también para el Estado, que el ejército de Oriente, tan bien entrenado bajo su mando, se dejara derrotar después de una victoria que había sido demasiado rápida o cayese en manos poco seguras. En resumidas cuentas, ese joven y su obcecada Jotapata le habían rendido un importante servicio, y el Dios que hablaba por su boca no daba malos consejos.

Josef alzó la cabeza como una planta reseca revive bajo la lluvia. Dios había sido misericordioso. Era evidente que el general le creía. ¿Y por qué no? El hombre que

tenía ante sí podría muy bien ser aquel de quien se había dicho que, surgiendo de Judea, llegaría a gobernar el mundo. ¿No se leía en las Escrituras: «El Líbano caerá bajo una mano poderosa»? *Adir*, la palabra hebrea que significa poderoso, ¿no quería decir exactamente lo mismo que César o emperador? ¿Existía un hombre mejor o más adecuado que ese hombre fuerte, de espíritu lúcido y perspicaz? Incluyó profundamente la cabeza ante el romano, y se llevó la mano a la frente. La palabra Mesías y la antigua y terrible profecía que anunciaba que Yahvé heriría a Israel para hacerle expiar sus faltas, eran la misma cosa. Este romano había llegado para cumplirla. Como la oliva no da su aceite sino cuando la exprimen, así Israel da lo mejor de sí cuando está oprimida; y quien la oprimía y aplastaba se llamaba Vespasiano. Sí, Josef había encontrado el supremo argumento, el argumento concluyente. Una profunda serenidad se adueñó de él al sentir en sí la fuerza necesaria para exponer convincentemente esta interpretación ante los doctores más exigentes de la Escuela Superior del Templo. La caverna de Jotapata estaba colmada de ignominia, se había agitado en ella hasta la convulsión, pero, así como el fruto del hombre es dado a luz en medio de sangre y suciedad, la verdad había surgido a la luz como un fruto excelso. Rebosaba confianza por todos sus poros.

Cenis daba vueltas, con evidente fastidio, en torno del prisionero.

—Es el miedo a la cruz —dijo con desdén— lo que hace hablar a este hombre. Yo lo enviaría a Roma o a Corinto, para que el emperador se pronuncie sobre su suerte.

—Por favor, no me enviéis a Roma —suplicó Josef vivamente—. Sois sólo vos quien debe decidir mi suerte y la de los míos.

Estaba agotado pero feliz. No sentía inquietud. Sí, incluso en el fondo se sentía superior al romano. De pie frente a él, pronunciaba palabras atrevidas, aduladoras, doblaba el cuerpo en profundas reverencias, pero era perfectamente consciente de cómo había empezado a manejar al romano. Éste era, sin saberlo, un azote en manos de Dios, y él, Josef, constituía el instrumento piadoso y consciente de Yahvé. Lo que había sospechado en su primera visión de Roma desde el Capitolio estaba cumpliéndose sorprendentemente. Su mano estaba en el destino de la urbe. Vespasiano era el hombre elegido por Dios, pero Josef era el encargado de dirigirlo, siguiendo la voluntad divina.

El supremo comandante, con una velada amenaza en el tono de su voz chillona, le dijo:

—Tened mucho cuidado, judío. Escribid sin equivocaros, Tito, hijo mío. Quizá nos complazcamos alguna vez en recordarle sus propias palabras. ¿Podéis decirme —continuó, volviéndose hacia Josef— cuándo ejerceré mi potestad de Mesías?

—No lo sé —repuso Josef. Y de súbito agregó, con impetuosidad imprevista—: Mantenedme encadenado hasta entonces, y haced que me ejecuten si la espera es demasiado larga. Pero ella no durará mucho. He sido un buen servidor de los «Vengadores de Israel» mientras creía que Dios estaba en Jerusalén y que sus hombres tenían una misión que cumplir. Seré un buen servidor para vos, cónsul

Vespasiano, porque ahora sé que Dios está en Roma y os ha dado plenos poderes.

—Os tomo a mi servicio personal como mi parte del botín —y al ver que Josef quería hablar, lo detuvo—. No os felicitéis demasiado pronto, judío. Podréis conservar vuestro cinturón de sacerdote, pero llevaréis también los grilletes hasta que se haya comprobado la exactitud de vuestra profecía.

El jefe del ejército envió un mensaje al emperador y al senado comunicándoles que durante el resto del año era forzoso dedicarse sólo a la organización del territorio conquistado.

Los mensajeros esperaban órdenes —cada cual en su sitio, como lo había dispuesto Cestio Galo— para anunciar la caída de Jerusalén. Vespasiano los relevó de sus puestos.

LIBRO TERCERO

CESAREA

Josef, que formaba parte del séquito de Vespasiano, recibía un trato bastante aceptable. El general escuchaba sus consejos en lo concerniente a las costumbres judías y a los asuntos personales de algunos judíos, y le agradaba tenerlo cerca. Pero le hacía notar que no se fiaba totalmente de sus indicaciones. Lo ponía frecuentemente a prueba, se burlaba de él y lo sometía a humillaciones penosas. Josef aceptaba chanzas y ofensas con docilidad y modestia, y trataba de hacerse útil de muchas y distintas maneras. Redactaba las proclamas del jefe a la población judía, cumplía la función de un experto en las discusiones entre las autoridades de las tropas de ocupación y los funcionarios locales. En suma, en poco tiempo los romanos no pudieron prescindir de él.

A los ojos de los judíos de Galilea, aunque hacía en su favor todo lo que estaba a su alcance, era un traidor y un cobarde. También en Jerusalén lo odiaban a muerte. Las noticias que venían de allí, en verdad, llegaban al territorio ocupado por los romanos muy confusas pero se pudo confirmar que los macabeos eran los amos absolutos de la situación. Habían impuesto el terror a la población y logrado que se pronunciara contra Josef el anatema solemne: «Maldito, aniquilado, desterrado, sea Josef ben Matatías, ex sacerdote de primera categoría de Jerusalén. Que nadie lo frecuente, que nadie lo salve del fuego, del agua, de un derrumbamiento o de cualquier otro accidente que pueda causarle la muerte. Que todo el mundo rehúse su ayuda; que sus libros sean tenidos por los de un falso profeta, sus hijos por bastardos. Que cada cual piense en él cuando pronuncia la decimosegunda de las dieciocho oraciones, la de la maldición, y si viene por el camino, que todos se alejen de él siete pasos, como de un leproso».

La comunidad de Merón, en la Alta Galilea, aunque formaba parte del territorio ocupado y por su talante resultaba muy sospechosa a los romanos, manifestó de modo particularmente espectacular su repudio a Josef. Hubo un tiempo en que en esa comunidad alguien había gritado ante Josef: «¡Helo aquí!», y los habitantes fundieron en cobre las pisadas del caballo «Flecha», y se las veneró. Ahora todos evitaban pasar por ese camino porque cuando acogieron a Josef lo habían cubierto de flores y de ramas. Para hacer desaparecer hasta su recuerdo sembraron hierba en aquel camino de su gloria, a fin de que creciera cubriendo el suelo que había pisado el traidor.

Josef apretó los labios y cerró los ojos. La ofensa no hacía más que acrecentar su orgullo. Junto al séquito de Vespasiano fue a Tiberíades. Era allí donde había cumplido el acto más valiente de su vida. A través de sus calles había avanzado, digno y orgulloso, montado en su caballo «Flecha» como un héroe, como el jefe de su patria. Ahora, irguiendo el cuerpo, llevó con soberbia sus cadenas por las calles de la ciudad. No parecía percatarse de los que escupían a su paso, y llenos de odio y desagrado se alejaban dando largos rodeos para evitar su encuentro. No le avergonzaba su destino, por el cual de dictador de Galilea, se había convertido en esclavo de los romanos, a la vez despreciado y protegido por éstos.

Pero hubo alguien ante quien se quebró su forzado orgullo: ése fue Justo y su

desdén ultrajante. Justo se interrumpió en medio de una frase cuando vio entrar a Josef en la ciudad y volvió hacia otro lado, con amargura, su rostro macilento. Josef quiso justificarse. Un hombre como él, que conocía tan bien el corazón humano, debería comprenderlo. Pero Justo no permitió que le dijese ni una palabra.

El rey Agripa había comenzado a reconstruir su palacio, y Josef supo que Justo pasaba el día entre las ruinas. Por eso, a menudo subía a la parte más alta de la colina, donde se elevaban las nuevas construcciones, con la esperanza de que se produjera un encuentro con su rival. Un día, por fin, lo encontró solo. Era a comienzos del invierno; la atmósfera estaba clara y diáfana. Justo se había sentado en el saliente de un muro; alzó la cabeza cuando Josef comenzó a hablar, pero se cubrió en seguida el rostro con su manto, como si sintiese frío, por lo que Josef no pudo saber si estaba escuchándolo. Rogó, suplicó, trató de persuadirlo, de explicarse. ¿Un gran error no vale más que una verdad vacilante? ¿No era necesario haber experimentado los sentimientos de los macabeos para tener el derecho de rechazarlos?

Pero Justo no dijo absolutamente nada. Cuando Josef hubo terminado, se puso de pie inmediatamente, lleno de desprecio. Se adelantó, silencioso, al suplicante. Se sentía el intenso olor de la argamasa y la madera recién cortada. Josef, humillado, lo siguió con la mirada mientras Justo, con aire fatigado, escalaba con dificultad las gruesas piedras, para alejarse del lugar por el camino más corto.

Justo no despertaba simpatías en Tiberíades. En tiempos bélicos la sensatez no está bien vista, y así ocurría tanto en la región habitada por la población indígena grecorromana de Galilea, como entre los judíos. Justo era un hombre moderado; siendo comisario de la ciudad había servido con cordura desapasionada como intermediario entre los judíos y los no judíos, deseoso siempre de mantener la paz. A los primeros les parecía demasiado griego, a los griegos demasiado judío. Le reprochaban no haber intervenido más enérgicamente contra Sapita y no haber impedido la destrucción del palacio. Sabían que el rey Agripa tenía a su secretario en alta estima y cuando la ciudad fue reconquistada, callaron sus críticas. Pero ahora, estimulados por la presencia del gran jefe romano, se empeñaron en elevar sus quejas en las que afirmaban que el judío Justo había sido el principal responsable de la extensión que había tomado la revuelta en Galilea, y en la misma ciudad de Tiberíades.

El rey Agripa, doblemente obligado en ese período ambiguo a demostrar su devoción a los romanos, no se atrevió a proteger a Justo abiertamente. Además, el legado Longino, juez supremo del ejército de Vespasiano, sostenía el principio de que más vale condenar a un inocente que dejar escapar a un culpable. La situación de Justo parecía, pues, crítica. Él mismo, espíritu escéptico y desdeñoso de la humanidad, colmado de amargura, exponía su propia defensa sin demasiada convicción. Su rey podía abandonarlo; él sabía muy bien quién era el culpable del

mal acaecido. Todo lo que emprendía aquel joven tornadizo y superficial le salía a las mil maravillas. Que los romanos lo mimaran cuanto quisieran, daba igual. Justo estaba penetrado hasta los huesos de un sombrío fatalismo.

El juez Longino, por respeto al rey Agripa, examinó el caso concienzudamente. Citó a Josef como testigo. Cuando éste tuvo en sus manos el destino de Justo, se sintió desgarrado por dos fuerzas contrapuestas. Justo había sabido ver lo más vil que escondían los entresijos de su alma y ahora dependía de él. Para todos y para cada uno de los que lo interrogaron, Justo tuvo una explicación lógica, una razón. Para él, no. Para Josef sólo mostró silencio y desdén, y aunque había aprendido a reprimir en buena medida la soberbia, se había cargado de paciencia y habituado a arrastrar cadenas, Josef no soportaba el desprecio de Justo, que habría podido horadar el caparazón de una tortuga. ¡Cuán fácilmente podía suprimir al ofensor! Ni siquiera necesitaría mentir: sólo bastaría decir alguna palabra ambigua. Pero su testimonio fue enfáticamente favorable a Justo. Con convicción vehemente y acertados argumentos dejó muy claro que nadie había servido jamás la causa de la paz y de los romanos mejor que el doctor Justo. «Sus acusadores mienten o son incapaces», declaró.

El juez informó de las declaraciones de Josef al jefe supremo. Vespasiano resopló. Observó detenidamente a su prisionero y tuvo la sospecha de que algo muy personal debía haber entre esos dos hombres. Pero todavía no había descubierto ninguna afirmación falsa en las palabras de su inteligente judío y, además, el doctor Justo era el prototipo del intelectual filósofo, o sea un personaje poco peligroso. El jefe del ejército dio por terminada la investigación y Justo volvió a quedar a disposición de su amo, el rey Agripa.

Éste se mostró cortés puesto que era consciente de la falta que había cometido con Justo al prestarse a someterlo a pruebas innecesarias. Y Justo se dio cuenta claramente de cuánto perturbaba su presencia al monarca.

Por eso se ofreció a ir a Jerusalén para representarlo y hacer valer allí sus prerrogativas, aprovechando el invierno, durante el cual no se efectuarían operaciones militares sino que, por el contrario, podrían iniciarse gestiones en favor de la paz.

Sabiendo que los «Vengadores de Israel» detentaban el poder absoluto en Jerusalén, parecía lógico suponer que la misión era temeraria e insensata y que el secretario del rey no regresaría vivo. Justo partió provisto de documentación falsa. Cuando se marchó vio a Josef en el camino pero, como antes, no le dirigió la palabra ni lo miró.

En Cesarea, en la gran feria de fin del verano, Josef encontró a Alexas, el vidriero hijo de Nahúm, de Jerusalén. En un principio creyó que éste evitaría su presencia, como la mayor parte de los judíos, pero Alexas, por el contrario, se acercó para saludarlo. Las cadenas que arrastraba Josef y el gran anatema que pesaba sobre él no inhibieron a Alexas de conversar con él. Comenzó a andar a su lado como en otro

tiempo, firme el paso y la figura imponente, pero en su mirada se notaba menos claridad y más reserva.

Había podido escapar de la capital a costa de arriesgarse mucho, pues los macabeos vigilaban, con armas en la mano, que nadie abandonase la ciudad buscando el amparo del enemigo. «En Jerusalén —dijo— reinan la locura y la fuerza brutal». Desde que los «Vengadores de Israel» expulsaran a casi todos los moderados, se estaban desgarrando entre ellos. Simeón bar Giora combatía a Eleazar, quien luchaba a su vez contra Juan de Giscala, y éste contra Simeón. No se unían sino para oponerse a cualquier política razonable. Considerándolo fríamente, Alexas pensaba que su peligroso viaje a Cesarea no le produciría ningún provecho, pero aun así se había hecho el firme propósito de regresar a Jerusalén. Había resuelto continuar su vida en esa ciudad, sofocada por el odio absurdo y ciego de los macabeos. Era una locura —lo sabía— pero amaba a su padre y a sus hermanos, y no podía vivir sin ellos, no quería abandonarlos. Sin embargo, durante los últimos días, no pudiendo soportar más la locura de sus paisanos, había sentido la necesidad de respirar el aire de la libertad, de ver con sus propios ojos que existía aún un mundo sensato.

Estaba expresamente prohibido acercarse a Josef o hablarle y, si se enteraban de ello en Jerusalén, los macabeos se lo harían pagar caro. Opinaba, por su parte, que Josef era en gran medida responsable del giro que habían tomado las cosas, pero juzgaba afortunado y hasta una victoria de la razón, que Josef no hubiese muerto con los otros en Jotapata, y se entregara, inclinando la cabeza ante los romanos. Y citó el versículo: «Vale más perro vivo que león muerto».

«En Jerusalén —continuó amargamente— no se opina del mismo modo», y contó a Josef cómo se había recibido la caída de Jotapata. Al principio se dijo que Josef había muerto al ser tomada la fortaleza. Toda la ciudad participó en la grandiosa ceremonia fúnebre en honor del héroe, abatido después de permanecer al frente de tan increíblemente prolongada resistencia. Alexas explicó en detalle cómo en la casa del viejo Matatías, en presencia del Sumo Sacerdote y de los miembros del Gran Consejo, se había puesto solemnemente cabeza abajo el lecho donde había dormido Josef. Después, en nombre de todos sus conciudadanos, el padre de Alexas, Nahúm ben Nahúm, desgarradas sus vestiduras y cubierta de cenizas la cabeza, había aportado al viejo Matatías —en el cesto de mimbre ritual— el plato de lentejas del duelo. Todo Jerusalén estaba allí cuando el anciano Matatías recitó en primer lugar el *Kadisch*, la oración por los muertos, agregando las tres palabras que no deben ser pronunciadas sino en recuerdo de un grande de Israel.

—¿Y después? —preguntó Josef.

La mirada de Alexas se ensombreció. Como Josef podía suponerlo, cuando se supo que estaba vivo y se había entregado al arbitrio de los romanos, se produjo un vuelco brutal en la opinión general. El amigo de la infancia de Josef, el doctor Amrám, propuso el anatema. Sólo unos pocos miembros del Gran Consejo se atrevieron a oponerse, entre ellos el eminente doctor Yojanán ben Zakai. Cuando la

maldición y el anatema fueron proclamados desde las gradas del santuario, a los pórticos del Templo acudió una muchedumbre tan compacta como si fueran a asistir a las fiestas pascuales.

—No os atormentéis por ello —dijo Alexas a Josef, con una sonrisa cordial que dejó a la vista unos dientes blanquísimos que destacaban sobre la negrura de su barba cuadrada—. Quien profesa la razón debe sufrir.

Se separó de Josef. Su silueta corpulenta, su rostro preocupado, y sin embargo lozano, se perdieron entre los tenderetes. Más tarde Josef lo vio comprar cuarzo en polvo y palparlo tiernamente. Seguramente se había privado durante largo tiempo del precioso material imprescindible para su amado oficio.

Tiempo después, Josef recordaría esta conversación con sentimientos contradictorios. En Jerusalén se había percatado de que la mente de Alexas era más serena que la de su padre y, sin embargo, había estado de todo corazón de parte del irreflexivo Nahúm contra el clarividente Alexas. Ahora que tenía a todo el mundo en su contra sólo éste lo aprobaba. Sintió que, a pesar de haberse habituado a las cadenas, en ese momento le oprimían y le laceraban la piel. Lo que decía el Eclesiastés era cierto: «Vale más perro vivo que león muerto»; sin embargo, algunas veces Josef lamentaba no haber perecido él también en Jotapata.

En los amplios salones de su palacio de Antioquía, Marco Lucinio Craso Muciano, gobernador general de Siria, se paseaba crispado por la ansiedad. Se le había asegurado que esta vez Vespasiano no opondría ningún obstáculo a la continuación de la campaña.

Habiendo eliminado a la oposición moderada por medio del terror, los «Vengadores de Israel» habían comenzado a exterminarse entre ellos. La guerra civil causaba terribles estragos, según las informaciones que llegaban a la ciudad, consideradas muy fiables, y por eso parecía absurdo dejar pasar esta circunstancia sin aprovecharla. Vespasiano debía avanzar hacia Jerusalén sin demora, tomar posesión y concluir la guerra. Con gran expectativa había esperado Muciano la decisión del consejo de guerra, encargado en los meses finales del invierno de establecer el plan de la campaña de primavera. Tenía el informe a la vista. La gran mayoría de los miembros del consejo, entre ellos Tito, el hijo de Vespasiano, opinaba que era necesario partir inmediatamente hacia Jerusalén. Pero el «transportista» —ese rústico gordo descarado, cubierto de excremento de caballo— seguramente había urdido una nueva treta. La discordia entre los mismos judíos —según decía Vespasiano— prepararía en corto tiempo a la ciudad para ser dominada con relativamente pocos sacrificios. Marchar en ese momento sobre Jerusalén podría significar un despilfarro de sangre de buenos legionarios romanos, que debía preservarse. Su plan consistía en esperar y ocupar primeramente la región del sur, aún no conquistada.

Vespasiano era un truhán: aunque era bien conocida su avaricia, se olvidaba de

ella cuando le interesaba prodigarse en artimañas. Para Muciano fue evidente que Vespasiano no renunciaría fácilmente a la jefatura.

Con el bastón a la espalda, torciendo el rostro enjuto hacia un lado, el presuntuoso Muciano recorría los salones, preso de la ira. Ya no era joven; había dejado atrás los cincuenta años de una vida disipada en muchos vicios, de los que no se arrepentía en ningún momento, además de consagrada al estudio de las inagotables maravillas de la naturaleza. En suma, la suya era una existencia donde se habían alternado el poder y el derrumbe, la riqueza y la miseria.

Aún en pleno vigor, era el amo de la antigua Asia, territorio que ejercía sobre él una profunda seducción. Se indignaba al pensar en la astucia del joven emperador quien lo había obligado a compartir tan extraordinario regalo, precisamente, con ese odioso campesino. Durante casi un año había tenido que soportarlo como si fuese su igual. Pero ahora se acabaría. Naturalmente, él conocía las intenciones tanto de generales como de emperadores, pero esa buena pieza no iba a ponerle más obstáculos en su camino. Debía irse de Asia, irse, ¡irse! Era necesario poner fin, de una vez, a la absurda guerra de los judíos.

Cargado de cólera, Muciano dictó a toda prisa sendas cartas al emperador, a los ministros y a sus amigos senadores.

Resultaba incomprensible que el general en jefe, a comienzos del verano, después de tantos preparativos y cuando el adversario estaba debilitado por las disensiones internas, considerase que Jerusalén no estaba aún a punto para el asalto. Se negaba a dejarse dominar por la amargura que le producía el retraso de la proyectada expedición alejandrina, que achacaba a la excesiva lentitud del conductor de la guerra. De algo estaba seguro: si tan vacilante estrategia se prolongaba, se cuestionaría en todo Oriente el prestigio del emperador, del senado y del ejército.

Cuando estas cartas llegaron a Roma, las circunstancias no eran del todo favorables a los deseos de Muciano. En efecto, las nuevas de las provincias del oeste fueron en la ocasión más importantes y perturbadoras.

El gobernador de Lyon, llamado Vindex, había iniciado una sublevación y parecía contar con las simpatías de Galia y de Hispania. Los informes habían producido gran inquietud y requerido la atención de todos, por lo que resultó explicable que sólo al ministro Talas le interesaron las cartas de Muciano. Talas se sentía afectado personalmente por la tardanza del ataque a Jerusalén y envió a Muciano una respuesta en la que aprobaba su posición sin objeciones. En cuanto la recibió, Muciano decidió interpelar personalmente al desagradable «transportista» en su cuartel general, para lo cual de inmediato partió a Cesarea.

El generalísimo lo recibió sonriente, demostrándole su satisfacción.

Sentados a la mesa, Vespasiano, Tito y Muciano charlaron en tono cordial sobre generalidades y, poco a poco, a la hora de los postres, pasaron a hablar de política. Muciano dijo que en absoluto deseaba intervenir en asuntos ajenos, pero era Roma, eran los ministros, quienes insistían con apremio en que se diese término a la

campana. Por una parte, él comprendía muy bien los motivos del general en jefe, mas por la otra el deseo de Roma le parecía tan imperioso que estaba dispuesto a poner a su disposición algunas tropas de las legiones de Siria para que marchasen cuanto antes sobre Jerusalén. El joven Tito, ávido de demostrar sus condiciones militares, lo apoyó con entusiasmo.

—Sí, padre, hacedlo. Mis oficiales y el ejército entero arden de impaciencia por vencer a Jerusalén.

Vespasiano —contentísimo— vio pintarse en el rostro inteligente de Muciano, estragado por el desenfreno, la codicia y la ambición, una gran satisfacción, mezclada con simpatía y envidia hacia su hijo. Sonrió. Aunque confiaba en Tito, no le había dicho una sola palabra acerca de sus verdaderos planes.

Estaba persuadido de que, en el fondo, su hijo los intuía tan bien como el astuto Muciano, o el judío Josef, pero le encantaba que se hubiese dejado llevar por un arrebato. De este modo, le sería tanto más fácil encubrir sus razones particulares con consideraciones generales.

Más tarde, cuando quedaron solos y Muciano le entregó la carta del ministro Talas, Vespasiano experimentó un sentimiento de respeto por la tenacidad de ese hombre. Le disgustaba pero, aún así, apreciaba su perspicacia y sabía que con él se podía hablar sin rodeos. Rechazó el documento con un gesto.

—Dejad, Excelencia. Ya sé que vos tenéis la intención de darme a conocer la opinión de cualquier pusilánime influyente en Roma acerca de que el imperio estará perdido si no me precipito al instante sobre Jerusalén —se aproximó a Muciano y exhaló su aliento desagradable sobre el rostro del otro, que debió recurrir a toda su cortesía para no hacer un ademán de repulsa. Vespasiano agregó—: Podríais mostrarme diez cartas de esta clase, que no influían sobre mí en lo más mínimo.

Después se incorporó, se masajeó gimiendo el brazo gotoso, y murmuró al oído de Muciano:

—Escuchadme, buen amigo, nosotros hemos pasado por todo en la vida, y me parece innecesario que tratemos de engañarnos mutuamente. A mí se me agría el humor al veros con el bastón a la espalda, haciendo muecas, y a vos os produce náuseas mi respiración o el olor de mi piel. ¿No es así?

—Continuad, os lo ruego —contestó Muciano, cortésmente.

—Por desgracia —prosiguió Vespasiano—, los dos estamos uncidos al mismo yugo. Ha sido una ocurrencia condenadamente astuta de Su Majestad. Pero ¿por qué no hemos de ser tan listos como él? Un dromedario y un búfalo no pueden arrastrar el mismo carro. Se incita con provecho a los griegos contra los judíos, y a los judíos contra los griegos, pero a dos viejos pillos como nosotros... ¿qué me decís?

Muciano parpadeó nervioso:

—Sigo con atención el hilo de vuestros pensamientos, cónsul Vespasiano.

—¿Tenéis novedades de Occidente? —preguntó éste súbitamente, sin apartar la mirada de su interlocutor.

—¿Queréis decir de Galia? —enmendó Muciano.

—Veo que estáis al tanto —replicó Vespasiano, haciendo una mueca—. No hace falta que me enseñéis la carta de vuestro instigador de Roma. Por el momento, allí les preocupan otros asuntos.

—Con vuestras tres legiones no podréis hacer gran cosa —agregó Muciano, un poco incómodo. Había soltado el bastón, y con el dorso de su mano pequeña y cuidada se secaba la transpiración del labio superior.

—Es cierto —reconoció Vespasiano, satisfecho—. Os propongo, por tanto, un arreglo. Vuestras cuatro legiones de Siria no valen nada, pero con las tres excelentes que yo poseo, serían siete. Reunamos nuestras siete legiones hasta que vuelva la calma a Occidente. —Al observar que Muciano no hacía ningún comentario, agregó, en tono juicioso—: Mientras la situación no mejore en Occidente, no os libraréis de mí. Sed razonable.

—Os agradezco vuestras explicaciones francas y coherentes.

Varias semanas más permaneció Muciano en Judea, ocupado, según dio a entender, en sus investigaciones científicas. En efecto, estaba preparando una gran obra sobre la geografía y las razas existentes en el imperio, y Judea era un sitio particularmente interesante para él. Tito acompañó al gobernador en sus excursiones. Se mostró amable y lo ayudó a anotar los relatos que les hacían los naturales del país. Allí encontraron la fuente de Jericó, cuyas aguas, en otro tiempo, marchitaban no sólo los frutos de la tierra y de los árboles sino también el fruto de las entrañas de las mujeres, ocasionando la destrucción y la muerte de todos los seres vivos. Hasta que un día, un profeta llamado Elischa, la purificó —gracias a su fe y su sabiduría— y desde entonces sus aguas se habían vuelto benéficas.

Visitaron el Mar de Asfalto, o Mar Muerto, cuya característica consiste en mantener a flote, aun los objetos más pesados, y devolverlos a la superficie aunque se los sumerja. Para comprobarlo, Muciano hizo arrojar a las aguas a unos hombres que no sabían nadar, con las manos atadas a la espalda, y vio con asombro cómo emergían del fondo. Recorrió los campos de Sodoma, buscó vestigios del fuego enviado por el cielo, percibió en el lago los contornos borrosos de cinco ciudades sumergidas, y arrancó de los árboles unos frutos que por su forma y color parecían en sazón pero se convertían en polvo y ceniza sólo con tocarlos.

Muciano estaba ávido de conocimientos, hacía preguntas continuamente sobre todo lo que veía, tomaba notas o encargaba que lo hicieran. Un día encontró unos apuntes escritos con una letra idéntica a la suya, aunque no le pertenecían. Supo entonces que habían sido hechos por Tito, quien poseía el don de imitar al instante la escritura de cualquier persona, a tal punto que los mismos interesados no podían distinguir la imitación del original. Muciano, perplejo, le pidió que trazara algunas líneas con la escritura de su padre, Vespasiano, a lo que Tito accedió. Al verlas, Muciano pensó que era imposible que alguien sospechara de su autenticidad.

Pero la maravilla más grande que Muciano descubrió durante las semanas que

permaneció en Judea fue el prisionero, el general sabio Josef ben Matatías. Desde su primer día en Cesarea, el gobernador había observado al judío, que transitaba por las calles discretamente aunque desde luego bien visible por las cadenas que arrastraba.

Vespasiano eludía las preguntas inquisitivas del gobernador, pero no podía impedir que éste, curioso por temperamento, conversara en tono familiar con el sacerdote. Lo hacía muy a menudo, y pronto observó que Vespasiano recurría a su esclavo como a una especie de oráculo, cuyas respuestas tenía en cuenta en los casos espinosos, sin dejar que se trasluciera la importancia que en realidad le concedía. Esta relación sorprendió mucho a Muciano, pues siempre había considerado a Vespasiano un racionalista convencido.

Sus charlas con Josef versaban sobre todos los temas imaginables y lo que más admiraba a Muciano era la forma como la sabiduría oriental había matizado la filosofía griega del judío. Había conocido a muchos sacerdotes de distintas religiones, de Mitra y de Aumu; sacerdotes bárbaros del Sulis de los británicos y del Rosmerta de los germanos, pero este sacerdote de Yahvé, aunque en apariencia no se diferenciaba demasiado de un romano, lo atraía más que cualquier otro.

Sin embargo, en ningún momento perdía de vista sus relaciones con el comandante del ejército de Judea. Vespasiano había tenido razón cuando opinó que a ambos convenía estar de acuerdo mientras la situación en Roma y en todo Occidente no estuviese perfectamente definida. Con su ruda franqueza le había hecho ver que, finalmente, en los hechos se apreciarían los buenos resultados de esa comunidad de intereses. En consecuencia, ninguno de ellos podría emprender una acción política o militar de importancia sin el consentimiento del otro y mantendrían este acuerdo mutuo aunque en los comunicados a Roma aparentaran seguir intrigando, uno contra otro, como lo habían hecho hasta ese momento.

A Vespasiano —poco generoso por naturaleza— le empezaba a preocupar cuál sería el regalo que solicitaría Muciano —tan codicioso como pródigo— en calidad de presente de hospitalidad, cuando partiera. Sin embargo, éste sólo le pidió que le cediera a Josef, el prisionero judío. El general, sorprendido en un primer momento por tanta modestia, estuvo dispuesto a concedérselo, pero lo pensó mejor y decidió negarse.

Con buen humor le respondió:

—Vos sabéis perfectamente que el «transportista» es un poco avaro.

En compensación, Muciano consiguió que Vespasiano permitiera a Tito ir por un tiempo a Antioquía. El general comprendió entonces que Tito se convertiría para el gobernador en un rehén que garantizaría el cumplimiento de lo acordado, pero no se incomodó. Escoltó a Muciano hasta la nave que debía conducirlo de regreso. Al despedirse, éste le dijo con su acostumbrada cortesía.

—Vuestro hijo Tito, cónsul Vespasiano, posee todas vuestras virtudes pero ninguno de vuestros defectos.

A lo que, respirando sonoramente, Vespasiano contestó:

—Excelencia, por desgracia vos no tenéis a ningún Tito.

Cierto día Vespasiano se dirigió a los muelles de Cesarea para inspeccionar a los prisioneros de guerra que iban a ser subastados como esclavos. El centurión Frontón, jefe del depósito, había mandado hacer apresuradamente una relación de las aproximadamente tres mil cabezas capturadas.

Cada uno de los prisioneros llevaba colgada del cuello una tablilla de madera en la que se había anotado un número, la edad, el peso, las enfermedades y cualidades especiales. Los mercaderes circulaban entre ellos, los obligaban a levantarse, arrodillarse, mover los brazos y las piernas, abrir la boca.

Los palpaban: todo les parecía defectuoso. Comentaban que no era buena mercancía: «La venta de mañana dará un resultado muy pobre», decían.

Algunos oficiales iban en la comitiva de Vespasiano, además de Cenis y del judío Josef, quien era su intérprete para entenderse con los prisioneros. Vespasiano tenía derecho a diez esclavos del botín, y deseaba elegirlos antes de que el grupo fuese conducido al mercado. Cenis, por su parte, necesitaba una peluquera y un mozo apuesto para servir la mesa. Práctico como siempre, al general sólo le interesaba quedarse con algunos muchachos aptos para la labranza de las tierras que poseía en Italia.

Como estaba de buen humor, bromeaba a costa de los esclavos judíos. «Son endiabladamente exigentes respecto al sábado, a sus complicadas prescripciones dietéticas y a todo lo demás. Si se les permite respetar sus mandamientos, su jornada de trabajo se reduce a la mitad y si no se les permite se ponen insoportables. En definitiva: sólo sirven para revenderlos a otros judíos».

—A menudo me he preguntado —dijo dirigiéndose a Josef— si sería más conveniente para mí revenderlos a vuestros correligionarios, pero me han ofrecido precios irrisorios. Evidentemente los profetas abundan.

Josef esbozó una sonrisa humilde y no respondió, aunque interiormente estaba muy lejos de sentirse feliz. Por ciertas palabras escuchadas casualmente, deducía que la señora Cenis, a quien no le era nada simpático, había intentado cederlo al gobernador general, a espaldas de Vespasiano. Y, aunque acertadamente pensaba que Muciano, cortés y aficionado a la literatura, no se permitiría hacerle bromas groseras como las de Vespasiano, Josef se sentía más ligado a éste. Dios había forjado la cadena que los unía. Junto a él estaba su gran oportunidad. La sonrisa con que respondió a la broma sobre la posible venta fue completamente forzada.

Se acercaron a un grupo de mujeres que devoraban silenciosamente la sopa de lentejas y el pan moreno que les acababan de distribuir. Era el primer día verdaderamente caluroso del año; en todas partes se sentía un bochorno y un hedor insoportables. Las mujeres más viejas, que sólo interesaban para trabajar, estaban vestidas; a las jóvenes, en cambio, les habían quitado la ropa. Entre éstas se

encontraba una jovencita de pocos años y pocas carnes, aunque no era escuálida. No comía: permanecía acurrucada en el suelo con las piernas cruzadas, las manos en los tobillos y los hombros encogidos. Intentaba esconder su desnudez, inclinando el tronco hacia delante y, tímidamente, miraba a los hombres con sus grandes ojos expectantes, ansiosos y cargados de reproches.

Vespasiano la descubrió desde cierta distancia. Se le acercó, respirando con mucha dificultad por el calor, y tomándola por los hombros intentó hacerla incorporar. Ella lo miró angustiada y despavorida.

—Levántate —ordenó el centurión.

—Dejadla —intervino el general y se agachó para leer en la tablilla de madera: «Mara, hija de Lakisch, funcionario en el teatro de Cesarea, virgen».

—Está bien —agregó, quejándose por el esfuerzo de enderezarse.

—¿Te vas a levantar, perra? —chilló un guardia.

El miedo impedía comprender a la muchacha qué querían de ella.

—Creo que deberías levantarte, Mara —le dijo Josef, suavemente.

—Dejadla —ordenó nuevamente Vespasiano en voz baja.

—¿Seguimos? —preguntó Cenis— ¿o queréis llevárosla? No creo que vaya a servir para cuidar rebaños.

Cenis no se oponía en absoluto a que Vespasiano se divirtiera con quien quisiera, pero quería ser sólo ella quien le eligiera sus entretenimientos.

Cuando la muchacha se puso de pie, se pudo apreciar el óvalo de su rostro, dulce y luminoso, en parte cubierto por una abundante cabellera oscura; entreabrió ligeramente su boca firme, de labios gruesos, y se vio el brillo de sus bellos dientes. Se sentía desamparada, desnuda y tan joven, y movía la cabeza con un balanceo constante de un lado al otro.

—Preguntadle qué sabe hacer —dijo Vespasiano a Josef.

—El señor desea saber si conoces algún oficio —le preguntó Josef, con dulzura.

La respiración de la muchacha se tornó un jadeo espasmódico; miró largamente a Josef con sus grandes ojos oscuros y —repentinamente— se llevó la mano a la frente. Inclínó la cabeza pero permaneció callada.

—¿Seguimos o no? —preguntó Cenis.

—Deberías contestar —insistió Josef suavemente, con paciencia—. El amo desea saber si conoces algún oficio.

—He aprendido muchas oraciones de memoria —contestó finalmente. Su voz sonaba tímida y grave pero asombrosamente agradable.

—¿Qué dice? —exigió Vespasiano.

—Que sabe rezar.

Todos rieron menos Vespasiano.

—¿Debo enviaros a esta doncella? —inquirió a su vez Frontón. El general dudó. Al fin respondió:

—No, necesito gente que trabaje mis tierras.

Esa noche Vespasiano preguntó a Josef:

—¿Rezan mucho las judías?

—Nuestras mujeres no están obligadas a rezar ni tampoco a observar los mandamientos, que son 365, es decir, tantos como días tiene el año. Deben respetar las prohibiciones que son 248, igual al número de huesos que hay en el cuerpo humano.

—¡Qué abundancia! —exclamó Vespasiano—. ¿Creéis que ella es realmente virgen? —preguntó después de una pausa.

—Nuestra Ley castiga con la muerte la impudicia femenina.

—¡La ley! —se burló Vespasiano, encogiéndose de hombros—. A la pequeña tal vez le preocupe vuestra ley, doctor Josef, pero no a mis soldados. Quiero que sepáis que he procurado que también en ese aspecto la disciplina sea estrictamente respetada. Lo que me preocupa son sus grandes ojos de ternera. Diríase que esconden todos los sentimientos posibles, aunque, probablemente, no digan nada, como siempre ocurre en este país. Al principio son conmovedores, y cuando se mira de cerca, nada detrás. ¿Qué se ha hecho de vuestro oráculo, señor profeta? —agregó, bruscamente malhumorado—. Si os hubiese mandado a Roma, hace tiempo que expurgaríais vuestras faltas en alguna mina de Cerdeña, en lugar de entreteneros aquí con bonitas muchachas judías.

A Josef no le inquietaban las bromas de su amo. Había comprendido hacía tiempo que no era el único en llevar cadenas.

—El gobernador general Muciano —repuso con cortesía— me habría pagado al precio de dos docenas de mineros, por lo menos, si vos hubierais accedido a su pedido. Supongo que no me sentiría muy desdichado en Antioquía.

—Os estoy permitiendo muchos atrevimientos, mi judío —observó Vespasiano. Josef cambió el tono.

—Mi vida estaría perdida —dijo apasionadamente, a la vez convincente y humilde— si vos me apartarais de vuestro lado. Creedme, cónsul Vespasiano, sois vos el Redentor y Yahvé me ha enviado para decíroslo y repetíroslo: vos sois el Salvador —insistió eufórico.

Su amo lo miraba con expresión burlona, sin creer del todo sus palabras. Sin embargo, no podía evitar que las afirmaciones entusiastas del joven sacerdote encendieran su espíritu fatigado. Se sentía molesto consigo mismo por desear constantemente que el judío le repitiera las mismas profecías; se había acostumbrado demasiado a su voz misteriosa y llena de fe. Estaba demasiado unido al judío.

—Si vuestro dios no se da prisa, querido judío —bromeó— el Mesías estará un poco senil cuando se presente.

Entonces Josef, que ignoraba de dónde sacaba tanta seguridad, repuso imperturbable:

—Si antes del pleno verano no se ha producido un cambio total en vuestra vida, vendedme en Antioquía, os lo ruego, cónsul Vespasiano.

El general saboreó estas palabras con placer pero, como no quería revelar sus sentimientos, desvió la conversación hacia otro tema:

—Vuestro rey David se hacía llevar a la cama a mujeres jóvenes de cuerpo ardiente. No le disgustaban tampoco los buenos manjares. Yo creo que vosotros sois todos iguales. ¿Qué me decís de ello, jovencito? ¿Por qué no me contáis algo sobre esto?

—Entre nosotros se dice que cuando un hombre ha frecuentado a una mujer durante siete lunas Dios no se expresa más por su boca. Mientras escribía el *Libro de los Macabeos* no estuve con ninguna mujer, y desde el día en que me hice cargo del supremo mando de Galilea, observé la misma conducta.

—No os ha servido de mucho —concluyó Vespasiano.

A la mañana siguiente, el generalísimo mandó comprar en la subasta a la joven Mara, hija de Lakisch, y esa misma noche fue conducida a su presencia. Sobre la cabeza llevaba todavía la corona de los que, según las leyes de la guerra, son enviados a la subasta «bajo la lanza», pero por orden de Frontón la habían bañado, perfumado y vestido con una túnica transparente de muselina de Cos. Vespasiano la examinó de pies a cabeza, con mirada penetrante y fría.

—¡Imbéciles! —masculló—. La han aparejado como a una ramera de Hispania. Yo no he pagado cien sestercios por esto.

La niña no comprendía nada. Había sufrido muchísimo y estaba muy asustada. Josef le habló con exquisita suavidad, en su arameo natal. Ella le contestó temblorosa, con su voz grave. Vespasiano escuchó pacientemente esa conversación que a él le sonaba gutural, extraña. Por último, Josef le explicó:

—Está avergonzada por verse desnuda y porque la desnudez entre nosotros es un pecado capital. Una mujer no debe exhibirse sin ropas, ni siquiera cuando un médico diagnostica que su vida depende de ello.

—¡Qué tontería! —exclamó Vespasiano.

—Mara pide al príncipe —continuó Josef— que le permita ponerse un vestido rectangular, de una sola pieza. Mara pide al príncipe que le conceda, además, una redcilla para recoger sus cabellos y sandalias perfumadas para calzar sus pies.

—A mí me huele bastante bien —opinó el general—. Pero no importa, las tendrá. La despidió. Ese día no tenía necesidad de ella.

—Puedo esperar —confió a Josef—. He aprendido a tener paciencia. Antes de disfrutar de algunas cosas en la mesa, en el lecho o cualquier otro lugar, me gusta apartarlas un tiempo de mí. He tenido que aguardar mucho antes de obtener mi puesto actual —se explicó restregándose el brazo gotoso, lo que acentuó aún más el tono de confianza—. ¿Encontráis, de verdad, algo especial en esa pequeña judía? Es tímida, tonta y no puedo conversar con ella. La fruta verde parece bonita, pero, ¡maldición!, se pueden encontrar aquí mujeres mucho más hermosas. ¡Sabe Dios qué es lo que a

uno le atrae de un animalito como ése!

También Josef era sensible a la seducción de la pequeña Mara. Conocía a las indolentes galileas, tímidas, hasta melancólicas, pero exuberantes y sensuales en la entrega.

De pronto, con cierto desparpajo, Josef dijo al romano que Mara quería algarrobas. Estaba en su derecho. Mara, hija de Lakisch, no podría sin ellas pronunciar la fórmula de bendición cuando recibiera el vestido cuadrangular.

Vespasiano se enfadó.

—¿Os habéis puesto sentimental, judío? Comenzáis a fastidiarme. Os dais demasiada importancia. Cuando uno desea llevarse a una chica a la cama me exigís unos preparativos como para una campaña militar. Quiero deciros una cosa, profeta. Enseñadle un poco de latín. Decídselo mañana por la mañana, pero no os adelantéis a disfrutarla si queréis que vuestra condición de profeta no sufra perjuicio.

Josef pudo ver a Mara al día siguiente. Llevaba puesto el sencillo vestido típico de las mujeres del país, hecho con una sola pieza rectangular de color marrón a rayas rojas. El instinto no había engañado a Vespasiano. La pureza de su rostro ovalado, la frente pequeña y luminosa, los ojos almendrados y los labios voluptuosos y un poco prominentes de la muchacha se apreciaban más con su vestido sencillo que cuando apareció casi desnuda y cargada de ornamentos.

Josef la interrogó con cautela. Su padre y toda su familia habían muerto, según creía la niña en castigo por sus pecados. Ella también expiaba las culpas paternas: Lakisch ben Simeón había aceptado un cargo en el teatro de Cesarea, después de consultar a muchos sacerdotes y doctores, quienes, aunque con vacilaciones, lo habían autorizado a trabajar en ese lugar. Otros, en cambio se habían opuesto en nombre de la fe y en ellos Mara había depositado su confianza, y en las palabras de los macabeos. Su padre realizaba un trabajo prohibido, ella misma se había convertido en una réproba: se había exhibido desnuda ante los incircuncisos y les había servido de diversión. ¿Por qué Yahvé no la había hecho morir antes de aquello? Se quejaba con dulzura; su voz sonaba suavemente, su expresión era humilde. Se había sentado frente a Josef; era una joven deliciosa, ya era una mujer. «Su viñedo está en flor», pensó él. Súbitamente, sintió un violento deseo de ella. Sus rodillas se doblaron como en la caverna de Jotapata. Miraba a la niña y ella a su vez no apartaba sus rasgados ojos profundos de él. Su boca estaba apenas entreabierta pero Josef sentía su aliento puro. La deseó ardientemente.

—¿Qué debo hacer, mi doctor y maestro? —prosiguió Mara—. Es un gran consuelo, un precioso favor que Dios me concede poder hablar con vos.

Su sonrisa encendió en Josef un odio salvaje y descontrolado hacia el romano. Forcejeó por quitarse las cadenas, inútilmente. No tenía escapatoria; él mismo debía ayudar al bruto voraz a poseer a la niña.

Mara se incorporó rápidamente, y sin dejar de sonreír caminó de un lado al otro, con pasos ligeros, calzada con unas perfumadas sandalias de cáñamo.

—En sábado siempre he calzado sandalias perfumadas; es un mérito, que Dios toma en cuenta, que nos vistamos el día santo con cuidado especial. ¿He hecho bien en pedir al romano las sandalias?

—Escucha, Mara, hija de Lakisch, joven doncella —dijo Josef, tratando de explicarle, con el máximo cuidado, que ellos dos habían sido enviados por el Señor junto a Vespasiano, para cumplir el mismo fin. Le habló de la joven Ester que Dios mandó a presencia del rey Ahasvero para salvar a su pueblo, y de Irene, enviada ante el rey Tolomeo—. Es tu deber agradar al romano, Mara.

Pero ella sentía miedo. El incircunciso, ese impío que un día sería juzgado en el valle de Hinom, ese vejestorio, la disgustaba, la espantaba. Josef, enfurecido contra sí mismo y contra el romano, la aconsejó con tiernas palabras, con frases comedidas. Preparó para el romano un manjar delicado.

A la mañana siguiente, Vespasiano describió a Josef con cruda franqueza cómo habían sucedido las cosas respecto a Mara. Un poco de pudor y de temor no le disgustaban, pero ella había temblado de la cabeza a los pies, estuvo a punto de desvanecerse y, al fin, se había quedado inmóvil, completamente rígida. Él estaba viejo y un poco reumático, y la niña lo había fatigado.

—Me parece que está llena de supersticiones. En cuanto la toco cree que son demonios los que la devoran. Domesticádmela un poco, ¿eh? Decidle en arameo: «Sé tierna, pequeña; no seas tonta, paloma», o algo por el estilo.

Cuando Josef volvió a verla, Mara, en efecto, estaba como petrificada e impenetrable. Las palabras brotaban maquinalmente de sus labios. Se la habría creído una muerta bien acicalada. Retrocedió al notar que Josef se le aproximaba, gritando como una leprosa desesperada, aterrorizada:

—¡Impura! ¡Impura!

Antes de que el verano hubiese alcanzado su plenitud, llegaron noticias graves de Roma. La sublevación de Occidente había triunfado, el senado había depuesto al emperador Nerón, el quinto César, y éste se había suicidado, ofreciendo a los que lo rodeaban un ejemplo de dignidad. Los jefes del ejército eran ahora los amos del mundo. Vespasiano sonrió. Si normalmente estaba sereno, ahora su serenidad era extraordinaria. Había hecho bien en escuchar su voz interior y no precipitarse a dar por terminada la campaña. Bajo su mando en aquel momento había tres fuertes legiones, y con las de Muciano, siete. Tomando a Cenis por los hombros, le dijo:

—Nerón está muerto. Mi judío no es un imbécil, Cenis.

Se miraron, meciendo silenciosamente sus cuerpos rollizos. Los dos reían. Cuando Josef se enteró de la muerte de Nerón, se incorporó lentamente. Era todavía joven —tenía treinta y un años— y había sufrido más altibajos en su vida que cualquier otro hombre de su edad. Ya de pie, respiró profundamente con la boca abierta, y se puso una mano en el pecho. Confiado en que Yahvé habitaba en él, había

jugado una partida muy fuerte y había ganado. Trabajosamente se colocó con las manos encadenadas el tocado de sacerdote, y pronunció la bendición: «Alabado seáis, oh, Yahvé, nuestro Dios, que nos has permitido vivir y alcanzar este día». Enseguida, lenta, calmosamente, levantó primero el pie derecho, luego el izquierdo. Bailaba como los grandes señores en el Templo, ante el pueblo, el día de la fiesta del agua.

Al golpear el suelo con el pie, las cadenas tintineaban. Saltaba, brincaba, zapateaba, trataba de batir las manos y de palmearse los muslos. La pequeña Mara se detuvo en la puerta de la tienda de Josef, asustada. Él continuó bailando, frenético.

—Búrlate de mí, Mara, hija de Lakisch —le gritó—, ríe, como el enemigo se burlaba de las danzas de David. ¡No temas! ¡No es Satán, el bailarín infernal! ¡Es el rey David, que baila delante del Arca de la Alianza!

Así se exaltaba el doctor y maestro Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría, porque Dios no había permitido que su profecía fuese vana.

Esa noche, Vespasiano le dijo:

—Doctor Josef, podéis quitaros las cadenas.

—Si me lo permitís, cónsul Vespasiano —replicó él— continuaré usándolas, Las conservaré hasta que el emperador Vespasiano me las quite.

—Sois muy hábil, querido judío —comentó Vespasiano, riendo.

Josef volvió a su casa silbando entre dientes, muy quedo, como hacía únicamente cuando estaba particularmente contento. Silbaba la cancioncilla del esclavo Isidoro: «¿Quién es aquí el amo? ¿Quién paga la mantequilla?».

Los mensajeros circulaban de Antioquía a Cesarea, y viceversa. Despachos urgentes llegaban de Italia, a través de Egipto. El senado y la guardia pretoriana habían nombrado emperador al vetusto general Galba, caprichoso y gruñón, a quien no le sería posible conservar el trono por mucho tiempo. Al nuevo emperador lo designarían los ejércitos: los del Rin, del Danubio y de Oriente. El gobernador general de Egipto, Tiberio Alejandro, había concertado una alianza estrecha con los dos comandantes supremos de Asia. Hasta el antipático hermano de Vespasiano, el prefecto de policía Sabino, se puso en movimiento e hizo algunas ofertas ambiguas al hermano primogénito.

Había mucho que hacer y a Vespasiano no le quedaba tiempo de estudiar el arameo para relacionarse con la joven Mara. ¡Por Júpiter!, esa tontita bien podría aprender a ser tierna en latín. Pero Mara no hacía ningún progreso en esa lengua; además costó mucho evitar que se atravesara el pecho con un largo alfiler. Tan poca colaboración estaba exasperando al general. Pero, como de algún modo misterioso se sentía deudor del dios de los judíos, no quería que por culpa de la jovencita ese dios se pusiera en su contra. Esta vez no confió en Josef. Buscó a otro intermediario y así pudo saber qué era lo que tanto apenaba a la muchacha. Cuando se lo dijeron quedó estupefacto: esa cosa insignificante poseía un ingenuo orgullo, similar al del judío.

Entonces Vespasiano rió ampliamente y con un poco de malicia pensó que él sabría cómo arreglárselas con Josef y con la pequeña.

—Vosotros, los judíos —le dijo ese mismo día en presencia de Cenis— respetáis unas creencias supersticiosas, vergonzosas y bárbaras. Imaginaos, doctor Josef, que la pequeña Mara está completamente convencida de que se ha vuelto impura porque yo duermo con ella. ¿Comprendéis esto?

—Sí.

—En ese caso sois más listo que yo. ¿Existe alguna forma de purificarla?

—No.

Vespasiano bebió una copa del excelente vino de Eschkol, y prosiguió tranquilamente.

—Ella, en cambio, conoce una, que consiste en que un judío la tome por esposa. Afirma que sólo así quedará limpia de pecado.

—Son tonterías infantiles.

—No es ésta una superstición más absurda que la otra —observó Vespasiano, en tono conciliatorio.

—Muy difícilmente encontraréis a un judío que quiera casarse con ella. La Ley lo prohíbe.

—Lo encontraré —repuso el general, con buen humor. Josef lo miró, interrogante—. Vos, mi querido judío —agregó el romano, sonriendo.

Josef palideció y, al notarlo, Vespasiano le reprochó afectuosamente:

—No sois cortés, profeta mío. Habrías debido decir «muchas gracias».

—Soy sacerdote de primera categoría —le contestó Josef con la voz enronquecida, completamente anonadado.

—Estos judíos son endiabladamente delicados —dijo entonces Vespasiano dirigiéndose a Cenis—. Lo que ha tocado uno de nosotros, ya no les gusta. Sin embargo, el emperador Nerón y yo nos hemos casado sin poner inconveniente con mujeres repudiadas, ¿no es así, amiga mía?

—Desciendo de los Asmoneos —explicó Josef en voz baja—. Mi familia se remonta al rey David. Si desposo a esa mujer, pierdo para siempre mi título de sacerdote, y los hijos de tal unión serán ilegítimos, privados de todo derecho. Soy sacerdote de primera categoría —repitió muy quedo, obstinadamente.

—Sois un montón de excremento —concluyó Vespasiano, escuetamente—. Si tiene un hijo, lo veré dentro de diez años. Entonces decidiremos si es mío o vuestro.

—¿Os casaréis con ella? —preguntó Cenis, curiosa.

Josef no contestó:

—¿Sí o no? —insistió Vespasiano, con repentina violencia.

—No digo que sí ni que no —replicó Josef—. Dios, que ha decidido hacer del general un emperador, le ha inspirado ese deseo. Me inclino ante Dios —e hizo una profunda reverencia.

Josef durmió mal las noches siguientes. Las cadenas le ulceraban la piel. Más de

cuanto lo había elevado el éxito de su profecía, lo rebajaba la fantasía audaz del romano. Recordó las lecciones del esenio Banus, en el desierto: la pasión carnal ahuyenta el espíritu divino. Estaba claro que debía abstenerse del contacto con mujeres mientras su predicción no se cumpliera. Mara había agradado a su corazón y a sus sentidos y debía expiar su extravío sensual. Sabía que si desposaba a la niña, hecha prisionera por la guerra, y prostituida por la concupiscencia del romano, merecería el rechazo de Dios y la flagelación pública; a tal punto conocía los preceptos. No existía ninguna excepción, ninguna escapatoria o interpretación que le valiera. «La viña no debe trepar sobre el zarzal», así rezaba la norma. Y acerca de la sentencia: «Maldito sea quien se acueste con una bestia», el comentario auténtico de los doctores añadía que el sacerdote que se acuesta con una prostituta no vale más que el que se une a una bestia.

Pero Josef estaba dispuesto a beber la copa hasta la hez. La partida era importante; en consecuencia, se le exigía una apuesta altísima. Estaba ligado a ese romano. Aceptaría su vergüenza.

Vespasiano dispuso del tiempo y la obstinación necesarios para disfrutar al máximo de su broma. Se hizo informar acerca de los complicados y minuciosos hábitos matrimoniales judíos, de los detalles de las ceremonias del compromiso y de la boda, que no eran iguales en Galilea y en Judea, y se esmeró en que todo se realizara de acuerdo con los ritos.

Estaba establecido que, si faltaba el padre, era el tutor quien debía discutir con el novio el precio de compra de la novia. Vespasiano se nombró tutor. Se acostumbraba que el novio pagase doscientas piezas de oro si la novia era virgen, y cien si era viuda. Vespasiano hizo inscribir en el acta: «Por Mara, hija de Lakisch, ciento cincuenta piezas», y exigió a Josef la firma de un documento por el cual éste se comprometía a pagarle la mencionada suma. Convocó como testigos del matrimonio a doctores y a estudiantes de las escuelas de Tiberíades, de Magdala, de Séforis, y a otros notables del territorio ocupado. El general les impuso multas, e hizo pagar contribuciones especiales a sus comunidades.

Toda la población judía fue invitada a la boda, que fue anunciada en todas partes por heraldos. Para el cortejo nupcial se buscó en Tiberíades la más bella silla de manos, como lo exigía la costumbre cuando se trataba del matrimonio de grandes personajes. Cuando Mara abandonó su morada, transportada en la silla y coronada de mirtos, Vespasiano pronunció, como representante del padre, la frase: «Dios quiera que no volváis más aquí». Después fue conducida a través de la ciudad. Los notables de Galilea, coronados igualmente de mirtos, conducían la silla. Delante iban muchachas con antorchas y algunos estudiantes, balanceando unos vasos de alabastro colmados de perfumes. Regaron el camino de vino y de aceite; arrojaron nueces y espigas doradas, cantando a coro alrededor de la novia: «No os hacen falta ni afeites ni ungüentos, ni hierbas medicinales, adorable gacela». Se bailó en todas partes. Tanto la dama de sesenta años como la niña de seis danzaron al son de la cornamusa;

también los doctores tuvieron que bailar, con guirnaldas de mirtos en la mano, pues Vespasiano quería que la joven pareja fuese honrada de acuerdo con las costumbres tradicionales.

De ese modo fue conducido Josef a través de Cesarea durante un largo recorrido, no menos doloroso que el que hiciera a través del campamento romano, cuando fue llevado por primera vez a presencia del comandante. Por último, se produjo el encuentro con Mara en la tienda nupcial, la *jupá*, confeccionada con blancos lienzos bordados de oro, de cuyo techo colgaban racimos de uvas, higos y aceitunas. Vespasiano y un grupo de oficiales fueron testigos, junto con los notables de Galilea, de que Josef desposaba a Mara. Le oyeron pronunciar claramente, con firmeza, la fórmula que se hacía sacrílega en su boca: «Declaro aquí que me eres confiada según la ley de Moisés y de Israel». Sin embargo, la tierra no se abrió para tragar al sacerdote que articulaba las palabras prohibidas. Los frutos se mecieron suavemente en el techo de la tienda nupcial. Se oyó cantar en torno a la tienda: «Hermana mía, querida novia, sois un jardín cerrado, una fuente clausurada, un manantial sellado».

La deliciosa Mara, sin turbarse, posó la mirada profunda de sus grandes ojos en el pálido rostro de Josef, y repuso con el versículo: «Que mi amigo venga a su jardín a comer de sus frutos exquisitos». Vespasiano se hizo traducir las palabras del ceremonial, y sonrió, encantado.

—Una cosa quiero pedir, querido —dijo a Josef—. No tengáis demasiada prisa por retiraros del jardín.

La princesa Berenice, hija del primer rey Agripa y hermana del segundo rey del mismo nombre, volvió a Judea después de un tiempo de meditación en el desierto. Sensible y emotiva, todo su ser fue presa del sufrimiento cuando los romanos invadieron las ciudades de Galilea, por lo que se retiró a los desiertos del sur. Padeció fiebres, rechazó los alimentos, mortificó su carne, descuidó su cabellera, vistió ropas ásperas para que le arañasen la piel; se expuso al calor del mediodía y al frío de la noche. Vivió así semanas y meses, solitaria, en desesperada contrición, alejada de todos salvo de los eremitas: los hermanos esenios.

Pero cuando el eco de los graves acontecimientos ocurridos en Roma, —la muerte de Nerón y los tumultos— durante el gobierno de Galba, llegó de modo misterioso al desierto, la princesa se lanzó al torbellino de la política, con la misma pasión con que antes se precipitara en el profundo abismo de la penitencia. Desde hacía algún tiempo luchaban en ella furiosamente las inclinaciones más contrapuestas: bien se hundía en las Sagradas Escrituras, buscando a Dios con ansia y fervor, bien se aplicaba con la energía de su espíritu sutil y valiente a los complicados problemas del gobierno del imperio y de las provincias.

En cuanto emprendió el camino de regreso comenzó la labor sellando, enviando y recibiendo innumerables cartas y despachos. Así, mucho antes de llegar a Judea, supo

que se estaba tejiendo una trama de intrigas cuyos hilos se tendían de Oriente a Occidente. Había estudiado la situación y tenía una opinión formada sobre el reparto del poder en el imperio. Eran muchos los elementos que se debían tomar en cuenta: el ejército del Rin, el del Danubio, el de Oriente; el senado, la clase rica de Roma y de las provincias; las inclinaciones y el poder de los gobernadores de Britania, Galia, Hispania y África; los principales personajes de Grecia y el Mar Negro; la personalidad codiciosa y desagradable del anciano emperador; el excesivo número de candidatos a sucederle —unos visibles y otros encubiertos—. Cuando más desorden hubiera en el mundo mejor sería, por el momento, para Jerusalén y el Templo. Tal vez se lograra desplazar a Oriente el centro de gravedad del poder, de modo que la organización del mundo tuviera su centro no en Roma sino en Jerusalén.

La princesa sopesó, calculó, buscó el punto donde podría intervenir. En Oriente, tres personajes detentaban el poder: el amo de Egipto, Tiberio Alejandro; el de Siria, Muciano, y el comandante supremo del ejército de Judea, Vespasiano.

Berenice se instaló en la ciudad donde éste había establecido su cuartel general. Estaba llena de prevenciones contra su persona. Sabía que se mofaban de él, llamándole «transportista» y «el del excremento de caballo», así como se decía que era pérfido, un astuto y grosero campesino. Lo cierto era que había tratado a Judea brutal y sanguinariamente. Los labios sensuales de Berenice se crispaban en una mueca de desagrado cuando pensaba en ese hombre. Por desgracia, era necesario pensar en él a menudo; estaba demasiado cerca y reunía las condiciones que podían elevarlo muy alto. En todo Oriente resonaban los ecos de las profecías y presagios que hablaban de su destino.

Muy poco amablemente, Vespasiano dejó pasar demasiado tiempo antes de presentar sus saludos a la princesa. Él también recelaba de ella. Había oído hablar de esa preciosa dama, de sus caprichos, de sus pasiones exaltadas, de su relación con su hermano —que no tenía nada de fraternal—. Le contrariaba la actitud altanera y exquisita de la princesa oriental. Pero habría sido insensato tenerla de enemiga innecesariamente ya que ella estaba muy bien relacionada en Roma y —según se decía— era extraordinariamente hermosa. Poseía fabulosas riquezas que, no obstante los innumerables palacios que tanto ella como su hermano habían construido en todo Oriente, apenas habían menguado.

Para recibirlo, Berenice se vistió con un austero traje de ceremonia. Su cabeza de nobles proporciones, su rostro todavía dorado por el sol, resaltaban majestuosamente entre los pliegues de la tela. Sobre sus cabellos cortos y rebeldes no había ningún adorno. Las mangas de seda labrada caían sobre sus hermosas manos delgadas, morenas por el sol del desierto. Después de las acostumbradas palabras de cortesía, pasó sin más al único tema que le preocupaba.

—Os agradezco, cónsul Vespasiano, haber perdonado durante tanto tiempo a la ciudad de Jerusalén.

Su voz era grave, plena, oscura; se percibía en ella un ligero temblor nervioso y la

leve ronquera que lo encubría hacía aún más seductoras sus palabras.

Con la fría mirada de sus ojos claros, Vespasiano examinó a esta mujer de los pies a la cabeza. Enseguida, resoplando, le dijo en tono de reserva.

—Para hablaros con franqueza, os diré que no me preocupa vuestra ciudad sino la vida de mis soldados. Si vuestros compatriotas hacen otro tanto, espero poder tomar Jerusalén sin grandes sacrificios.

—Continuad, os lo ruego, cónsul Vespasiano —dijo ella cortésmente. Y agregó —: Vuestro dialecto sabino suena muy agradablemente.

Ella hablaba el latín con facilidad y sin ningún acento.

—Sí —repuso él, campechanamente—. Soy un viejo campesino. Esto tiene sus ventajas pero también sus inconvenientes. Quiero decir, para vos.

La princesa en ese momento se incorporó del sillón donde había estado sentada y, dando unos pasos con el andar que la había hecho famosa, avanzó hasta quedar muy cerca del general.

—¿Por qué me habláis con tanta rudeza? Seguramente, os habrán contado historias ridículas sobre mí. No deberíais creerlas. Soy judía, descendiente de Herodes y de los Asmoneos. Mi situación es bastante delicada ahora que vuestras legiones ocupan mi país.

—Comprendo perfectamente, princesa Berenice, que vos imaginéis toda suerte de complicaciones interesantes, ahora que en Roma gobierna un emperador anciano que todavía no ha nombrado sucesor. En cuanto a mí, lamentaría vivamente teneros por enemiga.

—Mi hermano Agripa ha ido a Roma a presentar su homenaje al emperador Galba.

—Mi hijo Tito ha partido a Roma con el mismo fin.

—Lo sé —dijo Berenice indolentemente—. Vuestro hijo ha partido para saludar a Galba pero unas cartas que han sido interceptadas casualmente le han revelado que el emperador quiere desembarazarse de vos con la colaboración de mercenarios.

—Cuando un soberano tan anciano está sentado en un trono tan tambaleante —respondió Vespasiano, más calmo que nunca— tantea un poco a su alrededor para conservar el equilibrio. Es natural: cuando nosotros seamos tan viejos como él haremos, sin duda, exactamente lo mismo. ¿Adónde queréis llegar, princesa?

—¿Y vos, cónsul Vespasiano?

—Vosotros los orientales queréis siempre conocer de antemano el precio que deberéis pagar.

El rostro expresivo, vivaz, de Berenice se iluminó súbitamente con una total y temeraria confianza.

—Quiero que este antiguo y sagrado Oriente tenga la parte que le corresponde en el dominio del mundo —dijo con voz seductora y profunda.

—He aquí una fórmula demasiado amplia para mi cerebro de campesino sabino. Me temo que nuestras aspiraciones sean opuestas. Mi deseo es que terminen de una

vez las canalladas de gran estilo que se han extendido por todo el imperio, precisamente desde Oriente. Los proyectos orientales de Nerón y su afición por este país nos han costado, además, muchos miles de millones en deudas. Me parece que es pagar demasiado por la antigua santidad.

—Cuando muera Galba, ¿intervendrá el ejército en el nombramiento del sucesor? —preguntó Berenice.

—Estoy del lado de la ley y de la justicia.

—Todos lo estamos, aunque a menudo es diferente nuestro modo de apreciarlas.

—Os agradecería muchísimo, señora, que me dijerais qué cosa deseáis.

Berenice se concentró en sus pensamientos; la expresión de su rostro se tornó impasible y, luego de una pausa, contestó con profunda convicción y en tono grave:

—Deseo que el Templo de Jerusalén permanezca intacto.

Vespasiano había sido encargado de pacificar Judea por los medios que considerase necesarios. Por un momento deseó vivamente replicar a la princesa que la conservación del dominio del mundo lamentablemente no siempre permitía tener en cuenta la estética. Pero advirtió la emoción de ésta y —evasivamente— le respondió:

—No somos bárbaros.

Ella no dijo nada. Lentamente, posó sus grandes ojos rasgados en él, con una mirada de triste escepticismo. Y entonces Vespasiano se sintió incómodo. ¿Acaso no le era completamente indiferente que esa judía lo considerara un bárbaro? Curiosamente no le era indiferente. Ante ella se sintió un poco torpe, como le ocurría a veces en presencia de su judío Josef. Intentó librarse de la inquietud, y dijo:

—No deberíais atacarme por el flanco de la ambición. Ya no soy lo suficientemente joven.

Berenice comprendió que el «transportista» era un adversario duro, terco, y muy astuto, aunque franco. Cambió, pues, de tema.

—¿Tenéis algún retrato de vuestro hijo Tito?

Vespasiano se hizo traer uno. Ella lo examinó aparentemente interesada, y dijo unas cuantas cosas para halago del padre. Pero el comandante ya estaba en la edad en que se adivinan los pensamientos de los hombres y supo que el retrato no había sido de su agrado. Se separaron como amigos, pero tanto el romano como la judía supieron desde ese momento que jamás se tendrían simpatía.

Cuando Josef ben Matatías acudió al llamado de Berenice, ella lo detuvo con un ademán imperioso, gritándole:

—No os acerquéis. Quedaos ahí. Es necesario que nos separen siete pasos.

Él palideció, pues la princesa lo trataba como si fuera un leproso.

—He leído vuestro libro dos veces —comenzó Berenice.

—¿Quién no escribiría con entusiasmo —replicó Josef— cuando debe hablar de abuelos como los nuestros?

La princesa alisó bruscamente sus cortos cabellos rebeldes. Era cierto, ese hombre pertenecía a su familia.

—Lamento, primo mío, que vos seáis mi pariente.

Hablaba con mucha calma, aunque su voz sonaba débil.

—No comprendo por qué no habéis muerto en Jotapata. No hay nadie en Judea que no experimente una sensación de disgusto cuando oye pronunciar el nombre de Josef ben Matatías.

Josef recordó que Justo de Tiberíades había dicho: «Su doctor Josef es un miserable». Pero las palabras de una mujer no le afectaban tanto.

—Cuentan de mí muchas atrocidades —repuso— mas no creo que se me considere un cobarde. Reflexionad, os lo ruego. En casi todos los casos no cuesta demasiado morir. En Jotapata era fácil y hasta atrayente terminar de una vez. Para vivir hacía falta, en cambio, voluntad y coraje. Si he optado por la vida, ha sido porque sé que soy un instrumento de Yahvé.

Berenice contrajo los labios. Su rostro expresaba burla y desprecio.

—Corre el rumor en Oriente —dijo— de que un profeta judío ha visto en ese romano al Mesías. ¿Sois vos el profeta?

—Creo —contestó Josef con calma— que Vespasiano es el hombre del cual hablan las Escrituras.

Berenice se inclinó hacia delante sin sobrepasar el límite de siete pasos que se había trazado. Los separaba el ancho de la habitación con un brasero en el centro, pues era un frío día invernal. Examinó al hombre que aun con cadenas lucía un aspecto muy cuidado.

—Quiero ver al profeta que se ha tragado el escupitajo de Vespasiano, tal como le ordenaron. Enfermé de desprecio cuando supe que los doctores de Séforis habían sido obligados a asistir a vuestro «matrimonio».

—Sí —dijo Josef—, también he tenido que soportar eso.

Pareció empequeñecerse, reducirse de pronto. Había algo que lo rebajaba y aplastaba mucho más que haberse casado con la niña. En la tienda nupcial había jurado no tocar a Mara. Pero ella había venido hacia él, y se había tendido en el lecho, joven, lozana, ardiente, llena de esperanza. Y Josef la había tomado, se había visto forzado a tomarla, así como tuvo que beber agua aquella vez, al salir de la caverna que lo cobijó. Desde entonces, Mara no se apartaba de él. Sus grandes ojos lo miraban con pasión tanto cuando se unía a ella como cuando la apartaba de sí, lleno de furor y de desprecio. Berenice tenía sobrada razón. No sólo había tragado el escupitajo del romano, sino que encontraba en ello un placer especial. Respiró aliviado cuando la princesa cambió de tema. Ella se puso a hablar de política y a denigrar a Vespasiano.

—No quiero que ese labriego se entronice en el centro del mundo. No lo soportaré.

En su voz grave ardía la pasión. Josef se contuvo y no respondió. Entonces

Berenice le advirtió:

—Id a buscarlo, primo mío —dijo desdeñosa—. Contadle todo. Traicionadme y tal vez recibiréis una recompensa más alta que la esclava Mara.

Separados por el ancho de la habitación, estaban frente a frente, ambos eran jóvenes, hermosos, y estaban animados por la pasión de alcanzar su propia meta. Se miraban a los ojos, con mutuo desprecio, sin saber que un lazo indisoluble los unía para siempre.

—Si yo comentase al general —repuso Josef con sarcasmo— que vos, prima Berenice, sois su enemiga, se reiría.

—Pues bien, hacedle reír a vuestro amo romano. Os tiene para eso, seguramente. Yo, primo mío, iré a lavarme las manos y a tomar un largo baño después de haberos visto.

Al volver a su casa, Josef sonreía. Pensaba que era preferible dejarse injuriar por una mujer como Berenice, que resultarle indiferente.

Al cuartel general de Vespasiano en Cesarea, llegó y fue acogido con respeto por los funcionarios romanos, un judío muy cargado de años, de aspecto insignificante: el venerado Yojanán ben Zakai, rector de la Universidad del Templo, juez supremo de Judea y doctor eminente de Jerusalén. Con su voz cascada relató en el círculo de los judíos de Cesarea los horrores que se sufrían en la capital: cómo habían sido asesinados casi todos los jefes moderados, entre ellos el sacerdote Anán, la mayor parte de los aristócratas y muchos de los «Verdaderos creyentes», y cómo los macabeos se estaban matando entre ellos a hierro y fuego. En el mismo atrio del Templo habían instalado máquinas de guerra, y los fieles que intentaron depositar su ofrenda en el altar habían sido asesinados. El anciano recalcaba, a la manera antigua: «Lo he visto con mis propios ojos». Había logrado escapar de Jerusalén corriendo graves riesgos, gracias a que sus alumnos difundieron la especie de su muerte y, encerrándolo en un ataúd, lo sacaron fuera de la ciudad simulando un entierro.

Pidió una audiencia al general en jefe, quien lo recibió de inmediato. De tez amarillenta y debilitado por la edad, el eminente doctor permaneció de pie delante del romano. Sus ojos azules brillaban con una vivacidad asombrosa en el rostro surcado de arrugas, circundado por una barba descolorida.

—He venido, cónsul Vespasiano —dijo—, a conversar con vos sobre la paz y nuestra sumisión. Declaro que no represento a ningún poder político establecido. El poder pertenece en Jerusalén a los Vengadores. Pero la Ley no está muerta, y yo traigo aquí el sello del juez supremo. No es gran cosa, pero nadie sabe mejor que Roma que un gran imperio se mantiene a la larga sólo por el sello, la ley y el derecho. He aquí tal vez por qué no debe ser menospreciado.

—Me siento feliz —replicó Vespasiano— de conversar con quien lleva el nombre más venerado de toda Judea. Pero quiero que sepáis que he sido enviado aquí para

manejar la espada; únicamente el emperador y el senado pueden tratar las condiciones de paz.

Yojanán ben Zakai meneó la pequeña cabeza, y repuso en voz baja, astutamente, con el canturreo de los maestros orientales:

—Hay muchos que se llaman emperadores, pero hay uno solo con quien yo pueda cambiar sellos y documentos. ¿Ha hecho acaso Galba caer el Líbano? Sólo aquel que hiciera caer el Líbano es el poderoso, el *Adir*. El Líbano no ha caído por obra de Galba.

Vespasiano miró al anciano con desconfianza.

—¿Habéis hablado con mi prisionero Josef ben Matatías?

Yojanán ben Zakai, un poco asombrado, hizo un gesto negativo. Vespasiano agregó, disgustado por su torpeza:

—Disculpadme, veo que no habéis hablado con él.

Se sentó, tratando de hacerse más pequeño, y evitar mirar al anciano desde su altura.

—Os ruego que digáis qué nos ofrecéis y qué deseáis conservar.

—Os doy una carta sellada —repuso Yojanán, acercando hacia Vespasiano sus manos marchitas—, por la que me comprometo a lograr del Gran Consejo y de los doctores de Jerusalén su sumisión al senado y al pueblo de Roma. Una sola cosa os pido a cambio: concededme una pequeña villa, en la que yo pueda fundar una universidad, y garantizadme la libertad de enseñanza.

—¿Para que preparéis allí otros preceptos ininteligibles contra Roma? —preguntó Vespasiano con una sonrisa de satisfacción.

Yojanán ben Zakai se hizo aún más pequeño e insignificante.

—¿Qué os parece? Plantaré allí algunos brotes de los poderosos árboles de Jerusalén. Concededme por ejemplo, la ciudad de Yabne. Sí, Yabne. ¡Será una universidad tan pequeña!

Hábilmente trató de persuadir al romano. Con gestos expresivos le describió cuán insignificante sería la universidad. ¡Ah, sería tan pequeña su universidad de Yabne! Apretaba los puños minúsculos.

—Está bien —repuso Vespasiano—, transmitiré vuestra propuesta a Roma.

—No, no lo hagáis —rogó Yojanán—. Quiero tratar sólo con vos, cónsul Vespasiano —repitió testarudo—. Vos sois el *Adir*.

El supremo general se incorporó, y corpulento como era quedó plantado con toda su rotundidad campesina ante el eminente doctor.

—Os lo digo sinceramente, no comprendo qué habéis encontrado vosotros en mí. Vos sois un anciano sabio y, por lo que parece, bastante honesto. ¿No podríais explicármelo? Es inconcebible que en el país que vuestro Dios Yahvé os ha prometido a vosotros, tenga que ser yo el *Adir*. He oído decir que entre todos los pueblos, es el vuestro el que permanece aislado.

—Cuando los ángeles del Señor —explicó Yojanán con los ojos cerrados—,

quisieron entonar una canción de júbilo, viendo que los egipcios se ahogaban en el Mar Rojo, dijo Yahvé: «Mis criaturas se ahogan, ¿y vosotros deseáis cantar?».

El comandante se acercó al sabio, le tocó leve y confiadamente los hombros, y preguntó con astucia:

—Sin embargo, una cosa es cierta: los judíos no admitís que nosotros también seamos hombres completos, verdaderos.

Con los ojos todavía cerrados, Yojanán respondió con una voz que parecía venir de muy lejos:

—En la Fiesta de los Tabernáculos sacrificamos setenta toros para reconciliar a los no judíos con Dios.

—Si no estuvierais demasiado cansado, mi doctor y señor Yojanán —dijo Vespasiano, con una cortesía insólita—, os pediría que me dierais alguna instrucción.

—Contestaré con mucho gusto a vuestras preguntas, cónsul Vespasiano —repuso el eminente doctor.

Vespasiano se apoyó con las manos sobre la mesa colocada en medio de los dos, y preguntó:

—¿Posee un no judío un alma inmortal?

—Hay 613 mandamientos que nosotros, los judíos, estamos obligados a cumplir —contestó Yojanán—. Quien no es judío, en cambio, sólo tiene que satisfacer siete. Si los obedece, desciende también sobre él el Espíritu divino.

—¿Cuáles son esos siete mandamientos? —preguntó el romano.

Yojanán arrugó el marchito entrecejo; sus ojos azules, brillantes y vivaces, se clavaron en las pupilas grises de Vespasiano.

—Es un sí con seis noes —explicó—. Se debe practicar la justicia, no negar a Dios, no adorar ídolos, no matar, no robar, no llevar vida licenciosa y no maltratar a las bestias.

Vespasiano quedó un poco pensativo y luego de una pausa comentó, lamentándose:

—Hay pocas probabilidades de que el Espíritu divino descienda sobre mí.

—¿Seguís pensando que puede ser muy peligroso para Roma —sonreía ahora el doctor eminente—, si enseñamos tales cosas en mi pequeña universidad de Yabne?

—Peligroso o no, grande o pequeño —dijo Vespasiano con gesto amplio y cierto alarde— ¿qué motivos tengo yo para satisfacer vuestros deseos?

La expresión del anciano se hizo entonces maliciosa; alzó las manos minúsculas, describió con ellas un movimiento en el aire y explicó, canturreando nuevamente, como es propio de los maestros orientales:

—Mientras vos no seáis el *Adir*, no os interesa tomar Jerusalén, pues estaréis necesitado de vuestras tropas para convertirlos en *Adir*. Pero cuando seáis proclamado, ya no tendréis tiempo de conquistar la ciudad. Por eso puede conveniros llevar a Roma si no los laureles de la Jerusalén conquistada, por lo menos algún título jurídico, que bien vale la pequeña concesión que os pido.

Después de esto, calló. Parecía agotado. Vespasiano lo había escuchado atentamente.

—Si los señores del gobierno de Judea son tan exquisitos como vos —dijo, poniendo fin a la entrevista—, creo que nunca estaré en condiciones de ser designado el *Adir*.

A pesar de su inmensa bondad, el doctor eminente era muy poco indulgente cuando se trataba de juzgar ciertos pecados; por eso el corazón de Josef palpitaba de temor cuando acudió a la cita del maestro. Pero Yojanán no se situó a siete pasos de distancia de él y cuando Josef se inclinó, la mano en la frente, bendijo a su discípulo predilecto.

—He interpretado la palabra del profeta de modo equívoco —comentó Josef—. Soy culpable de abuso de la palabra, de lo cual han sobrevenido grandes males.

—Jerusalén y el Templo han estado a punto de caer antes de que vos intervinierais en los hechos, pues las puertas del Santuario caen desvencijadas cuando se sopla sobre ellas. A pesar de vuestras faltas, merecéis el perdón. Deseo conversar con vos, mi querido discípulo. En Jerusalén se ha dicho que vuestro corazón es vacilante y os han maldecido. Pero yo tengo fe en vos y deseo instruiros.

Estas palabras reanimaron a Josef, como el rocío reanima el campo reseco, y su pecho se ensanchó de esperanza.

—El reino está perdido —prosiguió Yojanán—. Pero, desde luego, no es el reino lo que nos mantiene unidos. Otros han fundado también reinos que se han convertido en polvo, y vendrán nuevos reinos, que serán igualmente destruidos. El reino no es lo esencial.

—¿Qué es, pues, lo esencial, padre mío?

—Una comunidad no se asienta en un pueblo ni en un Estado. Lo que da sentido a nuestra comunidad no es el reino, sino la Ley. Mientras permanezcan la Doctrina y la Ley, estaremos unidos más sólidamente que por medio de un Estado. Y la Ley subsiste en tanto que haya una voz que la proclame. Si la voz de Jacob sigue sonando, los brazos de Esaú seguirán siendo impotentes.

—¿Poseo yo la voz, padre mío? —preguntó Josef, temblando.

—Los otros creen que habéis dejado de ser judío, Josef ben Matatías. Pero aunque la sal se disuelva en el agua, estará siempre presente en ella, y cuando el agua se evapore la sal reaparecerá.

Las palabras del anciano regocijaron a Josef y lo humillaron al mismo tiempo. Estuvo largo rato en silencio, incapaz de pronunciar una palabra. Después, en voz baja, tímidamente, rogó a su maestro:

—¿Podrías trasmitirme, padre mío, cuáles son vuestros proyectos?

—Sí —repuso Yojanán—, te los haré conocer. Renunciaremos, ante todo, al Templo. En lugar de la casa visible de Dios, edificaremos una casa invisible.

Rodearemos el soplo vivificante de Dios con muros de palabras en vez de murallas de granito. ¿Qué es el soplo vivificante de Dios? Es la Doctrina y la Ley. No se nos podrá separar mientras tengamos lengua o papel para anotarlas. Por eso he pedido al romano la ciudad de Yabne. Quiero fundar allí una universidad. Creo que me la concederá.

—Vuestro plan, padre mío, exigirá el trabajo de muchas generaciones.

—Tenemos tiempo —repuso el anciano.

—¿No nos pondrán obstáculos los romanos?

—Lo intentarán, sin duda. El Poder desconfía siempre del Espíritu; pero el Espíritu es flexible; no hay muros, por espesos que sean, que no pueda atravesar. Aunque nuestros enemigos destruyan nuestro Estado y nuestro Templo, nosotros edificaremos en su lugar la Doctrina y la Ley. Nos prohíben la palabra, pero nosotros nos entenderemos con signos. Prohíben las Escrituras, pero nosotros recurriremos al lenguaje secreto. Nos cierran el camino real, mas la majestad de Dios no sufre porque sus fieles deban ir a Él por senderos enmarañados. —El anciano cerró los ojos, volvió a abrirlos, y prosiguió—: No nos será posible concluir la obra, pero no debemos renunciar a ella. Hemos sido elegidos para realizarla.

—¿Y el Mesías? —preguntó Josef con suprema esperanza.

La conversación comenzaba a hacerse fatigosa para el anciano doctor, pero hizo aún un esfuerzo: era importantísimo para él transmitir su sabiduría a Josef, su discípulo preferido. Le hizo una indicación para que se inclinara, y con la boca marchita pegada al oído del joven, murmuró:

—Me pregunto si vendrá alguna vez; pero es necesario seguir creyendo en él. No se debe contar con su venida, pero es preciso, sin embargo, creer siempre en que ha de llegar.

Josef regresó a su casa con el corazón lleno de angustia. La fe de ese notable maestro no contenía ninguna verdad deslumbradora que pudiera ayudarlo en lo inmediato, sino algo difícil, sutil, rayano con la herejía y en continua pugna contra ella. En resumen: una carga pesada. Por distintos que pareciesen a primera vista, no era mucha la distancia que separaba a Yojanán ben Zakai de Justo de Tiberíades. Josef se sintió agobiado.

El eminente doctor había escuchado críticas muy severas respecto a la boda de su discípulo. Quiso, pues, hablar con Mara, hija de Lakisch. Sintió el perfume de sus sandalias. Ella se justificó:

—Me las pongo antes de rezar. Quiero estar perfumada delante de Dios.

Conocía muchas oraciones de memoria, pues estaba prohibido anotar lo que debe brotar del corazón.

—Me han enseñado —confesó en tono familiar— que desde la tierra al cielo hay 500 años, y el espesor de cada cielo es también de 500 años. Sin embargo, me

detengo a menudo tras una columna de la sinagoga y oro en voz baja, y es como si orara a oídos de Yahvé. ¿Es acaso un pecado terrible creer, mi doctor y señor, que Yahvé está tan cerca de mí como la boca del oído?

Yojanán ben Zakai prestó suma atención al pensamiento que inquietaba a aquella mente infantil, y discutió seriamente con ella, como si lo hiciera con uno de los doctores de la Sala Cuadrangular. Cuando Mara se puso de pie para retirarse, posó suavemente su mano marchita sobre la cabeza de la muchacha y la bendijo con la antigua fórmula: «Yahvé te haga como Raquel y Lea».

Oyó decir días después que Josef, habiendo perdido el temor de que Vespasiano protestase, quería divorciarse de la niña. No le habría sido difícil obtener el divorcio; las Escrituras dicen en términos simples y claros: «Cuando una mujer ha dejado de ser amada por su marido porque él ha descubierto en ella alguna infamia, éste puede enviarle una carta de repudio y echarla de su casa». Yojanán hizo llamar a Josef para decirle lo siguiente:

—Hay dos cosas cuyo eco el oído deja de captar a menos de una legua de distancia, y que sin embargo resuenan de uno a otro confín del mundo: un árbol que cae abatido cuando todavía está cubierto de frutos, y los suspiros de una mujer repudiada, que ama a su esposo.

—¿Acaso no he descubierto infamia en ella? —preguntó Josef tercamente.

—No has descubierto infamia —repuso Yojanán—. La infamia estaba ya en ella antes de que la tomarais. Haced un examen de conciencia. Yo negaré mi testimonio si le enviáis una carta de repudio.

Las relaciones que Vespasiano mantenía con el emperador Galba no eran tan sencillas como había asegurado a la princesa Berenice. Tito no había ido a Roma únicamente a presentarle su homenaje sino, sobre todo, para conseguir altos cargos del Estado. El blanco de su ambición estaba a gran altura. El hermano de Vespasiano, el hosco y rígido Sabino, había considerado la posibilidad de que el anciano emperador, que no tenía hijos, adoptase a Tito para ganarse la voluntad del ejército de Oriente. Su carta había interrumpido las difíciles negociaciones entre el general y Muciano. Cada uno de los rivales aseguraba no tener intenciones de hacerse con el poder y que cualquier demostración en ese sentido sería achacable al contrario. Pero, en realidad, ambos sabían muy bien que no eran lo bastante fuertes como para aspirar a la primacía. La carta de Sabino les indicó, pues, una salida feliz.

Ya en pleno invierno llegó la noticia que pondría fin a esos proyectos. Apoyado en la guardia pretoriana y en el senado, se había adueñado del poder un hombre que nadie había tenido en cuenta en Oriente: Otón, el primer esposo de Popea. El viejo emperador había sido asesinado y su joven sucesor poseía coraje, talento, prestigio y numerosas simpatías. Se ignoraba si Tito continuaría o no su viaje para prestar juramento al nuevo soberano. En Oriente nadie se sentía tan poderoso como para

rebelarse con alguna probabilidad de éxito contra el joven emperador. ¿Quién sería, por otra parte, el elegido? El viejo Galba había desaparecido demasiado pronto, y no se había podido aún concertar ningún acuerdo. Tanto el general en jefe como el gobernador de Siria tuvieron que dar órdenes de que se prestara el juramento de fidelidad al nuevo emperador.

Nadie creía en la estabilidad del flamante reinado. Otón podía contar con los ejércitos de la península Itálica pero no con los de las provincias. El trono del joven no era más sólido que el que tuviera el anciano Galba.

Berenice se informaba diariamente de lo que ocurría en Roma. Después de haber pasado las privaciones del desierto había vuelto a la política con redoblado entusiasmo, y mantenía correspondencia con ministros, senadores, gobernadores y generales de Oriente; quería evitar que la región —por segunda vez— se viese enfrentada a los hechos consumados.

Estaba convencida de que, mientras tanto, era necesario aprestarse a conquistar la capital en el curso de la primavera. Oriente no debía quedar dividido. Le hacía falta la jefatura de un Muciano. Por tanto, decidió que debía entenderse con él, y tratar de convertirlo en un pretendiente con posibilidades de rivalizar con el general en jefe.

Berenice partió hacia Antioquía con un espléndido y numeroso séquito. Dio los pasos preliminares con cautela. Hombre experimentado, Muciano supo aquilatar las cualidades de la princesa judía, la belleza, distinción, gusto, riqueza y el maravilloso don que tenía esa mujer para la política. Esos dos seres cultivados se comprendieron muy rápidamente. No obstante, ella no pudo conducir a Muciano hacia la meta que le tenía preparada. Él le confesó sinceramente sus íntimos pensamientos.

—Sí, soy ambicioso y nada cobarde, pero me siento un poco fatigado. Adueñarse de Roma desde aquí, desde Oriente, constituiría una empresa terriblemente compleja. No soy el indicado para tal hazaña. Podría negociar con diplomáticos, senadores, gobernadores, financieros, pero en esta ocasión, desdichadamente, son los militares quienes hacen inclinar la balanza, y a mí me repugna tener que entenderme con los bajos oficiales advenedizos. —Fijó en la princesa su mirada inteligente, triste, insatisfecha—. Quemarles el ojo a esos Polifemos pierde a la larga su atractivo. No existe una justa proporción entre el riesgo y la ganancia. En la situación actual, Vespasiano es realmente el hombre indicado. Es suficientemente rudo y poco delicado como para hacerse popular. Reconozco que en el fondo me resulta tan desagradable como a vos, pero encarna tan bien las necesidades del presente que casi me cae simpático. Haced de él, Berenice, un emperador, y dejad a Muciano concluir su historia natural del imperio.

Pero la princesa no renunció a su idea. No combatía sólo con palabras. Repartía también dinero con mano pródiga, para conquistar la opinión en favor de su candidato. Exhortaba a Muciano cada vez más apasionadamente, lo estimulaba, lo halagaba. Un hombre dotado de tanta vida interior no tenía derecho a rehusarse, a permanecer cruzado de brazos. Él respondía sonriendo:

—Si una dama como vos, princesa, me apoyara realmente, me arriesgaría, a pesar de todo. Pero vos no me amáis. Sólo queréis vencer a Vespasiano.

Berenice se sonrojaba, se negaba a renunciar y argumentaba larga, hábilmente, para explicarle sus razones. Él la escuchaba con cortesía, fingía dejarse convencer. Pero mientras hablaba con familiaridad y hasta con entusiasmo, trazaba en la arena, con su bastón, palabras que no estaban dedicadas a Berenice pero que, al descifrarlas, ella sentía debilitar su elocuencia. Escribía, por ejemplo: «Los dioses conceden a unos talento, a otros fortuna».

Cuando Josef ben Matatías llegó a Antioquía, Berenice comprendió que su visita a Muciano había sido estéril. Advirtió en seguida que Josef había sido enviado por el general, para contrarrestar sus propósitos.

Josef cumplió su misión con finura y sin prisa. Dejó dar los primeros pasos a Muciano quien se complacía en escuchar nuevamente la voz peculiar, apasionada y convincente del profeta judío. Pasaba horas interrogándolo sobre las costumbres, indumentaria y tradiciones de su pueblo. Tocaron de ese modo el tema de los reyes judíos. Josef le narró las peripecias de Saúl y David.

—Saúl fue el primer rey de Israel. Sin embargo, muy pocos entre nosotros se llaman Saúl, y muchísimos Samuel. Consideramos al último más grande que el primero.

—¿Por qué?

—Quien dispone del poder supera a quien lo administra; quien hace al rey vale más que el rey.

—Vosotros sois muy orgullosos —repuso Muciano con una sonrisa.

—Tal vez, lo reconozco, ¿pero no os parece que la potencia que manobra en la sombra es más hermosa, más espiritual, más seductora que la que se exhibe a la vista de todos?

Muciano se abstuvo de hacer comentarios y Josef continuó hablando. Sus palabras revelaban una experiencia adquirida a costa de grandes desdichas.

—El poder atonta. Nunca he sido tan estúpido como cuando poseía autoridad. Samuel es más grande que Saúl.

—David me parece el héroe más simpático de vuestra historia —dijo Muciano—. Lástima —suspiró sonriendo— que el proyecto en favor del joven Tito haya fracasado.

Berenice se despidió del gobernador en cuanto llegó Josef. Renunciaba a sus esperanzas, y se dirigía al encuentro de su hermano, cuyo regreso se esperaba en los días siguientes, en Galilea. Había permanecido hasta entonces en Roma pero como no concedía a Otón más que algunas semanas en el trono, deseaba alejarse de la ciudad para no verse obligado a prestar juramento de fidelidad a otro soberano. Berenice suspiró al pensar que volvería a ver a su hermano tan deseado. Esta alegría la compensaba de la amargura de la derrota.

—Dulce princesa —dijo Muciano, al despedirse de ella—, ahora que os vais, no

comprendo por qué no he aceptado ser el pretendiente, aunque no fuera más que por vos.

—A mí también me resulta difícil comprenderlo —le contestó Berenice.

Encontró a su hermano en Tiberíades. El nuevo palacio estaba terminado y lucía más hermoso que los anteriores. Había sido edificado a gran altura del mar y la ciudad. Varias salas provistas de ventanas estaban construidas con una piedra de Capadocia tan transparente que aún cerrando las puertas permanecían iluminadas. Todo era ligero, etéreo, libre del abigarramiento que estaba de moda en Roma. La obra maestra de los arquitectos era el comedor. La bóveda era tan alta que los ojos distinguían apenas el techo móvil, cubierto de marfil, que al ser descornado derramaba sobre los comensales una deliciosa lluvia de flores y agua perfumada.

Los hermanos recorrieron el edificio, tomados de la mano, felices. Había comenzado la primavera, los días eran más largos y el entusiasmo henchía el espíritu de esos dos hermosos seres que avanzaban por las salas aireadas, apreciando como buenos conocedores las acertadas proporciones del palacio y su refinada elegancia. Agripa hizo comentarios desdeñosos sobre las nuevas mansiones que había visto en Roma, sus dimensiones monstruosas, su lujo excesivo y su falta de refinamiento. Otón había destinado cincuenta millones para la *Domus Aurea* de Nerón, pero se suponía que no la vería terminada. Berenice hizo un mohín de desagrado.

—No saben más que arrasar estos bárbaros romanos. Creen que ensamblando dos mármoles particularmente exóticos y recubriéndolos totalmente de oro, se alcanza la cúspide del arte. No tienen talento sino para el poder.

—Un talento muy provechoso —opinó Agripa.

—¿Estoy verdaderamente obligada a soportar a ese Vespasiano? —gimió, deteniendo el paso—. ¿Cómo podéis imponérmelo, hermano mío? Es gordo, rudo y jadea como un perro falto de aire.

—Cuando tuve que visitarlo en Cesarea —comentó Agripa, con aire sombrío—, me hizo servir pescado y me explicó que procedía del lago de Genezaret. Naturalmente me negué a comer ese pescado con sabor a cadáver. Entonces se burló de mí, sin piedad. Podía haberle contestado como se lo merecía, pero preferí guardar silencio.

—Me hace hervir la sangre —se indignó Berenice—. Cuando tengo que escuchar sus torpes bromas me parece estar rodeada de un enjambre de mosquitos punzantes. ¡Y nosotros tenemos que ayudar a ese hombre a escalar el trono!

—Un emperador designado por Occidente —Agripa trataba de convencerla— destruiría todo lo nuestro con los ojos cerrados. El general, al menos, es hábil y moderado. Tomará lo que pueda serle útil, y nos dejará el resto. —Se encogió de hombros—. El ejército es el que designa al emperador, y el ejército jura hoy sólo por Vespasiano. Sé inteligente en esto, aunque sólo sea por mí, hermana —le suplicó.

La noticia del asesinato de Galba sorprendió a Tito en Corinto, antes de llegar a Roma. Habría sido absurdo proseguir un viaje, cuya única finalidad era lograr el patrocinio de Galba. La prematura eliminación del emperador constituyó pues, para él, un golpe muy rudo. No quiso rendir homenaje a Otón, cuyo puesto era el que había soñado ocupar. Permaneció en Corinto, y durante quince días se entregó a la lujuria y al desenfreno en esa ciudad pródiga en fáciles placeres. Después, bruscamente, se alejó de allí y emprendió el viaje a Cesarea, a pesar de la inhóspita estación.

Mientras permaneció a bordo, los sueños ambiciosos de su abuela excitaron su espíritu. Aunque era muy joven, el general Tito tenía un pasado agitado. Los altibajos de su padre, que desde el alto consulado se había precipitado al bajo oficio de transportista; que de una posición brillante había descendido a una pobreza aplastante, habían influido mucho en su destino. Criado junto al príncipe Británico, había compartido la mesa de este joven y brillante candidato, el día en que Nerón lo envenenó, y él mismo estuvo al borde de la muerte. Conoció los esplendores del Palatino y la mediocridad de la casa paterna en Roma, la vida triste de la campiña y las expediciones arriesgadas en las fronteras germánica y británica. Amaba a su padre; admiraba su sabiduría sin ostentación, su espíritu meticulado, su profundo conocimiento de los hombres. Pero a veces también lo odiaba a causa de su aspecto campesino, su resignada aceptación de las fatigas y privaciones, aunque fueran prolongadas. Entonces se apoderaba de él una violenta necesidad de lujo y desenfreno. Era sensible a la serena dignidad de las tradicionales familias nobles de Roma, y lo seducía el fasto hierático y suntuoso de las antiguas dinastías reales de Oriente. A instancias de su tío Sabino había desposado muy joven a una mujer fría, severa, de familia ilustre, llamada Marcia Furnilla, que le había dado una hija, sin despertar en él demasiado afecto. Marcia vivía en Roma miserablemente, y él no la había vuelto a ver, ni siquiera le escribía.

El viejo Vespasiano recibió a su vástago con pena mezclada de satisfacción.

—Tito, hijo mío, es evidente que nuestra fortuna es irregular. La próxima vez deberemos madrugar más y timonear mejor. El Salvador vendrá de Judea. Eres joven, hijo. No le guardes rencor a mi judío.

Agripa y su hermana resolvieron celebrar una fiesta para inaugurar el nuevo palacio. El supremo general, que no simpatizaba con la princesa, se hizo representar por su hijo.

Tito aceptó la misión con entusiasmo. Amaba el país de Judea. Su pueblo era antiguo y sabio, y a pesar de su conducta a menudo insensata poseía la vocación de lo eterno, de lo trascendente. El extraño Dios invisible atraía y preocupaba al joven

romano, y del rey Agripa, por otra parte, le impresionaba su elegancia y su reserva melancólica. Acudió complacido a la fiesta en Tiberíades.

Tanto como le gustaron Agripa y su palacio le decepcionó Berenice. Fueron presentados poco antes de comenzar el banquete. Él estaba habituado a establecer rápido contacto con las mujeres, pero la princesa se limitó a atender cortés e indiferente a sus primeras palabras, y nada más. La encontró fría y altiva. Su voz oscura, un poco ronca, lo desconcertó. Durante el festín se ocupó muy poco de ella, y bastante del resto de los comensales. Era alegre y buen conversador. Era escuchado con atención y agrado. Pronto olvidó a Berenice. Durante la prolongada cena no cambiaron sino algunas pocas palabras.

El banquete llegó a su fin y la princesa se retiró. Estaba vestida de un modo original, con una túnica de una sola pieza, como se usaba en el país, confeccionada con un pesado y rico brocado. Dedicó a Tito una inclinación de cabeza amablemente trivial y comenzó a subir la escalinata, apoyándose apenas con una mano en el hombro de su hermano. Maquinalmente, Tito la siguió con la mirada. Estaba ocupado en una divertida discusión sobre temas militares pero, de repente, dejó una frase inconclusa. Sus ojos inquietos, curiosos, quedaron inmóviles, fijos en la figura de la princesa. Una expresión atontada se detuvo un momento en su rostro redondo, y por su boca entreabierta asomaron los dientes, quizá demasiado pequeños. Se estremeció. Abandonando con ruda descortesía a sus interlocutores, corrió tras los hermanos.

¡Cómo caminaba esa mujer! No, no caminaba. Debía definirse con una sola palabra, la griega, la homérica: se deslizaba. Era ciertamente ridículo emplear en la conversación cotidiana la gran expresión de Homero, pero el paso de esa mujer no podía ser calificado de otro modo.

—Os precipitáis demasiado —le dijo ella con su voz profunda, un poco velada, que hasta hacía un momento lo había desconcertado, casi desagradado, y que ahora le sonaba conmovedora, plena de misteriosa seducción. Él repuso algo acerca de la obligada premura de un soldado. Una frase poco original. Por lo general se le ocurrían cosas más ingeniosas. No había podido disimular su ansiedad pueril, su torpeza. Para Berenice, además, fue evidente la profunda impresión que había causado en Tito y éste le pareció amable y gracioso, aunque un poco romo.

Conversaron sobre el arte fisiognómica y la grafología, temas entonces muy en boga, tanto en Roma como en Oriente. Berenice quiso conocer la letra de Tito. El joven buscó sus tablillas de cera enmarcadas en oro, sonrió con aire divertido, y escribió algunas líneas. La princesa se maravilló: era exactamente, hasta en el menor detalle, la escritura de Vespasiano. Tito admitió haber hecho una broma. En realidad, había olvidado su propia caligrafía, a fuerza de entretenerse imitando la de los demás. Ahora le tocaba a ella el turno. Berenice leyó lo escrito por el general: «Las águilas de las legiones abren sus alas para el vuelo». Ella se puso seria, dudó un instante, borró lo escrito, y escribió: «El vuelo de las águilas no puede esconder al Invisible en el Santuario de los Santuarios». Tito examinó la escritura, correcta, un poco infantil.

Reflexionó, y escribió debajo: «Tito quisiera ver al Invisible en su Santuario». Después le tendió la tablilla y el estilete, y ella trazó: «El Templo de Jerusalén no debe ser destruido». Quedaba muy poco espacio. Tito agregó: «El Templo de Jerusalén no será destruido».

Él se dispuso a guardar las tablillas en su túnica, pero ella le pidió que se las dejara, y posando la mano en su hombro, le preguntó cuándo concluiría esa guerra horrible. Lo peor era esa angustiada espera, que destrozaba el corazón; un final rápido sería un final mejor. Había llegado el día en que él podría tomar Jerusalén. Él dudó, halagado.

—Eso no depende de mí.

Pero Berenice —¿cómo había sido posible que le pareciese altiva y fría?— trató de persuadirlo, en tono suplicante:

—Sí, sí, depende de vos.

Cuando Tito se alejó, Agripa preguntó a su hermana, confidencialmente, cuál era su impresión sobre Tito.

—¿Su boca no os parece blanda, desagradable?

—Le encuentro muchas cosas desagradables a ese muchacho —repuso Berenice, echándose a reír—. Tiene un clarísimo parecido con su padre. Pero más de una vez las mujeres judías han sabido entenderse con los bárbaros. Por ejemplo, Ester y Ahasvero, o Irene y Tolomeo el Séptimo.

—Nuestra abuela Miriam —dijo Agripa (hubo una leve advertencia en su tono zumbón)— perdió la cabeza en ese juego.

Berenice se incorporó y dio algunos pasos.

—No debéis preocuparos, querido hermano —su voz, aunque baja, sonaba segura y triunfante—. Tito no me hará decapitar.

Ya en Cesarea, Tito trató de convencer a su padre de que diera comienzo al sitio de Jerusalén. Puso en sus palabras un énfasis inusitado; le resultaba imposible seguir soportando una situación tan ambigua. Se avergonzaba ante sus oficiales: tantas vacilaciones no podían ser interpretadas sino como una prueba de debilidad. El prestigio romano en Oriente estaba comprometido. La cautela de Vespasiano lindaba con la cobardía, según su parecer. Cenis lo escuchaba, con expresión autoritaria y gesto de desaprobación.

—¿Qué pretendéis, Tito? ¿Estáis tonto o queréis aparentarlo?

Tito replicó enérgicamente, pero pensó que no se le podía reprochar a Cenis sus mezquinos cálculos o exigirle que comprendiera el honor militar. Vespasiano se le acercó y su voluminoso cuerpo pareció imponente a su lado.

—Te exijo, muchacho, que presentes sinceras excusas a Cenis.

—Tiene razón —dijo Cenis, sin exaltarse—, no poseo el sentido de la dignidad. La dignidad es siempre más aceptable entre los jóvenes que el juicio. Pero, con todo,

debería comprender que se necesita estar tonto para renunciar al ejército en circunstancias como las actuales.

—¿Os han calentado los sesos en Tiberíades, jovencito? —preguntó Vespasiano—. Una cosa viene después de otra. Tengo apenas sesenta años. Tendréis que tener paciencia otros diez.

Cuando Tito se retiró, Cenis descargó su indignación contra la pandilla de Tiberíades. Eran los judíos, naturalmente, quienes empujaban a Tito: el rey hipócrita, la pava vanidosa de Berenice, el innoble y desagradable Josef. Vespasiano haría mejor en dejar de lado a toda esa banda de orientales, y entenderse lealmente, a la romana, con Muciano. El jefe supremo la escuchó con atención. Después dijo:

—Sois una mujer lista y decidida, amiga mía; pero no comprendéis a Oriente. No llegaré a nada aquí sin el dinero y la astucia de mis judíos. En Oriente, son los caminos más torcidos los que llevan más rápido a la meta.

Días más tarde llegó la noticia de que el ejército del norte había proclamado emperador a su jefe Vitelio. Depuesto Otón, el senado y el pueblo romanos reconocieron a Vitelio. El mundo volvía los ojos hacia Oriente con angustia, y el nuevo soberano, flemático y buen vividor, se sobresaltaba al oír el nombre del supremo general de Judea. En cuanto a Vespasiano, fingía no enterarse de nada. Sereno pero sin vacilar hizo prestar a sus legiones juramento de fidelidad al nuevo emperador. De mala gana siguieron su ejemplo el gobernador Tiberio Alejandro, en Egipto, y el gobernador Muciano, en Siria. A Vespasiano lo presionaban de todos los flancos pero él se hacía el desentendido y se mantenía dentro de la legalidad.

El emperador, con la intención de asegurar su trono, reforzó la guarnición de la metrópoli con importantes contingentes de las provincias: las cuatro legiones del Bajo Rin, las dos de Maguncia, y cuarenta y seis regimientos auxiliares. Vespasiano hacía sus cálculos, entornando los ojos. Era un excelente militar. Sabía que no debía instalar una ciudad como Roma a cien mil soldados profesionales desmoralizados. Después de haber entronizado a Vitelio ellos esperaban —lógicamente— su recompensa. Había poco dinero en el tesoro; pero ni aún con dinero —Vespasiano conocía muy bien los sentimientos del ejército— se contentarían. Acababan de realizar en Germania la más dura de las campañas. Estaban ahora en Roma y aspiraban a ingresar en el servicio menos exigente y mejor pagado: la guardia pretoriana. En el mejor de los casos, Vitelio podría dar albergue permanente en la urbe a veinte mil hombres, pero ¿qué haría con los demás? Entre las tropas de Oriente corría persistente el rumor de que, para recompensar a sus soldados por su apoyo, Vitelio los enviaría a los bellos y cálidos países de Asia. Al prestar juramento de fidelidad, las legiones de Oriente habían aclamado, aunque a disgusto, al nuevo amo, como estaba prescrito, mas ahora manifestaban sin disimulos su insatisfacción. En sus reuniones se enardecían y amenazaban: «¡Ya verán qué sucederá si pretenden trasladarnos a la salvaje Germania o a la maldita Britania!». Los jefes escuchaban esas protestas complacidos; cuando sus oficiales preguntaban qué había de cierto en

los rumores sobre movimientos de tropas, guardaban silencio, limitándose a encogerse de hombros y mostrar una expresión de desagrado muy elocuente.

De Roma llegaban noticias cada vez más preocupantes. El caos de las finanzas era completo; el comercio estaba paralizado; en toda Italia, incluso en la capital, se sucedían los episodios de pillaje y la nueva corte, mal organizada, parecía completamente indiferente y librada a toda clase de excesos y al libertinaje. En una palabra: el imperio se despeñaba hacia el abismo. La indignación crecía en Oriente, atizada con el dinero y los rumores sin fundamento que circulaban por iniciativa de Tiberio Alejandro y el rey Agripa. En la inmensa región que va del Nilo al Éufrates volvían a escucharse las profecías sobre Vespasiano. La maravillosa predicción que el prisionero judío, el general Josef ben Matatías, hiciera en presencia de testigos, estaba en todas las bocas: «El Salvador vendrá de Judea». En las calles de Cesarea la gente rodeaba respetuosamente a Josef, que se mostraba aún cargado con cadenas, y a su paso se escuchaban comentarios llenos de admiración.

En el comienzo de esa primavera, el aire al borde del mar de Judea era ligero y transparente. Los claros ojos grises de Vespasiano contemplaban las aguas resplandecientes; hacía cálculos, esperaba. En ese período de su vida se había hecho más callado; su expresión era más adusta, más imperativa, y su cuerpo más rígido. Todo en él daba la impresión de crecer a ojos vistas. Estudiaba los despachos de Roma: desórdenes en toda la extensión del imperio, finanzas desorganizadas, ejército indisciplinado, ciudadanos desprovistos de seguridad. «El Salvador vendrá de Judea». Pero Vespasiano apretaba los labios y se contenía. Había que dejar madurar las brevas, esperar a que cayesen solas.

Cenis no hacía otra cosa que dar vueltas alrededor del corpulento general, que nunca había tenido secretos para ella pero que desde hacía un tiempo se mostraba acechante, hermético. No sabía qué pensar pero sentía que lo amaba cada vez más.

Escribió a Muciano una carta algo torpe, impulsada por su preocupación de esposa. Toda la península ansiaba que el ejército de Oriente se pronunciase como salvador de la patria, pero Vespasiano no hacía nada, no decía una palabra, no se movía de su sitio. En su país, Cenis habría reaccionado con firmeza ante tanta frialdad, pero en esa maldita y lúgubre Judea no encontraba a ninguna persona en su sano juicio. Por eso rogaba a Muciano —la romana se dirigía al romano— que sacudiese al general como él sabía hacerlo, con habilidad y decisión.

Cenis despachó su carta a fines de mayo, y a comienzos de junio Muciano estaba en Cesarea. Él también notó de inmediato el profundo cambio operado en el general. Con respeto y envidia reconoció que la presencia de Vespasiano se hacía más imponente a medida que se iban preparando para él grandes acontecimientos. Bromeó a propósito de su admirable constancia, de su acrecentada corpulencia.

—Vos sois un filósofo, amigo mío —le dijo—, pero, por favor, no filosoféis más

—y golpeó con su bastón a un adversario invisible.

Ardía en deseos de alterar la calma imperturbable del generalísimo. Sus antiguos celos lo atenazaban, pero era demasiado tarde para él. El ejército apostaba por su rival. Desde entonces, Muciano reconoció que debería mantenerse en la sombra y, conteniendo sus sentimientos, alentó al general. Se esforzó por difundir los rumores sobre el desplazamiento de las tropas de Siria y Judea. Se empezaron a barajar fechas; según se comentaba, las legiones serían movilizadas a principios de julio.

A mediados de junio Agripa se presentó ante Vespasiano. Volvía de visitar en Alejandría a su pariente y amigo Tiberio Alejandro. «Todo Oriente se levanta en rebeldía contra Vitelio», comunicó al general. Convulsionados por las tristes novedades de Roma, Egipto y las dos regiones asiáticas ansiaban ardientemente que el Salvador bendecido por Dios pusiera, por fin, manos a la obra. Vespasiano se limitó a escuchar a Agripa y guardó un silencio obstinado. Agripa prosiguió con inusitada energía: afirmó que algunas personas de firme voluntad estaban dispuestas a secundar las intenciones divinas. Según sus informaciones, Tiberio Alejandro estaba resuelto a hacer jurar a sus tropas, el primer día de julio, fidelidad a Vespasiano.

El general se paseó de un lado al otro de la habitación y dijo, por último, en un tono más agradecido que amenazante:

—Escuchad, rey Agripa. Si vuestro pariente Tiberio Alejandro hace tal cosa me veré obligado a considerarlo un traidor.

Se acercó, apoyó las manos en los hombros del rey y, exhalándole el aliento acre en la cara, se disculpó con desacostumbrada cordialidad:

—Lamento haberme burlado de vos cuando no quisisteis probar los pescados de Genezaret.

—Por mi parte os ruego, emperador Vespasiano —repuso Agripa— que contéis con nosotros, con nuestro apoyo y con nuestros recursos.

El mes de julio estaba próximo. Para entonces los rumores difundían la especie de que, poco antes de morir, el emperador Otón había escrito a Vespasiano, instándole a que le sucediera en el trono y salvara el imperio. Un día, el generalísimo encontró la carta entre su correspondencia. Vespasiano leyó el documento con atención, y confesó a su hijo Tito que lo consideraba un gran artista, pero su habilidad le daba miedo. Le asustaba pensar que una mañana se encontraría ante un decreto firmado por él, nombrando a Tito emperador.

A comienzos de la cuarta semana de junio la tensión se volvió insoportable. Cenis, Tito, Muciano, Agripa y Berenice tenían los nervios destrozados e insistían sin disimulos en que Vespasiano debía pronunciarse, de una vez por todas. Pero parecía imposible conmover al robusto general. Daba respuestas evasivas, sonreía, bromeaba y esperaba.

En la noche del 27 al 28 de junio, Vespasiano hizo llamar con gran sigilo a Yojanán

ben Zakai.

—Vos sois un hombre muy sabio —le dijo—. Os ruego seguir instruyéndome sobre el carácter de vuestro pueblo y su religión. ¿Existe alguna regla de oro a la cual puedan remitirse vuestros innumerables mandamientos?

El doctor eminente meneó la cabeza, cerró los ojos y explicó:

—Hace cien años vivían entre nosotros dos doctores muy renombrados, Samai e Hilel. Un no judío fue a visitar al primero y le anunció que se convertiría al judaísmo si le explicaba sus fundamentos en el tiempo en que permaneciese erguido sobre un solo pie. Samai lo echó, encolerizado. Dirigióse entonces a Hilel, quien accedió a su deseo, y le dijo: «No hagáis a vuestro prójimo lo que no deseáis que os hagan a vos». He aquí todo.

—Esas máximas son buenas —dijo Vespasiano, después de reflexionar seriamente—, pero es muy difícil mantener con ellas el orden en un gran imperio. Con tales máximas, haríais mejor en escribir libros y dejar la política para nosotros.

—Acabáis de expresar una opinión, cónsul Vespasiano, que vuestro servidor Yojanán ben Zakai ha hecho pública hace mucho tiempo.

—Creo, doctor y señor mío —prosiguió el romano—, que sois el hombre más notable de este país, y tengo interés en que lleguéis a comprenderme. Quiero que sepáis que me he comportado como un canalla sólo en pocas ocasiones, cuando ha sido absolutamente indispensable. Contra vuestro país no me anima ningún rencor. Pero así como todo buen labriego acota su propiedad con un cerco, los romanos necesitamos un cerco alrededor del imperio. Judea nos sirve de barrera contra los árabes y los partos. Por desgracia, cuando os dejamos solos os convertís en una mala estaca; es por eso que debemos ocupar nosotros vuestro lugar. Eso es todo. Todo lo que hagáis en otros terrenos nos tiene sin cuidado. Dejadnos tranquilos y nosotros os dejaremos en paz.

Los ojos de Yojanán brillaron claros y luminosos en su rostro marchito.

—Lamento que vuestra muralla pase necesariamente por nuestro territorio. Es demasiado amplia y nos deja poco espacio. Pero sea, construid la barrera; aunque bueno será que sepáis que también nosotros necesitamos un cerco, de otra naturaleza, alrededor de la Ley. Os he pedido hace poco, cónsul Vespasiano, que me permitáis construirlo. Es modesto y mísero comparado con el vuestro: un par de sabios y una pequeña universidad, que no podrán molestar a vuestros soldados. Danos la universidad de Yabne, ¡es una unidad tan pequeña! —agregó en tono persuasivo, agitando sus pequeñas manos.

—Creo que la proposición no es mala —dijo Vespasiano lentamente.

Se incorporó, súbitamente transformado. Con seguro instinto, Yojanán comprendió el motivo del cambio: habían conversado un viejo y pacífico campesino sabino con un viejo y pacífico hierosolimitano, pero desde ese momento era Roma la que hablaría con Judea.

—Pasado mañana —dijo el generalísimo— recibiréis un documento en el cual se

os concederá lo que pedís. A cambio, querido doctor y maestro, vos me entregaréis la carta de sumisión con el sello del Gran Consejo.

Dos días después Vespasiano convocó una asamblea extraordinaria en el Foro de Cesarea. Fueron invitados especialmente los funcionarios del territorio ocupado por Roma y delegaciones de los regimientos. Todos los asistentes habían ido preparados para escuchar las ansiadas aclamaciones de las tropas, saludando a Vespasiano emperador. El general en jefe y Yojanán ben Zakai subieron a la tribuna de las arengas. Un heraldo proclamó con voz tonante que la provincia rebelde había reconocido su error y, arrepentida, volvía a acogerse a la protección del senado y el pueblo romanos. En prueba de ello, el eminente doctor Yojanán ben Zakai entregaría al generalísimo un documento con el sello de la más alta autoridad de Jerusalén. De ese modo llegaba a su fin la guerra contra los judíos, para cuya dirección el imperio había nombrado a Tito Flavio Vespasiano. Lo que quedaba por hacer de la expedición emprendida contra la ciudad de Jerusalén, concernía al control policial. Los soldados se sintieron decepcionados. Habían deseado saludar a su comandante con la nueva investidura de jefe del Estado y —a la vez— recibir seguridades acerca de su futuro, y hasta una recompensa. ¡Y sólo habían sido llamados para presenciar un acto jurídico! Admitían que los documentos y piezas legales eran asuntos importantes, pero no podían captar el sentido de la proclamación. Muy pocas personas —Muciano, Cenis, Agripa— comprendieron el verdadero motivo de la ceremonia. Vespasiano era un hombre de orden y exigía de su adversario —antes de volver a Roma como emperador— un documento sellado que se constituiría en garantía de su cumplimiento a la tarea encomendada.

Los soldados, se sintieron contrariados. Se oyeron murmullos de descontento, pero como Vespasiano les había impuesto una rigurosa disciplina y, por otra parte, habían sido convocados para una celebración de la paz, rápidamente cambiaron ese talante por el ánimo alegre que les exigía el reglamento. Las legiones romanas desfilaron, pues, con sus insignias y estandartes ante el minúsculo doctor de Jerusalén, y lo saludaron con el brazo extendido y la mano abierta.

¿Dónde había visto Josef una escena parecida? Recordó que así habían honrado en la Roma de Nerón a un rey oriental, cuya espada había sido previamente clavada en la vaina. En esta ocasión, el ejército romano rendía homenaje a la sabiduría divina de los judíos, después de haber roto la espada de Judea.

El anciano permanecía de pie en la tribuna pero pronto fue visible su cansancio, por lo que fue invitado a sentarse. Sin cesar se llevaba la mano a la frente, agradecía, saludaba, movía la apergaminada cabeza de un lado al otro y su rostro se animaba con una suave sonrisa.

Cuando concluyó la ceremonia, los soldados se dejaron dominar por la cólera que, según las sospechas de Muciano y Agripa, el propio generalísimo había provocado.

Rodearon a Vespasiano. El fruto había madurado: debía ser proclamado emperador pero, como él persistía en su actitud modesta y circunspecta, hubo que enviar a Josef ben Matatías para convencerlo.

La noche estaba fresca y agradable. Una ligera brisa soplaba del mar. Josef, sin embargo, se sentía estremecido por el fuego de la excitación. Su romano sería emperador, y él había contribuido a que así sucediera. Estaba seguro de que por fin persuadiría a ese hombre indeciso de adoptar una resolución definitiva. No le cabían dudas de que sus vacilaciones no eran más que una hábil comedia. Así como los corredores —durante los últimos diez días antes de la prueba— se colocaban plantillas de plomo en el calzado para entrenarse, el pretendiente al trono había hecho su propio ascenso final más difícil, por medio de subterfugios y fingidas negativas, a fin de alcanzar su objetivo con mayor seguridad. Josef exhibió ante Vespasiano su devoción, su confianza y su intuición del porvenir: el general no podría hacer otra cosa que inclinarse ante la voluntad de Dios.

Pero Vespasiano obraba de otro modo. Era un hombre verdaderamente valeroso y firme como una roca. Se había propuesto no dar por propia iniciativa ningún paso. Dejaría que lo arrastraran y empujaran otros hasta el final.

—¡Qué tonterías decís, mi pequeño judío! —le dijo—. Vuestros reyezuelos orientales, si lo desean, pueden recoger sus coronas de la sangre y el lodo. Yo no lo haré: soy un campesino romano, y no recorro a tales procedimientos. En Roma, quienes nombran a un emperador son el ejército, el senado y el pueblo, y no un capricho. El emperador Vitelio posee la investidura legal, y yo no soy un rebelde. Estoy del lado de la ley y el orden.

Josef apretó los labios. Sabía que sus palabras habían sido persuasivas pero reconocía que resultaban impotentes ante el empecinamiento de ese hombre que parecía querer lo imposible: exigía al mismo tiempo la legalidad y la ilegalidad. No le quedaba sino renunciar. Era absurdo tratar de persuadirlo.

Sin embargo, no se decidía a partir, y Vespasiano tampoco lo despedía. Durante cinco largos minutos estuvieron sentados a oscuras, sin hablar; Josef, agotado y resignado, Vespasiano, seguro de sí, respirando pausadamente.

De pronto el general reanudó la conversación en voz baja, sopesando cada palabra.

—Podéis ir a decir a vuestro amigo Muciano que no me someteré, que no cederé sino ante la coacción más violenta.

Josef alzó la cabeza, lo miró y respiró profundamente. Después preguntó, como si no estuviera seguro:

—¿Pero a la coacción cederéis?

—Naturalmente —repuso el otro—, no me dejaré degollar. Sesenta años, para un viejo labrador no es todavía la vejez.

Josef se retiró lo más rápidamente que le fue posible. El judío —de eso el general estaba completamente seguro— iría de inmediato a hablar con Muciano, y a la

mañana siguiente sería obligado, para su desgracia —y honda satisfacción—, a ser emperador. Había que mostrarse muy prudente. Él y Cenis se habían prohibido gozar de ese triunfo mientras no se hubiera alcanzado el final. Pero ahora ya no había por qué fingir, y comenzó a saborearlo a gusto, resoplando enérgicamente. No había tenido tiempo de cambiarse de ropa pero, aún calzado con las pesadas botas de soldado, comenzó a zapatear en la habitación.

—¡Tito Flavio Vespasiano, Emperador, Soberano, Dios! —reía satisfecho. Hizo una gran mueca y retomó su expresión seria—. ¡Y bien, sí! —agregó, mezclando las palabras latinas con los títulos orientales—. ¡César, *Adir*, Emperador, Mesías!

Le parecía cómico que su judío hubiese sido el primero en proclamarlo. Sólo una cosa lo contrariaba un poco: se sentía más encadenado a sus partidarios de lo que habría deseado.

Pensó despertar a Cenis, la mujer que desde hacía tanto tiempo compartía con él tanto la buena como la mala fortuna, para decirle: «Y bien, sí, ya está». Pero el impulso sólo duró un instante. Verdaderamente prefería quedarse solo.

Sin embargo, deseaba contemplar algún rostro humano. Un rostro extraño, que no supiese nada de él y del cual él también lo ignorase todo. Su semblante se distendió; su expresión se hizo astuta y maliciosa, satisfecha. A altas horas de la noche mandó a un sirviente a casa de Josef con la orden de que se presentase de inmediato su mujer, Mara, hija de Lakisch, de Cesarea.

Josef acababa de llegar, después de conversar con Muciano, exaltadísimo por haber contribuido a hacer de su romano un emperador. Y ahora se le imponía esta brusca caída. ¡Qué vergüenza cruel! ¡Qué decepción abominable al comprobar que el romano humillaba de modo tan atroz a quien le inspirara la gran idea! Ese incircunciso impúdico no le permitía olvidar la ignominia de su matrimonio. Repitió para sus adentros, rechinando los dientes, los epítetos despectivos que aplicaban al general: sucio, «transportista», campesino del excremento de caballo, amén de otras injurias que se le ocurrían en arameo, en griego y otras tantas lenguas.

La desdichada Mara, no menos aterrada, le preguntó en voz baja:

—Josef, mi señor, ¿debo morir?

—Tonta —repuso él.

La joven se acurrucaba contra él, pálida, desgraciada, cubierta apenas por una camisa transparente.

—La sangre que debería haber venido hace tres semanas no ha aparecido. Josef, mi esposo, vos, que me habéis sido concedido por Yahvé, escuchad: Yahvé ha bendecido mi cuerpo.

Y como él callase, agregó muy bajo, humilde, ansiosa:

—¿Ya no me amáis?

—Ve —dijo él.

Ella se dejó caer. Un instante después se incorporó y se arrastró hacia la puerta. Al ver que partía como estaba, le ordenó bruscamente:

—¡Ponte tus mejores vestidos!

Mara obedeció, temerosa, temblando. Él la examinó y vio que calzaba un par de zapatos ordinarios.

—Las sandalias perfumadas —agregó.

Durante la hora que pasó con ella, Vespasiano se sintió muy feliz. La gozó con todos sus sentidos. Sabía de antemano qué ocurriría al día siguiente. Lo aclamarían, y entonces se iría para siempre de Oriente. Volvería a su patria, a su Roma, para imponer allí el orden y la disciplina. En el fondo, Oriente le producía una sensación molesta mezclada con una especie de sentimiento compasivo. Judea, al menos, le gustaba; ese país extraño traía felicidad; esa tierra violada le había servido de excelente estribo, estaba dispuesta a que la explotaran y manejaran. La misma Mara estaba hecha a su gusto, precisamente porque parecía tan serena, tan llena de dulzura e indiferencia. Intentó suavizar su voz chillona. Apoyó la cabeza de la joven en su pecho velludo, sus dedos de gotoso jugaron con sus cabellos negros, iluminados por la luz lunar, y le habló suavemente, empleando las pocas palabras arameas que había aprendido.

—Sé tierna, pequeña, no seas tonta, paloma mía.

Repitió esas frases muchas veces, con toda la ternura que le era posible, aunque realmente su tono era prescindente y su espíritu estaba ausente. Resoplaba, experimentaba una agradable fatiga. Cuando estuvo satisfecho, le dijo que se aseara y ordenó a su ayuda de cámara que la acompañara, y un minuto después, olvidado de Mara, dormía tranquilamente, en espera del día siguiente.

La noche fue muy breve. A las primeras luces del alba, Mara regresó a casa de Josef. Caminaba con dificultad, como si se le hubiesen desarticulado los huesos. Tenía el rostro desencajado, descolorido, como si estuviera hecho de alguna materia blanda, inconsistente. Se desvistió. Lenta, penosamente, rasgó sus ropas y las deshizo en trozos menudos. Después, cogió sus bienamadas sandalias y, con uñas y dientes, sin decir una palabra, las redujo a fragmentos. Josef la odió por su sumisión y su silencio. Su único pensamiento era huir de allí, alejarse de allí. «No volveré jamás a la superficie, se decía, mientras respire el mismo aire que ella».

Cuando Vespasiano se asomó a la puerta de su alcoba, los soldados de la guardia lo saludaron con los honores reservados al emperador.

—¿Habéis perdido la cabeza, muchachos? —dijo jocosamente.

El oficial de servicio y varios oficiales que lo acompañaban repitieron la fórmula del saludo imperial. Vespasiano comenzó a enfadarse. En ese momento llegaron algunos generales y coroneles, con Muciano a la cabeza. La casa, repentinamente, se llenó de soldados, y los que no pudieron entrar se quedaron en la plaza frente a ella, aclamándolo cada vez con más fuerza con el saludo imperial, que fue repetido con entusiasmo por la ciudad entera. Mientras tanto, Muciano dirigía al jefe ilustre un

persuasivo discurso, exhortándolo a que impidiera la ruina de la patria. Todos apoyaron sus palabras con gritos exaltados, avanzando, temerariamente, con las espadas desenvainadas y amenazando con matarlo —ya que en esa actitud no eran otra cosa que rebeldes—, si persistía en su negativa.

—Bueno, está bien, no seáis tan violentos, hijos míos —replicó Vespasiano, en el tono campechano que tanto le agradaba—. Si insistís vosotros, no diré que no.

Ordenó que a los once soldados les fuera aplicado el castigo de treinta varazos por haber procedido ilegalmente y les concedió una gratificación de setecientos sestercios. Si así lo deseaban, se les permitiría permutar la pena de treinta golpes por trescientos sestercios. A los cinco que aceptaron el castigo y el dinero, los nombró suboficiales.

—Gracias, mi querido judío —dijo a Josef—. Podéis quitaros las cadenas.

Sin demostrar mayor agradecimiento, Josef se llevó la mano a la frente. Su rostro, pálido, no disimulaba el mal humor.

—¿Habíais esperado algo más? —se burló de él Vespasiano, y al comprobar que Josef seguía callado, agregó con rudeza—: ¡Abrid de una buena vez la boca! No soy profeta.

Había adivinado lo que quería Josef, pero le divertía obligarlo a pedírselo. Tito intervino con su amabilidad habitual.

—El doctor Josef espera, sin duda, que le rompan la cadena.

De ese modo se devolvía la libertad a quienes habían sido retenidos cautivos sin motivo justificable.

—Bien, que así sea —repuso Vespasiano, encogiéndose de hombros, y permitió que la cadena fuese rota ritualmente.

Josef, ya hombre libre, hizo una reverencia y preguntó:

—Deseo saber si se me autoriza a usar en adelante el apellido del emperador.

—Si puede seros útil —contestó Vespasiano—, no me opongo a ello.

A partir de ese día, Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría, de Jerusalén, se llamó Flavio Josefo.

LIBRO CUARTO

ALEJANDRÍA

Formando un extenso y estrecho rectángulo, se desplegaba al borde del mar la capital de Oriente, la Alejandría egipcia, la ciudad más grande del mundo conocido después de Roma y, por cierto, la más moderna. Su perímetro era de veinticinco kilómetros. Siete grandes avenidas la atravesaban a lo largo y doce a lo ancho. Las casas eran altas y amplias y todas estaban provistas de agua corriente.

Situada en la intersección de las tres regiones del orbe, en el punto crucial de Oriente y Occidente, formando parte de la ruta hacia la India, Alejandría había llegado a ser el primer centro comercial de la tierra. A lo largo de los novecientos kilómetros de costas asiáticas y africanas, entre Jope y Paretonia, su puerto era el único que ofrecía un abrigo seguro. Allí se acumulaban el polvo de oro, el marfil, los perfumes de Arabia, las perlas del Golfo Pérsico, las pedrerías de la India y las sedas de China. Su industria, en la que se aplicaban los procedimientos más modernos, enviaba afamados tejidos a todos los países, incluso a Britania; fabricaba preciosos tapices y la indumentaria nacional de las tribus árabes e indias; producía magníficas cristalerías y célebres perfumes; suministraba papel al mundo entero, desde los más finos, para las cartas de las damas, hasta los más bastos, para hacer envoltorios.

En esa ciudad laboriosa trabajaban incluso los ciegos; ni siquiera los ancianos, por agotados que estuviesen, permanecían con los brazos cruzados. Del trabajo se obtenían cuantiosas ganancias y la ciudad no era avara. Mientras en las callejuelas estrechas de Roma y en las calles empinadas de Jerusalén estaba prohibida la circulación de vehículos, en las amplias avenidas de Alejandría resonaba el tráfico de miles de carrozas. Filas apretadas de carruajes lujosos recorrían sin cesar, en todas las direcciones, sus dos grandes paseos. En medio de vastos parques se alzaban gigantescos la residencia de los antiguos reyes, el Museo, la soberbia Biblioteca y el Mausoleo, con el sarcófago de cristal donde se guardaba el cadáver de Alejandro el Grande. El extranjero necesitaba semanas para visitar todas esas curiosidades, a las cuales habría que agregar el Santuario de Serapis, el Teatro, el Hipódromo, la isla de Faros coronada con su célebre faro blanco, los enormes almacenes de la industria y del puerto, la Basílica, la Bolsa donde se fijaba el precio de las mercancías para el mundo entero, y lo que no constituía, por cierto, el menor de sus atractivos: el inmenso barrio del placer, que desembocaba en la lujosa playa de Canope.

En Alejandría se vivía bien y con holgura. Innumerables eran los restaurantes y tabernas, donde se bebía la famosa cerveza de cebada del país. En los días autorizados por la ley, se efectuaban los juegos en el teatro, en el estadio de los deportes o en la arena. Los ricos ofrecían fiestas de un lujo exquisito, tanto en sus palacios urbanos como en sus villas de Eleusis y de Canope, o a bordo de sus embarcaciones de recreo. Los bordes del canal de veinte kilómetros, que unía Alejandría con la playa de Canope, estaban jalonados por tabernas. Se circulaba en barcas, en las que una pequeña cortina ocultaba el interior de las cabinas de las miradas curiosas. A lo largo de la ribera se las podía ver ancladas, o a la sombra de las hiedras trepadoras.

En Canope se habían situado los Campos Elíseos de Homero, y en todas las provincias los pequeños burgueses soñaban con una excursión a la villa y ahorraban dinero para visitar Alejandría.

La riqueza de la ciudad también estaba al servicio de placeres más nobles. El Museo superaba las colecciones de obras de arte de Roma y de Atenas. La nutrida Biblioteca ocupaba continuamente para su servicio a novecientos escribas. Los establecimientos de enseñanza de Alejandría eran superiores a las escuelas romanas. Si bien en la ciencia militar, y quizá también en la jurisprudencia y la economía política, la capital del imperio podía llevarse la palma, en las otras disciplinas la Academia de Alejandría la aventajaba incuestionablemente. Las familias romanas de las clases superiores tenían preferencia por los médicos que hubieran estudiado anatomía en Alejandría. En esta ciudad se aplicaba, a instancias de sus médicos, un procedimiento muy considerado de ejecución para los condenados a muerte: se los sometía a la mordedura fulminante de una víbora muy venenosa criada con ese fin.

Pese a todos sus adelantos, los alejandrinos se mantenían muy apegados a la tradición. Conservaban sus templos y santuarios en olor de santidad, y procuraban mantener la reputación de su particular eficacia. No permitían la desaparición de la antigua magia egipcia heredada de sus antepasados, y permanecían fieles a sus antiquísimas costumbres. Como en los tiempos antiguos, veneraban a sus animales sagrados: el toro, el gavián y el gato. Si un soldado romano mataba a un gato desaprensivamente, nada podía salvarlo del suplicio.

Así vivía un millón doscientos mil seres que pasaban sin tregua del trabajo al placer y del placer al trabajo, siempre ávidos de novedades y devotamente unidos al pasado. Muy versátiles, capaces de transitar en un corto tiempo de la ardiente admiración al rechazo violento; codiciosos, inteligentes, sensibles y maliciosos; audaces sin límites; artistas y políticos hasta la médula de los huesos. Habían afluído a la ciudad desde todos los extremos de la tierra y como habían olvidado su patria de origen, les bastaba considerarse únicamente alejandrinos. Alejandría era a la vez ciudad de Oriente y de Occidente, de la meditación filosófica, del arte cortesano, del comercio previsor, del trabajo empeñoso, de los goces desenfrenados, de la más antigua tradición y de la existencia más moderna. Sus habitantes se sentían extraordinariamente orgullosos de la ciudad, y poco les importaba que su patriotismo localista, exagerado y pedante, provocase el rechazo del resto del mundo.

En medio de esa población heterogénea existía un grupo de origen mucho más antiguo, más ricos, más cultivados, más orgullosos que los demás: los judíos. Estaban establecidos en el país hacía setecientos años, desde que sus antepasados mercenarios lograron valientemente una gran victoria para el rey Psamético. Más tarde, Alejandro de Macedonia y después de él, los Tolomeos, atrajeron a la ciudad a centenares de miles de judíos. Su número se calculaba por aquel tiempo, solamente en Alejandría, en más de medio millón. Su particularísimo ritual, su riqueza, su fasto hierático habían provocado en distintas ocasiones violentos *pogroms*. Tres años antes, al

estallar la sublevación de Judea, cincuenta mil judíos habían sido salvajemente asesinados en Alejandría. En el barrio del Delta, donde vivía la mayoría, eran visibles las huellas de la destrucción. Ellos dejaban intencionadamente que las ruinas permaneciesen, y se negaban a lavar la sangre que había salpicado los muros de sus sinagogas. Estaban orgullosos de esos ataques, que atestiguaban su poderío, pues en realidad dominaban Egipto, como en otros tiempos Josef, hijo de Jacob, ejerció gran ascendiente bajo el gobierno del Faraón. Tiberio Alejandro, el comandante supremo, era judío de origen, al igual que numerosos dirigentes, personajes notables, funcionarios, fabricantes de tejidos y de papel, recaudadores de impuestos, mercaderes de armamentos, banqueros, negociantes de cereales, armadores de navíos, médicos y profesores de la Academia.

La Gran Sinagoga de la ciudad estaba considerada como una de las maravillas del mundo; tenía capacidad para cien mil personas. Después del Templo de Jerusalén, éste era el edificio judío más grande que se conocía. Setenta y un asientos de oro macizo estaban reservados para el Gran Maestro y los miembros del Consejo de la Comunidad. Ninguna voz humana tenía fuerza suficiente para hacerse oír de un extremo a otro de la inmensa nave, por lo que se hacían señales con banderas para indicar a los asistentes cuándo debían responder «amén».

Los judíos de Alejandría despreciaban a los de Roma; pensaban que esos judíos occidentales llevaban, por lo general, una vida mezquina, y eran incapaces de elevarse por encima de su condición de obreros. Los alejandrinos, según ellos, habían sabido armonizar hábilmente su judaísmo con la calidad de vida y la mentalidad del Oriente helénico. Hacía ya doscientos cincuenta años que la Biblia había sido traducida al griego por su iniciativa. Su Libro armonizaba con el espíritu de aquella lengua y su cultura.

Pero a pesar de todo, y por más que tuviesen su propio Templo en Leontópolis, consideraban que su centro estaba en la colina de Sión. Amaban a Judea, y les producía gran dolor pensar que la metrópoli judía podía sucumbir a causa de la incapacidad política de los dirigentes de Jerusalén. Sólo deseaban que el Templo, al menos, quedase en pie. Contribuían a su sostenimiento con el pago de tributos, como todos los judíos. Iban al Templo en peregrinación, y contaban allí con hospedaje, sinagogas y cementerios. Muchos exvotos del Templo: puertas, columnas y pórticos, habían sido ofrecidos por ellos. La vida sin el Templo de Jerusalén les parecía inconcebible.

Caminaban con la cabeza erguida, no querían que se advirtiera cuánto les conmovían los acontecimientos de Judea. Los negocios florecían, la actitud del nuevo emperador era amistosa con ellos; podían recorrer el paseo en sus carrozas de lujo y, al igual que los príncipes, tenían sus propios asientos en la Basílica y en la Bolsa, pero a solas sentían el corazón oprimido, se cubría de sombras su rostro altivo y un íntimo agobio desvanecía su orgullo.

Los judíos alejandrinos acogieron a Josef con respeto cuando desembarcó de la nave del emperador. Parecían conocer con detalles el papel que había desempeñado en la proclamación de Vespasiano, y hasta exageraban su intervención. Les impresionó su juventud, su energía contenida, la belleza grave de su rostro delgado y su expresión apasionada. Como en otros tiempos en Galilea, se le aclamó a su paso por las calles del barrio judío de Alejandría: «¡*Marín, Marín*, nuestro maestro, nuestro maestro!».

Al fin, después de la etapa de sombrío fanatismo en Judea y de los rigores de la actividad militar, Josef podía aspirar a pleno pulmón, con alegría, la atmósfera libre de la gran ciudad. Había dejado en Galilea a su mujer Mara, y su antigua vida triste y ruda. Su campo de acción ya no era el de las intrigas políticas ni el de las groseras tareas de la organización militar, sino el del intelecto. Llevaba con orgullo, ajustada a la cintura, la escribanía de oro que Tito le obsequió, al partir de Judea.

Paseaba por la avenida principal, sentado en un magnífico coche, acompañado por el Gran Maestre Teodoro bar Daniel; aparecía en la Biblioteca, en los baños, en los restaurantes de lujo de Canope. Pronto se hizo popular en todas partes el judío de la escribanía de oro. En algunas aulas, los maestros y los alumnos se ponían de pie cuando él llegaba. Los fabricantes y mercaderes se sentían honrados de recibirlo en sus fábricas, tiendas o almacenes. Su vida era la de un gran señor. Los hombres lo escuchaban y las mujeres se le ofrecían.

Su predicción había sido acertada. Vespasiano era el Mesías. La redención a través de ese Mesías se estaba cumpliendo de una forma distinta de como él la había imaginado: lenta, racional, serenamente. El hombre que había quebrado la corteza del judaísmo dejaba expandir su contenido por toda la tierra, fusionándose con la filosofía helénica. La vida de Josef y su visión del universo se penetraban cada vez más del espíritu lúcido y escéptico de los griegos occidentales. No comprendía cómo había podido sentir rechazo en otro tiempo hacia todo lo que no fuese judío. Los héroes de la mitología griega y los profetas de la Biblia ya no le parecían excluyentes. No existía oposición entre el Cielo de Yahvé y el Olimpo de Homero. Josef comenzó a odiar las fronteras que antes habían simbolizado para él el principio básico de la selección y la diferenciación; ahora su ideal consistía en dejar que los propios bienes desbordasen por cauces ajenos, y absorber para sí, a cambio, los bienes ajenos.

Fue el primero en concebir esa idea del mundo, y en dar testimonio de ella por sus hechos. Empezaba a ser un hombre de una especie nueva, ni judío, ni griego, ni romano. Un ciudadano del mundo civilizado.

Desde siempre había estado en Alejandría el centro del antisemitismo mundial. Allí Apión, Apolonio Molón, Lisímaco y el Gran Sacerdote egipcio Manetón habían divulgado la creencia de que los judíos descendían de leprosos, que en el Sancta Sanctorum veneraban una cabeza de asno; que alimentaban en su Templo a jóvenes griegos para inmolarlos el día de la Pascua, y que todos los años sellaban, bebiéndose

la sangre de sus víctimas, un pacto secreto contra los otros pueblos. Hacía entonces treinta años que dos directores de la Alta Escuela de Deportes —Denis y Lampón— habían organizado oficialmente el movimiento antisemita. La sandalia blanca que se usaba en la escuela poco a poco se había convertido en un símbolo, y desde entonces los enemigos de los judíos eran llamados en todo Egipto «sandalias blancas».

Según ellos, junto al judío Josef había llegado a Egipto una nueva plaga. Cuando Josef se paseaba arrogantemente por la ciudad, aclamado por la multitud, representaba para ellos la encarnación de la soberbia judía. En sus centros de reunión entonaban cancioncillas, algunas bastante logradas, cuyo protagonista era el héroe judío de la libertad que se había pasado a los romanos, el enérgico macabeo que aparecía en todas partes y giraba impulsado por cualquier viento.

Un día, cuando Josef se disponía a entrar en los baños de Agripa, encontró en el vestíbulo a un grupo de jóvenes «sandalias blancas», que inmediatamente se pusieron a cantar: «*Marín, Marín*», con el evidente propósito de parodiar las aclamaciones entusiastas de los judíos. Josef palideció, pero continuó su camino tan erguido como había entrado. Al ver que no reaccionaba, los antisemitas redoblaron sus clamores. Algunos gritaron:

—¡No os acerquéis mucho! ¡Podéis contaminaros!

—¿Qué os parece nuestra carne de cerdo, señor macabeo? —preguntaron otros.

De todos los rincones llegaron gritos y voces burlonas:

—¡Josef, el macabeo! ¡El Tito Livio circunciso!

Josef se enfrentó con un muro de rostros malignos.

—¿Queréis algo? —preguntó, enfurecido interiormente, pero conservando su serenidad, a un jovencito de tez olivácea que se encontraba próximo a él.

—Yo quería simplemente pedir os una información, señor macabeo —repuso el interpelado con desfachatez y exagerada obsequiosidad—. ¿Vuestro padre era leproso, verdad?

Josef se limitó a mirarlo fijamente a los ojos. Otro intervino:

—¿Eso se lo llevó alguno de vuestros antepasados —y señaló la escribanía de oro— cuando lo expulsaron de Egipto?

Josef seguía callado, pero de súbito, con increíble rapidez, desprendió de su cinturón el pesado estuche, y golpeó la cabeza del atrevido, que cayó al suelo, exánime. Un silencio de muerte se hizo alrededor. Sin volver la cabeza, Josef penetró orgullosamente en la piscina. Los «sandalias blancas» corrieron en su busca pero los bañistas y servidores del establecimiento se interpusieron entre ellos.

El hombre herido se llamaba Quereas y pertenecía a una distinguida familia. Estaba grave y, en consecuencia, se inició una investigación judicial contra Josef que, sin embargo, fue suspendida rápidamente. A propósito del caso, el emperador le comentó:

—Muy bien, mi joven amigo; pero no era para eso que os habíamos regalado la escribanía.

Un día al año los judíos alejandrinos celebraban con una gran fiesta en la isla de Faros la conclusión de la versión griega de la Biblia. Habían pasado tres siglos desde que Tolomeo II y el director de la Biblioteca, Demetrio de Falerón, sugirieron la conveniencia de traducir las Sagradas Escrituras al griego. Setenta y dos doctores judíos, que dominaban igualmente a la perfección ambos idiomas, fueron encargados de cumplir la tarea difícil de transmitir la palabra de Dios a los judíos de Egipto, imposibilitados de comprender el texto original. Cada uno de ellos había trabajado aisladamente y en la más rigurosa soledad. Sin embargo, todas las versiones resultaron idénticas, palabra por palabra. Con ese milagro, Yahvé había querido indicar que autorizaba la conciliación entre los judíos y su vida en común con los griegos. La fiesta alejandrina conmemoraba ambos hechos.

Los notables de la ciudad, hombres y mujeres, acudieron ese día a la isla de Faros. Sólo los «sandalias blancas» no asistieron al acto. El emperador participó también del festejo en compañía del príncipe Tito y de las numerosas personalidades llegadas desde Roma y de todas las provincias, atraídas por la presencia de la corte en Alejandría.

Josef había sido encargado de expresar el agradecimiento de los extranjeros invitados a la fiesta. Habló con calma no exenta de enjundia. Cantó loas a las Escrituras, que reúnen a los pueblos, y a Alejandría, la ciudad universal que los congregaba en su seno.

Necesitaba observar el efecto de sus palabras en las caras de los concurrentes. Estaba habituado a escoger uno al azar entre la multitud y, en esa ocasión, sus ojos se clavaron en una figura rolliza y sin embargo grave, muy romana, de la que había observado su imperturbabilidad durante todo el discurso, aunque no podía verlo bien. Adusto, extrañamente inexpresivo, en ese rostro romano los ojos miraban a la lejanía, a través del orador, con una dignidad curiosamente impasible que desconcertó a Josef.

Concluida su disertación, Josef averiguó el nombre del personaje. Le dijeron que era Cayo Fábulo, el pintor de la corte de Nerón y autor de los frescos de la *Domus Aurea*. Examinó de cerca al hombre que lo había escuchado con una indiferencia tan poco considerada. En efecto, su cabeza era fuerte, llena de energía y parecía coronar un cuerpo grueso, un poco informe. Sin embargo, el artista estaba vestido con extremo cuidado, y se mantenía rígido y digno, lo cual producía un efecto un poco grotesco acentuado por su corpulencia.

Josef había oído hablar en Roma de las extravagancias de este Cayo Fábulo. Helenista convencido, practicaba un arte ligero, sensual, aunque sus actitudes resultaran exageradamente solemnes. Se decía que no pintaba sino vestido de gala y que por su extremado orgullo no dirigía jamás la palabra a sus esclavos, con quienes se comunicaba únicamente por medio de signos y gestos. Aunque bien considerado y solicitado —hasta en las pequeñas ciudades de provincia se exhibían sus frescos y sus cuadros—, su arte no había logrado penetrar en el seno de las grandes familias

romanas. Y cuando decidió casarse con una egipcia helenizada, se le cerraron definitivamente las puertas de la clase dirigente.

A Josef le pareció inexplicable la asistencia de Fábulo a la fiesta, pues le habían dicho que era uno de los «sandalias blancas» más furibundos. Además, Josef detestaba la pintura. Era un arte que no le decía nada y, por otra parte, el mandamiento de la doctrina: «No harás imágenes», estaba profundamente grabado en su espíritu. En cuanto a Roma, si bien se estimaba mucho a los escritores, no había mayor interés por los pintores, a los que se situaba en los niveles más bajos. Josef observó, pues, al artista con antipatía y multiplicado desdén.

El emperador se volvió hacia Josef. En un hermoso ejemplar de la Biblia griega que le acababan de obsequiar había descubierto, con mirada experta, ciertos pasajes eróticos sobre los cuales le pidió explicaciones con su voz chillona.

—Habéis engordado mucho, judío mío —le dijo súbitamente, y, volviéndose a Fábulo, que estaba cerca, agregó—: Habría que haberlo visto en Galilea, maestro. En aquel entonces estaba magnífico, hirsuto, flaco como un perro vagabundo, descuidado, un verdadero profeta, digno de un cuadro.

Fábulo quedó rígido e hizo el antipático gesto habitual. Josef sonrió por cortesía.

—He tomado a mi servicio —prosiguió Vespasiano— al médico Hekateo. Me hace ayunar un día a la semana, lo cual me sienta estupendamente. ¿Qué opináis de ello, Fábulo? Si hacemos ayunar a este mozo durante una semana, ¿podríais hacerme su retrato?

El pintor contrajo el rostro pero permaneció imperturbable.

—Me hace feliz, César Majestad —dijo Josef suavemente— comprobar que hoy estáis dispuesto a hacer bromas amables sobre Jotapata.

—Cuando se produce algún cambio de temperatura —repuso Vespasiano, riendo— siento todavía un dolor en el pie que vuestros soldados me aplastaron con una piedra. —Señaló entonces a la mujer que se encontraba al lado del pintor—. ¿Su hija, Fábulo?

—Sí —repuso el pintor, secamente—, mi hija Dorión.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Era bastante alta y esbelta. Tenía la tez muy fina, de un tono moreno dorado; la cabeza era delgada y delicada; la frente, inclinada y amplia; los ojos verdes, los pómulos salientes y la nariz un poco ancha. Su perfil, en cambio, era leve y perfecto. En su rostro orgulloso destacaba la boca, grande y atrevida.

—Niña bonita —dijo el emperador, y despidiéndose—: Vamos, reflexionad, Fábulo: a ver si estáis dispuesto a hacer un retrato de mi judío.

Cuando Vespasiano se retiró, los aludidos se quedaron mudos y se sintieron incómodos. Fábulo había venido a la fiesta sólo en honor al nuevo régimen, y a duras penas había convencido a Dorión de que lo acompañara. Mas ahora lamentaba encontrarse allí. No pensaba hacer el retrato de ese vanidoso escritor judío, y Josef, por su parte, no abrigaba ningún deseo de posar ante un pintor tan pretencioso y poco

inteligente. Aparte de eso no se podía negar que su hija Dorión tenía personalidad. «Niña bonita», había dicho el emperador. Era una expresión trivial y, también insuficiente. Tal como la había visto allí, delicada hasta la fragilidad, con un aire frívolo no obstante los modales severos y la leve sonrisa vanidosa en los labios, poseía una gracia un tanto salvaje que había seducido a Josef a pesar suyo.

—«Vamos» —dijo Dorión, repitiendo, burlona, la expresión favorita del emperador—, ¿partimos nosotros también, padre?

Poseía un tono de voz orgulloso, refinado y desdeñoso. Josef abrió la boca para decirle algo —ansiaba empezar una conversación con ella—, pero aunque era bastante audaz no encontró en ese momento la palabra adecuada. Sintió que se restregaba algo contra su pie. Bajó los ojos. Era un gato gordo, rojizo, oscuro. Si bien los egipcios mimaban a los gatos —y los consideraban animales sagrados— ni los romanos ni los judíos los apreciaban en absoluto. Josef se inclinó para echar al importuno, pero lo detuvo la voz de la joven.

—¡Soltad a ese gato! —la voz se hizo aguda, desagradable, pero, ¡cosa maravillosa!, se tornó suave para hablar al felino—. Ven conmigo, mi pequeño, mi querido dios. Ese hombre no te comprende. ¿Te ha dado miedo? —y acarició a la odiosa bestia, que ronroneaba.

—Disculpadme —dijo Josef—, yo no quería hacerle daño. Los gatos son útiles cuando hay ratones.

Dorión comprendió la burla. Su madre y su nodriza habían sido egipcias, y ella veneraba al los gatos como a seres divinos: había en ellos algo de la diosa-leona Bastet, de la fuerza y del poder de los tiempos primitivos. El judío quería denigrar a su dios, pero ella lo encontró indigno de una respuesta. Pensó que no tendría que haber ido a la fiesta. Ningún gobierno, ningún emperador podía prescindir del arte único de su padre; por tanto no habría tenido necesidad de hacer esa concesión. Callada, inmóvil, con el gato entre los brazos, Dorión formaba un bonito cuadro, que hubiera podido titularse: «Niña engalanada jugando con un gato». Le agradó percibir la admiración en los ojos de la gente, y pensó en lo que había dicho el emperador: «Niña bonita». ¿Que su padre pintaría el retrato de un judío? ¡Qué burla grosera y sin *esprit!* Vespasiano era basto, un auténtico romano. ¡Lástima que su padre no tuviese bastante presencia de ánimo para defenderse de chanzas de esa clase! No sabía oponerles otra cosa que su gravedad un poco agriada. Con su ironía servil, el judío se había desenvuelto mejor. Había notado que Josef, pese a su insolente observación sobre el gato, gustaba de ella. Bastaría con que pronunciase una frase, para que él — con seguridad— la cubriese de halagos y lisonjas. Pero Dorión no quiso decir nada. Si él tomaba la palabra, tal vez le contestaría, pero éste sería su último encuentro con el judío.

Josef pensaba, por su parte: «Esta joven es burlona y altanera. Si inicio relaciones con ella el asunto tendrá consecuencias inmediatas y me producirá muchos disgustos. Lo mejor sería dejarla plantada con su gato odioso y absurdo. ¡Qué maravilloso

contraste el de sus manos morenas sobre el horroroso pelo rojo del gato! Son asombrosamente largas y finas. Se parece a una de esas antiguas estatuas angulosas y rígidas que se ven aquí por todas partes».

—¿No es un poco exagerado decir que yo debo adelgazar para que vuestro padre pueda retratarme? —Mientras pronunciaba estas palabras, lamentaba no haberse ido ya.

—Me parece que un poco de ayuno no es pagar demasiado cara la gloria de sobrevivir eternamente —repuso Dorión, con voz altiva e infantil.

—Si debo sobrevivir —opinó Josef—, será por mis libros.

La respuesta exasperó a Dorión. Ahí estaba el famoso orgullo judío. Buscó una frase que hiriese a ese hombre, pero antes de que pudiera encontrarla, Fábulo le dijo en latín:

—Vámonos, hija mía. No depende de nosotros ni de él que yo haga su retrato. Si el emperador me lo ordenase, pintaría del mismo modo la carroña de un cerdo putrefacto.

Josef los siguió con la mirada, hasta que desaparecieron en la pérgola que unía la isla al malecón. No se había lucido demasiado pero tampoco lamentaba sus palabras.

En esa época, Josef escribió el salmo que más tarde se llamó «Salmo del ciudadano del mundo».

Oh Yahvé, dadme más oídos y más ojos
para ver y oír la inmensidad de tu mundo.
Oh Yahvé, dadme más corazón,
para comprender la diversidad de tu mundo.
Oh Yahvé, dadme más voz,
para confesar la grandeza del mundo.

Oídmе, pueblos; escuchad bien, naciones:
No guardéis, dijo Yahvé, el espíritu que he derramado sobre vosotros.

Gastadlo, prosiguió la voz del Señor,
pues escupo sobre el que lo escatima,
y de quien tiene cerrado el corazón y la bolsa,
aparto mi rostro.

Alejaos de vuestra ancla, dijo Yahvé.
No amo a los que se embarrancan en el puerto.
Abomino de los que se pudren en el olor infecto de su molicie.
He dado al hombre muslos, para que lo sostengan sobre la
tierra y piernas para correr,

para que no quede plantado como un árbol por sus raíces.

Pues el árbol tiene un solo alimento,
pero el hombre se nutre de todo
lo que he creado bajo el cielo.
Un árbol conoce sólo una cosa
pero el hombre posee ojos, para asimilar lo exterior,
y una piel, para palpar y gustar lo ajeno.

Load a Dios y dispersaos sobre la tierra,
load a Dios y extendeos sobre los mares.
Es esclavo quien se ata a un país.
No se llama Sión el reino que os he prometido;
Su nombre es: el universo.

Así fue como Josef, ciudadano de Judea, se convirtió en ciudadano del mundo, y Josef ben Matatías en el escritor Flavio Josefo.

En Alejandría también había partidarios de los «Vengadores de Israel». A pesar del peligro que ello entrañaba, algunos se exhibían en la calle con la divisa prohibida, que llevaba el lema de los macabeos: «¡Quién es como vos, oh Señor!». Desde su llegada a la ciudad los macabeos habían hecho público en todas las formas posibles su desprecio por Josef, a quien consideraban traidor a la causa judía. Después del altercado con Quereas, el «sandalias blancas», se calmaron un poco, pero cuando se publicó el «Salmo del ciudadano del mundo», redoblaron sus improperios contra el hombre de dos caras, manchado una y otra vez.

Al principio Josef se rió de ellos, pero la agitación de los «Vengadores» se extendió a los moderados, y hasta los miembros del Gran Consejo de la ciudad comenzaron a apartarse de él. Sabía que los dirigentes de Alejandría compartían interiormente sus mismas opiniones, pero para la mayoría de sus correligionarios, el «Salmo del ciudadano del mundo» era pura herejía, y dos semanas escasas después de su publicación estalló el escándalo en la Gran Sinagoga.

Cuando un judío alejandrino juzgaba injusta una sentencia pronunciada por el Gran Maestro y sus colaboradores, una antigua costumbre lo autorizaba a apelar a toda la comunidad, en día sábado, ante el rollo desplegado de las Escrituras. El oficio divino y la lectura de la Ley se postergaban entonces hasta que los feligreses hubiesen acordado una resolución. Sin embargo, apelar sin fundamento era arriesgado, pues si la comunidad no aceptaba la demanda se pronunciaba un anatema, vigente por tres años, contra el querellante. A causa de tanta severidad muy raras veces se hacía uso de tal derecho. En los veinte años anteriores se habían producido

sólo tres casos similares. El cuarto caso ocurrió la primera vez que Josef se presentó en la Gran Sinagoga, después de la publicación de su poema. Era sábado, día en el que se debía leer el pasaje que comienza con las palabras: «Y Yahvé se le apareció bajo los terebintos de Mamré»... Apenas se había extraído el rollo de la Ley de la funda donde se lo guardaba, y ya se comenzaba a abrirlo para dar comienzo a la lectura, cuando el jefe de los macabeos se precipitó hacia el púlpito, seguido de uno de sus partidarios, e interrumpió el oficio. Presentaba una queja contra Josef ben Matatías. En pasadas ocasiones, los juristas de la comunidad habían explicado, apoyándose en toda clase de textos ambiguos, que el anatema dictado en Jerusalén era nulo en Alejandría; sin embargo, la mayoría de los judíos de la ciudad no aceptaban esa interpretación. La acusación decía: «Josef ben Matatías es culpable de los desastres de Galilea y de Jerusalén, y doblemente traidor. Su matrimonio ignominioso con la concubina de Vespasiano basta por sí solo para excluirlo de la sinagoga». El orador pidió, entre numerosas demostraciones de apoyo, que Josef fuera expulsado del sagrado recinto.

Josef, apretando los labios, permaneció en su sitio sin moverse. Los miles de hombres reunidos allí eran, sin embargo, los mismos que algunas semanas antes lo habían aclamado: «¡Marín, Marín!». ¡Cuán pocos de ellos se hallaban ahora dispuestos a defenderlo! Miró al Gran Maestro Teodoro bar Daniel y a sus setenta colegas sentados en sus asientos de oro. Estaban más pálidos que sus estolas, pero no abrían la boca. No podían apoyarlo y no lo hicieron. Era evidente que su amistad con el emperador ya no constituía suficiente protección para él. Fue expulsado ignominiosamente de la sinagoga.

Al verlo salir, hundido en la desgracia, muchos se dijeron: «El mundo es como una noria, una rueda que sube y baja, llena el cubo vacío y vacía el lleno. Ahora le ha tocado a él el turno. Ayer era todavía un hombre lleno de orgullo; hoy, en cambio, está cubierto de oprobio».

Sin embargo, Josef no pareció tomar el asunto demasiado en serio. Prosiguió su vida brillante, en compañía de mujeres, hombres de letras y cómicos. Era un huésped muy bien considerado en los círculos progresistas de Canope. El príncipe Tito lo patrocinaba con más ostentación que nunca y casi siempre aparecía acompañado por él.

Pero cuando estaba solo, por la noche, Josef se sentía enfermo de amargura y despecho. Era impuro, como si una lepra penetrara en su espíritu desde la piel. Ningún Tito podría lavar la suciedad que lo cubría. Su vergüenza se había hecho física; todo el mundo podía verla y tenía el nombre de Mara. Para recuperar el honor perdido debía cegar la fuente de su mal, y para siempre.

Algunas semanas después, sin pedir consejo a nadie, solicitó una entrevista al juez supremo de la comunidad, el doctor Basíledes. Desde su exclusión de la

sinagoga, Josef no había aparecido en casa de ningún alto personaje judío. Esta visita desconcertó al juez, quien buscó algunas palabras indulgentes y, sin mirarlo, pronunció vagas fórmulas que suponía debían consolarlo. Haciendo caso omiso de las palabras, Josef se quitó el tocado de sacerdote, lo destrozó, como lo exigía el ritual, y lo depositó delante del dignatario. A continuación desgarró sus vestiduras y dijo:

—Soy, mi doctor y maestro, vuestro humilde servidor Josef ben Matatías, ex sacerdote de primera categoría, de Jerusalén. He cometido el pecado del mal instinto, he desposado a una mujer con la cual me estaba prohibido unirme; una prisionera romana que se había prostituido con los romanos. Merezco la pena del exterminio.

El doctor Basíledes, juez supremo, palideció al oír esas palabras, pues conocía muy bien su significado. Transcurrió un momento hasta que dio la respuesta prescrita por la fórmula.

—La pena del exterminio, pecador, no depende de los hombres, sino de Dios.

—¿Hay algún medio, mi doctor y maestro —preguntó Josef, de acuerdo con el ritual—, para que el pecador aleje la pena de exterminio, de él y de su raza?

—Si el pecador acepta el castigo de cuarenta azotes —contestó el juez— Yahvé lo perdona. Pero es necesario que el mismo pecador pida para sí el castigo.

—Pido, mi doctor y maestro —concluyó Josef—, se me aplique la pena de cuarenta azotes.

Cuando se supo en Alejandría que Josef quería someterse a la flagelación, la conmoción fue tremenda. En la ciudad no era nada frecuente un acto semejante y, en todo caso, estaba reservado a los esclavos. Los macabeos se quedaron mudos de asombro. Muchos de los que exigieran a gritos que se expulsara a Josef de la sinagoga lo lamentaron en lo íntimo de su corazón. En cambio, los «sandalias blancas» cubrieron los muros con caricaturas de Josef flagelado, y en las tabernas se entonaron canciones satíricas a su costa.

Las autoridades judías no habían publicado la fecha del castigo, pero ese día el patio de la sinagoga de Augusto estuvo lleno de gente, y las calles vecinas desbordaron de curiosos. Pálido y enflaquecido, con la mirada febril clavada en la lejanía, Josef se encaminó hacia el juez supremo, y, llevándose la mano a la frente, dijo bien alto, para que se le pudiese oír en los más apartados rincones:

—Mi doctor y maestro: he cometido la falta del mal instinto. Pido el castigo de cuarenta azotes.

—Te pongo en manos del ujier del tribunal, pecador —repuso el juez.

El verdugo hizo ademán a sus dos ayudantes para que desvistieran a Josef. El médico lo examinó, a fin de cerciorarse de que estaba en condiciones de soportar una flagelación tan dura y de que no dejaría escapar orina o excrementos, lo cual constituiría una deshonra pues la Ley prescribe: «Tu hermano no debe ser envilecido a tus ojos». Fue Juliano, el jefe de los médicos de la comunidad, quien realizó el examen. Palpó a Josef y le auscultó, especialmente el corazón y los pulmones. Muchos de los espectadores pensaron que el doctor lo declararía incapaz de sufrir la

pena completa. En el fondo, Josef abrigaba la misma esperanza, pero el médico no quiso comprometerse y dictaminó:

—El culpable puede soportar cuarenta azotes.

El verdugo ordenó arrodillarse a Josef. Los ayudantes le ataron las manos a un poste, de modo que sus rodillas forzosamente permanecieran separadas, y todos vieron cómo se tensaba la piel lisa y blanca de su espalda. Después le ataron una pesada piedra al pecho, para obligarlo a encorvar el tronco. Minuciosamente, mientras los latidos del corazón de Josef repercutían visiblemente en sus costados, el verdugo se aseguró a la muñeca las largas tiras de cuero de buey, las probó, las apretó, las distendió, las volvió a apretar. Era necesario que las puntas alcanzasen el vientre del supliciado. Así estaba escrito.

El juez comenzó a leer los dos versículos de las Escrituras que hablan de la flagelación:

«He aquí cómo se debe hacer. Cuando el pecador merezca los azotes, el juez le hará extenderse en el suelo, y se le darán en su presencia un número de azotes proporcionado a su falta, pero nunca más de cuarenta, y sin que sea envilecido a vuestros ojos».

El verdugo aplicó trece azotes en la espalda, que fueron controlados por el segundo juez. Luego los ayudantes lavaron al culpable. El tercer juez dijo entonces: «Pega», y el verdugo aplicó trece azotes en el pecho, después de lo cual los ayudantes volvieron a lavar al pecador. Por último, el verdugo le asestó otros trece golpes en la espalda. Durante todo ese tiempo el silencio fue absoluto, sólo se oía el chasquido violento de los azotes y la respiración entrecortada, sibilante de Josef, cuyo corazón palpitaba aceleradamente.

Yacía atado y jadeante. Los golpes se sucedían breves e intensos y el dolor era como un inmenso mar en movimiento; venían olas altísimas y se llevaban a Josef, reflúan y lo hacían flotar, retornaban y se rompían sobre él. Josef jadeaba, resoplaba, sentía el olor de su sangre. Todo ocurría por causa de Mara, hija de Lakisch. La había deseado y ahora la odiaba. Por eso la hacía expulsar de su sangre. Oraba: «De las profundidades os llamo, oh Señor». Contaba los golpes, pero se le enredaban las cifras: había recibido ya varios centenares de azotes, pero continuaban castigándolo. La Ley prescribe que no sean cuarenta golpes, sino treinta y nueve, pues está escrito: «El número de», lo cual equivale a «cerca de», y, en consecuencia, no debían ser sino treinta y nueve. ¡Oh, cuán dulce era la Ley de los doctores! ¡Oh, cuán dura la Escritura! Si no concluían iba a morir. Le parecía oír a Yojanán ben Zakai decir «¡basta!». Aunque el eminente doctor se encontrara en Judea, en Jerusalén o en Yabne, vendría e intervendría en su favor. Para Josef sólo importaba resistir hasta entonces. El suelo y el poste que tenía delante desaparecieron, pero Josef concentró todas sus fuerzas: tenía que ver con claridad, y reconocer el suelo y el poste hasta que llegara Yojanán ben Zakai. Pero el sabio doctor tardaba en presentarse.

Se desvaneció y no vio nada más. Después del vigesimocuarto azote cayó

extendido, exánime. Cuando lo lavaron, volvió en sí. El médico dijo: «Puede soportar más», y el juez ordenó: «Continúen azotando».

La princesa Berenice estaba entre los espectadores. No había tribuna ni lugares reservados, pero la noche anterior ella había enviado a su más vigoroso esclavo de Capadocia a ocupar un buen lugar. Estaba de pie en la segunda fila, apretujada por el gentío. Jadeaba, respiraba con dificultad, fijando obstinadamente sus ojos castaños en el flagelado. En el patio reinaba un profundo silencio. No se oía sino la voz del juez supremo, que leía los versículos de las Escrituras muy lentamente, de modo de poder abarcar el tiempo que aquello durara con la lectura repetida tres veces. A lo lejos se oían las voces alegres del gentío que colmaba las calles. Berenice seguía con atención la flagelación que el arrogante Josef soportaba para desembarazarse de la mujer prostituida, a quien había sido obligado a dar su nombre. Sí, en realidad reconocía que él era su primo. No se contentaba con pecados menudos y pequeñas virtudes, le era necesario humillarse profundamente para erguirse luego con tanta más fiereza. Lo comprendía. Ella misma había saboreado en el desierto la voluptuosidad de esas humillaciones. Estaba muy pálida —no era fácil soportar el espectáculo—, sin embargo seguía allí. Aunque movía los labios no dejaba escapar ningún sonido, mientras contaba maquinalmente los golpes. Sintió un gran alivio cuando sonó el último azote, pero aun habría sido capaz de resistir un tiempo más. Apretaba los labios y sentía la boca reseca.

Transportaron a Josef, desmayado y cubierto de sangre, a la Casa de la Comunidad. Lo lavaron bajo la vigilancia del médico Juliano, lo masajearon con ungüentos y le hicieron beber un brebaje compuesto de vino y mirra. Cuando volvió en sí, dijo:

—Dad doscientos sestercios al verdugo.

Mientras tanto, Mara, hija de Lakisch, se sentía llena de dicha porque iba a traer una criatura al mundo, y tomaba infinitas precauciones para no dañarla. Era muy trabajadora, pero dejó de dar vueltas al molino manual para que el niño no fuese borracho. No comía dátiles verdes, para que no tuviese ojos lacrimosos; no bebía cerveza, a fin de que no oliera mal; se privaba de la mostaza, para que no fuese un libertino. En cambio comía huevos, que le darían ojos grandes; ruibarbo, para que resultara simpático a sus semejantes, y bebía limonada, para que su olor fuese agradable. Se apartaba temerosa de todo lo feo para no sufrir mal de ojo, y buscaba con empeño la vista de hombres hermosos. Se procuró a costa de grandes esfuerzos una piedra milagrosa que, siendo hueca, contenía otra más pequeña en su interior como si se tratara de una matriz que, aunque abierta por dentro, no deja caer el fruto.

Cuando llegó el momento, Mara fue colocada en una camilla de parturienta, una especie de caballete de mimbre donde podía estar medio acostada, medio sentada, y a la cual ataron una gallina, con la finalidad de que el batir de sus alas apresurase el

alumbramiento. Fue un parto doloroso. Muchos días después, Mara sentía todavía un dolor agudo en las caderas. Mientras contaba, la partera la insultaba con toda suerte de expresiones, sin dejar de contar.

Por último, la criatura vio la luz. Era un varón. Su piel era de color azul oscuro, sucio, y estaba cubierta de mucosidades y de sangre, pero gritaba tan fuerte que la pared devolvió su eco. Ésa era una buena señal, y también que hubiese nacido en día sábado. Calentaron agua para bañarlo, a pesar de ser sábado, y vertieron en ella el vino precioso de Eschkol. Restregaron cuidadosamente los miembros de la criatura y cubrieron su blando cráneo con un cocimiento de uvas verdes, para evitar la eccema. Lo ungieron con aceite tibio y lo empolvieron con mirra machacada. Después lo envolvieron con un fino pañal de lino. Su madre había economizado a costa de no comprar nada para sí y poder vestirlo con los mejores tejidos. «*Yanik, yaniki*», «*Yildi*, mi niño, mi pequeño, mi bebé», le decía Mara y, llena de orgullo, hizo plantar un cedro al día siguiente de su nacimiento, por haber nacido varón.

Había pensado durante nueve meses en el nombre que daría a la criatura, sin decidirse por ninguno pero, finalmente, en los días previos a la circuncisión tuvo que tomar una resolución. Hizo venir a un escriba y le dictó una carta:

«Mara, hija de Lakisch, saluda a su señor Josef, hijo de Matatías, sacerdote de primera categoría, y amigo del emperador.

»Oh, Josef, mi señor: Yahvé ha visto que vos ya no me amabais y, bendiciendo mi cuerpo, me ha juzgado digna de daros un hijo. Nació el día sábado, pesa 7 *litraot* y 65 *zuzim*, y la pared devolvió su grito. Le he puesto el nombre de Simeón, o sea, “el hijo de la rogativa”, pues Yahvé ha atendido mi ruego cuando yo perdí vuestro afecto. Josef, mi señor, recibid mi saludo. Deseo que seáis grande al sol del emperador y que Dios brille en vuestro rostro.

»Y no comáis coles, porque os pesarán en el estómago».

Aproximadamente por esas fechas, antes de recibir esa carta, Josef se encontraba un día en la sala de ceremonias de la comunidad alejandrina. Se lo veía todavía débil y demacrado por la flagelación, pero mantenía su porte erguido. Lo acompañaban como testigos el Gran Maestre Teodoro bar Daniel y el presidente de la comunidad de Augusta, Nicodemo. Basílides, el juez supremo, presidía la sesión y tres doctores lo asesoraban. De acuerdo con las prescripciones, el primer secretario de la comunidad escribía bajo el dictado del juez supremo, con pluma de ganso y tinta negra, sobre un pergamino de piel vacuna. Procuraba con sumo cuidado que el documento abarcara exactamente doce líneas, o sea el valor numérico de la palabra *guet*, término hebreo que designa el acta de divorcio.

Mientras la pluma de ganso crujía sobre el pergamino, Josef sentía en su interior un sonido más fuerte que el de la pluma. Era el ruido chirriante de las ropas y sandalias que Mara, hija de Lakisch, desgarró sin pronunciar una palabra, al regresar

al amanecer de las habitaciones de Vespasiano. Josef creía haberlo olvidado pero el sonido, más fuerte y más violento que el crujido del pergamino, lo ensordecíó y estrujó su corazón.

He aquí lo que escribió el secretario:

«El día 17 del mes de Kislev, del año 3830 después de la creación del mundo, en la ciudad de Alejandría, sobre el mar del Egipto:

»Yo, Josef ben Matatías, llamado Flavio Josefo, el judío, que me encuentro hoy en la ciudad de Alejandría, sobre el mar de Egipto, he resuelto, por mi propia voluntad, y sin que se me obligara a ello, despedirte, dejarte ir y repudiarte, a ti, mi esposa legítima, Mara, hija de Lakisch, que habitas en este momento en la ciudad de Cesarea, sobre el mar de Judea. Has sido hasta ahora mi mujer. Pero desde hoy eres libre, divorciada, separada de mí, a fin de que te sea permitido disponer de ti misma en lo porvenir y puedas en adelante pertenecer a otro.

»Por la presente recibes de mí la declaración de tu divorcio y la carta de separación según la Ley de Moisés y de Israel».

El documento fue entregado a un emisario especial, quien debía ponerlo en manos de Mara, hija de Lakisch, en presencia del presidente de la comunidad de Cesarea y de otros nueve judíos adultos.

Al día siguiente de la llegada del emisario a Cesarea, Mara fue citada por las autoridades comunales. No sospechaba de qué podía tratarse. En presencia del presidente de la comunidad, el representante de Josef le entregó la carta. Como no sabía leer, rogó que alguien le informase de su contenido. Se la leyeron, pero ella no comprendió. Volvieron a leérsela y a explicársela, y entonces se desmayó. El secretario de la comunidad rompió la carta en dos pedazos en prueba de que había sido entregada y leída por el destinatario; la guardó en su carpeta y entregó al correo un certificado de descargo.

Mara volvió a su casa. Comprendió que su esposo ya no la amaba y tenía derecho a divorciarse de ella. Sin embargo, no tuvo ningún pensamiento hostil contra Josef.

Desde entonces se consagró, con ansiosa dedicación, al pequeño Simeón, el primogénito de Josef. Se privaba, aunque eso significara un sacrificio para ella, de todo lo que pudiese malograr su leche, evitando especialmente el pescado salado, la cebolla y ciertas legumbres indigestas. No llamaba a su hijo por su nombre sino Bar Meir, que quiere decir «el hijo del Brillante»; o Bar Mair, «el hijo del Poderoso», y también, Bar Nifli, «el hijo de la Nube». El presidente de la comunidad la hizo llamar en una ocasión para prohibirle que diera esos nombres a su vástago, pues Nube, Poderoso y Brillante son otros tantos nombres del Mesías. Mara, con la mano posada sobre la frente, se inclinó y prometió obedecer. Pero cuando se encontraba sola con el pequeño y nadie podía oírlo, continuaba llamándolo por los nombres prohibidos.

Conservaba fielmente los objetos que Josef había tocado: las servilletas con las que se enjugaba los labios, los platos donde había comido. Quería que su hijo fuese digno de su padre. Suponía que iba a encontrarse con grandes dificultades, pues el

fruto del matrimonio de un sacerdote con una prisionera de guerra era considerado bastardo y excluido de la comunidad. A pesar de eso ella buscaba el modo de enaltecerlo. Los sábados y días de fiesta le mostraba al pequeño Simeón las reliquias de su padre —las servilletas, los platos—, le hablaba de la grandeza de Josef y le suplicaba que fuese un doctor y maestro como él.

Cuando Josef remitió el certificado de divorcio a los funcionarios calificados de Alejandría, fue convocado solemnemente a la Gran Sinagoga para leer las Escrituras, conforme a su jerarquía de sacerdote. Por primera vez después de tanto tiempo pudo volver a colocarse el tocado sacerdotal y el cinturón azul bordado de flores, insignias de su alta categoría. Subió al púlpito, y se situó delante del rollo abierto de la Ley, el mismo púlpito desde donde fuera expulsado hacía unas semanas. En medio del profundo silencio de miles de asistentes, pronunció la bendición: «Loado seáis, Yahvé, nuestro Dios, que nos habéis dado la verdadera doctrina y habéis insuflado en nosotros la vida eterna». Después leyó en voz alta el pasaje prescrito para ese sábado.

Mediado el invierno —cuando comenzaba el nuevo año—, Vespasiano llegó a la conclusión de que su imperio estaba firmemente consolidado y que la tarea del soldado había sido cumplida. Ahora comenzaba la mucho más ardua del administrador. Vespasiano sabía que en Roma, e invocando su nombre, se estaban cometiendo toda clase de acciones inconvenientes y absurdas. Muciano extorsionaba con calculada avidez cuanto dinero disponible existía en la península; su propio hijo menor, Domiciano, persona disoluta e inescrupulosa por quien nunca había sentido gran afecto, distribuía arbitrariamente, en nombre de su progenitor, favores y castigos. Vespasiano escribió al primero exhortándole que no aplicara al país tantos purgantes pues la gente moriría de diarrea. Y en cuanto a su hijo, le envió una carta en la que le preguntó si consentiría a su padre continuar en funciones un año más. Inmediatamente ordenó el viaje a Alejandría de tres personajes: el anciano ministro de finanzas, Etrusco; Claudio Regino, el joyero de la Corte y director de las pesquerías de perlas imperiales; y el administrador de sus fincas de la Sabina.

Los tres expertos sometieron sus contabilidades a mutuo control. La política oriental de Nerón y los disturbios que siguieron a su muerte habían insumido cifras cuantiosas y el total de las deudas, según el cálculo de los tres personajes, era considerable. Regino se encargó de la poco agradable tarea de informar al emperador.

Vespasiano y el financiero no se habían visto antes. Ahora estaban sentados frente a frente en cómodos sillones. Regino, con las gruesas piernas cruzadas, parpadeaba con su habitual aire soñoliento y, como siempre, colgaban flojas las correas de sus sandalias. Desde el comienzo estuvo seguro de que no podría hacer grandes negocios con Vespasiano. Había tratado antes con Cenis, y como el motivo en cuestión era nada menos que los suministros para los ejércitos de Vespasiano en Europa y Judea,

ella le había otorgado pingües comisiones. El emperador sabía que las cuentas que presentaba este banquero eran insospechables. Con sus ojos claros y penetrantes examinó los gruesos mofletes del apático Regino. Los dos hombres se acecharon mutuamente y no se engañaron respecto al juicio que merecía el uno del otro.

Regino comunicó sus resultados al emperador: cuarenta mil millones. Vespasiano no se movió. Resopló un poco, y repitió sin vacilar:

—Cuarenta mil millones. Vos sois un hombre de talento, pero ¿no habréis exagerado un poco vuestros cálculos?

Claudio insistió cansinamente, con voz pastosa.

—Cuarenta mil millones. Hay que hacer frente a las cifras, cara a cara.

—Os estoy mirando a la cara —dijo el emperador, respirando como un fuelle.

Discutieron las medidas prácticas necesarias. Se podían atesorar sumas enormes confiscando la fortuna de los que, aún después de la proclamación de Vespasiano, se habían mantenido fieles a su predecesor. En ese día, siguiendo el régimen que le había impuesto el médico Hekateo, el soberano guardaba un ayuno riguroso. En ocasiones semejantes su espíritu se mostraba particularmente abierto para los negocios.

—¿Sois judío? —preguntó intempestivamente.

—A medias, pero de año en año mi aspecto judío se acentúa.

—Veo la posibilidad —dijo Vespasiano, entrecerrando los ojos— de desembarazarme de golpe de la mitad de los cuarenta mil millones.

—Me agradaría conocerla.

—¿Qué ocurriría si ordenase erigir mi estatua en la Gran Sinagoga?

—Los judíos protestarían airadamente —contestó Claudio.

—Y yo, en castigo, les confiscaría sus bienes.

—Sin duda; eso significaría unos veinte mil millones.

—Os felicito; calculáis muy rápido.

—Habríais cubierto la mitad de la deuda, pero no podríais embolsar jamás la otra mitad, pues los negocios y el crédito quedarían arruinados, y no sólo en Oriente.

—Me temo que tenéis razón —opinó Vespasiano con un suspiro—, pero debéis reconocer que la idea es seductora.

—Lo reconozco —repuso el otro, sonriendo—. Lástima que ambos seamos demasiado inteligentes para llevarla a la práctica.

Regino no podía soportar a los judíos de Alejandría. Eran para él demasiado orgullosos y elegantes. Lo que más le indignaba era la soberbia con que desde su grandeza contemplaban a los judíos romanos, de arriba abajo, como a parientes pobres y molestos. Sin embargo, el recurso propuesto por el emperador le pareció demasiado peligroso. Ya se ingeniaría él para aplicarles sangrías de otra clase, que no los matasen por la hemorragia pero los obligasen a acordarse de él.

Por el momento, sugirió al emperador un nuevo tributo que afectaría a todo el mundo, y que nadie se había atrevido todavía a aplicar en Oriente: un impuesto sobre

los pescados salados o conservados. No ocultaba los riesgos de la aplicación de esta medida. Los alejandrinos tenían una lengua viperina y el emperador pronto empezaría a escuchar toda clase de cosas. Pero Vespasiano no temía los cuplés.

La simpatía que el emperador inspirara a los alejandrinos se hizo humo en cuanto fue establecida la tasa sobre los pescados salados. Maldijeron contra el encarecimiento de un alimento tan necesario y cierto día que el emperador paseaba en carruaje por la ciudad le arrojaron pescados podridos. Vespasiano se rió a carcajadas. Lodo, excremento, zanahorias y ahora pescados putrefactos. Le divertía comprobar que ni siquiera como emperador estaba libre de semejantes porquerías. Ordenó una investigación, y una vez descubiertos los instigadores del tumulto debieron aportar a su patrimonio tantos pescados de oro como pescados podridos se encontraron en el vehículo real.

En esa época, Vespasiano veía pocas veces a Josef; sus altas funciones lo habían alejado del judío, quien por su parte se había convertido en un occidental, un romano, un extranjero. En una ocasión, Vespasiano le dijo, como de paso:

—Al parecer, siguiendo no sé qué tipo de superstición os habéis hecho administrar cuarenta azotes. Bien querría yo —suspiró— liberarme al mismo precio de mis cuarenta mil millones de deuda.

Josef y Tito estaban reclinados en el comedor de la villa de Canope, donde el príncipe prefería pasar la mayor parte de su tiempo. Se encontraban solos. Era un día de invierno muy templado, que permitía permanecer en la galería descubierta, hasta la puesta del sol. El mar estaba en calma, las copas de los cipreses estaban inmóviles, y el pavo real favorito del príncipe se paseaba ceremoniosamente por el jardín, picoteando los restos de la cena.

Desde el diván Josef veía —a través de la galería lateral— la terraza inferior y el parque.

—¿Hacéis cortar los arbustos con forma de letra, mi príncipe? —preguntó, señalando con un movimiento de cabeza al jardinero, que trabajaba no muy lejos de allí.

Tito, que estaba de excelente humor, comía en ese momento un trozo de pastel. Se iluminó con una sonrisa su gruesa cara infantil, que tenía un no sé qué de ridículo, como si rematara un cuerpo desproporcionadamente corto.

—Sí, mi judío —repuso. Hago cortar también en forma de letra el cerco de mi villa de Alejandría, y hasta los mismos cipreses.

—¿En forma de B? —inquirió Josef, sonriendo a su vez.

—Sois perspicaz, mi querido profeta —dijo Tito, aproximándose a Josef, que se había puesto de pie y, mirándolo fijamente, le confesó—: Ella opina que me parezco a mi padre, lo cual la disgusta. Yo la comprendo muy bien, pero me parece que cada vez me le parezco menos. No es fácil convivir con mi padre —prosiguió, quejoso—.

Es un gran hombre, conoce muy bien a sus semejantes, ¿y quién, conociéndolos, podría dejar de divertirse a su costa? Pero a veces va demasiado lejos. Hace poco, durante una comida, como el general Prisco dijo no considerarse excesivamente gordo, lo invitó alegremente a que mostrara el trasero. Era magnífico observar en aquel momento a Berenice, mirando hacia delante, como sin nada ocurriera. Nosotros no podemos hacer como ella —suspiró—. Nos indignamos o nos ponemos groseros. ¿Cómo se hace para ser indiferente a tanta zafiedad?

—No es tan difícil —repuso Josef, fijando la mirada en el jardinero que tallaba los arbustos—. Basta reinar durante trescientos años sobre un país, y esa sabiduría viene sola.

—Estáis muy orgulloso de vuestra prima, y tenéis razón. He conocido a mujeres de los cuatro extremos del mundo; en el fondo son todas iguales y con un poco de habilidad se las puede llevar adonde se desee. Pero con ella no ocurre así. ¿Creeríais si os dijeran que un hombre de mi edad y de mi posición puede ser tan tímido? Hace algunos días le dije: «En realidad, habría que consideraros como a una prisionera de guerra, pues íntimamente estáis con los Vengadores de Israel». «Sí», me contestó simplemente. Yo habría debido responderle: «Ya que sois prisionera de guerra, os tomo por la parte que me corresponde del botín». Eso es lo que hubiese dicho a cualquier otra mujer, y la habría tomado para mí. —Su rostro de niño mimado pareció entristecerse.

Josef seguía reclinado. Contemplaba al príncipe desde cierta altura. En ese tiempo la expresión del judío se había endurecido, y cada vez más frecuentemente aparecía cierta arrogancia terrible y sombría en su rostro, cuando no se sentía observado. Ahora conocía el poder, la humillación y el sometimiento; la voluptuosidad y el dolor, la muerte, el triunfo, el ascenso y la caída; la libre elección y la violencia, y por ese conocimiento tan duramente obtenido había pagado su precio. Estimaba al príncipe. Le resultaba fácil llegar a un acuerdo con él, compartían muchos sentimientos y le debía muchos favores. Sin embargo, en aquel momento, pese a la simpatía, lo observaba desde la altura de una sabiduría que le había costado muy cara. Él había renunciado a las mujeres, y Berenice no significaba un problema para él. Hasta ese día habría asegurado sin dudarle que la conquista del príncipe estaba consumada pero, después de su confesión, pensó que era preferible que no fuese así. En tono infantil, confiado y un poco incómodo, el príncipe rogó a Josef que le diese un consejo sobre la forma de lograr a la princesa, y que intercediese ante ella en su favor, a lo que el judío, después de algunos instantes de reflexión, contestó que la tarea era sumamente difícil.

Pero en realidad no lo era. Desde la flagelación, Berenice había cambiado. En lugar del antiguo sentimiento de atracción y odio ahora existía entre ellos un sentimiento apacible de compenetración, producto del parentesco natural y de sus aspiraciones comunes.

Berenice no se anduvo con remilgos, y reveló a Josef francamente las intimidades

de su existencia. ¡Ah!, ella no se había hecho de rogar en ocasiones anteriores, cuando un hombre le parecía simpático. Había tenido más de un amante. Era una mujer experimentada, pero esas relaciones no habían durado demasiado tiempo. Sólo dos hombres habían desempeñado un papel decisivo en su existencia. Uno era su pariente, Alejandro Tiberio, quien ya no era joven puesto que tenía la edad del emperador. ¡Pero, en cambio, qué magnífica flexibilidad! ¡Cuánta cortesía y versatilidad sin desmedro de su energía y decisión! El otro era su hermano. Los egipcios proceden sabiamente cuando piden a sus reyes que formen parejas entre hermanos. ¿No era Agripa el hombre más inteligente del mundo, el más distinguido, el más dulce y más fuerte, como un vino de cosecha tardía? Le bastaba pensar en él para colmarse de sabiduría, de bondad, y de una ternura que enriquecía su espíritu. Josef había notado más de una vez que el rostro enérgico de la princesa se suavizaba al hablar así y se turbaban sus ojos almendrados. Sonrió sin envidia. Para él también existían mujeres que se transformaban al mencionarlo.

Hábilmente orientó la conversación hacia Tito. Ella le preguntó sin circunloquios:

—¿Tenéis algún presentimiento, doctor Josef? Tito puede ser de una malicia diabólica, pero cuando se trata de mí se vuelve torpe, y su torpeza es contagiosa, aun para un hombre tan fino como vos. Es un poco pesado, este Tito, un niño grande. Verdaderamente, no se le puede llamar de otro modo que *Yanik*. Ha imaginado para esta palabra un signo taquigráfico especial, pues se la digo a menudo y él anota casi todo lo que sale de mi boca. Espera encontrar alguna frase que logre confundirme. Es un romano, un excelente jurista. Decidme si creéis de verdad en sus buenos sentimientos. Los tiene, sí, casi siempre, pero a veces, repentinamente y sólo por curiosidad, se le ocurren cosas que causan la destrucción de millares de vidas, de ciudades enteras. Sus ojos entonces adquieren una frialdad inquietante y no me atrevo a dirigirle la palabra.

—Tito me agrada mucho —dijo Josef seriamente—. Somos muy amigos.

—Me preocupa el Templo —prosiguió ella—. Si Dios le ha inspirado una inclinación por mí, decídmelo vos mismo, Josef: ¿acaso será para salvar a su ciudad? Me he vuelto modesta: ya no aspiro a que Jerusalén llegue a dominar el mundo, pero sí quiero que la ciudad sobreviva: nadie está autorizado a destruir la morada de Yahvé. —Grave, anhelante, haciendo un amplio movimiento con las manos, vueltas las palmas hacia arriba, preguntó—: ¿Es esperar demasiado?

Se oscureció el rostro de Josef. Pensó en Demetrio Libán, en Justo, en Tito tumbado a su lado, mirándolo con expresión franca, amistosa, pueril. Parecía imposible que ese hombre joven, benévolo, respetuoso de toda obra antigua y sagrada, algún día levantase la mano contra el Templo.

—Tito —declaró Josef, con decisión—, no hará ninguna tentativa criminal contra Jerusalén.

—Vos confiáis —repuso Berenice—, pero yo no. Ignoro si no se habría apartado de mí, de haberme atrevido a pronunciar una sola palabra en contra de sus proyectos.

Me sigue con los ojos cuando camino, encuentra mis rasgos más perfectos que los de otras mujeres, sí, es verdad todo eso, pero ¿acaso otros no dicen lo mismo?— se aproximó a Josef, le puso la mano en el hombro, una mano fina, cuidada, en la que ya habían desaparecido las señales de los rigores del desierto. —Nosotros conocemos el mundo, primo mío, sabemos que el instinto humano está siempre latente, que es poderoso, y que la persona hábil puede conseguir muchas cosas, si sabe explotarlo. Yo doy gracias a Dios de haber inspirado al romano ese deseo. Pero creo que si lo aceptara en mi lecho, una vez satisfecha su ansiedad no pondría más atención en mis palabras— se sentó, sonriendo, y Josef comprendió que ella veía muy lejos en el futuro. —No lo soltaré— concluyó la princesa fríamente, —pero tampoco lo dejaré aproximarse demasiado.

—Reconozco vuestra habilidad femenina —dijo Josef—. No quiero que el Templo sea destruido.

—¿Qué debo decir a mi amigo Tito? —pensó Josef en voz alta.

—Escuchadme atentamente, primo mío: espero un presagio. ¿Conocéis la aldea de Tecoa, cerca de Belén? Cuando nací, mi padre plantó allí un bosque de pinos, y aunque durante la guerra civil se han librado duros combates en la vecindad de la aldea, el bosque no ha sufrido en lo más mínimo. Pues bien, escuchad, si continúa en pie el bosque cuando los romanos hayan entrado en Jerusalén, Tito podrá ordenar que se construya nuestro lecho nupcial con la madera de mis pinos.

Josef reflexionó profundamente. ¿Debían interpretarse esas palabras como una señal personal para Tito, o para la suerte de todo el país? ¿Haría ella depender su matrimonio con el príncipe de la salvación de su patria, o sólo quería asegurarse a sí misma contra la bárbara curiosidad del joven general? ¿Tenía que transmitir esa declaración a Tito? ¿Qué quería ella, exactamente?

Quiso preguntárselo, pero al observar su rostro delicado y enérgico adivinó que la princesa se había cerrado, orgullosamente, a cualquier otra confidencia. El momento propicio había pasado y Josef comprendió que habría sido inútil preguntar algo más.

Una mañana en que Josef se encontraba en el palacio imperial para asistir a una audiencia, vio en la alcoba de Vespasiano un retrato de Cenis que Fábulo había pintado con esmero, por orden del emperador. Ese retrato estaba destinado al principal despacho de la tesorería. En un primer momento, Vespasiano había querido figurar al lado de Cenis, vestido como Mercurio, dios protector, en compañía de una Fortuna con el cuerno de la abundancia, y tal vez de las tres Parcas, devanando hilos de oro. Pero el pintor le había explicado que no era posible, y había representado a Cenis de modo muy realista, sentada en su escritorio, controlando cuentas. En el rostro ancho y enérgico de la mujer, los ojos castaños lanzaban miradas frías y cortantes. Seguramente, era ésta su expresión cuando presidía la mesa de su cajero principal, con el propósito de impedir robos y fraudes. Al emperador, aunque

lamentaba que faltara su Mercurio, le gustó mucho el retrato. Cenis también estaba satisfecha. Sólo la contrariaba que el pintor le hubiese desaconsejado un peinado más espectacular.

Entre la inmensa galería de la recepción y las habitaciones del emperador, había una enorme puerta que permanecía siempre abierta para que, según se acostumbraba, éste se hiciera vestir a la vista de todos. Allí, junto a la Cenis pintada, estaba sentada la Cenis real. Su marido, el hombre en quien siempre había creído, incluso en sus primeros y modestos pasos, era ahora el emperador y ella continuaba a su lado. Lo esencial de su personalidad estaba en la tela, y Cenis se identificaba con los rasgos que la pintura había desvelado.

Los cortesanos penetraron lentamente desde la galería a la alcoba, se apretujaron delante del cuadro, y desfilaron en larga procesión, expresando uno tras otro palabras de admiración y respeto. Cenis las registraba con cuidado, y Vespasiano sonreía. Aunque Josef supo captar acertadamente que el cuadro destacaba exactamente los rasgos que motivaban su antipatía por la mujer, y aún otros más, seguía pensando que este tipo de obra era una injuria a la creación. No aceptaba que se reprodujera lo que el Dios invisible había creado. Sólo Yahvé podía animar la torpeza y la frialdad calculadora de esa mujer. Y el pintor Fábulo había sido un presumido al pretender atribuir esos rasgos al retrato. Observó con cierta repugnancia al artista, que no se alejaba mucho del emperador. A través de su rostro carnosos y pesado —muy romano— Fábulo escrutaba impasible y altivamente a los visitantes, saboreando sus alabanzas.

Dorión estaba allí. Esbozaba una sonrisa con los labios entreabiertos, un poco gruesos, y su rostro delicado y altanero irradiaba sólo felicidad. Sabía mejor que nadie que su padre era bastante extravagante, pero este retrato era una obra maestra y demostraba su arte e inteligencia. Desde ese momento la señora Cenis viviría eternamente, pero, eso sí, idéntica a la visión de su padre, como él había querido que perdurase, con toda su sordidez y su avaricia realzadas, para que fueran evidentes a los ojos del mundo. Dorión sentía pasión por la pintura y había aprendido hasta los menores detalles de la técnica. En alguna otra ocasión su padre había pintado retratos más efectistas, pero en su opinión éste era el mejor: su padre había llegado a una altísima cumbre.

La galería estaba completamente colmada. Dorión estaba de pie, apoyada en una columna. Eran evidentes su buen porte y también su carácter apasionado, su finura. Había echado hacia atrás, altivamente, la delgada cabeza, mostrando su bella tez morena. Disfrutaba del éxito del retrato, exhalando el aire suavemente a través del cerco de sus dientes menudos. Le divertía tanto la incomprensión como la admiración de los espectadores desconcertados. Le agradó ver a Josef. Con una rápida mirada de soslayo se dio cuenta de que también él había descubierto su presencia, por lo cual no dudó de que iría a su encuentro, abriéndose paso entre la concurrencia.

No había vuelto a ver al joven judío desde la fiesta en la isla de Faros. Cuando le

comentaron el episodio de los cuarenta azotes, se limitó a hacer algunas bromas malévolas y fáciles, aunque en su cuerpo sintió un estremecimiento idéntico al que experimenta en un instante quien, elevado a mucha altura en un columpio, vuelve bruscamente al suelo. Estaba convencida de que ese joven audaz, colmado de talento y de belleza, había aceptado el suplicio para abrirse un camino hacia su corazón.

Nerviosa, vio que Josef se acercaba. Pero cuando se saludaron tuvo que hacer un esfuerzo para reconocerlo. Ah, sí, éste era el muchacho judío de quien el emperador quería un retrato hecho por su padre. Las condiciones exigidas se habían cumplido, ahora lo comprobaba. Había oído decir que Josef, voluntariamente, se había sometido a toda clase de mortificaciones. Al menos su cara estaba ahora mucho más delgada que antes e imaginaba que pronto reaparecería en él esa aura profética que echaba de menos el emperador. Excitada por la curiosidad, lo examinó de pies a cabeza y con una voz ligera y despreocupada le preguntó si las cicatrices de la flagelación todavía eran visibles en su cuerpo.

Josef permaneció un momento observando sus manos finas y morenas; después miró el retrato de Cenis y enseguida el rostro de Dorión, como si mentalmente las estuviera comparando, y dijo:

—Vos y la señora Cenis sois las únicas mujeres en Alejandría que no me pueden soportar.

Como lo había previsto, Dorión se enfadó de que la comparase con Cenis.

—Creo —prosiguió él— que mi retrato nunca llegará a realizarse. Vuestro padre no me aprecia más que al cadáver de un cerdo putrefacto y vos, Dorión, opináis que estoy necesitado de ayunos y flagelaciones para convertirme en un buen modelo. Me parece que a la posteridad no le quedará otro recurso que conocerme a través de mis libros y no por una obra de Fábulo. —Al decir estas palabras duras, suavizó tanto la voz que ellas produjeron el efecto de una lisonja, por lo cual el tono de la frase fue más importante para la joven que su significado.

—Sí —replicó Dorión— es cierto, a mi padre no le gustáis. Pero deberíais tratar de remediar esa antipatía. Creedme, merece la pena. Un hombre como vos, doctor Josef, que ha aceptado recibir cuarenta azotes, no debería enfadarse tanto tiempo con un pintor de tanta calidad, por una palabra un poco ruda. —Su voz ya no era estridente, sino tan dulce como cuando hablaba con el gato.

Empujado por el público, Josef se había acercado mucho a ella y casi la tocaba. Hablaba en voz baja, familiarmente, como para impedir que alguien pudiera escucharlos. Adoptó una expresión seria cuando le contestó:

—Vuestro padre puede que sea un gran hombre, Dorión; pero los judíos odiamos su arte. No es un prejuicio. Tenemos para ello buenas razones.

Ella le dirigió la mirada burlona de sus ojos verdes, y le dijo en voz igualmente baja y confidencial:

—No deberíais ser tan cobarde, doctor Josef, pues de vuestra parte eso es únicamente cobardía. Sabéis muy bien que no hay mejor medio que el arte para llegar

al fondo de las cosas y supongo que no os atreveréis a oponeros al arte. Eso es así.

Josef sonrió compasivamente desde la altura de su fe.

—Hemos alcanzado lo invisible, que está más allá de lo que perciben los sentidos. Es la única razón por la que no creemos en las cosas visibles. Para nosotros carecen de valor.

Pero Dorión, herida en sus sentimientos más hondos, protestó con voz apasionada y repentinamente chillona:

—El arte es a la vez lo visible y lo invisible. La realidad deforma el arte, no es más que una imitación falsa, incompleta. Un gran artista impone sus normas a la realidad. Mi padre lo ha hecho más de una vez, voluntariamente o no. Acercó la cabeza infantil a la de Josef, y le susurró casi al oído, como en secreto:

—¿Recordáis cómo murió Drusila, la mujer del senador? De una puñalada que le llegó al corazón a través del hombro izquierdo. Nadie sabe quién le dio el golpe. Un año antes, cuando mi padre hizo su retrato, trazó en él una marca en el hombro desnudo, una especie de cicatriz. Fue sólo un detalle técnico, tenía necesidad de esa señal. Pues bien, en aquel preciso punto le asestaron la puñalada.

Estaban en la sala alta y luminosa, rodeados de hombres y mujeres elegantes y parlanchines. Era un día martes como tantos otros, pero ellos se sentían envueltos en un velo de misterio. Rápidamente, Dorión se evadió con una sonrisa de esa suave atmósfera equívoca:

—En suma —dijo, en tono mundano y convencional—, hechos como éste deberían acercar al profeta Josef al pintor Fábulo.

Josef, precisamente porque las razones de la muchacha lo habían impresionado, argumentó obstinadamente que la palabra era superior a la imagen, sobre todo la palabra judía impregnada de Dios. Dorión hizo una mueca, sonrió nuevamente y prorrumpió en una carcajada sonora, aguda, maliciosa. Lo que ella conocía de los libros hebreos —explicó— no probaba gran cosa. Abundaban en ellos las supersticiones más absurdas. Se había hecho leer pasajes del libro sobre los Macabeos. Lamentaba decirle que le parecía recargado de frases vacuas y altisonantes.

La conversación concluyó en términos menos corteses que cualquiera de las que se habían escuchado en la amplia galería.

El príncipe Tito encargó a Fábulo el retrato de Berenice, por lo que Dorión tuvo oportunidad de introducirse en el ambiente festivo de la villa de Canope, y de encontrarse casi todos los días con Josef. El judío observaba que los hombres la trataban con galantería, dándole muchas muestras de cortesía que no excluían cierto desdén —que era el modo como los alejandrinos acostumbraban a tratar a las mujeres bellas. Por lo general, él también adoptaba la misma actitud con las mujeres, aunque no con ella. Esto lo exasperaba, y se dejaba llevar irreflexivamente por la pasión. Se

burlaba brutalmente de la joven en público, para adorarla en seguida, también en presencia de todos, carente en absoluto del sentido de las proporciones. Gracias a su certera intuición, la inteligente joven penetraba en la profundidad de su alma, conocía sus ansias de sobresalir, su vanidad, su falta de escrúpulos. Dorión había aprendido el significado de la dignidad. Sabía cuánto mortificaba a su padre la negativa de los aristócratas a admitirlo en su círculo y cómo los romanos se mostraban soberbios con los egipcios. Su madre y su nodriza, egipcias ambas, le habían enseñado que una sangre antigua circulaba por sus venas y que sus antepasados dormían bajo altas pirámides. ¿No eran acaso los judíos los más despreciables de los hombres, ridículos como monos, en nada superiores a las bestias impuras? Sin embargo, ella no podía librarse de ese judío. Era precisamente su indignidad lo que la atraía, su entrega sin medida a cualquier cosa que lo apasionara; su brusca manera de pasar de un estado eufórico a otro, el nulo recato con que expresaba sus devociones más íntimas. Acariciando a su gato Immutfru, decía:

—No te comprende, no tiene corazón y no sabe quién eres, ni qué es la pintura, ni cuál es el país de Kemet. Immutfru, mi pequeño dios, aráñame y que corra mi sangre. Debe ser impura esta sangre ya que no puedo apartarme de ese hombre, y cuanto más me uno a él, más ridícula me siento.

Sentado en su regazo, el gato la miraba con ojos redondos y brillantes.

Un día, durante una violenta discusión con Josef en presencia de extraños, le dijo con un tono de odio y de triunfo:

—¿Por qué si de verdad me juzgáis tan tonta os habéis hecho flagelar para poder libremente casaros conmigo?

Josef quedó estupefacto y, aunque estuvo a punto de soltar una carcajada, se contuvo y guardó silencio. Pero más tarde, a solas, sintió que lo desgarraba una duda: ¿era una sugerencia del destino, acaso un presagio, que la egipcia interpretase su flagelación así? Había hecho bien en no replicarle; respecto a la mujer deseada se permite la mentira discreta. Pero ¿sería, en realidad, una mentira? Desde el primer momento deseó a esa mujer, pero ¿cómo pudo imaginarse que ella se le entregaría sin ninguna ceremonia? Le seducía la idea de tomarla por esposa. A él, como sacerdote, le estaba prohibido hacerlo, aun si Dorión se convirtiese al judaísmo. ¿Para qué habría recibido entonces los azotes, si en seguida volvería a infringir la Ley? Los macabeos se indignarían, o se reirían, lo que era peor. Y bien, ¿qué importaba? Sería dulce, hasta placentero hacer un sacrificio por la egipcia. Desposar a la mujer abandonada por el romano había significado para él una falta innoble, repugnante. Esta falta, en cambio, podría ser magnífica, brillante, un grandioso pecado. «No desposarás a la hija de un extranjero», decían las Escrituras. Cuando Pinhas vio que un miembro de la tribu de Israel frecuentaba a una madianita, tomó una lanza, y persiguiendo al hombre hasta el barrio de las ramerías, traspasó a la pareja de un lanzazo. Sí, sería una falta grave. También su primo y homónimo Josef se había casado con la hija de un sacerdote egipcio; Moisés había desposado a una madianita,

Salomón a una egipcia. La gente mediocre estaba obligada a someterse a las normas estrictas, pues corrían el riesgo de corromperse junto a las hijas de los extranjeros y de aceptar a sus dioses. En cambio, él era lo bastante fuerte como para asimilar lo extranjero sin sucumbir. «Alejaos de vuestra ancla», había dicho Yahvé. Comprendió de súbito la palabra oscura: había que amar a Dios con los dos instintos, el malo y el bueno.

En el siguiente encuentro, habló a Dorión de esponsales y de matrimonio como de un proyecto conocido, como de algo tratado ya muchas veces. Ella no hizo otra cosa que reír, con risa aguda, ligera. Pero él fingió no escucharla. Estaba absorto pensando en las consecuencias de su falta. Discutió los detalles, la fecha, las formalidades de la conversión de Dorión al judaísmo. ¿Acaso en Roma, lo mismo que en Alejandría, no habían hecho otro tanto mujeres de la más alta alcurnia? Era un poco complicado, por supuesto, pero no le llevaría mucho tiempo. Ella dejó de reír. Lo miraba como se mira a un loco. Pero tal vez fue la extravagancia del proyecto lo que atrajo más a Dorión. Pensó con temor en la cara que pondría su padre, a quien amaba y respetaba, en los antepasados maternos que dormían embalsamados bajo las pirámides, pero el judío rechazaba todas las objeciones con la obcecación de un demente. No existían las dificultades para él, todos los argumentos razonables se convertían en aire. Irradiando felicidad, con la mirada febril, informó a Tito y a los huéspedes de la villa de Canope de su noviazgo con Dorión.

La joven, riendo siempre, comentó: «Está loco», pero Josef no le dio importancia. ¿Acaso las cosas grandes e importantes no han parecido al principio una locura? Poco a poco, en vista de su impetuosidad y su dura obstinación, ella comenzó a someterse, a defenderse contra las voces que le advertían de la insensatez del proyecto, a apoyar los argumentos de Josef. La idea ya no le parecía tan absurda. Escuchaba interesada cuando Josef entraba en los detalles; empezó a discutirlos con él y regañar por ese motivo.

La conversión al judaísmo no era complicada, sobre todo porque las mujeres no estaban obligadas a observar sus numerosos preceptos sino a respetar tan sólo sus prohibiciones. Josef se declaraba dispuesto a hacer más amplias concesiones: se contentaría con la promesa de que Dorión no infringiría los siete mandamientos de los no judíos. Ella reía e insistía en su parecer: ¿debería abjurar también de sus dioses, de Immutfru, su pequeña deidad felina? Josef discutía con ella sus razones, convencido de que para que algo se ablande hay que dejar primero que se endurezca, que a aquello que se desea comprimir, debe permitírsele explayarse a sus anchas, y repetía una y otra vez, pacientemente, las mismas recomendaciones.

Pero cuando estaba a solas con Tito se desahogaba y se quejaba amargamente de la obstinación de la muchacha. Tito estaba de su parte porque no sentía ninguna prevención contra la doctrina y las costumbres judías: una raza que daba mujeres como Berenice merecía su respeto. Pero, de todos modos, consideró exagerada la exigencia impuesta a Dorión de abjurar de los dioses visibles de sus antepasados, a

los que había estado unida desde el nacimiento, para someterse a la divinidad invisible de los judíos. El príncipe buscó entre sus notas algunos apuntes, donde creía haber recogido ciertos preceptos particularmente abstrusos y ciertas opiniones doctrinales de los doctores judíos. No, no se le podía exigir que se sometiese a supersticiones semejantes. Después de una larga discusión, Josef admitió que la conversión de la joven al judaísmo debería limitarse a una declaración formal en presencia de los funcionarios competentes de la comunidad.

Pero entonces aparecieron las propias exigencias de la egipcia. Sonriente, tierna, imperturbablemente cariñosa, no quiso sin embargo ceder ni un ápice. Pensando en su padre, en su lucha constante por elevarse de su condición, pidió, como una niña juiciosa, sutil y egoísta, que Josef adquiriese el derecho de ciudadanía romana.

Apoyado por Tito, Josef le explicó que sería una empresa larga y difícil. Ella se encogió de hombros. «Es imposible», le gritó él, por último, con irritación. Otra vez Dorión se encogió de hombros y palideció; primero, como siempre le ocurría, alrededor de la boca y después, muy lentamente, la palidez se extendió por todo su rostro.

—Quiero ser la mujer de un ciudadano romano —insistió. Miró fijamente los ojos oscuros de Josef, y agregó con su voz aguda—: Os ruego, doctor Josef, que obtengáis la ciudadanía romana en el plazo de diez días. Si lo hacéis, estaré dispuesta a declarar ante vuestras autoridades que me convierto a vuestra religión; pero si os rehusáis, será mejor, creo, que no volvamos a vernos.

Josef contempló las finas manos morenas que acariciaban el pelaje rojizo de Immutfru; la frente infantil, el perfil puro y delicado. Estaba furioso, pero la deseaba ardientemente. No había la menor duda. Sería así: si no adquiría en ese plazo la ciudadanía, no gozaría nunca más de la contemplación de la muchacha de piel morena, reclinada ahora indolentemente frente a él.

Tito intervino. Las exigencias de Dorión le parecieron excesivas pero ¿acaso no lo eran las de Josef? Sopesó las posibilidades en favor de Josef con espíritu deportivo, como si se tratara de una apuesta. No descartó que el emperador, que estimaba a Josef, le concedería la ciudadanía, pero la cuestión no era sencilla. Posiblemente la señora Cenis fijaría la tasa y, como todos sabían, la señora Cenis no daba nada por poco dinero. Por otra parte, diez días eran muy poco tiempo.

—Preparaos. Deberéis ir volando, mi querido judío —le dijo, y enseguida exclamó sonriente—: ¡Hala! como se infunde aliento a los corredores en los Juegos deportivos.

Dorión escuchó las consideraciones de ambos. Sus ojos color de mar iban del uno al otro. Dirigiéndose a Tito respondió:

—No debéis ponerle las cosas más fáciles a él que a mí. Os ruego, príncipe Tito, que seáis imparcial y que no intervengáis ni en favor ni en contra de Josef.

Josef recurrió a Claudio Regino. Obtener el derecho de ciudadanía en diez días... Si alguien podía conseguirlo ése era Claudio.

En Alejandría Claudio parecía más discreto que antes, pasaba más inadvertido. Pocos conocían sus verdaderas funciones. Naturalmente, Josef era uno de ellos. Sabía que si los más importantes dirigentes de la comunidad se mostraban más benévolo que nunca con sus correligionarios occidentales se debía a la influencia de Regino. Ya había tenido ocasión de comprobar que a Regino se le ocurrían siempre soluciones eficaces cuando a los demás parecían agotárseles los recursos. Tampoco ignoraba por qué simples procedimientos había logrado que Vespasiano —impopular a partir del impuesto sobre el pescado— se convirtiera de pronto en el ídolo del pueblo. Para ello recurrió a los milagros, convencido de que en Oriente los milagros han suscitado casi siempre una gran admiración hacia quienes los han provocado. Había sido necesario que llegase allí el financiero occidental para echar mano a tan probado procedimiento. Josef había asistido a la recuperación de las piernas de un lisiado, conocido en toda la ciudad, y de la vista a un ciego por la simple imposición de manos efectuada por el emperador. Desde entonces, y con bastante disgusto, admiraba cada vez más las extraordinarias virtudes de Claudio.

Parpadeando soñoliento, el obeso y desaliñado economista escuchó a Josef, quien le explicó con cierta cortedad y embarazo que necesitaba el derecho de ciudadanía. Cuando hubo concluido, Claudio quedó silencioso un momento, y después observó, en tono quejoso, que los deseos de Josef eran siempre muy costosos. El impuesto a la concesión del derecho de ciudadanía era una de las principales fuentes de ingreso del gobierno de la provincia. Para hacer apetecible ese derecho, había que concederlo con parsimonia y mantener la tarifa muy elevada. Josef replicó testarudo:

—Es necesario que yo obtenga mi derecho de ciudadanía muy pronto.

—¿En cuánto tiempo?

—En nueve días.

Regino, repantigado perezosamente en su poltrona, dejó caer sus manos regordetas.

—Necesito el derecho de ciudadanía —prosiguió Josef, obstinado—, porque quiero casarme.

—¿Con quién?

—Con Dorión Fábula, la hija del pintor.

—Una egipcia —comentó Regino, sacudiendo la cabeza con desagrado— y un matrimonio inmediato. Y además, el derecho de ciudadanía.

Josef no se inmutó. Su rostro permaneció impenetrable y altivo.

—Vos habéis escrito primero el «Salmo del ciudadano del mundo» —dijo Regino como si pensara en voz alta—. Muy bien. Después habéis readquirido por medios violentos el derecho a llevar el cinturón de sacerdote. Mejor todavía. Y ahora otra vez

deseáis desembarazaros de él. Sois un joven muy impulsivo.

—Quiero a esa mujer.

—De todo estáis necesitado —recriminó Regino con voz bronca—. Lo deseáis todo a la vez: Judea y el mundo entero, libros y fortalezas, la ley y el placer. Disculpádmeme si os hago notar que hay que ser muy rico para pagar todo eso.

—Quiero a esa mujer —repitió Josef obstinada, apasionadamente, e insistió—: Ayudadme, Claudio Regino, conseguídmeme el derecho de ciudadanía. Creo que me debéis algún agradecimiento. ¿No es beneficioso para todos nosotros, y sobre todo para vos, que ese hombre sea el emperador? ¿No he contribuido yo mismo en ello de alguna manera? ¿No he sido buen profeta cuando lo he llamado el *Adir*?

Regino miró las palmas de sus manos; las dio vuelta y volvió a contemplarlas por el dorso. Dijo:

—Una bendición para todos nosotros, es cierto. Otro emperador habría escuchado más bien al ministro Talas, y no al viejo Etrusco y a mí. ¿Pero creéis realmente —y envolvió bruscamente a Josef con una mirada especialmente inteligente— que dado que él es el emperador, Jerusalén quedará en pie?

—Lo creo.

—Yo no —dijo Claudio con gesto fatigado—. Si lo creyera, no os ayudaría a casaros con esa joven y a renunciar a vuestro cinturón de sacerdote.

—El emperador no es un bárbaro —repuso Josef, con un estremecimiento, a pesar de sus palabras.

—Es probable: él es un político. Sin duda, todos nosotros nos beneficiamos de que sea emperador. Sus deseos de salvar a Jerusalén son sinceros. Pero —hizo signo a Josef de acercarse, y su gruesa voz se tornó grave, astuta, misteriosa— quiero deciros algo, confidencialmente. Poco importa en el fondo quién esté en el poder. Sobre diez resoluciones políticas que debe tomar un hombre, hay, cualquiera que sea su posición, nueve que le son impuestas por las circunstancias. Cuanto más alto está colocado un estadista, más limitada es su libertad de acción. El imperio es una pirámide, en cuyo vértice se encuentra el soberano. Toda la pirámide se mueve, pero no es él quien la hace mover: el impulso viene de abajo. Todos creen que el emperador obra libremente, pero, realmente, son sus cincuenta millones de súbditos quienes determinan su conducta. Cualquier otro emperador obraría, en nueve de cada diez casos, del mismo modo que Vespasiano.

Estas explicaciones disgustaron a Josef, quien de mal humor preguntó:

—¿Querréis ayudarme a obtener el derecho de ciudadanía?

Regino se apartó de él con un gesto de imperceptible decepción.

—Es lamentable que no se pueda contar con vos para entablar una conversación seria y viril. Echo mucho de menos a vuestro colega Justo de Tiberíades.

Sin embargo, le prometió predisponer a Vespasiano en favor de sus proyectos.

Cuando su poder parecía más seguro y el momento de su regreso a Italia se aproximaba, Vespasiano parecía cerrar cada vez más su corazón a la voz de Oriente. Como un auténtico campesino romano, pensaba que desde Roma haría reinar el orden en el mundo. Su tierra se llamaba Italia, su conciencia, Cenís, y él se sentía feliz de volver a su patria. Estaba fuerte, muy firme sobre sus piernas. Desde Roma no había que viajar mucho para llegar a sus propiedades de la Sabina; dentro de poco sentiría el olor de la buena tierra de su país, contemplaría sus campos, sus viñedos, sus olivares.

Más que antes, el emperador procuraba llevar una vida sana y regular. Seguía cuidadosamente el programa que se había trazado para cada día de la semana. Ayunaba los lunes, según se lo había recomendado su médico Hekateo. Los domingos, martes y viernes, siempre inmediatamente después de la comida, hacía venir a una mujer distinta cada vez. Durante las horas siguientes, por lo general, se mostraba de un humor excelente. En esos días Cenís concedía audiencias por las que exigía una retribución muy elevada.

Un viernes, precisamente, a instancias de Claudio, Vespasiano recibió a Josef. Al emperador le complacía verlo. Pensó que así como le gustaba hacer experimentos de domesticación, por ejemplo intentar la aclimatación de flamencos y faisanes de África, o de limones y de cierto tipo de ciruelas asiáticas en la Sabina, ¿por qué no iba a concederle el derecho de ciudadanía a un judío? Claro que antes lo haría desear un poco.

—Sois muy exigente, Flavio Josefo —dijo pensativo, como si le reprochaba algo—. Vosotros los judíos sois condenadamente exclusivistas. Si —supongámoslo— yo me propusiera celebrar un sacrificio en vuestro Templo u otra cosa, si simplemente quisiera ser admitido a escuchar la lectura de la Ley aquí en Alejandría, me opondrías los más insalvables obstáculos. Por lo menos tendría que hacerme circuncidar, y ¡rayos! sabe Dios cuántas cosas más. En cambio vos venís y me pedís que en un dos por tres os otorgue el derecho de la ciudadanía romana. ¿Creéis que vuestros servicios al Estado han sido tan importantes?

—Creo —repuso Josef con humildad— haber prestado un importante servicio al declarar que sois vos el hombre capaz de salvar el imperio.

—¿No seréis demasiado tornadizo en materia de mujeres, mi joven judío? —preguntó sonriente el emperador—. A propósito, ¿qué ha sido de la pequeña...? He olvidado el nombre... —rebuscó en su memoria las palabras arameas—. «Sé gentil, mi paloma; sé tierna, niña mía». Ya sabéis a quién me refiero. ¿Tenéis un hijo?

—Sí.

—¿Un varón?

—Sí.

—¡Cuarenta azotes! —Vespasiano hizo una mueca—. Los judíos sois

verdaderamente exigentes. No os gusta lo barato.

Sentado cómodamente, contemplaba al judío que permanecía de pie frente a él.

—En suma —dijo—, no tenéis ningún derecho de vanagloriaros por vuestra antigua hazaña. Me han dicho que estáis siempre corriendo tras alguna mujer. En consecuencia, de acuerdo con vuestra propia teoría, debéis haber perdido completamente el don profético —Josef no contestó—. Vamos a ver —prosiguió Vespasiano, resoplando divertido— si os queda algo de la visión del porvenir: decidme si os concederé o no el derecho de ciudadanía.

Josef dudó apenas un segundo, y contestó, con una profunda reverencia:

—Me basta mi razón, sin necesidad del don profético, para pensar que un soberano bondadoso y sabio no tiene ningún motivo para rehusarme el derecho de ciudadanía.

—Estáis dando vueltas a la lengua, judío pedazo de anguila —replicó el emperador.

Josef se dio cuenta que no le habían bastado sus palabras: tendría que inventar otra cosa. Buscó febrilmente, y la encontró.

—Ahora —declaró— que todos han reconocido quién es el Salvador, mi antigua misión ha concluido: tengo un nuevo deber.

Los ojos del emperador parecían salirse de las órbitas. Josef le dirigió una mirada inteligente, perspicaz y prosiguió atrevidamente como si, repentinamente, hubiera tomado una resolución:

—Mi tarea de hoy no es actualizar el futuro, sino el pasado. Quiero escribir un libro sobre la extraordinaria trayectoria de Vespasiano en Judea —concluyó en tono resuelto.

El emperador, sorprendido, clavó en el solicitante una mirada dura y brillante y, aproximándose a Josef, le exhaló el aliento en la cara.

—¡Ejem!, no es mala idea, mi pequeño. Yo imaginaba distinto a mi Homero, es cierto.

Josef, enjugándose la frente con el dorso de la mano, contestó modestamente:

—El libro no será indigno de Vuestra Majestad. —Vio que su idea encantaba al emperador, y agregó con entusiasmo, hinchando el pecho—: Concededme el derecho de ciudadanía. Será un inmenso, un máximo favor por el cual, hasta mi último día, entonaré a Vuestra Majestad, de rodillas y desde lo más hondo del corazón, un himno de agradecimiento —y franqueándose completamente, con una familiaridad salvaje y humilde, imploró—: Me hace falta esa mujer. Nada me saldrá bien si no la poseo. No podré ni trabajar ni vivir.

El emperador soltó una carcajada y replicó, con bastante benevolencia:

—Sois demasiado impetuoso, mi judío. Lo hacéis todo con arrebatos, ya lo había notado. Rebelde, soldado, escritor, agitador, sacerdote, penitente, libertino, profeta, todo lo que hacéis es a fondo. A propósito, ¿cómo os arregláis? ¿Al menos enviáis bastante dinero a la pequeña de Galilea? Sed generoso, mi judío. No quiero que mi

hijo pase hambre.

Josef abandonó el tono humilde y repuso, provocador y un poco necio:

—No soy avaro.

Vespasiano frunció el entrecejo. Josef temió un estallido de cólera pero el emperador se dominó de inmediato.

—¿No sois avaro, jovencito? Pues bien, ésta es una falta —repuso en tono paternal—, una falta que se debe expurgar enseguida porque yo en cambio soy codicioso. Pienso pedirlos por el derecho de ciudadanía cien mil sestercios. Me lo pagaréis al punto, y además enviaréis cincuenta mil a Cesarea, para el niño.

—No podré reunir jamás semejante suma —objetó Josef blandamente.

Vespasiano avanzó hacia él.

—Dijisteis que vais a escribir una obra que promete mucho éxito, pues hipotecadla.

Josef se aterrorizó. Pero Vespasiano, dándole una palmadita en el hombro y sonriéndole, lo alentó:

—Levantad vuestro corazón, judío mío. Dentro de seis o siete años haremos venir al niño de Cesarea a Roma, y lo examinaremos. Si se me parece, te reembolsaré tus cincuenta mil sestercios.

Josef nunca había tenido preocupaciones pecuniarias. Aunque los macabeos habían confiscado sus terrenos en la Ciudad Nueva de Jerusalén, pensaba que cuando los romanos terminaran con la sublevación se los restituirían. Vivía, mientras tanto, de su sueldo como intérprete y funcionario de la secretaría imperial, del cual enviaba una parte a Mara. Como, por otra parte, casi siempre era el huésped de Tito, podía vivir en Alejandría cómodamente y con pocos gastos. Pero de ahí a pagar los ciento cincuenta mil sestercios exigidos por el emperador había una enorme distancia.

Habría podido pedir prestada la suma a los grandes personajes de la comunidad judía, pero temió los comentarios malintencionados, los patéticos insultos de los macabeos, las bromas encarnizadas y vulgares de los «sandalias blancas». Imaginó con todos los detalles los dibujos que podrían aparecer en los muros de la ciudad, relacionándolo obscenamente con Dorión. No, había que encontrar otros medios.

Después de una noche de amargas reflexiones, resolvió dirigirse a Claudio Regino. El editor sacudió la cabeza:

—No puedo creer —insistió tozudamente— que en el fondo de vuestro corazón confiéis todavía en que el Templo será salvado. De otro modo, no renunciaríais a vuestro cinturón de sacerdote.

—Mi corazón —replicó Josef— cree en la conservación del Templo, pero desea a la egipcia.

—He estado siete veces en Judea —dijo Regino— y seis veces en el Templo, se sobreentiende que en el claustro reservado a los no judíos, y tuve que detenerme en la

puerta que los incircuncisos no pueden atravesar. No soy judío, pero de buena gana volvería a detenerme por séptima vez delante de la misma puerta.

—Podréis deteneros allí otra vez.

—Yo, tal vez —repuso Claudio con una mueca siniestra—, ¿pero la puerta estará todavía?

—¿Querréis prestarme los ciento cincuenta mil sestercios? —preguntó Josef.

—Venid conmigo —le propuso—. Salgamos en coche de la ciudad, y podremos reflexionar.

Cuando llegaron a las afueras, Regino despidió el coche y continuaron el camino andando. Al principio Josef no supo dónde se encontraban. Vio que se alzaba allí un edificio no muy grande, blanco, con un frontispicio triangular. No había estado jamás en ese lugar, pero reconoció, por las reproducciones que conocía, que se hallaba junto a la tumba del profeta Jeremías. Llamativa e imponente a pesar de su sencillez, se elevaba en un desierto, bajo el sol deslumbrador. Muchos peregrinos venían todas las mañanas al sepulcro de ese gran hombre que predijera la destrucción del primer Templo y con lamentos tan conmovedores. Pero ese atardecer Josef y su compañero estaban solos. Regino se encaminó directamente a la tumba, y Josef lo siguió, a regañadientes, caminando sobre la arena y deteniéndose a veinte pasos del monumento. Un sacerdote no debía aproximarse mucho más a un cadáver. Claudio Regino avanzó solo, y se prosternó en la arena aunque le resultaba incómodo, mientras Josef esperaba a veinte pasos de él. El financiero permaneció arrodillado en silencio, sobre la arena y el polvo, meciendo muy suavemente su torso robusto. Josef comprendió: Claudio lloraba la suerte de Jerusalén y del Templo. Así como Jeremías, hacía más de seiscientos años, profetizó la destrucción, cuando el Templo aún resplandecía y Judea era todavía poderosa, y señaló en las Escrituras los pasajes llenos de tristeza que hablan de la ciudad aniquilada, el gran financiero, acongojado por la pena que colmaba su ser, se había prosternado y lloraba silenciosamente la suerte de la Ciudad y su Santuario.

Caía el sol y ya el rocío se hacía sentir, pero Regino no hacía ningún movimiento, mientras Josef, de pie, esperaba, muerto de frío, con los labios apretados y dando saltitos para entrar en calor. ¡Qué impertinencia obligarlo a presenciar esa escena! Poco a poco sus pensamientos se apartaron de Regino y de los millares de sestercios que esperaba recibir de él, y, sin poderlo evitar, su corazón se colmó con el llanto, las quejas y las maldiciones del profeta: recordó las célebres lamentaciones, tantas veces invocadas: las más violentas, las más dolorosas que hombre alguno haya podido expresar jamás. Cuando Regino se incorporó, siempre en silencio, Josef lo siguió como un perro. Se sintió pequeño, despreciable, como nunca se había sentido, ante sí y ante Regino.

Al día siguiente, Regino lo mandó llamar y, a su manera, le dispensó una cordialidad un poco ruda.

—Hace tiempo —dijo— que vos no escribís. El emperador me ha informado que

estáis preparando un libro sobre la guerra de Judea. Os hago una propuesta, Flavio Josefo: dedicádmelo.

Josef quedó estupefacto. Ésa era la forma como generalmente un editor proponía a un literato la publicación de su obra. Por más antipático que le resultase, no pudo negar que apreciaba el juicio de este hombre y estaba orgulloso de la propuesta. La suerte le sonreía. Dios estaba con él. Aunque provocaba el enfado de todo el mundo, de Yojanán ben Zakai, del emperador, de Claudio Regino, llegada la ocasión todos demostraban tener fe en él y terminaban apoyándolo.

—Escribiré el libro —dijo—. Muchas gracias.

—El dinero está a vuestra disposición —concluyó Claudio, bruscamente.

Cuando Dorión estuvo segura de que Josef cumpliría sus condiciones, se propuso ser fiel a la palabra que le había dado, por inverosímil, grotesca o sorprendente que pareciese la boda. Infatigablemente se ocupó de los preparativos. Lo primero y lo más difícil que debía hacer era comunicárselo a su padre. Cuando comenzó a hablarle de la boda, su tono frívolo pareció más adecuado a una broma o algo sin importancia, por lo cual al principio, el pintor no comprendió; al cabo de algunos segundos captó de qué se trataba y sus ojos redondos se llenaron de angustia. Pero continuó sentado, apretando los labios, con la expresión grave de siempre. Dorión, que lo conocía bien, no esperaba violencia ni insultos pero sí alguna palabra irónica, y hasta mordaz, de parte de su padre. Verlo así inmutable, callado y con la boca crispada fue peor para ella de lo que había supuesto. Salió de la casa precipitadamente, como si huyera, sin llevarse otra cosa que su gato Immutfru. Y fue en busca de Josef.

Con gesto sereno y altivo dejó que se realizaran las formalidades de la conversión y de la boda, limitándose a decir «sí» o «no», cuando fue necesario, con voz nítida y aniñada. Al emperador le habría gustado más solemnidad para celebrar la unión del judío con la egipcia, así como había organizado la boda con Mara. También Tito habría deseado ofrecer a Josef una boda fastuosa, pero éste se opuso. Todo transcurrió sin ostentación.

Quedaron finalmente solos en la bella casa de Canope, cedida por Tito durante el tiempo que durase su estancia en Alejandría. Subieron a la planta alta de la villa que había sido aderezada como una tienda y allí yacieron juntos por primera vez. Josef tenía conciencia de su culpa: «No os uniréis a ellas». Pero esa culpa era agradable y fácil de sobrellevar. La piel de la mujer era perfumada como la madera del sándalo y su aliento le recordaba la brisa de Galilea en primavera. Sin embargo, no sabía cómo llamarla. Tendido a su lado con los ojos cerrados no podía recordar su nombre. Abrió los ojos con esfuerzo. Ella estaba allí, descansando, morena, espigada y larga, con sus ojos color de mar que brillaban a través de la pequeña abertura de los párpados. Amó sus ojos, su vientre, el aliento que exhalaba su boca entreabierta, todo su ser. Pero su nombre se había borrado de su mente. La manta que los cubría era muy fina, la noche

estaba fresca y la piel de la muchacha era lisa y cálida; la acarició con suavidad —en Alejandría sus manos habían perdido la rudeza— y por no saber cómo nombrarla murmuró en hebreo, en griego y en arameo palabras muy tiernas: mi amor, mi pastora, mi novia, *Yaniki*.

De los pisos inferiores subía, apagado, un poco gutural y monótono, el canturreo de los sirvientes egipcios. Unos pocos sonidos que se repetían constantemente.

Tendido al lado de su mujer, Josef pensaba: «Los egipcios nos han obligado a construir sus ciudades, Pitón y Ramsés, y a esconder a nuestros hijos mayores, encerrándolos en nuestras casas, pero la hija del Faraón salvó a Moisés de las aguas del Nilo, y cuando partimos de Egipto los niños surgieron de los muros y resucitaron». Y acariciaba el cuerpo de la egipcia.

Dorión besó las cicatrices de la espalda y del pecho de Josef. Ese hombre vigoroso tenía la piel suave como la de una criatura. Tal vez fuera posible hacer desaparecer las cicatrices —muchos lo hacían— según la receta de Escribón Largo. Pero ella no deseaba borrarlas nunca, nunca. Por ella él se había sometido a la flagelación. Eran cicatrices en su honor. Debía conservarlas.

Durante todo ese día no permitieron que nadie ni siquiera un criado se acercase a la habitación. No se levantaron para no perder sus olores; no comieron, para no perder sus sabores. Se amaban y nada existía en el mundo fuera de ellos.

Al día siguiente se despertaron poco antes del amanecer. Todo había cambiado. Josef reflexionaba. Veía a Dorión representada en las odiosas pinturas de su padre, siempre con su dios lame leche entre los brazos: era para él una extraña. Aunque Mara no había sido otra cosa que un despojo, un escupitajo de los romanos, nunca la había considerado una extraña. Le había dado un hijo —ciertamente un bastardo— pero cuando él la estrechaba entre los brazos sentía palpar su corazón. ¿Qué sentía cuando abrazaba a la egipcia?

Dorión yacía a su lado; su boca sensual, deseable, se abría levemente al respirar. A través de sus dientes perfectos le llegaba su aliento fresco, ligero. De la planta baja de la casa subía el canturreo gutural y monótono de los servidores egipcios. Por momentos Dorión acompañaba ese sonido maquinalmente. Había renunciado a todo por este hombre. Y, gracias a los dioses, todo estaba bien. Se había dejado comprar, de acuerdo con las leyes judías, las más ridículas y despreciables. Y, gracias a los dioses, todo estaba bien. Había renegado de su padre, el más extraordinario pintor de la época, por el amor de este hombre, que era obtuso y ciego para distinguir una pintura de una mesa. Y, gracias a los dioses, todo estaba bien.

Josef, mientras tanto, la observaba. Yacía desnuda, abandonada a la laxitud del amor. Su rostro añorado estaba pálido, su cuerpo, frío y sus ojos tenían el color del mar. Era una extraña para él.

Llegó el deslumbrante mediodía. Habían dormido algunas horas y estaban descansados; se contemplaron, se agradaron y les apeteció tomar algún alimento. Almorzaron copiosamente unos manjares sencillos que los sirvientes habían

preparado siguiendo las indicaciones de Dorión. Se sintieron felices y satisfechos.

Después recorrieron la casa. Entre los objetos de Josef encontraron los dados prodigiosos, grabados con caracteres hebreos. Josef quedó pensativo cuando Dorión le preguntó qué eran. Le explicó que se trataba de un amuleto portador de la buena suerte pues, ¿acaso no tenía a Dorión? Resolvió interiormente no jugar más con dados falsos. Había mentido conscientemente a la egipcia cuando le permitió creer que se había hecho flagelar por ella. Riéndose, arrojó los dados al agua.

Vespasiano vigilaba los pasos de su hijo y Cenis no le quitaba el ojo de encima, pues ambos sabían que muchos aspiraban a sustituir al anciano por el joven. Éste poseía coraje y sangre fría y sus tropas le eran adictas. Además, estaba estimulado por la exaltada princesa judía, a quien el fanatismo por su causa hacía creer que podía esperar más en beneficio de Judea del príncipe enamorado que del frío Vespasiano. El emperador lo veía todo muy claramente y le parecía preferible decir las cosas con franqueza. A menudo alentaba a su hijo y juntos calculaban cuánto tiempo éste debería esperar para gobernar; otras veces, por el contrario, se producían entre ellos discusiones violentas. Tito le reprochaba los excesivos poderes que gozaba en Roma su libertino hermano Domiciano y reclamaba para sí mayores derechos en Oriente. El tono se hacía entonces más áspero. Con palabras mordaces, o paternales, o maliciosas, Vespasiano predisponía a su hijo contra la judía. Le recordaba que Antonio, por su amor a una egipcia, había caído muy bajo, pero antes había conquistado Roma y algo más; por tanto Tito —que sólo se había apoderado de algunos picos de montaña en Galilea— no podía pretender que se le permitiera entretenerse con hermosas orientales. «La afición por las orientales me viene por herencia» repuso Tito. Y recordó a su padre el nombre de Mara. Vespasiano se alegró ruidosamente. Era verdad, aquella bribona se llamaba Mara; al fin le recordaban su nombre. Lo había olvidado por completo. Hasta el judío, ese bruto de Josef, dejó que se devanara los sesos inútilmente cuando conversaron sobre ella la última vez.

Por lo demás, confiaba en la inteligencia de su hijo: estaba seguro de que no sería tan torpe de aspirar —cuando tenía pocas posibilidades— a un poder que en pocos años le caería en las manos como un fruto maduro. Amaba a su hijo, quería consolidar la dinastía, y resolvió darle la oportunidad de adquirir mayor prestigio. Él había cumplido en Judea la tarea más difícil. El brillante final de la guerra lo confiaría a Tito.

Pero también esta vez hizo esperar penosamente a su séquito antes de hacer públicos sus deseos. Avanzaba el invierno en Alejandría, y era necesario reanudar las operaciones antes del fin de la estación si no se quería correr el riesgo de un serio fracaso. ¿Concluiría el emperador por sí mismo la campaña? ¿A quién confiaría esa tarea? ¿Por qué dudaba tanto?

Por aquel tiempo el emperador hizo llamar a Josef e inició la conversación con

sus bromas habituales.

—El matrimonio, judío mío, no os sienta bien, así me lo parece. Estáis agotado y vuestra delgadez no proviene —no me cabe la menor duda— de contemplaciones interiores ni de éxtasis. —Así continuó en tono zumbón, pero Josef sentía acercarse el momento en que hablaría de cosas más serias—. Debo volver a invocar vuestra voz profética, siempre que aún alentéis la idea de hacer el relato de los acontecimientos de Judea. La guerra terminará, efectivamente, el mes que viene, aunque confiaré a mi hijo Tito el cometido de acabar con los rebeldes. Sois libre de optar por veniros conmigo a Roma o acompañar a mi hijo a Jerusalén.

Josef sintió que se le ensanchaba el pecho. El viejo emperador le confiaba a él antes que a nadie la noticia que todos esperaban con tremenda ansiedad. Pero el dilema que le planteaba Vespasiano era, también, penoso. ¿Iría a Judea para asistir a todo aquello de lo cual había tenido un anticipo junto a la tumba de Jeremías? ¿Debería contemplar con sus propios ojos la destrucción de Jerusalén? La expresión del emperador volvía a ser terriblemente dura y severa. Era consciente de que la resolución era muy difícil para Josef. Pero estaba poniéndolo a prueba y esperaba.

Una cadena misteriosa lo unía a este romano desde que lo vio por primera vez. Si iba a Roma, la cadena se reforzaría; sería nombrado consejero del monarca, ascendería y alcanzaría una posición encumbrada. Otra cadena lo ataba a la egipcia. Su piel, tersa y morena, sus manos, morenas y delicadas y su cuerpo eran tan deseables que sentía celos cuando la veía acariciar a su gato Immutfru. Algún día no podría contenerse y estrangularía al dios Immutfru, no por repugnancia a la idolatría, sino por celos. Debía alejarse de la egipcia. Sucumbiría si seguía compartiendo durante mucho tiempo su lecho. Su ojo interior estaba casi ciego, su corazón insensible no obedecía ya los dictados de su mente. Debía alejarse también de Vespasiano, pues cuanto más tiempo permaneciera cerca de él más crecería su ambición de poder. Y el poder adormece, nos hace sordos a la voz del espíritu.

Dulce es el poder. Quien lo disfruta siente que los pies parecen elevarse del suelo, la tierra se hace ligera y el aire penetra profundamente en los pulmones. Tersa y morena era la piel de Dorión. Sus miembros largos y elásticos parecían los de una niña, y el pecado con ella era fácil y apetecible.

Si partía hacia Roma, sus días transcurrirían agradablemente, pues allí disfrutaría de la protección del emperador; y sus noches se colmarían de voluptuosidad junto a Dorión. Sin embargo, permanecer en Roma significaba también no poder asistir a la caída de Jerusalén. Su patria y la Casa de Dios desaparecerían para siempre sin que ningún testigo pudiera relatar a las naciones cómo se habían hundido en el abismo de la nada. La posteridad se vería privada de un documento único, escrito por un testigo directo de los hechos.

De pronto se sintió invadido por el ansia incontenible de estar en Judea y colmar sus ojos y su corazón con el espectáculo del magnífico Templo arrasado; de los sacerdotes arrastrados de los cabellos después de haberles arrancado las vestiduras

sagradas de color azul; de los pámpanos de oro del pórtico fundidos por el fuego, derramándose gota a gota sobre un lago de sangre, fango e inmundicias. Su pueblo entero se desplomaría cuando cayera el Templo, todo estaría envuelto en la humareda y una furiosa carnicería sería ofrecida en prodigioso holocausto al Señor.

Estaba absorto en su visión infernal cuando oyó una voz chillona que decía:

—Espero vuestra respuesta, Flavio Josefo.

Se llevó la mano a la frente, hizo una reverencia a la manera judía y respondió al emperador:

—Si Vuestra Majestad me lo permite, deseo ser testigo de la culminación de la empresa que vos habéis comenzado.

El emperador esbozó una ligera sonrisa, entre resignada y maliciosa. Pareció envejecer repentinamente y pensó: «Ya ves, el judío a quien concedí tantos privilegios prefiere a mi hijo». Sin embargo, Vespasiano no dejaba de comprender por ello que Tito era joven y que a él no le quedaban más que cinco o diez años o, en el mejor de los casos, quince años de vida.

Los días de Dorión transcurrían tranquila y discretamente en la pequeña villa de Canope cedida por Tito. El invierno era magnífico y la muchacha disfrutaba con toda su alma de la dulzura del aire. El dios Immutfru se entendía bien con su gavián, y el pavo real recorría majestuoso las pequeñas habitaciones. Dorión era feliz. En otra época había necesitado rodearse de gente; se había dejado dominar por la ambición de su padre y sólo le había interesado deslumbrar, parlotear, sentirse admirada. Ahora, por el contrario, se impacientaba con las visitas —bastante esporádicas— de Tito, y sólo ansiaba estar con Josef.

¡Qué hermoso le parecía! ¡Qué ardientes y llenos de vida sus ojos, qué suaves y fuertes las manos, qué fresco y perfumado el aliento! No había hombre más inteligente en el mundo que él. Les hablaba de Josef a sus animales; y con su voz aguda —no más agradable que el grito del pavo— le cantaba a su marido las breves canciones de amor que le había enseñado su nodriza: «¡Oh, acaricia mis muslos, mi bien amado! Mi amor colma hasta los más ínfimos rincones de mi cuerpo, como el óleo sagrado impregna la piel».

No se cansaba de pedirle a Josef que le recitase pasajes del *Cantar de los Cantares* y, cuando al fin aprendió algunos de memoria, quiso que le enseñara el texto hebreo, que ella repetía torpemente. Los días, aun los más cortos, le parecían largos, y las noches, aunque fuesen largas, eran para ella demasiado breves.

«Será muy difícil hacerle aceptar la idea de que voy a regresar a mi patria mientras ella deberá permanecer aquí. También para mí será una separación penosa, pero quiero hablarle de ello inmediatamente y sin vacilaciones», se dijo Josef.

Al principio, Dorión pareció no comprender. Después palideció lentamente, como siempre le ocurría: primero alrededor de la boca, luego en las mejillas y la frente. Sin

decir palabra, cayó de bruce, como si fuera una pluma sorprendentemente lenta y silenciosa.

Cuando Dorión volvió en sí, Josef, sentado a su lado, intentaba reanimarla con mucha cautela. Los ojos verdes de la muchacha lo miraron con una expresión turbia y hosca. Frunció los labios en un gesto que la afeaba y le lanzó las más denigrantes injurias que conocía en egipcio, griego, latín y arameo. «Hijo de esclavo infecto y de prostituta leprosa, nacido de la podredumbre más abyecta de la humanidad, de los detritos del mundo reunidos por los ocho vientos del cielo». Mientras tanto, Josef la observaba —estaba poco agraciada sentada en cuclillas y profiriendo chillidos desesperados—, la comprendía y la compadecía; la amaba tiernamente y sentía dolor por la separación. Repentinamente la actitud de Dorión se transformó: comenzó a acariciarlo frenéticamente, quizá esperando seducirlo por medio de lisonjas. En voz baja, como en un ruego, murmuró dulcemente las palabras de amor que él le había enseñado, ofreciéndosele, completamente entregada.

Josef callaba. Suavemente acarició el cuerpo laxo de la muchacha, e intentó convencerla de que no era su deseo abandonarla. Le rogó que accediese a esperarlo hasta su regreso, aunque reconocía que ésa era una exigencia muy dura para ella —tan llena de vida—. Pero él no se resignaba a perderla. Dijo no merecer los insultos de cobarde, voluble o insensible, con que Dorión había pretendido herirlo, y le recordó que él había demostrado su capacidad de apreciar su belleza, de disfrutarla, y colmar su corazón de amor por ella. Pretendió tranquilizarla, asegurándole que su ausencia no sería muy prolongada: a lo sumo el lapso de un año.

—Es una eternidad.

—Y, además —prosiguió Josef, grave, tozudamente, rechazando las objeciones de Dorión—: Lo hago más en vuestro interés que en el mío.

La muchacha quedó en suspenso, con una mezcla de curiosidad, esperanza y recelo. Sin dejar de acariciarla, él le expuso su plan muy pacientemente, adornándolo para hacerlo más creíble, seguro del poder de la palabra, de su palabra, de su capacidad de persuasión. Tuvo la certeza de que lograría convencerla porque sus razones coincidían con las íntimas aspiraciones de Dorión. Su obra —le dijo—, la obra a la que se dedicaría por entero durante ese tiempo, obtendría para ella un sitio y un rango en la clase alta, como lo había soñado su padre durante toda su vida, sin alcanzarlos jamás.

Ella le hizo aún algún reproche, pero la propuesta había empezado a seducirla. Él siguió hablándole muy quedo al oído, sobre su boca, sobre su pecho. La fuerza del imperio vendría de Oriente y a Oriente le estaría reservado el dominio del mundo. Josef reconocía que su visión había sido torpe hasta entonces, ofuscada y materialista, pero al fin había comprendido que dominio no es igual a poder. Oriente llegaría a dominar el mundo aunque no ostentara los signos exteriores del poder; su influjo sería sutil, profundo, espiritual. Y su libro constituiría un hito importantísimo en ese proceso.

—Dori3n, mi peque1a, mi dulzura, mi pastora, ¿no veis que entre nosotros existe una uni3n mucho m1s profunda que la exterior? Vuestro padre ha estado a punto de morir de amargura porque los romanos nunca dejaron de considerarlo como a un animal extra1o, una especie de fais1n dorado o un elefante blanco. Pero vuestro esposo obtendr1 la sortija de oro de la segunda nobleza. Y vos, la egipcia a quien los romanos menosprecian, junto a m1, el jud1o tratado por Roma con las mismas prevenciones y escaso respeto, conquistaremos Roma.

Dori3n escuchaba, atentos los 3idos y el coraz3n. Beb1a sus palabras. Con adem1n infantil enjug3 sus l1grimas, suspirando entrecortadamente. Le crey3. ¡Era tan inteligente! Se dej3 penetrar con delicia por sus palabras, por los matices de su voz. Ciertamente, su padre no hab1a hecho otra cosa en su vida que pintar, y aunque no dudaba de la belleza de su arte, no pod1a dejar de compararlo con el hombre que estaba a su lado. 3l hab1a sublevado a su pueblo, hab1a combatido en el frente de batalla y, finalmente, hab1a seducido a su vencedor, haciéndole creer que depend1a de 3l. Su esposo, su hermoso, fuerte e inteligente esposo, extender1a las fronteras del imperio de Jerusal3n a Roma. El mundo entero era como un vino que colmaba la copa de Josef. Todo lo que hac1a era magn1fico.

Josef no cesaba de acariciarla, de cubrirla de besos. Dori3n amaba su aliento, sus manos, su piel. Y cuando se unieron, ella qued3 totalmente convencida. Suspir3 con intensa felicidad, estruj1ndose y ovill1ndose en torno al cuerpo de Josef. Encog1 las piernas como una criatura en el vientre de la madre y se durmi3.

Josef, por el contrario, permaneci3 despierto. Le hab1a resultado m1s f1cil de lo que esperaba convencer a Dori3n, pero a 3l las cosas no le parec1an tan simples. Con mucha delicadeza, evitando despertarla, se desprendi3 de los brazos de la muchacha y apart3 su cabeza. Ella se quej3 ligeramente y sigui3 durmiendo.

Josef pens3 en su libro, como si se tratara de una carga tremenda, abrumadora, amenazante. Y, sin embargo, se sent1a feliz.

Honda impresi3n le hab1an causado las palabras de Vespasiano cuando evoc3 a Homero al referirse a su obra. No cre1a llegar a ser alguna vez ni el Homero de Vespasiano ni el Homero de Tito: 3l cantar1a para su patria la Gran Guerra de su pueblo. Si sobreven1an el sufrimiento y el desastre desgarrar1a su voz para narrarlo, pero 3l alentaba la esperanza. No cre1a en la cat1strofe. Su fe se asentaba en la alegr1a y en la sobrevivencia. 3l mismo pactar1a la paz entre Roma y Judea. Ser1a una paz honrosa, feliz, razonable. El verbo triunfar1a: en su nombre deb1a partir sin demora hacia Judea. Contempl3 a Dori3n dormida; sonriendo, la acarici3 con ternura. Aunque la amaba se encontraba ya muy lejos de ella.

Vespasiano anunci3 a Tito su prop3sito de encomendarle la conclusi3n de la camp1a de Judea, durante una conversaci3n breve, cordial aunque un poco brusca. Le habl3 confiadamente, como lo hace un padre a su hijo, y, apoyando un brazo en la espalda

de Tito, le hizo recorrer la habitación a lo largo y a lo ancho, mientras conversaban. Le otorgaba plenos y amplios poderes sobre Oriente y sumaba una legión a las tres que le habrían correspondido. Tito estaba muy agradecido y, lleno de entusiasmo, respondió a su padre con sinceridad:

—No aspiro a ocupar el trono antes de que sea llegada la hora, creedme. No siento en mí esa sed de poder que manifiesta mi desenfrenado hermano; por el contrario, en mí está vivo el espíritu de los auténticos romanos. Espero estar un día a la cabeza de un imperio muy bien organizado, cuando deba sucederos, después de que viváis plenamente vuestra ancianidad, que será dichosa. No cometeré la tontería de abandonar un terreno firme para arriesgarme en un cenagal.

Vespasiano creyó en la sinceridad de sus palabras y quedó complacido. Le agradaba observar el rostro de Tito —pálido en el invierno alejandrino y bronceado durante el verano de Judea—. Sabía que su talante resultaba simpático al ejército y a las multitudes. Observaba las buenas líneas de su frente, el mentón breve y pronunciado de soldado, que no desmerecían a pesar de las mejillas un poco flácidas. En ocasiones advertía en sus ojos una luz turbia e insensata que le producía cierta inquietud. Era la misma expresión que a menudo había visto en Domitila, la madre de Tito, cuando cometía los actos más estúpidos y arbitrarios y sufría accesos de histerismo. Opinaba que, probablemente por ese motivo, el caballero Capella, su primer marido, habría decidido separarse de ella. De todos modos, Vespasiano se tranquilizaba al pensar que Tito no era tonto en absoluto y apostaba por que sabría desempeñarse cuerdamente. Y, para asegurarse de ello, designó al competente Tiberio Alejandro como jefe del estado mayor durante la campaña encomendada a su hijo. «¡Por Júpiter, cuánto mejor sería que el muchacho se ocupara más de los hombres que de las mujeres de Oriente!».

Aprovechando el clima de confianza creado entre ambos —pero con mucha prudencia—, Vespasiano abordó una vez más el espinoso tema de Berenice.

—Admito que la judía tenga más encantos en la cama que una griega o una romana —comenzó Vespasiano, dando a su voz el tono amistoso y adecuado a una conversación entre hombres.

Tito enarcó las cejas. Habría querido responder, pero en su rostro sólo apareció una expresión infantil. Aunque estas palabras lo mortificaron no podía confesar a su padre que aún no se había unido a Berenice, habría recibido un auténtico aluvión de bromas. Apretó las mandíbulas y calló.

—Reconozco —continuó el padre— que los orientales han recibido de los dioses ciertas cualidades que a nosotros nos faltan, pero no te inquietes por ello, eso no tiene ninguna importancia —y apoyándose con una mano en el hombro de su hijo, agregó, conciliador y bondadoso—: Observa cómo los dioses de Oriente son decrepitos y débiles. El Dios invisible de los judíos, por ejemplo, aunque ha legado a sus sectarios libros muy valiosos, según me han confesado sólo puede combatir en el agua. Por esa causa al Faraón de Egipto tuvo que ahogarlo en el mar y, al comienzo de su reinado,

logró dominar a los hombres sólo después de enviarles un diluvio. En tierra, como te dije, no puede actuar. Nuestros dioses, hijo mío, no tienen tantos escrúpulos de conciencia como los que atormentan a los orientales; son menos delicados y se contentan con algunos bueyes y cerdos o con la mera palabra empeñada de los hombres. No te relaciones íntimamente con un judío, te lo aconsejo. Es cierto que puede ser interesante saber que, además del Foro y el Palatino, en el mundo existen otras cosas; por supuesto, no te hará daño el trato mesurado con mujeres y profetas judíos pero, créeme, el reglamento militar romano y el código político del emperador Augusto son dos pilares que te sostendrán mejor en la vida que el conjunto de todas las Santas Escrituras de Oriente.

Tito lo escuchaba procurando no impacientarse. Admitía que el anciano le prevenía contra algunas cosas con cierta razón, pero, cuando recordaba la figura de Berenice cuando subía, deslizándose, los peldaños de una escalinata, la sabiduría política romana se hacía humo. Cuando la princesa le daba largas, evitando de esa manera responder a sus requerimientos, y le decía con su voz velada, turbadora y un poco ronca: «Dadme tiempo, querido Tito, esperemos a estar en Judea y que yo sienta el suelo de mi patria bajo mis pies: sólo entonces sabré claramente qué cosa debo hacer», no existía voluntad de vencedor o conquistador romano que pudiera resistírsele.

Aunque el imperio se extendiese por toda la superficie del mundo; aunque se enviaran legiones de uno a otro extremo de la tierra, nunca podrían igualar la majestad de esa mujer, antigua de siglos y generaciones, más legítima y verdadera que el dominio romano, pesado y demasiado austero. Evidentemente, su padre era un anciano por cuya boca se expresaba el temor del romano de no poder competir con el refinamiento de Oriente, con su pensamiento sutil, con su ética profunda. Sin embargo, también era justo reconocer que Roma había sabido asimilar la sabiduría y la sensibilidad griegas y ya estaba suficientemente cultivada para nutrirse asimismo con la sabiduría y la sensibilidad judías. En todo caso, él se sentía capacitado para conciliar el misterio y la profundidad de Oriente con la claridad y eficacia de Roma.

La noticia de que Tito iba a poner fin a la campaña de Judea y de que el emperador regresaría pronto a Roma, provocó revuelo en Alejandría. Los «sandalias blancas» respiraron, felices al verse libres del emperador y de su severo gobernador Tiberio Alejandro, y satisfechos por que se emplearan cuatro legiones para aplastar a la insolente Judea. La antigua burla «¡Judío Apella!» volvió a difundirse. En todas partes donde hubiera judíos se los perseguía al grito de «¡Apella! ¡Apella!». Pero pronto esa injuria fue reemplazada por otra, más escueta y mordaz, que se extendió rápidamente en la ciudad, en Oriente, en el mundo entero. Su autor fue Quereas, aquel joven «sandalia blanca» a quien Josef asestara un golpe con su escribanía. Se componía de las iniciales de las tres palabras *Hierosolyma est perdita* (Jerusalén está

perdida). «¡Hep! ¡Hep!», gritaban cuando veían a un judío. «¡Hep! ¡Hep!», repetían sobre todo los más jóvenes, juntando esta palabra a la otra, y en toda la ciudad resonaba el grito, estridente de «¡Hep, Apella!». «¡Hep, Apella!».

Pero la algarabía no llegó a oídos de Josef, quien junto a Berenice y al general en jefe Tiberio Alejandro, asimismo de origen judío, eran la esperanza de los judíos. Otra vez aclamaron a Josef: «¡*Marín, Marín!*!». Irradiaba confianza. Conocía las intenciones de Tito y estaba convencido de que Tiberio Alejandro —cuyas ofrendas consagradas al Templo eran las más espectaculares— no permitiría su destrucción. La campaña iba a ser dura y rápida; Jerusalén acabaría por rendirse y el país, libre al fin de los «Vengadores de Israel», renacería. Yosef ya se imaginaba ocupando un cargo de gran responsabilidad, bien en la provincia bien en Jerusalén.

De todos modos, la tarea que le había sido encomendada era ciertamente difícil. Deseaba ser el intermediario leal entre judíos y romanos, pero suponía que ninguno de los contendientes le brindaría su plena confianza. Si los romanos fracasaran, lo responsabilizarían a él; si, por el contrario, los asuntos judíos dejaran que desear, las autoridades de Jerusalén también lo harían responsable. Pero, aún previendo esta dificultad, él estaba dispuesto a superar todos los rencores y no dejarse vencer por la amargura, manteniendo su sensibilidad y su pensamiento abiertos a todas las contingencias. «¡Oh, Yahvé, ensanchad mi corazón para poder comprender la complejidad de vuestro universo! ¡Dadme más voz para alabar la grandiosidad de vuestra Creación!».

Debía ir y verlo todo, registrar en su mente cuanto ocurriera en el enfrentamiento, captar el frenesí, el espanto y su grandeza. Los años venideros revivirían los hechos a través de su palabra.

Había pasado el invierno. Bajaron las aguas del Nilo, cesaron las lluvias que habían impedido el paso en la región pantanosa cercana a Pelusio y fue posible el traslado del ejército de Nikópolis, remontando el río, hasta Judea, por la antigua vía del desierto.

Los dirigentes de la comunidad judía de Alejandría se mostraban por la calle con la misma actitud orgullosa e imperturbable de los tiempos normales, aunque la angustia desasosegaba su espíritu. La movilización los favorecía; la venta de armamentos y de provisiones para el ejército les dejaba pingües ganancias y, por otra parte, desde el principio ellos habían demostrado su oposición a los rebeldes de Judea. Ansiaban que Roma los eliminara definitivamente. Sin embargo, estaban inquietos. Temían que la expedición aniquilase indiscriminadamente a los sublevados, a la ciudad y al Templo. La fortaleza de Jerusalén estaba considerada entonces como la más invulnerable y parecía lógico suponer que el ejército rebelde, engegucido por su fanatismo, la defendería hasta el final, aunque éste consistiera en su propia inmolación. ¿Quién podría en ese caso poner freno a la violencia desatada

en los dos bandos?

Hasta ese momento, Roma había dispensado un trato correcto y ecuánime a los judíos alejandrinos; la guerra sólo se había declarado contra los judíos del imperio y los judíos alejandrinos confiaban en que el gobierno distinguiría entre una y otra tendencia. Pero sabían por experiencias pasadas que para la mayoría del pueblo los judíos eran todos iguales. Además, buena parte de la guarnición de Alejandría había sido obligada a marchar a Judea para integrarse al ejército de Tito. La angustia los abrumaba, temían que volvieran a producirse los *pogroms* que cuatro años antes habían asolado su comunidad. Sin embargo, ocultaban sus emociones y se esforzaban por demostrar lealtad al emperador y a su hijo.

El Gran Maestre Teodoro bar Daniel ofreció por aquellos días un banquete de despedida al príncipe, pese a las críticas de algunos de sus correligionarios. Asistieron los más importantes personajes: Vespasiano, Agripa, Berenice y el jefe del estado mayor Tiberio Alejandro. Josef y Dorión también habían sido invitados. Permanecieron todo el tiempo con la expresión grave y reservada. Su aspecto desmejorado fue el blanco de todas las miradas. Un centenar de personas, entre judíos y romanos, rodeaba la mesa: celebraban la partida de las tropas a la mañana siguiente, muy bien pertrechadas y compuestas por cuatro legiones: la quinta, la décima, la decimosegunda y la decimoquinta, de Siria y de Egipto, dispuestas a vencer definitivamente a la arrogante capital de los judíos. «Vuestra misión, romano, es gobernar a los pueblos, atender con interés a los que acatan la autoridad y vencer a los rebeldes». Así había cantado el poeta cuando el fundador de la dinastía gobernaba el imperio, y ahora romanos y judíos estaban dispuestos a confirmar su palabra por la espada y por la ley.

El festín no se prolongó excesivamente. Tito habló después del breve discurso del Gran Maestre. Vestía el uniforme de gala de general en jefe y en sus ojos, claros y fríos, no se expresaba la jovialidad de otros tiempos. Para todos fue evidente el gran parecido con su padre.

Ensalzó al soldado romano, su disciplina, su templanza, su valentía y sus tradiciones.

—Otros pueblos han sido capaces de un pensamiento más profundo y más refinada sensibilidad. A nosotros los dioses nos han concedido el don de saber hacer en el momento preciso lo que es necesario. Los griegos poseen sus estatuas, los judíos su Libro, nosotros tenemos nuestros campamentos. Son una pequeña ciudad: fuertes, móviles y siempre renovados. Son la protección de los súbditos fieles, obedientes de la ley, y el terror de los temerarios que osan hacerle frente. Yo os prometo, padre mío, prometo a Roma y al mundo, que Roma estará presente en nuestro campamento: la antigua Roma, inmisericorde cuando debe serlo y compasiva cuando es posible. Ésta no será una guerra fácil, pero será una excelente guerra, conducida al modo romano.

No fueron vanas las palabras del joven jefe, porque estaban respaldadas por el

pensamiento y la esencia más profundas de su raza, su energía, y la virtud viril que hizo de los habitantes de una pequeña aldea en las colinas del Tíber los amos del Lacio, de Italia, del mundo entero.

El emperador escuchó a su hijo, satisfecho y complacido, friccionando suave y maquinalmente la pierna gotosa. La judía no podría apartar a su muchacho del cumplimiento del deber. Observó con atención a Berenice, sonriendo interiormente. Ella escuchaba inmóvil, apoyando su altivo rostro moreno en la palma de la mano. Se sentía triste: él parecía haberla olvidado, como si la hubiera expulsado hasta del más recóndito pliegue de su corazón. Tito era exclusivamente un soldado, y por su oficio había aprendido a taladrar, a cortar, a matar, a pisotear. Sería muy difícil detener su mano cuando la alzara para el ataque.

Hubo un completo silencio en la sala iluminada mientras se escucharon las palabras del príncipe. El pintor Fábulo también se encontraba entre los concurrentes: había terminado el retrato de Berenice pero el príncipe no quería llevárselo, lo que Fábulo interpretó como un importante elogio de la pintura. «El retrato es tan fiel — había dicho Tito— que me atormentará sin descanso si lo llevo conmigo, y mi deber es dirigir una campaña sin permitirme ninguna distracción».

Fábulo había envejecido, parecía más adusto que de costumbre y un poco menos grueso. Su mirada mortecina aparentaba una indiferencia engañosa, porque el pintor no perdía detalle de lo que estaba ocurriendo. Distinguía perfectamente cada uno de esos cien rostros: los de los romanos —los amos que iban a castigar a los esclavos leprosos— y los judíos —esos condenados que lamían la mano de sus dueños—. Fábulo era parco en palabras; no sabía pintar imágenes por medio del lenguaje pero, como buen artista percibía, sin necesidad de recurrir a ellas, lo que se ocultaba tras una cara, por inexpresiva que fuese. Ahí estaba el general Tiberio Alejandro, frío y elegante. Aunque había logrado lo que Fábulo deseara durante toda su vida, ese hombre rígido, hábil y poderoso no era feliz. Ninguno de los judíos que se habían reunido esa noche en el salón eran felices: ni el rey, ni Claudio Regino, ni el Gran Maestro. Los únicos que estaban alegres y satisfechos eran los romanos. Y como no eran profundos, ni el saber ni la belleza les producían inquietud. Seguirían el recto camino previamente trazado, ciertamente arduo y fatigoso, pero ellos no se inmutarían porque tenían buenas piernas y el ánimo intrépido. No cesarían de avanzar hasta llegar a la meta. Los que los homenajeban —judíos, egipcios y griegos allí reunidos— estaban haciéndoles justicia. Los reconocían como a sus amos.

Ahí estaba también el hombre en cuyos brazos se había arrojado su hija, ese miserable, ese desecho a quien ella se había entregado. Fábulo comprendió, de todos modos, que no debía limitarse a hacer un juicio superficial. El rostro de Josef no era el de un bribón; era un combatiente que se había resistido durante mucho tiempo contra el poder; que se había adaptado sensatamente a su condición de vencido, dando a la fuerza el valor relativo que debe tener, y sirviéndose de las infinitas astucias de un luchador que reconoce la inferioridad de su situación pero no se

somete.

Por resentimiento —Roma consideraba a sus escritores muy superiores de sus artistas— el pintor Fábulo odiaba de la literatura; sin embargo, ese rechazo no le inhibía de ser un estudioso de las fisonomías. Mientras observaba la actitud de Josef escuchando el discurso de Tito, pensaba que ese hombre —canalla, perro vil, semental de su hija— marcharía junto al príncipe y asistiría a la destrucción de su propia ciudad sólo para escribir el relato de su caída. Lo leía con claridad en su rostro. Terminadas las palabras de Tito, Fábulo se acercó a Josef, con un movimiento menos seguro de que lo que era habitual en él. Dorión, que lo había visto avanzar, estaba azorada. Pero no ocurrió nada especial.

—Os deseo mucha suerte, Flavio Josefo, con el libro que vais a escribir sobre la guerra —dijo Fábulo, un poco vacilante.

A la mañana siguiente, en Nikópolis, Josef embarcó en la larga nave que remontaría el Nilo. El puerto estaba atestado de soldados, bultos, cajas, equipaje. A pocos civiles se les permitió el acceso a los muelles ya que, por orden del comando, todos debieron despedirse en Alejandría. Sólo Claudio Regino pudo llegar a Nikópolis y acompañar hasta allí a Josef, como deseaba.

—Abrid vuestro corazón y vuestros ojos, joven —le dijo, antes de que Josef subiera a bordo— para que vuestro libro merezca la pena. Ciento cincuenta mil sestercios es un anticipo sin precedentes.

En el momento de la partida, Tito ordenó restablecer los puestos de señales, que Vespasiano había suprimido. A través de ellos llegaría a Roma el anuncio de la caída de Jerusalén.

LIBRO QUINTO

JERUSALÉN

Pasado el primer día del mes de Nisán, las rutas de Judea se colmaron de peregrinos que se dirigían a inmolar el cordero pascual en el altar de Yahvé y celebrar la cena en la ciudad santa. La guerra civil había estallado y por los caminos merodeaban bandidos y circulaban soldados, pero los «Inconcebibles» no querían por nada del mundo renunciar a su peregrinación de Pascua. Iban varones mayores de trece años, solos o formando grandes grupos, a pie la mayoría, con el bastón en una mano y a la espalda el odre lleno de agua y el vaso de asta. Muchos montaban asnos, caballos o camellos. Los ricos se trasladaban en carrozas o en literas y a los más potentados los acompañaban su mujer y sus hijos.

Los que venían desde Babilonia llegaron por la extensa y amplia ruta real; los del sur por los precarios caminos rurales y los restantes confluyeron en la caravana a través de las tres excelentes calzadas estratégicas romanas. Rechinaban los dientes cuando debían pasar delante de las estatuas del dios Mercurio, que jalonaban las vías en toda su extensión, y con gran indignación pagaban el exorbitante impuesto que se les exigía en rutas y puentes. Sin embargo, no dejaban traslucir su rencor e inmediatamente proseguían la marcha con expresión alegre, como prescribía la Ley. Al caer la noche se lavaban los pies, se ungían el cuerpo y recitaban la bendición. Se regocijaban con la idea de ver el Templo y la ciudad santa y comer el impoluto cordero macho de un año, el día de la Pascua.

Tras los peregrinos avanzaban los romanos. Cuatro legiones completas en pie de guerra, más los contingentes auxiliares, cien mil hombres en total. El 23 de abril —o sea el día 10 del mes de Nisán, según el calendario judío— partieron de Cesarea, y el día 25 establecieron su campamento en Gabatsaúl, la población importante más próxima a Jerusalén.

Los soldados, alineados en filas de a seis, ocupaban prácticamente el ancho de la ruta y por tanto obligaban a los peregrinos a apretujarse en los bordes del camino, pero no los importunaban; sólo detenían a los que llevaban el brazalete con la sediciosa palabra «macabeo». Los peregrinos se alarmaron al comprobar que la serpiente gigantesca formada por las legiones se extendía hasta la ciudad. Algunos de ellos vacilaron un instante pero no retrocedieron sino que, por el contrario, apretaron el paso. Apartando la mirada, avanzaban un poco temerosos, dando grandes zancadas, como si huyeran. Cuando el día 14 del mes de Nisán, víspera de la fiesta y cena pascual, los peregrinos más rezagados entraron en la ciudad, las puertas se cerraron de inmediato tras ellos, pues ya aparecían en los montes vecinos las vanguardias romanas siguiéndoles los pasos.

No les cabía duda de que no podía tratarse sino de un milagro de Yahvé —que siempre distinguía a su pueblo de Israel— que la ciudad de Jerusalén pudiera alojar en esta ocasión a los peregrinos pascales.

Encerrada entre sus muros y cortadas las comunicaciones que la unían con las aldeas vecinas —que en otros años habían albergado a muchos de los viajeros— la ciudad desbordaba de gente. Pero a los peregrinos no parecía preocuparles la falta de

espacio y se lanzaban a las inmensas galerías y patios del Templo, admirando el esplendor de Jerusalén. Tenían bastante dinero y se apretujaban, se empujaban y se ayudaban cordialmente unos a otros, en su afán por comprar en las tiendas los regalos con que pensaban obsequiar a sus amigos. Se tranquilizaban recordando que otro mes de Nisán Yahvé había salvado a los judíos de las garras de los egipcios; por eso la amenaza de los romanos, tan próxima, les causaba perplejidad pero no angustia. Les bastaba el suelo sagrado bajo los pies para sentirse seguros y felices.

Tito y su séquito hicieron alto en la cima de la colina Bellavista. A los pies de ésta, dorada por el sol y atravesada por profundas gargantas, se extendía la ciudad.

El príncipe supo apreciar plenamente la belleza de la famosa urbe rebelde que veía por primera vez. Aparecía blanca, altiva, desafiante sobre sus enhiestas colinas. Tras ella se veía un profundo y amplio panorama donde sobresalían innumerables cumbres peladas, cuyas laderas estaban cubiertas por cedros y pinos. Contempló los valles cultivados, las terrazas con olivares y viñedos, limitando en la lejanía con la superficie reverberante del Mar Muerto. La muchedumbre se apiñaba en las callejuelas estrechas de la ciudad, pues cada palmo de terreno estaba cubierto por edificios. Y así como un paisaje apacible conducía a la ciudad bulliciosa, la ciudad bulliciosa se detenía a su vez ante la blanca y dorada superficie construida a su espalda: el imponente cuadrilátero del Templo, infinitamente delicado y puro, envuelto en el aire luminoso.

Sorprendió a Tito comprobar que los puntos más altos de Jerusalén —el fuerte Antonia y la cúpula del Templo, situados a menor altura que el sitio donde se encontraba, montado en su caballo— parecían flotar en el aire, ligeros e inaccesibles, mientras él tenía la sensación de estar clavado en tierra.

El príncipe apreció la belleza de la ciudad, y, al mismo tiempo, con ojo de buen soldado, comprobó que era inaccesible. De tres de sus flancos descendían escarpados desfiladeros y, rodeando todo el conjunto, se había construido una gigantesca muralla. Cuando ésta cayera, la ciudad aún quedaría protegida por un segundo muro, y la Ciudad Alta por un tercero. El Templo, elevado sobre una colina muy empinada, y la ciudadela, construida sobre otra elevación, constituían por sí mismas otras dos fortalezas independientes. Únicamente desde el norte, desde el punto en el cual se encontraba Tito, el terreno bajaba sin cortes profundos hacia la ciudad y el Templo. Pero por ese lado la ciudad estaba guarnecida por los muros más sólidos e inexpugnables. El panorama le impresionó por su desafiante arrogancia, provocando en él un deseo incontenible de abrirse camino a través de las espesas murallas, a hierro y fuego, y penetrar en el corazón de la ciudad rebelde.

El príncipe movió la cabeza con un leve gesto de contrariedad. Sintió sobre él la mirada de Tiberio Alejandro. Reconocía que el general era el mejor de todos los soldados de su tiempo, el más firme puntal de los Flavios. Lo admiraba. Su expresión

valiente y su andar flexible le recordaban a Berenice. Ante él se sentía como un colegial. La benévola superioridad del gran jefe lo abrumaba.

No obstante su edad, Tiberio Alejandro lucía gallardo montado en su alazán árabe. Impasible, con su rostro de líneas alargadas, su fina nariz, contemplaba la ciudad extendida a sus pies y juzgaba descabellado que ese gentío que había peregrinado hasta allí se apiñara como los pescados en salmuera. Durante un largo período había sido gobernador de Jerusalén y sabía a qué atenerse. ¿Con qué se iban a alimentar esos centenares de miles de hombres? ¿Acaso los jefes, Simeón bar Giora y Juan de Giscala, pensaban librarse de él fácilmente? ¿Podrían rechazar con sus veinticuatro mil soldados a los cien mil que él conducía? Pensó en la artillería, en los arietes de la décima, sobre todo en el gran «Julio», la magnífica máquina moderna. El veterano soldado, cargado de experiencia, abarcó la ciudad con una mirada compasiva.

Tras los muros, esos incorregibles no habían cesado de luchar entre sí. Se odiaban mutuamente más de lo que detestaban a los romanos. Durante su absurda guerra civil habían incendiado sus abundantes reservas de trigo. Juan había llegado a instalar máquinas de guerra hasta en los mismos pórticos del Templo, para atacar a Simeón.

Sereno, seguro de sí mismo y un poco fatigado, el jefe del estado mayor recorría con la mirada la inmensa mole del Templo. Su padre había hecho colocar los ornamentos de las puertas interiores, esculpidos en oro, plata y bronce de Corinto, cuyo valor equivalía a la suma de los impuestos de toda una provincia. Sin embargo, su propio padre, Gran Maestro de los judíos de Alejandría, lo había animado cuando aún era un niño a abjurar del judaísmo. Le estaba agradecido por ello; privarse de la influencia de la lógica y racional civilización griega habría sido un crimen.

Con cierta ironía observó al secretario e intérprete del príncipe, que estaba contemplando la ciudad con visible inquietud. Este hombre pretendía asociar el judaísmo al helenismo. Imposible, querido amigo: no se pueden conciliar Jerusalén y Roma, a Isaías y Epicuro. Por favor: decidíos por una de las dos.

A su lado estaba el rey Agripa; en su rostro quizá demasiado blando se dibujaba su habitual sonrisa amable. Habría preferido ser un peregrino a encontrarse al mando de cinco mil soldados de caballería. Hacía cuatro años que no volvía a la ciudad, desde que ese pueblo insensato lo expulsara, después de pronunciar su gran discurso pacifista. Apasionado de la arquitectura, la ciudad encaramada en su colina, llena de luz y bullicio, le inspiraba amor y profunda piedad. Cuando a los dieciocho mil obreros que construyeron el Templo les faltó ocupación, él les hizo repavimentar a su costa todas las calles de Jerusalén. Los macabeos habían reclutado a una parte de esos trabajadores y se habían atrevido a nombrar Gran Sacerdote a uno de ellos, llamado Fancias, para escándalo de los aristócratas. ¡En qué estado habían dejado los edificios de Agripa, el palacio de Herodes y el mucho más antiguo de los Macabeos! Le costaba mucho esfuerzo dominar sus emociones y mantenerse indiferente ante este espectáculo.

Alrededor se afanaban los soldados. Contrastando con el silencio de los jefes, inmóviles en la altura, retumbaba el sonido de las palas y las hachas. Estaban instalando el campamento, y era preciso allanar el terreno para hacer más fácil el asentamiento. Rellenaban hoyos por un lado, allanaban montículos por el otro, abatían viñedos, olivares y árboles frutales en el vergel que rodeaba Jerusalén. Arrasaban las villas del Monte de los Olivos, los almacenes de los hermanos Hanán. *Solo adaequare* —nivelar el suelo—, ésa era la expresión que designaba esta etapa del trabajo, la primera y más sencilla de las reglas para comenzar el asedio, la más elemental de todas las que se enseñaban a los aprendices del arte militar. El rey judío, firme sobre el caballo, traslucía cierto cansancio que, sin embargo, no alteraba su calma. Había llegado a la edad de cuarenta y dos años y nunca antes había renegado del mundo, pese a su estupidez y su barbarie. Pero ese día el espectáculo le resultó demasiado penoso.

De todos ellos, sólo Josef no conseguía dominar sus sentimientos. Con el mismo procedimiento las legiones romanas habían formado un círculo asfixiante en Jotapata. Sabía por experiencia que pretender resistirse lindaba con la locura. Si racionalmente estaba con los romanos, sus sentimientos lo impulsaban hacia sus contrarios. No podía soportar el ruido de las hachas, palas y martillos destrozando la magnífica campiña que abrazaba la ciudad de Jerusalén.

Un ruido formidable se expandió desde el Templo. Los caballos se agitaron nerviosos.

—¿Qué es eso? —preguntó el príncipe.

—Es la *magrefá* —repuso Josef— la trompeta de cien notas. Su sonido se escucha hasta Jericó.

—Vuestro Yahvé posee una voz poderosa —comentó Tito. Por un instante se produjo un silencio prolongado y molesto, que el príncipe interrumpió:

—¿Qué pensáis de esto, señores? —Su voz sonó aguda, su tono fue más autoritario que interrogante—. ¿Cuánto tiempo será necesario para tomar la ciudad? Yo opino que, si todo va bien, nos llevará tres semanas, si va mal, dos meses. Me gustaría estar en Roma en la fiesta del caballo, en octubre.

Tres jefes militares se habían disputado hasta entonces el poder absoluto en Jerusalén. Simeón bar Giora gobernaba la Ciudad Alta, Juan de Giscala la Baja y el barrio del sur, fuera del distrito del Templo, y el doctor Eleazar ben Simeón el interior de este distrito, el propio edificio del Templo y la fortaleza Antonia.

Cuando la víspera de la Pascua los peregrinos afluyeron masivamente al Templo para inmolar su cordero a Yahvé, Eleazar no se atrevió a prohibirles la entrada a los patios interiores. Pero Juan de Giscala había mezclado entre los peregrinos a un buen número de soldados, y éstos, una vez llegados al recinto del Templo y ante el inmenso altar de los holocaustos, dejaron caer las vestiduras bajo las cuales ocultaban

sus armas y asesinaron a los oficiales de Eleazar, a quien, seguidamente, tomaron prisionero. Juan, que de esta forma llegó a dominar el distrito del Templo, propuso a Simeón bar Giora combatir juntos contra el enemigo que ya estaba a las puertas de la ciudad, y lo invitó a compartir el cordero pascual en el palacio de la princesa Grapte, donde él se había instalado.

A la puesta del sol, el pequeño y astuto Juan esperaba satisfecho a su antiguo enemigo y nuevo compañero de armas, en el pórtico del palacio de la princesa. Simeón caminó ante la guardia que le rindió honores y subió la escalinata. Iba armado, así como sus compañeros. Juan lamentó por un instante encontrarse sin armas, pero pronto se tranquilizó. Retrocedió respetuosamente tres pasos, como era de rigor, hizo una profunda reverencia, y dijo:

—Os agradezco, querido Simeón, que hayáis venido.

Pasaron al interior. El palacio, que en tiempos de la princesa transjordana había sido amueblado lujosamente, acababa de ser saqueado y presentaba el aspecto de un cuartel.

Simeón bar Giora recorría los aposentos vacíos en compañía de Juan, examinándolo todo con sus pequeños ojos castaños. Pensaba en el sufrimiento que le había causado Juan cuando secuestró a su esposa y, para lograr de él ciertas concesiones, la retuvo como rehén; ambos se habían atacado como animales feroces. Lo odiaba y, sin embargo, no podía ocultar la admiración que le producía la astucia de Juan. Quizá Yahvé no le perdonaría haber desenvainado las espadas ocultas bajo las ropas de peregrino ante su altar de piedras toscas que nunca debían ser mancilladas por el hierro, pero él admiraba el ingenio y la valentía del autor de semejante ardid. Seguía avanzando, con rencor y respeto por su huésped.

Hicieron asar el cordero directamente sobre el fuego, como está prescrito por la Ley: entero y con las patas hacia arriba. Dijeron las oraciones, las lecturas prescriptas sobre la fuga de Egipto. Comieron con apetito la carne y el pan ácimo, de acuerdo con los mandamientos, y hierbas amargas, según está ordenado, en memoria de la amarga esclavitud en Egipto. En realidad, las plagas con las cuales Yahvé hiriera a los egipcios parecían un poco risibles cuando se las comparaba con lo que ellos mismos habían sufrido y, por otra parte, el ejército romano era seguramente mucho más temible que el del Faraón. Pero eso ahora no tenía importancia. Ambos se encontraban bajo el mismo techo y, aunque a medias, se habían reconciliado. Por lo demás, el vino era excelente: vino de Eschkol que caldeaba sus corazones embrutecidos. Simeón bar Giora parecía taciturno pero los otros estaban alegres.

Después de la cena se instalaron más cerca uno del otro y bebieron juntos las cuatro últimas copas de vino prescritas; ordenaron a las mujeres y a los hombres de su séquito que se retirasen, y se quedaron solos.

—¿Querriais cederme, a mí y a mis tropas, una parte de vuestras máquinas de guerra?

Así, con esta pregunta, Simeón bar Giora inició la conversación. Aún estaba un

poco receloso y su tono ciertamente fue más imperativo que suplicante. Juan lo miró. Ambos estaban agotados, desalentados e irritados por tantas fatigas, sufrimientos y decepciones. Juan se preguntó cómo era posible que un hombre tan joven tuviera tan mal humor. Menos de tres años atrás, Simeón parecía irradiar un aura como la del mismo Templo.

—Vos podéis disponer de todas mis máquinas —contestó Juan con franqueza, incluso afectuosamente—. No es a Simeón bar Giora sino a los romanos a quienes quiero combatir.

—Os lo agradezco —repuso Simeón, y en sus pequeños ojos castaños asomó nuevamente el destello de la vehemente confianza de antaño—. Ésta es una buena víspera de Pascua, porque Yahvé os ha abierto el espíritu hacia mí. Defenderemos Jerusalén y aniquilaremos a los romanos.

Simeón parecía joven y esbelto comparado con Juan, que estaba bastante obeso. Éste jugueteaba con sus gruesos dedos de labriego en la gran copa de vino vacía —los preceptos prohibían beber más de cuatro veces su contenido.

—No salvaremos Jerusalén, hermano Simeón —dijo entonces—. Seremos aniquilados nosotros y no los romanos. Pero está muy bien que haya gente confiada como vos —y su mirada fue amistosa y cordial.

—Yo sé —repuso Simeón apasionadamente— que Yahvé nos dará la victoria y vos también lo sabéis.

Juan echó una mirada reflexiva a su brazalete, donde se leía la palabra «macabeo».

—No quiero discutir con vos, hermano Simeón, sobre cuál es el motivo de que en Jerusalén yo tenga menos esperanza de la que tenía en Galilea.

—No hablemos de la sangre y el fuego que nos separó. No ha sido vuestra la falta ni mía, sino de los doctores y de los aristócratas —dijo Simeón, con tono contenido.

—Es cierto —y tocándole con el codo familiarmente, exclamó—: Pero vos les habéis hecho pagar bien. Los señores doctores no han tenido otro remedio que brincar con sus largas vestiduras como muñecos de cuerda sirios. El viejo sacerdote Anán, que en el Gran Consejo se daba aires como si fuera la representación de la cólera de Yahvé, cayó muerto, desnudo y lleno de porquería, que no causaba ningún placer verlo. Ya nunca más podrá echaros de la Sala Cuadrangular.

—Doy fe de que vos —repuso Simeón con un esbozo de sonrisa que animó su rostro taciturno—, querido Juan, no habéis estado mucho más suave que yo. La forma como habéis liquidado a los últimos aristócratas, los hijos de los arciprestes, o como hicisteis designar por suertes al albañil Fancias como Sumo Sacerdote, o como obligasteis a esos imbéciles a realizar la ceremonia de su investidura, no son para citar como modelo de una vida piadosa y ejemplar.

—No digáis nada en contra del Sumo Sacerdote Fancias —agregó Juan, sonriendo satisfecho—. Reconozco, hermano Simeón, que es un poco pesado, pero es un buen hombre y, finalmente, es un obrero no un aristócrata. Es de los nuestros. Por otra

parte, fue el azar quien lo designó.

—¿Y vos no ayudasteis un poco a su suerte? —preguntó malicioso Simeón.

—Nosotros estamos en el mismo campo. Tu Gerasa y mi Giscala están bastante próximas. Vamos, hermano Simeón, paisano mío, abrázame.

Simeón vaciló un instante y abrió los brazos.

Después —era ya cerca de la medianoche— salieron a inspeccionar las murallas y puestos de guardia. Tropezaron varias veces con peregrinos dormidos, pues las casas eran insuficientes para albergarlos. Estaban en todos los pórticos, en todas las calles, a veces en tiendas improvisadas o, simplemente, envueltos en su manto. La noche era fresca. En el aire flotaba un olor pesado, producido por la aglomeración y la carne asada. Por todas partes se veían trazas de la guerra civil; el enemigo rodeaba las murallas, y las calles de Jerusalén no eran un lecho confortable, pero los peregrinos dormían bien. Era la noche de la protección y ellos tenían fe en que Yahvé echaría al mar a los romanos, a sus caballos y sus carros, como lo hiciera antiguamente con los egipcios. Simeón y Juan caminaban procurando no hacer ruido y daban a menudo un largo rodeo para no molestar a los durmientes.

Ambos sintieron curiosidad profesional por conocer las respectivas medidas defensivas. Comprobaron que en todas partes reinaba el orden y la disciplina; con regularidad reglamentaria se sucedían las voces de los centinelas.

Llegó el alba, y del otro lado de las murallas resonaron las señales romanas. De pronto, desde el Templo se expandió el estrépito formidable que producía la gran puerta del santuario al abrirse y se oyó la voz poderosa de la *magrefá*, anunciando el comienzo del servicio divino y cubriendo el estruendo de los enemigos.

Las legiones habían comenzado el trabajo de zapa. Los romanos fueron blanco de algunos proyectiles y, a su vez, respondieron con otros. Regularmente, en cuanto se oía el silbido de una pesada carga romana, los centinelas judíos advertían a sus compañeros, gritándoles en arameo: «¡Proyectil!», y éstos se retiraban, entre risas, a sus refugios. Desde la torre Pefino, Simeón y Juan observaban el comienzo del combate.

—Será una buena jornada, hermano Juan —dijo Simeón.

—La jornada será buena, hermano Simeón —replicó el otro.

Los proyectiles romanos continuaron llegando, primero muy visibles debido a su color blanco, y al grito de «¡Proyectil!», los soldados judíos se echaban a tierra, divertidos, pero después aparecieron balas romanas invisibles, camufladas con pintura, que produjeron muchas bajas entre los soldados judíos apostados en la muralla, y entonces ya nadie se atrevió a reír.

El día 11 de mayo el vidriero Alexas se dirigió desde la fábrica, que ahora había convertido en su domicilio, a la casa de su padre Nahúm, en la calle de los Perfumadores, en la Ciudad Nueva. Durante la noche anterior, a pesar de la

resistencia judía, los romanos habían instalado los arietes al pie de los muros y toda la Ciudad Nueva había empezado a sacudirse al ritmo de los golpes sordos de «Julio», la más poderosa máquina romana de guerra. Alexas abrigaba la esperanza de convencer a su padre de que debía refugiarse con su familia y sus bienes en la Ciudad Alta.

Nahúm ben Nahúm estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, rodeado de cojines, bajo el voluminoso racimo de cristal que había colocado en la puerta de su tienda. Ese día se habían acercado muchos peregrinos y habían estado regateando el precio de una preciosa pieza de cristal recubierto de oro, un Jerusalén dorado y un broche para el pelo. Indiferente a los compradores, el doctor Nittai, meciendo el cuerpo, salmodiaba con una especie de gruñido la eterna cantilena de los pasajes doctrinales. Nahúm ben Nahum ni apremiaba ni intervenía en las conversaciones de los clientes. Finalmente, éstos se fueron. Nahúm se volvió hacia su hijo y le dijo:

—Ya volverán. A más tardar dentro de una semana el recibo de compra sellado estará guardado en los archivos.

Parecía completamente normal; la barba cuadrada se veía perfectamente recortada y su rostro estaba tan lozano como siempre. De sus palabras emanaba una gran confianza, pero para Alexas fue evidente que esa fachada optimista escondía la angustia que su padre quería ocultarle. De todos modos, Alexas pensó que, pese a esta obstinada voluntad de demostrar tranquilidad, los golpes tan próximos de «Julio» persuadirían a su padre de que toda la Ciudad Nueva, su casa y su fábrica corrían peligro. Probablemente en pocas semanas o quizá en pocos días más los romanos estarían ocupando ese mismo lugar donde ahora ellos conversaban tranquilamente. Era preciso que su padre fuera consciente de la realidad y se refugiara en su casa. Le habría bastado caminar un corto trecho hacia la muralla para ver desde allí la intensa actividad de las máquinas romanas.

Pero Nahúm no quería perder el optimismo. ¿No sería un crimen ceder a las recomendaciones de su hijo y huir de la ciudad antes de la celebración de la Pascua? Las ventas iban mejor que nunca. ¿Acaso no era una bendición que los peregrinos, obligados a permanecer en la ciudad, dieran vueltas todo el día alrededor de las tiendas y de los bazares? Gracias a Dios no se había dejado convencer por Alexas.

Alexas lo dejó hablar sin interrumpirlo. Después, con calma y pertinacia, reanudó el ataque:

—Padre, hasta en la fortaleza Fasael reconocen en este momento su impotencia para defender la muralla exterior. En la calle de los Herreros y en la de los Roperos, muchas tiendas han sido cerradas y los dueños ya se instalaron en la Ciudad Alta. Sed razonable, dejad que se apague vuestro horno y venid conmigo.

El joven Efraím se acercó. Estaba enfurecido por las palabras de Alexas.

—Nos defenderemos muy bien en la Ciudad Nueva —dijo exaltadamente—. Deberían encerraros a vos en la fortaleza Fasael. Sois peor que el visionario amarillo.

El llamado «visionario amarillo» era un profeta que por entonces reprochaba a los

macabeos su política extremista, aconsejándoles negociar la paz y la rendición. En el rostro de Alexas apareció una sonrisa lúgubre y tan sólo respondió:

—Querría poseer la fuerza y la elocuencia de ese profeta.

Nahúm meneó la cabeza y acarició la abundante cabellera oscura de su hijo menor. Los impactos del gran «Julio» retumbaban con una regularidad verdaderamente aterradora, no lo podía negar. Había visto a muchos de sus vecinos abandonar la Ciudad Nueva para buscar refugio en la Ciudad Alta, que se consideraba menos vulnerable, y se asombraba de que los «Vengadores de Israel», amos indiscutibles de Jerusalén, lo toleraran, pues ellos se caracterizaban por su severidad (quizá excesiva, pensó el vidriero, pero se abstuvo de comentarlo en voz alta). Por otra parte, era imposible que lo ignoraran teniendo un oído tan fino. A menudo él mismo había visto cómo se llevaban a algunos vecinos muy respetables a la fortaleza Fasael o a las murallas, para ejecutarlos por haber sido sorprendidos haciendo comentarios inconvenientes.

Dirigiéndose al doctor Nittai le comentó:

—Mi hijo Alexas me aconseja que nos traslademos a su casa, en la Ciudad Alta, pero el pequeño Efraím asegura que ellos defenderán la Ciudad Nueva. ¿Qué debemos hacer, doctor y señor mío?

El enjuto doctor dirigió a Nahúm una mirada sobresaltada.

—El mundo entero es una trampa —contestó—, sólo el Templo es seguro.

Sin embargo, el soplador de vidrio Nahúm no pudo decidirse ese día. Pero a la mañana siguiente se vistió con la gastada ropa de trabajo que no usaba desde hacía mucho tiempo por haberse dedicado exclusivamente a tratar con los clientes. Sentado ante el horno y rodeado de sus hijos y obreros, de acuerdo con una antigua tradición que hacía mucho tiempo no practicaba, sujetó con la pala una masa translúcida de arena de Belo en fusión, alargó un extremo con una pinza y modeló con la mano una hermosa copa redonda. Inmediatamente dio orden de apagar el gran horno ovalado, que durante largos años había permanecido encendido, y mientras observaba extinguirse el fuego, pronunció la oración que corresponde a los que presencian una defunción: «Loado seáis, oh Yahvé, juez equitativo». Luego se encaminó a la Ciudad Alta, a la casa de Alexas, acompañado de su mujer, sus hijos, sus ayudantes, sus caballos, sus asnos y todos los enseres transportables.

—Quien se expone a un peligro —dijo—, sucumbe. A quien espera demasiado tiempo, Yahvé le retira su protección. Si deseáis acogernos, habitaremos en vuestra casa hasta que los romanos hayan partido.

De los ojos del vidriero Alexas desapareció la preocupación; por primera vez después de muchos años volvía a notársele un extraordinario parecido con su padre. Retrocedió respetuosamente tres pasos, se llevó la mano a la frente y dijo, después de hacer una profunda reverencia:

—Las decisiones de mi progenitor son las mías. Mi humilde casa se alegra cuando mi padre entra en ella.

Tres días después, los romanos se apoderaron de las murallas exteriores. Saquearon la Ciudad Nueva, devastaron las tiendas y talleres de los sastres, herreros, alfareros y la vidriería de Nahúm. Arrasaron todo el barrio, y colocaron al pie de la segunda muralla sus trincheras y máquinas.

El vidriero Nahúm acarició su espesa barba negra, sembrada ya de pelos grises, meneó la cabeza, y dijo:

—Cuando los romanos hayan partido, construiremos un horno más grande.

Pero cuando se quedaba solo, entrecerraba sus hermosos ojos y la inquietud se apoderaba de él. Entonces el parecido con su hijo Alexas se acentuaba.

«¡Ah!» se lamentaba el vidriero. «¡Nahúm, el mejor vidriero de Jerusalén desde hace cien años! Has vivido de acuerdo con la Ley: los doctores te han permitido recortar la hermosa barba que Yahvé te ha dado para que la masa hirviente del vidrio no la chamuscara. El doctor Nittai ha vivido a tus expensas en tu fábrica, y ahora, ¿dónde ha venido a parar Nahúm ben Nahúm? Quizá los macabeos sean muy valientes y temerosos de Dios pero Yahvé no puede bendecir una empresa a causa de la cual el vidriero Nahúm se arruina. Habría que pactar con el enemigo. Mi hijo Alexas lo ha dicho siempre. Se debería pactar la paz. Pero, desgraciadamente, esto no se puede decir en voz alta porque pueden llevarlo a uno a la fortaleza Fasael».

En esa época el precio de los alimentos aumentó considerablemente en Jerusalén. Alexas compraba cuantos víveres podía conseguir; su padre meneaba la cabeza, y su hermano Efraím le reprochaba violentamente su escasa confianza. Pero Alexas continuaba abasteciéndose y escondiendo algunas provisiones bajo tierra.

El 30 de mayo los romanos tomaron por asalto la segunda muralla. Esta victoria les costó grandes pérdidas en hombres y pertrechos, pues Simeón bar Giora defendió los muros con tenacidad y también con eficacia. Durante una semana los sitiadores debieron permanecer día y noche sobre las armas.

Tito concedió un descanso a sus tropas extenuadas. Finalmente, hizo distribuir la soldada y durante la inspección a las tropas ordenó que se entregaran los galardones a los soldados y oficiales que los habían merecido. El acto se efectuó con gran solemnidad.

Desde su partida de Cesarea había evitado cuidadosamente el encuentro con Berenice. Ni siquiera tenía en su tienda el hermoso retrato de la princesa pintado por Fábulo porque temía que su presencia, aun en imagen, lo distrajese del cumplimiento de sus deberes. Pero aquel día sintió deseos de concederse una tregua y envió a un mensajero con el único cometido de rogar a Berenice que fuera a visitarlo.

Mientras cabalgaba hacia el lugar de la cita tuvo la impresión de estar cometiendo un error. Había comprobado que cuando ella se encontraba lejos las ideas le surgían claras y ordenadas como corresponde a un buen soldado; en cambio, junto a Berenice su mente parecía confusa; su rostro, su perfume, su andar cadencioso, la leve

ronquera de su voz le hacían perder seguridad.

En la mañana del 3 de junio, Tito pasó revista a las tropas en compañía de la princesa. Hicieron el trayecto lejos del alcance de los proyectiles de los asediados, pero manteniéndose perfectamente visibles para éstos. Las legiones desfilaron en grupos de seis con el armamento completo y la espada desenvainada. Los caballeros conducían por la brida las parejas de caballos y las insignias resplandecían al sol. Desde lejos, el conjunto parecía revestido de oro y plata. En las murallas, los judíos contemplaban el espectáculo. La muchedumbre se agolpaba en todo el sector norte sobre los techos de las galerías de columnas, y hasta en la parte superior del Templo, para asistir a la exhibición de poderío, fuerza y fastuosidad de su enemigo, a la luz del sol radiante.

Después del desfile, Tito distribuyó las recompensas. Los romanos eran muy parcos respecto a otorgar banderillas, lanzas o cadenas de oro o de plata: de los cien mil hombres que componían el ejército sólo había un centenar de condecorados. Entre ellos destacaba un oficial subalterno, el centurión Pedán, del primer manípulo de la primera cohorte de la quinta legión. Contaba exactamente cincuenta años y era bastante grueso; se rasuraba la barba cuidadosamente, era rubicundo y en su cabellera rubia ya asomaban algunos cabellos grises. Tenía un ojo de vidrio y su verdadero ojo, de color azul, resultaba un poco inquietante, brillando por encima de su nariz ancha e insolente. A Pedán ya se le había distinguido con la más alta condecoración que podía ostentar un soldado: la corona gramínea, cuya atribución se reservaba no para los generales sino exclusivamente para la tropa, y sólo a aquellos que por su prudencia y valentía hubieran salvado a sus compañeros de un grave peligro.

La corona había sido tejida con hojas de una hierba que crecía en un valle de Armenia, donde, a las órdenes del general Corbulón, Pedán había impedido, gracias a su astucia y sangre fría, que el cuerpo de su ejército cayese en la maniobra envolvente de los partos, cuya fuerza era superior. Este oficial era el favorito de las tropas, por su temeridad y audacia imprevisibles y su lenguaje popular y malicioso.

La cadena de honor que le entregaba Tito ese día no constituía gran cosa para él. El primer centurión de la legión quinta pronunció negligentemente la fórmula de agradecimiento prescrita y, enseguida, con una voz estridente que fue oída a bastante distancia, dijo:

—Quiero haceros una pregunta, mi general: ¿vos también tenéis pulgas? Si no terminamos pronto lo que tenemos que hacer aquí, con seguridad las cogeréis. Hacedle un favor al centurión Pedán: os devuelvo esta cadena si me permitís ser el primero que arroje una antorcha encendida en ese agujero maldito donde los cerdos judíos esconden a su Dios.

El príncipe fue consciente de la ansiedad con que Berenice esperó su respuesta y, bastante molesto, repuso:

—Lo que haremos del Templo depende de mi padre, el emperador. En todo caso, nadie se sentirá más feliz que yo por otorgaros una segunda condecoración. —Tito se

sintió abrumado por no haber podido encontrar una respuesta menos lamentable.

Josef también recibió una pequeña medalla que colocó en su coraza.

—Recibid, Flavio Josefo, el agradecimiento del general y del ejército —fueron las palabras de Tito al entregársela.

Josef observó la placa de plata con sentimientos contradictorios. En ella se había grabado la imagen de la Medusa, y aunque de sobra sabía que Tito deseaba halagarlo, incluyéndolo entre los más destacados, le causaba dolor comprobar cuán poco esfuerzo hacía el príncipe para comprenderlo. Una cabeza de Medusa era doblemente ofensiva para él, por ser una representación prohibida de la imagen humana y un símbolo de idolatría. No era posible el entendimiento entre judíos y romanos. No dudaba de la sincera amistad del príncipe, pero le sorprendía su incapacidad para percibir que esa medalla era para él más una afrenta que un honor. Aunque triste e incómodo, supo dominar sus sentimientos.

—Soy yo —repuso respetuosamente, de acuerdo con la fórmula— quien debe agradecer al general y al ejército. Me esforzaré por ser digno de esta distinción.

Y tomó la medalla. Berenice permanecía altiva y aparentemente impasible. Los judíos apiñados en las murallas y sobre los techos contemplaban la escena. La luz del sol era deslumbrante.

Mientras tanto, la irritación del príncipe contra sí mismo crecía por momentos. ¿Por qué se le había ocurrido organizar esa parada? Berenice conocía tan bien como él el comportamiento del ejército romano. Presentárselo con tanto aparato no había demostrado otra cosa que su falta de tacto, nada más que un signo de barbarie. ¡Si al menos esa muchedumbre de judíos silenciosos hubiesen gritado o insultado! Su mutismo había sido la manifestación de su profundo desprecio. Ni siquiera Berenice había dicho una sola palabra durante el acto. El silencio de los judíos le causaba honda preocupación.

A pesar de su insatisfacción y desconcierto, se le ocurrió reemprender las negociaciones de paz. Así, como preámbulo de un intento de acuerdo, el desfile de las tropas estaría perfectamente justificado. El jefe de un ejército de la categoría del suyo podía permitirse invitar al enemigo a entablar negociaciones, sin que la iniciativa debiera interpretarse como una muestra de debilidad. Sin embargo, no era nada sencillo llevar a la práctica tal decisión: su padre seguía calificando eufemísticamente de «policial» la expedición militar, mientras Tito opinaba exactamente lo contrario. Tanto él como su ejército esperaban que la conclusión de sus penurias fuese recompensada con el triunfo en Roma —un espectáculo magnífico, glorioso—, que no tendría justificación si la operación terminaba en una paz concertada. En ese caso, el triunfo se les escaparía de las manos. Sin embargo, consideró que debía respetar las directivas de Roma, cuyas miras eran de largo alcance, y proponer la reconciliación.

Se sintió más seguro. La revista de las tropas y la presencia de Berenice le parecieron entonces lógicas. En su semblante y en su voz se manifestaron la jovialidad y la confianza de tiempos pasados. Estaba satisfecho de su ejército y la

presencia de la princesa lo hacía feliz.

Las conversaciones entre romanos y judíos transcurrieron en las proximidades de la torre Psefino, fácil blanco para los proyectiles de los asediados.

Los romanos, atrincherados en su campamento, y los judíos encaramados en sus murallas, fueron espectadores del encuentro de los representantes. En nombre de los sitiadores habló Josef; en nombre de los defensores, el doctor y maestro Amrám, su antiguo amigo de infancia. En ningún momento los judíos olvidaron que debían alejarse de Josef el espacio prescrito de siete pasos. Estuvieron impasibles mientras duró la conversación; no dirigieron ni una sola vez la palabra a Josef como si para ellos sólo existiesen los dos romanos que lo acompañaron.

El grupo se situó sobre un terreno llano inundado de sol. Josef no estaba armado; se había preparado fervorosamente para persuadir a sus compatriotas, a los mismos que continuamente le recordaban su odio de mil maneras. En el campamento le habían mostrado unas balas de plomo y otros proyectiles arrojados desde las murallas que tenían grabada en arameo la frase: «Hiere a Josef». Se había enterado de que su padre y su hermano padecían un trato cruel en la fortaleza Fasael, pero nada lo arredró: había desterrado la amargura de su corazón, había orado y ayunado para que Yahvé diera fuerza a sus palabras.

No podía dominar su impaciencia y se movía de un lado al otro. Cuando llegó el momento de hablar, se puso de pie de un salto. Su silueta espigada destacaba a la luz del sol y sus ojos brillaban enfebrecidos por el ayuno y su ansia desesperada de convencer. Pero frente a él sólo vio el rostro hermético y hosco del doctor Amrám. Desde la caída de Jotapata sólo sabía de éste que había exigido el anatema contra él. Nada bueno auguraba, por tanto, que hubiese sido elegido quien tanto afecto le profesó cuando fueron compañeros como odio violento le demostró más tarde.

Las propuestas de Josef fueron, como siempre, moderadas. No tomarlas en cuenta, según él, demostraba insensatez. Dirigiéndose a los representantes judíos les imploró que concertaran la paz. Los romanos —aseguró—, se comprometían a restablecer la situación anterior a la sublevación y garantizarían la vida de todos los que no se habían levantado en armas en la ciudad sitiada, así como a respetar la autonomía del Templo. Sólo exigían que la guarnición de la ciudad depusiera las armas. Al dirigirse al doctor Amrám sus palabras fluyeron con la salmodia y las fórmulas de las antiguas disquisiciones teológico-jurídicas, tan familiares para ambos.

—¿Qué podéis perder si entregáis la ciudad? ¿Qué vais a ganar si no lo hacéis? Entregadla y la población civil, el Templo y el culto de Yahvé estarán a salvo. Si, por el contrario, la ciudad es tomada por la fuerza, todo se habrá perdido, ejército, población y Templo. «El ejército no es ni más ni menos culpable que nosotros pues ha ejecutado nuestra voluntad», diréis, y es posible que llevéis la razón en eso. Pero ¿acaso no enviáis el chivo expiatorio al desierto, cargándolo con todos vuestros

pecados? Enviad el ejército a los romanos y lograréis que sólo unos pocos expíen lo que, de no ser así, tendréis que expiar todos. —Con súplicas, apasionadamente, daba pasos acercándose al doctor Amrám, pero éste inmediatamente retrocedía para recuperar la distancia de siete pasos.

Cuando Josef concluyó, Amrám expuso fríamente sus propias condiciones. Habría preferido expresarse en arameo, pero como no quería dirigirse particularmente a Josef, habló en latín. Sus exigencias consistieron que se permitiera a la guarnición retirarse libremente, rindiendo honores a sus jefes Simeón bar Giora y Juan de Giscala, y que se dieran garantías de que el ejército romano no sería nuevamente enviado contra Jerusalén. Estas condiciones, extremadamente difíciles de satisfacer por los romanos, habían sido propuestas con la intención de llevar al fracaso cualquier negociación.

A medida que avanzaba su discurso, y a pesar de la apariencia coherente y precisa de sus propuestas, fueron perceptibles en el rostro hosco de Amrám los signos de una arrogante extravagancia. Josef escuchaba, en cuclillas, abatido por la tristeza que le producía su propia impotencia. Desde las altas murallas muchos hombres observaban la escena, paso a paso. Uno de ellos, ofuscado, fanático, con la mirada extraviada, pegado al muro como si formara parte de él, comenzó a insultar a Josef. Hablarle razonablemente habría sido tan inútil como hablar con el muro. La cara de ese joven le pareció conocida, bien podía ser alguno de aquellos que en Judea, mirándolo devotamente, lo habían aclamado al grito de «¡Marín, Marín!».

El legado Paulino dijo algunas palabras amistosas y sensatas:

—Señores, no nos separemos de este modo —les pidió—. Presentadnos alguna otra propuesta más factible.

El doctor Amrám se acercó a sus dos compañeros y comentó algo con ellos, en voz muy baja. En seguida, en su trabajoso latín, en tono muy enérgico aunque cortés, declaró:

—Está bien, haremos otra propuesta. Entregadnos a las personas que nosotros consideramos culpables, y aceptaremos vuestras condiciones.

—¿Quiénes son? —preguntó Paulino con desconfianza.

—Son Agripa, ex rey de los judíos; Berenice, ex princesa de Judea, y Flavio Josefo, ex sacerdote de primera categoría.

—Imposible —respondió el legado.

Los romanos hicieron ademán de retirarse. En ese momento, de las murallas partió el grito de «¡Hiere a Josef!» y, simultáneamente, una flecha se abatió sobre éste, que sólo pudo alcanzar a ver cómo apartaban a su atacante del sitio que había estado ocupando en la muralla. Había sido el gran fanático de expresión obtusa. Después Josef cayó desplomado, la flecha penetró en el antebrazo derecho, pero fue la conmoción, mucho más que el efecto de la herida, lo que derribó a Josef.

El príncipe Tito sintió gran contrariedad por el fracaso de las negociaciones. Sólo por consideración a Berenice había intentado algo tan absurdo; evidentemente ella oscurecía su mente, le impedía seguir rectamente su camino. Tenía que terminar con esa mujer.

¿Cuáles habían sido las condiciones de Berenice?: «Si el bosque de Tecoa está en pie el día en que los romanos entren en Jerusalén, Tito podrá encargarse de la construcción del lecho nupcial con la madera de sus pinos». Las condiciones estaban cumplidas. No le cabía la menor duda de que tomaría Jerusalén. Había dado al centurión Valens, al mando en Tecoa, la orden de abatir tres árboles: el lecho estaría listo esa misma noche, por tanto ordenó que, una vez terminado, fuera transportado a su tienda. Cenaría a solas con Berenice; no estaba dispuesto a aguardar más. Pero el lecho no se pudo construir porque ya no quedaban pinos en el bosquecillo de Tecoa. Tito, enfurecido, arrojaba espuma por la boca. Si él había dado instrucciones precisas de que el bosquecillo permaneciera intacto y el centurión Valens las conocía, ¿por qué habían sido arrancados los árboles? El centurión Valens respondió que el general Tiberio Alejandro había dado la contraorden, pues hacía falta madera para construir trincheras y empalizadas. Y aunque Valens, vacilante, había solicitado ratificación, tuvo que acatar la orden firmada por el general, que lo obligaba a abatir el bosquecillo, debido a lo cual se habían incumplido las recomendaciones de Tito. Éste estaba tan espantosamente alterado que sus rasgos firmes de soldado parecían los de una criatura desesperada y rabiosa. Convocó a Tiberio Alejandro, gruñó, rugió, se exaltó, mientras el jefe del estado mayor mantenía una calma imperturbable. Y aún más, afablemente, justificó la medida que se había visto obligado a tomar, recordando al príncipe que estaba vigente una disposición firmada por todas las autoridades competentes, incluido el mismo Tito, que prohibía y castigaba severamente el despilfarro de madera considerada útil para la guerra, cuyas necesidades eran en todo momento prioritarias respecto a las de los particulares. Tiberio afirmó haber sido fiel a esos principios en todas las ocasiones en que le tocó estar al frente de campañas militares, sin permitirse nunca una sola excepción. El príncipe no pudo replicar: el general había actuado juiciosamente. Sólo su conducta era reprobable y esto le causaba un gran disgusto. Un dolor atroz comenzó a atenazarle la cabeza, desde las sienes a la nuca y todo giró a su alrededor. Amaba a Berenice, pero quería alejarse de ella y estaba decidido a hacerlo.

Mientras tanto, la bella Berenice paseaba por las calles del campamento, aparentemente serena pero ocultando una honda preocupación. En Cesarea, lejos de Tito, aunque le pesara reconocerlo, lo había echado mucho de menos. El general ya no era el joven de expresión infantil que había visto la primera vez sino un hombre, un jefe, enajenado por el cumplimiento de su deber. Hasta entonces ella se había esforzado en convencerse de que su resistencia a los requerimientos de Tito se debía a

su amor por Jerusalén, pero íntimamente sabía que se engañaba. Cuando recibió la invitación para reunirse con él se sintió feliz, pero su alegría se desvaneció y su espíritu se ensombreció al comprobar que el magnífico paisaje de los alrededores de Jerusalén —de su Jerusalén— había desaparecido. Era como si una plaga hubiera arrasado y aplastado con furia los huertos, olivares, viñedos, villas y tiendas del Monte de los Olivos. Después, en la tribuna, acompañando al supremo comandante de los romanos en la revista de las tropas, se había estremecido bajo las miradas acusadoras de los judíos encaramados a las murallas y los tejados del Templo de Jerusalén.

Aunque en otras circunstancias había vivido momentos difíciles, y estaba acostumbrada a la atmósfera de los campamentos de soldados y, por otra parte, no se consideraba demasiado sentimental, asistir a ese espectáculo frente a Jerusalén era mucho más amargo de lo que había imaginado. El contraste entre el bien provisto y organizado campamento y la miseria de la ciudad sofocada por la muchedumbre apretujada, la actividad militar del príncipe, la formal cortesía de Tiberio Alejandro y la desolación del paisaje arrasado y sucio, la atormentaron más de lo que podía soportar y ella también deseó apartarse de todo aquello. En muchas ocasiones había estado a punto de preguntar a Tito si el bosquecillo de Tecoa aún estaba en pie. Si no lo hizo fue porque no estaba segura de desear que la respuesta fuera afirmativa o negativa.

Cuando por la noche acudió a la cita, estaba fatigada y nerviosa. Tito se mostró hosco y excitado. Sentía una sorda irritación. Berenice no tuvo fuerzas ni voluntad de defenderse, la embargaba la preocupación y un sentimiento de desdicha. El príncipe la trató con brusquedad; sus ojos, sus modales, toda su persona trasuntaban rudeza y poca benevolencia.

Tito la tomó y Berenice quedó exhausta, abatida. Sus ropas estaban desgarradas, sentía la boca reseca y sus ojos habían perdido la luz. Estaba triste y parecía envejecida. Él la contemplaba, tendida a su lado. Había un extraño rictus en su boca y su aspecto era el de un niño perverso e indefenso. Había ganado pero ¿acaso esto merecía la pena? No, no había ganado ni en placer ni en voluptuosidad. Lamentaba y se arrepentía de su conducta. Odió a Berenice.

—Si creéis que el bosque de Tecoa existe todavía o que este lecho está hecho con la madera de sus pinos, os equivocáis. Tenemos necesidad absoluta de madera y ha sido vuestro propio primo quien dio la orden de abatir los árboles —le dijo rencorosamente.

Berenice se incorporó con lentitud. No lo miró ni le dijo una palabra de reproche. Comprendía que él era un hombre, un soldado, un buen muchacho en el fondo. La guerra, el ambiente del campamento, que embrutece y deprava y hace bárbaros a los hombres, eran los culpables. Se habían cometido toda clase de crueldades dentro y fuera de las murallas; la humanidad, el país, Yahvé y el Templo habían sido vejados. Aquello era una cacería de bestias feroces y, como sucedía en el circo o en los

Grandes Juegos, ya no se distinguía el hombre del animal. Tito la había poseído contra su voluntad, la había engañado y hasta despreciado, y sin embargo sabía que la amaba. Así eran el campamento y la guerra: esa asquerosa y maloliente cloaca humana. Pensó que lo tenía merecido por haber cometido la torpeza de estar ahí.

Ya de pie, triste y sin fuerzas, sacudió su manto como si quisiera quitarle la suciedad del campamento, y se cubrió con él. Sin despedirse salió de la tienda. No obstante su laxitud y humillación, caminaba con la elegancia que la había hecho famosa. Tito la siguió con la mirada, maltrecho, vacío. Se había propuesto alejarse de esa mujer porque quería evitar que interfiriese en el buen desenlace de la expedición; había deseado poseerla para que el deseo no lo importunara más; quería tomar Jerusalén y decidir, después de poner el pie en la ciudad vencida, si deseaba volver a verla. El plan era excelente pero su fracaso lamentable: tuvo que reconocer que no se puede obtener nada de una mujer por medio de la violencia. A pesar de su frustración, deseaba a Berenice con todo su ser. De nada le había servido tomarla. Otra mujer le habría dado lo mismo porque Berenice seguía siendo una extraña para él. Trató de recordar detalles, pero renunció: no la conocía, no conocía su olor, ni sus arrebatos, ni sus abandonos, ni su ardor voluptuoso ni su laxitud. Como si estuviera encerrada bajo siete llaves y envuelta en siete velos. Juzgó diabólica la sutileza de los judíos para designar el acto de amor, pues poseen una expresión profunda e irónica: no dicen «dormir con», «confundirse en una sola carne» o «penetrar uno en el otro», sino «conocer a una mujer». No. Él no había conocido a esa maldita Berenice, ni la conocería jamás a menos que ella se le entregara voluntariamente.

Entretanto, Berenice iba como una exhalación por las calles del campamento; había extraviado el camino y corría de un lado al otro buscando su tienda. Cuando al fin la encontró, presa de la mayor agitación dio unas órdenes y huyó a Cesarea. Pero no era éste su destino porque inmediatamente partió de Cesarea a Transjordania, en busca de su hermano.

El 18 de junio, después del fracaso de los ataques al tercer baluarte, Tito convocó un consejo de guerra. Extraordinarios esfuerzos había costado llevar las trincheras a una posición próxima a la muralla y el fuerte Antonia, para instalar allí las torres de asalto, las catapultas y los arietes, pero los judíos excavaron galerías subterráneas que les permitieron acercarse a las obras de ingeniería romanas. Incendiaron con pez y betún los postes de sujeción y dejaron hundirse las galerías arrastrando consigo las plataformas y máquinas enemigas. Las construcciones que se habían realizado en medio de tantos riesgos y fatigas quedaron completamente aniquiladas.

La atmósfera del consejo de guerra estaba cargada de cólera y crispación; los más jóvenes exigían un ataque general sin reparar en los medios: vía escarpada pero directa por la que se llegaría al triunfo, que ya veían flotar en el aire, al alcance de la mano. Los oficiales más veteranos, en cambio, pensaban que tomar por asalto, sin

torres acorazadas ni arietes, una fortaleza provista de toda clase de recursos y defendida por 25.000 hombres desesperados no era un juego, y aun cuando la suerte los favoreciese, sufrirían tremendas pérdidas. Su propuesta consistía en que, por más desagradable que fuese, había que reconstruir las trincheras y plataformas.

Siguió un silencio embarazoso. El príncipe había escuchado, preocupado y atento, sin intervenir en el debate. Por último, pidió que el jefe del estado mayor expusiera su opinión.

—Si el plazo para el asalto general debe ser prolongado para nosotros —comenzó Tiberio Alejandro— ¿por qué no hacer que también sea prolongado para nuestros adversarios?

Ansiosamente, sin comprender todavía, todos lo miraron expectantes.

—Poseemos —continuó en voz baja— informaciones seguras, cuya veracidad podemos comprobar nosotros mismos, respecto a que el hambre de los sitiados aumenta. El hambre es nuestra mejor aliada. Propongo, príncipe y señores, que nos apoyemos en ella. Opino que el bloqueo debe hacerse más severo, de modo que ni un ratón pueda entrar o salir de la ciudad. Éste es el primer punto, y ahora pasemos al segundo. Hemos informado hasta hoy, con satisfacción, del número de rebeldes que, a pesar de las amenazas de los sitiados, se pasan a nuestras filas, y los hemos tratado muy bien, lo que a mi modo de ver habla más en favor de nuestros sentimientos que de nuestro juicio. No entiendo por qué hemos de aliviar a las autoridades de Jerusalén de la preocupación de alimentar a una parte tan importante de la población. ¿Puede exigírsenos que sepamos discernir si los que se pasan a nuestro lado son verdaderamente civiles o han empuñado las armas? Propongo pues, príncipe y señores, que en el futuro los tratemos, sin excepción, como a prisioneros de guerra, y empleemos, para crucificarlos, todos los árboles que nos sobren. Esto, así lo espero, obligará a no moverse de su sitio a los que permanecen en el interior de los muros. Buena parte de la población se sienta ya a mesas vacías; confío en que todos ellos y también sus tropas se verán pronto en la misma situación. —Hablaba suavemente, con tono cordial—. Cuanto más duros nos mostremos en las próximas semanas, más humanos podremos ser después. Sugiero, pues, príncipe y señores, que demos la consigna al centurión Luciano, jefe del prebostazgo, para que proceda sin contemplaciones a crucificar a los rebeldes.

El jefe del estado mayor expuso su opinión con absoluta tranquilidad, en tono íntimo de camarada, y fue escuchado en un silencio absoluto. El príncipe, que también era un soldado, no se asombró de que el judío propusiera con tanta ligereza medidas tan rigurosas contra sus propios compatriotas. Ningún miembro del consejo tuvo nada que objetar. Decidieron levantar una muralla de asedio y, en adelante, crucificar a los desertores.

Desde la fortaleza Fasael, los jefes judíos Simeón bar Giora y Juan de Giscala

observaban la construcción de la muralla. Juan estimaba su longitud en siete kilómetros, y gracias a su experiencia, señalaba a Simeón sin vacilar trece lugares en los cuales los romanos colocarían otras tantas torres.

—Es un recurso bastante miserable, ¿no os parece, hermano Simeón? —preguntó con gesto siniestro—. Yo habría esperado algo así del viejo zorro, pero el joven, que hace gala de valor y virtud militar, debería recurrir a procedimientos más nobles.

La muralla de asedio fue concluida y las rutas y cimas de los alrededores de Jerusalén se erizaron de cruces. El preboste dio muestras de ingeniosa y refinada crueldad en la variedad de posturas que impuso a las víctimas: algunos cabeza abajo, otros atados transversalmente a la cruz, para que se les dislocaran los miembros. En un primer momento, la medida desalentó a los desertores cuyo número disminuyó, y en cambio aumentaron el hambre y el terror en la ciudad. Muchos se convencieron de que todo estaba perdido. Pero pronto los sitiados se preguntaron qué sería peor, si permanecer en Jerusalén asistiendo continuamente a los crímenes de los macabeos contra Dios y contra los hombres, para morir de todas maneras por el hambre, o pasarse del lado de los romanos, donde les esperaba la crucifixión. Fuera o dentro de la muralla todo estaba perdido. Cuando la piedra cae sobre el cántaro, desgracia para el cántaro; cuando el cántaro cae sobre la piedra, desgracia también para el cántaro. Siempre es el cántaro el que sufre. Fueron más los que prefirieron el final en la cruz a la muerte en la ciudad. No pasó un día sin que fuesen ejecutados centenares de trásfugas. Pronto no hubo ya lugar para las cruces, ni cruces para los cuerpos.

El vidriero Nahúm ben Nahúm pasaba las horas tumbado en el tejado de la casa, en la calle de los Perfumadores. Allí se acomodaban también la mujer de Alexas y sus dos hijos, pues al aire libre el hambre se sentía menos. Si la ropa o el cinturón se ceñían con fuerza al cuerpo se conseguía algún alivio, pero éste era demasiado breve.

Nahúm había perdido bastante de su buen aspecto, y le habían aparecido muchos cabellos grises. A menudo le fastidiaba el silencio de la casa pues a su desdichada familia le faltaban las fuerzas para hablar. Entonces salía fuera de la casa y se encaminaba por el puente estrecho que conducía a la Ciudad Alta, hacia el Templo, a visitar al doctor Nittai, pariente suyo. El azar había favorecido a la octava clase de sacerdotes, la de Abiya, y por ese motivo el doctor Nittai estaba alojado en el Santuario. Sus ojos hoscos estaban resecos, y el canturreo ritual salía con mucha dificultad de sus labios exangües. Era milagroso que ese anciano demacrado aún pudiese mantenerse en pie, pero lo lograba; parecía menos parco de lo que fuera en otros tiempos y ya no le atemorizaba que se descubriera su acento babilonio. En el fondo se sentía feliz.

—El mundo entero es una trampa —decía—; sólo en el Templo hay seguridad.

El corazón de Nahúm se tranquilizaba al comprobar que, a pesar de la miseria general, el servicio del santuario se mantenía sin alteraciones y que se seguían

celebrando las ceremonias minuciosas y magníficas, además de los correspondientes sacrificios matutinos y vespertinos. Aunque toda la ciudad sucumbiera por el hambre, la mesa de Yahvé siempre estaría servida espléndidamente, como desde hacía siglos.

Al salir del Templo, el vidriero Nahúm solía dirigirse a la Bolsa, la Kipá. Varios ciudadanos se reunían allí por hábito, a pesar del hambre que padecían. Ya no se traficaban las mercancías que antes llegaban a Jerusalén en caravanas colmadas de perfumes, ni los cargamentos de madera que venían por mar, sino sólo mínimas cantidades de alimento: una o dos libras de harina fermentada, un puñado de langostas resecas, un barril de salsa de pescado. A comienzos de junio se podía conseguir pan canjeándolo por su peso en vidrio; en pocos días más, hubo de ser en cobre y más tarde, en plata. El 23 de junio el precio de una fanega de trigo —o sea 8,75 litros— era de 40 minas y un poco antes del 1 de julio, de un talento.

Desde el comienzo del sitio los jefes militares judíos habían requisado todos los víveres para el ejército; por esa razón el mercado clandestino de la Bolsa debía preservarse costara lo que costase. Frecuentemente los soldados entraban en las casas y revisaban hasta el último rincón; armados de sables y puñales obligaban a sacar de los escondites hasta el último trozo de alimento, festejando el hallazgo con burlas y bromas groseras. Nahúm bendecía a su hijo Alexas. ¿Qué habría sido de ellos sin él? Alexas alimentaba a toda la familia de la calle de los Perfumadores y reservaba para su padre la porción más abundante. Nahúm ignoraba el sitio donde su hijo escondía las provisiones, pero no deseaba averiguarlo. Un día Alexas regresó a la casa gravemente herido: había sido sorprendido por una supuesta patrulla de soldados, en el momento en que retiraba alimentos de uno de sus escondites.

Transido de dolor y ansiedad, el vidriero permaneció a la cabecera de su primogénito, que yacía lívido, débil e inconsciente en el lecho. ¡Ay!, ¿por qué no había hecho caso antes de sus palabras? Alexas era el más inteligente de los hombres, pero su padre se le había puesto en contra, únicamente por el temor a los agentes provocadores que las autoridades hacían circular por la ciudad. Pero ya no callaría más. Cuando Alexas mejorara, irían juntos a consultar al visionario amarillo. A pesar del terror, constantemente aparecían nuevos profetas, como si brotasen de la compleja trama de pasadizos y cuevas subterráneas, donde inmediatamente se sumergían antes de que los macabeos pudiesen apresarlos, por predicar la paz y exhortar a la rendición. Nahúm estaba convencido de que Alexas tenía relaciones con el jefe de esos profetas, precisamente con aquel sombrío y misterioso personaje a quien todos en la ciudad llamaban escuetamente «visionario amarillo».

Nahúm sentía gran indignación al pensar en los macabeos y gracias a la excitación conseguía olvidar el hambre. Dirigía su cólera, sobre todo, contra su hijo Efraím. Reconocía que el joven les había cedido una parte de su abundante ración de soldado, tanto a él como a sus hermanos, pero sospechaba que había denunciado a Alexas a los soldados que le robaron las provisiones. La desconfianza, la debilidad y la angustia llevaban a Nahúm al borde de la locura.

Alexas se recuperó pero el hambre se hizo cada vez más cruel. Los escasísimos alimentos eran tremendamente monótonos y además el calor de ese verano se estaba haciendo insoportable. Murió el hijo menor de Alexas, que tenía dos años y pocos días después sufrió la misma suerte el hijo mayor, de cuatro años. Al pequeño se lo pudo enterrar, pero cuando sucumbió el hermano, ya eran demasiados los cadáveres y a los sepultureros, tremendamente debilitados, les faltaban las fuerzas para cavar las fosas. Hubo que resignarse a arrojar a los muertos a los precipicios que rodeaban Jerusalén. Nahúm, su hijo y su nuera condujeron al pequeño cadáver a la puerta del sureste, donde el capitán Manas bar Lazarus, encargado de ese servicio, lo arrojó al abismo.

Después, Alexas permaneció los siete días preceptivos del duelo sin salir de su casa, en cuclillas, balanceando la cabeza y mesándose continuamente la barba sin recortar. Cuando transcurrió ese tiempo, salió a caminar por las calles de Jerusalén. Pero pronto se llenó de asombro, porque lo que juzgara como la máxima penuria había sido sobrepasada con creces. La ciudad, célebre por su limpieza, despedía un hedor espantoso por todos sus rincones. En algunos barrios se amontonaron los cadáveres en edificios públicos que, una vez colmada su capacidad, hubo que clausurar. Pero más impresionante que la fetidez fue para él el silencio que amordazaba la ciudad antes tan animada, pues hasta las personas más activas habían perdido el deseo de conversar. Callada y maloliente, atacada por densas nubes de insectos, la blanca ciudad yacía bajo el sol estival.

En las terrazas y calles se formaban grupos de seres exhaustos, con los ojos reseco y la boca jadeante. Algunos estaban hinchados por la fiebre; otros, en cambio habían quedado reducidos al esqueleto. Ni siquiera el paso de los soldados alteraba su inmovilidad. Se tumbaban en el suelo, azuzados por el hambre, y contemplaban el Templo suspendido en lo más alto de la colina, blanco y dorado a la luz azul del cielo, y así esperaban la muerte. En uno de esos grupos, Alexas se detuvo a mirar un día a una mujer que hurgaba la basura que le disputaban varios perros. Era la anciana Hanna, esposa del Sumo Sacerdote Anán. En otro tiempo hubo que extender alfombras a su paso por la calle, pues sus pies parecían demasiado nobles para ensuciarse con el polvo del camino.

Llegó el día en que Alexas, el más inteligente de los hombres, no supo qué hacer, perplejo y falto de recursos. Había encontrado su escondite subterráneo vacío: le habían robado las últimas provisiones que le quedaban.

A duras penas su padre logró que Alexas le comunicara la desastrosa novedad. El anciano quedó inmóvil y meditabundo, y al cabo de un rato se le ocurrió que si era virtuoso enterrar a los muertos, el mérito postrero a los ojos de Yahvé sería amortajarse a sí mismo, si nadie podía encargarse de ello. Nahúm ben Nahúm decidió hacerse digno de tal mérito. En esos días era posible salir por las puertas de la ciudad, pues los soldados las franqueaban a aquellos cuyo aspecto no les auguraba más de uno o dos días de vida. Nahúm posó una mano sobre la cabeza de su hijo, que

contemplaba taciturno a su mujer moribunda, y lo bendijo. Después buscó una pala, su libro de cuentas, la llave de su antigua vidriería, algunas ramas de mirto y de incienso y, arrastrándose, se dirigió a la puerta del sur.

Frente a ella había una enorme caverna cubierta de esqueletos. Pasado un año del entierro, cuando el cadáver quedaba reducido a los huesos, se acostumbraba a recogerlos y guardarlos en pequeños sarcófagos de piedra, que luego se colocaban alineados a lo largo de los muros.

En esa tierra amarillenta y reseca por el sol, en esa tierra de reposo, se arrodilló Nahúm. A su alrededor yacían otros hombres hambrientos, mirando fijamente el Templo, y repitiendo sin cesar: «Oíd, Israel, uno y eterno es nuestro Dios Yahvé». Pensaban en los soldados romanos que en su campamento disponían de manteca y de carne, y en los soldados del Templo, que también contaban con provisiones de pan y pescado conservado. Su cólera era entonces tan intensa que durante un momento — ay, demasiado breve— mitigaban su sufrimiento.

Aunque Nahúm se encontraba en el límite de sus fuerzas, la debilidad no le resultaba del todo desagradable. Incluso el calor del sol lo confortaba. Pensaba que Alexas era demasiado orgulloso; por ese orgullo habían muerto sus hijos y su mujer, y le habían robado sus provisiones. ¿Qué decía el Libro de Job?: «Los bienes que se ha tragado, es necesario que los vomite. Su trigo le será quitado de su morada». ¿En cuál de los dos estaba representado Job? ¿En él o en Alexas? Difícil saberlo. Ciertamente, tenía en las manos una pala, ¿pero, acaso se rascaba las costras de sus úlceras? No, por tanto Alexas era como Job.

Sin embargo, se sentía un poco disgustado con la idea de que a Nahúm ben Nahúm el vidriero, el importante comerciante, no pudiesen rendírsele los honores adecuados. Ser el único participante del propio cortejo fúnebre constituía una dura prueba a que lo estaba sometiendo Yahvé. Creyó comprender mejor a Job y decidió finalmente que no era su hijo Alexas sino él mismo quien lo representaba: «Porque llamo a la ruina mi padre, y a los gusanos, mi madre y mi hermana. Y ahora venid, pala mía, cavad, pala mía».

Enderezó su cuerpo como pudo, gimiendo muy quedo. Cavar era difícil; era necesario ver bien lo que hacía y esas odiosas moscas que se le pegaban a la cara lo oscurecían todo. Miró atenta y lentamente la tierra gris amarillenta, los huesos y restos de sarcófagos de piedra y, de repente, muy cerca de él, advirtió el brillo de un objeto de color de ópalo. Era muy extraño que no lo hubiese visto hasta ese momento: se trataba de un trozo de cristal murrino. Se preguntó si sería auténtico. De todos modos, si no lo era había sido obtenido por procedimientos muy profesionales. ¿Quién empleaba medios tan artísticos? ¿Dónde lo realizaban? ¿En Tiro? ¿En Carmania? Debía averiguar dónde y cómo se fabricaba un cristal tan artístico. Seguramente su hijo Alexas lo sabía, ¿acaso no era el más inteligente de todos los hombres? Se lo preguntaría a Alexas.

Se internó un poco más en la cueva, cogió el fragmento de cristal y lo guardó

cuidadosamente en el bolsillo de su cinturón. Probablemente habría formado parte de un pequeño perfumador colocado en el sarcófago de alguna mujer. Pero ahora el cristal era suyo y, aunque no era ópalo auténtico, se trataba de una imitación tan excelente que sólo un hombre del oficio podía descubrirla. Olvidó que iba a echarse en su propia tumba y no pensó en otra cosa que consultar a Alexas sobre el maravilloso cristal.

Regresó a la calle de los Perfumadores, a casa de Alexas.

Mientras tanto los romanos habían construido cuatro trincheras más. Los soldados que no se ocupaban de ese trabajo se dedicaban al servicio del campamento; hacían ejercicios o contemplaban, ociosos, la blanca ciudad silenciosa y pestilente. Esperaban.

Para impedir que la inactividad deprimiese a los soldados, los oficiales organizaban cacerías de los numerosos animales que merodeaban por los alrededores, atraídos por la carroña. No se habían visto fieras tan extrañas desde hacía generaciones; del Líbano bajaban lobos, de las riberas del Jordán leones, de Galaad y Basán, panteras. Los zorros engordaban sin esforzarse demasiado, también las hienas y las ululantes jaurías de chacales aprovechaban la ocasión. Enjambres de cuervos caían sobre las innumerables cruces que jalonaban todos los caminos y el buitre acechaba en la cima de los montes.

A menudo la diversión de los arqueros consistía en hacer blanco en los famélicos judíos arrodillados en el cementerio. Otros se acercaban a las murallas, solos o formando grupos y, al resguardo de los proyectiles exhibían a la vista de los asediados sus abundantes raciones de comida, devorándolas con deleite y regodeo que sólo interrumpían para gritar «¡Hep!, ¡Hep!» (*Hierosolyma est perdita!*).

El sitio duraba ya siete semanas. Llegó la conmemoración del Pentecostés que los judíos celebraron tristemente. Pasó el mes de julio sin ninguna novedad. Los judíos intentaron varios ataques a las trincheras, sin éxito. Y en las filas romanas cundía un desasosiego como no lo habían sufrido en anteriores campañas consideradas de mayor riesgo. Los soldados eran presa de una furia impotente contra la ciudad callada e infecta; si los judíos lograban destruir las cuatro últimas trincheras, no habría forma de atacar las murallas porque la madera era ya muy escasa y no sería posible seguir construyéndolas. Había que esperar a que el hambre matara al enemigo. La visión del Templo, blanco y dorado, inmutable sobre su colina, les provocaba ira, disgusto y cierto respeto temeroso. Cuando se referían a él no lo mencionaban por su nombre y decían frases como «esa cosa de allí». Se preguntaban angustiados si eternamente permanecerían frente a la silueta blanca y misteriosa de la fortaleza. Fue extendiéndose lentamente un exasperado malhumor en el campamento. La ciudad se resistía como no habían visto que lo hiciera ninguna, a pesar de las disidencias entre sus jefes, del hambre y de la guerra, a pesar del tiempo transcurrido. ¿No

recapacitarían nunca esos dementes, esos canallas muertos de hambre? Ni pensar en el regreso a Roma en el mes de octubre, para la celebración del holocausto del caballo. Todo el ejército, desde los generales que dirigían las legiones hasta el último de los soldados de los cuerpos auxiliares, sentía furia y resentimiento contra ese Dios Yahvé que impedía a la ciencia militar romana triunfar sobre el fanatismo de los bárbaros judíos.

Un día de finales de julio, Tito ordenó a Josef que lo acompañara a hacer una ronda. Los dos caminaron en silencio. Ni el general en jefe llevaba puestas las insignias de su rango ni Josef iba armado. La voz de los centinelas se escuchaba regularmente y, con la misma regularidad, le respondía la palabra de orden: «Roma, adelante».

Los alrededores de Jerusalén se habían convertido en un devastado desierto, en una extensión de veinte kilómetros. Parecían haberse cumplido las palabras de las Escrituras: «La cólera y el encono de Yahvé se han abatido sobre este lugar, sobre los hombres y sobre el ganado, sobre los árboles del campo y sobre los frutos de la tierra».

Los dos hombres llegaron al precipicio donde los sitiados arrojaban a sus muertos; subía de allí un hedor violento y punzante que impedía respirar. Los cuerpos estaban apilados en un estado de espantosa descomposición. Tito se detuvo, y Josef, sumisamente, lo secundó. El príncipe lo miraba discretamente, asombrado de la paciencia con que su acompañante soportaba las exhalaciones pútridas. Ese mismo día había recibido un mensaje confidencial en el que se acusaba a Josef de ser un espía de los sitiados. Tito no le dio crédito —comprendía hasta qué punto era difícil la situación de Josef a quien tanto los judíos como los romanos consideraban un traidor. Confiaba en su amistad leal, pero, a veces, al igual que a sus soldados, Josef le parecía un ser extraño e inquietante. Frente al abismo, Tito creyó que el judío no podría ocultar la repugnancia y el dolor, pero sólo vio en él una expresión impenetrable. El príncipe se estremeció: ¿cómo podía soportarlo?

El ansia de mortificación empujaba a Josef hacia los lugares donde el horror de la guerra resultaba más espantosamente elocuente. Había sido encargado de registrar cuantos hechos se produjeran, por terribles que fueran. Conmoverse habría sido fácil. Menos fácil era permanecer sereno y obligarse a verlo todo. A menudo experimentaba un dolor agudo, desgarrador, una necesidad imperiosa de alejarse del sitio donde se encontraba, en el exterior de los muros, y un ansia desesperada de mezclarse con sus compatriotas, en el interior de los muros. Ellos eran felices; ¡cuánto podría serlo él si tuviera el derecho de luchar, y sufrir, junto a millares de semejantes!

Había recibido una carta anónima que decía: «Nos molestáis. Debéis desaparecer». Al leerla, inmediatamente comprendió que esas palabras habían sido escritas por Justo —Justo, una vez más, tenía razón— y que cualquier intento de

mediación inspirado por él sería inútil: bastaba su presencia para hacerlo fracasar.

Durante aquel verano, bajo los muros de Jerusalén, Josef tuvo que vivir una etapa especialmente cruel. La herida del brazo derecho cicatrizaba lentamente y, aunque no era grave, le producía fuertes dolores que le impedían escribir. A menudo Tito le preguntaba bromeando si deseaba dictarle, a fin de cuentas él era el mejor taquígrafo del campamento romano. Tal vez para Josef era preferible no escribir lo que entonces estaba viviendo. Él mismo se había propuesto prescindir de los recursos retóricos, de los alardes de la sensibilidad. Todo su cuerpo debía ser como sus ojos, y nada más.

Éste había sido su estado de ánimo aquella noche en que, acompañando a Tito, se detuvo frente al paisaje arrasado de lo que había sido uno de los panoramas más hermosos del mundo, el de su patria. Arrasado y vacío, aparecía ante sus ojos como si precediera a la Creación. Sobre la última muralla de la ciudad, que ya empezaba a tambalearse, aguardaban sus compatriotas: andrajosos, intratables, persuadidos de su impotencia ante la muerte y —bien lo sabía—, llenos del odio más intenso del que podían ser capaces contra él. Su cabeza había sido puesta a precio, un precio altísimo, el más alto que ahora podían imaginar: una fanega completa de trigo. Allí había permanecido callado, silencioso, mirando sólo hacia delante. A su espalda, enfrente, a los lados, se alzaban las cruces donde se había clavado a hombres de su raza; a sus pies se pudrían hombres de su raza, todo su país desierto estaba invadido por alimañas esperando su presa.

Tito se dispuso a hablar y lo hizo en voz baja, aunque sus palabras sonaron demasiado alto en medio de tanta desolación.

—¿Os parece cruel, mi querido Josef, haberos obligado a venir aquí?

Mucho más quedo que el príncipe, lentamente, sopesando sus palabras, Josef replicó:

—Yo lo he querido, príncipe Tito.

El príncipe puso una mano en el hombro de Josef.

—Os comportáis bien, Josef. ¿Podría satisfacer alguno de vuestros deseos?

Josef, con el mismo tono contenido, y sin mirarlo, contestó:

—Dejad el Templo en pie, príncipe.

—No lo deseo menos que vos. Quisiera concederos alguna cosa personal.

Josef lo encaró, por fin, y vio en el príncipe una expresión curiosa, interrogante y benévola.

—Concededme —dijo con lentitud y con suma cautela— del botín de la ciudad, cuando caiga... —y se interrumpió.

—¿Qué debo concederos, amigo mío?

—Dadme siete rollos de las Escrituras y siete hombres.

—Tendréis setenta de cada cosa, querido Josef —repuso Tito, sonriendo.

Los sacerdotes del servicio se reunían a diario en la Sala Cuadrangular, para

determinar por sorteo quién debía presidir el holocausto. En la mañana del 5 de agosto, el 17 de Tamuz del calendario judío, se presentaron en la asamblea los jefes del ejército, Simeón bar Giora y Juan de Giscala, ambos armados, y con ellos el secretario Amrám y numerosos soldados. El presidente del servicio del Templo haciendo grandes esfuerzos por dominarse, les preguntó:

—¿Qué deseáis?

—Es inútil, mi doctor y maestro, que se proceda hoy al sorteo —dijo Juan de Giscala—. No será ya necesario en lo sucesivo. Vosotros podéis volver a vuestras casas: sacerdotes, levitas y laicos. El servicio del Templo queda suspendido.

Los sacerdotes se miraron espantados. El hambre había demacrado tanto sus semblantes que casi no destacaban de sus blancas vestiduras. Aunque la debilidad de estos hombres era extrema, su respeto por el servicio divino mantenía en pie a muchos de ellos, entre los cuales se encontraba el doctor Nittai. Así que, faltos de fuerzas hasta para dar voces, su respuesta a las palabras de Juan fue un extraño murmullo ininteligible, casi un gemido.

—¿Cuántos carneros de sacrificio quedan aún? —preguntó con rudeza Simeón bar Giora.

—Seis —repuso, esforzándose mucho por parecer enérgico, el jefe del servicio.

—Os equivocáis, doctor y maestro —rectificó con buen tono el secretario Amrám, mostrando los dientes con una sonrisa maliciosa que quiso ser amable— hay nueve.

—Entregadnos los nueve carneros —dijo Juan de Giscala, otra vez indulgente—. Yahvé es desde hace tiempo el único que come carne en esta ciudad. No se debe quemar a esas bestias, Dios ya ha olfateado bastantes buenos aromas en su altar de holocaustos. También los que combaten para conservar el santuario deben comer. Haced salir a los nueve carneros, doctores y maestros.

El jefe del servicio del Templo tragó saliva con dificultad mientras pensaba afanosamente en una respuesta adecuada. Pero no llegó a articular ninguna palabra porque el doctor Nittai se apartó del grupo y, fijando en Juan la mirada relampagueante de sus ojos huraños y resecos, le dijo con su acento gutural de babilonio:

—El mundo entero es una trampa; sólo en el Templo hay seguridad. ¿Vais a desplegar vuestras redes también aquí? Vuestros planes serán desbaratados.

—Eso lo veremos —repuso calmamente Juan de Giscala—. Tal vez ya estéis enterados de que ha caído el fuerte Antonia. La guerra ha llegado a este recinto, que ya no es la morada sino la ciudadela de Yahvé.

Pero el doctor, sin prestarle atención, siguió gruñendo:

—¿Vosotros queréis despojar el altar? Quien priva a Yahvé de su pan y de su carne, despoja a todo Israel de su sostén.

—¡Callaos! —ordenó sórdido Simeón—. El servicio del Templo ha concluido.

El secretario Amrám se aproximó al doctor Nittai, apoyó una mano en su hombro

y le dijo, conciliador:

—Calmaos, querido colega. ¿Qué dice Jeremías?: «Así habla Yahvé: Juntad vuestros holocaustos a vuestras ofrendas de alimentos y comedlos, pues cuando conduje a vuestros padres fuera de Egipto, no les ordené nada, ni en materia de holocaustos ni en cuestión de obligaciones».

Juan de Giscala paseó la mirada de sus ojos grises sobre el grupo de sacerdotes acongojados, y agregó suavemente:

—Si vosotros deseáis continuar el culto, señores, en lo que respecta a cantar, tañer los instrumentos y recitar la bendición, nadie os lo impedirá. Pero el pan, el vino, el aceite y la carne que aquí se guardan serán requisados.

El Sumo Sacerdote Fancias, advertido de lo que estaba ocurriendo, apareció en ese momento. Cuando ese hombre lento y bastante limitado fue favorecido con la más alta jerarquía de la ciudad y el Templo por el sorteo presidido por Giscala, aceptó la misión agobiado por la angustia que le producía ser responsable de la divina misión. Era consciente de sus carencias, jamás había estudiado ni la doctrina esotérica ni las más sencillas interpretaciones de las Escrituras. La única enseñanza que le había sido impartida en su vida era la del transporte y ensamblaje de piedras y la preparación de la argamasa. Y he aquí que Yahvé lo engalanaba con las vestiduras sagradas, cuyas ocho piezas purifican de los ocho pecados capitales. Por modestos que fuesen su inteligencia y sus conocimientos, la santidad estaba en él, una santidad cuya enorme carga le pesaba como una losa. Estos soldados estaban exigiendo el cese del oficio divino; eso era inadmisibile, pero ¿qué hacer? Sentía sobre él la mirada de todos, aguardando sus palabras. ¡Ah, si al menos tuviera puestas las vestiduras! Seguramente Yahvé le habría inspirado las palabras necesarias, pero así sin ellas se sentía desnudo y no hacía otra cosa que mirar azorado a los que lo rodeaban. Finalmente, decidió hablar y, dirigiéndose a Juan de Giscala, le dijo:

—No podéis alimentar a vuestro ejército con nueve carneros. En cambio nosotros podremos continuar con ellos el servicio sagrado durante cuatro días.

Los sacerdotes juzgaron que lo que acababa de decir el Sumo Sacerdote Fancias expresaba nada más que el piadoso y sencillo razonamiento del pueblo; por tanto el jefe del servicio se apresuró a agregar señalando a los sacerdotes:

—Si estos hombres están todavía vivos se debe a su voluntad de celebrar el culto según las Escrituras.

A lo que se limitó a responder escuetamente Simeón bar Giora:

—Los pórticos del Templo han visto cómo os llenabais la tripa gracias a los sacrificios de Yahvé, desde hace bastante tiempo.

Los soldados penetraron seguidamente en el establo y se llevaron los carneros; luego bajaron a la bodega y se apoderaron del vino y del aceite. Después invadieron el santuario. Jamás, desde los tiempos de su construcción, ningún profano había puesto los pies en ese lugar. Recorrían con paso torpe, entre risas entrecortadas, la sala oscura, fresca y sobrecogedora. Allí vieron el candelabro de siete brazos, el

pebetero, la mesa con los doce panes de oro y los panes de trigo. Nadie se sintió atraído por el oro pero, señalando los panes comestibles, Simeón ordenó: «Tomadlos», en tono especialmente rudo, que intentaba encubrir su turbación. Los hombres se acercaron a la mesa con timidez, se apoderaron de los panes con un movimiento rápido y torpe y se los llevaron tan cautelosamente como si se tratara de criaturas a las que hubiera que tratar con toda clase de miramientos.

El Sumo Sacerdote Fancias iba detrás, con su paso pesado y vacilante. Se sentía desdichado, enfermo, inútil. Miraba ansiosamente la cortina que cerraba el Santuario de los Santuarios, la morada de Yahvé, donde sólo a él le era permitido entrar el Día de la Expiación. Pero Simeón y Juan se retiraron sin tocarla, por lo cual no sólo el sacerdote se sintió liberado de un tremendo peso sino también los soldados respiraron aliviados al alejarse de los lugares prohibidos. Estaban a salvo: el fuego del cielo no había descendido para aniquilarlos. Se llevaban los panes, exquisitos panes de trigo amasados con la flor, muy blancos, pero, evidentemente, simples panes. Ningún mal podía sobrevenirles a quienes habían osado tocarlos.

Esa misma noche Simeón y Juan invitaron a cenar a los oficiales del estado mayor y al secretario Amrám. Puesto que hacía varias semanas que ninguno de ellos comía carne, esa noche aspiraron ávidamente el aroma que se desprendía de los carneros asados. En la mesa también abundaban el excelente vino de Eschkol y el pan, no sólo para comerlo —bromeaban los comensales— sino para coger la carne de los platos. Se habían bañado y perfumado con el óleo del Templo y lucían los cabellos y la barba recortados. Se observaban con asombro: los salvajes de la víspera estaban transformados en admirables y elegantes personajes.

—Acomodaos y comed —les invitó Juan de Giscala—. Probablemente ésta sea la última vez que podamos hacerlo y bien nos lo merecemos.

Los soldados procedieron a lavarles las manos. Simeón bar Giora dijo la bendición y partió el pan. Fue una cena opípara cuyos restos fueron distribuidos entre la guardia.

Los dos jefes estaban de buen humor y comenzaron a recordar cosas de su patria, Galilea.

—Recuerdo las algarrobas de la ciudad donde naciste, hermano Simeón —dijo Juan—. Es una hermosa ciudad, Gerasa.

—Y yo de las higueras y los olivares de Giscala, hermano Juan. Vos habéis llegado a Jerusalén desde el norte y yo desde el sur. Tendríamos que habernos unido desde el principio.

—Sí, hemos sido unos verdaderos estúpidos —confesó Juan—. Parecíamos un par de gallos, cuando el esclavo los lleva con las patas amarradas al patio para degollarlos y ellos, aún colgados y balanceando la cabeza, no cesan de picotearse.

—Dadme ese trozo de pecho que tenéis en vuestro plato, hermano Juan —dijo

Simeón— y aceptad que os ofrezca una pierna, tiene más grasa y está más sabrosa. Siento por vos afecto y admiración.

—Os lo agradezco, hermano Simeón. No sabía que erais tan buena persona. Ahora empiezo a darme cuenta, cuando la muerte ya está cerca.

Se ofrecieron sus respectivas raciones de carne y de vino. Juan entonó la tonadilla que exaltaba a Simeón, cuando incendió las máquinas de guerra romanas, y Simeón la que alababa a Juan por haber levantado, tras la muralla del fuerte Antonia, un segundo muro.

—Si hubiéramos tenido tanta suerte como valor —dijo Juan con una sonrisa— hace tiempo que los romanos se habrían ido de aquí.

Continuaron cantando canciones procaces, propias de tabernas, y también otras que ensalzaban la belleza de Galilea. Hablaron de las ciudades de Séforis y Tiberíades, y de Magdala, con sus ochenta telares, destrozados por los romanos. «Bien lejos se ve el mar, rojo de sangre, en las cercanías de Magdala, hasta muy lejos está la ribera cubierta de cadáveres, en las cercanías de Magdala». Escribieron sus nombres en los brazaletes que ostentaban el distintivo de los macabeos, y se los obsequiaron mutuamente.

A intervalos regulares les llegaba desde fuera el ruido que producían los golpes del gran «Julio», el célebre ariete de la segunda legión.

—¡Qué golpes! —exclamaban riendo los oficiales—. Mañana lo quemaremos.

Comían, bebían y bromeaban repantigados indolentemente. La cena era excelente, era la última.

La noche avanzaba y los hombres poco a poco sintieron ensombrecer su espíritu. Recordaron a sus muertos.

—No tenemos lentejas ni huevos —dijo Juan— pero al menos vaciaremos las diez copas de duelo y colocaremos los cojines del revés.

—Han sido muchos los caídos —observó Simeón—. Merecerían un festín superior a éste. Me refiero a los oficiales que se han ido para siempre. (A ochenta y siete oficiales se les había adiestrado con los métodos de guerra romanos y de ellos habían sucumbido setenta y dos).

—Bendita sea su memoria.

Bebieron.

—Recuerdo al Sumo Sacerdote Anán —comentó el de Giscala—, lo que hizo por los muros estuvo muy bien.

—Era un imbécil —replicó a su vez Simeón, vivamente—, hubo que matarlo.

—Hubo que suprimirlo, pero no por eso dejaba de ser un hombre de bien. Bendita sea su memoria —reconoció Juan, conciliador. Bebieron nuevamente.

—Estoy pensando en otro muerto —dijo amargamente el secretario Amrám—. Fue mi amigo de la infancia, pero es un miserable. Aprendió a mi lado, en la misma aula, los secretos de la doctrina. Su nombre es Josef ben Matatías. Ninguna paz en su memoria.

Súbitamente tuvo una idea que le pareció divertida: un gesto le bastó para hacerse entender por Simeón y por Juan e, inmediatamente, los tres ordenaron que trajeran a la sala al doctor y maestro Matatías, padre de Josef, desde los calabozos de la fortaleza Fasael.

El escuálido anciano había pasado interminables y atroces días sumido en el hedor de una oscura mazmorra. No tenía casi fuerzas pero el temor a los brutales soldados lo obligaba a sobreponerse a su debilidad. ¡Habían causado la muerte de tantos! Era un milagro que a él le hubiesen respetado la vida: convenía complacerlos. Los saludó, llevándose a la frente la mano temblorosa.

—¿Qué deseáis, señores —balbuceó— de un anciano indefenso?

Parpadeaba, desacostumbrado a la luz y, a su pesar, husmeaba los alimentos.

—La situación no es buena, doctor y maestro Matatías —dijo Juan—. Los romanos estarán pronto aquí, en este lugar donde ahora nos encontramos. No hemos resuelto todavía qué hacer con vos, viejo: si entregaros al enemigo o mataros antes.

El anciano se encogió, estremecido de miedo, sin pronunciar palabra:

—Escuchad: los víveres son escasos en la ciudad, como sabéis, sin duda —dijo el secretario Amrám—. No tenemos más carne y no vamos a poder alimentarnos más que de algarrobas. Esos que estáis viendo ahí son los huesos de los nueve últimos carneros que habían sido destinados al altar de los holocaustos de Yahvé. Nos los hemos comido. No, no pongáis esa cara de asombro. Estaban deliciosos. Y, puesto que así ha sucedido, ¿acaso ha aparecido algún *Mané, tekél* o *farsín* sobre el muro? ¿Lo veis? Yo no lo veo. Cuando comenzó nuestra campaña vuestro hijo estaba con nosotros y, después —si bien es cierto que al menos vos estáis aquí— nos abandonó. Como somos personas bien educadas hemos decidido invitaros a participar de nuestra última cena. Todavía quedan, como veis, bastantes huesos y, además, algo del pan con que hemos cogido la carne de los platos.

—Vuestro hijo es una inmundicia —dijo Juan de Giscala y sus astutos ojos grises relampaguearon de cólera— un vil canalla; habéis traído al mundo a un pequeño montón de cieno, doctor y maestro Matatías, sacerdote de primera categoría. Estos huesos y este pan los merecen nuestros soldados mucho más que vos, pero confirmamos la invitación del doctor Amrám.

Simeón bar Giora, cuyos modales eran mucho menos corteses, lanzó al anciano una mirada amenazante de sus pequeños ojos castaños, y le ordenó:

—¡Comed!

El anciano sintió que todo su cuerpo se estremecía. El orgullo que le había producido la carrera de su hijo no había tenido límites —Matatías nunca había sido demasiado audaz—, y en los últimos tiempos había comprendido plenamente las razones que llevaron a Josef a estar del lado de los romanos. Pero esos hombres no lo entendían así y, en cambio, odiaban a su hijo hasta la muerte. Y ahora lo obligaban a comer de esa comida. Tal vez se tratara de una trampa que le estaban tendiendo para obligarlo a comer y luego despreciarlo y matarlo por haber intentado preservar lo que

le quedaba de vida, a costa de cometer un crimen horrible. La hediondez del calabozo, la falta de aire y de luz, el hambre y el cansancio lo habían llevado al borde de la locura. Íntimamente el anciano decidió negarse —tenía delante unos tentadores huesos llenos de meollo, huesos de animales jóvenes y escogidos que se desharian en la boca, y el pan impregnado con los jugos de la carne—, pero sus pies lo traicionaron. Se acercó y con las manos sucias se apoderó de un hueso, lo mordió ávidamente, lo royó, lo desgarró y los jugos rezumaron sobre su enmarañada barba blanca. No pronunció la fórmula de la bendición porque de hacerlo habría cometido un doble sacrilegio; era consciente de que esa carne provenía del altar de Yahvé, que el pan era de su mesa y que el pecado que estaba cometiendo —seis veces mortal— lo excluía a él y a todos sus descendientes de la salvación. No obstante, con un hueso en cada mano, en cuclillas en medio de la amplia sala, no cesaba de desgarrar, morder y masticar con sus dientes estropeados. Sintió un inmenso placer. Mientras tanto los hombres lo observaban.

—Ved —dijo el doctor Amrám— cómo se burla de la salvación de su alma.

—Éstos son los sujetos que nos han llevado donde estamos, hermano Juan —observó Simeón.

Después callaron y continuaron mirando al doctor y maestro Matatías que, en cuclillas, a la luz de las antorchas, devoraba sin cesar.

A la mañana siguiente, 6 de agosto, el doctor Nittai se encargó de despertar a los sacerdotes de la octava categoría de Abiya, elegidos por sorteo. Debido al aturdimiento que afectaba al jefe del culto divino, el doctor Nittai se había hecho cargo de la dirección. Los sacerdotes le obedecieron y se encaminaron tras él hacia el atrio, donde les dijo:

—Venid y echad a suertes quién debe degollar a la víctima, quién hará verter su sangre, quién llevará a hombros los miembros descuartizados en ofrenda al altar, quién la harina y quién el vino.

El sorteo se realizó.

—Debéis ir vos, que habéis sido designado, y fijaos si ha llegado el momento de degollar a la víctima —ordenó el doctor Nittai. Llegado el momento, el que vigilaba gritó:

—¡Ha llegado el día! ¡Hay claridad en el Este!

—¿Se ve claro hasta Hebrón? —preguntó el doctor Nittai.

—Sí —contestó el interpelado.

El doctor Nittai ordenó entonces a los que habían quedado abajo:

—Traed un carnero del establo.

Los designados fueron en busca de la víctima. No había allí ningún carnero pero ellos hicieron como si lo hubiera, moviéndose como si sujetaran a un animal y le dieran de beber de acuerdo con los ritos, en la copa de oro.

Otros sacerdotes favorecidos pasaron mientras tanto al santuario y con dos enormes llaves de oro abrieron la gran puerta. Cuando ésta giró sobre sus goznes, produjo un sonido que fue la señal para que el sacerdote que se encontraba en la sala degollara —simbólicamente— a la supuesta víctima. Seguidamente la colocaron sobre la mesa de mármol, la desollaron y despedazaron de acuerdo con los preceptos, y nueve de los sacerdotes depositaron los trozos sobre la balaustrada. Otra vez echaron a suertes quién portaría estos trozos en ofrenda desde la rampa al altar. Penetraron en la sala unos funcionarios del servicio y volvieron a vestir a los sacerdotes elegidos. Una vez encendido el fuego del sacrificio, se quemaron en él perfumes que habían sido vertidos en una copa de oro con cucharas del mismo metal. Inmediatamente, la trompeta de cien notas —cuya poderosa resonancia superaba los innumerables sonidos de Jerusalén—, anunció a los fieles que debían prosternarse en ese instante, en que se realizaba el sacrificio.

Se efectuó la presentación del vino. El doctor Nittai, de pie en uno de los extremos del altar, aguardaba con un trozo de lienzo en la mano. Los sacerdotes elegidos arrojaron al fuego los trozos de la víctima. Cuando el copero se inclinó, el doctor Nittai, agitando el paño, le dio la señal para que vertiera el vino y, mientras se elevaba la columna de humo, los levitas, de pie sobre las gradas del santuario, entonaron el salmo. Desde la balaustrada los sacerdotes pronunciaron la bendición al pueblo arrodillado.

Fue así como ese 6 de agosto los sacerdotes de la octava clase de Abiya, designados por el azar, realizaron el sacrificio con la magnificencia habitual, sin olvidar ningún detalle del ceremonial, compuesto por más de un centenar de ritos. Para esos hombres exánimes, preparados para morir ese mismo día o el siguiente, el establo de los carneros y el altar no estaban vacíos. Compartían la fe del doctor Nittai y, gracias a ella, el holocausto a sus ojos había sido real y había sido posible realizar la ofrenda. Ése era el momento culminante de su existencia. Respiraban sólo por vivirlo, porque era lo único que los separaba de la muerte.

Cuando Tito supo que los judíos habían comido los últimos carneros destinados a su Dios, quedó estupefacto. Ya no tenía la menor duda de que los judíos estaban completamente locos y enceguecidos por los dioses. Si esos insensatos —se preguntaba— no tienen otro apoyo que Yahvé ¿por qué despojan su altar?

De todas formas, los hechos demostraban que los sitiados estaban aniquilados. Parecía fácil asaltar la ciudad carente de todos los recursos, tal como el ejército reclamaba al cabo del prolongado y fatigoso asedio. Y, además, ése sería el camino más breve y seguro para la obtención del triunfo en Roma. Su padre no tendría ya ningún motivo para calificar la campaña, eufemísticamente, de operación policial. Por otra parte, aunque ésta no había concluido, el prestigio de Vespasiano era muy firme en ese momento, razón por la cual Tito suponía que, si vencía en Jerusalén,

Roma no le negaría el triunfo.

El príncipe durmió agitadamente, presa de muchas dudas. Le seducía la idea del triunfo pero había jurado a Berenice, y se había prometido a sí mismo, que no descargaría sobre el Templo la cólera que le provocaban los rebeldes. Violentar a la princesa no le había valido de nada; si era capaz de aguardar la rendición sin emplear la violencia contra el Templo, ¿sería posible resarcir a la mujer del daño que le había infligido?

Confió a Josef la misión de reanudar las conversaciones de paz por última vez y hacer una oferta a los asediados, más generosa que las anteriores.

El corazón de Josef latió violentamente. Hizo una amplia reverencia a Tito, llevando la mano a la frente al modo judío. Nuevamente los romanos ofrecían a los judíos un presente espléndido, otorgado por una potencia generosa que no estaba obligada a hacer concesiones, pues todo indicaba que fácilmente podía imponer su voluntad. Con este planteamiento, Josef se dispuso a intentar persuadir a los judíos, con la esperanza de que si lo lograba, su presencia en el campamento, aun del lado de los gentiles, fuera de los muros de Jerusalén y no en el interior de la ciudad como Justo, estaría al fin justificada.

A la hora convenida, Josef se acercó, solo, a las murallas. Iba vestido con sencillez, no llevaba armas ni las insignias sacerdotales. Permaneció así, entre los sitiados y los sitiadores, pequeño sobre el suelo desnudo, al pie del enorme parapeto en cuya parte superior se apiñaban los judíos, a poca distancia del muro de asedio, repleto de romanos. El calor era intenso, el olor nauseabundo y el silencio tan aplastante que Josef podía escuchar los latidos de su corazón. Adivinaba a sus espaldas la mirada fría e irónica de Tiberio Alejandro y veía frente a él la dura mirada cargada de odio de Simeón bar Giora, los ojos hostiles de su compañero de infancia Amrám y el desprecio en el rostro de Juan. Bajo el sol abrasador su cuerpo estaba helado. Cuando comenzó a hablar, sus palabras parecían huecas, ajenas, como si las estuviera pronunciando un extraño, pero inmediatamente recuperó el dominio de sus recursos retóricos y el tono de su discurso se hizo caluroso, directo, claro como nunca lo había sido. Según su declaración, si se producía la rendición los romanos tomarían prisioneros a quienes habían empuñado las armas pero sus vidas serían respetadas. Ese mismo día se cederían las víctimas para el holocausto en el Templo, con la condición de que la ceremonia se realizase como antes del asedio: «Por Yahvé, en nombre del emperador, del senado y del pueblo romanos». Hoscos y grávidos de tristeza los judíos habían visto acercarse a Josef. Cuando escucharon sus palabras, hasta los mismos macabeos miraron ansiosamente el semblante de sus jefes, deseando en lo más hondo que esa oferta espléndida y benévola fuese aceptada.

Pero Simeón y Juan no pensaban así. Si se entregaban, ¿qué vida sería la suya después de que los llevaran a rastras en la primera fila del triunfo y los enviaran como esclavos a una mina?

Y aun en el caso de que los romanos los dejasen en libertad, ¿sería posible para

ellos vivir entre los judíos, después de todo lo ocurrido? Fracasada la guerra, serían proscritos para siempre por sus compatriotas. Además de éstas, tenían otras razones más profundas para oponerse a la paz: por su causa habían sido arrasados los alrededores de Jerusalén y el Templo se había convertido en una fortaleza ensangrentada. Habían devorado los carneros de Yahvé y ya no les quedaba otra solución que seguir hasta el final.

La respuesta de los judíos estaba preparada de antemano. Cuando Josef concluyó su arenga, sorprendentemente no escupieron ni se sacudieron el polvo de las sandalias ni expresaron su cólera ni lo insultaron. Simplemente abrieron una portezuela y dejaron salir, entre gruñidos, a uno de los dos cerdos que habían conseguido arrebatarse a los romanos.

Josef palideció. El animal llegó cerca de él, resoplando, mientras los sitiados, asomados al muro, no paraban de reír. Enseguida, al unísono y en latín —muy difícil para esos hombres extremadamente fatigados, por lo que cabe suponer que habrían ensayado varias veces—, le gritaron:

—¿Os ha crecido un prepucio, Flavio Josefo?

Un coro de carcajadas siguió a la pregunta, que fue acompañado por los romanos. No podía negarse que esos diablos judíos habían ideado una broma excelente. Josef estaba solo con el cerdo en medio de los dos bandos, frente al Templo profanado. Lo acribillaban con proyectiles y lo escarnecían tanto los judíos como los romanos, gritando desaforadamente.

Esos breves minutos fueron años para Josef, quien en ese cortísimo lapso expió la arrogancia de toda su vida. «Vuestro doctor Josef es un miserable», había dicho de él en otra ocasión, un hombre de rostro macilento. En Merón se había sembrado hierba para borrar su huella en un camino; en otros sitios se habían alejado de él siete pasos como si fuera un leproso; había sido anatematizado al son de trompetas y lo habían encadenado bajo el látigo del verdugo en Alejandría, pero ¿qué había sido todo aquello si se lo comparaba con estos instantes? Sus intenciones eran nobles, quería salvar a esos hombres, a esas mujeres, a esos niños y, también, a la ciudad, morada de Yahvé. Y a cambio le soltaban un cerdo. Comprendió que debía alejarse de allí, pero no podía moverse porque el muro lo atraía poderosamente. Retrocedió con la mirada puesta en él. Su cuerpo estaba traspasado por un frío glacial, se sentía maltrecho, dolorido e irritado. No pertenecía ni a los romanos ni a los judíos, la tierra estaba desnuda y vacía como antes de la Creación. Él estaba completamente solo y a su alrededor no existía más que burla y desprecio.

Tito no encontró motivo de risa en el episodio del cerdo que había afectado tanto a Josef. «En resumidas cuentas —se dijo— puedo sentirme satisfecho pues he sabido dominarme; he intentado reparar la afrenta que esos insensatos cometieron contra su Dios y ahora estoy yo en mejores términos con Yahvé que mis enemigos». Pero ese sentimiento no duró mucho. Cuando alzó los ojos y vio nuevamente el soberbio monumento blanco y dorado, se apoderó de él un súbito y violento deseo de humillar

al adversario que tanta zozobra le causaba. ¡Hasta los judíos habían acabado por vejarlo! Pues bien, finalmente, él lo haría caer rendido desde la colina donde parecía mofarse de todo, con su maldita pureza. Con salvaje y furiosa cadencia retumbaron en su cabeza los gritos que había escuchado de boca de sus soldados: «¡Hep! ¡Hep!», y, a compás de cada exclamación, creyó oír el estallido de un cráneo aplastado y el impacto de un fragmento de muralla caído a tierra. Sintió horror de sí y de sus pensamientos, que le demostraban que su verdadera intención no era lograr la alianza con Yahvé. Ese cometido sólo podrían llevarlo a cabo los que ahora estaban al otro lado del muro.

Una sombría aflicción abrumó su espíritu. Se sintió invadido por la violenta necesidad de hacer suya a la judía. Poseído por la cólera, se reconocía no obstante impotente para luchar contra el fanatismo y la obstinación del pueblo al que pertenecía Berenice. Ella era para Tito tan incomprensible como su pueblo: jamás la poseería totalmente.

Fue en busca de Josef, a quien encontró tendido en su lecho, presa de una laxitud mortal, cubierto por un sudor frío a pesar del calor intenso de aquel día. Cuando Josef advirtió la presencia del príncipe quiso incorporarse.

—No os mováis —le dijo Tito— sólo contestadme. Es posible que yo esté enceguecido por la cólera que siento contra todos ellos, pero por eso mismo necesito que me expliquéis, amigo mío, qué es lo que desean. Si no les es posible conseguir sus propósitos, ¿por qué prefieren la muerte a la vida? Si se les ha prometido dejar intacto el Templo —por el que combaten—, ¿por qué parecen desear que sea incendiado? Vos, que sois judío, ¿los comprendéis?

—Sí, los comprendo —repuso Josef, agotado por tantas fatigas, tan apesadumbrado como los judíos que custodiaban las murallas.

—¿Sois nuestro enemigo? —la voz de Tito se hizo cálida—.

No, mi príncipe —contestó Josef.

—¿Estáis con los sitiados?

Josef, ensimismado, colmado por su amargura, guardó silencio.

—¿Acompañáis con vuestro corazón a los habitantes de la ciudad? —insistió Tito.

—Sí, mi príncipe.

Tito lo miró sin rencor, aunque nunca habían sido tan extraños el uno para el otro. Luego se retiró, sin dejar de mirar al judío, triste y pensativo.

En Tiberíades, en la bella y apacible residencia enclavada en una cima que dominaba el lago, Berenice intentó poner al corriente de lo sucedido en el campamento a su hermano Agripa. Al verla llegar alterada, desencajado el rostro, éste rehusó hacerle preguntas. Pero, pasado el primer momento, ella misma le contó con detalles y sin tapujos el episodio. ¿Acaso despreciaba a Tito por aquella brutalidad? No, y esto era

lo peor: su conducta bárbara no había despertado su odio. Tras su rostro de niño perverso, tal como se le había mostrado al final de aquella noche, ella vislumbraba los rasgos enérgicos del soldado que se encamina directamente hacia su meta. Había quedado muy atrás el tiempo en que Berenice y su hermano se mofaban de su ridícula manía de anotarlo todo. En el infecto campamento, en la devastada desolación que rodeaba Jerusalén, Tito era un hombre, *el hombre*.

A Agripa no le resultó difícil comprender las dolorosas explicaciones de su hermana. ¿Acaso esa horrible guerra no afectaba sus nervios tanto como a ella? Se había visto obligado a conducir sus tropas para participar en el asedio, después de lo cual partió inmediatamente a su reino de Transjordania. Se había propuesto ignorar cuanto acontecía en el campamento pero, a pesar de ello, ni las pinturas, ni los libros ni las estatuas de su hermoso palacio de Tiberíades lo atraían como antes.

—La situación es más fácil para vos que para mí, querida hermana. —Y con una sonrisa ambigua, por un instante, erró indolente en su bello rostro, un poco flácido—. Unid vuestro corazón a Judea, al país y a su espíritu, y acudid junto a vuestro romano. Para ti el problema está resuelto: amad a vuestro Tito, Nikión. Lo envidio, pero me es imposible disuadiros. Pensad, en cambio, en qué me queda a mí. Comprendo a los judíos tanto como a los gentiles pero ignoro la forma de conciliarlos. ¡Si me fuera posible ser como alguno de ellos! Veo el fanatismo de los unos, la barbarie de los otros y no puedo optar por ninguno de los dos.

En la calma de Tiberíades, Berenice esperaba ansiosamente las noticias del campamento de Tito. Al principio se obsesionó con la espantosa visión del desierto en que se había convertido la riente campiña de Jerusalén, el hedor del campo militar, el aullido de las fieras en acecho, que había sentido y oído tan de cerca, pero, poco a poco, la repulsión dio paso a la fascinación. La guerra es fuego y sangre, pero también es un gran espectáculo. La guerra huele intensamente, los rostros de los hombres se tensan por la fe y la pasión de morir heroicamente en el vértigo de un instante. Rodeada por la belleza arrobadora de Tiberíades, Berenice añoraba con ansia creciente el fragor del campamento, brutal y conmovedor. ¿Por qué Tito se mantenía en silencio? ¿Por qué no le escribía? ¿Sentía rechazo físico hacia ella? De su disgusto y de su vergüenza no lo responsabilizaba a él. Ella misma se sentía culpable.

Cuando supo que había comenzado la etapa crucial en la que se decidiría la suerte del Templo y que un consejo de gabinete presidido por el emperador iba a ocuparse del problema, no pudo resistir más y resolvió volver al campamento de Tito. Ese motivo justificaría sobradamente su presencia.

El príncipe experimentó un intenso sentimiento de triunfo al anunciársele la llegada de la princesa. Desde la huida de Berenice había sufrido su ausencia durante dos meses que le resultaron insoportables; durante ese tiempo muchas veces fue incapaz de dominar su nerviosismo, exacerbado por la pestilencia de la muerte y la sofocación del calor, que la hacía aún más mortificante. Sus intentos de lograr la

calma por medio de una compulsiva actividad dieron en principio buen resultado, ya que para entonces la guerra golpeaba en las mismas puertas del Templo. Allí donde se había alzado el fuerte Antonia, Tito tenía instalada su tienda. Ésta contaba con tres compartimentos: un gabinete de trabajo, una alcoba y un comedor. En el gabinete había colocado el retrato de Berenice, que, como todas las obras de Fábulo, estaba animado por una expresividad turbadora. Tito había decidido no privarse más del placer de contemplarlo y a menudo se detenía prendado de los grandes ojos castaño dorados de la princesa. ¿Cómo había sido posible que se le ocurriera la loca idea de tratarla como a una ramera hispana? Era una extranjera, pertenecía a una antigua nobleza, a un mundo muy distinto del suyo. Su pasión era tan ardiente como el primer día.

Buscaba en sus tablillas las frases de Berenice que él había taquigrafiado, las analizaba y sopesaba y volvía a admirar el retrato largamente, lleno de dudas. Sin embargo, no decidía nada. Esperaba.

Llegó el momento. Ella estaría nuevamente allí. Se adelantó a su encuentro, a mucha distancia del campamento. Berenice se mostró amable, jovial; no le manifestó ningún rencor. El triste paisaje del entorno de Jerusalén, los innumerables crucificados, las aves de presa, los rostros adustos y siniestros de los soldados, ese país de muerte, esa *Gehena*, no la intimidaron. Con paso firme atravesó el infierno en compañía del príncipe, *del hombre*. A su lado se sentía penetrada por una inmensa calma.

Cenaron. Él habló de su juventud, de sus soldados, de las fatigas que le causaban los judíos; los juzgó fanáticos, enfurecidos como jabalíes heridos, imprevisibles por sus constantes y desagradables ocurrencias. Con detalles, comenzó a contarle lo sucedido pocos días antes. Los judíos habían rellenado con betún, maderas secas y pez el techo de la galería porticada que unía el fuerte Antonia con el distrito del Templo y, después de atraer a los romanos hacia ese sitio, lo incendiaron. Naturalmente, los soldados se asaron como pescados, pero —advertía— con sus hombres nunca más podrían hacerse esas bromas impunemente.

Por su tono más parecía estar describiendo un atractivo deporte que relatando la guerra. Afirmó que nunca había eludido el peligro y que en varias ocasiones había estado mezclado en la lucha cuerpo a cuerpo. Metido en plena refriega, había sido herido dos veces y perdido su cabalgadura, por lo que sus oficiales le recordaban a menudo que tenía derecho a sustraerse al combate y a dejar que los soldados se ocuparan de él.

Tito proseguía su narración con interés y buen humor, sin hacer ninguna pausa ni siquiera para comprobar si ella lo escuchaba. De pronto advirtió en los ojos de Berenice una expresión que no era la del retrato de Fábulo. Él había visto en otras mujeres esa misma mirada, esos ojos velados, fijos en él.

Suavemente, sin dejar de hablar, con un gesto imperativo no exento de ternura, rodeó con sus brazos el talle de Berenice. Ella se abandonó y él no concluyó la frase:

en la mitad del relato se tendieron y se unieron.

La princesa permaneció a su lado con los ojos entrecerrados, sonriente. Tito apoyó su pesada cabeza de campesino —ahora parecía juvenil y lozana— sobre el pecho de la mujer. Suavizando su recia voz de jefe, le dijo:

—Sé que no habéis venido por mí, pero dejad que así lo crea, mi dulce y bella reina, mi bienamada. Pienso que habéis venido por vuestro Templo. Bendito sea, puesto que os ha traído hasta aquí. Siempre ha sido mi intención dejarlo en pie, y aun cuando deba sacrificar para ello diez mil hombres, tesoro mío, os aseguro que sobrevivirá. Porque es vuestro Templo, el marco adecuado para vos, y diez mil hombres no son un precio demasiado alto para conseguirlo. Reconstruiré también la casa de vuestra madre, subiréis por su escalinata, Nikión, con ese andar vuestro que me hace tan dichoso, y detrás alzaré vuestro Templo.

Berenice siguió tendida, los ojos entrecerrados, sonriente. Bebía cada palabra de Tito.

—Hombre, criatura, Yanik, Yaniki —le contestó en voz muy baja— es por vos que he venido, Yaniki.

El 21 de agosto, 1 de Ab del calendario judío, el gran «Julio» comenzó a perforar la muralla exterior del santuario. Estuvo funcionando durante seis días sin interrupción y el día 27, junto a otras máquinas que habían sido puestas en movimiento, seguía golpeando aunque sin éxito. Se intentó entonces un ataque directo, para el cual se colocaron dos escalas y avanzaron dos cohortes en formación de tortuga. Los judíos derribaron las escalas, y a los escaladores que habían comenzado a subir por ellas. Algunos legionarios, entre ellos el portador de la insignia, lograron alcanzar el muro, pero fueron abatidos de inmediato y los judíos se apoderaron del emblema.

Tito dio orden de incendiar las puertas, considerando que no faltaba a la palabra dada a Berenice ni contrariaba sus propósitos, porque las columnatas exteriores no eran estrictamente el Templo. Se quemaron las puertas, y la plata fundida de los ornamentos abrió paso al fuego desde todos los rincones conduciéndolo hacia las maderas del edificio. El incendio destruyó durante veinticuatro horas las galerías del norte y del oeste y, finalmente, los soldados se encontraron a pocos pasos de la impresionante mole del Templo.

El 28 de agosto, 8 de Ab de los judíos, mientras las compañías de bomberos romanos se esforzaban por apartar escombros, cenizas, ascuas y desechos de todo tipo, buscando un camino que los condujera directamente al Santuario, Tito convocó un consejo de guerra, que determinaría la táctica que habría de seguirse para dominar el edificio.

En el consejo participaron Tiberio, jefe del estado mayor, los generales al mando de las cuatro legiones: Cerealis, por la quinta; Lépidio, por la décima; Literno, por la decimosegunda; Frigo, por la decimoquinta, y Marcantón Juliano, gobernador de

Judea. En calidad de secretario, Tito designó a Josef.

El príncipe indicó que se leyera una carta del emperador. Berenice había sido correctamente informada: Vespasiano había reunido un consejo de gabinete para pedir la opinión de sus ministros acerca de qué debía hacerse respecto al Templo. Leída la carta, se supo que algunos habían opinado que era necesario destruir ese baluarte de la rebelión, ese centro y símbolo de la peste, que constituía el orgullo nacional de los judíos. Ése, según ellos, sería el único modo de eliminar de una vez para siempre su punto obligado de encuentro. Otros fueron del parecer que la guerra se hace contra los hombres y no contra los objetos inanimados, y que el prestigio de la civilización romana exigía que se conservase un edificio tan magnífico. El mismo emperador —concluía la carta— recomendaba al jefe de la expedición que respetase, en lo posible, el Santuario.

Los generales escucharon la lectura respetuosamente. Sabían que lo que estaba en juego era el triunfo; si destruían el Templo, la culminación de la campaña se coronaría de tanta gloria que nadie se atrevería a calificarla de punitiva ni llamar la atención sobre ese aspecto. El Senado, por tanto, se vería obligado a concederles las palmas triunfales. A todos deslumbraba la posibilidad de vivir una jornada de triunfo con todo el esplendor de su celebración en Roma, pero aunque ésa era la codiciada meta de cuantos se sentían con derecho a formar parte del cortejo triunfal, guardaron silencio, porque no estaba permitido a los militares hablar de los intereses particulares del ejército, ni en ese consejo ni en el del emperador.

No les resultaba nada difícil imaginar cómo se habría desarrollado la reunión presidida por Vespasiano. Seguramente el obeso Junio Thrax pronunciaría benévolas palabras al referirse al Templo, a las que el no menos obeso Claudio Regino habría agregado algunas frases vagamente conciliadoras, también en el mismo sentido. El ministro Talas, en cambio, exigiría enérgicamente la destrucción del edificio y, finalmente, todos habrían concluido contemporizando con ese «en lo posible» expresado en la carta, mediante el cual se endosaba al ejército toda la responsabilidad de la decisión. Pues bien, el ejército estaba capacitado para asumirla. Ambicionaba el triunfo. La inquietud que agitaba a los soldados, cuyo mayor anhelo era pisotear las ruinas del monumento, se posesionó también de muchos de los jefes. «¡Hep! ¡Hep!», los azuzaba una voz interior. «Respetar el Santuario en lo posible», era fácil decirlo en Roma, pero ¿dónde empieza y dónde termina lo posible?

Tiberio Alejandro fue el primero en hacer uso de la palabra. Empezó diciendo que —según sus informaciones— a sus compañeros del consejo les interesaba fundamentalmente subir las escalinatas del Capitolio. Y así como ellos deseaban llegar a esa meta, él estaba interesado exclusivamente en el sometimiento del país, por considerarlo perfectamente razonable. Agregó —concisa y afablemente como acostumbraba hablar— que salvar el edificio del Templo implicaría grandes pérdidas pero que diez mil hombres podrían ser reemplazados algún día; en cambio el Templo no tenía igual y jamás sería posible su sustitución.

Si —como estaba seguro— los romanos iban a ser los indiscutibles vencedores, porque contaban con cien mil hombres contra quince mil que todavía defendían las murallas, la posibilidad de evitar la destrucción del Templo le parecía bastante evidente.

El general Frigo, de la decimoquinta legión, protestó y fue apoyado por el general Literno. «Ciertamente, podría conservarse el Templo para el imperio y para el mundo al alto precio de diez mil legionarios romanos —dijo—, pero me resulta impensable que el emperador, que ama a sus soldados, quiera llevar tan lejos el límite de lo posible. Muchos miles de hombres han perecido ya en forma horrible, desollados o quemados, por los métodos desleales de los judíos. Nadie tiene el derecho de exponer a otros miles a la misma suerte. Los soldados ansían incendiar el Templo y adueñarse del oro que allí se guarda. Negarles esa mínima represalia provocará en el ejército un descontento absolutamente legítimo». Mientras Literno ovacionaba ruidosamente estas palabras, Tiberio Alejandro sonreía, invariablemente amable. Frigo era para él el prototipo detestable del oficial obtuso y pagado de sí mismo y de su fuerza. Un general de esa especie quería el triunfo para su beneficio y nada más; un hombre semejante nunca comprendería cuánto significaba un monumento con cuyo ejemplo se había formado el gusto de muchas generaciones: lo aplastaría bajo sus botas de soldado con tal de marchar directamente al Capitolio, sin apartarse un ápice de su camino.

Pero ya el gobernador de la provincia de Judea, Marcantón, había comenzado a hablar. Este funcionario no se preocupaba más que de su distrito y de su futura administración. No quería asumir otras responsabilidades. No dudaba de que al ejército le sería posible aplastar la revuelta, aun respetando el Templo. Pero ésa no sería sino una solución provisional. Nadie admiraba más que él la belleza artística del edificio pero los judíos lo habían transformado en fortaleza, y fortaleza seguiría siendo aunque los rebeldes fueran sometidos. ¿Acaso en otras ocasiones Roma había dejado en pie alguna fortaleza en un país conquistado, después de aplastar el levantamiento del pueblo que se le había resistido? Había que arrasar el Templo si se deseaba evitar que los judíos, una vez retirada parte de las tropas, pensasen en nuevas sublevaciones. Si se decidía conservarlo, ese pueblo levantisco interpretaría el gesto, seguramente, como un signo de debilidad más que de grandeza. Como gobernador de Judea, responsable ante Roma del orden y de la tranquilidad de una provincia tan compleja, pedía encarecidamente que el Santuario fuera destruido: no debía quedar en pie.

Tito escuchaba y algunas veces tomaba notas maquinalmente. El deseo de los generales y de los soldados le parecía comprensible porque él mismo ansiaba obtener el triunfo. Pero, a diferencia de ellos, en sus cavilaciones se decía que Yahvé era un adversario muy temible; solamente la tenacidad con que su pueblo lo defendía le indicaba que no debía ser menospreciado, aunque a él siguiera pareciéndole ridículo. «En lo posible...» —suspiró—, al recordar la fastidiosa frase. ¡Cuánta ambigüedad

contenía la carta de Vespasiano!

Después que los asistentes expusieron sus opiniones, sólo faltaba conocer la suya, que todos esperaban angustiosamente. Hasta a Tiberio Alejandro, tan dueño de sus emociones, le costó disimular un ligero estremecimiento. Tres votos se habían decantado por la preservación del Templo y tres por su destrucción.

Josef, mientras tanto, arañaba impaciente la mesa con el extremo agudo de su estilete; había escuchado atentamente y aunque no logró anotar todo, confiaba en su memoria. Los argumentos de los militares no carecían de fundamento pero escondían su móvil más importante: el deseo de un triunfo en Roma. Tito, por su parte, había prometido a Berenice —y se había prometido a sí mismo— la preservación del Santuario, pero era un soldado, y en su condición de soldado su máxima aspiración sería lógicamente el triunfo. ¿Resistiría? ¿Arriesgaría la obtención de tan codiciada recompensa sólo por dejar en pie la morada de Yahvé?

Tito cavilaba. Pero, en lugar de sopesar los pros y los contras de la situación, su pensamiento divagaba en torno a la extraordinaria astucia de Yahvé. Él había puesto en su corazón una pasión tan turbadora por Berenice y, aunque le constaba que ella se le había entregado espontáneamente, era el mismo Yahvé quien impedía que sus deseos se aplacasen. ¡Cómo se burlará mi padre cuando sepa que he incendiado el Templo! «Ya veis, mi vieja Cenis —dirá— no ha podido evitarlo: concedámosle el triunfo».

Había permanecido unos segundos en silencio.

—Me inclino —dijo al fin— por la opinión de quienes creen posible la conservación del monumento. Las legiones romanas sabrán dominarse virilmente, estoy seguro, aun cuando se les dé por una vez una orden que no les resulte agradable. Muchas gracias, señores.

Frente a la tienda de Tito, siguiendo una antigua costumbre de los campamentos, todos los atardeceres la banda de música ejecutaba el toque de retirada, la fanfarria, símbolo del más alto poder militar. Tito, de pie en la puerta, disfrutaba un placer especial al escuchar esa música. Los doscientos músicos se acomodaban en sus puestos y a la señal de comienzo arremetían con brío carente de belleza. Retumbaban entonces los tambores, resonaba el zumbido y el mugido de los cuernos y las flautas y la estridencia de las agudas notas de las trompetas de la caballería. El corazón de Tito se regocijaba ante ese espectáculo de la tropa abigarrada y jubilosa, que tocaba exclusivamente en su honor.

Terminada la fanfarria se daba paso a lo más importante: la proclamación de la palabra de orden y del programa de trabajos de la jornada siguiente, que se efectuaba solemnemente. Cada una de las cuatro legiones, por riguroso turno, enviaba a su primer centurión para ser informado por el general en jefe del contenido del comunicado que él, a su vez, debería transmitir con el mismo ceremonial.

En la tarde de aquel 28 de agosto Tito fue desagradablemente sorprendido cuando se le presentó Pedán, el primer centurión de la quinta legión, para recibir la orden más importante de todas las que había impartido desde hacía bastante tiempo. El texto había sido modificado y corregido tres veces por el príncipe, antes de darle su forma definitiva. Entregó la tablilla al oficial, quién, asiéndola entre sus gruesas manos no muy pulcras, leyó: «Palabra de orden: Que Judea perezca. Orden: en la jornada del 29 de agosto, los trabajos de extinción del fuego y limpieza en los costados norte y oeste del Templo deberán ser concluidos, cueste lo que cueste, a fin de que en la madrugada del 30 el terreno esté listo para el ataque. Si el enemigo intenta perturbar a los destacamentos de trabajadores, se procederá con rigor, sin tocar las construcciones que forman parte del Templo propiamente dicho».

Conforme al reglamento, Pedán leyó la orden en voz alta. El primer centurión de la quinta, con su único ojo y su mente maliciosa había captado el sentido de la orden antes de comenzar su lectura. Leyó, pues, sin prisa, de pie frente a su jefe. Pedán era corpulento y ancho de espaldas; se afeitaba al ras la cara sonrosada y su poderosa nuca le daba el aspecto de un toro. De su boca ancha brotaron las palabras de la orden con ritmo uniforme pero, en la frase «se procederá con rigor», puso un énfasis especial. Cuando leyó, al final: «Sin tocar las edificaciones...», aunque ciertamente no aceleró la lectura, dio la impresión de no haber comprendido muy bien. Su mirada interrogante se posó en el jefe, vacilando como si hubiese cometido un error. Por segunda vez Tito pudo ver con claridad en el ojo de este hombre fuerte y pendenciero el mismo sentimiento que había adivinado tras las palabras de sus generales: asco y a la vez desenfrenado deseo de ser los primeros en arrojar la antorcha incendiaria en el lugar más recóndito del interior del Templo.

Se produjo un breve silencio. El centurión seguía mirándolo, incrédulo pero atento. No cabía la menor duda: esperaba una explicación.

«Sí, tienes razón, mi bravo Pedán, y también la tienen los otros. Haced lo que os plazca. Todos hacemos que nuestra responsabilidad caiga sobre los demás. Todos lo desean pero nadie se atreve a tomar la iniciativa. Tú eres un hombre, mi bravo Pedán: hazlo tú». Tal vez éstos fueron los pensamientos de Tito mientras Pedán aguardaba. En realidad, no pensó en nada concreto y no pronunció ninguna palabra; muy por el contrario, el príncipe se cuidó mucho de que nada de eso sucediera. De sus labios sólo se asomó una sonrisa, que fue percibida por el primer centurión de la quinta legión. ¿Dijo algo? El general creyó oír una exclamación, una especie de «¡Hep! ¡Hep!» pero, naturalmente, eso era imposible. Entonces el oficial, tal como lo exigía el reglamento, ciñó la tablilla contra su pecho, saludó con el brazo extendido y la mano abierta y, una vez que su jefe le dijo: «Gracias», se retiró. No había ocurrido nada.

Tito compartió esa noche el lecho de Berenice. Su sueño fue agitado. Ella le oyó murmurar: «Devuélveme la tablilla».

Ya en su tienda, el centurión Pedán releyó el escrito, aunque recordaba perfectamente el texto de la orden. Entreabierta de satisfacción, su boca parecía aún más grande. Nadie podía negar que el calor de ese país, las odiosas moscas, particularmente aficionadas a su piel sonrosada, el hastío agotador del asedio, eran sumamente desagradables. El favorito del ejército, el condecorado con la corona gramínea, habría podido ahorrarse tantas molestias ya que, el año anterior, al suspenderse las operaciones en Judea, se había trasladado a Italia con un contingente de Muciano, para participar en la campaña contra Vitelio. Tuvo la oportunidad de permanecer allí, ingresar en la guardia y alcanzar los grados superiores. Pero ahora, teniendo en su poder la tablilla, ya no lamentaba haber regresado para ocupar su puesto como primer centurión de la quinta, en ese maldito sitio a la innoble Jerusalén.

Pedán era ante todo un soldado. Había servido en el ejército desde la mínima edad reglamentaria, y le gustaba comer bien, brincar tras las rameras, beber un poco en todas partes y entonar rudas canciones. Se había adiestrado en el tiro al blanco y la esgrima y, no obstante su corpulencia, era ágil y fuerte. Estaba orgulloso de su persona y le gustaba contemplarse en el bonito espejo de oro que llevaba consigo y, cuando no lo tenía a mano, en los regatos que encontraba en los caminos o en el reflejo del escudo. Le agradaban sus rasgos. Cuando perdió el ojo, recurrió al mejor especialista para que le tallara uno artificial como los que se hacían para las estatuas, lo que no menoscabó la autocomplacencia que le producía su físico ni se entristeció por haber recibido esa herida. Le gustaba el peligro y la compensación del botín conquistado. Gracias a su participación en varios saqueos, a las gratificaciones recibidas por algunos servicios privados y a ciertos hábiles tráficos ejercidos en el campamento, había acumulado una considerable fortuna que tenía depositada en un banco de Verona, y que iba incrementando con los intereses año tras año. Algún día, cuando estuviera viejo y sin dientes, se retiraría a esta ciudad donde, seguramente, por ser favorito del ejército y condecorado con la corona gramínea, se le asignaría un cargo importante desde el cual haría girar los asuntos de la ciudad a su conveniencia.

Pero por el momento tenía mejores cosas que hacer: por ejemplo, esa curiosa orden a la cual ansiaba obedecer, por haberse percatado que nadie había sabido interpretar su oculto sentido y que él era el único que podría darle cumplimiento. El extravagante mandato lo resarcía de haber abandonado la frondosa Italia por estar con su legión, pues este primer centurión, tan insensible en general a las personas, este centurión Pedán que con espíritu deportivo abatía al adversario con total indiferencia, abrigaba un sentimiento de odio particular contra los judíos. Todo lo que tuviera relación con ellos: la lengua, las costumbres, las creencias, y hasta el aliento, lo exasperaban. De los orientales opinaba genéricamente que eran unos bárbaros malolientos e infectos, de hábitos absurdos pero, además, a los judíos los consideraba tan holgazanes que ni siquiera el temor de la muerte podía convencerlos de trabajar en un día sábado. ¡Si hasta tenían un río en el país al que llamaban Sabático porque su curso se interrumpía el séptimo día de la semana! Al comienzo de la guerra —y él

lo había comprobado personalmente— los judíos se dejaron matar sin defenderse porque la Ley los obligaba a ser remolones. Los muy imbéciles creían que las almas de los que respetaban esos indignos mandamientos permanecerían eternamente vivas gracias a su Dios. Las creencias de esos desvergonzados los volvían insensibles a cuanto seduce o espanta al resto de los mortales y los hacían sentirse superiores, como si fueran legionarios romanos. Despreciaban y odiaban a todo el mundo y si practicaban la circuncisión era sólo para distinguirse de los demás. Esos provocadores testarudos parecían machos cabríos. Cuando estaban a punto de morir en la cruz, clamaban: «Yahvé, Yahvé es nuestro Dios». Se había dicho en un tiempo que ese Dios era un asno y se aseguraba que se lo adoraba en el Sancta Sanctorum, pero no era cierto porque esos forajidos delirantes creían en un Dios que no se puede ver ni tocar, un Dios tan desvergonzado como ellos, un Dios que sólo podía ser concebido por el espíritu. Muchas veces Pedán se había divertido observando la reacción de los crucificados a quienes había querido disuadir de semejantes locuras. Pero no y no, esos tozudos seguían creyendo en su Dios y sólo gritaban «Yahvé, Yahvé», antes de expirar. Pedán era un enemigo convencido e intransigente de esos disparates y estaba decidido a acabar con ellos. La vida no merecería ser vivida si en esos gritos hubiera algo de verdad, aunque no fuera nada más que una pizca. Pero, por supuesto, eso era imposible.

El centurión Pedán recorrió la tienda con paso tambaleante y un rictus de desprecio le contrajo la gruesa boca. Si ese Yahvé existía de verdad, por poco que valiera debería proteger su morada. Pero no podría: el primer centurión de la quinta se encargaría de impedirselo. Por esa causa había decidido permanecer todo el verano maloliente frente a la infecta Jerusalén. Le jugaría una mala pasada a Yahvé, le demostraría que no valía nada, que su Templo no era otra cosa que una concha vacía.

Recordó la expresión del príncipe mientras leía el texto de la tablilla. «Sin tocar los edificios que forman parte del Templo propiamente dicho». ¿Qué significaba «sin tocar» y qué sería eso del «Templo propiamente dicho»? «Se procederá con rigor contra el enemigo»: esta orden sí había sido expresada con claridad, era una orden comprensible.

«¡Hep! ¡Hep!», se dijo el centurión, que esa noche estaba de muy buen humor. Bebió, contó historias obscenas y demostró una alegría feroz que los otros oficiales —a quienes aventajaba en todo— no podían compartir. Por algo Pedán era el favorito del ejército.

A la mañana siguiente, el centurión se lanzó con sus soldados a la tarea de despejar el terreno de escombros. Apartaron con las palas las ruinas humeantes y retiraron las piedras con el propósito de construir una senda amplia y recta que los condujera a la puerta del Templo. Ésta estaba revestida de oro y daba la impresión de no ser de gran tamaño. A la izquierda, a la altura de dos hombres de pie, aproximadamente, se abría

una ventana con marco de oro. Los muros, blancos, se alzaban gigantescos e inquebrantables y sólo estaban perforados por pequeñas ventanas abiertas a mucha altura del suelo.

El trabajo era fatigoso, sucio, agotador y los judíos no daban señales de vida. Nadie asomaba la cabeza por las ventanas y la puerta continuaba cerrada. Pedán sentía gran indignación porque a él y a sus hombres se les obligaba a limpiar la basura de los judíos. Transpiraba, mortificado por la tarea. De pronto dio la orden de cantar, y él mismo entonó con voz chillona la ruda canción de la quinta legión: «¿Para qué sirve nuestra quinta? / El legionario lo hace todo/ hace la guerra y lava su ropa / echa abajo tronos / y hace la sopa/ vacía las letrinas /y protege al emperador/ y si es necesario amamanta a los niños. / El soldado debe saberlo todo/ para todo sirve nuestra quinta». Cuando ya habían repetido el estribillo por tercera vez el enemigo apareció. La puerta, que a primera vista les había parecido pequeña era, sin embargo, lo bastante amplia como para dejar pasar en tropel una muchedumbre de judíos en un tiempo increíblemente breve. Los soldados cambiaron las palas por las espadas y los escudos. El espacio era escaso y resultaba muy difícil en esas condiciones auxiliar a los compañeros que caían sobre las ruinas humeantes. «¡Macabeo!», gritaban los judíos. «¡Abajo Judea!», respondían los romanos. Ésta fue una auténtica batalla. Muchos judíos caían sobre las ascuas, pero los que quedaban luchando no se amilanaban por ello; en grupos compactos rodearon al portaestandarte y lo abatieron, y la misma suerte corrió quien lo reemplazó. «¡Macabeo!», gritaban sin parar los judíos. Cuando tuvieron en su poder la insignia romana se replegaron, llevándola triunfalmente al interior del Templo.

Llegaron refuerzos romanos y en el ataque siguiente los judíos no lograron tan buen resultado como en el primero, aunque la pequeña puerta continuaba vomitando soldados incesantemente. Pedán maldecía y con su maza golpeaba a sus hombres que, finalmente, lograron rechazar a los judíos. Algunos romanos, que habían penetrado en el Templo persiguiendo al enemigo en el momento en que la puerta comenzaba a cerrarse, quedaron atrapados. Éstos estaban perdidos, pero a cambio habían logrado ahuyentar a los judíos.

Pedán rechinaba los dientes: sus hombres habían demostrado menos energía de la que esperaba. Era necesario atacar en formación de tortuga. Los soldados, por su parte, comprobaron estupefactos que sus máquinas de asedio no habían logrado hacer mella en el muro gigantesco que se alzaba ante ellos. Puesto que no contaban con artillería que los resguardara, ¿qué pretendía el primer centurión? ¿Que demoliesen la pared con las manos? Sin embargo, obedientemente, juntaron los escudos por encima de sus cabezas y avanzaron. Esperaban la orden de Pedán para atacar la puerta pero, curiosamente, éste no dijo una palabra y los condujo hacia la ventana con marco de oro.

Siguieron avanzando hasta llegar a tan corta distancia del muro que los hombres de la primera fila se apoyaron en él. Entonces fue cuando se produjo algo

inimaginable, que ni siquiera la veterana primera cohorte de la quinta legión — acostumbrada a lo imprevisible— había visto jamás. El centurión Pedán, protegido por su pesada coraza, se encaramó sobre los escudos de la última fila y avanzó sobre ellos con las piernas separadas, haciendo crujir el metal con sus botas claveteadas. ¡Por Hércules, fue capaz de conservar el equilibrio sin caerse, sosteniendo con una mano una antorcha encendida! La arrojó por la abertura enmarcada de oro y enseguida ordenó con un grito: «¡Otra!». Los soldados se la dieron de inmediato, después de encenderla en las ascuas de los escombros y así las siguientes. Bajo los escudos, los hombres sudorosos resistían a duras penas. No oían otra voz que la de su jefe gritándoles «¡otra!» y «¡Hep! ¡Hep!», e igual que los que encendían las antorchas ansiaban comprender qué era lo que se estaba preparando, pero en ningún momento dudaron de que el favorito del ejército, su primer centurión, sabía muy bien de qué se trataba.

En efecto, él lo sabía muy bien. Había estudiado cuidadosamente el plano del Templo por lo cual estaba informado de que, en ese lugar, precisamente en la sala de la ventana con marco de oro, los judíos almacenaban la provisión de madera recogida durante la fiesta del árbol: cada habitante de Jerusalén y cada peregrino había depositado allí una gavilla. «Se debe proceder con rigor» contra el enemigo: era lo que recordaba Pedán, y arremetía. Ordenaba que le pasaran más antorchas, las arrojaba y gritaba «¡Hep! ¡Hep!» y «¡otra más!». Los soldados oían rechinar los clavos de sus botas pisando los escudos sobre sus cabezas y se estrechaban un poco más, encorvados hasta el máximo, gimiendo de esperanza.

Finalmente, cuando del interior surgió un estrépito y una columna cada vez más densa de humo comenzó a elevarse, Pedán ordenó:

—¡La escala!

Era demasiado corta y, por lo tanto, sólo izándola sobre la tortuga podría subir por ella. La escala oscilaba espantosamente pero los hombres se mantuvieron firmes bajo los escudos y así fue como el centurión, atravesando la nube de humo, traspuso la ventana y penetró en el Templo. Entre la humareda y el griterío se precipitó hacia la puerta, corrió el cerrojo y, finalmente, apareció en el vano con su cuerpo ennegrecido, gesticulando. La misma puerta que en un tiempo increíblemente breve había vomitado una muchedumbre de soldados judíos, ahora engulló rápidamente a los cincuenta soldados de Pedán, que en pocos instantes fueron cien.

El interior del Templo estaba enteramente recubierto por láminas de madera de cedro, que se habían resecado excesivamente por el calor intenso del verano. Fácilmente fueron presa de las llamas. Antes de que se conocieran exactamente los hechos, en el campamento romano se produjo un clamor extraordinario: «¡Hep! ¡Hep! ¡Extended el fuego! ¡Avanzad los escudos!». Los gritos se sucedían y nadie aguardaba a recibir órdenes ni nada habría podido hacerse para detener a los soldados romanos. La pequeña puerta continuaba devorándolos por centenares y en muy poco tiempo las otras puertas del Templo quedaron reducidas a astillas. Fueron aniquilados

los equipos de bomberos judíos y los romanos avanzaron en filas de a dos, hombro con hombro, juntando los escudos y segando vidas a derecha e izquierda.

La mayor parte de los soldados judíos se encontraba en los fuertes y las torres de la Ciudad Alta. En el Templo sólo había quedado un millar de hombres. Cuando los romanos incendiaron el Santuario se escucharon los alaridos desesperados de sus defensores, intentando apagar las llamas. El incendio, de reducido alcance en un primer momento, persistió tenaz e incontrolable. Evidentemente era imposible extinguir el fuego y luchar contra los invasores. Juan y Simeón, reclamados urgentemente, reconocieron su impotencia para hacer ambas cosas a la vez y ordenaron retirarse al grueso de la guarnición hacia la Ciudad Alta: pequeños destacamentos se harían cargo de la protección de las puertas para cubrir la retirada.

Éstos sabían que encontrarían una muerte segura pero ninguno rehusó. Efraím se presentó voluntario y fue aceptado. Juan de Giscala posó una mano sobre la cabeza del muchacho y le dijo:

—Sois digno. Propagad la fe, hijo mío.

Los doctores eminentes acostumbraban hacer ese gesto, imponiendo las manos a sus alumnos, cuando les otorgaban el título y la autorización de transmitir la doctrina.

Los romanos eliminaron rápidamente a la reducida tropa que defendía la entrada; ganaron la escalinata y descendieron al patio donde se erigía el altar de los holocaustos, con su inmensa balaustrada y sus alas enormes, construidas para la eternidad con bloques de piedra rústica. Allí, unos cincuenta judíos habían instalado una balista. A los gritos de «¡Macabeos!» los romanos contestaron «¡Hep! ¡Hep!» y «¡Abajo Judea!», precipitándose en dirección al altar. La máquina lanzó piedras y balas de hierro sobre ellos pero los romanos no cesaron de avanzar. En pocos momentos la rodearon desde ambos flancos y asaltaron la balaustrada. Eran hombres de la quinta, legionarios de Pedán. Producían un alboroto formidable que sólo lograba dominar la voz osada y potente que entonaba la ruda canción de la legión. Poco a poco todos cantaron al unísono. Ya no se oía el grito «¡Macabeos!» sino únicamente el sonsonete «¿Para qué sirve nuestra quinta? / El legionario lo hace todo/hace la guerra y lava su ropa. / Para todo sirve nuestra quinta».

Rápidamente se apoderaron de la otra puerta exterior de ese lado de la muralla, la abrieron y la invasión cundió en todo el recinto. En filas de a dos, avanzando siempre con los escudos al frente, el rostro ligeramente girado hacia un lado, hombro con hombro, los soldados fueron exterminando acompasadamente al enemigo. Habían llegado por los flancos y, rodeando a los judíos que encontraban a su paso, los empujaban hacia el altar, en cuya ala derecha —donde el jefe del servicio divino daba la señal a los sacrificadores y levitas— se encontraba Pedán. Sonaron a su alrededor los cantos de la quinta legión, y el centurión unió su voz a la de sus hombres, mientras blandía alternativamente la espada y la maza, partiendo el cráneo de los

judíos que llegaban, empujados incesantemente por los romanos. Gritaban: «¡Oye Israel!» y Pedán, desde un extremo de la balaustrada, les asestaba un golpe certero. Las espadas segaban, la sangre corría y los cadáveres de los judíos se amontonaban a los pies del altar.

Tito se había retirado a su tienda, en procura de reposo. De un salto se incorporó y vio la humareda y el fuego y el avance precipitado de las legiones, obedientes a una orden que nadie había impartido. Salió precipitadamente de su tienda y, tal como estaba, sin las insignias de su grado y sin su armadura, se introdujo en el violento y jubiloso tumulto. Muchos lo reconocieron pero trataron de que él no lo advirtiera. Por el contrario, le gritaron, presurosos y eufóricos:

—¡Venid con nosotros, camarada!, ¡corred con nosotros!, ¡propagad el fuego! ¡Hep! ¡Hep!

Tuvo la intención de contenerlos, de poner orden en el caos. Pero ¿era sincero su propósito? «¡Hep! ¡Hep!», exclamó a su pesar, como uno más. Y enseguida:

—¡Propagad el fuego, camaradas!

Los centinelas que vigilaban su tienda —y que lo habían visto salir— rápidamente dieron la alarma a los oficiales y los guardias se abrieron paso tras él, en medio de la baraúnda. Cuando lo alcanzaron ya había penetrado en el Templo. Pero entonces había vuelto a ser dueño de sí mismo. ¿Verdaderamente había sido él quien gritó junto a los otros?

—¡Apagad el fuego! ¡Agua! —clamó entonces.

Y sus oficiales repitieron:

—¡Agua! ¡Agua!

Abalanzándose contra los soldados enajenados, los oficiales siguieron gritando:

—¡Apagad el fuego! ¡Traed agua!

Pero los centuriones golpearon con sus mazas a esos energúmenos. Había sido una locura pretender detenerlos. Todo el ejército estaba embriagado por la sangre y la rabia desenfrenada. ¡Habían esperado tanto tiempo, sin vislumbrar el final, soportando el calor bochornoso durante tantos meses con la esperanza de que llegara esta ocasión para aplastar el Templo con sus botas! Vengaban sus padecimientos con impresionante energía, precipitándose, en una abigarrada mezcla, las legiones romanas y los contingentes árabes y sirios. Nadie quería quedarse atrás y todos se daban prisa para no ceder el primer puesto. Como los vertiginosos acontecimientos habían impedido que la senda pudiera construirse, los soldados que llegaban a último momento pisoteaban las ascuas, se atropellaban y se empujaban sin consideración sobre las ruinas humeantes, avanzando sobre montañas de cadáveres.

Tito comprendió que era inútil oponerse a la furia desatada de su ejército. Entonces penetró con sus oficiales en la nave central del Templo, separada por una espesa muralla de las salas incendiadas. Elevado y fresco, impenetrable al calor y a

los ruidos exteriores, el recinto sagrado apareció ante sus ojos. Allí estaban el gran candelabro, el altar de los perfumes, la mesa de los panes de proposición. Tito se acercó a la cortina que custodiaba el misterio del Santísimo, con pasos lentos y vacilantes. Desde los tiempos de Pompeyo ningún romano había estado allí. ¿Qué había detrás de la cortina? ¿Quizá un ídolo, una cabeza de asno, un monstruo, mitad hombre, mitad animal? Con sus gruesas manos, Tito levantó el velo por un extremo. Detrás acechaban expectantes los oficiales, entre los cuales el más tenso era Pedán. ¿Qué se ocultaba del otro lado? El príncipe apartó la cortina. Ante sus ojos apareció una pequeña sala rectangular, suavemente iluminada. Tito entró y percibió el olor de la tierra y de la madera muy antigua. En medio de la habitación sólo había una piedra desnuda y tosca, que coronaba la colina sobre la que se erguía el Templo. El vacío era absoluto, oprimente.

—¡Esto es todo! —graznó el centurión Pedán, encogiéndose de hombros—. ¡Insensatos!

Al volver a la antesala iluminada, el príncipe pudo respirar profundamente. No fue indiferente a la noble sobriedad del Santuario, a sus bellas proporciones y a la subyugante simplicidad de los objetos sagrados, que colgaban de los muros.

—Debemos salvar todo esto, señores —dijo sin elevar la voz, pero con firmeza—. No debemos destruir tanta belleza.

El centurión se echó a reír. Habían incendiado todas las puertas y se oía el crepitar de las llamas; evidentemente, la orden llegaba demasiado tarde.

Los soldados se apoderaron apresuradamente de los objetos del culto. Eran de oro macizo, muy pesados. Entre diez, jadeando, trataron de transportar el gran candelabro pero tropezaron, lo dejaron caer y la mole aplastó a uno de los hombres. Azuzados por las voces del príncipe y los golpes de los centuriones, volvieron a cargar los utensilios sagrados y se los llevaron fuera de ese recinto que ya había comenzado a arder y amenazaba desplomarse en cuestión de segundos. Se llevaron los doce panes de la proposición, las ofrendas, las trompetas de plata de los sacerdotes; plegaron la magnífica cortina babilonia, cuyos bordados representaban el cielo. De pie en las gradas del Templo, en medio del incendio devastador, el príncipe contemplaba el candelabro y la mesa de los panes, conducidos hacia el campamento por encima del tumulto, de los cadáveres, de los cascos y escudos de los soldados, bamboleantes como naves que se deslizaran sobre un mar borrascoso.

Mientras tanto, los legionarios, embriagados de sangre y de triunfo, no cesaban de alborotar. Arrasaban todo a su paso, arrancaban los ornamentos de oro y de plata de las puertas y de los muros, trepaban por las paredes exteriores para descolgar los trofeos, a riesgo de desnucarse. Eran los estandartes y las armas de los antiguos reyes de Siria, y la insignia de la décima legión, arrebatada hacía cuatro años a Cestio Galo. Saqueaban los vestuarios, los almacenes de provisiones y los de instrumentos. Con

los brazos cargados con ricos objetos exóticos corrían de un lado a otro de la enorme nave. Ésta era la culminación de la campaña: la destrucción y el saqueo de la morada del Dios invisible, que había costado la vida a millares de camaradas y fatigas y disgustos innumerables. Éste era el momento de disfrutar de la victoria. Gritaban, se empujaban, reían como niños, brincaban y bailaban, golpeando con las botas claveteadas los mármoles y mosaicos cubiertos de cadáveres y de ensangrentados brazaletes con el distintivo de los macabeos.

Una muchedumbre de soldados se había agolpado en los oscuros pasadizos que conducían a las cámaras del tesoro. Ansiosos por continuar el saqueo, los soldados no estaban dispuestos a esperar que las puertas —que aún se mantenían cerradas— fueran abiertas por medio de palancas u otros artilugios, y procedieron a incendiarlas. El fuego se extendió y, en poco tiempo se produjo un torrente de metal fundido que penetró en las cámaras del tesoro, arrastrando en confusa mezcla las ofrendas de los emperadores romanos y de los reyes de los partos; el dinero ahorrado por la gente humilde de Galilea y las fortunas de las familias más ricas de Jerusalén y de las ciudades marítimas; miles de monedas de oro, de plata y de bronce, acuñadas por los «Vengadores de Israel» con el emblema de la soberanía de los macabeos y la fecha: primero, segundo y tercer año de la liberación.

Desgarrados caían los inmensos cortinajes y sus fragmentos abrasados quedaban suspendidos, revoloteando en el aire. Las maderas se quebraban con estrépito y al derrumbarse arrastraban trozos del muro. Pero, súbitamente, más alto y poderoso que el crepitar del fuego, el estrépito de las vigas, los cantos salvajes de los soldados y los lamentos de los moribundos, se escuchó el sonido de la *magrefá*, la trompeta de cien notas, estridente como un aullido, que resonó espantosamente en las montañas circundantes. Los romanos habían intentado llevársela pero por su excesivo peso y su aparente inutilidad la abandonaron. Un soplo del fuego la había hecho sonar.

El sonido pareció despertar a la Ciudad Alta. Después que los soldados judíos hubieran cortado los puentes que la unían al Templo, había quedado aislada en su colina. Los habitantes, extenuados y hambrientos, vieron propagarse la humareda y las llamas hasta abrasar la montaña blanca del Templo, desde la base a la cima, y sus gargantas reseca no pudieron articular más que un débil gemido. Sin embargo cuando los millares de habitantes de la Ciudad Alta escucharon el poderoso aullido de la trompeta sagrada, estalló en ellos lo que quedaba de vida y el lamento se transformó en un aullido, un clamor agudo, ininterrumpido, estridente, prolongado por el sonido que se repetía en las montañas.

Aquel día muchas personas habían bajado de la Ciudad Alta al Templo incitados por el doctor Nittai, quien aseguraba haber tenido una visión y escuchado una voz. Pese a su agotamiento, el doctor se había dirigido a la Ciudad Alta para exhortar a los habitantes a bajar al Santuario donde, decía, Yahvé se les mostraría como Salvador y

Redentor. La palabra del iluminado fue tan persuasiva que convenció a los que aún conservaban un mínimo de fuerzas para arrastrarse. Muy pocos pudieron salvarse junto con las tropas que se retiraban, pues los puentes que conducían a la Ciudad Alta eran demasiado estrechos y los soldados los destruían a medida que los atravesaban. Los rezagados se encontraron expuestos a las llamas y a los romanos, que brotaban por todos lados, por lo cual no les quedó otra solución que refugiarse en la planta inferior del gran edificio del Templo, bajo la galería de columnas del ala sur, situada directamente sobre el abismo. Pero allí también llegaron los romanos, empujando a un grupo de judíos desde el interior del Santuario. Al bajar por la escalinata, los legionarios sorprendieron a una multitud de hombres, mujeres y niños —entre los que había grandes personajes y personas humildes, es decir, una masa de vida humana— refugiada en las columnas. Tal contingente posiblemente significara a sus ojos una suma de dinero bastante considerable, si bien el precio de los esclavos había bajado bastante a causa de la gran cantidad de prisioneros que había en el mercado, pero en el peor de los casos podrían venderlos por docenas a los empresarios de los Juegos públicos. Sin embargo, ése no era el momento apropiado para hacer cálculos. Los de la quinta legión querían divertirse y habían pagado un precio muy alto por el espectáculo. Rodearon la columnata de modo que los judíos quedaron aprisionados entre ellos y el abismo. Pero en ese momento llegó un grupo de oficiales superiores, entre ellos el general Lépidio, comandante de la décima, quienes dieron la orden de aguardar al general en jefe. Los legionarios, impacientes, se preguntaban por qué el general de la décima quería arruinarles la diversión, a ellos que habían reconquistado para él la insignia caída cuatro años antes. Ni siquiera se molestaron en protestar, sólo se pusieron a reír a carcajadas. Estaban de excelente humor y, por otra parte, ni los mismos oficiales esperaban que el ejército se dejaría arrebatar ese contingente de carne viva.

Colocados frente a las columnas, en cuatro filas por fondo, comenzaron a incendiar el artesonado. Ciertamente, resultaba muy cómico asistir al baile de los de la galería. Algunos de ellos pretendieron huir pero fueron abatidos inmediatamente. No les quedaba otra salida que trepar por el muro y saltar al precipicio. Vacilaban. Se mecían maquinalmente, dudando entre arrojarse al vacío y morir o huir y morir por la espada o quedarse allí y morir por el fuego. Los soldados, cada vez más excitados, advirtieron la incertidumbre de los judíos, que, sin cesar, clamaban: «¡Oíd, Israel, Yahvé es único!».

Habían escuchado muchas veces ese grito de muerte pero nunca de la boca de tantos judíos, por lo que, para extremar la burla, los romanos repitieron a coro: «¡Yahvé! ¡Yahvé!», imitando el rebuzno de un asno.

Entre los acosados se encontraban dos integrantes del Gran Consejo, a quienes el legado Paulino conocía personalmente: Meir bar Belgas y Josef bar Daleus. El legado les pidió que se rindiesen, ofreciéndoles a cambio respetarles la vida, pero ambos permanecieron en la columnata hasta que ésta cayó derrumbada. Habían preferido

morir con sus hermanos, en holocausto a Yahvé.

Los sacerdotes designados por sorteo cumplieron los oficios como si nada ocurriera a su alrededor. Se habían puesto las vestiduras y habían limpiado el altar y los vasos sagrados, como hacían a diario. Refulgieron las primeras llamas y comenzaron a aparecer los primeros romanos, pero los sacerdotes continuaron moviéndose en medio del tumulto como si realmente no se percatasen de nada extraordinario.

En un primer momento, los romanos no prestaron mayor atención a esos hombres vestidos de blanco, ceñidos con el cinturón sacerdotal, pero a poco decidieron matarlos, comprobando con cierta satisfacción que los sacerdotes de Yahvé morían como cualquier mortal, al sucumbir atravesados por la espada.

Cuando decidió abandonar el Templo con las tropas, Juan de Giscala ofreció al Sumo Sacerdote Fancias llevarlo consigo, pero éste rehusó. ¡Si al menos Yahvé le hubiera revelado qué quería de él! Pero todo era inútil porque Dios le había concedido una inteligencia limitada. ¡Qué hermoso habría sido ser un simple albañil como antes! Vagaba lloroso, desorientado, desamparado, buscando con su mirada mortecina alguien a quien pedir consejo, esforzando el oído, con desesperación, esperando que Yahvé dijera alguna palabra a su espíritu. Pero no escuchó ninguna. Achacaba tanta desgracia a su propia debilidad, por haber cedido a las imposiciones de los guardias del tesoro, que lo obligaron a guardar en una caja inviolable su gran toga de ocho piezas, que purificaban ocho pecados. Si la tuviera puesta, así como las joyas de la gran ceremonia, las llamas se habrían acurrucado a sus pies como perros mansos y los romanos habrían caído desplomados, sin vida.

Fancias y otros sacerdotes cayeron en manos de los saqueadores. Ya estaban a punto de degollarlos cuando los detuvo la voz de una de las víctimas que pedía gracia para el Sumo Sacerdote que era uno de ellos. Los condujeron a presencia de Tito. El príncipe disponía de poco tiempo porque lo aguardaban en la puerta sur del Templo. A su lado se encontraba el general Literno, observándolo con una ligera sonrisa que no pasó inadvertida para Tito. Pocos días antes, en el consejo de guerra, a Literno le había parecido incomprensible que el príncipe quisiera conservar el Santuario, por lo cual opinaba que era un espíritu débil, con excesivas aficiones estéticas. ¿Ese hombre era el Sumo Sacerdote?

—No lo matéis —dijo Tito—, quiero que figure en mi triunfo. Dirigió la mirada a los otros prisioneros, casi veinte hombres al borde de la resistencia física, míseros y temblorosos, enfundados en las blancas vestiduras ceremoniales demasiado amplias para sus cuerpos, y su expresión fue burlona, maliciosa e infantil. Se dio vuelta y, antes de retirarse, les dijo, por encima del hombro:

—Señores: os habría concedido la vida por consideración a vuestro Templo, pero en vista de que vuestro Dios no ha querido conservar su morada, creo que os conviene morir al mismo tiempo que él, ¿no os parece?

Y el preboste se hizo cargo de las víctimas.

Al igual que los otros servidores, el doctor Nittai, después de conducir a sus fieles al Templo, se entregó confiada y gravemente al cumplimiento de sus funciones. Cuando aparecieron las llamas, una sonrisa asomó en su viejo rostro adusto. En lugar de huir como los otros sacerdotes a través de los patios, subió con los ocho que lo acompañaron los peldaños de la escalinata del Santuario. Era muy agradable estar a esa altura. Todavía se encontraban en un edificio construido por la mano del hombre pero pronto se encontrarían en el cielo, muy cerca de Yahvé.

Subieron al tejado. Debajo quedaron el fuego y los romanos. El clamor de los moribundos, el canto militar de las legiones y el aullido de los habitantes de la Ciudad Alta llegaban a sus oídos con claridad. El Espíritu entonces descendió sobre los sacerdotes y —propiciada por el hambre— tuvieron una visión. Meciéndose acompasadamente, recitaron con la monótona salmodia ritual los cantos de guerra y de victoria de las Escrituras. Arrancaron las picas de oro, incrustadas en los techos del Templo para ahuyentar a los pájaros, y las arrojaron sobre los romanos. Sonreían: estaban por encima de las llamas y sobre ellos sentían el sople de Dios. Al impartir la bendición sacerdotal, alzaron las manos —separando los dedos, como está escrito— y entre el crepitar de las llamas, se les oyó gritar la fórmula de la bendición y la profesión de fe, que debe decirse a continuación. Se sintieron ligeros y llenos de devoción. Cuando hubieron concluido, Nittai tomó las pesadas llaves de la gran puerta del Templo, las levantó muy alto para que todos pudiesen verlas y exclamó:

—¡Oh, Yahvé! ¡Hemos sido indignos de administrar vuestra morada! ¡Oh, Yahvé, recuperad vuestras llaves! —y las arrojó al abismo.

—¿Veis? ¿Veis vosotros la mano? —preguntó.

Y los otros vieron una mano que asomaba en el cielo y recogía las llaves.

En ese momento las maderas del techo se desplomaron y los sacerdotes tuvieron una muerte que —a su parecer— fue una gracia de Dios.

Poco antes del mediodía, Pedán abandonó las antorchas. A las cinco de la tarde la colina estaba totalmente en llamas. El primer puesto de señales que Tito había hecho instalar anunció el incendio y, al caer la noche, transmitió la noticia: «El Templo ha caído». Inmediatamente fueron encendidas las hogueras, primero la más cercana y a continuación las siguientes hasta las más alejadas, y al cabo de una hora en todo el territorio de Judea y Siria se conocía la novedad.

Cuando la noticia se supo en Jabne, el eminente doctor Yojanán ben Zakai se cubrió la cabeza con ceniza, y esa misma noche convocó a sus discípulos.

«—Hasta hoy —les dijo— el Gran Consejo de Jerusalén ha tenido el poder de interpretar la palabra de Dios, de establecer el comienzo de las estaciones e indicar la

luna nueva y la luna llena, de discernir el bien del mal, lo santo de lo impío. Ha sido la suprema autoridad que, exclusivamente, tenía autoridad para unir y desunir. A partir de hoy, el Consejo de Jabne cumplirá ese cometido.

»Nuestro primer deber es establecer los límites de las Sagradas Escrituras. El Templo no existe ya. Las Escrituras son desde ahora nuestro reino, sus libros nuestras provincias, sus versículos nuestras ciudades y aldeas. Hasta hoy la palabra de Yahvé estuvo mezclada con la palabra de los hombres. De ahora en adelante debemos determinar con exactitud absoluta lo que pertenece a las Escrituras y lo que les es ajeno.

»Nuestro segundo deber es conservar para los tiempos futuros los comentarios de los doctores. Hasta ahora sólo estaba permitida la transmisión oral de los santos comentarios. Copiaremos los seiscientos trece mandamientos sobre buenos pergaminos, desde el comienzo al fin, los enrollaremos y los enumeraremos para que constituyan el fundamento de Israel por toda la eternidad.

»Nosotros somos setenta y uno: todo lo que queda del imperio de Yahvé. Purificad vuestros corazones para que podamos construir un imperio más duradero que el de Roma».

Dijeron amén. Esa misma noche seleccionaron los libros y declararon santos a veinticuatro, excluyendo a catorce, aunque para algunos de los miembros del grupo éstos eran igualmente auténticos. El debate fue reñido y el control mutuo muy escrupuloso, porque estaban empeñados en evitar que en el modelo que iban a legar a las generaciones futuras prevaleciera la vana sabiduría de los hombres sobre la palabra de Yahvé, tal como ellos la habían recibido. Sintieron descender el Espíritu divino sobre ellos en el momento de efectuar la selección que, a partir de entonces, fue consagrada para todos los tiempos.

Cuando se separaron comenzaba a amanecer. Sólo en ese momento fueron conscientes de su fatiga y de que a pesar del dolor que les causaba la destrucción del Templo, no se sentían desdichados.

Cuando estuvo solo con el maestro, el discípulo Araj le recordó:

—Doctor y maestro, no me habéis dictado todavía la máxima del día.

El doctor Yojanán meditó algunos instantes antes de contestar.

—Cuando os inviten a la mesa de un jefe, poneos un cuchillo sobre la garganta para no desear sus manjares, que son muy engañosos.

Araj percibió cansancio y tristeza en el rostro del eminente doctor y comprendió que sufría por su discípulo predilecto, Josef ben Matatías, y que en el fondo de su corazón temía por él.

El Templo fue destruido el 29 de agosto del año 823 después de la fundación de Roma, 9 de Ab del año 3830 del calendario judío. También fue un 9 de Ab cuando Nabucodonosor arrasó el primer Templo. El segundo Templo había permanecido 639

años, un mes y diecisiete días en pie, lapso durante el cual todas las mañanas y todas las tardes había sido celebrado el holocausto de Yahvé, y miles de sacerdotes habían cumplido el ritual, tal como está prescrito en el tercer libro mosaico y ha sido pautado hasta en sus menores detalles por generaciones de doctores.

El fuego que destruyó el Templo continuó ardiendo durante dos días y dos noches. Al tercer día sólo se conservaban dos de sus numerosas puertas; entre los escombros, frente a la puerta oriental, que se mantenía solitaria y sin razón de ser, los romanos implantaron sus águilas y les ofrecieron el sacrificio de la victoria.

Cuando en el recuento de los cadáveres que cubrían el campo de batalla se llegó al número de seis mil, el ejército —siguiendo la costumbre— proclamó a su jefe *imperator*, el generalísimo. Erguido en el extremo más elevado del altar, Tito recibió el homenaje de sus tropas. Con el bastón de mando en una mano y el rojo manto de general en jefe sobre los hombros, se situó en el mismo lugar donde hasta ese día se elevara la columna de humo de las ofrendas de Yahvé. Detrás estaban las águilas de oro. Parecía un ídolo instalado en el sitial del Dios invisible. Los soldados desfilaron ante él, chocando los escudos y aclamándolo:

—¡Salve, Tito *imperator*!

El estrépito de los hierros y los gritos gozosos de sus soldados colmaron durante varias horas los oídos de Tito.

Muchas veces había soñado con este momento, desde aquel día en Alejandría en que su padre le encomendara la conclusión de la campaña. Sin embargo, ahora se sentía indiferente. Berenice había huido cuando el Santuario fue presa de las llamas; había escapado del perjuro. ¿Era él realmente un perjuro? Había dado órdenes estrictas de preservar el Templo, pero los dioses decidieron que las cosas transcurrieran de otro modo, incluso, probablemente, el Dios de los judíos, indignado por las faltas y la obstinación de su pueblo. Él era el general en jefe y no se sentía responsable por la destrucción del Templo. Decidió explicar cómo habían ocurrido los hechos para que el mundo entero apreciase su inocencia.

Según las declaraciones de algunos prisioneros, el fuego se había originado en el almacén de la madera. Ellos habían hecho todo lo posible por extinguirlo pero la avalancha de antorchas encendidas, que incesantemente arrojaban los romanos, había sido incontenible. Fácilmente se dedujo la responsabilidad del destacamento de bomberos y limpiadores. Tito hizo comparecer a Pedán y a sus soldados ante un consejo de guerra que presidió él mismo. Poco antes de que comenzara la sesión del tribunal, tuvo una entrevista con su jefe de estado mayor, Tiberio Alejandro.

—Os pido que me digáis sinceramente si sentís rencor contra mí por el incendio del Templo.

—¿Sois vos acaso quien ha ordenado incendiarlo, César Tito? —repuso el general, sin abandonar su acostumbrada cortesía.

—Ignoro todo lo ocurrido —dijo a su vez el príncipe.

Procedieron a interrogar a los acusados.

—¿Es verdad que la primera cohorte ha lanzado antorchas dentro del Templo?

—Lo ignoramos, César Tito —contestaron los soldados en tono de camaradería.

Ninguno de ellos dijo haber visto al centurión Pedán arrojar una antorcha.

—Es posible —dijo Pedán— que nos hayamos defendido con antorchas contra los judíos. «Se procederá con rigor» contra el enemigo, decía la orden. «Con rigor» puede incluir la idea de fuego, cuando se tienen a mano vigas encendidas.

—¿Vuestro propósito fue evitar el daño del edificio?

Pedán se encogió de hombros. El veterano soldado cubierto de honores miró a los jueces con expresión franca y simple. Y contestó:

—Era un grueso muro de piedra que ninguna máquina hubiera podido hundir. Dentro había mosaicos y escalinatas de piedra. ¿Quién podía imaginar que el fuego se avivaría en la piedra? Evidentemente ha sido la voluntad de los dioses.

—¿Habíais visto alguna vez un plano del Santuario? ¿Sabíais que la ventana con marco de oro daba al almacén de madera?

El centurión Pedán se tomó un tiempo antes de contestar. A través de su único ojo examinó primero al príncipe, luego a los jueces y finalmente miró otra vez al príncipe. Sonrió astutamente, dando a entender que existía un acuerdo particular entre él y Tito. Dirigiéndose al general en jefe, dijo en voz alta, con insolente calma:

—No, César Tito, yo desconocía que detrás de la ventana hubiese madera.

Tiberio Alejandro captó claramente la mentira del centurión, quien, para colmo, se sentía con derecho a proclamarla, convencido de haber ejecutado una orden sobreentendida de Tito. El príncipe y el centurión, aunque en apariencia diferentes, eran para Tiberio Alejandro en el fondo idénticos: eran bárbaros. Tito se había comprometido a conservar el Templo intacto y, aunque no dudaba de la sinceridad de sus palabras, opinaba que íntimamente el príncipe deseaba abatir y humillar el monumento, igual que Pedán.

Los otros acusados —centuriones, suboficiales, simples soldados— repitieron la misma cantilena, declarando monótonamente que no habían visto nada. Y nadie pudo explicarse razonablemente en qué momento y por qué se había iniciado el fuego. Todas las preguntas obtuvieron idénticas respuestas, aparentemente sinceras.

—César Tito, no sabemos nada.

En el curso de las deliberaciones del consejo, Tito se sintió muy inseguro. La atrevida mirada de complicidad del desvergonzado Pedán lo había turbado profundamente, pero rechazaba con firmeza haber tenido alguna responsabilidad en unos actos que tanto desasosiego le producían. ¿No había sido suficientemente explícita su orden? ¿Acaso no había sabido mantener la estricta disciplina en todo momento? Esperó ansiosamente el veredicto de los generales, íntimamente resuelto a no conceder la gracia si se condenaba a muerte al centurión favorito del ejército.

Pero en ningún momento los jueces pensaron imponer un castigo tan

ejemplarizante. Intercambiaron frases vagas.

—Habría que enviar a uno o dos oficiales a una compañía disciplinaria.

—¿Y Pedán? —exclamó impetuosamente Tito, con voz enronquecida.

El silencio que siguió fue bastante molesto. Nadie quería comprometerse a tocar a Pedán, titular de la corona gramínea. Cerealis, el comandante de la quinta legión, se disponía a decir algunas palabras en ese sentido cuando Tiberio Alejandro lo interrumpió. «Lo que probablemente Pedán ha hecho —dijo— o ha dejado de hacer, representa la voluntad de todo el ejército. No es un solo hombre el responsable de este hecho vergonzoso que manchará para siempre el nombre de Roma». Propuso con su tono de exquisita amabilidad que se diezmara a los oficiales y soldados que habían estado encargados de la limpieza de los escombros. Nada se podía objetar contra un juicio tan ecuánime, pero los allí presentes protestaron vivamente. Era vergonzoso que ese hombre pretendiera vengar a costa de los legionarios romanos su rencor de judío. El veredicto fue postergado.

Finalmente, no se adoptó ninguna resolución. Un comunicado bastante equívoco expresó el descontento de las autoridades militares contra la primera cohorte de la quinta legión, «que no había sabido evitar el incendio del Templo».

Tito quedó muy contrariado. No tenía ningún argumento que lo justificase a los ojos de Berenice. Ni siquiera se atrevía a averiguar dónde estaba ella, pues temía que hubiera cedido a la veleidad de retirarse al desierto, para escuchar la voz de Dios a fuerza de mortificaciones, como lo hiciera tres años antes.

Poco después supo que Berenice estaba en la pequeña población de Tecoa, a pocas horas de camino. La noticia no le alegró. ¿Qué había ido a buscar a esa aldea semiderruida? Quizá deseara tener siempre presente los troncos talados de su antiguo pinar, perpetuo testimonio del incumplimiento de Tito a aquel modesto ruego suyo.

El rostro ancho de Tito se cubrió de hosquedad, el mentón triangular pareció aún más acentuado y todos sus rasgos revelaron el semblante de un pérfido mozo campesino. ¿Qué debía hacer? Nada le parecía válido para enfrentarla. ¿Debería hablarle de las estrictas leyes de la guerra? ¿O mostrarse con toda su autoridad de amo, de romano? De esa forma sabía que no obtendría nada más que lo que tuvo la noche en que la tomó por la fuerza.

Resolvió no volver a pensar en la mujer, puesto que tenía bastantes ocupaciones que requerían su atención. Aún no se había logrado someter la Ciudad Alta y siendo sus murallas muy sólidas, resultaba impensable tomarla por asalto. Por tanto, habría que recomenzar con los arietes y a socavar las entradas. Se dio un plazo: cuando se hiciera dueño de la Ciudad Alta iría a ver a Berenice.

En primer lugar mandó arrasar toda la región conquistada que estuviera al alcance de los romanos. Las paredes de las casas fueron totalmente demolidas, y sus fragmentos cayeron entremezclándose en una confusa avalancha de piedras. Los

romanos experimentaban ahora el placer de la destrucción: demolieron las hermosas villas levantadas en el borde más escarpado del Templo, el barrio obrero de Ofla, las antiguas y sólidas construcciones de la Ciudad Baja. El municipio y los archivos — que ya habían sido quemados al comienzo de la guerra civil— fueron destruidos definitivamente. Los títulos de hipotecas, los documentos comerciales, los tratados oficiales grabados en bronce, las resoluciones de prolongadas y encarnizadas negociaciones en la Kipá, la Bolsa, inscritos en pergamino, desaparecieron para siempre. El distrito del Templo y los barrios circundantes quedaron enteramente sometidos al pillaje de los soldados. Durante semanas enteras éstos extrajeron de los escombros piezas de oro y diversos tesoros. Se introducían por los pasadizos subterráneos de la colina del Templo, buscando allí una mina de oro y afrontando con suerte desigual el riesgo de perderse y no regresar jamás o morir luchando contra los fugitivos refugiados en las cavernas. Sin embargo, merecía la pena aventurarse porque de las galerías se exhumaron objetos de extraordinario valor. Aparecieron los tesoros escondidos del Templo, entre ellos la célebre vestidura de ocho piezas que tan amargamente había echado de menos el Sumo Sacerdote Fanias. Joyas, piedras preciosas, metales y tejidos exóticos se acumularon en los depósitos romanos. Se intensificó la tarea de los mercaderes y el precio del oro bajó el veintisiete por ciento de su valor anterior en todo Oriente.

En la Ciudad Baja existía un santuario instalado en el mausoleo de los reyes David y Salomón. Ochenta años antes, Herodes, secretamente, había hecho abrir la tumba, codicioso de los tesoros espléndidos que, según la tradición, se guardaban allí. Al penetrar en el recinto donde reposaban los antiguos soberanos, repentinamente se encontró rodeado por lenguas de fuego: sucedió que las antorchas inflamaron el gas que se desprendía de la fosa. Sin embargo, cuando Tito entró en la tumba no sintió ningún temor y, sin ninguna aprensión penetró hasta la más profunda cámara del monumento. Allí yacían los dos reyes con la armadura de oro, la diadema sobre el cráneo y enormes sortijas en las falanges. En torno a los esqueletos había lámparas, copas, platos, vasos y los libros de cuentas del Templo, para que los reyes pudiesen demostrar su piedad ante Yahvé. Tiberio Alejandro desenrolló los pergaminos y examinó los caracteres y las cifras casi ininteligibles, mientras Tito asía con sus manos bastas la gruesa diadema que reposaba junto a uno de los cráneos. Se la colocó sobre la cabeza y se volvió para que lo miraran sus oficiales.

—Esa diadema no os sienta bien, César Tito —observó secamente el jefe del estado mayor.

Josef contempló el incendio del Templo con la atención apasionada de un sabio ante un fenómeno de la naturaleza. Había logrado endurecer su sensibilidad a costa de esforzarse por ser únicamente ojos y verlo todo sin que se le escapara un detalle: el principio, el núcleo y el desenlace. Llegó a los límites de la ciudad incendiada y

penetró en ella, para recorrer centenares de veces la región en llamas; su cuerpo estaba extenuado pero su espíritu permanecía alerta. Veía, escuchaba, olía, comprobaba; su memoria activa y fiel lo registraba todo.

El 25 de septiembre, un mes después de la caída del Templo, cinco meses después del comienzo del asedio, cayó la Ciudad Alta. Mientras las cohortes echaban a suertes los turnos de los barrios, para repartirse el producto del saqueo de cada casa, en provecho propio, Josef se encaminó hacia la fortaleza Fasael, donde los jefes judíos habían encerrado a sus prisioneros. Ansiaba liberar a su padre y a su hermano pero no encontró a nadie; allí sólo estaban los cadáveres de quienes habían muerto por inanición. Probablemente, muchos habían sido exterminados por los macabeos antes de la llegada de los romanos, o habían logrado escapar y esconderse en las cuevas subterráneas.

Josef penetró en el corazón de la ciudad atravesando incendios y matanzas, como un impassible y frío cronista de la realidad objetiva. Durante esa larga y tórrida jornada de verano caminó de arriba abajo y de abajo arriba, recorriendo callejuelas escarpadas, subiendo escalinatas y metiéndose en pasadizos, desde el palacio de Herodes hasta la puerta del jardín, el Mercado Alto y la Puerta de los Esenios, para volver finalmente al palacio. Durante treinta años había transitado por esas mismas calles, primero siendo niño, luego adolescente y hombre al fin. Acallaba su amargura a la vista de esas piedras que conocía una a una, se empeñaba en no ser nada más que el ojo y el estilete para registrar los acontecimientos.

Iba desarmado. Era sorprendente que sólo llevara la escribanía de oro cuando parecía tan insensato pasearse indefenso por Jerusalén derrumbada, librada al enemigo, máxime si se era judío. De haber querido habría podido protegerse con la condecoración que le concediera Tito —la placa con la cabeza de la Medusa— pero jamás la llevaba consigo.

Se dirigió por tercera vez a la calle de los Pescadores, a la casa de su hermano. La encontró vacía. Los soldados ya habían comenzado el saqueo de la casa vecina y se aprestaban a incendiarla. Fue entonces cuando, desde la puerta entreabierta, Josef descubrió a un anciano que estaba allí sentado en medio del bullicio y el caos, con una estola sobre los hombros, las filacterias sobre la cabeza y los brazos, y los pies muy juntos. Josef se acercó. El anciano se mecía y oraba en voz alta pues era la hora de las dieciocho plegarias. Rezaba fervorosamente con todo el cuerpo, como estaba prescrito, y cuando llegó a la decimocuarta oración la pronunció a la manera antigua, como se decía en el exilio de Babilonia: «Permitid que nuestros ojos puedan ver con piedad, como antiguamente, cuando volváis a Jerusalén». Estas palabras ya pertenecían a la historia, eran anticuadas y sólo habían sido conservadas por los eruditos. Aunque hacía seiscientos cincuenta años que no se utilizaban, aquel día cobraron nuevamente sentido; el anciano, imbuido de su fe, las pronunciaba dándolas por sobreentendidas. Su plegaria conmovió más a Josef que las horrorosas escenas que había presenciado en la jornada. El dolor por la destrucción de su ciudad estalló

incontenible, abriéndose paso en la forzada impasibilidad del observador. Su corazón se desgarró.

Ajetreados por el incendio, los soldados no habían advertido la presencia del anciano, y al darse cuenta de que estaba allí lo rodearon alborozados y comenzaron a burlarse: «¡Jijan, jiján!». Lo sujetaron, le arrancaron la estola y lo obligaron a repetir con ellos: «Yahvé es un asno y yo soy el servidor de un asno». Le tiraron de la barba hasta que el infeliz trastabilló y cayó al suelo. Josef se interpuso exigiendo altivamente que dejaran en paz al anciano, pero los soldados no estaban dispuestos a abandonar su diversión: ¿Quién era él para darles órdenes a ellos? «Soy el secretario privado de César Tito, y procedo de acuerdo con sus instrucciones», contestó Josef. ¿Acaso no se le había autorizado a liberar a setenta prisioneros? «Cualquiera puede decir lo mismo», le respondieron los soldados, y profirieron en insultos, blandiendo las armas. «Probablemente —pensaban— éste es un judío como el viejo, que no lleva armas y habla un mal latín». Habían estado bebiendo copiosamente y ansiaban ver correr la sangre. Josef reconoció que había sido muy imprudente al enfrentarlos sin contar con una autorización que le valiera en estos casos. ¿Moriría allí, después de haber salido con vida de Jotapata y de tantos otros peligros, víctima ridícula del error de unos soldados borrachos? Una idea acudió en su ayuda rápidamente:

—Miradme —dijo a los soldados—, si yo fuese realmente uno de los asediados, ¿no os parece que estaría mucho más delgado?

Los romanos se persuadieron de la verdad de su argumento y le permitieron irse.

Cuando regresó al campamento, fue directamente en busca del príncipe, a quien encontró de pésimo humor. Ya había transcurrido el plazo que se había concedido — toda Jerusalén estaba ahora en sus manos— y debía ir en su caballo a Tecoa, al día siguiente o a lo sumo en dos días. Suponía que la conversación con la judía iba a resultarle muy poco agradable.

Humildemente, Josef le pidió una autorización por escrito que le permitiese rescatar a los setenta prisioneros cuya libertad le había prometido. Tito la escribió de mala gana. De pronto se detuvo, y mirando de soslayo a Josef, le preguntó:

—¿Por qué no me habéis pedido una autorización para traeros a Dorión?

Josef, perplejo, guardó silencio un instante, antes de responder:

—He temido que su presencia me impidiese seguir vuestra campaña atentamente para poder describirla con fidelidad, príncipe Tito.

—Los judíos sois terriblemente consecuentes —observó Tito sarcástico.

Josef se sintió ofendido. Había pensado pedirle más de los setenta prisioneros prometidos, pero su mal talante lo desanimó. Sin embargo, no pudo contenerse e insistió. Presentía que iba a serle absolutamente indispensable que el príncipe le concediera un número mayor de cautivos. Cautelosamente, en el mismo tono sumiso, le rogó:

—No pongáis setenta, César Tito, sino cien.

—De ningún modo —repuso éste, mirándolo de un modo poco amistoso. Su voz

fue ruda, brutal. Nunca se había parecido tanto a la de su padre—. Hoy no os concederé ni siquiera setenta.

Jamás se había atrevido a exigir nada a Tito pero en ese momento un extraño impulso dominaba a Josef. Debía insistir, estaría perdido para siempre si no se empeñaba en ello.

—Concededme setenta y siete, César Tito, os lo ruego.

—Callaos —dijo el príncipe—, más me apetece quitaros los setenta.

Josef cogió la tablilla, dio las gracias y después de pedir una escolta regresó a la ciudad.

Provisto de la tablilla que salvaría tantas vidas ajustada al cinturón, recorrió las calles de la muerte. ¿A quién salvaría? No abrigaba ya ninguna esperanza de encontrar con vida ni a su padre ni a su hermano. Tenía amigos en Jerusalén, había mujeres a las que amaba pero no pensó en ellos cuando, frente al precipicio, Yahvé había enternecido el corazón del príncipe. Ni siquiera lo había motivado un sentimiento generoso cuando insistió tan tercamente ante Tito. Aun pareciéndole loable cualquier intento de salvar a algunos desdichados de la muerte, se preguntaba qué representarían esos infelices frente a los miles que iban a morir.

Se negaba a admitirlo, lo rechazaba con todas sus fuerzas, pero el tenaz recuerdo de un rostro comenzaba a atormentarlo. Sí, era él a quien buscaba.

Comenzó la búsqueda empeñosamente. Necesitaba encontrarlo. El tiempo era muy escaso y no podía perderlo. Debía descubrir forzosamente a un único hombre entre centenares de miles. No le interesaban setenta judíos cualesquiera sino uno solo. Alrededor, la muerte continuaba su carrera irrefrenable y él poseía una tablilla que podía dar la vida. El corazón le palpitaba violentamente: debía cumplir un cometido, debía encontrar ese rostro único. Pero al privilegiado que tenía poderes para detener la muerte de setenta hombres con sólo decir «¡vivid!» le resultaba imposible recorrer su camino indiferente a lo que no fuese el rostro deseado; por eso exclamó «¡vivid!» en cinco ocasiones, en diez, en veinte. Por último, invocó a su sensatez: debía cumplir un deber y esforzarse por dominar sus impulsos. Pasó delante de moribundos sin detenerse todo el tiempo que pudo resistirlo. Y cuando no pudo soportarlo más, en el siguiente encuentro exclamó nuevamente «¡vivid!» y también en el otro, y en muchos más, hasta que arrancó la quincuagésima víctima de las manos de los soldados, que le obedecieron gruñendo y con malos modales. Otra vez lo dominó el sentimiento del deber y pudo dominarse: pensó que no tenía derecho de dejarse llevar por una irreflexiva compasión porque sus manos podrían estar vacías cuando encontrase a quien buscaba.

Huyendo de sí mismo se refugió en la sinagoga de los peregrinos de Alejandría con la intención de rescatar los setenta rollos de las Sagradas Escrituras, tal como se los había concedido Tito.

Ya los saqueadores habían dado cuenta del lugar. Los libros sagrados habían sido extraídos de las arcas y despojados de sus preciosas cubiertas bordadas. Rodaban por el suelo los nobles rollos con sus caracteres venerables, rasgados, manchados de sangre, pisoteados por los soldados. Josef se inclinó y trabajosamente, con muchas precauciones, logró levantar del suelo uno de aquellos pergaminos sucios de lodo y sangre. Comprobó que le faltaban dos trozos y, siguiendo la línea del corte, descubrió que se correspondían con el contorno de los pies de un hombre. Dedujo entonces que los soldados no habían encontrado mejor destino para los rollos sagrados que hacerse con ellos plantillas para sus botas. Maquinalmente, reconstruyó el primero de los pasajes que faltaban: «No oprimáis al extranjero en tu país y no os mostréis duro con él, pues extranjeros habéis sido en Egipto». Con pausados movimientos recogió los rollos, los acercó con respeto y unción a la frente primero y después a la boca y los besó, como indicaba la costumbre. No debía confiarlos a manos romanas. Salió a la calle en busca de judíos a los que pudiera encargar del traslado de los rollos a su tienda. Vio subir hacia el Monte de los Olivos una columna de prisioneros, al parecer capturados con armas. Después de azotarlos los habían obligado a cargar sobre las magulladas espaldas dos maderos en cruz, a los cuales habían atado sus brazos extendidos. Así, arrastraban ellos mismos hasta el lugar de la ejecución la cruz sobre la que iban a morir. Josef vio sus rostros demacrados, su mirada apagada y olvidó sus propósitos. Gritó: «¡Alto!», mostrando su tablilla al centurión que conducía el grupo. Aún podía salvar otras veinte vidas y los prisioneros eran veintitrés. Quitaron las cruces a veinte de ellos. Estaban embrutecidos, exánimes por el castigo, y no comprendían qué les estaba sucediendo: en lugar de la cruz, los hicieron llevar unos rollos de las Escrituras y en lugar de empujarlos al Monte de los Olivos, fueron conducidos hacia la tienda de Josef, en el campamento de los romanos. Éstos prorrumpieron en carcajadas al ver la extraña procesión encabezada por Josef, con su escribanía de oro colgando de la cintura y un rollo sagrado en cada brazo, transportado, con tantas precauciones como si se tratara de frágiles criaturas. Con paso vacilante, los flagelados judíos lo siguieron cargados con los rollos de la Ley.

Tito recorrió velozmente la distancia entre el campamento y la población de Belén. De Belén a Tecoa aminoró el paso de su cabalgadura. Lo esperaba la difícil tarea de enfrentarse a Berenice. Pensaba que lo peor de su situación era su propia impotencia para modificarla. Debía presentarse y aceptar la decisión de Berenice, fuese o no favorable para él.

El ascenso fue fatigoso. Tecoa se alzaba sobre una roca desnuda y solitaria, y detrás de ella se extendía el desierto. El comandante del puesto militar había ordenado formar fila a sus hombres para recibir al general en jefe, quien correspondió al saludo. Reconoció entre ellos a Valens, el centurión que había abatido el pinar. Su expresión no era ni demasiado inteligente ni demasiado estúpida, sencillamente

honesto y viril. Había recibido la orden de no tocar los árboles y la había cumplido; después fue encargado de cortarlos y también obedeció. Lo realmente sorprendente era que Tito no hubiera podido cumplir la promesa que hiciera a Berenice.

Llegó a la casa. Estaba muy deteriorada pues había sido construida en la cima de la roca hacía mucho tiempo, para morada de los príncipes Macabeos. Desde allí se veía el desierto: ciertamente, Berenice hacía vida monástica.

Apareció un sirviente vestido modestamente, sin librea. Tito le ordenó que comunicara a la princesa su deseo de verla, aunque admitió que por no haber anunciado su visita, ella podía negarse a recibirlo. Su ánimo era el del acusado esperando el dictamen del juez. No se trataba únicamente de su intervención en el incendio del Templo sino de toda su persona, que sería sometida a juicio.

Su actitud y sus gestos dejaban traslucir una acusación y a la vez una defensa. Él, que era el jefe absoluto de cien mil soldados selectos y de una impresionante maquinaria de guerra, que poseía plenos poderes sobre Oriente, desde Alejandría hasta la frontera con la India, estaba allí esperando una respuesta que determinaría su futuro. Frente a ella no valían sus armas. Debía esperar.

La puerta se abrió y Berenice apareció en el umbral. Era lógico que saliese a recibir con honores al general en jefe, al amo del país, pero Tito no se distrajo en esas consideraciones, para él sólo importaba verla en lo alto de la escalinata. Iba vestida sencillamente, con un traje de una sola pieza, como usaban las campesinas del país. Era hermosa, majestuosa, *la mujer*. Tito la miraba humilde, subyugado. Esperaba.

Berenice comprendió que en ese momento, quizá por última vez, era dueña de su destino. Había previsto que él llegaría un día pero no se había preparado para el encuentro, pues confiaba en que su Dios, su Dios Yahvé, le inspiraría en el momento oportuno la conducta adecuada. Permaneció inmóvil en lo alto de la escalinata, mirando al hombre, adivinando sus deseos, su humildad. Él siempre había faltado a su palabra; la había tratado y la seguiría tratando con violencia. Había comprobado sus buenas intenciones pero lo juzgaba bárbaro, hijo de bárbaros, e intuía que esa condición prevalecería siempre en él sobre sus más firmes propósitos. Había echado todo por tierra. Ya nada podía exigirle y el pasado no podía volver. Debía tomar una decisión. Hasta entonces había podido justificar su entrega a Tito por su amor al Templo, pero ahora ese pretexto había desaparecido pues del Templo no quedaban más que ruinas. ¿A quién pertenecería desde ese momento? ¿A los judíos o a los romanos? Ésta era su última oportunidad de depender de sí misma. ¿Hacia dónde debía encaminarse? ¿Al encuentro de Tito? ¿A Yabne, en busca de Yojanán ben Zakai, quien con extraordinaria habilidad reconstruía el judaísmo con más sigilo, sabiduría y flexibilidad que nunca y, al mismo tiempo, apoyándose en fundamentos más sólidos? ¿Al desierto, a esperar el día en que le fuera dado escuchar la voz de Yahvé? Desde la altura donde estaba veía a Tito y sentía un olor de sangre que se desprendía de él; escuchaba el siniestro «¡Hep! ¡Hep!», que la había perseguido en el campamento y que nunca podría olvidar.

Lo mejor sería volverse. Detrás estaba el desierto, allí estaría bien. Resolvió retroceder pero no hizo ningún movimiento. Permaneció con el pie izquierdo en el umbral y el derecho avanzando. Sin poder dominarse avanzó, impulsada por una fuerza superior a la suya, que la arrastraba hacia abajo. Se dijo «¡atrás!», pero no retrocedió. Bajó un peldaño, luego otro. Supo que estaba perdida. Suya era la culpa, deseó perderse. Fue al encuentro de Tito.

El hombre la vio acercarse. Venía hacia él, era el maravilloso, el adorable andar de Berenice lo que contemplaba. Corrió escaleras arriba. Estaba radiante, con el semblante juvenil, como una criatura feliz bendecida por los dioses. Le tendió las manos con las palmas hacia arriba, y dando un salto exclamó transportado:

—¡Nikión!

Pasó la noche en la pequeña casa abandonada. A la mañana siguiente volvió a Jerusalén, dichoso. Encontró a Josef:

—¿Queríais setenta y siete prisioneros, querido Josef? Podéis tomarlos.

Josef, con la tablilla donde se podía leer la autorización del supremo jefe sujeta al cinturón, se dirigió al patio del Templo antiguamente reservado a las mujeres, que había sido transformado en depósito de prisioneros. Lamentaba haber despilfarrado su poder de rescate. Recomenzó su atormentada búsqueda con esperanzas renovadas. Frontón, que seguía a cargo del depósito con un grado militar superior, se ocupó personalmente de guiar a Josef. No simpatizaba con el judío pero como se había enterado de que iba a escribir un libro sobre la guerra, pensó que sería estupendo figurar en él con un buen papel. Le explicó pormenorizadamente todas las dificultades que conllevaba su tarea de administrador de un almacén de esa importancia. Puesto que el mercado estaba saturado, ¿qué podía hacer él para conservar en pie a toda esa canalla hasta que fuera posible encontrar un comprador? A esos hombres no les quedaba más que la piel sobre los huesos y para colmo muchos de ellos estaban enfermos. Durante la semana anterior habían muerto once mil, en gran parte voluntariamente: «Nuestros legionarios son unos muchachos excelentes, dados a las bromas, y a menudo ofrecen a los prisioneros sus propias porciones de carne de cerdo, pero los judíos prefieren reventar antes que probarlas».

En cambio, a los prisioneros que habían portado armas, Frontón no les daba ningún alimento y los hacía ejecutar inmediatamente. Del resto trataba de enterarse si tenían parientes para que les pagasen el rescate. A los que quedaran para el final pensaba liquidarlos en el espacio de seis meses, mediante varias subastas masivas. Los que no representaban ningún valor en el mercado —viejos demasiado débiles, viejas sin ningún oficio especial—, serían devorados por las fieras en los espectáculos circenses.

Josef respondía a sus palabras con monosílabos, caminando lentamente a su lado. Del cuello de los prisioneros colgaba una tablilla donde se había escrito su nombre y

unos pocos datos más; estaban sentados en cuclillas o tendidos en el suelo, envueltos en la atmósfera caliginosa y hedionda. Hacía muchas semanas que la muerte estaba frente a ellos; habían probado hasta la saciedad el sabor del terror y de la esperanza. Se habían insensibilizado. Estaban vacíos.

En ese momento atravesaban el sector de los prisioneros destinados al circo. «¡Doctor Josef!», gritó un hombre con voz quejumbrosa. Era un anciano de cabellos grises y revueltos, completamente cubierto de suciedad. Josef indagó en su memoria pero no pudo reconocerlo.

—Soy el vidriero Alexas.

¿Este despojo era aquel hábil negociante, el experto, el dinámico y vigoroso Alexas, que tenía su misma edad?

—La última vez nos vimos en la feria de Cesarea, doctor Josef, y hablamos del sufrimiento que debe soportar quien profesa la verdad.

—Creo —dijo Josef dirigiéndose a Frontón— que este hombre no ha sido un rebelde.

—La comisión investigadora me lo ha señalado así —dijo el otro, encogiéndose de hombros—. ¿Adónde iríamos a parar si hubiese que revisar todas las sentencias? «Más vale una injusticia que una falta de disciplina»: ésa fue la norma que me indicó el general en jefe al confiarme la dirección del depósito.

—No os preocupéis por mí, doctor Josef —dijo Alexas, en tono resignado—. He sido tan golpeado por la desgracia que no me queda ningún deseo de vivir.

—Pido a este hombre —exclamó Josef, mostrando su autorización.

—Como os parezca —repuso Frontón afablemente—. Os quedan seis más para reclamar —agregó, haciendo una marca en la tablilla.

Josef hizo que condujeran a Alexas a su tienda y se ocupó de él afectuosamente. Alexas le refirió sus desventuras. Le contó que cuando los romanos entraron en la ciudad, había llevado a su padre a los pasadizos subterráneos, con la esperanza de que pudieran salvarse los dos. Pero el anciano Nahúm no había querido quedarse allí. Le decía que si moría en la casa de la calle de los Perfumadores —decía— podía esperar con alguna posibilidad que alguien lo enterrara, pero si sucumbía en ese lugar no tendría sepultura ni tierra que cubriera su cuerpo, y se presentaría desfigurado el día de la resurrección. A pesar de estas razones, Alexas había logrado convencerlo. Internados ya en el pasadizo, la antorcha que los alumbraba se apagó y quedaron separados. A poco trecho, Alexas fue sorprendido por dos soldados. Al verse amenazado de muerte, Alexas les había ofrecido algunas de sus provisiones escondidas y, al insinuarles que aún tenía más, decidieron retenerlo. Pero, a cambio, los soldados lo obligaron a contarles historias graciosas. Durante una semana Alexas había tenido que convivir con los dos jóvenes, que no eran demasiado perversos pero se reían hasta las lágrimas de su latín con acento judío. Finalmente se les ocurrió que Alexas podría llegar a ser un excelente portero y resolvieron venderlo como esclavo. A él también le pareció buena la idea —al fin de cuentas era mejor que ir a parar a

alguna mina de Egipto o a la arena de algún circo de Siria—, pero los soldados no regresaron a los subterráneos y sus compañeros lo entregaron al depósito.

A la mañana siguiente, Josef regresó. Contaba todavía con la posibilidad de salvar seis vidas humanas, aunque estaba decidido a no reclamarlas hasta que hubiera encontrado a quien buscaba. ¿Cómo haría para descubrirlo entre miles y miles de muertos, de prisioneros, de infelices? Era como buscar un determinado pez en todo el océano.

Cuando Josef volvió por tercera vez, Frontón le dijo bromeando que le satisfacía comprobar que estaba más interesado en su mercancía que todos los traficantes de esclavos juntos. Alentando aún la esperanza, Josef buscó durante todo el día, aunque fue en vano.

Ya empezaba a anochecer cuando escuchó un comentario sobre el resultado de otra *razzia* practicada en los subterráneos. Habían sido entregados ochocientos prisioneros al comandante Frontón, quien de inmediato los había destinado a la crucifixión. Aunque estaba tendido en el lecho, rendido de fatiga, se vistió rápidamente y salió con dirección al Monte de los Olivos.

Era plena noche cuando llegó al sitio donde se efectuaban las ejecuciones. En otro tiempo se habían extendido allí las terrazas de olivares, los almacenes de los hermanos Hanán, las villas de la familia del Sumo Sacerdote Boet, pero ahora se alzaban centenares de cruces. Los cuerpos desnudos mostraban las huellas de la flagelación. Pendían contraídos, con la cabeza inclinada, la mandíbula colgante, los párpados caídos. Josef y su escolta fueron iluminando con sus antorchas los rostros espantosamente descompuestos de los suplicados, que al sentir el efecto de la luz comenzaban a hablar. Algunos maldecían pero la mayoría sólo balbuceaba: «¡Oíd, Israel!». Josef sentía una fatiga mortal. Varias veces estuvo a punto de decir: «¡Llevaos a éste, lleváoslo!», sin elegir a nadie más, para concluir de una vez la búsqueda siniestra. La tablilla de la salvaguarda se había convertido para él en una carga insoportable. Ansiaba alejarse de allí, dormir, liberar a los setenta y siete, liberarse a sí mismo de toda obligación, caer desplomado en el lecho, en su tienda. Dormir.

Finalmente, encontró a quien buscaba. Una barba crecida cubría las mejillas del hombre cuyo rostro amarillento se había transformado en grisáceo. La lengua tumefacta asomaba por su boca entreabierta.

—Bajadlo de la cruz —dijo Josef en voz baja. Le fatigaba articular las palabras, tenía la garganta agarrotada.

Los lictores dudaron. Hubo que llamar al comandante Frontón. La espera fue insoportablemente larga para la ansiedad de Josef, pues temía que aquel hombre se extinguiera de un momento a otro, mientras él aguardaba a los pies de la cruz. No, no podía ser. La gran polémica entre Justo y él aún no había terminado. Justo no debía sucumbir antes de que ambos hubieran llegado a una conclusión.

Frontón llegó, finalmente, soñoliento y fastidiado pues esa jornada había sido

agotadora. No obstante, escuchó a Josef con la afabilidad de otras ocasiones.

—Tenéis ahora derecho a otros cinco —dijo, haciendo una marca sobre la tablilla.

—¡Bajadlos, bajadlos! —exclamó Josef, señalando a los cinco más próximos.

—Ya no os queda ningún otro —declaró el comandante.

Justo había sido clavado a la cruz, lo cual demostraba cierta consideración, aunque al bajarlo se pudo comprobar que este procedimiento no resultaba mucho más suave puesto que, de todos modos, la crucifixión era un castigo extremadamente cruel. Sólo habían transcurrido cinco horas desde que fuera suspendido y, si bien habría sido poco tiempo para un hombre vigoroso, no era ése el caso del doctor de rostro amarillento. Josef hizo comparecer a varios médicos. El dolor reanimó a Justo. Se desvaneció otra vez y volvió nuevamente en sí. Llegaron los médicos; se había difundido la noticia de que un profeta judío había sido bajado de la cruz por orden del príncipe. Se trataba de un caso extraordinario y, por tanto, los mejores cirujanos del campamento le dedicaron la máxima atención. Josef quiso saber cuál era el diagnóstico, pero ellos se lo reservaron: en tres días más podrían determinar con exactitud si el supliciado viviría o no.

Josef caminaba al lado de las andas en las que Justo fue llevado al campamento. Su antiguo rival no lo había reconocido. Cansado hasta la muerte, y sin embargo sosegado, Josef se colmó con las palabras de acción de gracias, como si hubiera escapado de un gran peligro. Jamás el sueño habría podido darle reposo, ni los alimentos nutrirle, ni los libros consolarle, ni el éxito producirle satisfacciones, si Justo hubiera muerto o desaparecido. No le habrían hecho feliz ni el reencuentro con Dorión ni la conclusión de su libro. Justo vivía y estaba allí para medirse con él. Para Josef él era el único hombre con quien merecía la pena confrontarse. «Vuestro doctor Josef es un miserable»: Justo tendría que haber pensado que las palabras no tienen el mismo sabor en el oído que en la boca. Una paz inmensa se adueñó de Josef, se sintió ligero, aliviado y esa noche durmió profundamente durante muchas horas, casi hasta el mediodía.

Luego fue a la tienda de Justo. Los médicos seguían negándose a dar un diagnóstico y él ya no se alejó de allí. El supliciado permaneció inconsciente todo el día. A la madrugada comenzó a delirar. Su aspecto era terrible. Los médicos, considerándose impotentes, dieron por descontado que no sobreviviría. Josef no se apartó de la cabecera ni probó bocado, ni se mudó de ropa, ni se afeitó la barba. Imprecaba a Yahvé: «¿Por qué me habéis salvado de tantas pruebas si no me permitís continuar la gran polémica con Justo?».

El príncipe envió a buscarlo. Berenice lo invitó a Tecoá pero él se sentía indiferente a todo; permaneció al lado de Justo, con la mirada atenta, reviviendo interiormente las conversaciones que había mantenido con él. La gran controversia no estaba concluida. Justo no podía morir.

Al cuarto día los médicos amputaron al enfermo el antebrazo izquierdo y lo declararon fuera de peligro.

Cuando Josef supo que Justo estaba salvado, abandonó su cabecera, dejó algún dinero y no se ocupó más de él. Aunque su naturaleza era proclive a la jactancia, no quiso que su rival supiera que le debía la vida.

Algún día la polémica entre él y Justo continuaría. Eso le bastaba.

Por aquellos días Tito pidió un favor a Josef. El príncipe se sentía muy feliz por lo ocurrido en Tecoa pero estaba inquieto respecto al porvenir. No se atrevía a dar ningún paso más: ¿qué sucedería cuando abandonara el país? Encargó a Josef que indagara en las intenciones de Berenice. ¿Querría acompañarlo a Roma?

En la desguarnecida casa de Tecoa, Josef y Berenice conversaron, sentados frente a frente, embargados por idéntica sensación de desamparo. ¿Su sumisión al romano no había tenido acaso el único objeto de salvar el Templo? Sin embargo, el Templo había sido destruido. Ambos se sentían como moluscos a los que se ha arrancado la concha pero, como estaban hechos de la misma materia, no los avergonzaba la desnudez. Despojados de todo, examinaron su situación sopesándola calculadoramente. Debían forjarse una nueva vida sin otros apoyos que los propios. Él poseería su libro y su ambición; ella poseía a Tito y también su ambición. El porvenir de ambos estaba en Roma.

Sí, ella estaba dispuesta a ir a Roma cuando fuera necesario. El consentimiento de Berenice significó un inmenso alivio para el príncipe. Se sintió muy agradecido a Josef.

—¿Querido Josef, poseéis algunas tierras en la Ciudad Nueva? —le preguntó un día—. Seguramente debéis haber heredado algunas de vuestro padre. Mi propósito es confiscar todas las propiedades que existen en Jerusalén en beneficio de la guarnición que dejaré instalada. Decidme en cuánto estimáis vuestras pérdidas y os compensaré con algunas de las propiedades confiscadas en otros lugares del país.

Josef agradeció el obsequio. Con una intuición muy certera para los negocios ordenó su situación en Judea, porque deseaba dejar todo perfectamente aclarado antes de regresar a Italia.

Tito, como en otros tiempos habían hecho los conquistadores victoriosos en Cartago y Corinto, dejó a Jerusalén completamente desmantelada; sólo quedaron en pie las torres Fasael, Mariana e Hípica, así como una parte de la muralla occidental, expuesta como testimonio de la poderosa fortificación que había rodeado la ciudad sometida a su destino.

El 24 de octubre, con ocasión del cumpleaños de su hermano Domiciano, Tito organizó unos Grandes Juegos en el estadio de Cesarea, para los que, gracias a la abundancia de cautivos, pudo suministrar un contingente excepcional.

—Venid a verlos —dijo a Josef.

Y Josef fue.

Cuando los dos mil quinientos participantes fueron conducidos a la arena, dos grupos de judíos tuvieron que representar, unos como defensores y otros como sitiadores, el asalto a una fortaleza. Los desdichados y grotescos barbudos daban saltos ridículos cuando se herían o los alcanzaba un golpe mortal. Los que rehuían el juego eran obligados a combatir a fuerza de azotes o aplicándoles hierros candentes. Y a los que ni siquiera con esos métodos se persuadían de matar a sus compañeros, se los obligaba a luchar con gladiadores profesionales. Los servidores del teatro, cubiertos con las máscaras del dios de los infiernos, se aseguraban por medio de hierros al rojo vivo que los caídos no simulaban la muerte. En la arena resonaba el grito «¡Oíd, Israel, Yahvé es único!».

Muchos morían de forma muy poco espectacular para el gusto de los asistentes, que los azuzaban gritando: «¿Qué forma es esa de destripar a un adversario? ¡Esto no es pelear! ¡Esto es hacer cosquillas! ¡Adelante, barbudo! ¡Arremétele, viejo! ¡Más coraje! ¡No se debe morir como pescados, cobardicas!».

Josef oía los gritos y se sentía decepcionado por la impresión de pasividad que daban los judíos ante la muerte, sobre todo porque se había informado al público que en el combate se entregaba a la muerte bravíamente.

Al cabo de un rato de tanta monotonía, parecía difícil animar el espectáculo. Para hacer más excitante la función se soltaron a la arena algunos leones de África, elefantes de la India y uros de Germania. Parte de los prisioneros judíos habían sido vestidos con ropas de gala de color blanco, con bordados negros y ornamentos azules que contrastaban bellamente al colorearse con el rojo de la sangre. Pero la mayoría de los hombres, mujeres y niños aparecieron desnudos para que los espectadores pudieran apreciar la contracción de los músculos en el instante de la muerte. Algunos de los prisioneros, bien provistos de armas, debían combatir contra un elefante. Sombríos y angustiados asestaban golpes profundos al animal hasta que éste, enfurecido, los asía con la trompa y los aplastaba bajo las patas, con el resultado de que el público se compadecía del elefante.

También hubo cuadros cómicos. Algunos prisioneros eran obligados a morir con la cara cubierta por máscaras grotescas y varios ancianos salieron a la arena con la mitad del cráneo rasurado, por lo cual resultaban muy graciosos cuando giraban, mostrando de un solo lado la copiosa barba y la abundante cabellera. A otros se los obligó a correr vestidos con ropas de tejidos inflamables, que se encendían en cuanto emprendían la carrera. Si lograban alcanzar un estanque situado a doscientos pasos de distancia se libraban de la muerte. Nada era tan gracioso como verlos levantar las piernas para saltar y arrojarse al agua, aun los que no sabían nadar. Gran diversión produjo el espectáculo que se montó utilizando una escalera apoyada sobre un muro, por la que debían subir los condenados a muerte. Había sido untada con sustancias resbaladizas para provocar la caída de los pobres infelices que quedaban ensartados en unas picas clavadas en el suelo.

Mediante estos métodos, durante dos días murieron en el estadio de Cesarea dos mil quinientos judíos, para mayor diversión de los incircuncisos. Josef oyó y asistió a su muerte; muchas veces tuvo la impresión de reconocer algunos de aquellos rostros, pero estaba convencido de equivocarse porque Frontón había seleccionado para esos juegos a una multitud anónima de obreros y campesinos de la provincia.

Más tarde Josef afirmaría con absoluta convicción: «Yo lo he visto», «lo he visto con mis propios ojos».

Se acercaba el día en que tendría que abandonar Judea, sin duda para siempre. Dudó mucho antes de decidir que no visitaría a Mara, privándose con ello de un placer. Le aseguró una renta adecuada y la autorizó a vivir en una de las propiedades del valle de Jezreel, que Tito le había cedido.

Los judíos habían visto a Josef dirigirse a los Juegos. Sentían por él odio y desprecio y no trasgredían jamás la prescripción de alejarse siete pasos ante su presencia. Ningún judío lo acompañó hasta la nave que lo llevó a Italia.

El puerto de Cesarea, las estatuas colosales de la diosa Roma y del emperador Augusto, la fortaleza Estratón, las montañas violáceas de Judea y —finalmente— la cima verdosa del Monte Carmelo, desaparecieron de su vista. Josef viajaba rumbo a Roma. No llevaba de Judea más que el recuerdo en su memoria de todo cuanto había visto; los setenta rollos de las Sagradas Escrituras y una cajita que contenía un poco de tierra recogida en las ruinas de Jerusalén.

En la Via Apia, cerca de la tumba de Cecilia Metela, el cochero se detuvo, según la costumbre, y Josef recorrió con los ojos el grandioso espectáculo de la ciudad que se dominaba desde la altura. Era un fresco día de marzo y Roma estaba bañada por su luz transparente. Roma, Fuerza, *Guevurá*. La urbe se extendía aún más poderosa que cuando partiera hacia Jerusalén. Todo cuanto había soñado la primera vez que contempló a la Soberana del Mundo desde el Capitolio, estaba al alcance de su mano. El emperador y el príncipe le pedían consejo y a través de su palabra recibían la voz y el espíritu de Oriente.

Sin embargo, Josef apretaba los labios con amargura. Para su desgracia, el doctor Yojanán ben Zakai había tenido razón. Lo que creyó el final sólo era el comienzo. Pretender asociar la sabiduría oriental a la técnica de Occidente constituía una tarea ardua y poco gratificante.

El coche se puso en movimiento y, finalmente, se detuvo frente a la casa de Dorión. No había olvidado su imagen, con su gato en los brazos, tal como la viera la primera vez, ni su voz agudísima de impúber, ni el modo como se estrechaba contra el suyo su cuerpo moreno y esbelto, en el arrebató de la pasión. ¡Pero ahora se interponían tantos rostros entre ellos, tantas cosas a las que ella era completamente extraña! Necesitaba darse tiempo, no alentaría las esperanzas de Dorión. Quería saber si, realmente, aún sentía la poderosa atracción que lo uniera a la muchacha.

La casa de Dorión era pequeña, agradable, moderna. El esclavo portero preguntó a Josef qué deseaba. Él dijo su nombre y el servidor echó a correr después de hacer una profunda reverencia. Cuando quedó solo en el vestíbulo se sintió perplejo. A su alrededor había mosaicos, estatuas y pinturas —probablemente de Fábulo—, cubriendo las paredes. ¿Qué estaba haciendo él allí? Imposible vivir en esa casa.

He ahí a Dorión. Así la recordaba: sobre su delgado cuello infantil se yergue, como antes, pura y ligera, la delicada cabeza. Él observaba su boca voluptuosa. Ella queda contemplándolo con sus ojos verdes, por los que pasa visiblemente una sombra. Desea sonreír pero no puede: la emoción se lo impide. ¡Hace tanto tiempo que lo espera! ¡Loados sean los dioses, ya está allí! Dorión ha temido que la odiosa Judea lo retuviese para siempre, pero, ¡gracias a los dioses!, ha regresado. Palidece, primero alrededor de la boca y enseguida en todo el rostro; lo mira fijamente, camina hacia él, lanza un gritito agudo y se desploma sobre Josef, que debe sostenerla entre sus brazos. Ésta es la piel dorada que tanto amó. Suave, tersa, fría. ¡Oh, siente que es muy fría la piel de la mujer que lo ama!

Pasan los minutos y todavía no se han dicho una palabra. No hay encanto en el mundo como el de Dorión. Ella lo abraza, pálida, extremadamente pálida y vencida por la emoción, y él siente un estremecimiento en las rodillas. «No las desposaréis...». Ante él aparecen su libro, el paisaje desolado con la hondonada de cadáveres, la colina del Templo, incendiada desde la base a la cima. ¿Qué significan esos absurdos mosaicos que ve alrededor, esas triviales y frívolas imágenes de la vida doméstica? ¿Qué hace él allí? ¿Qué quiere esta mujer de él? Siente que es un extraño en la casa.

—Sois un extraño en esta casa —le dice ella.

Han sido sus primeras palabras después de un año de separación.

Apoya los brazos firmes en los hombros de él, lo examina. «Sois un extraño», dice. Lo afirma seriamente, sin lamentarse. Lo comprende porque lo ama. Los dulces consuelos y las palabras triviales habrían carecido de sentido.

—Sí —replica él—, no puedo vivir aquí. No puedo vivir con vos, Dorión.

Dorión no deja escapar ni una sola queja. Intuye que este Josef ya no es suyo. Es otro, su mente está colmada por visiones que ella no puede compartir. Pero ella sí le pertenece; pese a su apariencia es tenaz y valiente: conquistará a este hombre tal como es ahora. No lo retiene. Sólo le dice:

—Cuando me deseéis, hacedme llamar.

Josef se fue. Era un extraño en Roma. Recorrió la ciudad, atravesando calles y columnatas. Si veía acercarse a algún conocido volvía sobre sus pasos, no deseaba hablar con nadie. Luego de caminar un tiempo sin rumbo decidió ir a visitar a Claudio Regino.

El editor parecía cansado y desmejorado.

—Bien venido el que llega —dijo sonriendo—. Y bien, mi querido profeta, ¿dónde está vuestro libro? Vuestra predicción se ha cumplido de un modo asombroso.

Creo que ahora podríais ponerlos a trabajar. ¿O queréis libraros de vuestro compromiso?

—No pienso eludirlo —repuso Josef, amargamente—. Nunca podréis saber hasta qué punto ha sido duro, pero lo he soportado todo.

—En algunas ocasiones he visto a vuestra hermosa mujer, la egipcia.

—No viviré con Dorión mientras esté redactando mi libro.

—Esto sí que es sorprendente —comentó el editor, con un gesto de asombro—. Finalmente, la dama ha sido el motivo del libro.

—Un pretexto, tal vez —protestó Josef.

—Mi casa está a vuestra disposición —agregó Claudio.

—Prefiero vivir solo —repuso Josef, después de dudar un instante— mientras esté ocupado con mi obra.

—Además, creo que el emperador os cederá su antigua casa. Está amueblada con sencillez pues, como sabéis, Su Majestad ha sido siempre muy económico.

Josef se instaló en la casa de Vespasiano con un solo esclavo a su servicio. La casa era grande y ostentosa, y estaba un poco descuidada. Su vida transcurría austeramente y sus comidas era frugales. No comunicó a nadie su regreso a Roma. Se deslizaba por las calles en las horas de poco movimiento para observar los preparativos del triunfo. Por todas partes se levantaban podios y tribunas. Sobre las paredes y en los pórticos se exhibían enormes retratos de Vespasiano y Tito, adornados con banderolas en las que se leían loas celebrando a los vencedores y burlas escarneciendo a la vencida Judea. Ampliados hasta lo gigantesco, los rostros del emperador y del príncipe observaban a Josef desde los muros, burdamente deformados, carentes de expresión y personalidad. Ambos se parecían igualmente al centurión Pedán.

Por aquellos días, bajo las columnatas del Campo de Marte, Josef encontró al senador Marullo, que viajaba en su litera. Trató de pasar inadvertido pero el senador lo reconoció y lo llamó.

—Os habéis hecho una carrera, joven —le dijo—, habéis cambiado mucho. Sí, es el destino quien determina las fisonomías —y diciendo eso lo examinó a través de su lupa de esmeralda—. ¿Os acordáis de aquel día en el Circo Máximo cuando os instruí sobre Roma? Pasaron ya cinco años. Yo comprendí entonces que merecía la pena ponerlos al corriente. Habéis sabido arrimarlos a tiempo al sitio donde el sol calienta más.

No permitió que Josef siguiera su camino. Lo invitó a seguir con [él^[1]] y le contó sus proyectos. Estaba escribiendo una farsa que se representaría en el Teatro Marcelo, a comienzos de la semana del triunfo. El protagonista era el judío Zacarías, un prisionero condenado a participar en los Juegos. Lo personificaría Demetrio Libán. El miedo a la muerte, que él manifestaría repitiendo súplicas sin cesar, su esperanza de ser indultado, su desempeño en el combate y las muestras de su cobardía, darían lugar a escenas, chanzas, bailes y tonadillas muy divertidas. El problema estaba en el

desenlace. Sería extraordinario encontrar un sosias de Libán —precisamente había mucho material donde buscarlo— tan parecido que ni sus propias madres pudiesen distinguirlos, y hacerlo matar al final por un gladiador profesional. Ciertamente, el público ya estaba harto de crucifixiones y matanzas por lo que tal vez sería más novedoso hacer indultar al prisionero. La alegría que éste demostraría al concedérsele la gracia compondría una escena interesante y, como gran final, el personaje, agradecido, podría distribuir entre los espectadores unos tesoros que extraería de un escondite. El asunto podría arreglarse así: se lo crucificaría en un momento próximo al desenlace de la obra, enseguida aparecería alguien que lo salvaría de la cruz —¿no habéis hecho vos, Flavio Josefo, algo parecido?— y desde su sitio, el crucificado lanzaría al público monedas nuevas, acuñadas en conmemoración de la victoria.

Josef no tuvo escapatoria. Cenó con Marullo y pasó con él la velada. El vivaz personaje se interesó minuciosamente por innumerables detalles relativos a la campaña. Se hizo relatar todo lo que Josef pudo decirle y, por su parte, le informó de algunas novedades. Se había resuelto que de los tres personajes judíos que desfilarían tras el carro del triunfador, sólo Simeón bar Giora sería ejecutado, de acuerdo con la costumbre, en el transcurso de la ceremonia. Los otros dos, Juan de Giscala y el Sumo Sacerdote Fancias, serían vendidos como esclavos. Ya había tres interesados: Muciano, el ministro Talas y él. Tenía razones para suponer que obtendría la preferencia. La señora Cenis era muy exigente en asuntos de dinero, pero él no era mezquino. ¿A quién le aconsejaba Josef que comprase? ¿Al general o al Sumo Sacerdote?

Al día siguiente, haciendo un gran esfuerzo, Josef fue a visitar al cómico Demetrio Libán. Había envejecido notablemente y estaba muy nervioso.

—¡Ah, sois vos! —exclamó al verlo—. Naturalmente, no podíais faltar. A decir verdad, hace tiempo que os esperaba.

Destilaba una hostil ironía contra Josef. Pasados algunos momentos, éste comenzó a comprender: el actor se consideraba responsable de la destrucción del Templo. Él había llevado a Josef a presencia de Popea; él, en resumidas cuentas, había obtenido el indulto de los tres ancianos presos. ¿Acaso todo el mal que sobrevino no se había originado en aquellos hechos? La amnistía, el edicto de Cesarea, la revuelta, el incendio del Templo, todo formaba parte de una cadena de la cual él había sido el primer eslabón. Al comienzo, las apariencias habían indicado que los buenos resultados dependían de la decisión de interpretar el papel del judío Apella, pero, en realidad, sólo en manos de Yahvé habían estado las suertes que iban a determinar la conservación o la destrucción del Templo y él había tenido la desdicha de elegir la de la destrucción.

Se puso de pie y comenzó a recitar la gran maldición del quinto libro de Moisés. Demetrio Libán jamás había visto a ningún profeta —verdadero o falso— de los muchos que proliferaron en Jerusalén, veinte o treinta años antes, pero las frases que él decía en griego adquirirían por su arte el mismo tono, el mismo canturreo que habían

sido característicos de aquéllos, y aun los gestos eran idénticos. Pese a su pequeña estatura, el cómico lograba elevarse como un árbol siniestro.

«Por la mañana diréis: ¿quién diese la tarde?
y por la tarde diréis: ¿quién diese la mañana?,
por el miedo que amedrentará vuestro corazón».

Las sombrías maldiciones surgían monótonas, desgarradoras, agobiantes. «Y así ha sido», repetía con gran calma, como si la sombría comprobación le produjera una satisfacción desesperada.

Durante dos días, Josef permaneció solo en su casa amplia y sombría, después de la entrevista con Demetrio Libán.

Al tercer día cruzó el puente Emilio, con el propósito de visitar el barrio judío, al otro lado del río.

Los judíos romanos habían demostrado repetidas veces durante la campaña militar su lealtad al gobierno: ellos se consideraban súbditos leales y hacían recaer toda la responsabilidad, sin ninguna reserva, en los rebeldes. Pero esas declaraciones no les impedían manifestar abiertamente su duelo por la destrucción del Templo ni demostrar su repudio por los judíos que habían contribuido al desastre. Al llegar al barrio de la margen derecha, Josef encontró un muro de odio intenso que lo cercó inmediatamente. Todos se alejaban de él a la distancia prescrita para los leprosos. Caminaba por un espacio vacío, entre murallas de desprecio.

Se dirigió a la casa de Cayo Barzaarone. El presidente del clan de Agripa, que en otro tiempo había deseado darle su hija en matrimonio, se mantuvo alejado siete pasos de él. El rostro de este hombre antes jovial y vivaz, se mostraba sombrío y alterado por el encono. Su gran parecido con su anciano y quejoso padre confundió a Josef, quien quedó profundamente desconcertado por la expresión adusta de Cayo.

—Disculpadme —dijo, con un sentimiento total de impotencia y, desesperado, volvió sobre sus pasos, flanqueado por el odio de acérrimos enemigos. Regresó al puente Emilio.

En la otra orilla, cuando ya había doblado la esquina y estaba fuera del alcance de los ojos de los judíos, oyó acercarse unos pasos que no le eran desconocidos. A pesar suyo apoyó la mano sobre la pesada escribanía de oro, con intención de defenderse. Pero oyó que alguien le decía en arameo:

—No temáis, soy yo.

Se trataba de un hombre muy joven, que a Josef le pareció conocer.

—Nos hemos visto antes —dijo el adolescente—, cuando llegasteis a Roma por primera vez.

—¿Sois...? —preguntó Josef, tratando de adivinar.

—Cornel, el hijo de Cayo Barzaarone.

—¿Qué queréis de mí? ¿Por qué no guardáis la distancia prescrita de siete pasos?
El joven Cornel se acercó.

—Perdonad a los otros —dijo cordialmente, con confianza y firmeza—. No os comprenden, pero yo sí os comprendo. Creedme, os lo ruego.

Se acercó un poco más.

—He leído vuestro «Salmo del ciudadano del mundo». Muchas veces, cuando todo me parece absurdo y confuso, lo recito en voz baja. Aquí todo es mezquino, enclaustrado, encerrado entre cuatro paredes. Vos, en cambio, sabéis ver muy lejos. Sois un grande de Israel, Flavio Josefo, sois un profeta.

Al escuchar estas palabras, Josef se sintió consolado en lo más profundo. Ese joven, que sin conocer de él más que sus palabras, lo defendía con tanto entusiasmo, constituyó el mejor testimonio de su vida.

—Me alegro, Cornel, me alegro mucho. He traído conmigo tierra de las ruinas de Jerusalén y rollos de las Escrituras. Permitidme que os los muestre. Venid conmigo, Cornel.

El adolescente resplandeció de alegría.

Mientras tanto, Tito había regresado a Italia. Todo tipo de tentaciones se le habían ofrecido en Oriente. En nombre de la quinta y de la decimoquinta legiones, destinadas a ocupar poco envidiables guarniciones en el Bajo Danubio, el centurión Pedán le había suplicado que se quedara con sus tropas o se las llevara a Roma. Al príncipe no se le había escapado lo que se ocultaba tras la astucia ingenua de ese viejo soldado leal: le había sugerido la proclamación para reemplazar a Vespasiano. La oferta era muy seductora —no lo podía negar—, pero, en igual medida, arriesgada, y Tito no dudó en rechazarla en el mismo tono de broma y con unos términos no menos simples que Pedán. Días atrás, al brindársele honores de soberano independiente, no había podido resistirse a colocarse la corona de Egipto en Menfis, durante la consagración del buey Apis. Admitía que el gesto era imprudente y que hasta podría ser malévolamente interpretado, por lo que, sin demora, aseguró a su padre, por medio de una misiva, que no había obrado de otra forma que como su representante. Vespasiano le contestó amistosamente que en ningún momento había imaginado otra cosa pero, por ser hombre precavido, había ordenado prepararse a unos cuantos miles de soldados, para una expedición a Oriente.

Tito se dio prisa en regresar. Decidió prescindir de toda ostentación y llegó a Roma con un reducido séquito. Si aspiraba a obtener el triunfo debía entrar en la ciudad el día del cortejo. Así lo establecían las costumbres más antiguas. Vespasiano se adelantó al encuentro de su hijo en la Via Apia.

—Heme aquí, padre, heme aquí —exclamó Tito, saludándolo cordialmente.

—De nada os habría servido, jovencito —chilló Vespasiano— permanecer más

tiempo en Oriente.

Dicho esto, lo abrazó.

Al concluir la cena, padre e hijo abordaron los temas que habían quedado pendientes, en presencia de Muciano y de Cenis.

—No siempre habéis dado motivo de satisfacción a vuestro padre —dijo Cenis, muy resuelta—. Nos han disgustado bastante ciertas noticias acerca de vuestra coronación en Menfis, durante las fiestas del buey Apis.

—Está bien, no seré yo quien haga de ese buey un elefante —intervino Vespasiano, indulgente—. Hay otro asunto que nos interesa mucho más. Sinceramente: ¿no hubo forma de salvar el Templo de los judíos?

Padre e hijo se miraron con dureza. Se produjo una pausa y Tito contestó:

—¿Acaso lo creáis posible?

—Si realmente no hubo otra forma de realizar la operación policial en Jerusalén que como si se tratara de una campaña que culminara con el triunfo —que nos he hecho conceder por el senado—, cabe admitir que quizás no era posible —contestó Vespasiano, en tono circunspecto, mirando a su hijo astutamente.

—No era posible —afirmó Tito secamente, sonrojándose.

—Admitamos pues que era imposible —confirmó el emperador con una sonrisa— de lo contrario creo que habríais salvado ese monumento aunque sólo hubiera sido por amor a Berenice. Y aquí tocamos el segundo punto que nos interesa a todos. La princesa es una mujer extraordinaria. Comprendo perfectamente que desearais tenerla cerca durante esa fastidiosa operación policial. Pero aquí, en Roma, ¿es necesario que siga permaneciendo a vuestro lado?

Tito ya iba a replicar pero se lo impidió su padre con un gesto, un ligero resoplido y la mirada de sus duros ojos grises.

—Miradme a mí un momento —continuó Vespasiano con tono familiar. Mi Cenis es una persona corriente, ¿no es así, mi vieja amiga? Sin pretensiones ni grandes títulos. Me hace ganar sumas cuantiosas, sin embargo. Muchas de las cosas que mis ojos cansados ya no ven, ella las descubre con los suyos. No obstante, toda Roma la aprecia salvo, naturalmente, aquellos que deben pagarle alguna comisión. Es una auténtica romana. Pero vuestra judía, vuestra princesa, precisamente porque se destaca tanto, con esos andares majestuosos y sus modales de oriental... Nosotros formamos una dinastía aún muy nueva, hijo mío, y no podemos permitirnos aceptar a una persona tan extravagante. Os lo digo con afecto, pero muy en serio: si se tratara de un Nerón, un emperador proveniente de una familia antigua, sí podría permitirse semejante fantasía. Pero si se trata de nosotros, sólo conseguimos provocar indignación. Sí, hijito, están descontentos. Decídselo, Cenis, y vos, querido Muciano: ¿Están o no descontentos? Ya lo oís, lo están.

—Voy a deciros algo que quiero que sepáis, padre —comenzó a hablar Tito con un tono tan rudo como si comandara las tropas—. Yo habría podido ceñir en Alejandría la diadema. Las legiones lo deseaban, y estuve a punto de hacerlo. Sólo

me habría bastado que la princesa dijera una sola palabra. Pero no dijo esa palabra.

Vespasiano se puso de pie. Se había advertido a Tito que su padre estaba muy envejecido pero, frente a él, y en ese momento, comprobó que las advertencias no habían sido otra cosa que habladorías. El campesino sabino dada la impresión de estar más vigoroso que nunca. Dio unos pasos para acercarse a su hijo y ambos quedaron frente a frente como dos bestias poderosas y salvajes a punto de atacar. Muciano los observaba con curiosidad, con los rasgos un poco contraídos y un rictus de excitación, insinuado en los delgados labios de su boca reseca. Cenis quiso interponerse, pero antes de que lo hiciera el anciano había recobrado el aplomo.

—Esto que me decís es muy interesante, pero yo os digo que, en todo caso, ahora no estamos en Alejandría sino en Roma y aunque vuestra encantadora amiga lo desease, a vos ya no os es posible ni soñar siquiera con la idea de deponerme. ¿De acuerdo?

Se inclinó, quejándose discretamente; friccionó su brazo gotoso y continuó hablando con un tono muy razonable:

—No podéis tenerla encerrada como a una niña. La dama tiene todo el derecho de desear exhibirse junto a vos. Es verdad que pertenece a una familia noble más antigua que la nuestra, pero los romanos no tolerarán que estéis con esa mujer, creedme. ¿O deseáis que se hagan bromas a su costa en el teatro? ¿O que durante el triunfo se canten cuplés con vuestros nombres? ¿Acaso pretenderíais prohibirlos? Hijo mío: sed razonable, ¡eso no se puede hacer!

Tito mientras tanto tragaba su cólera.

—Lo que os digo es la verdad. Es un sentimiento recíproco: si todo hubiera dependido de ella nosotros no estaríamos ahora aquí. Podría hacer un par de bromas respecto a esto, pero prefiero guardármelas. Puesto que esa dama goza de vuestro amor no diré nada contra ella. Pero no la quiero en Roma y vos debéis hacérselo comprender. Ha sido una tontería traerla. Vosotros podéis hacer lo que os plazca, pero ella debe irse de Italia. Decídselo.

—No acepto esa idea ni por un instante. Pienso conservarla a mi lado.

Vespasiano miró atentamente a su hijo y percibió en su mirada aquella expresión turbia, insensata, que tanto le había inquietado en los ojos de Domitila, la madre de Tito.

—Ya tenéis treinta años, hijo mío —le dijo, apoyando una mano en su hombro—. No seáis niño.

—¿Podría hacer una sugerencia? —intervino hábilmente Muciano, y se adelantó con el bastón a la espalda.

Tito lo miró receloso. Muciano simulaba el andar vacilante de una supuesta senilidad, para hacer resaltar el vigor del emperador. Éste era consciente de ello y se sentía complacido por el halago.

—Sobre las relaciones de César Tito con la princesa, Su Majestad lleva sin duda la razón —continuó—, provocan el descontento pero ello es debido, únicamente, a

que Berenice pertenece a un pueblo rebelde. Nosotros, aquí, sabemos que la princesa forma parte de nuestros fieles súbditos judíos, pero en la mente del pueblo no se distingue entre un judío y otro. Habría que lograr que la princesa se declarase inequívocamente de nuestra parte. Bastaría —creo yo— con que presenciara el triunfo desde el podio imperial.

Todos captaron la intención de la propuesta. Vespasiano comprendió que su hábil amigo había preparado para la judía una situación de la que difícilmente podría salir airosa. Tito no podría rechazar el plan. ¿Qué haría Berenice? Si asistía al triunfo sobre sus compatriotas, se pondría en ridículo a los ojos de los romanos. Para Tito, en ese caso, ya no sería posible pensar en una boda. También Cenis lo comprendió.

—Cuando una mujer pertenece a un hombre —dijo, apoyando enérgicamente la propuesta— debe tener la valentía de estar siempre a su lado.

Los tres esperaron impacientes la respuesta de Tito. No había nada que objetar contra el argumento de Cenis. En el fondo —reflexionó el príncipe— ella tiene razón. Puesto que él recibiría honores públicos podía pretender que su amiga, a quien pensaba hacer su esposa, asistiese a su triunfo. Discutirlo con Berenice no sería agradable, pero mucho menos penoso que renunciar a ella. Protestó débilmente que no se podía exigir tal cosa de la princesa. «Tampoco se debe exigir de los romanos que la acepten», le contestaron. Intentó objetar. Buscó razones en el respeto debido a la sensibilidad de la princesa oriental, a su acallada rebeldía, a su particular visión del mundo. Pasada media hora de discusión, Tito aceptó el dilema: la princesa asistiría al triunfo desde el podio imperial o, en caso contrario, se marcharía de Italia.

Se persuadió de que podría concluir el penoso asunto en cinco minutos e hizo llamar a la princesa. Durante la espera, instalado en el vestíbulo, resolvió tratar la cuestión con la mayor naturalidad, como si no tuviera que preocuparse por ello.

La princesa se presentó, sonriente y grave a la vez. Incluyó ante él su rostro delgado. Sus ojos vivaces estaban llenos de confianza. De pronto, Tito comprendió que su proyecto era absurdo. ¿Cómo podría imponer a esta mujer tan burdas exigencias? Reunió todas sus fuerzas y se dijo que evitaría los preámbulos, de un solo impulso. Inspiró profundamente —como si fuera a arrojarse al agua helada— y comenzó a hablarle, con voz aparentemente natural.

—El triunfo tendrá lugar dentro de diez días. Te veré en el podio imperial, ¿verdad, Nikión?

Berenice palideció. Habría caído desplomada de no estar, afortunadamente, sentada. Ese hombre había abatido el pinar de Tecoa, la había tomado por la fuerza y no había hecho nada para impedir el incendio del Templo. Ante eso ella nunca se había negado, todo lo había consentido, todo lo había aceptado, porque le era imposible vivir separada de él, de su gruesa cara de campesino, de su brutalidad, de su barbarie de criatura caprichosa, de sus dientes pequeños. Había aspirado el olor de la sangre y del fuego que él exhalaba, había renunciado por él a la vida en el desierto, a la voz de su Dios. Y él, ahora, la invitaba a asistir en el podio imperial a su triunfo

sobre Yahvé. Estaba muy claro: el triunfo tendría para los romanos un excitante atractivo si ella, la princesa descendiente de los Macabeos, la concubina del triunfador, estuviese presente en el acto. Pero no, no estaría allí. Habría preferido seguir el carro triunfal como prisionera cargada de cadenas antes que ocupar un sitio —voluntariamente— en el podio del vencedor, para adornar su apoteosis. ¡Eso no!

—Os lo agradezco —repuso, sin levantar la voz, un poco ronca—. No estaré en Roma el día de vuestro triunfo. Regreso a casa de mi hermano.

Al mirarla, Tito comprendió que había herido a la mujer en lo más vivo.

Jamás había tenido la intención de hacerle daño y, sin embargo, su comportamiento respecto a ella había sido siempre equivocado. Siempre cometía errores: su padre lo había atacado y él no había hecho nada por defenderse. Los orientales estaban hechos de una materia tan frágil, tan sutil, y él, en cambio era tan rudo, tan tosco, tan pesado y, para colmo, carente de lucidez hasta que era demasiado tarde. ¿Cómo pudo pretender que ella presenciara ese grotesco triunfo? Renunciaría, se declararía enfermo. Balbuceó, tartamudeó. Pero fue en vano. Berenice había partido, había desaparecido.

La furia contrajo sus rasgos. De su boca crispada brotaron las injurias del soldado a la melindrosa oriental. ¿Qué motivo le impedía asistir al triunfo? ¿Acaso no hubo príncipes germánicos que vieron desfilar encadenados a sus hijos, hermanos o nietos, formando parte de un cortejo triunfal? Tendría que haber sido menos condescendiente con ella, más viril. Fácil habría sido para él hacerle cometer algún acto de infidelidad, algún gesto de rebeldía y tomarla prisionera, arrastrarla cargada de cadenas siguiendo su carro y, después de imponerle una humillación tan severa, tratarla con dulzura y bondad, mostrarse protector y compasivo. Entonces, sí, la arrogante habría comprendido dónde estaba su verdadero lugar...

Así discurría su pensamiento. Pero, íntimamente, reconocía que no eran más que pueriles fantasías. Berenice era una auténtica reina; era un disparate compararla con Segesto, el jefe de las hordas germánicas. Ella estaba impregnada de nobleza antigua y de sabiduría oriental. Entonces sintió cólera contra sí mismo, y odió a Roma y a todo lo relacionado con el triunfo. Pensó que en Oriente estaba la vida verdadera y que en Roma todo se tornaba repugnante, estrecho, mezquino. El Capitolio le pareció un desecho miserable comparado con el Templo de Yahvé que él —obstinado como siempre— había reducido a cenizas. Dejándose llevar por su brutalidad de romano había expulsado tres veces de su lado a la mujer que, tres veces, se le había entregado generosamente. Y esta vez ella había partido para siempre.

A la mañana siguiente, Josef presentó sus saludos al príncipe. Tito, jovialmente, le dispensó una cortesía alegre y superficial que él detestaba. Entre bromas, le dijo que el triunfo le estaba ocasionando más fatigas que toda la campaña y que ansiaba que todo concluyera de una buena vez para instalarse en su villa. Pero las estúpidas

costumbres lo obligaban a aguardar hasta el día de la entrada oficial. ¿No le parecía lamentable? Por ello tenía que privarse de asistir al estreno de la obra de Demetrio Libán en el Teatro Marcelo. Le encargó que asistiera a los ensayos para evitar que se cometiera algún error en la representación de las costumbres judías.

—Me he ocupado personalmente —le dijo— de la organización del triunfo y de todos los detalles. Me interesará conocer vuestras impresiones del cortejo. Porque supongo que lo presenciáis desde las tribunas del Gran Hipódromo.

Josef notó que el príncipe esperaba su respuesta con impaciencia. Pensó que para los romanos sería muy lógico que el cronista de la campaña también fuera testigo de su culminación. Curiosamente, todavía no se había planteado si debía ir o no. Imaginó la inmensa satisfacción que experimentaría si pudiera decirle: «No, César Tito, permaneceré en mi casa». Sería de su parte un gesto digno y significativo, pero dijo:

—Sí, César Tito, veré pasar el cortejo desde el Gran Hipódromo.

Entonces la actitud de Tito se transformó. La cortesía distante dio paso a un tono familiar y afectuoso.

—Querido judío, espero que os hayan asegurado en Roma una existencia holgada y agradable. Deseo que os sintáis aquí perfectamente cómodo. —Y agregó cordialmente:

—Haré todo lo que dependa de mí para que así sea.

Dispuesto a preparar su ánimo para el día del triunfo, Josef asistió a la representación de la pieza sobre el prisionero Zacarías, en el Teatro Marcelo. Demetrio Libán era realmente un actor extraordinario. Interpretaba su personaje con tanta veracidad y gracia que producía escalofríos. En la escena final, apareció con una pequeña máscara de payaso, bastante similar a la que se ponía a los condenados cuando iban a la arena, para conseguir mayor efecto de contraste entre el aspecto burlesco del rostro simulado y la muerte del supliciado. De esa manera nadie pudo ver que, bajo la careta del prisionero Zacarías, el cómico jadeaba y desfallecía de angustia. Pero fue capaz de soportarlo. Lo colgaron de la cruz y él, como lo exigía el papel, gritó: «¡Oíd, Israel, Yahvé es nuestro Dios!», y los once payasos bailaron a su alrededor, con sus cabezas de asno, parodiando su invocación: «¡Jiján, jiján!». Resistió hasta el final, hasta el momento en que se le iba a anunciar que lo bajarían de la cruz y él debía arrojar monedas al público. Llegó al límite de sus fuerzas, y sufrió un desmayo que fue interpretado por el público como un recurso dramático, a juzgar por las carcajadas y los gritos ensordecedores con que lo festejaron. Los espectadores olvidaron rápidamente al cómico y entre la baraúnda Josef llegó a atrapar algunas monedas, dos de plata y varias de cobre. Habían sido acuñadas ese mismo día: en la cara mostraban la efigie del emperador y en la cruz a una mujer encadenada, al pie de una palmera, con esta inscripción: «*Iudea est capta*». La mujer —¿habría sido una idea de Cenis?— había sido dibujada con los mismos rasgos de la princesa Berenice.

Al día siguiente el editor Claudio Regino lo hizo llamar.

—He sido encargado de entregaros personalmente este billete de entrada para el Circo Máximo —le dijo. Era una localidad para las gradas de la segunda nobleza.

—Os pagan espléndidamente vuestro libro —agregó.

—Debo estar allí para ver —repuso Josef con amargura.

—Sin duda —asintió Claudio con una risa siniestra—. Yo, como editor vuestro, tengo interés en que presenciéis todo directamente. Flavio Josefo, seréis el único judío entre los espectadores. Esperad —dijo, deteniéndolo, al ver su gesto impetuoso—. No será fácil, yo lo comprendo. Por mi parte, cuando desfile en el cortejo entre los funcionarios de la casa imperial, ajustaré muy bien los cordones de mis sandalias, pero os aseguro que aun así no me sentiré muy cómodo.

En la mañana del 8 de abril, Josef se encontraba en el Circo Máximo, el nuevo Hipódromo, cuya capacidad era de 383.000 espectadores. No había un solo asiento desocupado. Todos los anhelos de Josef se habían satisfecho: estaba sentado en las gradas de la segunda nobleza, en el mismo sitio donde cinco años atrás creyó que ése era el objeto de sus sueños. Estaba rígido y erguido entre sus agitados vecinos y su expresión orgullosa llamaba la atención. Todos sabían que el emperador le había confiado la tarea de escribir un libro sobre la historia de la guerra. En Roma se daba mucha importancia a la literatura, por tanto, todos observaban con interés al hombre que distribuiría elogios y críticas entre los innumerables personajes de su obra.

Aunque aparentaba serenidad, la emoción lo sacudía intensamente. Había atravesado la ciudad jubilosa, vocinglera y expectante. Todas las casas y columnatas habían sido decoradas y se veía a mucha gente encaramada a las puertas, a las cornisas, a los andamios y a los árboles, luciendo coronas sobre la cabeza. También en el inmenso anfiteatro los espectadores aparecían coronados y tenían flores sobre las rodillas y en los brazos, para arrojarlas al paso de las tropas. Sólo Josef se había atrevido a ir con las manos vacías.

A la cabeza del cortejo, los senadores marchaban con visible dificultad debido a sus altas botas rojas. La mayoría participaba en la parada de mal grado y algunos, con especiales reservas. Menospreciaban íntimamente a los advenedizos a quienes estaban obligados a glorificar. El «transportista» y su hijo se habían apoderado del trono pero seguían siendo para ellos unos simples y rústicos plebeyos. Josef reconoció el rostro enjuto y el aire escéptico del senador Marullo y también la menuda cabeza y la actitud cansada y triste de Muciano. Aunque iba engalanado para la ceremonia, no había abandonado su bastón y las muecas contraían su rostro continuamente. Hubo un día en que el equilibrio de poderes había sido muy distinto y a Josef le habría bastado pronunciar una palabra para que los platillos de la balanza se inclinasen en favor de Muciano y en contra de Vespasiano.

A continuación avanzaron los ministros. Talas, encogido y enfermizo, se arrastraba con dificultad, pero se sobreponía con gran esfuerzo porque creía que ese

triunfo era obra suya y estaba dispuesto a disfrutar del gran día. Solo, como si estuviera separado de los otros por una atmósfera diferente, avanzaba Claudio Regino, serio y muy erguido. En realidad, no daba la impresión de estar muy a gusto. Miraba fijamente con sus ojos duros, maliciosos y penetrantes a los curiosos que habían pensado divertirse a su costa. Éstos buscaron en vano la sortija de la célebre perla en su dedo, pero comprobaron decepcionados que ya no la tenía y que, asombrosamente, los cordones de sus sandalias estaban firmemente atados.

Seguía un nutrido grupo de músicos. Las fanfarrias tocaban aires militares, en particular el himno de la quinta, que para entonces, se había hecho muy popular: «Nuestra quinta sabe hacerlo todo»...

Enseguida llegó el botín de la expedición, acerca del cual el público había oído contar maravillas. Habían comenzado a hastiarse del espectáculo pero cuando pudieron admirar tanta riqueza, tal cantidad de oro, de plata, de marfil, no en pequeñas piezas sino en grandes cantidades, el entusiasmo los hizo levantarse de sus asientos. Estiraban el cuello para poder ver por encima de las cabezas de los personajes de más categoría, instalados en la primera fila. Las mujeres lanzaban chillidos de entusiasmo y envidia. Aquello fue una columna interminable de oro, plata, telas preciosísimas, vestiduras y, nuevamente, el oro en todas las formas: monedas, lingotes, vasos de todos los tipos. Desfiló a continuación el material de guerra, las armas, los brazaletes con la divisa de los macabeos, unos limpios, otros manchados de sangre, colocados por millares en cestas y en carrozas; insignias y estandartes con las inscripciones dibujadas en gruesos caracteres hebreos, siriacos o arameos, que habían exaltado el espíritu de los judíos y ahora se exhibían con el hábil propósito de divertir a un público de gusto depravado. Desfilaron teatros ambulantes, donde se representaban sangrientas escenas militares en escenarios gigantescos, algunos de cuatro pisos de altura que, al balancearse para equilibrar su enorme peso, obligaban a los espectadores más próximos a inclinarse hacia atrás, para evitar ser aplastados. Se exhibieron los navíos dañados en la batalla de las costas de Jope y las embarcaciones capturadas en Magdala y, otra vez, el oro, de cuya baja en el mercado—casi a la mitad de su valor antes de la guerra— daba sobradas razones tanta abundancia.

De pronto se hizo un silencio. Pasado un momento de expectación, aparecieron los funcionarios del tesoro imperial, vestidos lujosamente y portando ramas de laurel. Escoltaban las principales piezas del botín: el enorme candelabro de siete brazos, los noventa y tres vasos sagrados del Templo y los rollos de la Ley. Éstos fueron izados para que todo el público pudiese apreciarlos: la Ley de Yahvé conquistada por el magnánimo y poderoso Júpiter romano.

Se oyó a lo lejos una música grotesca que, poco a poco, se hizo más nítida: eran los instrumentos del Templo, los címbalos del primer levita, las cornetas estridentes de la fiesta de Año Nuevo, las trompetas de plata que cada cincuenta años proclamaban que los bienes inmuebles volvían a poder del Estado. Los romanos no

supieron arrancar a los instrumentos otra cosa que sonidos bárbaros. De repente, a un gracioso se le ocurrió imitar el rebuzno de un asno, «¡Ji-ján, ji-ján!», que todos acompañaron con gritos, a los que se mezclaron los sonidos distorsionados de los instrumentos sagrados de los judíos. Una ola de carcajadas cubrió los inmensos graderíos del Circo.

Josef se mantuvo impasible. Se dijo: «Debes conservar la compostura. Todos te vigilan. Para ser dignos de tocar esos complejos instrumentos los sacerdotes estudian durante diez años. Que tu rostro parezca de piedra, Josef. Tú representas a Israel. Derrama tu cólera sobre los pueblos». Y en ese instante apareció el botín viviente: los prisioneros de guerra. Habían sido seleccionados setecientos entre la multitud de prisioneros e iban engalanados con vestimentas muy pintorescas, que contrastaban violentamente con las cadenas y los rostros adustos. Un grupo de sacerdotes había sido obligado a desfilar con ellos, con sus tocados y cinturones sagrados. El público del Circo contemplaba excitado a sus enemigos vencidos. Los prisioneros tenían buen aspecto. Pocos días antes habían sido alimentados abundantemente, a fin de que no desfalleciesen por la debilidad y se malograra el espectáculo que los romanos merecían. Una vez acabada la ceremonia, muchos serían enviados a las minas, a los molinos o a las cloacas; el resto iría a parar a los juegos circenses. Cuando llegaron a la arena, se hizo silencio en los graderíos. Los espectadores se limitaron a observarlos pero, de pronto, surgió de la masa el furioso clamor del odio: «¡Hep! ¡Hep! ¡Perros, hijos de perros apestosos e impíos!». Entonces les arrojaron zanahorias podridas y desechos y los escupieron aunque, naturalmente, nunca dieron en el blanco.

Cargados de cadenas, humillados por los dioses, aparecieron seguidamente los jefes, aquellos que habían extendido el terror del enemigo: Simeón bar Giora y Juan de Giscala. La alegría de los romanos era desbordante. Para ellos, lo más hermoso de ese bello día fue poder presenciar el desfile de sus enemigos abatidos, los arrogantes enemigos que habían osado oponerse al engrandecimiento del imperio, deseado por los dioses.

Simeón llevaba puesta una corona de ortigas y de ramas secas, y de su cuello colgaba una tablilla que decía: «Simeón bar Giora, rey de los judíos». Juan, el general en jefe del ejército vencido, iba vestido con una ridícula coraza de hierro pintada de blanco. Simeón sabía que moriría antes de que se disolviese el cortejo. La misma pena habían impuesto los romanos a Vercingetórix, a Yugurta y a tantos otros que murieron al pie del Capitolio, mientras en la cima de la colina el vencedor ofrecía un sacrificio en honor de sus dioses. Sereno bajo el peso de los hierros, caminaba al lado de Juan de Giscala, también encadenado. Los dos conversaban tranquilamente:

—El cielo de Italia es hermoso —dijo Simeón— ¡pero qué pálido me parece comparado con el de nuestra Galilea! Sin embargo, me siento feliz de ir hacia la muerte bajo un bello cielo.

—Yo ignoro cuál será mi destino —dijo Juan—, aunque creo que me perdonarán la vida.

—Para mí es un gran consuelo, querido Juan, pensar que vos no moriréis, pues esta guerra no está terminada. ¡Me asombro cuando pienso que alguna vez he sentido deseos de mataros! Aunque la situación sea terrible, no me arrepiento de lo que hemos hecho: la guerra no está terminada y los que nos sucedan aprenderán de nuestra experiencia. ¡Oh, Juan, hermano mío! Me azotarán, el populacho me escupirá, me arrojará nabos podridos y se me dará una muerte horrible. Sin embargo, estoy convencido de que esta guerra fue necesaria. Sólo me aflige pensar que mi cadáver va a permanecer insepulto.

Juan de Giscala se mantuvo en silencio, por lo que Simeón prosiguió:

—¿Sabéis? Creo que tendríamos que haber excavado más a la derecha nuestra mina L. Así su torre F se habría derrumbado, y ¿qué habrían podido hacer?

Aunque Juan era un hombre conciliador, en cuestiones de táctica se mostraba intransigente y no toleraba discusiones. Sabía que había tenido razón respecto a la mina L pero, en estas circunstancias, sabiendo que él conservaría la vida y que Simeón iba a morir, se contuvo y repuso:

—Sí, querido Simeón, tendríamos que haber excavado más a la derecha. Los que vendrán después de nosotros corregirán nuestros errores.

—Si hubiésemos podido llegar a un acuerdo cuando todavía estábamos a tiempo, habríamos vencido al enemigo. He podido observar a Tito de cerca, es un buen muchacho pero no es un guerrero.

Josef los vio avanzar lentamente, delante del sitio donde estaba sentado. Los miró y percibió el aura que rodeaba la cabeza de Simeón, como aquel día cuando se vieron por primera vez cerca del Templo. No pudo contenerse. Quiso reprimir el grito que le subía de la garganta pero no lo logró y un gemido sofocado de desesperación salió de su boca, tan impresionante que el hombre que estaba sentado a su lado, gritando como todos: «¡Perros, hijos de perra!», palideció y calló, atemorizado. Josef, que no apartaba los ojos de los prisioneros, temía que ellos también lo viesan. Él se sabía valiente y no eludía la responsabilidad de sus actos, pero, en ese momento, habría muerto de humillación y de vergüenza si aquellos hombres le hubiesen dirigido una mirada. Estrujado por la angustia de ser el único judío asistente al espectáculo, se decía a sí mismo que su sufrimiento era insoportable e inhumano y que nadie en su lugar habría sido capaz de resistirlo. Recordó el hambre y la sed, la flagelación, las innumerables ocasiones en que vio la muerte a su lado y tantas pruebas ignominiosas por las que tuvo que pasar, y juzgó que el peor y menos merecido de todos los castigos que había sufrido era el padecimiento de ese día.

Los dos jefes estaban ya muy cerca.

Fundaría una sinagoga. Todo lo que poseía, incluso el producto de su libro, lo consagraría a esa obra. Sería una sinagoga como nunca se había visto otra igual en Roma. Le legaría los rollos de las Sagradas Escrituras traídas de Jerusalén. Pero, ¡ay!, no sería aceptado. Los judíos, que en tantas ocasiones habían recibido de buen grado ofrendas de incircuncisos, no querrían nada de él, y tendrían razón.

Los dos prisioneros se encontraban exactamente frente a Josef pero no lo veían. Se puso de pie. Ni Juan ni Simeón podían oírlo en medio del formidable alboroto. No obstante, abrió la boca y pronunció con todas sus fuerzas su profesión de fe. Hasta ese día había ignorado que pudiera haber en él tanto fervor. Gritó como nunca: «¡Oíd, Israel, Yahvé es nuestro Dios, Yahvé es único!».

Súbitamente, como si lo hubiesen podido escuchar, los prisioneros —primero unos pocos, enseguida muchos más, y finalmente todos— prorrumpieron al unísono: «¡Oíd, Israel, Yahvé es nuestro Dios, Yahvé es único!». Los espectadores estallaron en carcajadas e imitaron el rebuzno del asno: «¡Jiján, jiján!», pero pronto enmudecieron. En el corazón de muchos romanos penetró la duda de si, verdaderamente, era a un asno a quien clamaban los judíos.

Al escuchar la voz de su pueblo, Josef se calmó. Imaginó que en esa hora en todas las sinagogas se pronunciaría la misma invocación: «¡Oíd, Israel!». ¿Había renegado alguna vez de ella? No. Había actuado siempre con la intención de que todos los hombres, libremente, pudiesen declarar su fe. Escribiría su libro devotamente y Yahvé estaría con él. Sabía que ni los romanos ni los judíos lo aceptarían y que pasaría mucho tiempo antes de que pudiesen comprenderlo, pero en ningún momento dudó de que, algún día, llegaría para él el justo reconocimiento.

¿Quién era ése que avanzaba detrás de los jefes, magníficamente ataviado con la célebre vestidura de ocho piezas? Era el Sumo Sacerdote, el obrero Fancias, el albañil. Estaba más delgado y miraba hacia delante con expresión huraña, perpleja. El senador Marullo lo examinó desde lejos. Verdaderamente, no merecía la pena comprarlo en lugar de Juan de Giscala. Éste le parecía más despierto, seguramente su conversación sería bastante interesante, aunque, tener a un Sumo Sacerdote de portero sería, sin duda, mucho más divertido.

La banda de músicos y los animales para el sacrificio siguieron al sacerdote. Al fondo apareció la coronación del cortejo: los carros triunfales precedidos por los lictores, con sus fascas adornados de laureles, y los magistrados que ostentaban el decreto por el cual se había concedido el triunfo, seguidos por una cuadrilla de payasos que, con chanzas insolentes, parodiaban algunos de los rasgos más populares de los triunfadores: la avaricia de Vespasiano y la minuciosidad de Tito y su manía de taquigrafar. Detrás de los payasos iban los mimos que caricaturizaban a los vencidos; éstos eran los favoritos del público, sobre todo Demetrio Libán, el mejor. Se había sobrepuesto a la enfermedad y al desfallecimiento; había vencido su rebelión interior en aras de su arte y de su ambición. Invitado por el emperador a participar en los festejos, la distinción del soberano lo animó definitivamente a representar nuevamente el papel que le correspondía: él era el judío Apella. Saltaba, bailaba, se mesaba la barba de dos puntas, mostraba las filacterias y su Dios invisible. Dividido entre el arte y la salvación eterna —la opción implicaba una renuncia—, se había decidido por el arte. Josef vio pasar al gran cómico y pensó que era un pobre hombre.

Precediendo a los héroes de la jornada, se adelantaron los comandantes de las

legiones, los oficiales y soldados que se habían distinguido en la campaña. Uno de ellos fue aclamado con vivas de alegría. Cuando el favorito del ejército, el tan mentado Pedán, aparecía en público ornado con la corona gramínea, de inmediato se entonaba la atrevida cancioncilla de la quinta y los corazones de los romanos palpitaban de admiración. Él era carne de su carne, era la misma Roma. Estaba feliz, se sentía seguro de sí mismo, dueño del mundo: Júpiter Capitolino estaba con él. Se rumoreaba que también en esta ocasión él había sido el factor decisivo del éxito y que, por ciertos motivos, no se podían difundir abiertamente los hechos en los que había intervenido. Pero todos opinaban que serían extraordinarios, porque a Pedán se le había concedido —una vez más— la suprema distinción. Josef observaba su rostro detestable, rigurosamente rasurado, con su ojo ciego y su expresión astuta. Lo observó avanzar, firme, seguro, orgulloso de sentirse un auténtico hombre; era imposible avasallar tanta vulgaridad satisfecha. Ese soldado que desconocía la duda, que siempre estaba de acuerdo consigo mismo, podía considerarse el verdadero dueño del mundo. Júpiter lo había creado para él.

Resplandeciente, alto como una torre, coronado de laureles y conducido por cuatro caballos blancos, apareció el carro triunfal de Vespasiano, quien para semejarse más al Júpiter Capitolino se había hecho aplicar una capa de minio en el rostro, para endurecerlo. Sobre su robusta cabeza de campesino se había colocado la corona de laurel y su ajetreada y gruesa humanidad estaba envuelta en la toga purpúrea constelada de oro, que el dios le había cedido para la celebración. Vespasiano contemplaba a la multitud con cierto gesto de disgusto; el acto duraría aún cerca de tres horas y el ropaje de Júpiter era demasiado pesado para resistir tanto tiempo de pie sobre ese carro bamboleante. No estaba cómodo. Sólo por honor a su hijo se había impuesto ese sacrificio. Grandes fatigas le causaba crear una dinastía. Hacía calor. Pensaba en el dinero que se había gastado para organizar el triunfo y no se atrevía a calcularlo. Claudio Regino había hablado de doce millones, pero seguramente lo subiría a trece o a catorce. Habría que haber empleado ese dinero en una causa mejor, pero esas cabezas huecas exigían un espectáculo y era inútil oponérselas.

En fin, el Templo había desaparecido y eso significaba un alivio. Su muchacho se había desenvuelto con habilidad. «Cuando es necesario cometer una indecencia hay que olvidarse de los escrúpulos y dejarlos para otra ocasión. Ése es el único modo de obtener éxito en la vida. Y también así opinan los dioses». El esclavo que tras él sostenía la corona de oro de Júpiter sobre su cabeza, repetía constantemente la fórmula: «Mirad atrás y recordad que sólo sois un hombre». ¡Ah!, felizmente todavía le quedaba tiempo para convertirse en deidad. Pensó en las estatuas de sus antecesores, los emperadores divinizados, y calculó que el triunfo contribuiría a hacer de él un dios con una anticipación de ocho días. El carro se tambaleó y Vespasiano, gimiendo, pudo ver, al inclinarse, el cuadrante del reloj solar.

En el segundo carro de triunfo iba Tito. Miraba constantemente el amuleto que debía protegerlo de la envidia y de los maleficios, pues muy cerca de él iba a caballo su hermano, el libertino Domiciano. De todos modos, la preocupación que éste le causaba no empañaba la brillantez del día de su gloria. Enhiesto, con el rostro impasible, como una figura situada por encima del resto de los mortales, Tito era el soldado que ha alcanzado la meta, la encarnación de Júpiter.

Cuando el carro pasó frente al podio imperial su rostro se ensombreció por un instante: *la mujer* no estaba allí, se la habían quitado. ¿Ante quién exhibía su gloria? ¿Qué significaba el triunfo sin ella? Recorrió la multitud con la mirada, observó atentamente los graderíos de los caballeros, y cuando descubrió a Josef lo saludó con el brazo extendido.

Los carros de los triunfadores prosiguieron su camino y se detuvieron al pie del Capitolio. Los que podían ver directamente transmitían al resto del público lo que estaba sucediendo: «Ahora están flagelando a Simeón bar Giora». «Ahora lo están crucificando». Los heraldos lo anunciaron al pueblo y el pueblo se agitó con un clamor de alegría: la guerra había terminado.

Vespasiano y su hijo descendieron de los carros y procedieron a sacrificar un cerdo, un carnero y un toro, para su purificación y la de su ejército, en precaución de que durante la campaña alguno de los dioses hubiera sido ofendido.

En el Circo Máximo desfilaba el ejército, dos cohortes de cada legión munidas de sus pertrechos, catapultas y balistas, el gran «Julio» y los arietes. Al paso de las insignias las aclamaciones rayaron con el delirio: se trataba de las águilas de oro, la de la decimosegunda, especialmente, que había sido reconquistada a los judíos, así como en otra ocasión se les había quitado a los germanos las águilas capturadas por Arminio, el pérfido bárbaro. Josef observaba la alegría serena con que desfilaban los soldados, imbuidos de su fuerza y su poder, conscientes de ser los guardianes del orden del imperio. Pero existía otra cara del ejército que él conocía. Sabía muy bien que esos soldados eran otros tantos Pedán, que habían gritado «¡Hep, Hep!», que habían bailoteado embriagados por la sangre de sus víctimas sobre el suelo de mármol del Templo, cubierto de cadáveres.

El desfile de las tropas fue muy prolongado. Muchos de los presentes, sobre todo los ocupantes de las gradas de los patricios, se retiraron antes del final. En cambio, Josef permaneció sentado hasta que todo hubo concluido, y vio pasar el último manípulo de las legiones que habían saqueado Jerusalén y su Templo.

En la noche del 8 de abril se presentaron algunos judíos al superintendente de turno en la Cárcel Mamertina, y le mostraron una tablilla sellada. El funcionario la leyó y enseguida los condujo al sótano de la prisión, llamado «baño frío» porque antiguamente había sido una gruta de la que brotaba un manantial. En ese reducto siniestro y abandonado había concluido la vida de Simeón bar Giora. Según indicaba

la costumbre, su cuerpo debía ser arrojado a los buitres del Monte Esquilino, pero en este caso los judíos exhibían una autorización para llevarse el cadáver y disponer de él a su antojo. Claudio Regino había pagado a Cenis con su perla la obtención del permiso.

Levantaron el cadáver cubierto de cicatrices sanguinolentas del general judío, lo colocaron sobre unas andas, lo cubrieron con una sábana y, descalzos, lo transportaron a través de la ciudad completamente iluminada. En la puerta Capena los esperaban centenares de judíos, entre ellos Cayo Barzaarone, también descalzos y con las vestiduras desgarradas. Condujeron el cadáver entre todos, alternándose cada cincuenta pasos, hasta la segunda piedra miliar de la Via Apia. Claudio Regino estaba allí. Bajaron a las catacumbas judías, colocaron al supliciado dentro de un ataúd, con la cabeza lívida apoyada sobre un montón de tierra traída de Judea, y sobre él derramaron agua perfumada. Luego cubrieron la fosa con una lápida, donde se había escrito con torpes caracteres griegos: «Simeón bar Giora, soldado de Yahvé». Finalmente, se lavaron las manos y se retiraron.

Josef regresó a su casa. Había cumplido su deber sin hacerse ninguna concesión. Había asistido a la guerra de los judíos hasta el final. Pero sus fuerzas se habían agotado y el sueño, parecido a la muerte, lo venció. Estaba en la amplia casa vacía y desmantelada con la única compañía de un anciano esclavo. Nadie interrumpió su descanso. Durmió veinte horas seguidas. Cuando, se despertó, se sentó en cuclillas, en actitud de duelo.

Llegó a la casa un correo del palacio imperial con la rama de laurel del buen augurio. El esclavo lo condujo a presencia de su amo, que continuaba en la misma actitud, con la barba crecida, las ropas desgarradas y la cabeza cubierta de ceniza. Al mensajero le costó creer que ese hombre era el destinatario de la carta y se la entregó con recelo. Se trataba de un mensaje autógrafo de Vespasiano, ordenando al secretario general que pusiera a disposición de Josef los documentos que le fueran necesarios para la redacción de su libro. Además, el emperador le concedía la sortija de oro de la orden ecuestre.

Ésa fue la primera vez que un mensajero portador del laurel no recibió ninguna gratificación. Josef se limitó a firmar el documento de recibo del mensaje y volvió a acomodarse como estaba.

Otro día fue a la casa el joven Cornel, pero el esclavo no se atrevió a permitirle entrar.

Pasada una semana, Josef se puso en pie, preguntó qué había ocurrido en el intervalo y, al enterarse de la visita de Cornel, lo hizo llamar. Cuando llegó, Josef le dijo pocas cosas. Sólo quería comunicarle que necesitaba un buen secretario, en quien pudiese depositar toda su confianza. ¿Querría ayudarlo Cornel a escribir su libro? El muchacho resplandeció de felicidad.

Ese mismo día Josef comenzó a trabajar y le dictó:

«Muchos escritores tratarán, probablemente, de relatar la guerra de los judíos contra los romanos; esos autores no han sido testigos de los acontecimientos y se inclinarán a hacer narraciones absurdas y llenas de contradicciones. Yo, Josef, hijo de Matatías, sacerdote de primera categoría, de Jerusalén, testigo de la guerra desde el comienzo al final, he resuelto escribir su historia tal como ha ocurrido realmente, para memoria de los contemporáneos e información de la posteridad».

Aquí concluye la primera de las tres novelas sobre el historiador Flavio Josefo.



LION FEUCHTWANGER (1884-1958) es probablemente el gran maestro de la novela histórica. Alemán, participa de cerca en los hechos de 1918 en Berlín «a la sombra de los jefes de la revolución» y se entera, durante una gira por Estados Unidos en 1933, que los nazis le han quitado su ciudadanía y su doctorado y han prohibido todos sus libros. Refugiado en Francia funda, junto con Brecht y Bredel, *Das Wort*, la revista antinazi más importante de los exiliados alemanes. El gobierno de Vichy lo arresta; logra escapar de la Gestapo; y llega por fin a Estados Unidos, en donde vive desde 1941 hasta su muerte. En 1954 obtiene el Premio Nacional de la República Democrática Alemana.

Notas

[1] No aparece en el original. [Nota del primer digitalizador]. <<